

EL JUEGO LO ERA TODO. HASTA QUE LA CONOCIÓ A ELLA.

CHLOE WALSH

Binding



LOS CHICOS DE TOMMEN #1

montena

CHLOE WALSH

Binding
13

LOS CHICOS DE TOMMEN #1

montena

Aviso legal

Este libro es un trabajo de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con sucesos, lugares o personas, vivas o muertas, es una coincidencia.

La autora es consciente de que todos los títulos de canciones, letras de canciones, títulos de películas, personajes de películas, marcas registradas y firmas mencionadas en este libro son propiedad de sus respectivos dueños. La publicación o uso de estas marcas comerciales no está autorizada o vinculada ni patrocinada por sus propietarios.

Chloe Walsh no está afiliada de ninguna manera con ninguna de las marcas, canciones, músicos o artistas mencionados en este libro.

Todos los derechos reservados. ©

NOTA DE LA AUTORA

Binding 13 es la primera entrega de una nueva serie que narra la vida de un grupo de jóvenes del sur de Irlanda. Espero que disfrutes leyendo sobre ellos tanto como yo disfruté creándolos.

Este es el comienzo. Gracias por leerlo.

Besos,

Chloe

*Me gustaría dedicar Binding 13 a cualquiera que alguna vez
se haya atrevido a perseguir un sueño con todas sus fuerzas
y sin descanso. Esta historia es para ti*

GRANDES ESPERANZAS

Shannon

Era el 10 de enero de 2005.

Un año completamente nuevo y el primer día de instituto después de las vacaciones de Navidad.

Y estaba nerviosa, tan nerviosa, de hecho, que ya había vomitado más de tres veces esa mañana.

Mi pulso llevaba un ritmo preocupante; mi ansiedad era la culpable de los erráticos latidos de mi corazón, además de la causa de mi vomitera.

Alisándome el nuevo uniforme escolar, me miré en el espejo del baño y apenas me reconocí.

Camisa blanca y corbata roja bajo un jersey azul marino con el escudo del Tommen College en el pecho. Una falda gris hasta la rodilla que dejaba a la vista dos piernas flacas y poco desarrolladas. Y todo rematado con medias de color carne, calcetines azul marino y zapatos negros de tacón bajo.

Parecía una farsante.

Y también me sentía como tal.

Mi único consuelo era que con los zapatos que me había comprado mi madre llegaba al metro setenta. Era ridículamente menuda para mi edad en todos los sentidos.

Estaba muy muy delgada y aún no me había desarrollado (tenía dos huevos fritos por pechos), claramente intacta por el estallido de pubertad

que sí habían atravesado todas las chicas de mi edad.

Llevaba suelta la mata de pelo castaño, que me llegaba a media espalda y mantenía apartada de la cara con una diadema de color rojo. No iba maquillada, lo que me hacía parecer tan joven y pequeña como me sentía. Tenía los ojos demasiado grandes para mi cara y, para colmo, de un impactante tono azul.

Traté de entrecerrarlos para ver si eso hacía que parecieran más humanos, e intenté con todas mis fuerzas que mis gruesos labios parecieran más finos apretándolos hacia dentro.

Nada.

Entrecerrar los ojos solo me daba un aspecto extraño y como si estuviera estreñida.

Con un suspiro de frustración, me toqué las mejillas con la punta de los dedos y resoplé entrecortadamente.

Me gustaba pensar que lo que me faltaba en los departamentos de altura y pecho lo compensaba con madurez. Era sensata y tenía la mentalidad de una persona mayor.

La tata Murphy siempre decía que yo había nacido con la cabeza de una vieja sobre los hombros.

En parte era cierto.

Nunca había sido de las que se dejaban cautivar por los chicos ni las modas pasajeras.

Simplemente no era así.

Una vez leí en alguna parte que el dolor, y no la edad, es lo que nos hace madurar.

Si eso es cierto, yo era Matusalén en lo que se refiere a las emociones.

Muchas veces me preocupaba ser distinta de las demás chicas. No sentía el mismo deseo o interés por el sexo opuesto. No me interesaba nada; chicos, chicas, actores famosos, modelos atractivos, payasos, cachorros... Bueno, vale, me gustaban los cachorros bonitos y los perros grandes y peludos, pero el resto me traía sin cuidado.

No tenía ningún tipo de interés en besar, tocar o acariciar a nadie. No soportaba ni imaginármelo. Supongo que ver cómo se desarrollaba la tormenta de mierda que fue la relación de mis padres me había apartado de la posibilidad de unirme a otro ser humano de por vida. Si ellos eran una representación del amor, entonces no quería formar parte de él.

Prefería estar sola.

Sacudiendo la cabeza para despejar la avalancha de pensamientos antes de que se oscurecieran hasta el punto de no retorno, miré mi reflejo en el espejo y me obligué a practicar algo que rara vez hacía últimamente: sonreír.

«Respiraciones profundas —me dije—. Es un nuevo comienzo».

Abrí el grifo, me lavé las manos y me eché un poco de agua en la cara, desesperada por calmar la ansiedad que ardía dentro de mí ante la intimidante perspectiva de mi primer día en un nuevo instituto.

«Cualquier centro tiene que ser mejor que el que estás dejando atrás». El pensamiento entró en mi mente y me estremecí de vergüenza. «Centros, —rectifiqué abatida—, en plural».

Había sufrido un acoso constante tanto en la escuela primaria como en la secundaria.

Por alguna cruel y misteriosa razón, había sido el blanco de las frustraciones de todos los niños desde la tierna edad de cuatro años.

La mayoría de las niñas de mi clase decidieron desde el primer día de parvulitos que no les gustaba y que no iban a relacionarse conmigo. Y los niños, aunque no eran tan sádicos en sus ataques, tampoco eran mucho mejores.

Aquello no tenía sentido, porque me llevaba bien con los demás niños de mi calle y nunca había tenido altercados con nadie en la urbanización donde vivíamos.

Pero ¿la escuela?

La escuela fue como el séptimo círculo del infierno para mí: los diez años de primaria, en lugar de los habituales nueve, fueron una tortura.

La etapa preescolar fue tan angustiosa para mí que tanto mi madre como mi maestra decidieron que sería mejor que la dejara y la repitiera con una nueva clase. A pesar de que fui igual de miserable en mi nueva clase, hice un par de amigas íntimas, Claire y Lizzie, quienes me hicieron soportable la escuela.

Cuando, en el último curso de primaria, llegó el momento de elegir instituto, me di cuenta de que era muy diferente a mis amigas.

Claire y Lizzie irían en septiembre al Tommen College, una opulenta y elitista escuela privada con fondos masivos e instalaciones de primer nivel, proveniente todo ello de los sobres que entregaban los acaudalados padres,

empeñados en asegurarse de que sus hijos recibieran la mejor educación que el dinero podía comprar.

A mí, en cambio, me habían matriculado en el masificado instituto público del centro de la ciudad.

Todavía recordaba la horrible sensación de separarme de mis amigas.

Estaba tan desesperada por alejarme de los matones que incluso le rogué a mi madre que me enviara a Beara a vivir con su hermana, la tía Alice, y su familia para poder terminar mis estudios.

No hay palabras para describir la devastación que se apoderó de mí cuando mi padre se negó en rotundo a que me mudara con la tía Alice.

Mi madre me quería, pero estaba débil y cansada, por lo que no opuso resistencia cuando mi padre insistió en que asistiera al instituto público de Ballylaggin.

Después de eso, el acoso empeoró.

Fue más brutal.

Más violento.

Más físico.

Durante el primer mes del curso inicial, me acosaron varios grupos de chicos que me exigían cosas que no estaba dispuesta a darles.

Después de eso, me tacharon de frígida por no querer tirarme a los mismos chicos que habían hecho de mi vida un infierno durante años.

Los más malos me ponían nombres crueles que daban a entender que la razón por la que era tan frígida se debía a que tenía genitales masculinos debajo de la falda.

Pero no importaba lo crueles que fueran los chicos, porque las chicas eran mucho más inventivas.

Y mucho peores.

Difundieron rumores maliciosos sobre mí, sugiriendo que tenía anorexia e iba al baño a vomitar después de comer todos los días.

No era anoréxica, ni bulímica, para el caso.

Cuando estaba en el instituto estaba aterrorizada y no lograba comer nada porque vomitaba si lo hacía, lo cual era algo frecuente, como respuesta directa al insoportable estrés al que estaba sometida. También era menuda para mi edad; bajita, sin desarrollar y delgada, lo que no me ayudaba a desmentir los rumores.

Cuando cumplí quince años, todavía no me había bajado mi primera regla, así que mi madre pidió cita con nuestro médico de cabecera. Después de varios análisis de sangre y exámenes, el doctor nos aseguró tanto a mi madre como a mí que yo estaba sana y que era común que algunas niñas se desarrollaran más tarde que otras.

Había pasado casi un año desde entonces y, aparte de un sangrado irregular en verano que había durado menos de medio día, aún no tenía la regla propiamente dicha.

Para ser sincera, había dejado de esperar que mi cuerpo funcionara como el de una chica normal, ya que claramente no lo era.

Mi médico también alentó a mi madre a evaluar mi situación escolar, sugiriendo que el estrés que sufría en el instituto podía ser un factor que contribuyera a mi evidente retraso en el desarrollo físico.

Después de una acalorada discusión entre mis padres en la que mi madre me había defendido, me enviaron de regreso al instituto, donde fui sometida a un tormento implacable.

La crueldad iba desde los insultos y los rumores hasta pegarme compresas en la espalda, pasando por agredirme físicamente.

Una vez, en la clase de Economía doméstica, algunas de las chicas que se sentaban detrás de mí me cortaron un trozo de coleta con unas tijeras de cocina y luego lo agitaron como un trofeo.

Todos se rieron y creo que en ese momento odié más a los que se reían de mi dolor que a quienes lo causaban.

En otra ocasión, durante Educación física, las mismas chicas me hicieron una foto en ropa interior con el móvil y se la enviaron a todos nuestros compañeros de curso. El director tomó medidas drásticas rápidamente y expulsó a la propietaria del móvil, pero no antes de que la mitad del instituto se riera a mi costa.

Recuerdo haber llorado muchísimo aquel día, no frente a ellos, por supuesto, sino en los baños. Me había encerrado en un cubículo y consideré terminar con todo, tomarme un montón de pastillas y acabar con todo aquel maldito asunto.

Para mí, la vida fue una amarga decepción y, en ese momento, no quería participar más en ella.

No lo hice porque era demasiado cobarde.

Tenía demasiado miedo de que no funcionara y me despertara y tuviera que enfrentarme a las consecuencias.

Era un maldito desastre.

Mi hermano, Joey, decía que me acosaban porque soy guapa y llamó «putas envidiosas» a mis torturadoras. Me dijo que yo era maravillosa y me pidió que lo superara.

Era más fácil decirlo que hacerlo, y tampoco estaba tan segura de que yo fuese maravillosa.

Muchas de las chicas que me atacaban eran las mismas que llevaban acosándome desde preescolar.

Dudo que las apariencias tuvieran algo que ver con eso por aquel entonces.

Yo era simplemente desagradable.

Además, por mucho que intentara apoyarme y defender mi honor, Joey no entendía cómo era la vida escolar para mí.

Mi hermano mayor era el polo opuesto a mí en todos los sentidos de la palabra.

Yo era bajita, mientras que él era alto. Yo tenía los ojos azules y él, verdes. Yo era de pelo oscuro y él, rubio. Joey estaba ligeramente bronceado. Yo estaba pálida. Él era franco y abierto, mientras que yo era callada y reservada.

El mayor contraste entre nosotros era que mi hermano era adorado por todos en el instituto público de Ballylaggin, el mismo al que asistíamos ambos.

Por supuesto, conseguir un puesto en el equipo de hurling juvenil de Cork propició la popularidad de Joey, pero incluso sin el deporte, era un gran chico.

Y como el gran chico que era, trataba de protegerme de todo, pero era una tarea imposible para una sola persona.

Joey y yo teníamos un hermano mayor, Darren, y tres hermanos menores: Tadhg, Ollie y Sean, pero ninguno de nosotros había hablado con el primero desde que se fue de casa, cinco años atrás, tras otra pelea infame con nuestro padre. Tadhg y Ollie, que tenían once y nueve años, respectivamente, aún iban a la escuela, y Sean, que tenía tres años, apenas había dejado de usar pañales, por lo que no se puede decir que me sobraran los defensores.

Era en días como ese cuando más echaba de menos a mi hermano mayor.

A los veintitrés, Darren era siete años mayor que yo. Grande e intrépido, era el mejor hermano mayor para cualquier niña.

Toda mi vida había besado el suelo que pisaba; lo seguía a él y a sus amigos, y lo acompañaba adondequiera que fuera. Siempre me protegió, asumiendo la culpa en casa cuando yo hacía algo malo.

No fue fácil para él, y como yo era mucho más joven que Darren, no había entendido el alcance total de su situación. Mi madre y mi padre apenas llevaban viéndose un par de meses cuando ella, a los quince años, se quedó embarazada de Darren.

Etiquetado en la Irlanda católica de 1980 como un bastardo porque nació fuera del matrimonio, la vida nunca se lo puso fácil a mi hermano. Cuando cumplió once años, todo empeoró mucho para él.

Al igual que Joey, Darren era un tirador fenomenal y, al igual que yo, nuestro padre lo despreciaba. Siempre encontraba algo malo en él, ya fuera su pelo o su letra, su desempeño en el campo o su pareja.

Darren era gay y nuestro padre no podía soportarlo.

Él culpó de la orientación sexual de mi hermano a un incidente del pasado, y nada de lo que nadie dijera logró hacerle entender que ser gay no era una opción.

Darren nació gay, de la misma manera que Joey nació heterosexual y yo nací vacía.

Él era así y me rompía el corazón que no fuera aceptado en su propia casa.

Vivir con un padre homófobo fue una tortura para mi hermano.

Odiaba a mi padre por eso, más de lo que lo odiaba por todas las otras cosas terribles que había hecho a lo largo de los años.

Tanto su intolerancia como su evidente discriminación hacia su propio hijo era, de lejos, el más vil de sus rasgos.

Cuando Darren dejó durante un año el hurling para centrarse en los exámenes de acceso a la universidad, nuestro padre se puso furioso. Meses de discusiones acaloradas y altercados físicos dieron como resultado una gran pelea en la que Darren hizo las maletas, salió por la puerta y nunca regresó.

Habían pasado cinco años desde aquella noche y, aparte de la tarjeta de Navidad que enviaba cada año, ninguno de nosotros lo había visto ni sabido

nada de él.

Ni siquiera teníamos un número de teléfono o una dirección para poder contactar con él.

Fue como si hubiese desaparecido.

Después de aquello, toda la presión que nuestro padre había ejercido sobre Darren se trasladó a los más pequeños, que eran, a sus ojos, sus hijos «normales».

Cuando no estaba en el pub o en las casas de apuestas, obligaba a los niños a entrenar y asistir a los partidos.

Centró toda su atención en ellos.

Yo no le servía de nada, por ser una chica y todo eso.

No se me daban bien los deportes y no sobresalía en mis estudios ni en ninguna actividad de ningún club. A ojos de mi padre, yo era solo una boca que alimentar hasta los dieciocho años.

Eso tampoco era algo que se me hubiera ocurrido. Mi padre me lo había dicho en innumerables ocasiones.

Después de la quinta o sexta vez, me volví inmune a sus palabras.

Él no tenía ningún interés en mí y yo no tenía ningún interés en tratar de estar a la altura de alguna de sus irracionales expectativas. Nunca sería un niño, y no tenía sentido tratar de complacer a un hombre cuya mentalidad estaba en los años cincuenta.

Hacía tiempo que me había cansado de suplicar amor a alguien que, en sus propias palabras, nunca me quiso.

Sin embargo, la presión que ejercía sobre Joey me preocupaba y era la razón por la que me sentía tan culpable cada vez que mi hermano tenía que acudir en mi ayuda.

Estaba en el último curso de instituto y tenía sus propias cosas: el hurling con la asociación gaélica, su trabajo a media jornada en la gasolinera, los exámenes de acceso a la universidad y su novia, Aoife.

Sabía que cuando yo sufría, Joey también sufría. No quería ser una carga para él, alguien de quien tuviera que cuidar constantemente, pero ha sido así desde que tengo memoria.

Para ser sincera, no habría soportado ni un minuto más en aquel instituto viendo la decepción en los ojos de mi hermano. Al cruzarme con él por los pasillos, sabía que cuando me miraba, su expresión se hundía.

Para ser justos, los profesores del instituto de Ballylaggin habían tratado de protegerme de la turba de linchamiento y la psicopedagoga, la señora Falvy, incluso organizó sesiones de orientación quincenales con un psicólogo escolar durante el segundo año hasta que cortaron los fondos.

Mi madre se las había arreglado para juntar dinero para que me visitara una terapeuta privada, pero a ochenta euros la sesión y teniendo que censurar mis pensamientos a petición suya, solo la había visto cinco veces antes de mentirle a mi madre y decirle que me sentía mejor.

No me sentí mejor.

Nunca me sentí mejor.

Simplemente no soportaba ver a mi madre luchar.

Odiaba ser una carga financiera para ella, así que aguanté, sonreí y seguí caminando hacia el infierno todos los días.

Pero el acoso nunca cesaba.

Nada cesaba.

Hasta que un día lo hizo.

El mes pasado, un día de la semana anterior a las vacaciones de Navidad, solo tres semanas después de un incidente similar con el mismo grupo de chicas, llegué a casa llorando a mares, con el jersey del uniforme desgarrado por delante y la nariz tapada con un pañuelo para detener la hemorragia tras la paliza que me habían dado unas chicas de primero de bachillerato, quienes aseguraban que había tratado de liarme con el novio de alguna de ellas.

Era una mentira descarada, considerando que nunca había visto al chico a quien me acusaron de tratar de seducir, y otra más en una larga lista de patéticas excusas para pegarme.

Ese fue el día que paré.

Dejé de mentir.

Dejé de fingir.

Tan solo paré.

Ese día no fui la única que llegó a su límite, también Joey. Entró a casa tras de mí con una semana de expulsión por darle una paliza de muerte al hermano de Ciara Maloney, mi principal torturadora.

Tras echarme un vistazo, nuestra madre me había sacado de aquel instituto.

En contra de los deseos de mi padre, quien pensaba que necesitaba curtirme, mi madre fue a la cooperativa de crédito local y pidió un préstamo para pagar las cuotas de admisión al Tommen College, el instituto privado ubicado veinticuatro kilómetros al norte de Ballylaggin.

Me preocupaba mi madre, pero sabía que si cruzaba las puertas del BCG una vez más, no volvería a salir.

Había llegado a mi límite.

La perspectiva de una vida mejor, una vida más feliz, pendía frente a mí y la cogí con ambas manos.

Y a pesar de que temía las represalias de los niños de mi urbanización por asistir a una escuela privada, sabía que no podía ser peor que la mierda que había soportado en el instituto que estaba dejando atrás.

Además, Claire Biggs y Lizzie Young, mis dos amigas de primaria, estarían en mi clase en el Tommen College; el director, el señor Twomey, me lo aseguró cuando mi madre y yo nos reunimos con él para matricularme, durante las vacaciones de Navidad.

Tanto mi madre como Joey me ofrecieron su inquebrantable apoyo, y ella hacía turnos adicionales en el hospital donde trabajaba limpiando para pagar mis libros y el uniforme nuevo, que incluía una americana.

Antes de ir al Tommen College, las únicas americanas que había visto eran las que se ponían los hombres para la misa de los domingos, nunca los adolescentes, y ahora serían parte de mi vestimenta diaria.

Dejar el instituto local a mitad de curso, a punto de terminar el primer ciclo de secundaria, había causado una gran ruptura en nuestra familia, pues mi padre estaba furioso por tener que gastar miles de euros en una educación que era gratuita en la escuela pública que había calle abajo.

Cuando traté de explicarle que el instituto no era tan fácil para mí como lo era para su precioso hijo, la estrella del hurling, se negó a escucharme haciéndome callar y me hizo saber en términos inequívocos que no respaldaría el hecho de que asistiera a un pretencioso instituto con un montón de payasos privilegiados y engreídos y donde se juega al rugby.

Todavía recordaba sus palabras: «Bájate de las nubes, niña» y «Te criaron lejos del rugby y las escuelas privadas», por no mencionar mi frase favorita saliendo de la boca de mi padre: «Nunca encajarás con esos cabrones».

Quise gritarle «¡Ni que lo pagaras tú!», pues mi padre no había trabajado un día desde que yo tenía siete años y era mi madre quien mantenía la

familia, pero apreciaba demasiado mi capacidad para caminar.

Mi padre no lo entendió, pero tuve la sensación de que no había sido objeto de intimidación ni un solo día en toda su vida. En todo caso, Teddy Lynch era el matón.

Bien que maltrataba a mi madre.

Debido a la indignación de mi padre por mi educación, pasé la mayor parte de las vacaciones de Navidad encerrada en mi habitación, tratando de mantenerme fuera de su camino.

Como era la única chica en una familia con cinco hermanos, tenía mi propia habitación. Joey también tenía una para él, aunque la suya era mucho más grande que la mía, ya que la había compartido con Darren hasta que este se mudó. Tadhg y Ollie compartían otro dormitorio más grande, y Sean dormía con mis padres en el cuarto más grande de todos.

A pesar de que era solo el trastero en la parte delantera de la casa, sin apenas espacio para columpiar a un gato, agradecía la privacidad que me brindaba la puerta, con cerradura, de mi propio dormitorio.

A diferencia de las cuatro habitaciones de arriba, nuestra casa era pequeña: tenía una sala de estar, una cocina y un baño para toda la familia. Era una casa adosada situada en el margen de Elk, la urbanización con viviendas de protección oficial más grande de Ballylaggin.

La zona era dura y tenía mucha delincuencia, que yo evitaba escondiéndome en mi habitación.

Mi diminuto cuarto era mi santuario en una casa, y una calle, llena de bullicio y hostilidad, pero sabía que no duraría para siempre.

Mi privacidad tenía los días contados, porque mi madre estaba embarazada de nuevo. Si tenía una niña, perdería mi santuario.

—¡Shan! —Se oyeron unos golpes al otro lado de la puerta del baño, lo que me sacó de mi inmutabilidad—. ¡Date prisa, ¿quieres?! Me estoy meando.

—Dos minutos, Joey —respondí, luego continué evaluando mi apariencia—. Puedes con esto —me susurré a mí misma—. Ya lo creo que puedes con esto, Shannon.

Los golpes se reanudaron, así que rápidamente me sequé las manos en la toalla que había colgada y abrí la puerta. Allí estaba mi hermano, con nada más que unos bóxers negros, rascándose el pecho.

Abrió mucho los ojos cuando se fijó en mi aspecto, y la expresión somnolienta en su rostro pasó a ser de atención y sorpresa. Tenía un ojo morado por el partido que había jugado el fin de semana, pero aquello no parecía alterar lo más mínimo su guapura.

—Estás... —La voz de mi hermano se fue apagando mientras me evaluaba con una mirada fraternal. Me preparé para las bromas que inevitablemente haría a mi costa, pero nunca llegaron—. Encantadora —dijo en su lugar, y sus ojos, verde pálido, reflejaban calidez y una preocupación tácita—. El uniforme te queda bien, Shan.

—¿Crees que irá bien? —pregunté, manteniendo la voz baja para no despertar al resto de la familia.

Mi madre había trabajado dos turnos el día anterior, y tanto ella como mi padre estaban durmiendo. Podía oír los fuertes ronquidos de mi padre a través de la puerta de su dormitorio. Los más pequeños tendrían que ser sacados de sus camas más tarde para ir a la escuela.

Como de costumbre, solo estábamos Joey y yo.

Los dos amigos.

—¿Crees que encajaré, Joey? —pregunté, expresando mis preocupaciones en voz alta. Podía hacer eso con Joey. Era el único de nuestra familia con el que sentía que podía hablar y en quien podía confiar. Me miré el uniforme y me encogí de hombros con impotencia.

Sus ojos ardían con una emoción tácita mientras me miraba, y yo sabía que se había levantado tan temprano no porque estuviera desesperado por usar el baño, sino porque quería despedirse de mí en mi primer día.

Eran las seis y cuarto de la mañana.

Al igual que en el instituto de Ballylaggin, en el Tommen College las clases no comenzaban hasta las nueve y cinco, pero tenía que coger un autobús y el único que pasaba por la zona salía a las siete menos cuarto de la mañana.

Era el primer autobús del día que salía de Ballylaggin, pero también era el único que pasaba por el instituto a tiempo. Mi madre trabajaba casi todas las mañanas y mi padre todavía se negaba a llevarme.

La noche anterior, cuando le pregunté si me llevaría a clase, me dijo que si bajaba de las nubes y regresaba al instituto público de Ballylaggin como Joey y todos los demás críos de nuestra calle, no necesitaría que nadie me llevara.

—Joder, estoy tan orgulloso de ti, Shan —exclamó Joey con la voz cargada de emoción—. Ni siquiera te das cuenta de lo valiente que eres. — Se aclaró la garganta un par de veces y agregó—: Espera, tengo algo para ti.

Dicho esto, cruzó el estrecho rellano y entró en su dormitorio. Regresó menos de un minuto después.

—Toma —murmuró, poniéndome un par de billetes de cinco euros en la mano.

—¡Joey, no! —Rechacé inmediatamente la idea de aceptar un dinero que tanto le había costado ganar. Para empezar, no le pagaban mucho en la gasolinera, y el dinero era difícil de conseguir en nuestra familia, por lo que aceptar diez euros de mi hermano era algo impensable—. No puedo...

—Coge el dinero, Shannon, son solo diez pavos —me pidió, con una expresión muy seria—. Sé que la tata Murphy te dio dinero para el autobús, pero lleva algo más. No sé cómo funcionan las cosas en ese sitio, pero no quiero que entres allí sin algo de pasta.

Me tragué el nudo de emociones que luchaba por abrirse paso en mi garganta y logré decir:

—¿Estás seguro?

Joey asintió, luego tiró de mí para abrazarme.

—Te irá genial —me susurró al oído, abrazándome tan fuerte que no estaba segura de a quién estaba tratando de convencer o consolar—. Si alguien te viene con la más mínima gilipollez, me envías un mensaje y yo iré allí y quemaré ese instituto de mierda y a todos esos pijos cabrones del rugby que hay en ella.

Qué solemne.

—Todo irá bien —dije, esa vez con un poco de fuerza en la voz, pues necesitaba creérmelo—. Pero llegaré tarde si no me pongo en marcha, y eso es lo que menos necesito en mi primer día.

Le di a mi hermano un último abrazo, me puse el abrigo y me coloqué a la espalda la mochila antes de dirigirme a las escaleras.

—Me envías un mensaje —gritó Joey cuando ya iba por la mitad de los escalones—. Lo digo en serio, un tufo de mierda de cualquiera e iré a encargarme.

—Puedo hacerlo, Joey —susurré, echando un rápido vistazo hacia donde estaba apoyado, contra la barandilla, mirándome con preocupación—. Puedo hacerlo.

—Sé que puedes. —Su voz era baja y había dolor en ella—. Yo solo... Estoy aquí para lo que sea, ¿vale? —terminó, y dejó escapar un fuerte suspiro—. Siempre, para lo que necesites.

Me di cuenta de que aquello fue difícil para mi hermano cuando lo vi despedirse de mí como un padre ansioso lo haría con su primogénito. Siempre luchaba mis batallas, siempre saltaba en mi defensa y me llevaba a un lugar seguro.

Quería que estuviera orgulloso de mí, que me viera como algo más que una niña que necesitaba su protección constante.

Necesitaba eso para mí.

Con renovada determinación, le dediqué una sonrisa de oreja a oreja y luego salí corriendo de casa para coger el autobús.

TODO HA CAMBIADO

Shannon

Cuando me bajé del autobús, me sentí aliviada al descubrir que las puertas del Tommen College estaban abiertas a los estudiantes desde las siete de la mañana, obviamente para acomodar los diferentes horarios de los internos y los alumnos de día.

Me apresuré a entrar en el edificio para resguardarme del tiempo.

Estaba lloviendo a cántaros, y en cualquier otra circunstancia podría haberlo considerado un mal augurio, pero estaba en Irlanda, donde llovía un promedio de entre ciento cincuenta y doscientos veinticinco días al año.

También era principios de enero, la temporada de lluvias.

Descubrí que no era la única madrugadora que llegaba antes de las horas de clase, pues ya había varios estudiantes que deambulaban por los pasillos y descansaban en el comedor y las zonas comunes.

Sí, zonas comunes.

Tommen College tenía lo que solo podría describir como amplias salas de estar para cada curso.

Para mi inmensa sorpresa, descubrí que no era el objetivo inmediato de los matones como lo había sido en todas las demás escuelas a las que había asistido.

Los estudiantes pasaban zumbando a mi lado, sin ningún interés en mi presencia, claramente atareados con su propia vida.

Esperé, con el corazón en la boca, algún comentario o empujón cruel.

Pero no hubo nada de eso.

Al haber sido transferida a mitad de curso desde el vecino instituto público, esperaba una diatriba de nuevas burlas y enemigos.

Pero nada de eso pasó.

Aparte de un par de miradas curiosas, nadie se me acercó.

Los estudiantes del Tommen no sabían quién era yo o no les importaba.

De cualquier modo, estaba claramente fuera del punto de mira en ese centro, y me encantaba.

Consolada por el repentino manto de invisibilidad que me rodeaba, y con una actitud más positiva de la que había tenido en meses, me tomé el tiempo para echar un vistazo a la zona común de los de tercero.

Era una sala grande y luminosa con unos ventanales en un lado que iban del suelo al techo y que daban a un patio de edificios. Placas y fotografías de antiguos alumnos adornaban las paredes, que estaban pintadas de amarillo limón. Sofás de felpa y cómodos sillones llenaban el gran espacio, junto con algunas mesas redondas y sillas de roble a juego. Había una pequeña zona de cocina en un rincón equipada con tetera, tostadora y microondas.

Santo cielo.

Así que así era como se vivía al otro lado.

El Tommen College era un mundo diferente.

Un universo alternativo, distinto al mío.

Guau.

Podría traer algunas rebanadas de pan y tomar té con tostadas en el instituto.

Intimidada, salí de la sala y deambulé por todos los pabellones y pasillos tratando de orientarme.

Estudié mi horario y memoricé dónde estaba cada edificio y ala donde tendría clase.

Me sentía bastante segura cuando, a las nueve menos diez, sonó la campana que indicaba que faltaban quince minutos para el comienzo de la jornada escolar. Y cuando me saludó una voz familiar estuve a punto de llorar de puro alivio.

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre mía! —gritó una rubia alta y voluptuosa con una sonrisa del tamaño de un campo de fútbol, lo que llamó mi atención y

la de todos los demás, mientras atravesaba varios grupos de estudiantes en un intento de alcanzarme.

No estaba preparada lo más mínimo para el abrazo de oso que me dio cuando llegó hasta mí, aunque no debería haber esperado menos de Claire Biggs.

Ser recibida por rostros amistosos y sonrientes auténticos en lugar de por lo que estaba acostumbrada me resultaba abrumador.

—Shannon Lynch —me saludó Claire medio con una risilla medio atragantándose, y apretándome con fuerza—. ¡Estás aquí de veras!

—Estoy aquí —asentí con una pequeña risa, dándole palmaditas en la espalda mientras intentaba sin éxito liberarme de su fuerte abrazo—. Pero no lo estaré por mucho más tiempo si no me dejas respirar.

—Oh, mierda. Lo siento —se rio Claire, dando un paso atrás inmediatamente y liberándome de su agarre mortal—. Olvidé que no has crecido desde cuarto. —Dio otro paso atrás y me miró—. O desde tercero —rectificó, con una risilla y la picardía danzando en los ojos.

No fue una pulla; era una observación y un hecho.

Yo era excepcionalmente menuda para mi edad, más aún por el metro casi ochenta de mi amiga.

Claire era alta, de complexión atlética y excepcionalmente guapa.

La suya no era una forma recatada de belleza.

No, su cara resplandecía como los rayos del sol.

Claire estaba simplemente deslumbrante: tenía unos grandes ojos marrones de cachorrito y tirabuzones rubios claros. Era de carácter alegre y su sonrisa podía calentar los corazones más fríos.

Incluso a los cuatro años, yo ya sabía que era una chica diferente.

Sentía la amabilidad que irradiaba de ella. La había sentido mientras estuvo en mi rincón durante ocho largos años, defendiéndome en detrimento propio.

Sabía la diferencia entre el bien y el mal, y estaba preparada para intervenir por cualquiera más débil que ella.

Claire era una guardiana.

Nos habíamos distanciado al ir a institutos distintos, pero en cuanto la miré supe que seguía siendo la misma Claire de siempre.

—No todas podemos ser unas larguiruchas —contesté de buenas, sabiendo que sus palabras no tenían la intención de insultarme.

—Madre mía, estoy tan contenta de que estés aquí —exclamó negando con la cabeza, y me sonrió. Toda adorable, bailoteó de felicidad y luego me abrazó una vez más—. No puedo creer que tus padres finalmente hayan hecho lo correcto.

—Ya —respondí, incómoda de nuevo—. Al final sí.

—Shan, no será así aquí —me aseguró Claire en un tono ahora serio y los ojos llenos de emoción—. Toda esa mierda que has sufrido forma parte del pasado. —Suspiró de nuevo y supe que se estaba mordiendo la lengua, absteniéndose de decir todo lo que quería.

Claire lo sabía.

Ella había ido conmigo a la escuela primaria.

Y fue testigo de cómo había sido para mí aquella época.

Por alguna razón que desconocía, me alegré de que no hubiera visto lo mal que se habían puesto las cosas.

Era una humillación que no quería volver a sentir.

—Estoy aquí para ti —continuó—, y Lizzie también, si alguna vez decide sacar el culo de la cama y venir a clase.

Con una sonrisa de oreja a oreja, desterré mis demonios al fondo de mi mente y dije:

—Será un nuevo comienzo.

—¡Sí, tía! —exclamó Claire con gran entusiasmo al tiempo que me golpeaba con el puño—. Un nuevo y alegre comienzo.

La primera mitad del día fue mejor de lo que podría haber esperado. Claire me presentó a sus amigos y, aunque no podía recordar los nombres de la mayoría de las personas que había conocido, estaba increíblemente agradecida de que me acogieran y, me atrevería a decir, aceptaran.

La inclusión no era algo a lo que estuviese acostumbrada, y tuve que esforzarme para mantenerme al día con el flujo constante de conversaciones y preguntas amistosas que me hacían.

Haber pasado tanto tiempo en mi propia compañía me dificultó volver a integrarme en la sociedad adolescente normal. Que en el instituto hubiese otras personas, además de Joey y sus amigos, dispuestas a sentarse conmigo, hablarme y caminar junto a mí fue una experiencia alucinante.

Cuando mi otra amiga de la escuela primaria, Lizzie Young, finalmente apareció, a la mitad de la tercera clase de la mañana y justificando su ausencia con una cita con el dentista, inmediatamente retomamos la amistad que siempre tuvimos.

Lizzie llegó al instituto con los pantalones del uniforme masculino y zapatillas de deporte, sin importarle lo que los demás tuvieran que decir sobre su apariencia. Lo cierto es que parecía traerle sin cuidado lo que pensara la gente. Se vestía según su estado de ánimo y su actitud variaba en función de él. Podría haber aparecido al día siguiente con falda y toda maquillada. Lizzie hacía lo que quería cuando quería, ignorando y sin importarle la opinión de los demás.

Con su larga coleta rubia oscura y sin maquillaje, lo que resaltaba esos ojazos azules suyos, rezumaba una confianza en sí misma más bien perezosa.

A lo largo de nuestras clases, me fijé también en que Lizzie recibía mucha atención masculina a pesar de los pantalones holgados y el pelo despeinado, lo que demuestra que no es necesario desnudarse ni pintarse la cara para atraer al sexo opuesto.

Una sonrisa auténtica y una personalidad agradable son más que suficientes.

Lizzie se parecía un montón a Claire en muchos aspectos, pero eran radicalmente diferentes en otros.

Al igual que Claire, Lizzie era rubia y de piernas largas.

Ambas eran altas para su edad y asquerosamente guapísimas.

Pero donde Claire era extrovertida y, a veces, un poco demasiado intensa, Lizzie era relajada y algo introvertida.

Por lo general, Claire no tenía filtro, mientras que Lizzie se tomaba su tiempo para decidirse sobre algo.

Claire siempre iba impecable, toda maquillada y con un atuendo perfecto para cualquier ocasión, mientras que el estilo de Lizzie era impredecible.

Yo, en cambio, era la morena menuda que se juntaba con las chicas más guapas de la clase.

Ay...

—¿Estás bien, Shan? —preguntó Lizzie rompiendo el largo silencio.

Íbamos de camino hacia nuestra próxima clase, Inglés en el ala sur, cuando me detuve en medio del pasillo, lo que provocó una acumulación de

estudiantes.

—Oh, mierda —mascullé al darme cuenta de repente de mi cagada—. Me he dejado el móvil en el baño.

Claire, que estaba a mi izquierda, se volvió y frunció el ceño.

—Ve a buscarlo, te esperaremos.

—En el baño del edificio de Ciencias —respondí con un gemido. Tommen era ridículamente grande y las clases se impartían en los diferentes edificios de la inmensa propiedad—. Tengo que recuperarlo —añadí, ansiosa ante la idea de que alguien encontrara mi móvil e invadiera mi privacidad. El aparato en sí no valía nada, era uno de los prepagos más baratos del mercado y ni siquiera tenía cámara, pero era mío. Estaba lleno de mensajes privados y lo necesitaba—. Joder.

—Que no cunda el pánico —intervino Lizzie—. Te acompañaremos.

—No —dije levantando una mano y negando con la cabeza—. No quiero que también vosotras lleguéis tarde a clase. Iré a buscarlo.

Yo era nueva. Era mi primer día allí. Dudaba que la profesora fuera a ser dura conmigo por llegar tarde a clase. Claire y Lizzie, por otro lado, no eran nuevas y no tenían ninguna excusa para no estar en sus asientos a la hora.

Podía hacerlo.

No necesitaba, o al menos no debería, niñeras que me acompañaran por el instituto.

Claire frunció el ceño con evidente indecisión.

—¿Estás segura?

—Sí —asentí—. Recuerdo el camino.

—No sé, Shan —dudó Lizzie mordiéndose el labio inferior—. Tal vez una de nosotras debería ir contigo. —Encogiéndose de hombros, añadió—: Ya sabes, por si acaso...

La segunda campana sonó con fuerza, señalando el comienzo de la clase.

—Va —las insté, con un gesto de la mano para que se fueran—. Estaré genial.

Girando sobre mis talones, me apresuré por el pasillo hasta la entrada y luego eché a correr cuando alcancé el patio. Tardé unos buenos nueve minutos en llegar al edificio de Ciencias corriendo a toda velocidad bajo la lluvia torrencial por un camino que rodeaba varios campos de entrenamiento deportivo, lo cual no es tarea fácil con tacones.

Cuando llegué al baño de chicas, estaba sin aliento y sudando.

Afortunadamente, mi móvil estaba exactamente donde lo había dejado: en el lavamanos, junto al dispensador de jabón.

Muerta de alivio, lo cogí, revisé rápidamente la pantalla y volví a sentirme aliviada al ver que seguía bloqueada. Luego me guardé el móvil en el bolsillo delantero de la mochila.

Si esto hubiera sucedido en mi antiguo instituto, un teléfono olvidado en el baño no habría durado ni quince segundos, y mucho menos quince minutos.

«Te estás codeando con los ricos ahora, Shannon —pensé para mí—. No quieren tu móvil de mierda».

Me eché un poco de agua en la cara y me colgué la mochila, con ambas correas, como la friki que era. Todavía no había ido a mi taquilla, así que cargaba con lo que parecían cuatro piedras. Ambas correas eran totalmente necesarias en esa situación.

Cuando salí del edificio de Ciencias y miré el largo y poco atractivo camino de regreso al edificio principal, donde tenía mi siguiente clase, contuve un gemido.

No iba a correr de nuevo.

Mi cuerpo no podía.

Se había esfumado toda mi energía.

Desolada, mi mirada vaciló entre la poco atractiva callejuela cuesta arriba y los campos de entrenamiento.

En ese lado del instituto había tres pistas en total.

Había dos campos más pequeños, cuidados con esmero y que estaban vacíos, y otro más grande que en ese momento estaba ocupado por una treintena de chicos y un profesor que les gritaba órdenes.

Indecisa, valoré mis opciones.

Si atajaba por los campos de entrenamiento, me ahorraría varios minutos de caminata.

Ni siquiera me verían.

Yo era pequeña y rápida.

Pero también estaba cansada y nerviosa.

Atravesar los campos era lo lógico.

Había un terraplén empinado y cubierto de hierba al otro lado de la pista que separaba los campos del patio, pero podría subirlo sin ningún problema.

Miré el reloj y me invadió una oleada de angustia cuando vi que ya me había perdido quince minutos de la clase de cuarenta minutos.

Tomada la decisión, salté la pequeña cerca de madera que separaba los campos de entrenamiento del camino y avancé con energía hacia mi destino.

Con la cabeza gacha y el corazón latiendo violentamente contra la caja torácica, corrí por las pistas vacías y solo vacilé cuando llegué al campo de entrenamiento más grande, el que estaba lleno de chicos.

Chicos enormes.

Chicos sucios.

Chicos con cara de enfado.

Chicos que me estaban mirando.

Oh, mierda.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Fuera de la puta cancha!

—¡Hostia ya!

—Crías de mierda.

—¡Que te pires!

Preso del pánico, ignoré los gritos y los abucheos mientras pasaba corriendo junto a ellos, obviamente perturbando su entrenamiento.

Mi cuerpo acusó la humillación al apretar el paso y romper a trotar con torpeza.

El suelo estaba mojado y embarrado por la lluvia, así que no podía moverme tan rápido como a mí, o a esos chicos, nos hubiera gustado.

Cuando llegué al borde del campo, sentí ganas de llorar de alivio mientras subía cojeando el empinado terraplén. Sin embargo, esa fue solo una sensación momentánea y fugaz que rápidamente fue reemplazada por un dolor punzante cuando algo muy duro y muy pesado se estrelló contra mi nuca, lo que me quitó el aire de los pulmones y el suelo desapareció bajo mis pies.

Momentos después, caía de espaldas por el embarrado terraplén y el dolor me rebotaba en la cabeza, de manera que me era imposible pensar con claridad o detener mi propia caída.

Mi último pensamiento coherente antes de golpear el suelo con un ruido sordo y que una espesa nube de oscuridad me cubriera fue: «Nada cambia».

Aunque estaba equivocada.

Todo cambió después de ese día.
Todo.

PELOTAS VOLADORAS

EL CHICO MARAVILLA CAUTIVA A LOS ENTRENADORES DE LA ACADEMIA

El joven Johnny Kavanagh, de diecisiete años y nativo de Blackrock (Dublín) aunque actualmente reside en el condado de Ballylaggin (Cork), pasó su evaluación médica para asegurarse un puesto en la prestigiosa academia de rugby de Cork. Tras la lesión crónica que sufrió en la ingle al comienzo de la última temporada, los médicos han dado el visto bueno al regreso del joven. Este estudiante del Tommen College, que ha sido nombrado titular del estimado equipo juvenil, está preparado para ganar su decimoquinto partido internacional con la academia este fin de semana. Un centrocampista nato, ha llamado la atención de entrenadores de todo el mundo, incluidos los de clubes del Reino Unido y el hemisferio sur. Cuando se le pidió que comentara el vertiginoso ascenso del joven, el entrenador titular de la sub-20 de Irlanda, Liam Delaney, dijo: «Estamos emocionados con el nivel de los nuevos jugadores en todo el país. El futuro parece prometedor para el rugby irlandés». Respecto al joven de la escuela de Cork, en

concreto, Delaney dijo: «Hemos seguido la pista a Kavanagh desde que jugaba en Dublín y hemos estado negociando con sus entrenadores durante los últimos dieciocho meses. Los técnicos de la sub-18 están impresionados. Seguimos con atención su progresión y estamos asombrados con la inteligencia y madurez innatas que exuda en la cancha. Sin duda, es un jugador que ha de tenerse en cuenta para cuando llegue a la mayoría de edad».

Johnny

Estaba agotado.

En serio, estaba tan cansado que me costaba mantener los ojos abiertos y centrarme en lo que estaba haciendo. Mi día infernal se estaba convirtiendo en una semana infernal, lo cual era toda una hazaña, teniendo en cuenta que solo era lunes.

Y todo porque había vuelto directamente al instituto, por no mencionar que entrenaba e iba al gimnasio seis tardes a la semana.

Para ser sincero, llevaba agotado desde el verano pasado, cuando regresé de la campaña internacional con los de la sub-18, donde jugué junto a los mejores de Europa, y entré directamente a un duro campamento de preparación de seis semanas de duración en Dublín.

Después de eso, tuve un descanso de diez días antes de regresar a clase y retomar mis compromisos con el club y la Academia.

También tenía hambre, lo que no le sienta nada bien a mi temperamento.

No llevo bien lo de pasarme largas horas sin comer.

Mi estilo de vida y mi intenso régimen de entrenamiento requerían que espaciara las comidas regularmente.

Para mi cuerpo, lo ideal era comer cada dos horas cuando consumía una dieta de cuatro mil quinientas calorías diarias.

Si me quedaba con el estómago vacío más de cuatro horas, me convertía en un cabrón malhumorado y enfadado.

No es que me entusiasmara especialmente la montaña de pescado y verduras al vapor que me esperaba en el táper, pero estaba a dieta, maldita sea.

Trastocármela era una forma segura de despertar a la bestia hambrienta que hay en mí.

Llevábamos menos de media hora en el campo y ya había noqueado a tres de mis compañeros y había recibido un rapapolvo del entrenador en el proceso.

En mi defensa, cada placaje que les hice fue perfectamente legal, solo que un poco bruto.

Pero a eso me refería, maldita sea.

Estaba demasiado irritado para contenerme lo más mínimo con chavales que no se acercaban siquiera a mi nivel de juego.

«Chavales» era la palabra apropiada en ese caso.

Porque eso es lo que eran.

Yo jugaba con hombres.

A menudo me preguntaba qué sentido tenía estar en el equipo escolar.

No me servía de una mierda.

El nivel del club ya era bastante básico, pero el rugby escolar era una maldita pérdida de tiempo.

Especialmente en este instituto.

Ese era el primer día tras las vacaciones de Navidad, pero el equipo llevaba entrenando desde septiembre.

Cuatro meses.

Cuatro putos meses y parecíamos más desorganizados que nunca.

Por millonésima vez en los últimos seis años, me molestó la mudanza de mis padres.

Si nos hubiéramos quedado en Dublín, estaría jugando en un equipo de calidad con jugadores de calidad y progresando de verdad, joder.

Pero no, en lugar de eso, estaba allí, en medio de la puta nada, sustituyendo a un preparador menos que experto y rompiéndome los cojones para mantener al equipo en la clasificatoria.

Ganamos la liga el año pasado porque teníamos un equipo sólido, capaz de jugar al puto rugby decentemente.

Sin varios de los jugadores del equipo del año pasado, que se habían ido a la universidad, mi inquietud y preocupación por nuestras posibilidades esa temporada crecía por minutos.

Y no era el único que se sentía así.

Quedaban seis o siete jugadores excepcionales en este instituto que eran lo suficientemente buenos para la división en la que jugábamos, y ese era el problema.

Necesitábamos una plantilla de veintitrés jugadores decentes para sobresalir en esa liga.

No media docena.

Mi mejor amigo, por ejemplo, Gerard Gibson, o Gibsie para abreviar, era un excelente ejemplo de excepcionalidad.

Era, sin lugar a dudas, el mejor *flanker* con el que había jugado o contra el que había jugado en esa categoría de rugby y podía ascender fácilmente en la clasificación con un poco de compromiso y esfuerzo.

Sin embargo, a diferencia de mí, el rugby no lo era todo para Gibsie.

Renunciar a fiestas y novias durante algunos años fue un pequeño precio que pagar por una carrera profesional en el deporte. Si dejara de beber y fumar, sería fenomenal.

Sin embargo, Gibs no estaba tan convencido de ello y escogía con gusto pasar el tiempo de entrenamiento de calidad tirándose a la población femenina de Ballylaggin y bebiendo hasta que su hígado y páncreas gritaban en protesta.

A mí me parecía que era un desperdicio terrible.

Otro pase fallido de Patrick Feely, nuestro nuevo número doce y mi compañero en el centro del campo, hizo que se me fuera la pinza allí mismo, en medio de la cancha.

Me saqué el protector bucal, se lo lancé y le di un puñetazo en la mandíbula.

—¿Ves esto? —rugí—. Se llama darle al puto objetivo.

—Lo siento, capi —murmuró el centro, con la cara roja, dirigiéndose a mí por el apodo que me había ganado desde que me convertí en capitán del equipo escolar, en cuarto, y gané mi primer partido internacional—. Puedo hacerlo mejor.

Lamenté mis acciones inmediatamente.

Patrick era un chaval decente y muy buen amigo mío.

Aparte de Gibsie, Hughie Biggs y Patrick eran mis mejores amigos.

Gibs, Feely y Hughie ya eran muy cercanos en el colegio masculino Scoil Eoin cuando me introdujeron en su clase, en el último curso de primaria.

Unidos por nuestro amor por el rugby, todos seguimos siendo buenos amigos durante el instituto, aunque nos habíamos dividido en dos parejas de mejores amigos: Hughie congeniaba más con Patrick y yo, con el gilipollas de antes.

Patrick era un muchacho tranquilo. El pobre no merecía mi ira y mucho menos que le lanzara el protector bucal lleno de saliva a la cara.

Bajé la cabeza, corrí hacia él y le di una palmada en el hombro, murmurando una disculpa.

Esto era exactamente por lo que necesitaba comer.

Y tal vez una bolsa de hielo para el rabo.

Con suficiente carne y verdura, soy una persona diferente.

Una persona tolerante.

Incluso educada.

Pero mi único objetivo en ese preciso instante era no desmayarme por el hambre ni el dolor, así que no tenía tiempo para sutilezas.

Esa semana teníamos un partido clasificatorio para la copa y, a diferencia de mí, estos chavales habían pasado su tiempo libre..., bueno, pues como cualquier adolescente.

Las vacaciones de Navidad fueron un buen ejemplo.

Tras la lesión, yo me las había pasado esforzándome como un loco para volver a la cancha, mientras que ellos se habían pasado las vacaciones comiendo y bebiendo hasta reventar.

No tenía ningún problema en perder un partido si éramos realmente los más malos.

Lo que no podía aceptar era perder por falta de preparación y disciplina.

Liga escolar o no.

Aquello no me servía, joder.

Estaba totalmente fuera de mí cuando una chica atravesó la cancha. Se puso a caminar por los campos de entrenamiento, joder.

Irritado, me la quedé mirando y sentí una rabia dentro de mí que bordeaba la locura.

Así de jodidamente malo era el equipo.

A los demás estudiantes ni siquiera les importaba que estuviéramos entrenando.

Varios de los muchachos le gritaron, pero eso solo pareció cabrearme aún más.

No entendía por qué le gritaban.

Esto era culpa de ellos.

Los tontos que despotricaban y gritaban eran los que necesitaban mejorar sus resultados o abandonar su sueño de jugar al rugby.

En lugar de concentrarse en el partido, se estaban centrando en la chavala.

Idiotas de mierda.

—Gran demostración de capitanía, Kavanagh —se burló Ronan McGarry, otra de nuestras últimas incorporaciones y un medio melé de mierda, mientras pasaba junto a mí corriendo hacia atrás—. ¿Sobrevalorado? —me provocó el chaval, que era más joven que yo.

—Sigue corriendo, hostia —le advertí mientras debatía en cuántos problemas me metería si le rompía las piernas. No me gustaba lo más mínimo ese tipo.

—Tal vez deberías seguir tu propio consejo —insistió Ronan—. Fantasma dublinés.

Decidí que no me importaban las represalias, así que cogí la pelota y se la lancé a la cabeza.

Con precisión, golpeó a McGarry en la zona deseada: la nariz.

—¡Cálmate, pez gordo! —ladró el entrenador, corriendo para ver cómo estaba Ronan, que se tapaba la cara con las manos.

Resoplé al verlo.

Le había pegado con una pelota, no con el puño.

Pichafloja.

—Este es un deporte de equipo —escupió el entrenador, furioso, fulminándome con la mirada—. No el espectáculo de Johnny.

—Ah, ¿sí? —gruñí en respuesta, entrando al trapo sin poder evitarlo. No le caía muy bien al señor Mulcahy, el entrenador titular de rugby del instituto, y el sentimiento era completamente mutuo.

—Sí —bramó él—. Ya lo creo que lo es, joder.

Corriendo hacia donde había aterrizado la pelota, la cogí y me acerqué al entrenador y McGarry con ella en el aire, sin querer soltarla.

—Entonces quizá quiera recordárselo a estos cabrones —gruñí, señalando a mis compañeros de equipo—, ¡porque parece que soy el único imbécil que se ha presentado al entrenamiento hoy!

—Te la estás jugando, muchacho —bufó—. No te pases.

Incapaz de contenerme, siseé:

—Este equipo es una puta broma.

—Ve a las duchas, Kavanagh —ordenó el entrenador, con la cara de un peligroso tono púrpura, mientras me golpeaba con un dedo en el pecho—. ¡Estás expulsado!

—¿Estoy expulsado? —repliqué, provocándolo—. ¿De qué exactamente? No estaba expulsado de una mierda.

El entrenador no podía expulsarme.

Podía prohibirme entrenar.

Podía suspenderme.

Castigarme.

Y no supondría una mierda porque el día del partido estaría en el campo.

—No hará nada —escupí, dejando que mi temperamento sacara lo mejor de mí.

—No me presiones, Johnny —advirtió el entrenador—. Una llamada a tus superentrenadores de todo el país y estarás con la mierda hasta el cuello.

Ronan, que estaba de pie junto al entrenador, sonrió con malicia, claramente encantado ante la perspectiva de que me metiera en problemas.

Furioso por la amenaza, pero sabiendo que tenía las de perder, reventé la pelota y la pateé de cualquier manera con toda la furia reprimida zumbándome en las venas.

En cuanto el balón salió despedido de mi bota, la ira dentro de mí se disipó rápidamente, en señal de derrota.

Maldita sea.

No se lo estaba poniendo fácil.

Yo era mejor que eso.

El hecho de que el entrenador me amenazara con la Academia fue un golpe bajo, pero sabía que me lo merecía.

Se me estaba yendo la pinza en su campo, con su equipo, pero estaba demasiado susceptible y quemado para serenarme.

Ni en un millón de años sentiría ni una pizca de remordimiento por haberle pegado a McGarry con la pelota, pues ese hijo de puta se merecía

algo peor, pero Feely y el resto de los chavales eran un asunto completamente diferente.

Se suponía que yo era el capitán del equipo y estaba actuando como un idiota.

No era lo bastante bueno y estaba decepcionado conmigo mismo por mi arrebató.

Sabía bien qué me pasaba.

Había intentado abarcar demasiado en los últimos meses y había regresado demasiado pronto tras la lesión.

Mis médicos me habían dado el visto bueno para volver a entrenar esa semana, pero hasta un ciego se daría cuenta de que había sido un error y eso me cabreaba muchísimo.

La perspectiva de hacer malabarismos con las clases, los entrenamientos, los compromisos del club y la Academia mientras me recuperaba de una lesión era mucha presión tanto para mi mente como para mi cuerpo, y me estaba costando encontrar la intachable disciplina que solía mostrar.

De todos modos, no era una excusa.

Me disculparía con Patrick después de haber comido, y también con el resto de los muchachos.

Al notar el cambio en mi temperamento, el entrenador asintió con seriedad.

—Bien —dijo, en un tono más tranquilo que antes—. Ahora ve a ducharte y, por el amor de Dios, descansa un maldito día. Solo eres un crío, Kavanagh, y estás hecho una mierda.

No le caía demasiado bien y chocábamos a diario, como un matrimonio de ancianos, pero nunca dudé de sus intenciones.

Se preocupaba por sus jugadores, y no solo por nuestra habilidad para jugar al rugby. Nos animaba a esforzarnos en todos los aspectos de la vida escolar y nos sermoneaba constantemente sobre la importancia de prepararse para los exámenes.

Probablemente también tenía razón acerca de que estaba hecho una mierda; sin duda me sentía como tal.

—Es un año importante para ti —me recordó—. Primero de bachillerato es tan importante para la universidad como segundo, y necesito que sigas sacando buenas notas... ¡Oh, mierda!

—¿Qué? —pregunté, sobresaltado.

Siguiendo la mirada horrorizada del entrenador, me di la vuelta y miré fijamente la pelota arrugada en el borde de la cancha.

—Oh, mierda —murmuré cuando mi mente comprendió lo que estaba viendo.

La chica.

La maldita chavala que había estado correteando alrededor del campo estaba tendida boca arriba sobre el césped.

Una pelota yacía en el suelo a su lado. Pero no cualquier pelota.

¡El balón que yo había chutado, joder!

Horrorizado, mis pies se movieron antes de que mi cerebro hubiese dado la orden. Corrí hacia ella, el corazón golpeando contra la caja torácica a cada paso del trayecto.

—Oye, ¿estás bien? —pregunté a medida que recorría la distancia que nos separaba.

Un suave gemido femenino salió de sus labios cuando intentó ponerse de pie.

Estaba tratando de incorporarse, penosamente y sin éxito por la impresión.

Sin saber qué hacer, me agaché para ayudarla a levantarse, pero me apartó las manos con rapidez.

—¡No me toques! —gritó, arrastrando un poco las palabras, y el sobresalto la hizo caer de rodillas.

—¡Vale! —Automáticamente di un paso atrás y levanté las manos—. Lo siento mucho.

Con una lentitud dolorosa, se puso de pie. Se balanceaba de un lado al otro y la confusión se le reflejaba en el rostro, pues tenía los ojos desenfocados.

Con una mano sujetándose el costado de la falda, toda embarrada, y con la otra balanceando la pelota de rugby, miró a su alrededor con la mirada desorbitada.

Centró la atención en el balón y luego en mi cara.

Una especie de furia velada brilló en sus ojos mientras, tambaleante, se acercaba a mí.

Tenía el pelo hecho un desastre, suelto sobre sus pequeños hombros, con pedazos de barro y hierba adheridos a algunos mechones.

Cuando me alcanzó, me estampó el balón contra el pecho y siseó:

—¿Es esta tu pelota?

Estaba tan impresionado por aquella chica, menuda y cubierta de barro, que me limité a asentir como un jodido imbécil.

Pero ¿quién era esa chica?

Aclarándome la garganta, le cogí la pelota de las manos y dije:

—Eh, sí. Es mía.

Era diminuta. En serio, jodidamente pequeña: apenas me llegaba al pecho.

—Me debes una falda —gruñó, sin soltarse la tela de la cadera—. Y un par de medias —añadió mirando hacia abajo, a la enorme carrera en sus medias.

Se miró de arriba abajo y luego a mí, con los ojos entrecerrados.

—Vale —respondí asintiendo, porque, con toda sinceridad, ¿qué más iba a decir?

—Y una disculpa —agregó la chica antes de desplomarse en el suelo.

Aterrizó pesadamente de culo y soltó un pequeño quejido por el impacto.

—Oh, mierda —murmuré. Lancé la pelota lejos y me acerqué a ayudarla—. No ha sido mi intención...

—¡Para! —Una vez más, me apartó las manos—. Ay —gimió, y se encogió al hablar. Se llevó ambas manos a la cara y empezó a respirar con dificultad—. Mi cabeza.

—¿Estás bien? —le pregunté, sin saber qué leches hacer.

¿Debería cogerla en brazos en contra de su voluntad?

No parecía una buena idea.

Pero no podía dejarla allí.

—¡Johnny! —bramó el entrenador—. ¿Está bien? ¿Le has hecho daño?

—Está genial —contesté, e hice una mueca cuando le dio hipo—. Estás genial, ¿no?

Esa chica iba a meterme en problemas.

Y ya tenía suficientes.

No me llevaba muy bien con el entrenador.

Y casi decapitar a una chica no pintaba bien.

—¿Por qué lo has hecho? —susurró, cogiéndose el pequeño rostro con sus aún más pequeñas manos—. Me has hecho daño.

—Lo siento —repetí. Me sentía extrañamente impotente y era una sensación que no me gustaba—. No ha sido mi intención.

Entonces se puso a sollozar, se le humedecieron los ojos, y algo dentro de mí se rompió.

Mierda.

—Lo siento mucho —solté, horrorizado, levantando las manos. Luego me agaché y la cogí en brazos—. Joder —murmuré, impotente, mientras la ponía de pie—. No llores.

—Es mi primer día —sollozó, balanceándose—. Un nuevo comienzo y estoy llena de mierda.

Sí que estaba llena de mierda.

—Mi padre me va a matar —continuó, atragantándose y agarrándose la falda, que estaba rota—. Mi uniforme está destrozado.

Dejó escapar un chillido de dolor y, como un rayo, se llevó la mano con que se sujetaba la falda a la sien, lo que hizo que el trozo de tela se le cayera.

Sin quererlo, se me abrieron los ojos como platos, una lamentable reacción al ver la ropa interior de una mujer.

Los chicos estallaron en aullidos y vítores.

—Ay, madre —exclamó, tratando torpemente de recuperar la falda.

—¡Vamos, preciosa!

—¡Date una vuelta!

—¡Que os vayáis a la mierda, gilipollas! —rugí a mis compañeros de equipo, poniéndome frente a la chica para taparles la vista.

Oía a los chavales carcajeándose detrás de mí, riendo y diciendo gilipolleces, pero no lograba concentrarme en una sola palabra de lo que decían porque el sonido del corazón retumbándose en el pecho me estaba dejando sordo.

—Toma. —Tirando del dobladillo de mi camiseta, me la quité y le dije —: Ponte esto.

—Está asquerosa —sollozó, pero no me detuvo cuando se la pasé por la cabeza.

Metió las manos en las mangas y sentí un inmenso alivio cuando el dobladillo le llegó hasta las rodillas, cubriéndola.

Joder, es que era menudísima.

¿Tenía la edad suficiente para ir al instituto?

No lo parecía.

En ese momento parecía muy muy joven y... ¿triste?

—Kavanagh, ¿la chica está bien? —preguntó el entrenador.

—¡Está genial! —repetí, y mi voz sonó como un ladrido áspero.

—Llévala a Dirección —me pidió—. Asegúrate de que Majella le haga un chequeo.

Majella era la persona más demandada del instituto. Trabajaba en el comedor y era la mujer a quien todos acudían cuando un estudiante sufría alguna lesión.

—Sí, señor —respondí, nervioso, y me abalancé rápidamente para recoger la falda y la mochila de la chica.

Cuando me acerqué, ella se apartó de mí.

—Solo estoy tratando de ayudarte —dije en el tono más amable que pude, levantando las manos para mostrarle que no tenía intención de hacerle daño—. Te llevaré a Dirección.

Parecía un poco aturdida y me preocupaba haberle provocado una conmoción cerebral.

Conociendo mi suerte, eso era exactamente lo que había hecho.

Joder.

Me eché la mochila al hombro, me metí la falda en la cinturilla de los pantalones cortos, le puse una mano en la espalda y traté de que subiera por el terraplén que separaba la cancha del recinto escolar.

Se tambaleó como si fuese un potro, y tuve que resistir el impulso que me sobrevino de pasarle un brazo por los hombros.

Un par de minutos más tarde, eso fue exactamente lo que tuve que hacer, porque la chica perdía el equilibrio una y otra vez.

El pánico se apoderó de mí.

Me había cargado a la maldita chica.

Le había roto la cabeza.

Me iban a expulsar por perder los estribos y a ponerme una orden de arresto.

Era un imbécil.

—Lo siento —continuaba diciéndole, mientras fulminaba con la mirada a cada chismoso de mierda que se paraba a mirarnos boquiabierto mientras, a paso de tortuga, íbamos avanzando.

Mi camiseta le quedaba como un vestido.

A mí se me estaba congelando el pecho; no llevaba nada más que un par de pantalones cortos de entrenamiento, calcetines y botas de fútbol con

tacos.

Ah, y la mochila rosa de los cojones colgada a la espalda.

Podían mirarnos todo lo que quisieran; mi única preocupación era que le revisaran la cabeza a aquella chica.

—Joder, en serio que lo siento.

—Deja de decir que lo sientes —gimió, agarrándose la cabeza.

—Vale, lo siento —murmuré, y noté que apoyaba el peso sobre mí—. Pero es que lo siento. Solo para que quede claro.

—Nada está claro —dijo con voz ronca, poniéndose rígida cuando la toqué—. El suelo da vueltas.

—Ay, la hostia, no digas eso —exclamé con la voz rota, y le sujeté el cuerpo con más fuerza—. Por favor, no digas eso.

—¿Por qué lo has hecho? —gimoteó, tan frágil, menuda y cubierta de mierda.

—Soy un imbécil —respondí, volviendo a ponerme la mochila rosa a la espalda mientras la acercaba más a mí—. La cago a menudo.

—¿Lo has hecho a propósito?

—¿Qué? —Sus palabras me sorprendieron hasta tal punto que me detuve en seco—. No —negué. Retorciéndome para poder mirarla a la cara, fruncí el ceño y dije—: Nunca te haría eso.

—¿Lo prometes?

—Sí —gruñí, levantándola con un brazo, y me cargué su cuerpo a un costado—. Lo prometo.

Era enero.

Hacía humedad.

Hacía frío.

Y por alguna extraña y desconcertante razón, me estaba quemando por dentro.

No sé por qué, mis palabras parecieron aliviar la tensión de aquella chica, porque soltó un gran suspiro, se relajó y me dejó que cargara con todo su peso.

CON TODA LA CARA

Johnny

Con mucho esfuerzo y una sorprendente demostración de autocontrol, logré llevarla a Dirección respetando sus deseos, cuando todo lo que quería hacer era cogerla en brazos y correr en busca de ayuda.

Estaba aterrorizado y preocupado, y cada vez que ella gemía o se desplomaba sobre mí aumentaba mi angustia.

Sin embargo, después de pasar los últimos diez minutos fuera del despacho del director escuchando despotricar al señor Twomey, se me había acabado esa preciosa paciencia.

¿Por qué no se encargaba de ella?

¿Por qué cojones seguía yo allí de pie, frente a su despacho, sosteniendo a una chica medio en coma?

Él era el adulto.

—Su madre está en camino —anunció el señor Twomey con un suspiro de exasperación y guardándose el móvil en el bolsillo—. ¿Cómo ha podido pasar esto, Johnny?

—Ya se lo he dicho. Ha sido un accidente —siseé con la chica aún en brazos, manteniendo su pequeño cuerpo pegado al mío—. Necesita que Majella le eche un vistazo —repetí por quincuagésima vez—, creo que tiene una conmoción cerebral.

—Majella está de baja por maternidad hasta el viernes —ladró el señor Twomey—. ¿Qué se supone que debo hacer con ella? No tengo formación

en primeros auxilios.

—Entonces será mejor que llame a un médico —repliqué airado, todavía sujetando a la chica—, porque le he roto la puta cabeza.

—Cuide su lenguaje, Kavanagh —espetó el señor Twomey.

Me salté el «sí, señor» de rigor; en realidad me importaba una mierda y tampoco es que me arrepintiera especialmente.

Pertenecer a la academia de rugby hacía que fuesen muy permisivos conmigo en el instituto, un trato privilegiado que otros estudiantes no recibían, pero no iba a ponerlo a prueba el primer día tras las vacaciones.

No cuando había cubierto el cupo mutilando a la chica nueva.

—¿Está bien, señorita Lynch? —preguntó el señor Twomey, empujándola como si fuera un pavo crudo del que no quería pillar salmonella.

—Duele —gimió ella, desplomándose sobre mi costado.

—Lo sé —la tranquilicé, acercándomela más—. Mierda, lo siento mucho.

—Joder, Johnny, esto es justo lo que necesitaba —siseó el señor Twomey, pasándose una mano por las canas—. Es su primer día. Que sus padres vengan aquí a destripar la escuela es lo último que necesito.

—Ha sido un accidente —gruñí, ya enfadado. Ella gimió y yo me esforcé por bajar la voz cuando añadí—: No quería hacerle daño a la chavala.

—Sí, bueno, díselo a su madre cuando llegue —resopló el señor Twomey—. La sacaron del instituto público de Ballylaggin por haber sido atacada verbal y físicamente. ¿Y qué sucede en su primer día en Tommen? ¡Esto!

—Yo no la he atacado —escupí—. He dado una mala patada.

Recolocándomela bajo el brazo, fulminé con la mirada a la supuesta figura de autoridad.

—Un momento —dije de repente, al comprender sus palabras—. ¿Qué quiere decir con que fue atacada?

Miré a la menudísima muchacha acurrucada junto a mí.

¿Quién podría atacarla?

Era tan pequeña...

Y frágil.

—¿Qué le ocurrió? —me escuché preguntar, con la atención de nuevo en el director.

—Creo que me voy a caer —habló la chica, con la voz ronca, distrayéndome de mis pensamientos. Se agarró a mi antebrazo con una de

sus pequeñas manos y suspiró—. Todo da vueltas.

—No dejaré que te caigas —respondí automáticamente en un tono tranquilizador—. No pasa nada. —Sentí que se me resbalaba y la levanté, sujetando aquel cuerpecito cuanto podía—. Te tengo —le aseguré, estrechándola con más fuerza—. Estás bien.

—Mira, siéntate con ella —ordenó el señor Twomey, señalando el banco que había pegado a la pared exterior de su despacho—. Iré a buscar una compresa fría o algo así.

—¿Me va a dejar con ella? —pregunté boquiabierto—. ¿Solo?

El director no me respondió.

Por supuesto que no, porque el cobarde de mierda ya estaba a kilómetros de distancia, desesperado por alejarse de la responsabilidad por la que le pagaban por ocuparse.

—Cagón —gruñí por lo bajo.

Frustrado, llevé a la chica hasta el banco de madera.

Dejé caer su mochila en el suelo y bajé con cuidado nuestros cuerpos hasta que estuvimos sentados uno al lado del otro.

Mantuve un brazo alrededor de sus pequeños y huesudos hombros, sin atreverme a apartarme de ella por miedo a que se cayera.

—Esto es genial —me quejé, chasqueando la lengua—. Jodidamente maravilloso.

—Estás tan calentito... —susurró la chica, y sentí su mejilla rozándome el pecho—. Como una bolsa de agua caliente.

—Vale, tienes que mantener los ojos abiertos, ¿eh? —le advertí, aterrorizado por sus palabras.

Con las rodillas rebotando nerviosamente, la giré en mis brazos y le cogí el rostro con las manos.

—Oye —la llamé, dándole una pequeña sacudida en la cara con ambas manos—. Oye... ¿chica? —añadí titubeante, porque ni siquiera sabía su nombre. Casi la mato y no sabía su puto nombre—. Abre los ojos.

No lo hizo.

—¡Oye, oye! —repetí, más fuerte ahora—. Mírame. —Le sacudí la cabeza—. Mírame a los ojos.

Esa vez sí lo hizo.

Abrió los ojos y, joder, ahogué un grito sin querer.

Madre mía, era preciosa.

Ya me había dado cuenta antes, por supuesto, porque llamaba mucho la atención, pero ahora, al verla tan de cerca que podía contar las pecas en su rostro (once, por cierto), flipé con lo increíble que era.

Tenía unos enormes ojos azules, redondos y jodidamente preciosos, salpicados de pequeñas motas amarillas y bordeados por largas y espesas pestañas.

Ni siquiera estaba seguro de haber visto ese tono de azul jamás. Desde luego, no me venía a la memoria.

Sin duda alguna, tenía el par de ojos más increíbles que había visto en mi vida.

Tenía el pelo castaño oscuro, largo hasta los codos, grueso y ondulado en las puntas.

Y tras aquel montón de pelo, había una carita redonda, con la piel suave y lisa, y un pequeño hoyuelo en la barbilla.

Unas cejas oscuras y perfectamente delineadas se arqueaban sobre aquellos ojazos. Tenía una naricilla redondeada, pómulos altos y los labios gruesos.

Labios que eran de un color rojizo natural, como si hubiera estado comiéndose un polo o algo así, lo cual sabía que no había hecho porque había pasado la última media hora tratando de mantenerla despierta.

—Hola —dijo en voz baja.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Hola.

—¿Esta es tu cara de verdad? —preguntó, con ojos soñolientos, mientras me estudiaba con una expresión vacía—. Eres muy guapo.

—Eh, ¿gracias? —respondí, incómodo, todavía con las manos en sus mejillas—. Es la única que tengo.

—Me gusta, es una buena cara —murmuró. Y cerró los ojos de nuevo, desplomándose hacia delante.

—No, no, no —le pedí, sacudiéndola bruscamente—. ¡Quédate conmigo! Gimiendo, parpadeó para volver en sí.

—Buen trabajo —la felicité, con un fuerte suspiro—. Ahora mantente despierta.

—¿Quién eres? —graznó. Seguía con la cabeza erguida únicamente por mis manos.

—Soy Johnny —contesté, reprimiendo una sonrisa—. ¿Quién eres tú?

—Shannon —susurró ella. Empezó a cerrar los párpados, pero los volvió a abrir rápidamente cuando le apreté las mejillas—. Como el río —añadió con un pequeño suspiro.

Me reí por lo bajo ante su respuesta.

—Bueno, Shannon como el río —dije alegremente, desesperado por que mantuviera la atención y siguiera hablando—. Tus padres están en camino. Probablemente te lleven al hospital para un chequeo.

—Johnny. —Gimió y luego hizo una mueca—. Johnny. Johnny. Johnny. Esto es malo...

—¿El qué? —la insté—. ¿Qué es malo?

—Mi padre —susurró ella.

Fruncí el ceño.

—¿Tu padre?

—¿Puedes salvarme?

Fruncí el ceño.

—¿Necesitas que te salve?

—Mmm —balbució adormecida—. Acaríciame el pelo.

—¿Quieres que te acaricie el pelo? —pregunté, resistiéndome a su petición.

Ella asintió y se inclinó hacia delante.

—Duele.

Acercándome más a ella, la re coloqué para que descansara la cabeza sobre mi hombro y mientras le sujetaba el rostro con una mano, le acaricié el pelo con la otra. Era una posición incómoda, pero me las apañé.

Madre mía, pero ¿qué narices estaba haciendo?

Sacudí la cabeza para mí mismo. Me sentía como un imbécil, pero continué haciendo lo que me había pedido de todos modos.

Todo iba bien, hasta que me plantó la cara en el paquete.

Sobresaltado ante aquel contacto tan increíblemente íntimo, por no mencionar la repentina sacudida de consciencia que me recorrió el rabo y el dolor abrasador en la ingle, intenté apartarle la cara de mi entrepierna, pero se resistió con un fuerte gemido.

Entonces subió las piernas al banco y se acomodó para pegarse una buena siesta sobre mi paquete.

A la mierda mi vida.

Con las manos en alto y lejos de su cuerpo, porque necesitaba que me acusaran de acoso sexual tanto como que me volaran la cabeza, busqué a alguien que me ayudara, pero no vino nadie.

Convenientemente, no había ni un adulto en los pasillos.

A la mierda este instituto.

Pensé en huir, pero apenas podía sacármela de encima.

Como si romperle la cabeza no hubiera sido ya una buena cagada.

Así que me limité a quedarme allí sentado, con su cabeza en el regazo y su mejilla rozándome el rabo, y recé para tener la fuerza necesaria para ignorar lo que empezaba a sentir dentro de mí y no tener una erección.

Aparte de ser, claro está, el momento más inoportuno para aquello, tenía el rabo roto.

Bueno, no era tanto que lo tuviera roto como el sitio donde estábamos, pero si se me ponía duro, me desmayaría junto a ella.

Entonces Shannon gimió y aquel sonido me devolvió la angustia y la preocupación: desastre evitado.

Como si tuviera voluntad propia, mi mano se deslizó a su cara.

—Estás bien —la tranquilicé, luchando contra mi ansiedad, pues la necesidad de cuidar a aquella chica era una sensación tan nueva como aterradora para mí—. Chissss, estás bien.

Le retiré el pelo de la mejilla, le pasé unos mechones por detrás de la oreja y luego seguí acariciándole la dolorida cabeza.

Se le estaba formando un chichón impresionante allí donde la pelota le había dado, así que le acaricié la zona del cuero cabelludo con las yemas de los dedos, con tanta suavidad como una pluma.

—¿Te gusta?

—Mmm —musitó—. Es... agradable.

—Bien —murmuré, aliviado, y continué con las caricias.

Me llamó la atención una difusa cicatriz que tenía donde la sien se encontraba con el pelo.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, le pasé un dedo por la marca, que era de más de dos centímetros de larga, y pregunté:

—¿Qué te pasó aquí?

—¿Mmm?

—Aquí. —Recorrí la vieja marca con un dedo—. ¿De qué es esto?

—Mi padre —contestó ella, soltando un profundo suspiro.

Mi mano se detuvo cuando mi cerebro registró su dura respuesta.

—¿Cómo dices?

Como no respondía, le sacudí suavemente el hombro con la otra mano.

—¿Shannon?

—¿Mmm?

—¿Me estás diciendo que tu padre te hizo esto? —dije, tocando la vieja cicatriz con la punta del dedo.

Traté de mantener un tono calmado, pero fue complicado con la repentina necesidad de mutilar y matar bullendo en mi interior.

—No, no, no —susurró ella.

—Entonces ¿tu padre no te hizo esto? —pregunté para confirmar—. ¿Definitivamente no te lo hizo él?

—Por supuesto que no —murmuró ella.

Joder, menos mal.

Solté el aliento que, sin darme cuenta, había estado conteniendo.

—¿Jimmy?

—Me llamo Johnny.

—Ah. ¿Johnny?

—¿Sí?

—¿Estás enfadado conmigo?

—¿Qué? —La pregunta, hecha en voz muy baja, me desconcertó y, mirando fijamente a Shannon, sentí una punzada de protección en el estómago—. No. No estoy enfadado contigo —le dije. Hice una larga pausa, con los dedos paralizados, antes de preguntar—: ¿Estás tú enfadada conmigo?

—Creo que sí —susurró ella, mientras reanudaba las caricias.

Puse los ojos en blanco y contuve un gemido.

¡Mierda, tío!

—No puedes hacerme esto —le solté, sujetándole la cabeza.

—¿Hacer qué? —suspiró ella, complacida, y luego me frotó la mejilla contra el muslo—. ¿Estar enfadada?

—No —negué con voz ahogada, sujetándole la cabeza una vez más—. Enfádate todo lo que quieras, pero deja de restregarme la cabeza en el regazo.

—Me gusta tu regazo —musitó con los ojos cerrados—. Es como una almohada.

—Sí, eh, bueno, eso está muy bien y tal... —Hice una pausa para sujetarle la cabeza con las manos una vez más—. Pero estoy dolorido, así que necesito que pares.

—Parar ¿qué?

—De restregarte —dije con voz ronca—. Ahí.

—¿Por qué estás dolorido? —Suspiró profundamente y preguntó—: ¿Tú también estás roto?

—Probablemente —admití, moviéndole la cara a mi muslo bueno, es decir, el que me dolía menos—. Quédate ahí, ¿vale? —Fue más una súplica que una orden—. No te muevas.

Obedeciendo, no volvió a mover la cabeza.

Empecé a notar la tensión en las sienes y me las presioné con la mano libre mientras pensaba en toda la mierda en la que estaba metido.

Me estaba saltando una clase.

Tenía hambre.

Tenía entrenamiento con el club por la tarde.

Tenía una sesión de gimnasio con Gibsie justo después de clase.

Fisioterapia con Janice al día siguiente al salir del instituto.

Tenía partido escolar el viernes.

Tenía otra sesión de entrenamiento con los chavales el fin de semana.

Estaba ocupadísimo, joder, no necesitaba ese drama.

Pasé varios minutos sufriendo en silencio hasta que Shannon se movió de nuevo, y durante ese rato consideré todas las formas en que el señor Twomey era un incompetente como director.

Tenía una lista tan larga como mi brazo cuando trató de sentarse de nuevo.

—Ten cuidado —le advertí, pendiente de ella como una gallina nodriza.

La ayudé a incorporarse y logré escabullirme del banco en el proceso.

Cada músculo al sur de mi ombligo gritó en protesta, pero no me alejé.

En lugar de eso, me agaché frente a ella y mantuve las manos a ambos lados de su cintura, listo para cogerla.

—¿Estás bien, Shannon?

Su largo cabello castaño cayó hacia delante y le cubrió la cara como un manto.

Ella asintió lentamente, con el ceño muy fruncido.

—Cre-creo que sí.

Me derrumbé, con evidente alivio.

—Bien.

Entonces se inclinó hacia delante, apoyó los codos en los muslos y me miró fijamente, con los ojos bien abiertos. Y de repente estaba demasiado cerca, peligrosamente cerca, lo cual era bastante, teniendo en cuenta que hacía dos minutos tenía la cara en mi regazo.

Estábamos demasiado cerca.

De repente, me sentí muy expuesto.

Pasé las manos de su cintura a sus muslos, una reacción automática al hecho de que una mujer inclinara su rostro hacia el mío.

Me controlé rápidamente y coloqué las manos en el banco.

Aclarándome la garganta,forcé una pequeña sonrisa.

—Estás viva.

—Por poco —susurró con una mueca de dolor, sus azulísimos ojos atravesando los míos al observarme con mayor claridad ahora—. Tienes una puntería terrible.

Me reí ante sus palabras.

Estaban tan lejos de la verdad que no pude evitarlo.

—Bueno, esto sí que es nuevo —comenté—. No estoy acostumbrado a que critiquen mi habilidad para chutar una pelota.

No era el mejor, pero tenía bastante buena puntería y podía chutar muy lejos cuando era necesario.

—Sí —graznó ella—. Bueno, tu habilidad para chutar una pelota casi me mata.

—*Touché* —reconocí, encogiéndome.

Sin pensar dos veces en lo que estaba haciendo, le pasé el pelo por detrás de las orejas.

Sentí que se estremecía por el contacto y rápidamente me reprendí por el gesto.

«No la toques, imbécil».

«Mantén las manos alejadas».

—Tu voz es rara —soltó entonces, con los ojos fijos en los míos.

Fruncí el ceño.

—¿Mi voz?

Ella asintió lentamente, luego gimió y se tapó la cara con las manos una vez más.

—Tu acento —aclaró ella, respirando con dificultad—. No es un acento de Cork.

Seguía agarrándose la cabeza, pero ahora estaba más espabilada.

—Eso es porque no soy de Cork —respondí e, incapaz de detenerme, le alisé un mechón de pelo—. Nací y me crié en Dublín —le expliqué, colocándole el tirabuzón rebelde detrás de la oreja—. Me mudé a Cork con mis padres cuando tenía once años.

—Entonces, eres un dublinucho —afirmó, claramente divertida por la información.

Bufé con sorna y le devolví el insulto.

—Y tú eres una pueblerina de Cork.

—Mis primos viven en Dublín —me dijo.

—Ah ¿sí? ¿Por dónde?

—Clondalkin, creo —contestó ella—. Y ¿tú?

—Blackrock.

—¿En el lado sur? —Su sonrisa se ensanchó y tenía los ojos más atentos ahora—. Eres un pijo.

Arqueeé una ceja.

—¿Te parezco pijo?

Ella se encogió de hombros.

—No te conozco lo suficiente para saberlo.

No, no me conocía.

—Bueno, pues no lo soy —sentencié, incómodo al sentirme prejuizado por ella.

No debería importarme.

Qué narices, normalmente nunca me importaba.

Entonces ¿por qué me había puesto de malas?

—Te creo. —Su vocecita me sacó de mis pensamientos—. No podrías ser pijo.

—¿Y eso por qué?

—Porque hablas como un carretero.

Me reí de su razonamiento.

—Sí, probablemente tengas razón en eso.

Ella también se echó a reír, pero enseguida se detuvo y gimió, apretándose las sienes.

Sentí una punzada de arrepentimiento.

—Lo siento —le dije, ahora en un tono áspero y grave.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro, y pareció inclinarse más hacia mí mientras se mordía el labio inferior.

—Por hacerte daño —respondí con sinceridad.

Joder, mi voz ni siquiera sonaba como si me perteneciera. Sonaba... desgarrada.

Me aclaré la garganta y añadí:

—No volverá a suceder.

—¿Lo prometes?

«Volvemos a las promesas».

—Sí —le aseguré en un tono grave—. Te lo prometo.

—Madre mía —gimoteó ella, haciendo una mueca—. Todo el mundo va a reírse de mí.

Joder, esas palabras, esa frasecilla de mierda, despertaron en mí una extraña y nueva emoción.

—Estoy tan avergonzada... —continuó murmurando, con la mirada baja—. Seré la comidilla del instituto.

—Mírame.

No me miró.

—Oye... —Hice una pausa y le levanté el rostro poniéndole el pulgar y el índice en la barbilla. Una vez que recuperé su atención, continué—: Nadie va a decir una palabra sobre ti.

—Pero todos me han visto...

—Nadie va a abrir la boca al respecto —insistí. Al darme cuenta de que mi tono rozaba el enfado, lo bajé un poco y lo intenté de nuevo—: Ni el equipo, ni el entrenador, ni nadie. No los dejaré.

Ella parpadeó, confundida.

—¿No los dejarás?

—Así es —le aseguré asintiendo—. No los dejaré.

—¿Lo prometes? —preguntó en un susurro, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus gruesos labios.

—Sí —contesté bruscamente, sintiendo que prometería cualquier cosa en este jodido mundo solo para que esta chica se sintiera mejor—. Yo me encargaré.

—Sí, como con el balón —afirmó con voz ronca. Se miró el cuerpo y suspiró—. En realidad, creo que me has dejado hecha un asco.

«Joder, gracias, porque tú no me estás fastidiando en este momento», pensé para mis adentros.

Pero ¿qué cojones había sido eso?

Parpadeando para alejar aquel pensamiento, me decidí por un comentario más prudente:

—Haré que mi gente se encargue de pagar lo que sea.

Aquello le arrancó una sonrisa, pero no una tímida ni pequeña, sino una de oreja a oreja.

Juro que fue una sonrisa brutal.

Joder, era tan bonita...

Odiaba decir eso; «bonita» era una palabra ñoña que usaban las mujeres y los viejos, pero es que lo era.

Mierda, tenía la sensación de que tendría su bonita cara grabada en la mente durante mucho tiempo.

Pero fue aquella locura de ojos lo que realmente me impresionó y sentí la frenética necesidad de buscar en Google paletas de color de ojos solo para averiguar cuál era el tono de azul en los suyos.

Decidí que lo haría después.

Necesitaba saberlo, por muy raro que fuera.

—Así que ¿es tu primer día? —me aventuré a preguntar.

Ella asintió de nuevo, y su sonrisa vaciló ligeramente.

—¿Cómo te va?

Curvó los labios en una pequeña sonrisa.

—Iba muy bien.

—Ya —comenté avergonzado—. Lo siento de nuevo.

—No pasa nada —susurró, estudiando mi rostro con esos enormes ojos—. Y ya puedes dejar de decir que lo sientes. Te creo.

—¿Me crees?

—Sí —asintió y luego suspiró con fuerza—. Te creo cuando dices que fue un accidente —prosiguió—. No me parece que hayas hecho daño a nadie intencionadamente.

—Qué bien. —No tenía idea de por qué habría de pensar lo contrario, pero no iba a cuestionar a la chica. Y menos cuando la había medio mutilado—. Porque yo no me creería.

Volvió a quedarse callada, alejándose de mí, y me descubrí devanándome los sesos en busca de algo que decir.

No sabría explicar por qué quería que siguiera hablándome. Supongo que podría haberme justificado aludiendo a la necesidad de mantenerla consciente.

Pero en el fondo sabía que esa no era la razón.

Rebuscando en mi cerebro algo que decir, solté:

—¿Tienes frío?

Ella me miró con expresión somnolienta.

—¿Eh?

—Frío —repetí, resistiendo el impulso de frotarle los brazos—. ¿Estás lo bastante abrigada? ¿Debería traerte una manta o algo?

—En realidad... —Hizo una pausa y se miró las rodillas. Soltando un pequeño suspiro, volvió a mirarme a la cara y dijo—: En realidad tengo calor.

—Joder, es que soy la hostia de observador.

Mi respuesta, más que inapropiada, salió de mi boca antes de que pudiera filtrar mis palabras.

Rápidamente le toqué la frente, en un patético intento de tomarle la temperatura, y luego asentí con expresión grave.

—Sí que estás caliente.

—Te lo he dicho. —Tenía los ojos muy abiertos y me miraba fijamente—. Tengo mucho mucho calor.

Joder.

Mierda.

—Entonces —solté casualmente, tratando de distraerme del caos de pensamientos—. ¿En qué curso estás?

«Por favor, que diga primero de bachillerato. Por favor».

«Por favor».

«Por favor».

«Por favor, que diga primero de bachillerato».

—En tercero.

Pues se acabó.

Estaba en tercero.

Y así, sin más, vi cómo se esfumaba por la ventana mi sueño de cinco minutos.

A. La. Mierda. Mi. Vida.

—¿Y tú? —preguntó entonces, con voz suave y dulce.

—Estoy en primero de bachillerato —le dije, distraído por la repentina y evidente punzada de decepción que se retorció dentro de mí—. Tengo diecisiete años y dos tercios.

—Y dos tercios —se rio—. ¿Los tercios son importantes para ti o qué?

—Ahora sí —murmuré por lo bajo. Con un suspiro de resignación, la miré y me expliqué—: Debería estar en segundo, pero repetí sexto cuando me mudé a Cork. Cumpliré los dieciocho en mayo.

—Eh, ¡yo también!

—Tú también ¿qué? —pregunté con cautela, tratando de no hacerme ilusiones, pero era difícil teniéndola sentada tan cerca.

—Repetí un curso en primaria.

—¿Sí? —Me enderecé, con un rayo de esperanza brillando dentro de mí—. Entonces ¿cuántos años tienes?

«Por favor, ten diecisiete».

«Por favor, dame una alegría y dime que tienes diecisiete años».

—Tengo quince.

A la mierda mi suerte.

—No puedo pensar en la fracción si cumplo los dieciséis en marzo. —Frunció el ceño un momento y añadió—: Se me dan mal las matemáticas y me duele la cabeza.

—Diez doceavos —afirmé con tristeza.

Qué asco.

Qué asco, joder.

Yo cumpliría dieciocho en mayo y ella aún tendría dieciséis durante diez meses.

No.

Ni de coña.

No iba a pasar.

Mal plan, Johnny, joder.

—¿Tienes novio?

Pero ¿por qué cojones tenía que preguntar eso?

«¡Eres casi dos años mayor que ella, gilipollas!».

«Es demasiado joven para ti».

«Conoces las reglas».

«Déjalo estar ya, hostia».

—No —respondió ella lentamente, y se sonrojó—. ¿Tú?

—No, Shannon. —Sonreí con picardía—. No tengo novio.

—No quería decir... —Hizo una pausa, suspiró y se mordió el labio inferior, claramente nerviosa—. Me refería a...

—Sé lo que querías decir —terminé por ella, incapaz de evitar que mi sonrisa se ensanchara, mientras volvía a pasarle aquel tirabuzón perdido por detrás de la oreja—. Solo me estaba quedando contigo.

—Ah.

—Sí —bromeé—. Ah.

—¿Y bien? —insistió ella en voz baja. Se miró el regazo antes de volver su atención a mi cara—. ¿Tienes...?

—¡Shannon! —gritó aterrorizada una voz femenina, distrayéndonos a ambos—. ¡Shannon!

Volví la mirada hacia la mujer, alta, de pelo oscuro y con barriguita de embarazada, que corría por el pasillo hacia nosotros.

—¡Shannon! —exclamó, acercándose—. ¿Qué ha pasado?

—Mamá —dijo Shannon con voz ronca, volviendo la atención a su madre—. Estoy bien.

Muy incómodo al ver la protuberante barriga de su madre, lo tomé como una señal para alejarme de su hija menor.

Las embarazadas me ponían nervioso, aunque no tanto como lo hacía Shannon como el río.

Me puse de pie con intención de marcharme, pero me vi acorralado por lo que solo podría describir como una madre osa trastornada.

—¿Qué le has hecho a mi hija? —exigió saber, dándome con un dedo en el hombro—. ¿Y bien? ¿Te ha parecido divertido? ¿Por qué demonios son los niños tan jodidamente crueles?

—¿Qué? ¡No! —repliqué, reculando con las manos en alto—. Ha sido un accidente. No quería hacerle daño.

—Señora Lynch —intervino el director, interponiéndose entre la mujer y yo—. Estoy seguro de que si todos nos sentamos y hablamos de esto...

—No —ladró ella, con la voz cargada de emoción—. ¡Me aseguraste que este tipo de cosas no pasaban en este instituto, y mira lo que ha ocurrido en su primer día! —Se volvió para mirar a su hija y su expresión se llenó de dolor—. Shannon, ya no sé qué hacer contigo —sollozó—. De verdad que no, cariño. Pensé que este lugar sería diferente.

—Mamá, lo ha hecho sin querer —me defendió Shannon. Posó sus azules ojos en mí un breve momento antes de volver a su madre—. Ha sido un accidente de veras.

—¿Cuántas veces me has contado lo mismo? —preguntó su madre con cansancio—. No tienes que encubrirlo, Shannon. Si este chico te está haciendo pasar un mal rato, dilo.

—No es así —protestamos Shannon y yo al mismo tiempo.

—Tú te callas —siseó su madre, empujándome con fuerza en el pecho—. Mi hija puede hablar por sí misma.

Apretando los dientes, me callé.

No iba a ganar ninguna disputa verbal con su madre.

—Fue un completo accidente —repitió Shannon, con la barbilla un poco hacia fuera, desafiante, y todavía sujetándose la cabeza con su pequeña mano—. ¿Crees que estaría aquí ayudándome si lo hubiese hecho a propósito?

Eso hizo que la mujer se detuviera a pensar.

—No —admitió finalmente—. No, supongo que no. ¿Qué diablos llevas puesto?

Shannon se miró a sí misma y se puso rojísima.

—Me he rasgado la falda al caer por el terraplén —dijo, y tragó saliva—. Johnny... eh, me ha dado su camiseta para que nadie me viera las... las..., bueno, las bragas.

—Ah, sí, tome —balbuceé mientras me sacaba el trozo de tela gris de la cinturilla de los pantalones y se lo tendía a su madre—. También, eh..., he roto esto.

Su madre me arrebató la falda y di un paso hacia atrás.

—A ver si me aclaro —dijo ella, pasando la mirada de Shannon a mí. El recuerdo destelló en sus clarísimos ojos azules, aunque yo no tenía ni pajolera idea de por qué, ya que en ese momento no me enteraba de nada—. ¿Te dejó inconsciente, te arrancó la ropa y luego te puso la camiseta?

Murmuré una sarta de palabrotas y me pasé una mano por el pelo.

Dicho así sonaba jodidamente mal.

—Yo no...

—Él me ha ayudado, mamá —espetó Shannon.

Fue a ponerse de pie y yo, como el imbécil que era, quise ayudarla. Su madre me fulminó con una mirada cargada de desconfianza.

Me dirigí hacia ella de todos modos.

Que les den a todos.

Hacía una hora, esa chica estaba medio inconsciente.

No iba a arriesgarme.

—Mamá —suspiró Shannon—. Él estaba entrenando a fútbol y la pelota me golpeó...

—Rugby —intervino el señor Twomey con orgullo—. Nuestro Johnny es el mejor jugador de rugby que el Tommen College ha visto en cincuenta años.

Entorné los ojos.

No era el momento de ponerme por las nubes, ni a mí ni al equipo.

—Fue un error, de veras —añadí, encogiéndome de hombros con impotencia—. Y le pagaré el uniforme.

—Y ¿qué se supone que significa eso? —preguntó su madre.

Fruncí el ceño.

—Significa que voy a pagarle el uniforme —repetí lentamente—. La falda...

—Y las medias —intervino Shannon.

—Y las medias —asentí, dedicándole una sonrisa indulgente, y rápidamente me puse serio cuando me encontré con la mirada asesina de su madre—. Lo pagaré todo.

—¿Porque no tenemos dinero? —ladró la señora Lynch—. ¿Porque no puedo permitirme vestir a mi propia hija?

—No —dije lentamente, confundido de la hostia por aquella incubadora humana que me declaraba una guerra silenciosa—. Porque es mi culpa que esté destrozado.

—Bueno, pues no, gracias, Johnny —bufó ella—. Mi hija no es una causa benéfica.

Venga ya.

Esa mujer era la leche.

Lo intenté de nuevo:

—No he dicho que lo sea, señora Lynch...

—Ya basta, mamá —se quejó Shannon, que tenía las mejillas rojas—. Solo intenta ser amable.

—Amable habría sido no agredirte en tu primer día —resopló la señora Lynch.

Ahugué un gemido.

No iba a ganar ningún concurso de popularidad con esa mujer, eso seguro.

—Lo siento —repetí por centésima maldita vez.

—Johnny —dijo el señor Twomey, aclarándose la garganta—. ¿Por qué no regresas, te pones el uniforme y vas a tu próxima clase?

Aliviado, estuve encantado ante la perspectiva de alejarme de aquella pirada.

Di unos pasos en dirección a la entrada principal, pero luego me detuve, vacilante.

¿Debía dejarla?

¿Debería quedarme?

Alejarme no me parecía lo correcto.

Inseguro, fui a darme la vuelta, cuando me ladraron.

—¡Sigue caminando, Johnny! —ordenó su madre, señalándome con un dedo.

Así que eso hice.

SENTAR LAS NORMAS PARA SALTÁRSELAS

Johnny

Para cuando regresé al vestuario, tras un desvío al comedor para hablar con la subdirectora, la señora Lane, el equipo había terminado el entrenamiento y la mayoría de mis compañeros ya se habían duchado.

Ignorando los comentarios y miradas disimulados cuando entré, fui directamente hacia Patrick Feely, me disculpé por haber sido un imbécil con él antes para quitármelo de encima y luego me acerqué a uno de los bancos.

Desplomándome junto a mi bolsa de deporte, me descalcé a patadas, apoyé la cabeza contra las frías baldosas de la pared a mi espalda y dejé escapar un profundo suspiro mientras mi cerebro ponía la quinta obsesionándose con cada detalle de lo sucedido aquel día.

Y vaya día, joder.

Acoso.

Yo no era un matón.

No había visto a aquella chica en mi vida.

Al parecer, esa pequeña joya de información resultaba incomprensible para nuestra subdirectora, a quien había llamado el señor Twomey para que le ayudara a serenar la situación.

Tras un rapapolvo de diez minutos por parte de la mano derecha de Twomey, recibí instrucciones estrictas de mantenerme alejado de la chica Lynch.

Su madre pensaba que la estaba acosando y no quería que me acercara a su hija.

Si volvía a acercarme a ella, me enfrentaría a una expulsión inmediata.

Aquello era una mentira como una casa y esperaba que Shannon tuviera la decencia de aclararlo y defenderme.

A la mierda.

Me daba igual.

Mantendría el culo alejado de ella.

No necesitaba aquella liada.

Las chicas eran una jodida complicación que no me hacía ninguna falta; incluso las bajitas con ojazos azules.

Maldita sea, otra vez estaba pensando en sus ojos.

«Todavía tiene tu camiseta», pensé para mí, lo que me entristeció por una razón completamente diferente.

Era nueva y solo la había usado esa vez, joder.

Sin embargo, reconocí a regañadientes que le quedaba mejor a ella.

Podía quedársela.

Solo esperaba que no la tirara.

Me iba a costar ochenta libras reemplazar la puta camiseta.

—¿Estás bien, Johnny? —preguntó Gibsie, interrumpiendo mis pensamientos, mientras se dejaba caer junto a mí en el banco. Estaba recién duchado e iba en bóxers—. ¿Cómo está la chica? —añadió, inclinándose para hurgar en su bolsa de deporte.

Sacudiendo la cabeza, me giré para mirarlo.

—¿Eh?

—La jovencita —aclaró, sacando un frasco de desodorante—. ¿Quién es?

—Shannon —balbuceé—. Es nueva. De tercero. Hoy es su primer día.

—¿Está bien? —preguntó, rociándose cada axila con Lynx antes de devolver el frasco a la bolsa y sacar los pantalones grises del uniforme—. Parecía fuera de sí.

—Yo qué sé, tío. En serio que creo que le he jodido el cerebro —murmuré, encogiéndome de hombros con impotencia—. Su madre la llevará al hospital para que le hagan un chequeo.

Gibsie hizo una pausa frunciendo el ceño.

—Mierda.

—Sí —asentí sombríamente—. Mierda.

—Madre mía, debe de haber sido humillante —comentó Gibsie deslizando los pies por los pantalones y luego poniéndose de pie para subírselos hasta las caderas— exhibir el culo ante el equipo de rugby en su primer día.

—Sí —respondí, a falta de algo mejor que decir.

Había sido humillante para ella y yo había tenido la culpa.

Dejé escapar un suspiro de frustración.

—¿Dijeron algo de ella? —Miré a mis compañeros de equipo y luego a mi mejor amigo con una sola cosa en mente: control de daños—. ¿Hablaron de ella?

Gibsie levantó las cejas ante mi pregunta.

En realidad, creo que la expresión de sorpresa tuvo más que ver con el tono de mi voz.

—Bueno —comenzó lentamente—. Tenía la almeja y el culo al aire, capi, un culo tan bonito como todo lo demás en ella, así que sí, chaval, han hablado de la chica.

—¿Qué tipo de cosas han dicho? —salté, sintiendo que me invadía por dentro una oleada irracional de ira. No tenía ni puta idea de a qué venía aquella agitación, pero ahí estaba, era fuerte y me hacía sentir como un loco.

—Había interés, tío —explicó Gibs con calma, mucho más tranquilo que yo—. Mucho interés. —Metió la mano en su bolsa, sacó la camisa blanca del uniforme y se la puso—. Por si no te has dado cuenta, y por tu reacción sé que sí lo has hecho, esa chica está como un tren.

Se abotonó la camisa con manos firmes.

Mientras que yo temblaba por toda la energía contenida y que necesitaba quemar con ejercicio, y rápido.

—Es guapísima y es nueva, así que los chavales sienten... curiosidad —continuó, eligiendo sus palabras con cuidado—. Lo nuevo siempre es divertido. —Hizo una pausa, sonriendo, antes de añadir—: Y si es bonito, mucho mejor.

—Pues se acabó —gruñí, alterado ante la idea de que mis compañeros de equipo hablaran de ella.

Vi la mirada en sus ojos.

Lo escuché en su voz.

Esa vulnerabilidad.

Ella no era como las demás.

Esa chica era diferente.

Apenas la conocía, pero tenía la sensación de que necesitaba que la cuidaran.

Algo le había pasado a Shannon Lynch, algo lo suficientemente malo como para que cambiara de instituto.

No me convenía.

—Sí —se rio Gibs entre dientes mientras terminaba de abrocharse la camisa y se ponía la corbata, que era roja—. Buena suerte con eso, tío.

—Tiene quince años —le advertí, tensándome.

Dieciséis en marzo, pero aun así.

Durante los siguientes dos meses, todavía tendría quince años.

—Es demasiado joven.

Gibbie resopló.

—Dice el idiota que lleva desde primero metiendo la polla en cualquier cosa que se mueva.

Gibbie dio en el clavo con esa declaración.

Venga ya, perdí la virginidad en primero con Loretta Crowley, que era tres años mayor que yo (y tenía muchísima más experiencia), detrás de los cobertizos del instituto después de clase.

Sí, fue una cagada monumental.

Yo estaba nerviosísimo y me moví con torpeza, muy consciente de que era demasiado joven para meter el rabo en otra cosa que no fuera mi mano, pero algo debí de hacer bien, porque Loretta estuvo encantada de reunirse conmigo detrás de los cobertizos casi todos los días después de clase durante varios meses, hasta que estuve demasiado ocupado con mis entrenamientos y puso fin a nuestros encuentros.

Si tuviera que decir qué tipo de mujer me gustaba, no serían las rubias ni las morenas, con curvas o flacas.

Mi tipo eran las mayores: cada chica con la que había estado me sacaba al menos un par de años.

A veces muchos más.

No era un fetiche ni nada de eso.

Simplemente disfrutaba que las chicas mayores no vinieran acompañadas de drama.

Lo disfrutaba cuando estaba con ellas, pero lo disfrutaba aún más cuando no.

Eso no quiere decir que no me pirrara por la chica con la que estaba cuando estaba con ella.

Porque sí me gustaba.

Yo también era leal.

No iba jodiendo a nadie.

Si una chica quería exclusividad, sin ataduras, entonces estaba más que encantado de complacerla. No disfrutaba con buscarlas e insistirles, como sí le atraía a la mayoría de los chavales. Si una chica esperaba que le fuera detrás, se estaba fijando en el chico equivocado. En ese momento no estaba en condiciones de ser novio de nadie. No era que no quisiera novia; simplemente no tenía tiempo para ello. No tenía tiempo para citas regulares ni ninguna de las exigencias que implicaba.

Estaba muy ocupado.

Esa era otra de las razones por las que prefería a las chicas mayores.

No esperaban milagros de mí.

Por ejemplo, llevaba tonteando con Bella Wilkinson, de segundo de bachillerato, desde abril del año pasado.

Al principio, me gustaba porque no la tenía siempre pegada al culo. Me sacaba un par de años, tenía diecinueve, por lo que no me encasillaba en ningún estereotipo que no pudiese o no quisiera cumplir, y después podía centrarme solo en el rugby porque ella me dejaba a mi aire.

Pero unos meses después, me di cuenta enseguida de que Bella no estaba interesada en mí.

Sino en la mierda que suponía estar conmigo.

La posición social lo era todo para Bella, y cuando me percaté de ello, estaba demasiado acomodado y vago para hacer algo al respecto.

Ella quería mojar.

Eso era todo.

Bueno, mojar y mi posición social.

Seguía con ella porque me había acostumbrado y era un vago.

Bella solo esperaba una cosa de mí, un requisito que, hasta hacía un par de meses, había sido más que capaz de cumplir.

No había estado mucho con ella desde antes de que me operaran (no le había puesto un dedo encima desde principios de noviembre, cuando me

dolía demasiado para considerarlo siquiera), pero la cosa era que cuando lo hicimos, fue solo sexo para mí.

Una forma de alivio con la que contaba.

En algún lugar en el fondo de mi mente, sabía que era una actitud poco saludable hacia la vida y las relaciones con el sexo opuesto y que probablemente estaba más que harto de todo, pero era difícil seguir siendo un crío cuando vivía en un mundo de hombres.

Tampoco ayudaba que jugara al rugby a un nivel en el que estaba rodeado de tipos mucho mayores que yo.

Con conversaciones dirigidas a personas mucho mayores que yo.

Y con mujeres para hombres mucho mayores que yo.

No chicas, sino mujeres.

Joder, si mi madre supiera de la mitad de las mujeres que se me ofrecieron, bien adultas, me sacaría de la Academia y me encerraría en mi habitación hasta que cumpliera veintiún años.

En cierto modo, me habían arrebatado la infancia por mi habilidad para jugar al rugby.

Maduré muy rápido al asumir el papel de un hombre cuando era poco más que un niño; con entrenos y esfuerzo, presionado y enaltecido.

No tuve vida social ni infancia.

En cambio, tenía expectativas y una carrera.

El sexo era la recompensa que me permitía por..., bueno, por portarme bien.

Por controlar todo lo demás en mi vida.

Por compaginar los estudios con el deporte impecablemente y con una voluntad de hierro.

Pero yo no era el único con una vida así.

Aparte de un par de chavales con novia formal, el resto en la Academia estaban tan mal como yo.

En realidad, estaban peor.

Yo era discreto.

Ellos no.

—No estamos hablando de mí —le dije a Gibsie, obligándome a volver al presente y con la ira aumentando por segundos—. Es una maldita niña, demasiado joven para todos vosotros, capullos morbosos, y será mejor que los imbéciles de este vestuario lo respeten.

—¿Una niña con quince años? —replicó Gibsie, confundido—. ¿De qué mierda estás hablando, Johnny?

—Con quince años es joven —ladré, frustrado—. E ilegal.

—Ah.—Gibsie sonrió con complicidad—. Entiendo.

—No entiendes una mierda, Gibs —escupí.

—¿Desde cuándo te importa un carajo lo que haga ninguno de nosotros?

—No me importa. Haz lo que quieras y con quien quieras —respondí alterado—. Pero no con ella.

Gibsie sonrió de oreja a oreja, sin duda provocándome, cuando afirmó:

—Sigue hablando así y voy a empezar a pensar que te estás ablandando con la chica —se burló.

—No estoy de puta broma —repuse, entrando al trapo.

—Tranquilo, Johnny —dijo Gibsie con un suspiro—. No tengo intención de acercarme a la chica.

—Bien.

Solté el aire que no me había dado cuenta que había estado conteniendo.

—Pero no puedo hablar por el resto —agregó, señalando con el pulgar detrás de él.

Asintiendo rígidamente, me fijé en el concurrido vestuario y me puse de pie, muy alterado.

—Escuchadme —ladré para llamar la atención de todos—. Es sobre la chica de antes en el campo.

Esperé hasta que todos mis compañeros de equipo estuvieron atentos y luego a ver un destello de comprensión en sus rostros antes de ponerme a despotricar.

—Lo que le ha pasado a ella hoy sería humillante de la hostia para cualquiera, pero sobre todo para una chica. Por lo tanto, no quiero escuchar ni una palabra al respecto ni en el instituto ni en la ciudad. —Mi voz adquirió un tono amenazador cuando añadí—: Si me entero de que alguno ha estado hablando de ella..., bueno, no tengo que explicar lo que pasará.

Alguien ahogó una risilla y fulminé con la mirada al culpable.

—Tienes dos hermanas, Pierce —bufé, mirando al talonador, que estaba rojo—. ¿Cómo te sentirías si eso le pasara a Marybeth o Cadence? ¿Te gustaría que los chavales hablaran así de cualquiera de ellas?

—No, no me gustaría. —Pierce se puso aún más rojo—. Lo siento, capi —murmuró—. No escucharás nada por mi parte.

—Buen chico —respondí mientras asentía, y volví a mirar al equipo—. No le contaréis a nadie lo de su ropa, ni a vuestras follamigas ni a vuestros amigos. Se acabó. Olvidadlo. Jamás ha pasado... Y ya que estamos con el tema, ni le habléis —añadí, ya incapaz de parar, dando órdenes esa vez por razones completamente egoístas y en las que no me atreví a pensar demasiado—. No os hagáis ilusiones con ella. De hecho, ni la miréis siquiera.

Para ser justos, la mayoría de los jugadores más veteranos del equipo se limitaron a asentir y volvieron a lo que habían estado haciendo antes de mi arrebató, lo que me dio a entender que estaba siendo irracional al respecto.

Pero luego vino el Ronan McGarry de los cojones a abrir la boca.

No me gustaba ese chaval. Para ser sincero, no lo soportaba.

Era un bocazas de tercero que se pavoneaba por el instituto como si fuera el rey del mambo.

Ese año, su arrogancia no había hecho más que aumentar hasta la exasperación tras ser incorporado al equipo sénior del instituto cuando una lesión en el ligamento cruzado anterior dejó a Bobby Reilly fuera de la temporada antes de tiempo.

McGarry era, si acaso, un jugador de rugby mediocre, era el medio melé del instituto esa temporada y un maldito grano en el culo al que debía cubrir en el campo.

Solo había entrado en el equipo porque su madre era la hermana del entrenador. Sin duda, no fue por su talento.

Me daba un gran placer bajarle los humos a la más mínima oportunidad.

—¿Por qué? —me provocó desde la seguridad del extremo opuesto del vestuario—. ¿La estás reclamando? —Y luego continuó aquel pequeño hijo de puta rubio, alentado por un par de colegas suyos calentabanquillos—: ¿Es tuya ahora o algo así, Kavanagh?

—Bueno, tuya no es, desde luego, pedazo de imbécil —solté sin dudarlo—. No te incluía a ti en esa declaración. —Olfateando, lo miré de arriba abajo lentamente con fingido disgusto y agregué—: Sí, no me supones un problema.

Varios de los muchachos estallaron en carcajadas a expensas de McGarry.

—Vete a la mierda —escupió.

—Ay —fingí que me había hecho daño y luego le sonreí al otro lado de la habitación—. Eso ha dolido mucho.

—Va a mi clase —dijo.

—Bien por ti —aplaudí, y aunque no me gustó ni un poco esa nueva información, oculté mi disgusto con una gran dosis de sarcasmo—. ¿Quieres una medalla o un trofeo por eso? —Volviendo a centrarme en el equipo, añadí—: Es una cría, chavales, demasiado joven para cualquiera de vosotros. Así que no os acerquéis a ella, joder.

—No para mí —soltó el imbécil—. Tiene la misma edad que yo.

—No. En tu caso no es una cuestión de edad —repuse sin alterarme—. Ella es demasiado buena para ti.

Más risas a su costa.

—Todo el mundo te tratará como si fueras una especie de dios en este instituto —gruñó—, pero en lo que a mí respecta ella es una presa fácil. —Sacando pecho como si fuera un gorila deficiente, me sonrió con superioridad—. Si la quiero, la tendré.

—¿Presa fácil? —Solté una carcajada irónica—. ¿Si la quieres, la tendrás? Pero, chaval, ¿en qué mundo vives?

Las mejillas de Ronan se pusieron rojas.

—Vivo en el mundo real —escupió—. Aquel en el que la gente tiene que trabajar para conseguir algo y no se lo regalan por pertenecer a la Academia.

—¿Eso crees? —repliqué arqueando una ceja e inclinando la cabeza hacia un lado, evaluándolo—. Al parecer no, porque estás muy equivocado si piensas que me lo han regalado todo en la vida, y menos cuando te refieres a las chicas como «presas fáciles». —Sacudiendo la cabeza, agregué—: Son personas, McGarry, no cartas de Pokémon.

—Guau, te crees genial, ¿no? —espetó, con la mandíbula apretada—. ¡Te crees la hostia! Pues no lo eres.

Aburrido de sus gilipolleces, negué con la cabeza y le dije:

—Pírate, chaval. Hoy no voy a perder el tiempo contigo.

—¿Por qué no nos haces un favor a todos y te piras tú, Johnny? Ojalá mandaras a la mierda la liga juvenil de una vez —rugió, con la cara de un feo tono púrpura—. Para eso estás en la Academia, ¿verdad?—preguntó, furioso—. Para que te preparen. Para ascender y lograr un contrato. —Resoplando, masculló—: Entonces lárgate. Vete de Tommen. Vuelve a Dublín. ¡Coge tus contratos y vete a la mierda!

—La educación es muy importante, Ronan —respondí, y sonreí, disfrutando de su odio hacia mí—. En la Academia nos enseñan eso.

—Apuesto a que los titulares irlandeses ni siquiera te quieren —arremetió enfadado—. Toda esa mierda de que entrarás en la sub-20 en verano te la has inventado tú.

—Déjalo ya, chaval —intervino con un suspiro Hughie Biggs, nuestro número diez y un buen amigo mío—. Estás haciendo el payaso.

—¿Yo? —ladró Ronan, mirando a Hughie desde el otro lado del vestuario—. Él es el imbécil que se pasea por la ciudad como si fuera el dueño, que recibe un trato especial por parte de los profesores y va dándole órdenes a todo el mundo, y ¡vosotros simplemente se lo permitís!

—Para mí que aquí apesta a envidia —declaró Hughie arrastrando las palabras con cansancio—. Déjalo ya, chaval —añadió, pasándose una mano por su rubia melena al llegar donde estábamos Gibs y yo—. Estás quedando como un verdadero idiota.

—¡Deja de llamarme chaval! —rugió Ronan con voz temblorosa, mientras se dirigía hacia nosotros—. ¡No soy un puto crío!

Ni Gibsie, ni Hughie ni yo nos movimos ni un centímetro; estábamos muy entretenidos con su rabieta.

Ronan venía siendo un problema para el equipo desde septiembre: desobedecía, disentía de los demás, hacía jugadas absurdas en la cancha que casi nos habían costado varios partidos...

Esa rabieta no era la primera que tenía.

Era solo una más en una larga lista de berrinches.

Era ridículo y necesitaba mano dura.

Si su tío no estaba preparado para hacerlo, yo sí lo estaba.

—Es tu capitán —intervino Patrick Feely, para mi sorpresa, mientras él y varios miembros del equipo se acercaban y se colocaban frente a mí, bloqueando la patética demostración de fuerza de Ronan y mostrándome su apoyo—. Muestra un poco de respeto, McGarry.

Genial.

Ahora me sentía fatal.

Miré a Feely con los ojos llenos de remordimiento al recordar mi numerito en el campo.

Su mirada me aseguró que estaba todo más que olvidado.

Tampoco ahora me convenía esto.

McGarry tenía razón en una cosa: recibía un trato especial en la ciudad.

Me esforzaba como un perro en la cancha y me recompensaban fabulosamente por ello.

Usaría esa tajada para invitar a Feely a una pinta en Biddies el fin de semana, y también a Gibs y a Hughie.

—Corre a casa con mamá, Ronan —lo azuzó Gibsie, empujándolo hacia la salida del vestuario—. A ver si te deja tus Legos. —Y abriendo la puerta con una mano, lo empujó con la otra—. No estás listo para jugar con los mayores.

—Apuesto a que tu Shannon no dirá eso —masculló Ronan, entrando a la fuerza al vestuario—. O más bien no podrá hacerlo —sonrió sombríamente, con los ojos fijos en mí— cuando le meta la polla hasta la garganta.

—Sigue hablando así de ella —amenacé, con los puños apretados a cada lado—. Me encantaría tener una razón para arrancarte la puta cabeza.

—¿Sabes? Esta mañana estaba sentado tras ella en clase de Francés —me provocó, ahora con una amplia sonrisa—. De haber sabido lo que escondía debajo de esa falda, habría sido más... amable. —Guiñando un ojo, añadió —: Mañana será otro día.

—Y así, chicos, es como firmas tu propio certificado de defunción —murmuró Hughie, levantando las manos en señal de resignación—. Pedazo de subnormal.

Ni una sola persona trató de detenerme cuando me abalancé sobre Ronan. Nadie se atrevió.

Ya había tenido bastantes gilipolleces por un día, y los muchachos lo sabían.

—Vas a escucharme, hijo de puta ridículo —siseé, mientras lo arrastraba por la garganta de vuelta al interior del vestuario y cerraba la puerta con la mano libre para que no hubiese testigos—. Y escúchame bien, porque esto solo te lo voy a repetir una vez más.

Estampando a Ronan contra la pared de cemento, me puse frente a él. Le sacaba unos buenos quince centímetros de altura.

—No te gusto. Lo pillo. Yo tampoco te tengo mucho cariño. —Le apreté la garganta lo suficientemente fuerte como para dificultarle la respiración, pero no tanto como para cortarle la circulación y matarlo. Estaba tratando de hacerme entender, no de cometer un crimen—. No tengo que gustarte,

pero, como tu capitán, ten por seguro que respetarás mi autoridad en el campo.

Con casi un metro ochenta a los dieciséis años, Ronan no era pequeño, ni mucho menos, pero a los diecisiete y con un metro noventa, y subiendo, yo era un cabrón enorme.

Fuera del campo, rara vez usaba mi estatura para intimidar a nadie, pero iba a hacerlo ahora.

Estaba harto de ese crío y su bocaza. No tenía ningún maldito respeto, y tal vez yo pudiese manejar su actitud de mierda y su agresividad hacia mí.

Pero no ella.

No me gustaba, no lo soportaba y no toleraría que hablara de Shannon de esa manera.

No lograba olvidar la vulnerabilidad en su mirada, que era lo que me llevaba a perder el poco control que tenía sobre mi temperamento.

—Cuando le digo algo a mi equipo —agregué, gruñendo ahora al recordar sus tristes ojos azules, que me nublaban el juicio—, cuando te advierto que dejes en paz a una chica indefensa, joder, espero que prestes atención a mi puta advertencia. Espero tu obediencia. Lo que no espero es que me repliques con impertinencia y me desafíes. —Un leve sonido de asfixia salió de la garganta de Ronan y aflojé la mano sin apartarla—. ¿Está claro?

—Vete a la mierda —alcanzó a decir él, farfullando y jadeando—. No puedes decirme lo que tengo que hacer —añadió con voz áspera, sin aliento—. ¡No eres mi padre!

Será hijo de puta...

Estaba decidido a desafiarme incluso cuando no podía ganar.

—Soy tu padre en el campo, gilipollas. —Sonreí sombríamente y apreté para cortarle la respiración—. No lo ves porque eres un inútil subidito, narcisista e insignificante —dije, y apreté más fuerte—. Pero ellos sí lo ven. —Agité una mano tras de mí, haciendo un gesto al equipo, cuyos miembros estaban quietos, sin intención de intervenir ninguno—. Cada uno de ellos. Todos lo entienden. Todos saben que me perteneces —proseguí con calma—. Sigue presionándome, chaval, y no importará quién sea tu familia, porque estarás fuera de este equipo. Pero acércate a esa chica y ni Dios en persona podrá salvarte.

Tras decidir que había aterrorizado al chaval lo suficiente para hacerme entender, le solté la garganta y di un paso atrás.

—Bueno —cruzando los brazos sobre el pecho, lo fulminé con la mirada y pregunté—: ¿queda claro ahora?

—Sí —graznó Ronan, todavía mirándome con odio.

Me daba igual.

Podía mirarme todo lo que quisiera.

Por mí, podía clavar agujas en un muñeco vudú con mi cara y seguir odiándome el resto de su vida.

Lo único que necesitaba de él era que obedeciera.

—Está claro —escupió.

—Buen chico. —Le di unos cachetes en la cara y sonreí—. Ahora pírate.

Ronan siguió refunfuñando, pero como lo estaba haciendo en voz baja, decidí deshacerme de mi mal humor con agua caliente, así que le di la espalda y me dirigí directamente a las duchas, que ahora estaban vacías.

—Johnny, ¿podemos hablar un momento? —preguntó Cormac Ryan, nuestro ala izquierdo y número once, mientras me seguía a la zona de duchas.

Me di la vuelta y lo fulminé con la mirada mientras apartaba los dedos de la cintura de mis pantalones cortos.

—¿Puede esperar? —mascullé en un tono tenso y la mandíbula apretada, mientras lo miraba de arriba abajo.

De repente sentí fastidio al verlo, porque sabía de sobra de qué quería hablarme, ¿o debería decir de quién?

Bella.

El momento de hablar pasó hacía meses.

Con el humor que tenía ahora, las probabilidades de que nos limitáramos a hablar eran escasas.

Cormac pareció darse cuenta de ello, porque asintió con la cabeza y se retiró de la puerta.

—Claro, sin problema —respondió, tragando saliva ruidosamente, mientras retrocedía—. Eh..., ya te pillaré en otro momento.

—Sí —dije sin ninguna expresión en la cara, viendo cómo se marchaba—. Ya hablaremos.

Sacudiendo la cabeza, me desnudé y entré en la ducha.

Giré el grifo de cromo y me metí bajo el chorro de agua helada a esperar a que se calentara.

Apoyé la palma de la mano contra los azulejos de la pared, dejé caer la cabeza y suspiré con frustración.

No me convenía otra pelea.

Era crucial que no me metiera en líos esa temporada, ni siquiera en la liga escolar de mierda.

Darle una paliza a mis propios compañeros sería una mala publicidad.

Incluso aunque se me crisparan los dedos por la necesidad de hacer precisamente eso.

Hacía rato que los chicos estaban en sus respectivas clases cuando terminé de ducharme, así que estaba solo en el vestuario.

No me molesté en correr a clase, sino que preferí aprovechar el tiempo engullendo la comida y un batido proteico del súper.

No fue hasta que terminé de comer cuando me fijé en la bolsa de hielo de color azul que había sobre mi bolsa de deporte. Tenía una pequeña nota pegada encima que decía: «Póntela en las pelotas, capi».

Maldito Gibsie.

Con un movimiento de cabeza, me hundí en el banco y cogí la bolsa de hielo.

La envolví con una camiseta vieja, me deshice de la toalla que llevaba enrollada e hice exactamente lo que me indicaba la nota.

Cuando terminé de ponerme hielo en las pelotas, me tomé un tiempo en evaluar algunas de mis lesiones a largo plazo; la más preocupante era la cicatriz de aspecto enfadado que tenía en la ingle.

La piel allí estaba caliente e hinchada, picaba y daba un asco de narices mirarla.

Jugar con alguna dolencia era un mal común para aquellos en mi situación, pero dieciocho meses después de sufrir una lesión crónica en la ingle, tiré la toalla y acepté que me operaran en diciembre.

Pasar cuatro días tumbado en el hospital retorciéndome de dolor por haber cogido una infección ya fue bastante malo, pero las últimas tres semanas de rehabilitación tras la jodida operación habían sido pura tortura.

Según mi médico de cabecera, mi cuerpo estaba sanando muy bien y por eso me había dejado volver a jugar —principalmente porque había mentido

como un bellaco—, pero los moretones y la decoloración en mis muslos y alrededor de mis partes eran algo digno de ver.

Y también me dolía de la hostia ahí abajo.

Rabo, pelotas, ingles y muslos.

Me dolía todo.

Cada maldito segundo.

No estaba seguro de si me dolían más las pelotas por la lesión o por la necesidad de vaciarlas.

Aparte de mis padres y entrenadores, Gibsie era la única persona que conocía los detalles de mi operación, de ahí la bolsa de hielo.

Había sido mi mejor amigo desde que me mudé a Cork. A pesar de que era un gilipollas grandullón y rubio con predilección por las dichosas secretarias del instituto y la capacidad de volverme loquísimo con su pasotismo, sabía que podía confiar en él para que me cubriera las espaldas.

Que supiera guardar un secreto fue la única razón por la que se lo conté.

Normalmente, me callaba ese tipo de mierda.

Compartir los detalles de una lesión era peligroso y una forma segura de convertirla en el objetivo de los equipos rivales.

Además, era humillante.

Yo era una persona segura de sí misma por naturaleza, pero ir por ahí con el rabo fuera de juego, y sin saber hasta cuándo, había supuesto un duro golpe a mi autoestima.

Había habido más gente tocándome los cojones en el último mes de la que me gustaría recordar, y tampoco en el buen sentido.

Que se me levantara después de la operación no me supuso un problema; el inconveniente era la horrible punzada de dolor que implicaba tener una erección.

Esto en concreto lo había descubierto por las malas, cuando un sábado, tras un maratón de porno malo, acabó en un bochornoso viaje a la sala de urgencias.

Era la noche de San Esteban, diez días después de la operación, y me había pasado todo el día autocompadeciéndome tras haber recibido innumerables mensajes de los chicos preguntándome si iría al pub, así que cuando me fui a la cama esa noche me puse una peli guarra para animarme.

En el momento en que aparecieron las tetas de la actriz, mi rabo se animó como un rayo.

Aunque sentía una pequeña incomodidad, que se vio eclipsada al comprobar que aún tenía un rabo que funcionaba, me la meneé, con cuidado de evitar los puntos de la ingle.

Cuando llevaba dos minutos pajeándome, me percaté del terrible error que había cometido.

El problema surgió cuando estaba a punto de correrme.

Se me tensaron las pelotas, como siempre que la sangre se precipita hacia el glándula, pero los músculos de mis muslos e ingles comenzaron a contraerse y a tener espasmos, y no en el buen sentido.

El dolor abrasador que me atravesó el cuerpo fue tan duro que grité agónicamente antes de vomitar sin contemplaciones sobre las sábanas.

Aquel dolor no se parecía a nada que hubiera sentido antes.

Solo podía describirlo diciendo que era como si me patearan los huevos repetidamente mientras alguien me clavaba una varilla al rojo vivo en el rabo.

Por desgracia, la imagen en la pantalla de la mujer de pechos operados siendo penetrada y pidiendo, con el audio a tope, que se la follaran «más fuerte» me ponía muchísimo, lo que hizo que fuera prácticamente imposible que se me bajara.

Tras dejarme caer al suelo, me había arrastrado gateando hasta el televisor con la intención de atravesar la pantalla con el puño.

Ese fue el momento exacto en que mi madre irrumpió en mi habitación. Tuvo que ayudarme a vestirme, con la empalmada de campeonato y todo, y luego me llevó corriendo al hospital, donde el médico de guardia me regañó por tocarme.

No es coña, usó esas mismas palabras antes de adentrarse en una diatriba profundamente inquietante sobre los peligros de masturbarme tras una operación tan reciente y las consecuencias a largo plazo que eso podría tener para mi pene. Todo eso con mi madre sentada a mi lado.

Siete horas, una tanda de análisis de sangre, una inyección de morfina y una revisión testicular más tarde, me enviaron a casa con una receta para una nueva ronda de antibióticos e instrucciones estrictas de no tocarme el pene.

De eso hacía dos semanas y todavía no me había tocado el rabo.

Estaba traumatizado.

Estaba roto.

Sabía que debería estar agradecido de no haberme dañado a largo plazo ningún nervio de la zona, y lo estaría una vez que todo sanara y funcionara de nuevo, pero, por ahora, era un chaval de casi dieciocho años cabreado, con el nabo roto y el ego desinflado.

Y el maldito Ronan McGarry pensando que me lo regalaban todo.

Si supiera los sacrificios que hice y los límites a los que llevé mi cuerpo, se me antoja extraño que pensara de la misma manera.

Aunque tal vez sí lo haría.

Tenía tal problema conmigo que dudaba que nada pudiese disuadirlo de su campaña de odio hacia Johnny.

No es que me importara un carajo.

Me quedaban menos de dos años en ese instituto y posiblemente un año más en la Academia.

Después de eso, dejaría atrás Ballylaggin y a todos los Ronan McGarry envidiosos.

Estirando las piernas, me froté suavemente la zona con el gel antiinflamatorio que me habían recetado, mordiéndome el labio para evitar gritar de dolor.

Cerrando los ojos con fuerza, obligué a mis manos a moverse sobre mis muslos y a practicar el ejercicio que mi fisio me había indicado que hiciera después de cada sesión de entrenamiento.

Una vez que hube terminado, y estuve seguro de que no me desmayaría por el dolor, pasé a los hombros, codos y tobillos, reconociendo y tratando cada viejo dolor y lesión como el obediente pipiolo que era.

Aunque parezca mentira, mi cuerpo estaba en excelentes condiciones.

Las lesiones que había sufrido por jugar al rugby durante los últimos once años, incluido un apéndice reventado y un millón de huesos rotos, eran minúsculas en comparación con las que sufrían algunos de los muchachos de la Academia.

Eso era bueno para mí, considerando que estaba a las puertas de un lucrativo contrato y una carrera en el rugby profesional.

Para lograrlo, necesitaba estar lo más cerca posible de la perfección en todos los aspectos de mi vida.

Eso significaba cumplir en la cancha, mantener una salud tanto física como mental óptimas, y no meternos —ni yo ni mi rabo— en líos.

La protección era algo imposible de olvidar con la Academia pegada al culo, sermoneándonos con que ese era un momento crucial en nuestras carreras y que bajo ninguna circunstancia debíamos permitir que una chica nos distrajera o nos atara con un bebé.

Ni de coña.

Preferiría cortarme el estropicio que tenía por rabo antes que caer en esa trampa.

Los condones y demás anticonceptivos eran una necesidad absoluta.

Yo siempre llevaba uno, y siempre me lo ponía, y si la chica con la que estaba no se tomaba las pastillas ni llevaba el implante, o si no estaba seguro de que me estuviese siendo sincera, siempre me decantaba por la marcha atrás.

Así no me arriesgaba.

Sin excepciones.

«No es que importe ahora», pensé para mis adentros, mientras me miraba las magulladas pelotas.

Además de no hacerle un hijo a nadie y evitar las ETS, tenía que seguir sacando buenas notas.

La imagen lo era todo para los ojeadores y clubes potenciales, y querían lo que se percibía como perfección.

Querían a los mejores jugadores de las mejores escuelas y universidades del país.

Querían méritos y trofeos, tanto en el terreno de juego como en lo académico.

Era agotador, pero lo hacía lo mejor que podía.

Por suerte, me iba bien en los estudios.

No me gustaba una mierda ir al instituto, pero sacaba buenas notas.

Mis clases eran todas materias avanzadas y siempre sacaba entre una matrícula de honor y un sobresaliente de media en todas ellas, con la excepción de Ciencias, donde sacaba notables justos.

Odiaba esa maldita asignatura.

Tío, me daba escalofríos solo pensar en la tabla periódica.

No me interesaba, y era la única clase en la que siempre me quedaba dormido.

No fue una sorpresa para mis padres que, cuando llegó el momento de elegir la rama de bachillerato, evitase las tres asignaturas de ciencias como

la peste.

No, podían quedarse con Biología, Química y Física los más cerebritos.

Yo prefería quedarme con Ciencias empresariales y Contabilidad.

Era una pasión rara en un jugador de rugby, pero era lo que me molaba.

Me graduaría en Economía, jugaría hasta bien entrada la treintena, me retiraría antes de que mi cuerpo ya no diera más de sí y luego haría el máster.

Lo tenía todo planeado.

Sin margen para el cambio.

Ni para novias.

Y sin margen para más lesiones de las narices.

Mis decisiones y mi estricta rutina cabreaban a mi madre en proporciones épicas.

Sabía que no le gustaba mi estilo de vida y siempre me estaba dando la lata.

Decía que me estaban limitando.

Que me estaba perdiendo muchísimas cosas en la vida.

Me rogaba que fuera un niño.

El problema era que había dejado de serlo a los diez años.

Cuando el rugby despegó para mí, dejé esa mierda atrás, mi sueño de la infancia de jugar al rugby se convirtió en una obsesión que perseguía con ansia.

Había pasado los últimos siete años dándolo todo a diario y cada segundo del día, y eso se reflejaba en mi complexión y tamaño físicos.

Mi padre era más comprensivo conmigo.

Calmaba a mi madre y la convencía de que dejara de preocuparse tanto, diciéndole que podría ser peor: podría estar por ahí drogándome como un poseso después de clase o poniéndome hasta el culo con el resto de mis amigos en el pub.

En lugar de hacer nada de eso, yo entrenaba.

Pasaba los días estudiando, las tardes en la cancha y luego en el gimnasio, y los fines de semana alternando entre los tres.

Uf, no recordaba la última vez que me salté el gimnasio para salir con los chicos alguna noche o me comí un helado sin preocuparme por las calorías de más y la falta de macronutrientes.

Comía bien, entrenaba duro y obedecía todas las órdenes, sugerencias y peticiones que me hacían mis entrenadores y preparadores.

No era un estilo de vida fácil de mantener, pero era el que había elegido para mí.

Confié en mi instinto y perseguí mis sueños con una fuerza inquebrantable, consolándome con el hecho de que casi lo había conseguido.

Hasta que lo lograra, porque iba a lograrlo, continuaría haciendo sacrificios, centrado, entregado y sin distraerme con dramas adolescentes de mierda.

Era precisamente por esas razones por las que me sentía tan tenso.

Una chica, una maldita mujer a la que conocía desde hacía menos de dos horas, había logrado hacer lo que nadie más había hecho jamás: distraerme.

No me sacaba de la cabeza a Shannon como el río, y eso no me gustaba.

No me gustaba que estuviera ocupando un tiempo valioso en mi mente.

Tiempo que no podía malgastar ni dedicar a nada, ni a nadie, más que al rugby.

«La sacaron del instituto público de Ballylaggin por haber sido atacada verbal y físicamente. ¿Y qué sucede en su primer día en Tommen? ¡Esto!».

«¡Me aseguraste que este tipo de cosas no pasaban en este instituto, y mira lo que ha ocurrido en su primer día!».

«Shannon, ya no sé qué hacer contigo. De verdad que no, cariño. Pensé que este lugar sería diferente».

¿Qué demonios estaba pasando?

¿Qué le había ocurrido a esa chica?

Y ¿por qué narices me estaba obsesionando con ella de esa manera?

Apenas la conocía.

No debería importarme.

Madre mía, necesitaba hacer algo con mi vida.

Mirar algún programa de accidentes ferroviarios o algo así, cualquier cosa para olvidarme de lo sucedido ese día y esos tristes ojos azules.

Obligándome a ignorarla, me concentré en mis heridas mientras pensaba en estrategias y tácticas potenciales para el partido del viernes.

Cuando estuve remendado y vestido con el uniforme escolar, miré la hora en el móvil y me di cuenta de que si me espabilaba, llegaría a la última clase del día.

Ojeé un par de nuevos mensajes de Bella, que me preguntaba si estaba mejor y quería que nos viéramos.

Le contesté sin alargarme diciendo que todavía estaba fuera de juego y esperé su respuesta.

Llegó casi de inmediato y le siguieron varios mensajes más:

Me estoy cansando de esta mierda, Johnny.

No me gusta que me ignoren.

Todo el mundo habla de ti, ¿lo sabías?

Dicen que tu rendimiento en el campo se está yendo a la mierda.

Ha llegado a los periódicos.

Dicen que estás perdiendo destreza.

Estoy de acuerdo.

Estás siendo un idiota inútil y tienes un rabo inútil.

Sé que no te pasa nada.

Es solo que no quieres llevarme a la gala de entrega de premios a final de mes.

¿Por qué nunca me llevas a esos eventos?

Yo nunca te pido NADA.

Si no empiezas a valorarme, conozco a un montón de tíos que sí lo harán...

Respiré hondo y leí rápidamente los mensajes.

Sí, esto se estaba descontrolando.

Sentía la soga apretándome el cuello.

Escribí una respuesta rápida diciendo *Haz lo que quieras. No somos nada* antes de apagar el móvil y volver a clase. Pero me detuve primero en Dirección.

—¡Johnny! —me saludó cariñosamente Dee, la secretaria, cuando entré por la puerta—. ¿Ya has vuelto? —preguntó, tomándose su tiempo para darme un repaso—. El señor Twomey no te ha mandado llamar, cariño.

La secretaria de nuestro instituto era una mujer de baja estatura de unos veintilargos, rubia de bote, con predilección por los adolescentes y una gran debilidad por los jugadores de rugby.

Tenía los ojos azules, usaba demasiado delineador negro y un espeso rímel apelmazado que combinaba a la perfección con la montaña de base de maquillaje con que se embadurnaba la cara y el rojo sangre con que se pintaba los labios.

No era una mujer fea.

Tenía un cuerpo bonito y un culo fantástico.

Pero se vestía como una quinceañera.

Curiosamente, a pesar de ser una asaltacunas y de su poca decencia, le tenía cariño. Aquella mujer me había ayudado en más de una ocasión a lo largo de los años, firmando autorizaciones para salir de clase, encubriendo mi absentismo o enterrando faltas menores y todo tipo de mierda incriminatoria que perjudicarían mi imagen.

En tercero, cuando regresé del campamento de preparación, le traje una camiseta de Irlanda con las firmas de casi todo el equipo.

Fue una muestra de agradecimiento de última hora por mi parte, por todas las molestias que se había tomado para lograr que el Consejo Escolar se replanteara realizar un examen oral obligatorio de primero de bachillerato que yo me había perdido mientras estaba fuera.

Tenía la camiseta en mi bolsa de deporte, y se la di simplemente porque quise compensarla por sus esfuerzos.

Después de eso, fue mi mayor defensora y me hacía innumerables favores, a menudo moralmente cuestionables.

Y yo, a su vez, le conseguía entradas para los partidos siempre que podía.

Era una buena relación.

—Estoy aquí por ti, Dee —le respondí con un guiño coqueto. Luchando contra el impulso de huir como un loco de la asaltacunas del instituto, me acerqué al mostrador que separaba su despacho del resto de la recepción y sonreí—. Esperaba que pudieras ayudarme con algo.

—Siempre estoy dispuesta a ayudar a mi estrella favorita —arrulló—. Con lo que sea.

—Te lo agradezco —contesté, reprimiendo un escalofrío cuando se inclinó sobre el mostrador y me acarició los nudillos con unas uñas rojísimas de dos centímetros de largo—. ¿Tienes un sobre?

—¿Un sobre? —Sorprendida, levantó las cejas, que llevaba pintadas—. Oh —murmuró con aspecto triste.

Sentada tras su escritorio, rebuscó hasta dejar un sobre marrón en el mostrador.

Saqué dos billetes de cincuenta euros de la cartera y los metí dentro.

—¿Tienes un bolígrafo? —pregunté.

Con un pequeño resoplido, me entregó uno.

—Me salvas la vida —murmuré mientras garabateaba rápidamente una nota en el sobre. Luego volví a colocar el bolígrafo en el mostrador.

—¿Eso es todo?

—En realidad no, no lo es.

Puse los codos en el mostrador y, dándole unos toquecitos al sobre, le sonreí.

«Allá vamos...».

—Estoy buscando información sobre una alumna.

Dee frunció el ceño.

—¿Información sobre una alumna?

—Sí —asentí, sonriendo más—. Shannon Lynch.

¿A quién quería engañar con lo de distraerme con un programa de la tele?

Era un cabrón obsesivo por naturaleza, de ideas fijas, y ahora mismo en mi mente solo estaba ella y nada más que ella.

Tenía que saber más.

Necesitaba más.

No era tan tonto como para pensar que esto no significaba nada.

O que mi reacción ante McGarry en el vestuario antes no había significado nada.

Que ella fuera capaz de hacerme esto significaba algo.

Que, horas más tarde, todavía siguiera pensando en ella, preguntándome por ella y preocupándome por ella sin poder evitarlo significaba algo.

Y significaba algo que ella me importara cuando nadie me había importado antes.

Joder, ahora estaba hecho un lío con tanto significado.

—Ay, Johnny —empezó Dee, poniendo morritos y frunciendo el ceño cada vez más, devolviéndome al presente—. No estoy segura. El señor Twomey dejó claro que no debes acercarte a la chica Lynch... —Su voz se apagó y fue a por su cuaderno de notas—. ¿Ves? —dijo, golpeando con un

dedo los garabatos—. Está escrito y todo. Su madre ha pedido que te expulsen por el incidente de hoy en el campo. Ha dicho que la atacaste. Al señor Twomey le ha costado mucho convencerla para que no llamara a la Gardaí...

—Vamos, Dee —repuse cariñosa y seductoramente, sofocando mi indignación con lo que esperaba que fuera encanto—. Tú me conoces. Nunca haría daño de manera intencionada a una chica.

—Por supuesto que no —suspiró, parpadeando—. Eres un buen chico.

—Y tú eres muy buena conmigo. —Me incliné un poco más, le cubrí una mano con la mía y susurré—: Lo único que necesito es que me digas lo que sabes sobre ella o, mejor aún, déjame ver su expediente.

—De ninguna manera, Johnny —saltó, mordiéndose el labio inferior—. Si alguien se enterara, podría perder mi trabajo...

—¿Crees que te metería en problemas, Dee? —insistí, con un pequeño movimiento de cabeza—. Puede ser nuestro pequeño secreto.

Joder, era un completo cabrón por jugar con los sentimientos de la pobre mujer.

Pero quería ese expediente, maldita sea.

Sentía una gran curiosidad por saber más acerca de Shannon; más específicamente sobre lo que le pasó en su antiguo instituto.

Las palabras del señor Twomey habían despertado mi curiosidad y me moría por averiguarlo.

—Lo siento, cariño, pero no puedo ayudarte esta vez —respondió Dee, con los labios fruncidos—. Necesito este trabajo.

Frustrado, negué con la cabeza y traté de controlarme antes de intentarlo de nuevo.

—¿Puedes decirme al menos el número de su taquilla?

Dee entrecerró los ojos.

—¿Para qué lo necesitas?

—Lo necesito y ya está —repliqué, en tono un poco más duro ahora. Estaba cabreado.

No estaba acostumbrado a que me dijeran que no.

Cuando pedía algo, por lo general lo conseguía.

Era una forma de ser de mierda, pero así funcionaba la vida para mí.

—Ya te lo he dicho —replicó ella—. El señor Twomey dijo que se suponía que no debías acercarte a ella...

—Es el número de su taquilla, Dee, no la dirección de su casa, joder —escupí, cada vez más enfadado—. Por la forma en que estáis actuando parece que sea un puto asesino o algo así.

Con un profundo suspiro, Dee asintió afligida y se acercó al archivador.

—Está bien.

—Gracias —contesté en un tono cargado de sarcasmo.

—Pero yo no te lo he dado —refunfuñó, rebuscando en cada cajón hasta que encontró la carpeta.

—Vale.

—Hablo en serio, Johnny. No quiero problemas.

—Yo tampoco.

Abrió la carpeta y echó un rápido vistazo a la primera página antes de cerrarla.

—Taquilla 461. En el ala de tercero.

—Genial, gracias. —Cogí el bolígrafo y me garabateé el número en el dorso de la mano. Cuando me dirigía hacia la puerta, me detuve en la entrada, me di la vuelta y pregunté—: ¿Puedes al menos decirme cómo está?

Dee suspiró.

—Lo último que he sabido es que su madre la estaba llevando a Urgencias para hacerle un escáner.

—¿Un escáner? —Fruncí el ceño, la ansiedad me carcomía el estómago—. Pero está bien, ¿no? ¿Cuándo se ha ido? ¿Podía caminar y esas cosas? O sea, estará bien, ¿verdad?

—Sí, Johnny, estoy segura de que está bien —afirmó cogiendo el bolígrafo del mostrador, al que le puso el capuchón—. Es solo una medida de precaución.

—¿En serio?

—Ajá.

—¿Crees que debería irme? Al hospital, quiero decir —solté, indeciso. Y, encogiéndome de hombros, añadí—: ¿Debería visitarla? Es mi culpa que esté en el hospital. Soy el responsable.

—¡De ninguna manera! —espetó Dee, ahora en un tono de autoridad—. Si sabes lo que te conviene, Johnny Kavanagh, te mantendrás alejado de esa chica. —Dejó escapar un fuerte suspiro antes de agregar en voz mucho más baja—: Entre tú y yo, su madre ha pedido tu cabeza. Harías bien en evitar

todo contacto con ella. Y, si te soy sincera, en verdad la chica no parece... —hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior un momento antes de terminar—, bueno, cuerda.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir con que no está cuerda?

Dee mordió el bolígrafo, incómoda.

—¿Dee? —insistí—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Tal vez esa no es la palabra apropiada —admitió en voz baja—. Pero hay algo... extraño en ella.

—¿Extraño?

—Inquietante —aclaró Dee y luego rectificó—: Perturbada. Parece perturbada.

Bueno, pues qué bien.

Solo me fijo en las locas.

—Ya —murmuré, girándome hacia la puerta de nuevo—. Gracias por el aviso.

—¡Mantén las distancias, Johnny! —me gritó—. ¡Y aléjate del hospital!

Sumido en mis pensamientos, salí de Dirección con el sobre en la mano.

Deambulé por el ala izquierda del edificio principal y me detuve frente a una fila de taquillas azules recién pintadas que había fuera de la zona común de tercero.

Las examiné en busca de la taquilla número 461.

Cuando encontré la que estaba buscando, metí el sobre por un pequeño espacio que había en la parte superior de la puerta de metal.

No me importaba si su madre no quería el dinero, por mí como si lo quemaba, pero tenía que dárselo a la familia, a ella.

Recolocándome la mochila en el hombro, eché mano a un bolsillo para coger las llaves del coche, decidido a saltarme lo que quedaba de jornada y esperar a Gibsie en él.

Además, no tenía sentido ir a clase en ese momento.

No podría concentrarme en la específica de Empresariales aunque lo intentara.

Tenía la cabeza demasiado nublada, entre palabras de advertencia e imágenes de tristes ojos azules.

Caminé hasta el aparcamiento para estudiantes, abrí el coche, dejé caer mis mierdas en el asiento trasero y me metí dentro, derrotado.

Agotado y dolorido, eché el asiento hacia atrás y recliné el respaldo para poder estirar las piernas.

No me entusiasmaba la idea de conducir con el dolor que me subía por los muslos, pero aquella no era mi principal preocupación en ese momento.

Había muchos alumnos internos en Tommen, estudiantes que venían de todo el país e incluso de algunas partes de Europa.

Yo vivía a media hora de allí, así que era uno de los alumnos de día.

La mayoría de mis amigos lo eran.

Sabía que Shannon también era de Ballylaggin, pero no la había visto nunca.

No era una ciudad enorme, pero sí lo bastante grande como para que nuestros caminos nunca se hubieran cruzado hasta entonces, o tal vez lo habían hecho y simplemente no la recordaba.

No se me daban bien las caras. No miraba a nadie lo suficiente como para memorizar la suya. Tampoco me importaba. Ya tenía que recordar bastantes nombres y caras. Agregar nombres innecesarios de extraños a esa lista parecía una hazaña sin sentido.

Hasta ahora.

«Perturbada».

Así la había llamado Dee.

Pero ¿no estaban todos los adolescentes un poco jodidos y perturbados a veces?

Estaba tan absorto en mis propios pensamientos que no me di cuenta de que había sonado la última campana del día, cuarenta y cinco minutos después, ni de la avalancha de estudiantes que se subían a los coches a mi alrededor. Fue solo cuando la puerta del pasajero del mío se abrió de golpe cuando volví al presente.

—Hey —saludó Gibsie, dejándose caer en el asiento a mi lado—. Veo que todavía sigues empeñado en que esto parezca el portal de un vagabundo —añadió, apartando de una patada un montón de porquería. Estirándose, lanzó su mochila al asiento trasero—. Tío, aquí apesta, joder.

—Siempre puedes tomar todo el aire fresco que quieras caminando —mascullé, frotándome los ojos para quitarme el sueño. Sí, estaba cansado de la hostia.

—Relájate —respondió Gibsie y luego se rio por lo bajo cuando añadió —: no hay por qué tocar los cojones.

—Muy gracioso, imbécil —le solté inexpresivamente, y de inmediato me llevé una mano al paquete—. Ahora sí que puedes salir e ir andando.

—Toma. —Hizo una pausa para plantarme una carpeta color vainilla en el regazo—. No puedes hacerme ir andando después de haberte conseguido esto.

—¿Qué es? —pregunté mirando la carpeta.

—Un regalo —respondió Gibsie, ajustando la visera.

—¿Deberes? —dije impávido—. Guau. Muchas gracias.

—Es el expediente de Shannon —apuntó, bajándose las mangas del suéter—. Estoy seguro de que tu obsesiva cabezota lo estaba buscando.

Hay que joderse.

Una inquietante oleada de emoción me recorrió el cuerpo al mirar la carpeta en mis manos.

Mi mejor amigo me conocía demasiado bien.

—Al no volver a clase después del entrenamiento, he supuesto que estarías aquí enfurruñado por ella, o suspirando —se encogió de hombros antes de agregar—: o como diablos llames a lo que ha pasado antes en el vestuario.

—No me enfurruño.

Gibsie resopló.

—Que no me enfurruño, imbécil —bufé—. Ni suspiro por nadie. No estaba haciendo ninguna mierda de esas. Solo estaba...

—¿Perdiendo la cabeza? —terminó Gibsie por mí con una sonrisa lobuna—. No te preocupes por eso. Nos pasa hasta a los mejores.

—¿Por qué estaría perdiendo la cabeza? —pregunté, y luego contesté rápidamente—: ¡No estaba perdiendo nada, joder!

—Perdón —se disculpó Gibsie levantando las manos, pero su tono me aseguró que estaba lejos de arrepentirse—. Debo de haberlo interpretado mal. Dame el expediente y lo devolveré.

Me cogió la carpeta, pero se la quitó.

—¿Qué? ¡No!

Gibsie se rio, pero no dijo nada más.

La sonrisa de complicidad que me dedicó fue suficiente respuesta.

—¿Cómo te las has arreglado para convencer a Dee de que te lo dé? —le planteé, cambiando de tema.

—¿Cómo crees?

Reprimí un escalofrío.

—Joder.

—No todo es malo —admitió Gibsie, y esbozó una sonrisilla—. La tía la chupa como una aspiradora, y la emoción de que te pillen siempre es divertida.

Levanté una mano.

—No necesitaba saber eso.

Él resopló.

—Ya lo sabías.

—Sí —suspiré pesadamente—. Bueno, no necesitaba que me lo recordaras.

—Hostia —murmuró, tirándose del cuello de la camiseta para poder verse bien la piel de la zona en el pequeño espejo rectangular—. Siempre en el cuello.

Insatisfecho, giró el espejo retrovisor hasta ponérselo de frente y gimió.

Se volvió para mirarme y dijo:

—¿Ves los sacrificios que hago por ti?

Dirigí la mirada al moretón que se le estaba formando en el cuello.

—Será mejor que haya algo que valga la pena leer ahí —se quejó.

Volviendo mi atención a la carpeta, la abrí por la primera página y luego, tenso, miré a Gibsie a los ojos.

—¿Lo has leído?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no —respondió, hurgando en un bolsillo—. No es asunto mío. —Se sacó un paquete de tabaco y un mechero y dijo—: Voy a fumar. —Abrió la puerta de un empujón y salió, luego se inclinó y anunció—: Los orgasmos me dan antojo de nicotina. —Después cerró la puerta y se encendió un piti.

Sacudiendo la cabeza, dirigí mi atención a la carpeta que tenía en las manos, cautivado por cada detalle de la información confidencial que revelaba el expediente de Shannon Lynch.

Páginas y páginas de incidentes e informes, todos perfectamente mecanografiados en papel blanco, detallando cada terrible experiencia que la muchacha había sufrido en su antiguo instituto, y había habido muchas.

Catorce páginas DIN-A4 de incidentes.

Por delante y detrás.

Tras leer unas pocas páginas, me enteré de que Shannon había pasado de ser una estudiante que siempre sacaba notables al comienzo de primero a raspar el aprobado hacia finales de segundo.

Junto a sus notas en los exámenes, en absoluto espectaculares, había observaciones de sus antiguos maestros elogiando su naturaleza amable y la diligencia y el esmero con que trabajaba.

No necesitaba ningún comentario que explicara el sistemático empeoramiento en sus calificaciones, lo descubrí en la primera página.

Era víctima de acoso escolar.

Le cortaron la coleta cuando estaba en primero. Cuando tenía trece años. El castigo por tal agresión fue expulsar una semana a sus culpables. En serio. Una semana sin ir a clase por cortarle el puto pelo a una chica.

Chavalas.

Estaban loquísimas y eran unas retorcidas.

Se me escapaba cómo podía esperar nadie que la chica se concentrara en un entorno escolar tan inestable como aquel.

En serio, ¿qué demonios le pasaba a la gente?

¿Qué le pasaba a aquel instituto y sus profesores?

¿En qué cojones pensaban sus padres al dejarla allí durante dos años?

Cuanto más leía, más náuseas sentía...

- Incidente en Educación física que resultó en una nariz sangrante.
- Episodios de vómitos en el baño.
- Incidente en Carpintería con una pistola de cola.
- Problema después de clase con unas chicas de tercero.
- Otro episodio de vómitos en el baño.
- Problema antes de clase con unas chicas de cuarto.
- Negativa a participar en las colonias escolares.

¿Estaban de broma, hostia?

- Muchos muchos más episodios de vómitos.
- Remisión a psicopedagogo.

- Hermano mayor presenta cuarta denuncia por acoso.

El hermano mayor debería haberse buscado algunas amigas mayores y hacer que le dieran una paliza a aquellas niñas.

- Grafitis en las paredes del baño.
- Agresión en el patio del centro, expulsan al hermano mayor.

El hermano mayor debió de solucionarlo él mismo.

- Varios docentes informan de marginación.
- Grave agresión física por parte de tres alumnos mayores, se avisa a la Gardaí.

No jodas, Sherlock.

- Hermano mayor expulsado nuevamente por intervenir.
- Traslado de centro a petición de la madre.

Ya era hora, joder.

- Expedientes escolares solicitados por el director del Tommen College.

Horrorizado se quedaba corto para describir cómo me sentía cuando terminé de leer.

Cabreado tampoco encajaba del todo.

Asqueado, preocupado y rabioso de la hostia parecía una valoración más precisa de cómo me sentía.

Joder, había sido como leer un maldito informe policial de una víctima de violencia doméstica.

No era de extrañar que la madre de Shannon se hubiese vuelto loca conmigo ese día.

Si yo estuviera en su lugar, habría reaccionado mucho peor.

Joder, ahora estaba aún más cabreado conmigo mismo que antes por haberle hecho daño.

¿Quién narices hacía algo así?

En serio, ¿qué tipo de personas estaban criando en ese instituto?

—¿Y bien? —La voz de Gibsie irrumpió en mis pensamientos cuando volvió a subirse al coche. Olía a cenicero—. ¿Has averiguado lo que necesitabas?

—Sí —murmuré, devolviéndole la carpeta antes de arrancar el motor—. Lo he averiguado.

Me miró expectante.

—¿Y?

Volví mi atención a la carretera.

—¿Y qué?

—Pareces enfadado.

—Estoy bien —le aseguré.

Necesitaba hacer algo, pisar el acelerador, levantar pesas en el gimnasio, cualquier cosa con tal de sacudirme la tensión que se me acumulaba en el cuerpo.

—¿Estás seguro, tío?

—Sí.

Salí del aparcamiento, puse segunda y luego tercera, ignorando las señales de peligro ante la proximidad de niños en un intento de llegar a la carretera principal.

A veces hacíamos ejercicio en mi garaje, que habíamos reconvertido, pero me pareció que en ese momento el trayecto de treinta minutos hasta el gimnasio de la ciudad podría sentarme bien.

Sabía que me había pasado de la raya al invadir su privacidad de esa manera, pero no me arrepentía.

Maldita sea, sabía que era vulnerable.

Fue la sensación que había tenido ese día.

Estaba segurísimo de haber visto dolor en sus ojos.

Era real, estaba allí, lo había visto y ahora podía hacer algo al respecto.

Podía evitar que algo así volviera a suceder.

No volvería a pasar.

No mientras yo estuviera aquí.

EL DESPERTAR HORMONAL

Shannon

Sufrí una conmoción leve que acabó en un ingreso en el hospital durante una noche bajo observación y el resto de la semana sin ir a clase.

Para ser sincera, habría preferido quedarme en el hospital todo el tiempo o volver al instituto de inmediato, porque la idea de pasar la semana en casa con mi padre controlándome era una forma especial de tortura que nadie se merecía.

Milagrosamente, logré sobrevivir aquella semana encerrándome en mi habitación todo el día y, en general, evitando a mi padre y sus turbulentos cambios de humor como si de la peste se tratara.

A la semana siguiente, cuando volví a clase, esperaba recibir una lluvia de burlas y mofa.

La vergüenza era una emoción problemática para mí y, a veces, me dificultaba el funcionamiento.

Pasé todo el día hecha un desastre, toda sudorosa, presa del pánico y en estado de alerta máxima, esperando que sucediera algo malo.

Algo que nunca pasó.

Aparte de algunas miradas curiosas y sonrisas cómplices por parte del equipo de rugby (como si me hubiesen visto en ropa interior), en general salí ilesa.

No lograba comprender cómo un acontecimiento tan humillante como aquel podía pasar desapercibido.

No me lo explicaba.

Nadie mencionó el incidente en el campo aquel día.

Era como si nunca hubiera sucedido.

Sinceramente, si no fuera por el persistente dolor de cabeza, habría dudado que hubiese pasado.

Los días se convirtieron en semanas, pero el silencio permaneció.

Nadie me dijo nada.

Nunca más se volvió a mencionar lo ocurrido.

Yo no era un objetivo.

Y tuve paz.

Había pasado casi un mes desde el incidente en el campo, cuando caí en una rutina junto a Claire y Lizzie.

Y me di cuenta de que empezaba a tener ganas de ir a clase.

Fue el giro más extraño de mi vida, considerando que había aborrecido el instituto la mayor parte de mi existencia, pero Tommen se había convertido casi en un lugar seguro.

En vez del pavor habitual al bajar del autobús, lo único que sentía era un inmenso alivio.

Alivio por alejarme de casa.

Alivio por no ser el blanco de los matones.

Alivio por escapar de mi padre.

Alivio por poder respirar durante siete horas al día.

Siempre había estado sola, por lo que mi último trance, o debería decir el último cambio en mi estatus social, fue inesperado.

Dicen que donde hay un grupo hay solidaridad, y no podría estar más de acuerdo.

Me sentía mejor cuando estaba con mis amigas.

Tal vez fuese una inseguridad adolescente, o tal vez se debiese a mi pasado, pero me gustaba no tener que ir sola a clase y que hubiese siempre alguien con quien sentarme o que me dijera si tenía algo entre los dientes.

Su amistad significaba más para mí de lo que llegarían a saber jamás; eran un sistema de apoyo que necesitaba desesperadamente y me calmaban en los momentos en que me atenazaba la incertidumbre.

Sin la constante amenaza de ser agredida por mis compañeros, seguía las clases sin problema e inhalaba los temarios como si fuesen pegamento.

Incluso logré aprobar la mayoría de los exámenes finales, con la excepción de los de Matemáticas y Ciencias empresariales.

Por mucho que estudiase, no había manera de mejorar en esas asignaturas.

Pero había sacado mi primer sobresaliente del año en Ciencias, así que eso me reconfortó.

Durante la hora de la comida me sentaba con las chicas, no por lástima con mi hermano y sus amigos, sino con un grupo de verdad.

Nunca antes había vivido tanta normalidad.

Jamás me había sentido segura.

Pero estaba empezando a hacerlo.

Y tenía la sensación de que él tenía algo que ver con eso.

Johnny Kavanagh.

No había otra, ¿no?

Yo no tenía ese tipo de poder, así que solo quedaba él.

No era una coincidencia que todo lo ocurrido se hubiera esfumado de la mente de todos.

Lo había visto muchas veces desde aquel día, pues nos habíamos cruzado en innumerables ocasiones por los pasillos entre clases y en el comedor durante el descanso, y aunque nunca se acercaba a mí, siempre me sonreía al pasar.

Para ser sincera, me sorprendía que me sonriera, teniendo en cuenta cómo lo trató mi madre frente al despacho del director aquel día.

No sabía si disculparme o no por su comportamiento hacia él.

Mi madre había reaccionado de forma exagerada hasta el punto de amenazarlo, pero es cierto que las acciones de Johnny me habían llevado a pasar una noche en el hospital y una semana más en casa con mi padre, así que decidí no disculparme. Además, lo había dejado pasar demasiado tiempo.

Acercarme a él ahora, casi cuatro semanas después, sería extraño.

Por mis amigas, y los cuchicheos y rumores de las chicas en el baño, había averiguado todo tipo de detalles e información sobre Johnny Kavanagh.

Estaba en primero de bachillerato, algo que ya sabía.

Procedía de Dublín; de nuevo, nada que no supiera.

Era increíblemente popular; vale, eso no lo sabía, pero no hacía falta ser un genio para darse cuenta de ello, porque siempre estaba rodeado de estudiantes.

Era el capitán del equipo de rugby del instituto, posición que conllevaba popularidad, chicas y una fascinación feroz por parte tanto del profesorado como del alumnado.

No tenía ni idea de los entresijos del rugby, porque mi familia solo seguía el hurling y el fútbol gaélico, y el nivel de popularidad escolar me importaba todavía menos, ya que generalmente quedaba relegada al fondo. Aun así, la forma en que las chicas del instituto describían a Johnny Kavanagh no se parecía en nada a la persona que yo había conocido aquel día.

Según decían, era agresivo, intenso y un completo arrogante con un cuerpazo de infarto y una actitud horrible.

Lo hacían pasar por un fanático del rugby orgulloso y rico que estaba obsesionado con los deportes, lo petaba en el campo y todavía más en la cama; evidentemente, lo suyo eran las chicas mucho mayores.

De acuerdo, era muy posible que sí hiciera todas esas cosas, pero me costaba encajar esa información en la persona que había conocido.

Mis recuerdos de aquel día aún estaban borrosos, los motivos que me llevaron a aquel accidente todavía eran confusos y los que siguieron seguían siendo un revoltijo, pero a él sí lo recordaba.

Recordaba la forma en que me había cuidado.

En que se quedó conmigo hasta que llegó mi madre.

La forma en que me había tocado con aquellas manos grandes, sucias y dulces.

En que me habló como si de verdad quisiera escuchar lo que tuviese que decir.

Y luego prestó atención a mis divagaciones como si fueran importantes para él.

También recordaba las partes bochornosas; aquellas que me tenían despierta hasta altas horas de la noche con las mejillas encendidas y la mente llena de imágenes desconcertantes y balbuceos.

Las partes que no me atrevía a reconocer.

Sin embargo, guardé el sobre que había encontrado en mi taquilla la semana que regresé a clase y que tenía garabateado delante un apresurado

«De los míos para los tuyos».

Los dos billetes de cincuenta euros se los había dado a mi madre cuando llegué a casa del instituto, pero me había guardado el sobre en la funda de la almohada.

No podía explicar por qué no lo había tirado, como tampoco podía explicar por qué me invadía un sudor frío, se me ponían las manos húmedas, el corazón se me aceleraba y se me hacía un nudo en el estómago cada vez que lo veía.

Bueno, en realidad eso no era cierto.

Había una razón obvia y perfectamente lógica para mi reacción.

Era guapísimo.

Cada vez que lo veía por los pasillos, era como si todo el deseo, los sentimientos y las hormonas que habían estado dormidos en mi cuerpo durante los últimos quince años cobraran vida de repente.

Era dolorosamente consciente de él; me tensaba al máximo cada vez que, entre clase y clase, nuestros brazos se rozaban en los atestados pasillos.

Pero no fue su aspecto ni su enorme y musculosa constitución lo que había sacado a mis testarudas hormonas de la hibernación.

Fue la forma en que me había tratado aquel día.

Durante una pequeña pausa la semana pasada, Lizzie me pilló mirando a Johnny Kavanagh, así que decidió compartir toda la información que tenía de él.

Según me contó, Johnny Kavanagh nunca había estado atado a ninguna chica en particular ni había sido calificado como el novio de nadie, aunque estaba Bella Wilkinson de por medio.

Llevaban viéndose mucho tiempo.

Bella era un par de años mayor que él, tenía más experiencia y, por lo que me había dicho Lizzie que le habían contado los chicos, chupaba pollas como una Dyson.

Así que sí, se podría decir que le había hecho una gran cantidad de mamadas a Johnny y vete a saber qué más.

Menos mal que en casa teníamos una aspiradora Bosch y no una carísima Dyson... así esa imagen en particular no me daría arcadas cada vez que limpiara mi habitación.

Tampoco es que me sorprendiera nada de eso.

Johnny tenía casi dieciocho años.

Yo tenía dos hermanos mayores, así que estaba bastante al tanto de a qué se dedicaban los chicos de esa edad en particular cuando se encerraban en su habitación.

La información fue deprimente, pero también la fría dosis de realidad que necesitaba para reafirmarme y aplacar mis esperanzas.

Había que tener mala suerte para pillarse por primera vez de un chico y que fuese así, considerando que solo habíamos hablado una vez y él estaba con una experta en succiones de segundo de bachillerato.

No es que él fuese a estar ni remotamente interesado en mí de no verse con ella.

A mí me gustaba la seguridad.

En mi mundo, la invisibilidad equivalía a seguridad.

Y Johnny Kavanagh era lo más opuesto a invisible que se me ocurría.

Antes de él, nunca me había interesado el sexo opuesto. Nunca me había interesado nadie. Pero ¿él?

Me di cuenta de que lo buscaba en el instituto solo para poder mirarlo.

Era espeluznante y quedaba como una acosadora, pero lo cierto es que no podía evitarlo.

Me consolaba diciéndome que no tenía intenciones de dejarme llevar por mis sentimientos ni perseguir al primer y único chico del que me había pillado.

De todos modos, me contentaba perfectamente con observarlo desde la distancia, echándole miradas furtivas y de reojo cada vez que podía.

Justificaba mi comportamiento recordándome que no era la única chica en el instituto que deseaba al atractivo Johnny Kavanagh.

No, solo era una más en una larga lista de muchas muchísimas chicas.

Pero es que era muy interesante observarlo.

No actuaba como el resto de los muchachos en el instituto. Parecía algo así como superior a ellos de una manera extraña, como si fuera más maduro o le aburriese la mundanal vida escolar.

Era difícil de describir.

Parecía ir a su bola. Rezumaba confianza y, por su actitud, parecía que nada le importaba una mierda, lo que la hacía ridículamente adictiva.

Se había marcado su propio camino en el instituto y, como la mayoría de los líderes natos, todos los demás se limitaban a seguirlo.

Supongo que esa era la clave de la popularidad; no debías buscarla, o no tenía que importarte tenerla.

El hecho de que fuera guapísimo y su cuerpo fuese la perfección personificada tampoco perjudicaba su causa.

Me daba un poco de envidia, para ser sincera.

No me importaba ser popular o no. Era el hecho de que fuese todo tan fácil para algunas personas, mientras que otros, grupo en el que me incluía, sufríamos terriblemente.

Irradiaba ese aire de «Soy el mejor. Le estás tocando las narices al mejor. Mala suerte, porque no vas a encontrar a nadie mejor que yo» y siempre iba por ahí con cara de perdonavidas.

Era el típico comportamiento de macho alfa golpeándose el pecho, lo que supuse que tenía mucho que ver con el motivo por el cual todas las chicas en un radio de quince kilómetros parecían gravitar hacia él.

La cuestión era que, cada vez que su mirada se cruzaba con la mía, nunca veía nada de ese machotismo de cartón o de su famosa cara de malas pulgas.

Era difícil describir lo que veía en sus ojos porque, por lo general, cuando nuestras miradas se cruzaban, era porque Johnny me había pillado embobada, ya fuese en el comedor o fuera de las aulas, y yo siempre me volvía rápidamente, muerta de vergüenza.

Sin embargo, en las raras ocasiones en que lograba armarme de valor y mirarlo a los ojos, me veía recompensada con una inclinación de cabeza llena de curiosidad y una pequeña sonrisa nerviosa.

No estaba muy segura de cómo interpretar aquello, o de cómo sentirme.

De manera extraña, me sentía como uno de esos patitos que, en virtud de la impronta, siguen a la primera persona que ven al nacer.

Vi una película sobre ello cuando era pequeña.

¿Sería eso lo que me estaba pasando?

Tal vez me había apegado a Johnny porque fue la primera persona que vi cuando volví en mí, así como porque fue la primera persona que me mostró una amabilidad auténtica.

Me pregunté si se trataba de algo que les pudiese pasar a los humanos después de sufrir una leve conmoción cerebral, pero luego descarté rápidamente el disparate.

Pensamientos como ese no eran normales y en absoluto beneficiosos.

Además, yo no estaba apegada a él.
Simplente disfrutaba admirándolo.
Desde una distancia segura.
Cuando él no me miraba.
No, no era enfermizo para nada.

—¿Quieres venir hoy después de clase? —me preguntó Claire durante la hora del recreo del miércoles.

Estábamos sentadas al final de una de las gigantescas mesas del lujoso comedor al que todavía estaba tratando de acostumbrarme.

En el instituto de Ballylaggin, teníamos una pequeña cantina donde la gente se turnaba para sentarse en las pequeñas mesas redondas.

En Tommen, había un pomposo salón de banquetes con mesas de siete metros de largo, comida caliente a disposición y suficiente espacio para acomodar a todos los alumnos.

El comedor estaba a reventar de estudiantes gritando y hablando tan fuerte que tuve que inclinarme sobre la mesa para responder:

—¿A tu casa?

Claire asintió.

—Podemos pasar el rato y ver algunas películas o algo así.

—¿No vas a ir a la ciudad con Lizzie para ver a Pierce? —pregunté.

Pensaba que eso era lo que iban a hacer ese día después de clase.

Lizzie no había hablado de otra cosa en toda la mañana.

Al parecer, llevaba meses saliendo intermitentemente con un chico de primero de bachillerato llamado Pierce.

Por lo que había pillado, ahora habían vuelto.

Para ser justos, Lizzie me había invitado a acompañarlas, pero había rechazado la oferta porque la ciudad era el último lugar en el que quería estar.

Mi antigua escuela estaba ubicada en el mismísimo centro y tendía a evitar los alrededores a toda costa.

Había demasiadas caras indeseadas rondando por allí.

—No, Lizzie está de mal humor —explicó Claire, clavando la cuchara en su yogur—. Supongo que han vuelto a pelearse.

Eso explicaba la ausencia de Lizzie en el comedor.

Era una chica difícil de entender.

Se guardaba mucho para sí y nunca sabía realmente lo que pensaba o sentía, a diferencia de Claire, que era un libro abierto.

Supongo que por eso siempre me había sentido cercana a Claire.

Quería a Lizzie, por supuesto, y la consideraba una buena amiga, pero si tuviera que escoger una mejor amiga, esa sería Claire.

—Además, no me apetece mucho estar de sujetavelas con esos dos —añadió esta, guardándose la cuchara en el táper—. Entonces ¿qué dices? Mi madre nos recogerá y te llevará a casa cuando quieras. —Se reclinó en la silla y me dedicó una sonrisa de oreja a oreja—. También puedes quedarte a dormir.

Se me encogió un poco el estómago.

—¿Estás segura de que a tu madre no le importará?

—Shannon, por supuesto que no le importará —respondió Claire, mirándome extrañada—. Mi madre y mi padre te adoran. —Sonriendo, agregó—: Mi madre me pregunta constantemente cuándo volverás.

Me invadió una sensación de calidez.

La señora Biggs era enfermera en la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital de Cork y una de las mujeres más amables que había conocido.

Claire, con su naturaleza dulce y corazón bondadoso, se parecía mucho a su madre.

Cuando éramos pequeñas y Claire y Lizzie daban una fiesta de cumpleaños o quedábamos para jugar, la señora Biggs siempre se encargaba de venir a buscarme.

Incluso me invitaban a las fiestas de cumpleaños del hermano mayor de Claire, y aunque nunca asistí a las celebraciones de Hughie, agradecía el gesto.

Fueron las únicas invitaciones que recibí de pequeña.

—Me encantaría, pero tengo que preguntárselo a mis padres —le dije, y luego saqué el móvil y le envié un mensaje a mi hermano para valorar cómo estaban los ánimos en casa.

—Será genial —me animó ella alegremente—. Hay una tarrina de Ben and Jerry's en el congelador y tengo la nueva película de *Piratas del Caribe* en DVD. —Luego planteó con un movimiento de cejas—: Johnny y Orlando, ¿qué chica puede decir que no a eso?

—Tú no —reí.

Entonces el móvil me vibró en la mano; era un mensaje de Joey.

Mala idea, Shan. Está que echa humo.

Abatida, volví a guardarme el teléfono en el bolsillo y solté un profundo suspiro.

—No puedo ir.

—¿Tu padre? —preguntó Claire con tristeza.

Asentí.

Claire parecía tan decepcionada como yo, pero no insistió.

En el fondo, creo que ella lo sabía.

Nunca lo verbalicé y ella nunca me presionó.

—Otro día entonces —dijo al fin, ofreciéndome una gran sonrisa que casi ocultó la preocupación en sus ojos marrones.

Casi.

—Lo planearemos mejor la próxima vez, te avisaremos —continuó rápidamente, pasándose su largo pelo rubio por detrás de las orejas—. Pero ¡vamos a tener nuestra sesión de Johnny y Orlando sí o sí!

—¿Cómo te va, muñequita? —preguntó una voz grave y masculina, distrayéndonos a ambas.

—Ah, hola, Gerard —lo saludó Claire en un tono indiferente, mientras miraba al enorme chico rubio que había de pie en un extremo de nuestra mesa—. ¿Cómo estás?

—Mejor ahora que estoy hablando contigo —arrulló mientras se acercaba para apoyar el culo en la mesa, dándome la enorme espalda y dedicándole toda su atención a mi amiga—. Estás tan guapa como siempre.

La mirada de Claire pasó de su cara a la mía con una expresión de «Pero ¿qué narices?» antes de serenarse rápidamente y decir:

—¿No te escuché decirle lo mismo a Megan Crean el miércoles?

Contuve la risa al ver a mi amiga jugar la carta de la indiferencia como una profesional, a pesar de que estaba claramente pillada por ese chico.

Era alto y bronceado, tenía el pelo rubio oscuro y alborotado, y sin duda escondía unos buenos músculos bajo el uniforme escolar.

No la culpaba por gustarle un chico así.

Le pasaría a la mayoría de las chicas.

Pero no a la menda.

—¿Estás celosa? —bromeó Gerard en tono muy coqueto—. Sabes que eres mi preferida.

—Ahórratelo —espetó Claire fingiendo arcadas.

—Me he enterado de que vienes a Donegal con el equipo —le dijo—. A tu clase le han dado permiso, ¿no es así?

—Sí, nuestra clase fue elegida para ir —respondió Claire sin mucho entusiasmo—. Pero mi madre no me ha firmado la autorización.

La mía tampoco.

Tommen College tenía un partido de rugby fuera de casa contra un instituto en Donegal el próximo mes después de las vacaciones de Semana Santa.

Era un partido importante para el equipo, la final de alguna copa de liga o algo así, y mi clase, junto con otra de segundo de bachillerato, había sido seleccionada al azar para asistir.

El partido se iba a celebrar el primer viernes de clase tras las vacaciones de Pascua, por lo que el autocar escolar saldría de Tommen el jueves a las once menos cuarto de la noche para evitar tráfico y poder hacer un alto en el camino, ya que el norte de Donegal estaba a ocho horas desde Cork en autocar.

Según Lizzie, la administración de Tommen era una estirada y solo había asignado fondos para una noche de alojamiento durante el viaje.

Dormiríamos en el autocar el jueves por la noche, en un hotel el viernes y el sábado viajaríamos de regreso a Cork.

Lizzie estaba de lo más indignada por tener que dormir en el autocar porque los responsables del centro fuesen unos tacaños y no quisieran soltar la pasta para dormir una noche más en un hotel.

Personalmente, no veía cuál era el problema.

Era un viaje con todos los gastos pagados por cuenta del centro y un día libre autorizado.

Aparte del viaje de ocho horas en autocar donde la mayoría de los pasajeros eran adolescentes cargados de testosterona, todo eran ventajas.

Por supuesto, esa parte me aterrorizaba profundamente, pero estaba aprendiendo a gestionar la ansiedad, negándome a permitir que mis experiencias pasadas arruinaran una oportunidad de regalarme un necesario descanso.

Intentaba con todas mis fuerzas tomar distancia y darme un momento para interpretar situaciones y escenarios con claridad y lógica, en lugar de con la paranoia inducida por el terror que parecía dominarme.

A pesar de mi entusiasmo ante la perspectiva de alejarme de Ballylaggin un par de noches, no tenía muchas esperanzas de ir.

Como era un viaje de dos días, el centro requería que nuestros padres firmaran una autorización.

Le había dado a mi madre los papeles que debía firmar la semana anterior.

Esa mañana todavía estaban intactos encima de la panera.

—Ya verás como mami te dejará ir —bromeó el chico rubio, alborotándole el pelo a Claire—. Seguro que tu hermano mayor estará allí para vigilarte, y yo mismo, por supuesto. —Se inclinó para acercarse más y le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Juego mejor si sé que estás mirando.

Ahora sí me reí de lo ridículo de aquella cursilería.

Sabía un rato de deportes y aún no había conocido a ningún chico que jugara mejor gracias a una chica.

Sin embargo, cuando traté de reprimir la risa, terminó saliendo en forma de ronquido.

Tapándome la boca con una mano, miré la expresión horrorizada de Claire y articulé una disculpa muda por entre los dedos.

Como si se acabara de dar cuenta de mi presencia, el chico rubio se dio la vuelta, probablemente para ver a la culpable del ronquido.

En cuanto me vio, un destello al reconocermelo atravesó aquellos impresionantes ojos entre plateados y grises.

—¡Hey! La pequeña Shannon —me saludó, con una amable sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Eh, bien —balbuceé mientras lo miraba, preguntándome cómo demonios sabía mi nombre.

Miré a Claire, que se encogió de hombros y me miró a su vez con una cara que me decía que estaba tan confundida como yo.

—No sabía que eras amigo de Shannon —dijo, volviendo su atención a Claire—. Esa habría sido una información útil.

—Eh, yo no sabía que tú eras amigo de Shannon —soltó Claire, perpleja—. Y ¿útil para qué?

—No lo soy —dijo sacudiendo la cabeza—. Y no importa.

Se volvió hacia mí y sonrió de nuevo.

—Soy Gerard Gibson —se presentó—. Pero todos me llaman Gibsie.

—Yo no —soltó Claire airadamente.

Gibbie se rio entre dientes.

—Está bien, todos menos esta me llaman Gibbie —repitió, señalando con el pulgar a mi amiga mientras le dedicaba una sonrisa condescendiente, antes de volver su atención a mí—. Le gusta ponerlo difícil.

—No, Gerard, me gusta dirigirme a las personas por su nombre —rectificó Claire, mirándolo mal. Luego se dirigió a mí y comenzó a explicar—: Gerard es amigo de mi hermano, Hugh. Recuerdas a Hughie, ¿verdad, Shan?

Asentí, recordaba claramente al guapísimo hermano mayor de Claire.

Con el pelo rubio claro y los ojos marrones, Hugh Biggs era el equivalente masculino de su hermana, excepto por los abdominales, los rasgos masculinos y las obvias partes de chico. Hugh no fue a la misma escuela que nosotras, pero siempre había sido amable conmigo cuando iba a su casa. Él era uno de los pocos chicos aparte de Joey con los que no me sentía nerviosa. Hughie nunca me molestó y yo se lo agradecía.

—Bueno, han ido juntos a clase desde parvulitos, y este monstruo de aquí —hizo una pausa para darle un pequeño empujón a Gibbie antes de continuar— ha sido un elemento permanente en mi cocina durante la mayor parte de mi vida. Vive al otro lado de nuestra calle —añadió—. Por desgracia.

—Vamos, muñequita —bromeó—. ¿Esa es la forma de hablar sobre el chico que te dio tu primer beso?

—Eso fue el resultado de un desafortunado juego de la botella —repuso ella, con las mejillas rojas, mientras lo miraba fijamente—. Y te he dicho un millón de veces que dejes de llamarme así.

—Todo es un espectáculo —me contó Gibbie con una gran sonrisa—. En realidad ella me adora.

—En realidad no —replicó Claire, ahora nerviosa—. Lo tolero porque trae galletas a casa. —Se volvió hacia mí y me dijo—: La madre de Gerard tiene una panadería en la ciudad. Sus pasteles están increíblemente deliciosos.

—¡Gibs! Venga, tío. ¡Te está esperando todo el equipo! —gritó alguien desde el otro lado del comedor, lo que hizo que los tres nos girásemos.

Se me paró el corazón durante un brevísimo momento antes de darme un salto mortal en el pecho cuando mis ojos se posaron en Johnny Kavanagh,

que estaba en la entrada del comedor gesticulando salvajemente con una mano en el aire y cara de malas pulgas.

—Cinco minutos —respondió Gibsie.

—El entrenador nos quiere allí ahora —ladró Johnny con ese fuerte acento de Dublín que había aprendido a reconocer—. No en cinco minutos, joder —agregó, sin importarle quién lo estuviera escuchando.

Estaba bastante claro que le traía sin cuidado si la gente lo miraba o no.

Ignorándolo, Gibsie le hizo la peineta y volvió su atención a Claire.

Empezó a hablarle en voz muy baja, en susurros, pero no entendí nada.

Solo veía el par de ojos azules que me devolvía la mirada.

Por lo general, cuando me pillaba embobada, apartaba la mirada o escondía la cara, pero esa vez no pude.

Me sentí atrapada.

Completa y absolutamente atrapada en su mirada.

Johnny inclinó la cabeza hacia un lado, con una expresión de curiosidad, y el enfado de antes fue reemplazado por algo que no pude descifrar.

El corazón me latía violentamente.

Y luego sacudió la cabeza y apartó la mirada para comprobar el reloj que llevaba en la muñeca izquierda, rompiendo aquel extraño momento, como de trance.

Soltando un suspiro tembloroso, miré hacia otro lado, me incliné hacia delante y dejé que el pelo me cayera por la cara para ocultar el rubor en mis mejillas.

—Espero ver pompones y las palabras «Adoro a Gibsie» en letras de neón en tus tetas la próxima semana en la final de la liga escolar —fue todo lo que logré escuchar decir a Gibsie antes de que nos despidiera y se fuera trotando.

—Perdona —se disculpó Claire, pasando la mirada de mi cara a mi espalda. Tenía las mejillas rojas y le brillaban los ojos. Se quitó una pelusa imaginaria del jersey y añadió—: Es un poco raro.

—Le gustas un montón —le aseguré, agradecida por la distracción.

—A Gerard le gusta todo el mundo —contestó ella con un profundo suspiro—. Bueno, todo el mundo con vagina.

—No sé, Claire. Parece que sí le gustas —comencé a decir, pero rápidamente me interrumpió.

—Bueno, yo sí lo sé, Shan —apuntó, con las mejillas aún rojas—. Es un faldero. Un faldero de la hostia. Se tira cualquier cosa con falda —afirmó—. Como todos.

—¿Todos?

—Los chicos del equipo de rugby —explicó—. Con la excepción de Hugh, y posiblemente Patrick.

Arrugué la nariz.

—Oh.

—Sí, oh —convino Claire, haciendo una mueca—. Y la única razón por la que Gerard sigue comportándose así conmigo es porque soy la hermana pequeña de Hughie y él sabe que no puede tenerme. —Suspirando, declaró—: Es un coqueteo inofensivo para él que no llegará a nada.

—¿Y qué pasa contigo? —pregunté en tono suave—. ¿Qué es para ti?

Claire se mordió el labio inferior durante varios segundos antes de susurrar:

—Tormento.

Esa fue toda la explicación que necesitaba para confirmar mis sospechas.

A Claire le gustaba Gerard, o Gibsie, o como se llamase.

En ese momento, dada la reciente oleada de hormonas que embestía mi sistema reproductivo, provocada por la aparición de Johnny Kavanagh en mi vida, pude identificarme con mi amiga de la manera más fundamental.

—Los chicos con ojos bonitos y músculos grandes no traen más que problemas a las chicas —resopló Claire.

—Sí —asentí débilmente—. Así es.

—¡Cómo somos! —se rio Claire sin mucho entusiasmo—. A ambas nos gusta lo peor para nosotras.

—¿A mí? —Negué con la cabeza y entré en modo negación—. A mí no me gusta nadie.

—Sí, claro —bufó Claire—. Ni se te ocurra tratar de fingir, señorita ruborizada. Veo la forma en que lo miras.

—Claire. —Volví a negar con la cabeza y suspiré—. Te estás imaginando cosas.

—Ay, mira —exclamó, señalando detrás de mí—. Johnny viene hacia aquí.

—¿Q-qué?

Sorprendida, me giré para descubrir que estaba mintiendo.

—Ja —se mofó Claire—. Lo sabía.

—No tiene gracia —refunfuñé, tocándome las mejillas, que estaban ardiendo.

—No te preocupes, Shan —me tranquilizó ella, sonriendo con complicidad—. Tu secreto está a salvo conmigo.

AZUL NOCHE

Johnny

Shannon Lynch tenía los ojos de un azul noche que no se me iba de la maldita cabeza.

Al menos ese era el color más parecido que logré encontrar en las innumerables búsquedas que había hecho en internet.

Las paletas de colores eran confusas, pero no tan desconcertantes como mi jodido cerebro, que estaba pillado y parecía un disco rayado.

La canción que no paraba de repetir era Shannon como el río, con aquellos preciosos ojos azules, la cara angelical y un pasado turbulento.

Después de leer su expediente, tardé varios días en asimilar el contenido, y varios más en lograr contenerme para no conducir hasta el instituto público de Ballylaggin y romperles la puta cara a sus matones.

Me pasé toda esa primera semana después de las vacaciones de Navidad preocupado por la chica, esperando a ver si volvía a clase al día siguiente.

Mis niveles de ansiedad estaban por las nubes cuando llegó el viernes y ella seguía sin aparecer.

Estaba tan inquieto que pasé por el despacho del señor Twomey para preguntar.

Fue allí donde supe que sí le había provocado una despiadada conmoción cerebral a la muchacha y que la habían mandado a casa a hacer reposo en cama el resto de la semana.

El lunes siguiente, cuando Shannon regresó a clase, me llamaron directamente al despacho del director, donde me recibieron el señor Twomey; la señorita Nyhan, la tutora de tercero; el señor Crowley, mi tutor, y la incubadora humana de la señora Lynch.

Allí me explicaron que si bien sabían que mis acciones en la cancha fueron accidentales, lo mejor sería que me mantuviera alejado de la chica para evitar futuros incidentes.

Su madre también me entregó una bolsa de plástico con mi camiseta dentro, junto con una disculpa entre dientes por haberme empujado en recepción el otro día —obviamente trataba de cubrirse el culo por haberle puesto las manos encima a un estudiante—, y otra severa advertencia para que me mantuviera alejado de su hija.

Furioso por haber sido acorralado en una maldita e innecesaria intervención, por no mencionar que me trataron como un villano por un error inocente, respondí con un mordaz «Ningún problema, joder», cogí mi camiseta y, ofendido, volví al aula con el firme propósito de centrarme en las clases.

No necesitaba ese tipo de problemas en mi vida.

No necesitaba la amenaza de ser expulsado pendiendo sobre mí. Interfería en mis planes, y no había ninguna chica por la que valiera la pena arriesgar mi futuro.

Obedeciendo, más por mi propio bien que por el de ella, me mantuve alejado.

No le hablaba, y no me acercaba cuando la veía entre clase y clase o en el comedor durante la hora de la comida.

Me mantuve alejado de esa chica y de las complicaciones que parecían acompañarla.

Pero, a pesar de lo cabreado que estaba, seguía pendiente de ella por los pasillos.

Podríamos llamarlo ser sobreprotector con una chica vulnerable o lo que sea, pero mantenía los oídos atentos en lo referente a Shannon Lynch y acallaba cualquier mierda que pudiera ser un problema, asegurándome de que tuviera una transición sin problemas a Tommen.

Sin embargo, un par de días después, enseguida quedó claro que no necesitaba la ayuda de nadie.

A Shannon le iba bien en Tommen.

A los profesores les gustaba.

A los estudiantes les gustaba.

A mí mismo me gustaba, hostia.

Ese era el problema.

Además, tenía sus propias guardaespaldas, aquellas dos rubias que siempre parecían acompañarla adondequiera que fuera.

Conocía a la más protectora de las dos chicas, era la hermana de Hughie Biggs, el apertura de nuestro equipo y uno de mis mejores amigos.

La otra rubia era la novia esporádica de Pierce Ó Neill, otro de mis compañeros.

Me sumergí de lleno en mi rutina, tratando de ignorar a Shannon y olvidarme de ella, y decidí centrarme en el partido y alejarme de toda distracción, de las cuales el sexo era la más peligrosa.

Vaya si lo intenté.

Pero entonces uno de los muchachos la mencionaba en una conversación, o me cruzaba con ella por los pasillos del instituto, y vuelta a empezar.

No me la sacaba de la cabeza aunque intentaba no pensar demasiado en ella.

Pero eso no impidió que apareciera en todas las conversaciones que tuve desde su llegada a Tommen.

Los chavales eran gilipollas y la edad no significaba nada para la mayoría de ellos.

En mi curso había demasiados imbéciles que hablaban de ella, pensaban en ella y fantaseaban con ella, y a mí se me iba la pinza.

La semana anterior, por ejemplo, hasta llegué a revelar mi frustración al soltarles a un sorprendido grupo de compañeros de clase que les entrara en la cabeza que Shannon solo tenía quince años.

A ellos no les importaba que solo estuviera en tercero, y a mí me molestaba que me importara cuando en realidad no debería.

Un montón de gente de tercero se enrollaba con otros de cuarto y hasta de primero y segundo de bachillerato.

Yo no.

Jamás.

A diferencia del resto de los chicos, que no tenían problemas en tirarse a chavalas más jóvenes, yo era plenamente consciente de las implicaciones.

Ya me habían sermoneado bastante los entrenadores y exjugadores profesionales sobre las catastróficas repercusiones de mojar con la chica equivocada.

Y aunque no estaba particularmente orgulloso de mi comportamiento hacia las mujeres a lo largo de los años, tracé la línea con cualquiera que fuera más joven que yo.

Sabía que eso me convertía en un hipócrita, ya que estaba más que dispuesto a ir con chicas mayores que yo, pero tenía que ir con cuidado, maldita sea. Tenía un sueño y una idea clara de lo que debía hacer para lograrlo. Liarme con chicas más jóvenes era peligroso.

Por eso esa chica en particular me estaba mosqueando tanto.

En el momento en que la vi, sentí un gran impacto en el pecho.

Algo desconocido y desconcertante.

Había pasado más de un mes y yo seguía dale que te pego.

Ya era febrero y continuaba obsesionado en silencio con Shannon como el río.

Aquello no me gustaba, y ella me gustaba menos por ser la única causa de mi incertidumbre.

No tenía sentido.

Era una cría insignificante, toda brazos, piernas y huesos. No tenía curvas y, para ser sincero, dudaba incluso que usara sujetador.

Evidente, ¿no?

Muy joven.

Demasiado joven, joder.

Pero eso no impidió que la buscara entre la multitud.

Y tampoco me impedía mirarla cuando la encontraba.

Cuanto más trataba de ignorarla, más la buscaba.

Hasta que acabé buscándola entre cada puta clase.

A veces, la pillaba mirándome.

Siempre ponía cara de cervatillo deslumbrado antes de agachar la mirada.

No estaba seguro de cómo interpretar nada de eso.

Era plenamente consciente de que mi comportamiento hacia la chica era absurdo.

No era normal.

El problema era que no podía controlarme.

No podía desconectar el cerebro.

Bella era otro problema.

Estaba harta de lo que llamaba «ser tratada como una imbécil» y me había enviado un mensaje hacía un par de semanas para poner fin a nuestros no polvos.

Sabía que debería haber sentido algo al respecto, llevaba casi ocho meses acostándome con la chavala, pero solo me sentía vacío.

Allí no había vínculo alguno y estaba cansado de sentirme utilizado.

Tampoco era que quedáramos para charlar ni ir al cine o algo por el estilo.

Ella no quería eso de mí.

Ni siquiera cuando se lo proponía.

Vale, no había sentimientos de por medio y nunca había querido una relación con ella, pero después de pasarme seis de los ocho meses metiéndosela, no me parecía mal invitar a la chica a cenar o llevarla al maldito cine.

Se lo había propuesto en muchas ocasiones y ella había rechazado hasta la última.

Porque aquello no era lo suficientemente público.

Porque Bella solo me quería cuando estábamos a la vista de todos, en el pub o en el instituto, donde podía presumir de mí con todos sus amigos como si yo fuera un puto trofeo.

Bella me había enviado un mensaje para informarme de que ahora estaba con Cormac Ryan, de segundo de bachillerato.

Ya me olía que algo había entre los dos desde hacía un tiempo, porque él se había estado comportando la hostia de raro cuando estaba conmigo.

Cormac se había incorporado a la Academia durante el verano. Había estado en algunas sesiones con los cadetes y había participado en varios encuentros de prueba.

Hasta ahora, no había conseguido ningún contrato permanente, y no creía que lo lograra.

No era que yo fuese un gilipollas rencoroso.

Solo expongo los hechos.

Era un ala decente, pero tendría que sacarse algo de la chistera si quería llegar a participar en el programa del club.

Bien por él si lo lograba.

Si no, me importaba una mierda.

Cormac iba un curso por delante de mí, por lo que nunca habíamos sido amigos *per se*, pero llevábamos jugando en el mismo equipo los últimos cinco años, por lo que esperaba un poco más de lealtad.

Y si Bella estaba intentando provocarme al tirarse a mi compañero de equipo, acabaría muy decepcionada, porque nunca le daría esa satisfacción.

¿Dolía?

Sí.

¿Me sentía traicionado?

Por supuesto.

¿Significaba eso que quería volver con ella?

Ni de coña.

Porque no soportaba a los mentirosos, y eso es lo que ella era.

Tampoco me gustaba que me manipularan, y eso era exactamente lo que Bella estaba tratando de hacerme.

Romper conmigo, irse con mi compañero de equipo y luego, de repente, avasallarme a mensajes diciéndome que quería volver era un ejemplo perfecto de cómo le gustaba a esa chica jugar conmigo.

Lo que no entendía era que no importaba cuánto me manipulase ni cuántas veces prometiese chupármela.

No había vuelta atrás allí.

No para mí.

Tal vez estaba muerto por dentro, como Bella había sugerido en el millón de mensajes que me había enviado tras rechazar sus propuestas de arreglar las cosas.

No lo creo.

Tenía sentimientos.

Había cosas que sí me importaban.

Pero no los mentirosos.

—Tengo algo que confesar —anunció Gibsie durante el entrenamiento del miércoles.

Íbamos por la vigésima novena vuelta al campo de las treinta que nos habían mandado hacer, y él ya empezaba a flaquear.

En realidad, yo era el que iba por la vigésima novena.

El resto del equipo iba por la decimocuarta.

Gibsie iba por la octava y había empezado a cansarse en la cuarta vuelta.

Parecía un chaval saliendo de la discoteca a las tres de la mañana con el estómago lleno de chupitos de Jäger.

Tanto él como el resto del equipo debían espabilar, porque la próxima semana jugábamos la final de la liga escolar y yo no tenía intención de matarme si los demás no estaban comprometidos con la causa.

Estos gilipollas tenían diez días para ponerse las pilas.

—¿Me estás escuchando? —gruñó Gibsie sin aliento, agarrándose de mi hombro con la esperanza de que remolcara su perezoso culo—. Porque esto es serio.

—Te estoy escuchando —asentí, aspirando una bocanada de aire y expulsándola lentamente—. Confiesa.

—Tengo unas ganas locas de patearte las pelotas... —Gibsie resopló entrecortadamente antes de terminar la frase—: Y romper lo que quede ahí abajo.

—¿Qué coño? —Sacudiéndome su fornida mano del hombro por enésima vez, cambié de posición y me puse a trotar hacia atrás para poder mirar al muy cabrón—. ¿Por qué?

—Porque eres un monstruo, Kav —jadeó, arrastrándose detrás de mí—. Ni de coña un tío en tu situación —me señaló con un dedo y luego se inclinó hacia delante con las manos en la nuca—, con el rabo roto, puede correr tanto tiempo sin caer muerto. —Y gimiendo, añadió—: ¡El mío funciona perfectamente y está llorando por el esfuerzo, Johnny! ¡Llorando! Y las pelotas me han vuelto al letargo anterior a la pubertad.

—No tengo el rabo roto, imbécil —gruñí, mirando alrededor para ver si nos había escuchado alguien.

Afortunadamente, el resto del equipo estaba al otro lado del campo.

—Quiero una foto de eso —resolló—. Para poder enseñársela al entrenador como si fuera mío. No me hará volver a correr jamás.

—Sigue hablando de eso y no necesitarás una foto —dije entre dientes—. Te cortaré la polla para que puedas enseñársela en su lugar.

Gibsie hizo una mueca.

—¿Todavía es demasiado pronto para hacer bromas?

Asentí rígidamente y luego me di la vuelta y recuperé el ritmo a medida que me acercaba a la línea de meta.

—Lo siento, tío —jadeó, volviendo a renquear junto a mí—. Es que no es natural moverse con esa velocidad cuando estás lesionado.

—¿De verdad crees que esto es fácil para mí? —escupí.

Corría «tanto» porque me había pasado la mayor parte de la infancia y toda la adolescencia ejercitándome.

Mientras Gibsie y los demás chavales jugaban al pillapilla y a la maldita botella, yo estaba en el campo.

Cuando ellos conquistaban chicas, yo conquistaba mis metas.

El rugby era mi vida.

Era todo lo que tenía.

Pero ese día me estaba costando tanto mantener el ritmo, algo nada habitual en mí, que era patético.

Estaba lentísimo y la única razón por la que no se notaba era porque ese era el nivel del instituto.

Si me arrastrara así en la Academia, donde jugaba junto a los mejores jugadores del país, me amonestarían inmediatamente.

Me ardía cada músculo del cuerpo y me movía por pura voluntad.

Me dolía todo hasta tal punto que tenía que respirar por la nariz para no vomitar. Pagaría el esfuerzo con una noche de insomnio retorciéndome de dolor, media docena de analgésicos y un baño de agua hirviendo con sal de Epsom.

Pero no podía parar.

Me negaba a rendirme, joder.

Si el entrenador Mulcahy sospechaba lo más mínimo que no estaba a la altura, llamaría a los titulares de la Academia.

Y si llamaba a la Academia, estaba jodido.

Disminuí el ritmo cuando llegué a la línea de gol y salí de la zona caminando para mantener los músculos relajados y en movimiento.

Si me detuviera en seco, se me agarrotarían, y tenía la intención de hacer esto en la intimidad de mi propio coche.

Cogí una botella de agua del suelo y caminé por la línea de banda como un loco durante varios minutos, tratando desesperadamente de alejar el dolor.

No me atrevía a estirar después de correr.

No era tan masoquista.

Cuando mi ritmo cardiaco volvió a la normalidad, esperé a que el entrenador me diera el visto bueno para marcharme y me dirigí al vestuario. Se acabó el trabajo por aquel día.

No me había dado cuenta de que Gibsie me había seguido hasta que soltó un silbido ensordecedor.

—¡Te veo bien, muñequita!

Intrigado, seguí su línea de visión solo para ver a dos rubias que me sonaban apiñadas bajo la marquesina del edificio de Ciencias.

Una de las dos le dedicaba una peineta con el ceño fruncido a mi mejor amigo.

—¿Mirándome entrenar de nuevo? —gritó Gibsie a través del campo—. Sabes que me encanta cuando haces eso.

Tardé unos segundos en reconocer a la rubia de piernas largas. Era la hermana pequeña de Hughie Biggs.

—¿Cómo dices? —gritó Claire a su vez, ahuecándose una mano sobre el oído—. No te oigo.

—¡Sal conmigo!

—¡Que te den, Gerard!

—Sabes que quieres —se rio Gibsie, agitando los dedos hacia ella a modo de saludo—. Mi pequeña de ojos marrones.

—¡No lo hagas, Gerard! —Claire se puso rojísima—. Ni se te ocurra cantar eso...

Gibs la interrumpió con un verso de la canción de Van Morrison.

—¡Te odio, Gerard Gibson! —siseó Claire cuando él terminó de darle una serenata como si fuera un cuervo demente.

—Yo también te quiero —se rio él, antes de volver su atención hacia mí y ahogar un gemido—. Joder —lloriqueó de manera que solo yo pudiera escucharlo—. Te lo juro, tío, esa chica me vuelve loco.

—Ya estás loco —le recordé—. No necesitas la ayuda de nadie para eso.

—Mírala, Johnny —gimoteó, ignorando mi pulla—. Mira lo guapísima que es. Joder, puede que sea el pelo, pero te juro que brilla como el sol.

—Ni siquiera lo pienses —fueron las palabras que salieron de mi boca.

—No lo haré, por ahora —respondió Gibs, con los ojos llenos de picardía—. Pero tengo la sensación de que me voy a casar con ella.

Su comentario me detuvo en seco.

—¿Qué?

Era demasiado raro.

Incluso para él.

—Siempre y cuando ambos superemos nuestra juventud sin ningún bebé accidental —añadió pensativo—. Y si su hermano no me corta la polla primero, por supuesto.

—Claire está en tercero —dije inexpresivamente—. Y es la hermana pequeña de tu compañero de equipo. ¿Qué coño te pasa, Gibs?

—¿Acaso he dicho que me vaya a casar con ella hoy? —repuso Gibsie—. No, joder, no lo he hecho, así que límpiame los oídos. Me refiero a cuando sea hiperviejo y haya terminado de echar mis canitas al aire.

—¿Hiperviejo? —Lo miré boquiabierto—. ¿Echar canitas al aire?

—Sí. —Se encogió de hombros—. Ya sabes, como con treinta años o así. Puse los ojos en blanco.

—Sí, bueno, un consejo, Gibs: ponle una gomita a esas canitas mientras las eches. Y mantenlas alejadas de chicas como esa.

—Oye, a mí no me vengas juzgando —bufó Gibsie con sorna—, que yo siempre me cuido. Y no hay nada de malo en que me guste. Tú eres el que tiene fobia a las chicas de tu edad, chaval, no yo.

Consciente de que estábamos teniendo una conversación muy delicada en medio del patio, miré a nuestro alrededor para ver si alguien estaba fisgoneando.

Gibsie no tenía muchas luces, pero me dejaría hecho polvísimo si Hughie lo escuchara hablar así de su hermana pequeña y lo asesinara.

Fue en ese momento exacto cuando vi a la pequeña morena que, cargada con un montón de libros, saltaba los escalones del edificio de Ciencias y se apresuraba hacia las rubias.

Me invadió una repentina oleada de algo que desconocía cuando vi que era Shannon.

Maldita sea, ¿por qué tenía que ser así?

¿Por qué me atraía tantísimo cada detalle de esa chavala de las narices?

No era justo.

Más que injusto, era francamente cruel, joder.

No me explicaba por qué la encontraba atractiva.

No se parecía en nada a las chicas con las que solía mojar.

Me gustaban las curvas.

Me encantaban las tetas.

Y me perdían los culos grandes.

Shannon no tenía nada de lo anterior.

Pero sí tenía piernas.

Y pelo.

Y sonreía.

Y tenía esos ojos brutales, de un azul como la noche, lo cual no me parecía una descripción lo suficientemente buena para definir el color.

Debería llamarlos azul metafísico, porque eran la hostia de profundos y te absorbían por completo...

Y entonces se le cayeron los libros.

Se esparcieron por el suelo y Shannon se inclinó para recogerlos, lo que hizo que la maldita falda se le levantara demasiado.

Dos delicados muslos pálidos ocuparon mi campo visual, lo que disparó todas las señales de alarma en mi cerebro e hizo que me atravesara una oleada de calor.

—Ay, mierda —murmuré por lo bajo, sorprendido tanto por verla como por la explosiva reacción de mi cuerpo ante la imagen.

Bajando la mirada, realicé algunas respiraciones para calmarme, tratando desesperadamente de recuperar el control de mi problemático pene.

—¿Qué pasa? —preguntó Gibsie, mirando a nuestro alrededor en busca de la fuente de mi evidente malestar.

—Nada —musité exasperado, pasándome una mano por el pelo—. Vamos.

Gibsie, al darse cuenta de mi problemilla, echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas.

—¿Te has...? ¡Hostia puta, ya lo creo que sí! —exclamó entre ataques de risa—. ¡Y te estás poniendo rojo! —Me dio una palmada en el hombro y resopló ruidosamente—. Ay, chaval, me ha encantado.

—No es mi culpa —mascullé mientras me dirigía hecho una furia al vestuario, caminando como un jodido vaquero—. Últimamente no puedo controlarlo.

Me metí en el vestuario, me quité la ropa y fui directamente a las duchas con la intención de deshacerme del dolor y la incomodidad con agua caliente.

No funcionó.

Todavía sentía un dolor insoportable y seguía con una buena empalmada.

Agaché la cabeza, me miré la mitad inferior del cuerpo y sopesé mis opciones.

Pero no podía hacerlo.

No podía tocarme mi propio rabo.

Estaba demasiado asustado.

Los vívidos recuerdos de aquel horrible viaje a Urgencias y las terribles advertencias de los médicos en Navidad me habían hecho oficialmente perder la puta cabeza.

Joder, vaya pintas.

Apoyando la frente contra los azulejos de la pared, dejé que el agua hirviendo me bañara mientras esperaba lo que pareció una eternidad a que aquel contratiempo se resolviera, mordiéndome los nudillos para ahogar los gemidos de dolor.

Bueno, si antes no estaba claro que debía mantener la distancia, ahora sí lo estaba.

Tenía que alejarme de esa chica.

La hostia...

—¿Estás mejor? —se rio Gibsie cuando finalmente regresé al vestuario, con una toalla alrededor de la cintura.

Por suerte, todavía estábamos solos, ya que el resto del equipo estaba acabando las vueltas.

Ignorando la broma, le di la espalda y dejé caer la toalla.

Antes de la operación, no lo habría pensado dos veces antes de andar desnudo delante de cualquiera.

Ahora, un poco.

Porque, además de tener que mantener mi problema en secreto, estaba cohibido.

Era otra sensación nueva e inoportuna.

Siempre había estado orgulloso de mi cuerpo. Gozaba de una retención muscular y una fuerza física naturales, y mis abdominales me habían costado un agotador régimen de entrenamiento.

Trabajaba muy duro para mantenerme en óptimas condiciones físicas, pero las pelotas moradas, el escroto hinchado y la supurante cicatriz no era algo que quisiera que nadie viera.

Ni siquiera yo mismo.

Por eso no miré hacia abajo cuando me puse un par de calzoncillos limpios.

En mi actual estado de pánico y desesperación, treinta monjes y un abad sí pueden hacer beber a un asno contra su voluntad, y seguiría bebiendo, porque la alternativa no era una opción.

Ceder no era una opción.

Más tiempo libre no era una opción.

Perderse la campaña de verano con la sub-20 no era una opción.

Perder mi puesto en el equipo titular por debilidad no era una opción, joder.

Ir a por todas era mi única opción, porque me negaba a estamparme a los diecisiete años.

—¿Estás bien, Johnny? —preguntó Gibsie, rompiendo el silencio acumulado.

Su tono, por una vez, era serio, razón por la cual respondí con un breve movimiento de cabeza.

—¿Ya estás listo para hablar de ello?

—¿Hablar de qué?

—De lo que sea que te esté volviendo loco desde que regresamos de las vacaciones de Navidad.

—No me preocupa nada —repuse, subiéndome los pantalones del uniforme. Me abroché el cinturón y cogí la camisa.

—Y una mierda —replicó.

—Estoy genial —aseguré, abrochándome rápidamente los botones.

—Llevas hecho un ogro desde que volvimos a clase después de Navidad —se quejó—. Y no me digas que es por la operación, porque sé que hay algo más...

Entonces me sonó el móvil, distrayéndonos a ambos.

Metí la mano en mi bolsa de deporte, lo saqué y al mirar la pantalla resistí el impulso de estamparlo contra la pared.

—Bella de los cojones —mascullé, cancelando la llamada, y volví a guardar el móvil en la bolsa.

Gibsie hizo una mueca.

—¿Qué pasa con ella?

—Nada —contesté—. Se acabó.

—¿Bella lo sabe?

—Debería —solté—. Fue ella quien me dejó.

—¿Sí?

—Sí. —Pellizcándome el puente de la nariz, suspiré para tranquilizarme antes de añadir—. Se está tirando a Cormac Ryan ahora.

—Y ¿estás bien al respecto?

—Me importa un carajo, si te soy sincero, tío —contesté secamente—. Estoy más aliviado que nada.

Gibbie negó con la cabeza.

—¿Seguro? Llevabais mucho tiempo liándoos.

—Hace mucho tiempo que terminó, Gibb —admití—. Confía en mí, tío, solo quiero que me deje en paz de una vez.

—Bueno, si eso es cierto, entonces es la mejor noticia que he escuchado en todo el año —afirmó Gibbie—. Porque, sinceramente, no soporto a esa chica. Es peligrosa de la hostia. Tenía miedo de que la dejaras embarazada y nos quedásemos con ella de por vida.

—No hay posibilidad de que eso suceda —le dije mientras reprimía un escalofrío—. Siempre tengo cuidado.

—Ella es del tipo que pincha los condones, tío —me advirtió Gibbie—. Y tú eres la luz de la salvación para esas chicas, con un enorme letrero de neón sobre tu cabeza anunciando dinero.

—Me corro fuera —insistí—. Siempre.

—¿Cada vez?

—¿Por qué me preguntas sobre mi salud sexual? —pregunté inexpresivo. Gibbie hizo una mueca.

—Porque es una guarra.

—Gibb, no se dicen esas mierdas de una chavala —le reproché—. No mola.

—No estoy diciendo eso de una chica cualquiera. —Se encogió de hombros y agregó—. Lo digo de esa en concreto.

—Bueno, estoy bien —repliqué—. Me hice las pruebas el mes pasado y estoy limpio como una patena.

—Menos mal —suspiró, aliviado—. Porque...

—¿Podemos dejar de hablar de ella? —lo interrumpí, completamente asqueado solo de pensar en Bella—. Estoy cansado de oír hablar de ella, Gibb.

—Vale, pero déjame hacerte una pregunta más —respondió—. Solo una y lo dejo.

Suspiré con cansancio y esperé a que hablara, sabiendo que no importaba si estaba de acuerdo o no.

Se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Estás aliviado de que Bella haya puesto fin a lo que sea que tuvierais porque estabas cansado de ella? —Estudió mi rostro unos momentos y prosiguió—: ¿O porque te mola la chica?

Su pregunta hizo que me detuviera a medio abrochar un botón.

—¿La chica?

—Sí, la chica.

—¿Qué chica? —repuse, haciéndome el tonto.

—La maldita chica, Johnny —gruñó Gibsie, levantando las manos—. La que noqueaste. Por la que dejé que Dee abusara de mí sexualmente a cambio de su expediente. La chica con la que te pasas los días haciendo ojitos en el instituto.

—¿Haciendo ojitos? —Me puse el jersey tirando de él hacia abajo y luego los zapatos—. ¿Qué cojones es hacer ojitos?

—Echarse miraditas insinuantes —bufó Gibsie, ahora exasperado—. Miradas ardientes. Miraditas de quiero follarte. De quiero comerte la almeja. —Sacudió la cabeza y sacó el desodorante de la bolsa de deporte—. Como quieras llamarlas.

—Estás pirado, Gibs —sentencié, en un intento de desviar la conversación—. En serio, tío, a veces me preocupa de verdad lo que te estará pasando por la cabeza.

—A mi cabeza no le pasa nada, Kavs. Es a ti a quien le da el jodido tic en el ojo cada vez que esa chica anda por ahí. —Me tiró el bote de desodorante y lo cogí al vuelo—. No creas que no veo lo que está pasando.

—No sé de qué estás hablando, chaval —dije, metiéndome el desodorante bajo la camiseta, y me rocié las axilas—. Mis ojos están en perfecto estado.

—Tu rabo también está en perfecto estado —repuso él. Se quitó el jersey del uniforme por la cabeza y continuó—: Cuando esa chica está cerca.

Me tomé mi tiempo para responderle por dos razones.

La primera es que no quería reaccionar por instinto y montar una escena.

La segunda es que no tenía ni puta idea de qué decir.

Todavía en silencio, me concentré en atarme los cordones de los zapatos.

—¿No vas a responderme? —tanteó Gibsie, sonriendo.

—No hay nada que decir —mascullé, concentrándome demasiado en lograr el nudo de corbata perfecto—. No voy a hablar de ella.

—¿Por qué no? —insistió.

—Porque no, Gibbs, joder.

—Porque te gusta —sentenció él.

—Porque no hay nada de que hablar al respecto —espeté.

—Porque te gusta de verdad —apuntó—. Porque la deseas.

Le lancé una mirada de odio y luego me quedé mirando mis zapatos.

—Ojalá lo admitieras, tío —murmuró Gibbsie.

—Y ojalá te metieras tú en tus propios jodidos asuntos —respondí con sarcasmo—. Vale ya, tío. Yo no me meto en tu vida amorosa.

En el momento en que las palabras salieron de mi boca y vi que sus ojos se iluminaban, me arrepentí de lo que dije.

—Ah, ¿así que estás pensando en salir con ella? —planteó Gibbsie emocionado, con los ojos resplandeciendo de puro deleite—. Joder, lo sabía.

—No —lo corregí—. No voy a salir con ella.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿Por qué no? —insistió.

—Porque no voy a salir con ella, ¿vale? —ladré—. Déjalo ya.

—Eres ridículo —sentenció Gibbsie, devolviendo todas sus mierdas a la bolsa de deporte—. Le das demasiadas vueltas a todo, tío. Dices que yo estoy de la olla, pero tu mente debe de ser un lugar horrible, joder, venga a analizarlo todo.

—Déjalo ya, Gibbs.

—Simplemente no entiendo cuál es el problema —alegó—. He visto la forma en que la miras. Está claro que te gusta Sharon.

—Su nombre no es Sharon —repliqué fulminándolo con la mirada, y luego continué guardando mis cosas—. Es Shannon, y no me gusta.

—Era una pregunta trampa —dijo sonriendo—. Y la has pasado con creces.

Solté un gruñido a modo de respuesta.

Su sonrisa se ensanchó aún más cuando dijo:

—Y sí que te gusta.

—Que no, joder.

—Bueno, yo creo que deberías invitar a salir a esta chica, Shannon —añadió Gibsie, echándose la bolsa de deporte al hombro—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Me podrían detener —sugerí con sarcasmo—. Tiene quince años.

—No, claro que no —se burló poniendo los ojos en blanco—. ¡Tienes diecisiete, idiota, no setenta!

—Durante tres meses —apunté recolocándome el jersey, y me puse de pie—. Y, además, esta conversación es irrelevante. —Cogí mi bolsa de deporte y me la eché al hombro antes de agregar—: Yo no invito a salir a las chicas. —Me acerqué a la puerta del vestuario y la abrí de un tirón—. No tengo tiempo para esas mierdas.

—La novia de Hughie, Katie, es de un curso menor que él —comentó Gibsie, saliendo del vestuario—. Y Pierce Ó Neill va a nuestra clase y ha estado liándose con la amiga chungueta de Claire durante mucho tiempo, que, por cierto, es de tercero.

—Hughie no tiene a la Academia pegada al culo —repuse rotundamente mientras lo seguía afuera—. Y Pierce Ó Neill puede liarse con quien le salga de los huevos.

—Tranquilo —dijo Gibsie levantando las manos—. Solo digo que no sería para tanto que te gustara.

—No empieces.

—Es natural sentirse atraído por una chica bonita...

—Basta.

—A nadie le importaría si la invitaras a salir.

—En serio. Para ya.

—Ella también te mira, ¿eh?

—Cállate, Gibsie.

—La he visto hacerlo.

—Que te calles, Gibsie.

—En los pasillos y el...

—¡Cállate la boca, Gibsie!

—Pues vale —resopló frunciendo el ceño—. No hablaré más.

Empecé a contar mentalmente, preguntándome cuánto tiempo podría mantener la boca cerrada, pero solo llegué a siete cuando comenzó de nuevo con su diarrea verbal:

—¿Cómo llevas la eyaculación?

Giré la cabeza hacia él.

—¿Disculpa?

—La eyaculación —repitió Gibsie, con cara seria—. Pareces cargado de frustración reprimida. Me pregunto si tiene que ver con la polla. Te estás masturbando, ¿verdad? Sé que estuviste fuera de combate un tiempo, cuando te serraron el escroto, pero puedes correrte de nuevo, ¿no?

—¿Qué coño? —Lo miré boquiabierto—. ¿En serio me estás preguntando eso?

Me devolvió la mirada con una expresión expectante.

Joder, hablaba en serio.

Y estaba esperando que le respondiera.

Cuando Gibsie se dio cuenta de que no iba a hacerlo, siguió divagando.

—Ostras, tío, es desde antes de la operación, ¿no? —Me dirigió una mirada comprensiva—. No te has corrido en meses. No me extraña que estés tan cabreado siempre —murmuró con el ceño fruncido—. Por eso se te ha puesto dura cuando Shannon se ha inclinado y has visto un poco de culo. Tu pobre rabo debe de haber pensado que era Navidad. —Estremeciéndose, añadió—: Pobre cabrón.

—No voy a hablar de esto contigo —le dije, disgustado, mientras entraba en el edificio principal—. Hay algunas cosas en la vida que no compartimos, Gibs.

—Bueno, denúnciame por estar preocupado por mi mejor amigo —respondió, volviendo a ponerse a mi lado—. Vamos, Johnny, lo he visto. —Y con esto se refería a mis machacados órganos reproductores—. Puedes hablar conmigo.

—No quiero hablar contigo —ladré—. Y nunca sobre esto.

—¿Sabes lo perjudicial que puede ser para tus pelotas no vaciarlas? —exclamó Gibsie, decidido a torturarme un poco más—. Es muy malo, Johnny. Vi un vídeo en internet sobre ello. Fue más que perturbador. Las pelotas del tipo se hincharon hasta el punto de explotar...

—¡Para! —chillé casi sin aliento—. ¡Por favor, ya vale!

—Vale. Solo respóndeme una cosa y lo dejaré. —Gibsie me detuvo, me colocó las manos sobre los hombros, me miró fijamente a los ojos y preguntó—: ¿Te estás dando amor?

—¡Vete a la mierda! —siseé fulminándolo con la mirada y empujándolo por el pecho.

—¡Yo sí lo hago! —bufó Gibsie, con los ojos muy abiertos—. Tres veces al día. ¿Puedes tú acaso?

—Mira, no quiero escuchar esto —sentencié, tratando desesperadamente de ocultar el pánico que sentía mientras imágenes de escrotos explotando pululaban por mi mente.

Cabreado, me di la vuelta y regresé por el pasillo hacia la entrada.

A tomar por culo, me iba a casa.

Para alejarme del completo enfermo mental que era mi mejor amigo.

Y para revisarme las pelotas.

—¡Mejor fuera que dentro, tío! —gritó Gibsie—. La práctica lleva a la perfección. Ya me contarás cómo va.

DIARREA EXPLOSIVA

Shannon

El sábado era mi día favorito de la semana por muchas razones.

Primero: empezaba el fin de semana y el lunes quedaba lejos.

Segundo: no había clase.

Tercero y más importante: era día de fútbol gaélico.

Joey, Ollie y Tadhg se pasaban fuera de casa casi todo el sábado entre entrenamientos y partidos.

Afortunadamente, eso significaba que mi padre también estaba fuera, participando en actividades no relacionadas con el consumo de alcohol.

Lo que hizo que ese sábado en particular fuera mejor que la mayoría fue el hecho de que mi padre no solo estaría fuera de casa todo el día con los chicos, sino que esa noche iba a Waterford a la despedida de soltero de su amigo.

Sabiendo esto, y con el permiso de mi madre, accedí a ir a casa de Claire el sábado por la tarde para pasar el rato con ella y Lizzie.

A las tres en punto ya había terminado todas mis tareas, que consistían en limpiar la casa de arriba abajo, poner media docena de lavadoras y preparar la cena.

Y aunque casi me da un ataque al corazón cuando su hermano, Hughie, apareció frente a mi casa con su novia para recogerme, logré recomponerme lo suficiente para subirme a la parte trasera de su coche y aceptar que me llevara a su casa.

Nos pasamos toda la noche atiborrándonos de comida basura, mirando capítulos repetidos de *One Tree Hill* y cotilleando sobre tonterías.

Fue el mejor sábado que había tenido en años.

A las siete en punto, ya estaba hinchada, tirada en la cama de Claire sufriendo el subidón de azúcar mientras escuchaba a Lizzie despotricar sobre Pierce.

—No sé lo que vi en él —se quejó por enésima vez—. Pero fuera lo que fuese, no valió la pena darle mi virginidad.

—¡Venga ya! —chilló dando un salto Claire, que estaba apoyada sobre mis piernas, y miró boquiabierta a Lizzie—. ¿Has tenido sexo con Pierce?

—¿No eres virgen, Lizzie? —pregunté pasmada—. Pero solo tienes dieciséis años.

—No me juzguéis —se quejó— solo porque nunca hayáis visto un rabo.

—Yo no he visto ninguno —aseguró Claire, levantando una mano—. Ni siquiera la punta.

—Yo tampoco —admití plenamente, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera he besado a un chico.

—Eso es triste, Shan... —comentó Lizzie.

Me puse más roja que un tomate.

—No seas cabrona —bromeó Claire—. Cuéntanos sobre lo tuyo.

Lizzie se encogió de hombros.

—¿Qué queréis que os cuente?

—¿Cuándo fue? —pregunté.

—El jueves.

—¡¿Y no se te ocurrió decírnoslo?! —chilló Claire—. ¡Madre mía, Liz, estuvimos juntas en clase todo el viernes y no mencionaste nada!

Lizzie se encogió de hombros, pero no respondió.

Claire y yo nos miramos a los ojos antes de que esta preguntara:

—¿Dónde lo hicisteis?

—En su coche.

—Uf —gemimos ambas con lástima.

Ninguna chica quería que su primera vez fuese en el asiento trasero de un coche.

—¿Dónde?

—Los campos de hurling y fútbol gaélico.

—Uf —coreamos de nuevo.

—Sí —dijo Lizzie inexpresiva—. Y un consejo, chicas, no lo hagáis. —Recostándose en una almohada, apoyó la espalda contra la cabecera de la cama y cogió una revista antes de añadir—: Duele, defrauda, sangras y el chico se vuelve un imbécil después.

—¿Te ha dejado? —exclamé con un grito ahogado.

—Le partiré la cara —siseó Claire.

—No —contestó Lizzie—. Pero ha estado distante desde entonces.

—Qué hijo de puta —gruñó Claire.

—Sí —coincidió Lizzie.

—¿Duele mucho? —inquirí con curiosidad.

—Como si te metieran un atizador al rojo vivo en el chichi —afirmó ella. Claire y yo hicimos una mueca ante la imagen.

—¿Estás bien? —pregunté, sintiendo una profunda oleada de compasión por mi amiga.

Lizzie era dura como una roca y rara vez mostraba una pizca de emoción, pero esto era importante para cualquier chica.

—Siempre estoy bien, Shan —fue su breve respuesta.

—Mira, exactamente por eso no dejo que nada se acerque a mis partes —declaró Claire con un escalofrío, dejándose caer sobre la cama y apoyando la cabeza en mis piernas—. Creo que me moriría si viera un pene viniendo hacia mí.

—Claire —me reí entre dientes—. Para.

—Habla en serio —me dijo Lizzie—. Le dan miedo los pitos.

—Es verdad —asintió Claire sin una pizca de vergüenza—. Solo he besado a un chico: Jamie Kelleher. Estuvimos saliendo durante seis semanas en segundo, y cuando intentó llevarme la mano a la parte delantera de sus tejanos en el baile del instituto, grité.

—No me lo creo —comenté ahogando un grito.

—Sí que lo hizo —aseguró Lizzie—. A pleno pulmón. Montó un buen numerito en el baile.

—Me asusté —se defendió Claire, sonriendo tímidamente—. No quería tocarle el pene.

—¿Qué pasó?

—Me llamó zorra frígida y rompió conmigo allí mismo, en la pista de baile, frente a todo el instituto —respondió ella.

—Qué asqueroso —escupí.

—No pasa nada —intervino Lizzie—. Claire se vengó de él, ¿a que sí?

—No intencionadamente —objetó ella.

—Anda ya —exclamó Lizzie poniendo los ojos en blanco—. Sabías exactamente lo que haría cuando le fuiste llorando.

—¿A quién? —pregunté—. ¿Qué hiciste?

Lizzie sonrió con picardía.

—Se fue corriendo a su sombra.

Arqueeé una ceja.

—¿Quién?

—Gibbie —explicó Lizzie.

—Ay, Dios mío. —Mis ojos se iluminaron—. Y ¿qué hizo?

—¿Qué crees que hizo? —planteó Lizzie—. Se metió para defender su honor.

—¡No me lo creo!

—Así fue —canturreó Claire alegremente.

—Le rompió la nariz a Jamie —apuntó Lizzie.

Claire suspiró de felicidad.

—Fue épico.

—Podrías haber acudido a mí —dijo Lizzie—. Con mucho gusto le habría dado un rodillazo a ese imbécil en las pelotas por ti...

Entonces, la puerta del dormitorio de Claire se abrió de par en par, sobresaltándonos a las tres.

—¡Ay, por favor! —gritó Claire, tirándole una almohada al chico alto y rubio que había invadido su privacidad.

—¡Tengo un problema! —exclamó Gibbie, cogiendo la almohada al vuelo.

—¡Gerard! —siseó Claire, fulminándolo con la mirada—. ¿Te suena lo de llamar a la puerta?

—No hay tiempo —repuso—. Necesito tu ayuda, nena.

—No soy tu nena —refunfuñó Claire, y le lanzó otra almohada—. ¿Y si hubiera estado desnuda?

—Entonces moriría como un hombre feliz —replicó cuando la segunda almohada le golpeó en el pecho—. Es el gato.

Claire frunció el ceño.

—¿Brian?

—¿Llamaste Brian a tu gato? —me reí.

—No es mío —se defendió Gibsie—. Ni siquiera me gustan los gatos.
Fruncí el ceño.

—Entonces ¿de quién es?

—De mi madre —contestó él—. Es su orgullo y alegría. —Se volvió hacia Claire y dijo—: Le ha dado un ataque.

—¿Otro? —Saltando de la cama, Claire se recolocó los pantalones cortos del pijama y fue hacia él—. ¿Dónde?

—Eh... —Encogiéndose de hombros tímidamente, Gibsie hizo un gesto hacia la puerta.

—¿Está en mi casa? —chilló Claire.

—¿Por qué está tu gato en su casa? —intervino Lizzie. Era la pregunta que todas teníamos en mente.

—No se encontraba bien —respondió Gibsie—. Lo he llevado a dar un paseo.

—¿Has sacado a pasear a tu gato? —Lizzie negó con la cabeza—. El chico necesita que lo encierren.

—No es tan extraño —resopló a la defensiva—. Vivo al otro lado de la calle.

—¿Le has puesto una correa?

—Obviamente. —Gibsie la miró como si fuera la cosa más tonta que hubiese escuchado jamás—. ¿Cómo iba a traerlo hasta aquí si no?

Lizzie negó con la cabeza.

—Entonces reitero mis palabras.

—Buah, eres graciosísima, ¿no? —replicó Gibsie con sarcasmo—. Pierce es un tío afortunado.

Lizzie respondió haciéndole la peineta.

—Céntrate —espetó Claire, chasqueando los dedos en la cara de Gibsie—. ¿Dónde está ahora?

—Está en tu baño. —Haciendo una mueca, añadió—: Ha tenido un accidente.

—¿Qué tipo de accidente? —masculló Claire.

Gibsie se encogió de hombros tímidamente.

—¿Del tipo diarrea explosiva?

—¡Gerard! —gritó Claire, dándole un puñetazo en su enorme bíceps—. Te dije que no lo trajeras aquí después de la última vez.

—Estaba preocupado —gimió, frotándose el brazo—. Lo siento. Pero tienes que ayudarme.

—Pídele a Hughie que te ayude —gruñó, poniéndose las manos en las caderas—. Estoy cansada de salvarte el culo.

—No puedo —gimoteó—. Ha ido a dejar a Katie en casa y luego a recoger a los muchachos para esta noche.

—Entonces ¿por qué estás tú aquí? —bromeó Lizzie, mientras hojeaba una revista.

—Eh —la amonesté en voz baja, dándole con el dedo en las costillas—. No seas mala.

—¡Ajjj! —exclamó Claire mientras salía de la habitación dando zancadas, con Gibsie pisándole los talones.

—Este chico es idiota —murmuró Lizzie, sin levantar la vista de la lectura—. Nuestra amiga está enamorada de un idiota de primera clase.

—No es tan malo —respondí y luego agregué rápidamente—: Espera, ¿crees que Claire está enamorada de Gibsie?

Lizzie me miró.

—¿No es obvio? —preguntó—. ¿Qué chica en su sano juicio soporta años de coqueteo y tormento si no siente algo serio por él?

—¡Gerard! —gritó Claire a pleno pulmón, distrayéndonos a ambas—. ¡Tu gato está cagando en mi bañera!

—Lo sé —gimió Gibsie con fuerza—. Huele fatal, y no para.

—Tengo que ver esto —me reí, saltando de la cama—. ¿Vienes?

Lizzie negó con la cabeza.

—No. He tenido más que suficiente de sus payasadas para el resto de mi vida, muchas gracias.

Sacudiendo la cabeza, salí corriendo de la habitación y crucé el rellano hasta llegar a la puerta del baño para ver un enorme, y quiero decir realmente enorme, gato persa blanco como la nieve balanceándose sobre el borde de la bañera de los Biggs.

De pie en la puerta, observé la extraña situación con una mano sobre la boca, en parte por el olor, pero sobre todo porque era muy divertida.

—¡Brian! —rugió Gibsie—. ¿Qué demonios te pasa? —Abrió el grifo y cogió la alcachofa de la ducha—. Dios, es lo peor que he oído en mi vida.

—Sí, lo sé, Gerard —siseó Claire, tapándose la nariz y la boca con una mano mientras usaba la otra para verter lejía en la bañera—. Yo también lo

huelo, ¿sabes?

—Lo hace a propósito —le dijo en tono acusador—. Porque lo eché de mi habitación anoche. Me está castigando.

—Te está echando una mirada asesina —comentó Claire.

—Lo sé. —Gibbie se estremeció—. Cógelo y mételo en el cuarto de la lavadora.

—¡Me está mirando a mí ahora! —chilló Claire, alejándose del gato.

—Está tratando de intimidarte, nena —la persuadió Gibbie—. No lo mires a los ojos.

—Joder, da más miedo que el señor Mulcahy —gimió Claire, encogiéndose detrás del enorme cuerpo de Gibbie.

—Tú solo acércate por detrás y levántalo —le indicó mientras sostenía la alcachofa de la ducha frente a ellos como si fuese un arma—. Ten cuidado con las zarpas, no te lo acerques y corre.

—No voy a cogerlo, Gerard —anunció Claire, con los ojos muy abiertos—. Parece que vaya a asesinarme.

—Te protegeré —prometió él con valentía.

—¡Le tienes miedo!

—Vale, aguanta esto —refunfuñó, pasándole la alcachofa a mi amiga—. Yo sacaré de aquí al gato de los cojones.

—¿Crees que deberíamos bañarlo? —preguntó Claire—. Tiene caca por todo el pelaje.

—Joder, no —exclamó Gibbie—. La última vez que traté de limpiarle el culo, me mutiló.

Me reí en voz alta.

—No es divertido, Shannon, joder —se quejó Gibbie, y me sorprendió que recordara mi nombre—. Tuve que vacunarme contra el tétanos por su culpa.

—Lo siento —me reí entre dientes, tapándome la boca con una mano—. No me estoy riendo de ti, lo prometo —aseguré con una risilla—. Más bien de la situación. —Mirando al peludo felino, añadí—: Se parece al gato del *Inspector Gadget*.

—Sí, bueno, sin duda es tan malvado como él —contestó Gibbie—. Algunas noches me despierto y está en mi cama, mirándome con esos ojillos malvados. —Sacudió la cabeza—. No deberían haberlo castrado.

Está en plan homicida desde entonces. Habría tenido una vida más fácil si le hubiesen dejado las pelotas al pobre.

—Vamos, Gerard —lo animó Claire, empujando a Gibsie hacia la bañera—. Puedes hacerlo. Tengo fe en ti.

—¡Ay, joder, vale! ¡Vale! —Con los brazos extendidos, Gibsie se acercó al gato—. Ven, gatito, gatito —lo tanteó, arrimándose a la bañera para sacarlo—. Buen gatito... Eso es... Me encantan los gatitos... Sí que me gustan... No voy a hacerte daño, ¡aaaaaah!

Brian bufó y golpeó con una pata a Gibsie, quien, a su vez, gritó como un poseso y se escabulló detrás de Claire.

—Gato de los cojones —farfulló, apartando a Claire del gato, que se sacudía y les bufaba y escupía a ambos—. ¿Me ha dado? —preguntó llevándose una mano a la cara—. Creo que me ha dado.

—¡No lo sé! —chilló Claire, arrastrando a Gibsie con ella hacia un rincón del baño—. Pero odio mucho a tu gato —afirmó, acurrucándose bajo su brazo.

—Dejadme ayudar —me ofrecí, entrando en la zona de peligro.

Aguantándome la risa, cogí una toalla y me acerqué con precaución.

—No lo hagas, Shannon —advirtió Gibsie mientras él y Claire se aferraban el uno al otro, asustados del animal—. Es un cabrón con tendencias violentas.

—Eso no es cierto —traté de persuadir al gato, agachándome frente a la bañera con los ojos fijos en el impresionante, aunque letal, animal—. No eres un cabrón, ¿a que no, Brian? —pregunté mientras extendía la mano y le acariciaba la cabeza.

Sorprendentemente, me dejó tocarlo sin problema.

—Miau —maulló, y el pelaje, antes erizado, volvió a alisarse.

—No pasa nada —lo tranquilicé, acariciándolo con suavidad—. No pasa nada.

—La hostia —resopló Gibsie—. Tu amiga es como la que susurraba a los gatos.

—¡Shannon! —gritó Claire—. Por favor, ten cuidado. Es perverso. Puede volverse contra ti en un instante.

—Sí, Shannon —coincidió Gibsie—. Ten mucho cuidado, joder. Solo deja que mi madre y Kav lo cojan. Es peligroso de veras.

—Chissss, chicos, no gritéis —les advertí cuando el pelaje de Brian se erizó de nuevo—. Lo estáis alterando —expliqué—. Es capaz de sentir vuestro nerviosismo y eso hace que ataque.

Me senté allí durante varios minutos más tan solo a acariciarle la cara y las orejas, hasta que me acerqué y lo cogí.

—Buen chico —le susurré cariñosamente, acurrucándomelo en el pecho. Por suerte, fui recompensada con un profundo ronroneo.

Mirando a Gibsie, le pregunté:

—¿Tu casa está muy lejos?

—Justo al otro lado de la calle —respondió.

—Vale. —Seguí acariciando a Brian—. ¿Quieres que te lo lleve?

Él asintió agradecido.

Señalé la puerta con la cabeza y le pedí:

—Llévame.

Gibsie nos esquivó nervioso, manteniéndose a buena distancia de mí.

Con cuidado de no alterar al gato en mis brazos, lo seguí afuera de la lujosa casa de los Biggs y crucé la calle hasta otra impresionante propiedad de tres pisos.

—Me has salvado la vida, pequeña Shannon —dijo Gibsie cuando Brian estuvo a salvo en su casa—. En serio.

—De nada —contesté, sintiéndome tímida ahora que había completado mi misión y estaba a solas con un perfecto extraño—. No ha sido para tanto.

—Para mí sí —se rio Gibsie mientras cerraba la puerta y se guardaba la llave en el bolsillo de los tejanos—. He quedado esta noche para tomar algo por mi cumpleaños y acabas de salvarme de aparecer cubierto de rasguños.

—¿Es tu cumpleaños? —pregunté, poniéndome a su lado mientras cruzábamos la tranquila calle sin salida hasta la casa de Claire—. ¿Hoy?

—Así es. —Gibsie sonrió—. Diecisiete ya.

—Ah, pues feliz decimoséptimo cumpleaños —le deseé—. Espero que lo pases en grande esta noche.

—Bueno, solo estaré de tranquis con los muchachos —explicó mientras atravesábamos el sendero del jardín—. La gran celebración será a finales de mayo.

—¿Qué pasa en mayo?

—Mi mejor amigo cumple dieciocho —contestó. Con una sonrisa de complicidad, agregó—: Lo conoces, ¿verdad? ¿Johnny Kavanagh?

—Oh. —Me puse rojísima ante la mención del nombre—. Sí, nos conocemos.

—Ya se habrá incorporado para entonces —afirmó Gibsie con orgullo—. Esa noche será una celebración doble y una buena parranda.

¿Incorporado? ¿A qué?

Quería preguntarle al respecto, pero me mordí la lengua, sabiendo que no me haría ningún bien.

No necesitaba obsesionarme más con Johnny, ya tenía suficiente Johnny en la cabeza.

—Saldrá con nosotros esta noche —siguió contando Gibsie, ajeno a mi vergüenza—. Lo cual es un jodido milagro, porque nunca sale con nosotros. —Abrió la puerta principal de la casa de los Biggs y me hizo un gesto para que entrara primero—. En realidad, Hughie iba a recoger a Kav y Feely después de dejar a Katie en casa —comentó y, mirando el reloj colgado en la cocina, añadió—: Llegarán en unos minutos. Deberías esperarte por aquí y saludarlo. —Me guiñó un ojo y apuntó—: Apuesto a que le encantará verte.

¿Se estaba quedando conmigo?

No lo creo.

Pero sin duda estaba entusiasmado.

Simplemente no estaba segura de si era en mi beneficio o no.

De todos modos, no iba a quedarme abajo para saludar a nadie.

—No, da igual —murmuré, sintiendo cómo cada gota de sangre se me acumulaba en la cara—. Las chicas me están esperando.

—Como quieras, pequeña Shannon —se rio Gibsie.

—Feliz cumpleaños. —Con un débil gesto de despedida, me giré para subir corriendo la escalera—. Que lo pases bien esta noche.

—Lo haré —me aseguró.

No tuve que darme la vuelta para saber que estaba sonriendo de oreja a oreja; se lo oía en la voz.

FIESTA DE CUMPLEAÑOS Y VASOS ROTOS

Johnny

Los pubs y bares eran una tentación de la que trataba de mantenerme alejado todo lo posible.

Con mi plan de entrenamiento, no podía darme el lujo de perder el tiempo como lo hacían mis amigos.

El alcohol no entraba en mi dieta y siempre que salía alguna noche estaba lento durante días.

Sin embargo, ese día era el decimoséptimo cumpleaños de Gibsie, así que después de incesantes llamadas y mensajes, me rendí y accedí a salir a celebrarlo con él y parte del equipo en Biddies.

Biddies era nuestro local preferido en la ciudad, y aunque su nombre hiciese referencia a lo carca, era bastante moderno y apenas había paletos apuntalando la barra.

Durante el día, Biddies servía la mejor comida del lugar y, por la noche, se transformaba en el centro neurálgico de los más jóvenes de la ciudad.

Yo iba mucho a comer allí cuando mis padres no estaban en casa. El copropietario y jefe de cocina, Liam, era un tipo supermajo que no tenía ningún problema en adaptarse a mis necesidades dietéticas. Era el único lugar en la ciudad donde sabía que encontraría comida saludable.

En cuanto a las salidas nocturnas, no bebía allí muy a menudo, eso era más cosa de Gibsie, pero cuando lo hacía, sabíamos que nos servirían y nos pondríamos hasta el culo.

Era una mala idea salir, considerando que ambos teníamos un partido con el club al día siguiente por la mañana, pero Gibsie había justificado nuestra imprudencia alegando con toda la intención que un chico solo cumple diecisiete años una vez.

Eso era cierto.

El problema era que a mí no me resultaba tan fácil.

Los muchachos podían dejarse llevar por la noche y volverse locos si querían.

Nadie más que sus madres los juzgarían por la mañana.

En cambio, si yo la liaba, mi nombre sería arrastrado públicamente por el barro, los titulares de rugby me amonestarían y peligraría mi puesto en la Academia.

Lo que empeoraba la noche por varias razones.

La primera era que tenía diecisiete años y había cedido a la incansable insistencia de Gibsie para beber juntos hasta caer casi en coma.

Y, segundo, Bella estaría allí.

Ambos eran factores muy malos que podían acabar en un desastroso final.

Minutos después de mi llegada a Biddies, quedó bastante claro que Cormac no era la principal prioridad de Bella; en cuanto me senté a la mesa con los muchachos, se me plantó en el regazo y no se había movido desde entonces.

Pasé la mayor parte de la noche tratando de evitar el contacto visual con la minifalda que llevaba y el trozo de encaje negro que asomaba entre sus muslos cada vez que se inclinaba sobre la mesa para susurrarle algo al oído a alguna de sus amigas.

Me dolía físicamente.

No porque sintiera nada por ella o algo por el estilo, sino porque me dolían las pelotas.

No era que Bella no fuera una chica atractiva.

Lo cierto es que probablemente fuera la chica más guapa del bar.

Con su media melena negra, era una chica alta, con curvas, un enorme par de tetas y guapa de veras.

Lo que pasaba era que me había cansado.

Lo había superado, fuera lo que fuese lo que hubiese habido entre nosotros, hacía mucho tiempo.

Y no me interesaba volver al cuadrilátero para otro asalto.

A la chica no parecía importarle lo más mínimo, porque era muy tenaz.

Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había ido a la barra a por otra ronda solo para poder sentarme lejos de ella.

No funcionó ninguna.

Su culo siempre acababa en mi regazo, y terminé emborrachándome muy rápido.

Daba igual cuántos «no», «esta noche no» o «nunca más» le dijera.

No me dejaba en paz.

Sin embargo, no quería avergonzarla ni hacerle daño.

No era un capullo integral.

Por eso aguantaba toda esa mierda.

A la una y media, la cabeza me daba vueltas; el alcohol en mis venas, mezclado con la fuerte medicación que aún tomaba, entorpecía y descoordinaba mis movimientos.

Lo bueno era que ya no sentía dolor.

No sentía una mierda.

Genial.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio? —susurró Bella, inclinándose a mi oído. Deslizó una mano por la abertura de mi camisa y me pasó los dedos por la clavícula—. ¿Algún lugar un poco más privado?

—No —respondí sacudiendo la cabeza y apartándole la mano, cuyos dedos me subían por el brazo, y cogí el vodka con Red Bull que me había pedido tras ocho pintas.

Me movía con torpeza, lo que provocó que mi bebida se derramara ligeramente y me cayera sobre la rodilla.

Se había pasado toda la maldita noche tratando de besarme y acariciarme, y yo apartando la cara y sacudiéndome sus manoseos.

Yo no era de hacer demostraciones públicas de afecto y ella lo sabía.

Que se me sentara en el regazo no era algo que hubiese aguantado una noche normal, cuando estábamos bien, y la única razón por la que no me la había sacado de encima era porque estaba borracho de la hostia y no quería tirarla al suelo accidentalmente y que se hiciera daño.

Aun así, aquello no me gustaba.

Borracho o no, no disfrutaba tanto toqueteo de mierda.

—Vamos, tiarrón. —Sin inmutarse por mis gestos, Bella volvió al cuello de mi camisa—. Siempre podemos ir al coche —sugirió, desabrochándose otro botón.

Ya debía de llevar cuatro putos botones.

—No, Bella —gruñí arrastrando las palabras—. Para de hacer eso. —Le saqué la mano de mi camisa y la volví a poner en su regazo—. No estoy de humor.

—Puedo hacer que eso cambie —me provocó, deslizándola la mano hacia la hebilla de mi cinturón.

—Para. —Le cogí la mano y la mantuve con firmeza en su regazo. Otra vez—. Todavía me estoy recuperando, y hemos terminado.

—Ah, ¿sí? —Deslizó la mano dentro de mi camisa, ignorando la parte de que ya no estábamos juntos—. También puedo cambiar eso.

—No. —Le aparté la otra mano de mi entrepierna, gruñendo de dolor cuando me tocó bruscamente el rabo—. Bella, para... —Hice una pausa para sacudirme la mano que me enroscaba alrededor de la nuca—. Por favor, para ya.

Joder, si a mí me pidiese que parara y yo siguiese tocándola, se liaba parda.

Doble moral de mierda.

—¿Que pare? —espetó Bella, mirándome mal.

—Sí. —Devolviéndole la mano a su muslo, me aparté de debajo de ella—. Estoy cansado.

—¡Siempre estás cansado, Johnny! —ladró—. Y ya nunca estás de humor.

«Me pregunto por qué, joder», pensé, pero no respondí.

Cuidaba mis palabras cuando estaba con chicas.

Podían, y lo harían, ser malinterpretadas a su favor.

Borracho como estaba, recordaba exactamente lo que me habían enseñado en la Academia, y esa chica no iba a provocarme.

«Hoy no, Satanás».

Encogiéndome de hombros, miré con ojos turbios alrededor de nuestra mesa.

Nuestros amigos nos estaban observando.

Menuda sorpresa.

Cuando llegué a Gibsie le dediqué mi mejor mirada de «eres un maldito cabrón».

Hizo una mueca a modo de disculpa.

—No me ignores cuando te hablo —escupió Bella, con la voz alta y aguda, haciéndome saber, incluso en mi estado de ebriedad, que ella estaba en peores condiciones.

—No te estoy ignorando —repose, tratando de mantener la calma en mi aturdimiento.

—¡Sí! —siseó, elevando la voz—, ¡sí que me estás ignorando!

—No, Bella —suspiré, cansado—. Claro que no.

—Muy bien. —Me cogió el rostro con ambas manos y me arrastró hacia ella para presionar su boca contra la mía—. Entonces demuéstalo —gruñó antes de pegar sus labios a los míos.

Debido al alcohol que corría por mis venas, tardé unos segundos en comprender lo que estaba sucediendo.

La sensación de su lengua deslizándose por mis labios fue como un chorro de agua.

Aparté la cabeza de un tirón, pero me tenía cogido con fuerza del pelo para mantener mis labios sobre los suyos.

Perdí los nervios y me puse de pie bruscamente, golpeando la mesa en el proceso y, por suerte, logré que se soltara.

Las bebidas se estrellaron contra el suelo y los vasos se hicieron añicos a nuestro alrededor, lo que atrajo la atención de todo el local a nuestra mesa.

—¡Qué cojones, Johnny! —chilló Bella, mirándome desde su asiento—. ¿Qué te pasa?

—Cuando te digo que no —gruñí, limpiándome la boca con el dorso de la mano mientras la miraba—, ¡quiero decir que no, joder!

—¡Solo quería que me besaras! —gritó—. ¿Es mucho pedir?

—¡No quiero besarte, joder! —bramé, perdiendo el control—. No quiero tu boca en la mía. No quiero tus manos en mi cuerpo. ¡Porque no te quiero, joder!

Me arrepentí de mis palabras inmediatamente.

Pero era demasiado tarde.

Bella se echó a llorar y, por supuesto, yo quedé como el cabrón que la hizo llorar.

La media docena de chicas que había en la mesa me fulminaron con la mirada y tuve suficiente por aquella noche.

Soltando un gruñido bajo, me pasé la mano por el pelo y me aparté tambaleándome de la camarera mientras esta me empujaba con un recogedor y una escoba.

Salí afuera hecho una furia, me saqué el móvil del bolsillo de los tejanos y llamé a un taxi, aliviado de la hostia cuando la voz al otro lado me dijo que tardaría cinco minutos.

Necesitaba salir de allí y alejarme de mis malas decisiones.

La peor de ellas había sido liarme con aquel maldito peligro de chavala.

En ese momento, me alegré de que mi cuerpo estuviera roto.

Me alegré de no haber podido tener sexo desde Halloween.

¿Sería el destino?

Sin que el nabo me anulara la capacidad de tomar buenas decisiones por una pava, veía más allá de la fachada de Bella.

Y no era bonito.

Sentí algo parecido al consuelo al saber que preferiría arrancarme la piel antes que volver a tocarla.

«Nunca más, Johnny».

«Nunca más, joder».

Apoyado contra la pared del pub, dejé que mis pensamientos vagaran por aquellos ojos tristes.

Quería verlos.

Y la chica a la que pertenecían.

El alcohol que corría por mis venas ponía ciertos límites a mi consciencia, por lo que me fue más fácil obsesionarme con Shannon Lynch sin sentirme como un pedazo de mierda.

Al día siguiente, cuando me despertara con la cabeza despejada, sin duda sentiría cada una de las implicaciones de mis descarriados pensamientos, pero por ahora, habiendo perdido temporalmente la moral, visualicé mis peores fantasías en detalle y a todo color.

Fue agradable.

Era agradable pensar en ella.

Joder, era guapísima.

Su voz.

Su pelo.

Su olor.

La forma en que hablaba.

Cada parte de ella.

Estaba sumido en mis pensamientos, contemplando lo diferente que habría sido todo si hubiese sido Shannon quien puso su boca sobre la mía, cuando el sonido del cláxon del taxi me distrajo.

—Johnny, muchacho —gritó en tono alegre el taxista, cuyo nombre no parecía ser capaz de recordar nunca—. ¿Cómo estás? —Para ser justos, en las raras ocasiones en que nuestros caminos se habían cruzado, me había emborrachado hasta el culo—. ¿Tu amigo no está contigo esta noche?

Se refería a Gibsie.

Porque Gibsie solía ser el culpable tras las decisiones terribles, como la que había tomado esa noche.

—Todavía está dentro —le expliqué, valiéndome de cada pizca de concentración para no tambalearme mientras me impulsaba con la pared—. Gracias por venir tan rápido, hombre.

—Como si fuera a dejarte aquí, muchacho —se rio entre dientes—. No olvides a tu viejo amigo Paddy cuando estés en la gran ciudad con los peces gordos.

Ni siquiera era capaz de recordar a mi viejo amigo Paddy en ese momento, pero no iba a decírselo.

—¡Johnny, espera, tío! —gritó Hughie Biggs mientras salía a trompicones del pub. Me cogió del brazo para detenerme—. Tendrás que llevarnos contigo.

—¿A quiénes? —respondí lentamente—. Si estás hablando de esa puta loca, olvídalo, Hughie. No es mi responsabilidad, y prefiero cortarme la polla a volver dentro y tratar con ella.

—¿Con quién, con Bella? —Hughie frunció el ceño y sacudió la cabeza—. No, tío. A la mierda con ella. Ya ha vuelto con Cormac. El pavo ha estado escondido en el comedor toda la noche. No ha salido hasta que te has ido, el muy cobarde. —Me arrastró hasta la ventana y señaló adentro—. No puedes dejarlos aquí.

Mi mirada pasó de Hughie a Gibsie, que en ese momento roncaba a todo meter tendido boca abajo sobre la mesa; a Patrick Feely, que estaba siendo acosado por una de las amigas de Bella; a Bella, que se estaba manoseando con Cormac Ryan, y luego otra vez a Hughie.

—¿Por qué yo? —me quejé.

—Porque somos tus pequeños —sentenció Hughie, apoyando todo su peso sobre mí.

—¿Mis pequeños? —pregunté arrastrando las palabras—. No tenéis nada de pequeños ninguno de los tres.

—Eres nuestro capitán —farfulló Hughie—. Somos tu responsabilidad y eso.

—En la cancha, gilipollas.

—Vamos, capi, tú eres el que tiene la casa vacía. Sabes que la madre de Feely se volverá loca si este llega en esas condiciones, y mi madre no nos dejará ni acercarnos. Y Gibbs... —hizo un gesto con el pulgar hacia la ventana— es como tu hermano, tío.

Todo verdad, por desgracia.

—Sois un montón de imbéciles de mierda, eso es lo que sois —gruñí antes de ceder—. Vale. —Me pasé una mano por el pelo y suspiré—. Ve a buscarlos, que nos vamos.

—Eres una leyenda absoluta, Kavanagh —me aduló Hughie mientras regresaba tambaleándose al pub a por los muchachos.

En cualquier otra ocasión, me ofrecería a ayudarlo, porque Gibbs era un trasto cuando bebía, pero preferiría caminar sobre brasas que volver adentro y enfrentarme a Bella.

—Lo siento, Paddy —murmuré, acercándome para apoyarme en el taxi mientras esperaba a que los tres peleles de los cojones salieran del bar—. Pensaba que estaría solo.

—No te preocupes, muchacho —respondió el hombrecillo regordete—. Cualquier amigo de Johnny Kavanagh es amigo mío.

—¿Sí? Bueno, pues mis amigos son idiotas —admití encogiéndome de hombros.

Y tienden a vomitar.

En los taxis...

—Paddy... —Rascándome la nuca, me giré para mirarlo, con la mente puesta en un posible control de daños—. Recuérdame, si estás interesado, que te pase un par de entradas para alguno de nuestros partidos en casa durante el verano.

—Diantres, Johnny, ¿hablas en serio? —Los ojos del taxista se iluminaron—. Me encantaría, chico. Estoy eufórico. Sigo todos tus partidos.

Incluso hago que mi hija me ponga en el ordenador los que no transmiten por la tele. Siempre le digo a mi esposa que el joven Kavanagh es el mejor centro que he visto con la camiseta de Irlanda.

Me encogí de hombros ante sus palabras, consciente de que a mis diecisiete años debería estar desconcertado al escuchar a un hombre que me triplicaba la edad elogiándome tanto, pero había escuchado esas palabras exactas tantas veces que el cumplido me resbalaba por completo.

—Agradezco el apoyo, hombre —respondí—. Tienes mi número en tu lista de llamadas. Envíame un mensaje para recordármelo, porque ahora mismo estoy borracho como una cuba y no recordaré ni una palabra de esto mañana.

—Lo haré —asintió Paddy—. Y sin ánimo de pasarme de la raya, mejor que te deshagas de esa chica.

Le fruncí el ceño, devanándome los sesos en busca de algún momento en esa historia en el que hubiese sido tan tonto como para llevarla a casa conmigo. Esa es la única forma en que el taxista sabría de ella.

En la confusión de mi mente, recordé con vaguedad una noche durante el puente de Halloween del año pasado en la que Bella pilló un buen berrinche frente al pub porque me negué a llevármela a casa en el taxi.

Fue una de las últimas veces que estuve con ella.

—Esa de la que estaba hablando tu amigo —explicó—. No le conviene a un muchacho como tú. —Tocándose la sien, añadió—: Confía en el viejo Paddy, chico. Las jóvenes como esa son peligrosas.

Tenía razón.

Putá mierda.

Hughie y Feely salieron del bar tambaleándose con Gibsie a cuestas, que estaba cantando a pleno pulmón su propia versión de «Trust me I'm a doctor» de The Blizzard.

Negué con la cabeza al verlo.

—Nadie —balbuceé mientras me acercaba y cargaba yo solo con él—, y me refiero a nadie, se creería jamás que eres médico, Gibs.

—Tu futura esposa me ha salvado de un puto gato hoy —dijo arrastrando las palabras—. Compra un anillo, tío. —Pasándome un brazo por encima del hombro, agregó—: La susurradora de gatitos es una joya.

Frunciendo el ceño, miré a Hughie, que parecía confundido.

—¿Cuánto has bebido, tío? —le pregunté a Gibsie mientras forcejeaba para que se estuviera quieto.

Tenía la costumbre de salir corriendo cuando estaba borracho.

—Suficiente —balbuceó antes de arrancarse a cantar de nuevo el estribillo de la canción, pateando la acera para enfatizar.

—Sí, sí, chaval —le seguí el rollo mientras lo llevaba al taxi—. Eres médico.

—«No standards» —cantó, levantando un dedo antes de caer en el asiento trasero del coche.

—Nunca pensé que tuvieras alguno —coincidí, deslizándome junto a él para abrocharle el cinturón.

—¿Qué hay, Paddy? —Gibsie hizo una pausa a mitad de la canción para saludar al taxista—. A la mansión Kavanagh —indicó antes de proseguir.

Maldito Gibsie.

—¿Qué pasó entre tú y Bella? —preguntó Hughie.

Estábamos sentados en el porche de casa, cerrando la noche con una botella de Jameson.

El whisky era una manera terrible de terminar, pero muy necesaria después de haber pasado las últimas tres horas cuidando a Gibsie con sus arcadas.

El hijo de puta había vomitado a chorro por todo el dormitorio de invitados, así que ahora estaba en la bañera del piso inferior con media docena de toallas encima.

Por suerte, su estómago estaba vacío al fin y roncaba profundamente.

Hughie y yo éramos los únicos que seguíamos despiertos; Patrick se había desmayado en el sofá de la sala de estar en cuanto llegamos a casa.

—No pasó nada, tío —le contesté, dándole vueltas al vaso medio vacío entre las manos.

—Supongo que has oído los rumores —comentó con cautela y arrastrando un poco las palabras.

Suspiré profundamente.

—¿Cuáles?

—Sobre ella y Cormac.

—No necesito ningún rumor para saber lo que está pasando entre ellos, tío —gruñí—. Lo he visto con mis propios ojos esta noche.

—No —dijo Hughie lentamente—. Dicen que se fue a casa con Cormac la noche de San Esteban. —Haciendo una mueca, añadió—: Y todos los fines de semana desde entonces.

—No —respondí impasible—. No lo sabía.

—Habría dicho algo, pero acababas de salir del hospital —suspiró pesadamente—. No quería que te jodiera la recuperación.

—No te preocupes por eso, tronco. —Haciendo girar el whisky en mi vaso, miré el líquido ámbar y reconocí—: Ya tenía mis sospechas mucho antes de eso.

—¿Sí? —Arqueó una ceja—. ¿Por qué no dijiste nada?

—¿Porque quería una vida tranquila? —planteé débilmente—. Soy un maldito imbécil, tío.

—Ryan es el imbécil —me corrigió Hughie—. Por joder a su compañero de equipo por una chica.

Demasiado borracho para fingir impasibilidad u ocultar mis emociones, agaché la cabeza y solté un profundo suspiro.

—Cometí un error con esa chica, Hugh —afirmé llevándome el vaso a la boca, y me bebí lo que quedaba del líquido ámbar antes de agregar—: Un error de ocho meses.

—Al menos has salido ileso, capi. —Estirándose, cogió la botella medio vacía de whisky y volvió a llenarse el vaso—. Podría haber sido un error de nueve meses —apuntó, tendiéndome la botella—. Uno que pagarías con el resto de tu vida.

—Y que lo digas —coincidí en un murmullo, cogiendo la botella—. ¿Te imaginas lo que Dennehy y Ó Brien me habrían hecho si me presentara al entreno con un bebé?

—Que les den a los entrenadores de la Academia —respondió Hughie—. Imagina lo que te habría hecho tu madre.

—Buah, tío, no vale la pena pensar en eso. —Tras llenarme el vaso, volví a dejar la botella y negué con la cabeza—. Uf.

—Tío, ¿te imaginas lo que diría mi madre si entrara por la puerta con Katie y le dijera que la he dejado embarazada? —comentó Hughie arrastrando las palabras—. Me cortaría las pelotas allí mismo.

—Para, colega. —Me estremecí violentamente—. Ni lo menciones.

Tocamos madera los dos golpeando las vigas del porche.

Pasamos varios minutos en un agradable silencio antes de que Hughie volviera a hablar:

—¿Has llegado a hablar con Shannon Lynch después de aquel día en el campo?

Lo miré con expresión somnolienta, demasiado borracho para ocultar mi curiosidad.

—¿Mi Shannon?

Hughie se rio.

—¿Ahora es tu Shannon?

Me encogí de hombros, demasiado borracho para defenderme o negarlo.

—Tengo que decir, tío, que me sentí aliviado cuando hablaste con el equipo sobre el incidente en el campo y lo cortaste de raíz —dijo Hughie con un profundo suspiro—. Si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho yo. La pobre chica se merece un descanso.

Fruncí el ceño.

—¿La conoces?

—Es amiga de mi hermana desde que eran pequeñas.

—Claire —apunté, devanándome los sesos en busca de la información que necesitaba—. La rubia de tercero.

—Sí, tío. —Hughie dio otro sorbo de su bebida antes de decir—: Estaba en casa hoy, por cierto.

—¿Qué? —Lo miré—. No me lo has dicho.

Se encogió de hombros.

—¿Para qué?

Buena pregunta.

—Una chica encantadora —añadió pensativo—. Una familia horrible.

—¿Qué quieres decir?

Hughie negó con la cabeza, pero no respondió.

Eso me molestó por un montón de razones diferentes.

No me gustaba que él supiera cosas sobre ella que yo desconocía.

—Voy al baño a ver cómo está la bella durmiente —anunció cuando se terminó el vaso—. Y luego me piro a sobar.

—Usa la habitación que quieras —murmuré, sumido en mis pensamientos.

Hughie me puso una mano en el hombro.

—Sigue cuidándola, capi —dijo, apretándome el hombro—. No sabes cuánto lo necesita.

Y luego se fue.

EL CHICO LO CLAVA

Shannon

El último viernes de febrero, Tommen College jugaba la final de la liga escolar contra el instituto rival Kilbeg en nuestro campo.

Era uno de los pocos partidos en casa que quedaban de la temporada, así como un prestigioso trofeo, por lo que todas las clases fueron invitadas a asistir para apoyar a su equipo.

Según Claire, esa liga no era tan importante ni lucrativa como la copa que se jugaría el equipo el próximo mes, en Donegal, pero seguía siendo un bonito trofeo, y a Tommen le encantaban los trofeos.

No llevaba mucho tiempo allí cuando me di cuenta de que lo que mi padre había dicho acerca del centro, que era un instituto pretencioso donde se juega al rugby, era cierto.

Era evidente que todo giraba en torno al deporte.

Personalmente, habría preferido estar en un millón de sitios distintos que viendo a los corpulentos chicos de Tommen haciendo placajes a los corpulentos chicos de Kilbeg, pero la vida tenía extrañas formas de fastidiar a la gente.

Envuelta en mi abrigo más grueso y un gorro de lana, me senté entre Lizzie y Claire, que vestía nuestros colores, agradecida de haber conseguido un asiento en las gradas.

Cientos de otros estudiantes tuvieron que quedarse de pie a ambos lados del campo.

Aunque a ninguno de ellos parecía importarle estar bajo la lluvia torrencial.

Estaban demasiado ocupados gritando y animando a nuestro equipo sénior de rugby.

A los diez minutos de partido observé de primera mano a qué venía tanto alboroto con Johnny Kavanagh.

Literalmente sentía la electricidad crepitando en el ambiente cuando la pelota estaba en sus manos, y por los gritos, también lo sentían los demás.

Parecía estar como pez en el agua cuando estaba en el campo, y cuando le pasaban el balón...

Ocurría la magia.

Sucedían cosas hermosas.

Era tan alto que parecía un contrasentido que fuera de pies tan ligeros.

Era ancho y fuerte, robusto y musculoso.

Pero también era ligero y ágil.

Era casi como si bailara alrededor de sus oponentes con un elegante movimiento de piernas y ágiles quiebros.

El ritmo que llevaba era una locura, así como la velocidad a la que podía correr.

Era increíble.

Podías ver moverse los engranajes de su cerebro cuando analizaba cada jugada, pase y ataque con precisión experta.

Era un jugador inteligente con buen ojo para interceptar las jugadas y una disciplina digna de admirar.

No parecía importar cuántos placajes le hicieran u oponentes lo cubrieran, y era claramente el objetivo de todos ellos, porque lograba mantener la calma.

Con la de golpes que recibía, agresiones físicas, y simplemente se levantaba y seguía corriendo.

Estaba impresionada.

Me fascinaba la forma en que se movía por el campo.

«Con razón todo el mundo habla de él», pensé para mis adentros.

Claramente estaba muy por delante de los chicos con los que jugaba y me pareció que merecía estar en un equipo más prestigioso.

Si ya jugaba así a los diecisiete, no podía ni imaginar lo que haría en unos pocos años.

—¡Sí, Hughie! —vitoreó Claire, distrayéndome de mis pensamientos, cuando su hermano, el número diez de Tommen, pateó la pelota por encima de la línea de banda. El balón tocó los dedos del rival antes de salir del campo—. ¡Sí! —ululó, levantando un puño en el aire—. ¡Buen trabajo, muchachos!

—¿Qué está pasando? —pregunté, sin saber por qué estaba animándolos cuando estaba claro que su hermano había desviado el balón con su chute—. ¿Esto es bueno para Tommen?

Sin duda Claire estaba tan metida en el partido como yo, considerando que se había pasado los últimos cincuenta minutos explicándome las reglas y soltando tacos a pleno pulmón.

No entendí ni papa, tenía los nervios demasiado de punta para asimilar algo más que los conceptos básicos (que ya conocía de ver el Seis Naciones cada año), pero fingí que lo entendía por su bien.

—Esto no es fútbol, Shan —se rio—. Ha sido una excelente jugada. Sacamos de banda nosotros.

—¿Sacamos de banda?

—Fíjate —me alentó.

Luego comenzó a gritar a pleno pulmón cuando el número dos de Tommen lanzó la pelota y el resto de los compañeros auparon a Gibsie, que llevaba el número siete, y este atrapó el balón en el aire.

—¡Sí! —aplaudió Claire como si fuera una foca demente—. ¡Vamos, Gerard!

Se hacía raro escucharla llamarlo Gerard cuando todos a nuestro alrededor vitoreaban a Gibsie.

Literalmente, nadie lo llamaba Gerard excepto Claire.

En ese momento, la pelota salió zumbando del campo y cayó en manos de Johnny, y me dio un vuelco el corazón.

El pulso se me aceleró al instante al verlo en movimiento.

—¡Ay, Dios mío! —grité, con el pulso descontrolado, cuando cuatro de los delanteros de Kilbeg derribaron a Johnny, que acabó sepultado bajo una montaña de músculo y pesos muertos—. ¿Se les permite hacer eso?

Solo se veían extremidades agitándose y las botas de los jugadores clavándose en el suelo bajo el gurrño de la melé. Observé cómo se desarrollaba aquella locura en el campo.

—Quieren matarlo —grité, incapaz de creer lo que estaba presenciando—. Hostia. —Apreté con fuerza los brazos de mis amigas—. ¿Eso es legal?

—A mí no me preguntes —respondió Lizzie encogiéndose de hombros. Apartó el brazo de mi mano y volvió a hojear su revista—. Se me ocurren un millón de cosas mejores que hacer con mi tiempo que sentarme aquí fingiendo que me gusta un deporte que no me importa lo más mínimo.

Al menos era sincera.

Pensé que me pasaría lo mismo, pero estaba jugando él y sin quererlo había acabado hipnotizada.

—Claramente solo lo atacan a él —gimoteé, viendo cómo el árbitro hacía sonar su silbato y corría hacia el montón de chicos.

—Por supuesto que solo lo atacan a él —intervino Claire, apretándome la mano—. Johnny es el mejor jugador de Tommen. Si lo eliminan, es partido —continuó diciendo—. Serían tontos si no lo intentaran.

Quería gritar con todas mis fuerzas que lo dejaran en paz, pero en su lugar me conformé con un «eso es horrible», mientras sentía que la preocupación me asfixiaba.

—Así es el rugby —asintió Claire.

—Odio el rugby —gruñó Lizzie.

—A nadie le importa lo que odies tú, señorita pesimista —replicó Claire—. Sigue leyendo horóscopos.

Claire y Lizzie discutieron durante unos minutos, hasta que esta última se marchó furiosa, murmurando algo sobre salvar sus neuronas, pero en realidad yo no estaba escuchando a ninguna de las dos.

Estaba absorta en lo que ocurría en el campo, donde el equipo médico se había arremolinado en torno a Johnny, tocándole la cara aquí y allá con gasas y vendajes.

Tenía la camiseta, de rayas blancas y negras con el número trece en la espalda, pegada a la piel y el blanco de los pantalones cortos, manchado de hierba y salpicado de sangre.

Tenía las rodillas cubiertas de barro.

Estaba despeinado y tenía el pelo sudado.

Se le estaba poniendo un ojo morado y se le hinchaba rápidamente, y le bajaba un reguero de sangre de la ceja, pero no pareció inmutarse lo más mínimo.

La atención de Johnny no estaba en el equipo médico o el árbitro, que gritaba órdenes a su oído.

Estaba demasiado ocupado mirándome a mí.

El corazón me retumbaba en la caja torácica mientras Johnny me miraba con todo el descaro, con los ojos encendidos y una expresión intensísima.

Respirando con dificultad, se levantó el bajo de la camiseta y usó la tela para limpiarse la sangre de la frente, lo que obstaculizó los intentos de vendarlo de la pobre sanitaria y reveló un trabajado abdomen.

El gesto fue tan primitivo, tan marcadamente masculino, que me sacudió hasta lo más hondo.

Comenzó a arderme la cara y sentí que se me hundían los hombros bajo el peso de su intensa mirada.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó por lo bajo Claire, emocionada y cogiéndome de la mano—. Johnny Kavanagh te está mirando, Shan. En serio, tía, jese chico te está mirando!

—Tonterías —solté. Sin saber qué hacer, pero sabiendo que tenía que hacer algo, volví la cara al cuello de Claire y susurré—: Escóndeme.

—¿Qué? —chilló ella.

—Avísame cuando se haya ido y ya está, ¿vale? —le supliqué, centrando toda mi atención en la peca de su cuello—. Haz ver que estás hablando conmigo o algo así.

Menos de un minuto después, Claire anunció:

—Vale, ya se ha ido.

Suspirando, me di la vuelta a tiempo para ver a Johnny volver corriendo a su posición mientras el árbitro pedía una melé de Tommen.

—¿Qué hay entre vosotros dos? —preguntó—. ¿No me dijiste que no habías hablado con él desde aquel día en el despacho del director?

—No hay nada entre nosotros —respondí, con las mejillas ardiendo—. Y no hemos hablado.

Claire me miró con recelo.

—Bueno, a mí esa mirada que acaba de echarte me ha parecido algo.

—No ha sido nada —le aseguré, a ella y a mí misma—. En serio, Claire, ni siquiera lo conozco...

El público a nuestro alrededor estalló en fuertes abucheos e insultos, y ambas nos giramos para ver que el número quince de Kilbeg había marcado un tanto.

Su número diez transformaba fácilmente, por lo que equilibraba el marcador.

—Oh, mierda —murmuré, mucho más nerviosa de lo que debería—. ¿Cuánto tiempo queda?

—Un minuto y medio más o menos, y no creas que no vamos a hablar de esto más tarde —me dijo Claire antes de volver su atención al partido y gritar—: ¡Vamos, Tommen! ¡Yujuuu! Kilbeg, ¡sois una mierda!

Kilbeg iba ganando la segunda parte, dominando la posesión del balón y el campo.

Todos parecían completamente agotados, excepto Speedy Gonzalez, también conocido como Johnny Kavanagh, que daba la impresión de tener un suministro de energía ilimitado.

Empezaron a sudarme muchísimo las palmas de las manos cuando el número diez de Kilbeg se situó en la portería, a un chute en el aire de marcar gol.

Estaban en la decimonovena fase e iban empatados con veinte puntos cada uno, al menos eso dijo Claire.

—¡Se acabó! —gritaba sin parar—. ¡Se acabó. Se acabó. Ay, Dios. No puedo mirar!

Contuve la respiración ante tanta expectación.

Finalmente, el número nueve de Kilbeg se colocó en la melé. Había aprendido que esta palabra se usaba para referirse a los jugadores apiñados en el césped.

Con el balón en las manos, hizo un pase hacia atrás a su número diez.

Se me paró el corazón.

Todos los seguidores en las gradas a mi alrededor se quedaron en silencio.

«Que falle».

«Que falle».

«Que la cague».

«Que la mande lejos».

La respuesta a todas mis oraciones llegó cuando la pelota salió despedida de su bota y Johnny la interceptó y la envió de una patada en dirección a su línea de gol.

El tiempo se acababa y empezó la cuenta atrás.

—¡Sí! —gritó Claire, poniéndose de pie de un salto, junto con todos los demás seguidores—. ¡Vamos, Johnny! ¡Vamos, Kav!

Incapaz de respirar, observé cómo lo perseguían tres zagueros de Kilbeg. Pero no fueron lo bastante rápidos.

Como un relámpago, Johnny persiguió el balón, moviéndose más rápido de lo que cualquier chico de su envergadura debería ser capaz.

Las gradas estallaron en aplausos, gritos y bramidos de aliento cuando Johnny chutó la pelota hacia delante, lo que la acercó a la línea de ensayo mientras él corría tras ella a toda velocidad.

—¡Vamos! —clamó Claire emocionada—. ¡Sí! Ya casi has llegado. Sigue. ¡Mueve esas piernazas!

La pelota rodó sobre la línea.

Una milésima de segundo más tarde, Johnny se abalanzó para dejar atrás a los zagueros de Kilbeg, que le pisaban los talones.

Hubo una serie de movimientos confusos y acabó plantando la pelota en la línea de banda.

Todos a nuestro alrededor se volvieron loquísimos.

El número diez de Tommen se colocó frente a la portería y transformó de una patada, marcando así dos puntos.

Y eso fue todo.

Se acabó.

Tommen había ganado.

Y yo estaba aturdida.

—¡Tienes algunas explicaciones que darme, señorita! —chilló Claire mientras lo celebraba saltando arriba y abajo—. ¡Yujuuu! ¡Vamos, Tommen, vamos!

—¿Explicaciones? —repuse—. ¿Acerca de qué?

—Acerca de por qué ese chico de ahí abajo te está mirando como si quisiera comerte viva —respondió, y luego, sin cortarse un pelo, señaló con un dedo a Johnny, quien me miraba fijamente de nuevo.

—No lo sé —farfullé—. No tengo ni idea de lo que está pasando.

Todos sus compañeros de equipo corrían como locos, saltando y brincando para celebrar la victoria, pero Johnny parecía distraído.

Estaba literalmente inundado de gente, desde profesores hasta estudiantes, pasando por periodistas locales y fotógrafos que le arrimaban micrófonos a la cara.

Lo más llamativo era su aplomo.

Nada de aquello lo desconcertaba.

Ni lo más mínimo.

Parecía el epítome de la serenidad, la calma y la tranquilidad mientras respondía a los periodistas y agradecía a los seguidores que le palmeaban la espalda, pero volvía a mirarme cada poco.

No lo entendía.

Peor aún: estaba entusiasmada de tener su atención.

—¿Por qué se apelotonan a su alrededor? —pregunté, confundida y sintiéndome mal por los otros miembros del equipo.

Claire puso los ojos en blanco.

—Pues porque es Johnny Kavanagh.

—¿Y?

No lo pillaba.

—¡Vamos! —chilló, y luego me cogió de la mano para arrastrarme casi literalmente a través de las gradas y hacia el campo.

Puede que no desentonáramos, con la mitad del instituto en el campo, pero a mí sí que me lo parecía, arrastrando los pies torpemente detrás de ella como iba.

—¡Hughie! —llamó Claire, corriendo para abrazar a su hermano mayor—. Has estado increíble.

—Gracias, peque —contestó él, dándole unas palmaditas en la espalda, mientras buscaba entre la multitud.

Obviamente encontró lo que estaba buscando en la forma de una pequeña pelirroja, porque Hughie enseguida se apartó de su hermana y se apresuró en la dirección de la chica.

—Quiero eso —suspiró Claire, viendo a su hermano aupar a su novia y darle vueltas—. Obviamente no con mi hermano —apuntó con una mueca—, sino lo que tienen. —Suspiró de nuevo—. Quiero tener eso algún día.

—¡Muñequita! —gritó una voz familiar.

Claire se dio la vuelta y juro que se le iluminó la cara por completo cuando vio que Gibsie corría hacia nosotras.

—¡Lo habéis conseguido! —exclamó, y luego se abalanzó sobre él.

Gibsie parecía tan emocionado como ella y la abrazó.

Los observé durante varios minutos, balanceándose el uno al otro, completamente absortos en su mundo mientras hablaban animadamente

sobre diferentes momentos del partido.

O Claire no se enteraba de nada, o era Gibsie el que no se enteraba de nada, o es que ambos estaban cieguísimos, porque yo misma podía sentir, ver y saborear la química que había entre ellos.

Sintiéndome incómoda y fuera de lugar, metí las manos en los bolsillos del abrigo, di media vuelta con rapidez y me escabullí por entre una masa de seguidores de Tommen.

Ya sabía cómo iban los días de partido.

Había ido a ver jugar a Joey muchas veces.

Aunque ese había sido diferente.

Y me sentía fuera de lugar.

—Oye... —escuché que gritaba una voz terriblemente familiar, lo que me sacó de mis pensamientos—. ¡Espera!

Mi naturaleza humana hizo que me girara para ver quién era y si se estaba dirigiendo a mí.

Cuando vi a Johnny corriendo hacia mí, el corazón empezó a retumbarme con fuerza en la caja torácica.

Ay, Dios mío.

¿Qué estaba haciendo?

¿Por qué se me acercaba?

¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Cómo estás? —preguntó Johnny, recorriendo la distancia entre nosotros, comprensiblemente sin aliento por el esfuerzo en el campo.

—Eh, va, eh, bien —tartamudeé, aturdida por completo por estar tan cerca de él otra vez—. ¿Te va bien a ti? —añadí con torpeza, y de inmediato me puse rojísima de la vergüenza—. Debes de sentirte bien. —Suspirando, reprimí el impulso de gemir y agregué en un murmullo—: Quiero decir: ¿cómo te va a ti...?

—Me va bien —respondió Johnny con una sonrisa que resaltó los dos pequeños hoyuelos en sus mejillas.

Era la primera vez que se los veía y mi memoria los absorbió como una esponja.

—Qué bien —susurré, luchando por centrarme.

A diferencia de la última vez que estuve cerca de él, que veía las estrellas, o en los pasillos, donde no lo veía más que moverse con rapidez o

Johnny estaba demasiado lejos para verlo bien, ahora tenía una visión clara de su cara, sin conmoción cerebral ni obstáculos de por medio.

Y, madre mía, era impresionante.

De verdad, era tan atractivo que chocaba, dolía y te absorbía.

Tenía una estructura ósea increíble, con los pómulos marcados y una mandíbula fuerte, labios gruesos y una greñuda mata de pelo castaño oscuro que llevaba afeitada con estilo a los lados y un poco más larga por arriba.

Su cara tenía las marcas de un chico que había estado en muchas peleas.

Sobre la ceja izquierda tenía una herida que estaba coagulando, claramente se había roto la nariz una o dos veces y el pómulo derecho se le estaba poniendo morado con rapidez.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad? —preguntó, todavía sonriendo, aunque ahora parecía un poco nervioso, probablemente porque lo estaba mirando como una pirada—. Shannon como el río.

Ay, madre.

—Sí —alcancé a decir, sintiendo cómo cada gota de sangre en mi cuerpo se me acumulaba en las mejillas mientras me pasaba un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Te recuerdo. —Sin saber qué más decir o hacer, lo saludé con la mano como una tonta y dije—: Hola, Johnny.

¿Qué me pasaba?

¿En serio?

¿Acababa de saludarlo?

¿Mientras estaba hablando con él?

Dios...

Su boca se ensanchó por completo, en una sincera y blanquísima sonrisa perfecta.

—Hola, Shannon.

Ay, madre mía...

—Bueno, pues yo estoy bien —afirmé, un poco tensa—. Y tú estás bien. Así que todo está... bien.

—Qué bien —respondió, a punto de reír.

—Sí, todo bien —repetí, avergonzada por mi torpeza.

Johnny esbozó una sonrisilla.

—Bien.

Muerta de vergüenza, miré hacia arriba para verle la cara y luego rápidamente hacia otro sitio mientras me esforzaba por no volver a

pronunciar la palabra «bien».

—He visto el partido —solté de repente en su lugar—. Felicidades.

«Claro que sí, Shannon, porque eso está mucho mejor».

«¡Para eso haber seguido con el “bien”, idiota!».

—Lo sé —contestó Johnny con una pequeña sonrisa—. Te he visto.

Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa que me salvara, pero me quedé en blanco y no pude sino encogerme de hombros.

—¿Recibiste mi nota? —preguntó Johnny, salvándome por suerte de tener que formar una oración coherente.

—Sí, y quería agradecerte el dinero —contesté en voz baja—. Pero no sabía si debía...

—No te preocupes por eso —me interrumpió, y esbozó una sonrisa—. No esperaba las gracias.

—Fue demasiado, por cierto —añadí rápidamente, pasándome el pelo por detrás de la oreja—. Mi madre compró una falda nueva por treinta euros.

—Espero que también las medias que querías —apuntó con una sonrisa de complicidad.

«Ay, Dios mío».

«La sonrisa de este chico es de otro mundo...».

—Eh, sí. —Me puse rojo escarlata—. Eso fueron solo cinco euros —admití. Metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo, me miré los zapatos, dejé escapar un suspiro tembloroso y luego lo miré una vez más—. Puedo devolverte el resto...

—De ninguna manera —se negó rápidamente Johnny, limpiándose un poco de barro de la mejilla—. Quédatelo.

—¿Quédatelo? —Lo miré fijamente—. ¿No quieres que te devuelva sesenta y cinco euros?

—Te hice daño —declaró, con sus intensos ojos azules fijos en los míos—. La cagué. No vas a devolverme nada.

«Uf, menos mal, porque mis padres no me devolverían el dinero jamás».

—¿Estás seguro? —grazné.

—Sí, por supuesto —asintió Johnny, y luego continuó—: ¿Cómo está la cabeza?

Le sonreí.

—Todo mejor.

—¿Seguro? —preguntó, sonriendo ahora—. ¿Ningún daño colateral que pueda meterme en problemas? No tengo que llamar a mis abogados, ¿no?

—¿Q-qué? —balbuceé boquiabierta—. No, no. Estoy bien. Yo nunca te demandaría...

—Me estoy quedando contigo, Shannon —se rio Johnny. Y, sacudiendo la cabeza, añadió—: Me alegro mucho de que estés bien.

—Ah, vale. —Me sonrojé—. Gracias.

—¡Johnny! —bramó una voz masculina, distrayéndonos a ambos.

Giré la cabeza y vi a un hombre corpulento que caminaba hacia nosotros con una imponente cámara atada al cuello.

—¿Nos permites una foto para el periódico, hijo?

Estoy bastante segura de que escuché a Johnny murmurar un «vete a la mierda», pero se volvió hacia el fotógrafo y asintió educadamente con la cabeza.

—No hay problema.

—Gracias, hombre —dijo el hombre y apuntó con la cámara a Johnny. Entonces se detuvo y se volvió hacia mí—. Apártate, ¿quieres, cariño?

—¡Oh, cierto, lo siento! —exclamé y me apresuré a salir del encuadre.

—Estábamos hablando —soltó Johnny.

Fulminó con la mirada al fotógrafo y luego se acercó a mí.

—Sonríe —me indicó en voz baja mientras me pegaba a él y me ponía una enorme mano embarrada en la cadera.

Aturdida, lo miré fijamente.

—¿Eh?

—Sonríe —repitió Johnny con calma, pasándome un brazo por encima.

Muerta de los nervios, me volví para mirar al fotógrafo e hice exactamente lo que Johnny me pidió que hiciera.

Sonreí.

El fotógrafo arqueó una ceja y me miró con curiosidad, pero enseguida se apresuró a tomar lo que parecieron un millón de instantáneas.

Los destellos de su cámara me cegaban y cuando se les unieron muchos más de otros fotógrafos, comencé a temblar de ansiedad.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Bueno, ya es suficiente —sentenció Johnny mientras levantaba una mano y me soltaba la cadera—. Gracias por venir hoy. Agradezco el apoyo.

—¿Johnny, Johnny? —lo llamó una de las mujeres que nos rodeaban—. ¿Qué relación tenéis?

—Es privado —respondió él con frialdad.

—¿Cómo te llamas, cariño? —me preguntó el primer fotógrafo, mientras se sacaba un bolígrafo del bolsillo del abrigo.

Temblando, me quedé allí quieta, sintiéndome como una tonta y con un millón de ojos mirándome con curiosidad.

—Shannon Lynch —dijo Johnny con un breve asentimiento, y luego, ignorando a la media docena de fotógrafos que nos miraban, volvió su atención a mí—. ¿Vienes a la fiesta después de clase?

—¿Qué están haciendo? —inquirí vacilante, incapaz de centrarme en lo que acababa de decir, porque estaba demasiado ocupada mirando cómo el fotógrafo se escribía algo en el dorso de la mano y a varios otros reporteros merodeando cerca.

—Ignóralos —me indicó Johnny con un movimiento de cabeza—. Ya se irán.

—Te están mirando —susurré—. Y creo que me están mirando a mí.

Soltando un gruñido de frustración, Johnny se dio la vuelta.

—Estoy en el instituto —apuntó en tono mordaz—. En terreno escolar. Con una menor.

Por fortuna, eso pareció funcionar, porque se dispersaron lentamente.

—Eso ha sido muy raro —balbuceé cuando Johnny se volvió hacia mí de nuevo.

Me miró con curiosidad.

—¿No te gustan estas cosas?

—Ha sido horrible —respondí sin aliento—. Toda esa atención por un estúpido partido.

Johnny volvió a mirarme con curiosidad.

Le devolví la mirada, totalmente confundida.

—Entonces ¿vienes o qué? —me preguntó.

Cuando vio que seguía mirándolo perpleja, aclaró:

—A la fiesta. La madre de Hughie está preparando un banquete para el equipo en su casa.

—¿Yo?

—Sí, tú —contestó, mirándome raro.

Mi ritmo cardíaco alcanzó niveles peligrosos mientras observaba a aquel chico tan guapo que me invitaba a una fiesta.

Un momento, ¿me estaba preguntando si iba o invitándome?

Ay, madre, no lo sabía.

—Eres amiga de su hermana, Claire, ¿verdad? —añadió Johnny frunciendo el ceño.

—Ah. —Negué con la cabeza con fuerza—. Ah, eh, no, no. O sea, sí, soy amiga de Claire, pero no voy a ir a la fiesta.

Arqueó una ceja.

—¿Y eso?

—Porque no me dejan ir a nin... —Me detuve en seco y rápidamente dirigí mis palabras en una dirección más prudente—. Tengo que ayudar a mi madre por las tardes.

—Está embarazada —afirmó en tono pensativo.

—Sí —asentí y luego, como era una masoquista y me gustaban las situaciones incómodas, añadí—: Dará a luz en agosto.

—¿Felicidades? —titubeó Johnny, cambiando de postura, incómodo.

«Buen trabajo, Shannon», me reprendí mentalmente.

—Gracias —respondí, avergonzada.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —preguntó entonces—. No beberé, así que puedo llevarte a casa cuando quieras irte...

—¡Capi! —gritó entonces uno de sus compañeros—. Trae tu culo aquí, tío, y levanta la jodida copa.

—Estoy hablando, Pierce, joder —le soltó Johnny, dándose la vuelta para mirar a quienquiera que lo estuviera llamando—. Dame un maldito minuto.

—Tus amigos te están llamando —me apresuré a decir, sabiendo que necesitaba alejarme de aquel chico antes de hacer algo increíblemente estúpido como aceptar su invitación.

Porque quería aceptarla.

Quería hacerlo de veras.

Y si me quedaba allí y seguía mirándolo, sabía que lo haría.

—Será mejor que me vaya —comenté, despidiéndome de Johnny con la mano otra vez, como una tonta—. Pásalo bien.

No esperé a escuchar su respuesta.

En lugar de eso, giré sobre mis talones y me alejé rápidamente con el corazón retumbándome en el pecho.

—¿Estás segura de que no quieres venir ni que sea una hora? —oí que me decía Johnny.

—Estoy segura —respondí por encima del hombro mientras me alejaba a toda prisa—. Adiós, Johnny.

—Sí, eh, adiós, Shannon.

Entonces, solo se oyó el sonido de las carcajadas y risillas disimuladas de los chicos a mi espalda, pero no me atreví a mirar atrás.

En lugar de eso, hice lo más sensato y me alejé de la tentación con las palabras de Claire resonándome en los oídos.

«Los chicos con ojos bonitos y músculos grandes no traen más que problemas a las chicas».

Cuánta razón tenía.

Eran un poco más de las ocho cuando llegué finalmente a casa esa noche.

A cinco kilómetros de Tommen, el autobús se había averiado.

Durante dos horas, nos vimos obligados a permanecer en el vehículo mientras otro venía desde Cork para llevarnos a casa.

Fue ridículo.

Pasé cada minuto de esas dos horas flagelándome mentalmente por no haber aceptado la oferta de Johnny.

¿Qué diablos me pasaba?

Me gustaba.

Me gustaba mucho.

Me preguntó si iba a la fiesta, se ofreció a llevarme a casa después, y yo me di la vuelta y prácticamente hui de él.

No, rectifico: hui de él.

En mi defensa diré que me había pillado totalmente por sorpresa.

En las semanas que habían pasado desde mi accidente, ninguno de los dos se había acercado al otro ni una sola vez.

Rompió la regla imaginaria que se había impuesto entre nosotros.

Me sorprendió al venir a hablarme y aún seguía muy aturdida.

Me pasé toda la tarde dándole vueltas y vueltas al encuentro hasta la saciedad, y estaba enfadadísima conmigo misma.

Debería haber ido a la fiesta.

Si lo hubiera hecho, no habría pasado dos horas congelándome en un autobús en condiciones semiárticas.

Al menos, si hubiera ido a la fiesta, llegar tarde habría valido la pena.

Porque la mirada en la cara de mi padre cuando entré en casa me aseguró que las dos horas que había pasado sentada sola en un autobús averiado ciertamente no lo valían.

—¿Dónde estabas? —preguntó, mirándome como un halcón acechante desde la mesa de la cocina cuando entré por la puerta.

Me embargó la ya familiar oleada de pánico.

Mi padre era un hombre de aspecto fuerte, con más de un metro ochenta de altura, el pelo rubio oscuro y una constitución atlética que había mantenido desde sus días de hurling.

Él también había jugado para Cork, pero, a diferencia de mis hermanos, los méritos y logros de mi padre no eran algo de lo que hablara abiertamente.

Porque no estaba orgullosa del hombre que me devolvía la mirada.

Ni siquiera estaba segura de si lo quería ya.

O si alguna vez lo hice.

No cuando me aterrorizaba más que cualquiera de los matones de la escuela...

—¿Bien? —insistió en tono tenso. Estaba reemplazando la empuñadura de goma en lo que parecía ser el hurley de Ollie, y verlo sosteniendo aquel palo de madera hizo que un escalofrío de terror me recorriera la espalda—. ¡Llegas tarde!

De repente me alegré mucho de haber huido de Johnny Kavanagh cuando me invitó a la fiesta de después de clase.

Me estremecí entera al pensar en lo que mi padre habría hecho si hubiera aceptado su invitación.

—El autobús se ha estropeado —dije mientras dejaba con cuidado la mochila contra la pared—. Hemos tenido que esperarnos dos horas a que otro autobús nos recogiera.

Mi padre se me quedó mirando con dureza.

Permanecí exactamente donde estaba, sin atreverme a respirar.

Al final, asintió con la cabeza.

—Los autobuses de los cojones —murmuró, volviendo su atención a su tarea.

El aire que había estado reteniendo salió de mis pulmones en un fuerte jadeo.

«No pasa nada, Shannon —me dije a mí misma—, no arrastra las palabras, no huele a whisky y no hay evidencia de muebles rotos».

Pero no era tan tonta como para tentar a la suerte en lo referente a mi padre, así que me dirigí hacia la panera con la intención de hacerme un sándwich de queso.

Salir de la cocina y subir a mi habitación sin enfrentamientos era mi objetivo durante el siguiente minuto más o menos, mientras me preparaba rápidamente y de cualquier manera un sándwich y me servía un vaso de agua del grifo.

—Buenas noches, papá —susurré cuando tuve el sándwich y el agua listos.

—No vuelvas a llegar tarde —fue todo lo que respondió, sin apartar los ojos del hurley que tenía en las manos—. ¿Me oyes, niña?

—Te escucho —grazné, y luego subí las escaleras hasta la seguridad de mi dormitorio.

Una vez dentro, eché el cerrojo y me desplomé contra la puerta, tratando desesperadamente de calmar mi ritmo cardíaco.

Era viernes.

El viernes era un día seguro.

MEJOR UN PUÑETAZO QUE UNA TARTA EN LA CARA

Johnny

Tenía la cabeza destrozada.

Y el cuerpo hecho pedazos.

No pude disfrutar de la victoria ni celebrarla sinceramente con el equipo porque estaba de mal humor.

De mal humor por algo que no lograba ubicar.

Tras rechazar las innumerables botellas de cerveza que me ponían en la cara, me senté cabizbajo en el sofá de la sala de estar de Hughie, con el trofeo al mejor jugador apoyado en el cojín a mi lado y mi medalla por haber ganado colgada del cuello, a esperar el momento de poder escabullirme, conducir hasta casa y sumergirme en un baño de agua con hielo.

Era mi deber estar con mis compañeros de equipo después de una gran victoria como aquella.

Era el capitán, así que se suponía que debía dirigir las celebraciones.

La música sonaba a todo volumen desde el estéreo que había en el rincón, y supe que tendría toda la noche en la cabeza el estúpido bajo de «I'll Fly with You» de Gigi D'Agostino.

La casa estaba llena, entre los chavales y la gente de la escuela, y todos bebían, comían y bailaban.

En lugar de unirme a la cháchara, me estaba poniendo hielo en el muslo —porque ponérmelo en las pelotas no sería socialmente aceptable— mientras comía a desgana un trozo de bistec que la madre de Hughie, Sinead, me había hecho a la plancha y pensaba en una chica que parecía haberse alejado de mí lo más rápido que había podido.

Eso era todo.

Todos los demás bebían y se divertían, mientras yo reponía proteínas en mi organismo y me volvía loco por una chica.

¿Era así como te sentías cuando te rechazaban?

Si era así, daba un asco de la hostia.

Nunca sabré qué me hizo acercarme a Shannon, pero todo el mundo gritaba a mi alrededor y tenía a la multitud encima, así que necesitaba un respiro, y la vi parada allí, toda ojazos y sola, y algo se me removió por dentro.

En ese momento había tenido sentido ir a hablar con ella.

Porque no quería que estuviera sola.

Porque apenas había podido concentrarme durante el partido, sabiendo que me estaba mirando.

Porque cuando se dio la vuelta para irse, mis piernas se movieron por voluntad propia, desesperadas por detenerla.

«Puedo llevarte a casa cuando tengas que irte».

¿Qué cojones?

Es como si le hubiese gritado «Quiéreme, quiéreme, joder» a la chica.

Me sentía como un imbécil de campeonato.

¿En qué estaba pensando al invitarla a la fiesta?

Peor aún, ¿en qué momento se me ocurrió que diría que sí?

Yo era un extraño con pretensiones para ella.

Joder.

Estaba tan decepcionado conmigo mismo...

Me había ido tan bien, tan jodidamente bien, durante dos meses enteritos en mis intentos de alejarme de ella.

No había podido quitármela de la cabeza, pero, maldita sea, estaba manteniendo las distancias.

Un subidón de adrenalina por la victoria y voy y la cago.

Peor que cagarla, la arrastré a hacerse una foto conmigo.

Y ella parecía aterrorizada...

—¿Estás bien, tío? —preguntó Feely, hundiéndose en el sofá a mi lado.

Gruñendo a modo de respuesta, me saqué el cojín que tenía a la espalda y me lo puse en el regazo para cubrir el morado que se extendía por mi muslo derecho.

Todavía llevaba el uniforme de la equipación, al igual que la mayoría del equipo.

Los chavales no se habían quitado la camiseta porque querían presumir, y con razón.

Ganar cinco veces seguidas la liga escolar había sido un nuevo récord para Tommen y algunos de los más jóvenes experimentaron lo que es ganar un trofeo por primera vez.

Yo todavía no me había cambiado porque no había tenido fuerzas después del partido.

Si no le pareciera tan atractivo a los ojeadores, dejaría el equipo escolar y reservaría mi estado físico para la Academia o los partidos del club.

—Sabes que Sinead le echaría un vistazo si se lo pidieras, ¿verdad? —dijo Feely interrumpiendo mis pensamientos—. Es enfermera, tío.

Me volví para mirarlo.

—¿Qué?

Hizo un gesto hacia mi pierna.

—¿Te está dando problemas de nuevo?

Luchando por controlar el enfado, negué con la cabeza y contesté:

—No, estoy bien. Me han dado una patada durante la melé, eso es todo, tronco.

Patrick me miró con aprensión, pero no insistió.

Me gustaba eso de él.

No presionaba.

Si no era asunto suyo, no preguntaba.

—¿No vas a beber esta noche? —le pregunté, desviando el tema de mis taras—. Ha sido una importante victoria para Tommen, tío. Deberías estar celebrándolo.

—¿Yo debería estar celebrándolo? —Patrick sonrió con picardía—. ¿Qué pasa con don Mejor Jugador? Si alguien debería estar divirtiéndose, ese eres tú.

Sonreí con satisfacción ante el apodo y afirmé:

—Entreno con la Academia los sábados. ¿Cuál es tu excusa?

—No estoy de humor —fue toda su respuesta.

Como antes él no insistió para obtener información, le devolví el favor.

—En realidad estoy pensando en pirarme —agregó, poniéndose de pie—. ¿Podrías llevarme a casa?

Como un perro hambriento al que le enseñan un sabroso hueso, no dejé pasar la propuesta.

Dejé el plato y la bolsa de hielo en la mesita que había frente a mí, me puse de pie impulsándome e inhalé varias veces por la nariz para calmarme antes de apoyar el peso sobre la pierna mala.

—Cuando estés listo, nos vamos.

Patrick sonrió satisfecho, pero no dijo nada sobre mi exceso de entusiasmo.

Se agachó para recoger mi trofeo del sofá y me lo dio. Y menos mal, joder, porque si hubiese tenido que agacharme de nuevo no habría sido capaz de volver a levantarme.

—Hey, hey, hey —gritó Gibsie por encima de la música al percatarse de mi intento de irme—. Siéntate ahora mismo, capi —me ordenó, abriéndose paso entre la multitud—. No vas a ninguna parte todavía.

Abrí la boca para decirle que se pirara, pero dos de los muchachos del equipo, Luke Casey y Robbie Mac, vinieron corriendo hacia mí y me arrastraron hasta el sofá, donde se me plantaron cada uno a un lado.

Miré a Patrick, que se encogió de hombros resignado.

Ambos sabíamos que no saldríamos de allí pronto, y menos cuando Gibsie apagó la música y anunció:

—Voy a dar un discurso.

—Lo siento, capi —se rio Robbie Mac—. Pero tienes que escuchar esto.

Resistiendo el impulso de gritar por el dolor abrasador en mi mitad inferior, negué con la cabeza y volví a coger la bolsa de hielo.

—Joder, Gibs.

Con su medalla todavía colgando del cuello, Gibsie arrastró la mesita hacia el estéreo y se subió de un salto.

Se había enrollado la camiseta alrededor de la cabeza como si fuese un maldito pañuelo. Cogió el mando a distancia del mueble que había tras él y se lo llevó a la boca como si fuera un micrófono.

Los muchachos estallaron en carcajadas echando la cabeza hacia atrás cuando le dio unos golpecitos al mando a distancia como si realizara una

prueba de sonido.

Será imbécil...

Con una sonrisa de gilipollas grabada en la cara, Gibsie golpeteó el «micrófono» y dijo:

—¿Cómo va la noche? —Se miró la medalla, que descansaba sobre su pecho, y sonrió—. Podríamos acostumbrarnos a esto, ¿a que sí, chavales?

Un estallido ensordecedor de vítores y rugidos de aprobación llenó la sala.

—Guau, chicos, no hay necesidad de ponerse así —bromeó—. ¡Que estoy en la misma habitación que vosotros, joder!

Su provocación causó una respuesta aún más estridente por parte del equipo y de nuestros amigos.

—Bueno —se rio entre dientes—, vayamos al grano, porque tengo una pequeña canción que me gustaría cantar a esa persona tan especial en mi vida.

Un grupo de chicas apostadas en la entrada se deshizo en grititos de ternura.

Puse los ojos en blanco ante la facilidad con que se las ganaba el guapo del *flanker*.

Gibsie se aclaró la garganta para aumentar el dramatismo y luego empezó:

—Sin la magia que consigue con sus malditas manos esta persona tan especial, yo no estaría hoy aquí con esta preciosa medalla. —Sacudió la cabeza y se llevó una mano al corazón—. ¡Gracias, cariño!

Por las miradas que me echaban los muchachos y las risillas de Robbie y Luke, comprendí que el numerito de Gibsie era para mí.

—¡No hagas nada estúpido! —le advertí justo cuando se acercó para darle a un botón del estéreo.

Se me tensaron con fuerza los hombros al instante cuando la famosa melodía de «Walk of Life» de Dire Strait comenzó a sonar por los altavoces.

Supe lo que venía de inmediato.

«Será cabrón...».

—Johnny, cariño —dijo el idiota de mi mejor amigo con pasión fingida en la voz, señalándome con dos dedos entablillados—. Va por ti. —Soltó una risilla y se arrancó a cantar la letra que se había convertido en una

pesadilla para mí desde sexto, cuando compartí una cancha por primera vez con estos paletos imbéciles.

Todos los muchachos a mi alrededor se unieron a Gibsie en el escandaloso y burlón estribillo.

Las sillas habían sido apartadas para que todos celebraran nuestra victoria.

Robbie y Luke me sacaron a rastras del sofá donde estaba sentado para que mis compañeros me lanzaran por los aires.

Feely, el muy traidor, se moría de la risa a mi costa.

Oh, sí, podían reírse todo lo que quisieran ahora, pero iba a matar a esos hijos de puta en el entrenamiento del lunes.

HORA DE CONFESAR

Shannon

Estaba terminando los deberes el domingo por la noche cuando llamaron a la puerta de mi cuarto y me sacaron de mi estado de concentración.

Cerré el cuaderno y lo metí en el libro de texto de Matemáticas antes de decir:

—Pasa.

La puerta de mi dormitorio se abrió con un crujido y mi hermano asomó la cabeza.

—¿Qué pasa, Joe? —pregunté, devolviendo los libros a la mochila.

—Voy a la tienda —me informó mi hermano, echando un rápido vistazo a mi habitación antes de volver a mirarme—. ¿Quieres algo?

—¿Dónde está Aoife?

—En mi cuarto.

—¿Se queda a dormir?

—Sí.

Aoife iba al instituto de Ballylaggin y estaba en segundo de bachillerato como Joey, por lo que no era raro que se quedaran a dormir en casa el uno del otro alguna noche y al día siguiente fueran juntos a clase.

Tenían una edad en que se les permitían esas cosas.

O al menos, nadie le decía una palabra a Joey cuando traía a una chica a casa.

Había un considerable doble rasero en esta casa, una casa que había estado excepcionalmente tranquila aquel fin de semana.

Mi padre estaba raro.

Se estaba comportando como un humano.

Incluso nos compró comida china para llevar la noche anterior y me pasó el mando a distancia en lugar de tirármelo, como solía hacer.

Pero no era tan ingenua como para creer que la decisión de mi padre de no destrozar la casa el fin de semana se debía a que quisiera pasar página.

No, había sido miembro de esta familia el tiempo suficiente para identificar ese periodo de tranquilidad como la calma que precede a la tempestad.

Estallaría pronto.

Siempre lo hacía.

Solo podía esperar que no estuviera yo en el ojo de la tormenta cuando eso sucediera.

—¿Quieres algo de la tienda o no? —preguntó Joey, impaciente—. Cerrará pronto.

Miré la pantalla del móvil para ver la hora. Las once menos cuarto.

—¿Por qué vas a la tienda tan tarde? —quise saber—. ¿Qué necesitas que sea tan importante?

Joey sonrió.

—¿Quieres que te responda a eso con sinceridad?

—No —gimoteé, fingiendo arcadas cuando lo entendí—. Lárgate.

—Buenas noches, Shan —se rio entre dientes, cerrando la puerta.

—¡Ten cuidado! —le grité—. ¡Soy demasiado joven para ser tía!

El móvil me vibró contra el muslo, avisándome de que me llamaba Claire.

—¿Hola? —respondí llevándomelo a la oreja.

—Holi —saludó alegremente—. ¿Qué haces el fin de semana que viene?

Bajé de la cama y corrí a echar el pestillo de la puerta.

—Nada —contesté. Como siempre—. ¿Por qué?

—Porque mi querido amigo Gerard Gibson aprobó la teórica el viernes por la mañana y algún idiota de Tráfico decidió cometer la locura de darle un carnet de conducir provisional.

—¿En serio? —me reí, imaginando a Gibsie al volante de un vehículo.

—Oh, sí —suspiró Claire—. Acabo de pasar la última hora y media tratando de echarlo de mi habitación.

—¿Por qué estaba en tu habitación?

—Para presumir —explicó—. Sacudiendo su pequeño carnet verde como si fuera el rey de la colina.

—¿Qué tienen que ver Gibsie y su carnet de conducir con el próximo fin de semana?

—Sus padres le regalaron un coche por su cumpleaños la semana pasada —me contó—. Quiere llevarnos a todos a dar una vuelta.

Levanté las cejas de repente.

—¿Quiénes somos todos?

—Los de siempre —respondió Claire alegremente—. Gerard, Hughie, Katie, Pierce, Lizzie, Patrick, Johnny y tú, por supuesto.

Me dio un vuelco el corazón al escuchar el nombre de Johnny.

Y luego se me paró ante la perspectiva de pasar tiempo de verdad con él.

—¿Por qué yo? —alcancé a preguntar.

—Tía, porque eres amiga nuestra —contestó ella.

Negué con la cabeza.

—No, Claire, soy tu amiga. Tuya y de Lizzie.

—Bueno, Gerard me ha dicho que te invitara.

—¿Por qué? —farfullé—. No me conoce.

—¿Porque lo ayudaste con Brian?

Negué con la cabeza.

—Eso no nos convierte en amigos.

—Bueno, sabe que eres mi mejor amiga —explicó—. Lo que significa que cualquier invitación que reciba te implica automáticamente a ti.

—Bueno, tampoco puede meter a tanta gente en un solo coche.

—Entonces tal vez puedas ir en el coche de Johnny —replicó Claire en tono burlón—. Por cierto, te vi con él en la cancha el viernes, coquetona.

—No estaba coqueteando con él —salté de inmediato—. Él se acercó a mí.

—Mejor incluso —se rio—. Él era el que estaba coqueteando.

—Nadie estaba coqueteando —balbuceé—. Solo estábamos...

—Solo estabais ¿qué? —me chinchó Claire.

—Hablando —apunté, encogiéndome de hombros con impotencia.

—¿Acerca de qué?

—No lo sé —murmuré—. De tonterías, supongo.

—Y haciéndoos fotos juntos —agregó con una carcajada—. También vi eso.

—Ay, Dios —gemí derrotada y me dejé caer sobre la almohada—. Me pilló tan desprevenida —dije con voz ronca—. Deberías haberme oído tratando de hablar con él —añadí, mordiéndome el labio—. Se me trabó la lengua y, literalmente, tartamudeé durante toda la conversación, Claire. Fue de lo más humillante.

—Se te trabó la lengua porque te gusta —insistió ella.

Sin molestarme en negarlo, me limité a suspirar.

—Ay, Dios mío —exclamó emocionada, ahogando un grito—. ¿Por fin vas a admitir que te gusta?

Asentí con la cabeza y luego me di cuenta de que no podía verme.

—No creo que tenga ningún sentido negarlo —susurré, sintiendo que me ardía la cara solo de pensarlo—. Me gusta, Claire, creo que me gusta de veras.

—Oh, guau, Shan —respondió ella despacio—. Esto es importante para ti.

Tenía razón.

Era importantísimo.

Y aterrador.

Absolutamente aterrador.

—Es ridículo —musité con tristeza—. Ni siquiera lo conozco.

—Sí que lo conoces —replicó Claire.

—No muy bien —puntalicé con un suspiro.

—Tengo su número de teléfono, ¿sabes? —dejó caer entonces Claire—. Puedo dártelo para que le envíes un mensaje.

Abrí los ojos como platos.

—Ni en broma.

—¿Estás segura?

—Segurísima —aseveré sin aliento—. Nada en el mundo entero me haría convertirme en el tipo de chica que hace eso. —Mordiéndome el labio, rápidamente pregunté—: ¿Cómo es que tienes su número?

—Gerard siempre me coge el móvil —explicó—. Y siempre lo usa para llamar a Johnny, que es prácticamente su hermano siamés. Así que me guardé el número de Johnny como «Llamar para sexo». —Soltó una risilla

y añadió—: Fue muy divertido. Gerard se enfadó muchísimo conmigo y me preguntó a quién me estaba tirando y por qué no estaba él en mi agenda con ese nombre.

—Claire, no puedes decirle a nadie que me gusta —solté, con un ataque de pánico por haberme ido de la lengua—. Por favor. Ni siquiera a Lizzie, y mucho menos a Gibsie.

—No lo haré, te lo juro —aseguró—. Pero si le enviaras un mensaje, creo que te sorprenderías gratamente —agregó—. Sé que Lizzie te contó un montón de cosas sobre él, pero, para serte sincera, la mayoría son solo chismes falsos. Johnny no es como lo pintan todas las chicas del instituto.

—Sí —susurré—, ya me he dado cuenta de eso.

Era mejor.

Mucho mejor.

—Entonces ¿vendrás con nosotros el próximo fin de semana? —preguntó.

—No me dejarán.

—Vamos, Shan, no puedes decir que no y ya está —se quejó Claire—. No sin preguntar, al menos.

—No necesito preguntar, Claire —comenté en un hilo de voz—. Ya sé la respuesta.

—Entonces no preguntes —repuso rápidamente—. Invéntate una excusa o algo y ven a dormir a mi casa. Ni siquiera tenemos que salir con los muchachos.

Suspiré pesadamente.

—Claire...

—Podemos cenar en mi casa —se apresuró a añadir—. Y, sabes, si resultara que Johnny pasara por allí porque se hubiese enviado desde mi móvil algún mensaje descarriado, entonces tal vez podríais subir a mi habitación y...

—Para —le advertí, temblando ante la idea.

Claire se rio al otro lado de la línea.

—Estoy bromeando.

—Eso espero —gruñí—. Porque me moriría.

—Entonces ¿quieres hacerlo? —preguntó ella, aguantándose la risa—. ¿Vienes a casa a cenar comida basura y ver una película? También

podríamos ir al cine. O a un restaurante. Lo que quieras —me propuso—. Tú eliges, yo invito.

—Te quiero por ofrecerte —le aseguré, mordiéndome el labio para evitar que me temblara—. Pero sabes que él no me dejará.

Claire suspiró pesadamente.

—Shan...

—No —supliqué en voz baja—. Por favor, no digas nada.

Hubo una larga pausa antes de que susurrara:

—No lo haré.

Me derrumbé de alivio.

—Gracias.

—Estoy aquí si me necesitas —fue todo lo que Claire respondió, con voz triste—. Siempre.

PASAR DESAPERCIBIDO O LANZARSE

Johnny

Desde que estaba en Tommen, me había sentado cada día exactamente en la misma mesa del comedor durante la hora de la comida.

Estaba cerca de la puerta y se trataba de una mesa para banquetes de nueve metros donde se apiñaban mis compañeros de equipo y las novias de algunos de ellos.

Siempre me sentaba al extremo, de espaldas a la pared, desde donde veía toda la sala y tenía una visión nítida de todo lo que sucedía a mi alrededor.

Me gustaba porque allí tenía espacio para respirar y las chicas no venían a manosearme y tocarme la espalda cada quince segundos.

Como siempre, Gibs y Feely se sentaban frente a mí y Hughie, a mi derecha.

La diferencia ese día era que tanto Hughie como Feely estaban castigados, y Gibsie me estaba frunciendo el ceño.

—¿Podrías dejar de mirarla durante cinco malditos minutos y hacer ver que me escuchas? —siseó Gibsie—. En serio, tío. —Tiró su sándwich sobre la mesa y levantó las manos con frustración—. Se está volviendo asqueroso y me quitas las ganas de comer.

—No estoy haciendo nada —me quejé mientras me recostaba en el asiento y hacía girar una botella de agua con las manos distraídamente.

Shannon estaba sentada en el extremo opuesto del comedor con sus dos amigas, sonriendo y riéndose de algo que decía la hermana pequeña de

Hughie.

Llevaba el pelo recogido hacia atrás en dos largas trenzas que descansaban sobre sus pequeños hombros, y cada vez que se enrollaba una alrededor del dedo, tenía que reprimir un gemido.

En serio, llevaba allí sentado los últimos veinticinco minutos sin escuchar ni una palabra de lo que decía Gibsie, porque estaba demasiado ocupado mirando a una chica que claramente no quería saber nada de mí.

Sin novedad: había tenido a Shannon en la cabeza todo el fin de semana.

Había pasado días dándole vueltas y vueltas a su reacción en la cancha el viernes, y a cómo huyó de mí.

Cuando nos cruzamos por el pasillo esa mañana después de la primera clase, me había emocionado demasiado, joder.

Por supuesto, ella sonrió tímidamente antes de agachar la cabeza y pasar corriendo junto a mí, pero estaba allí.

En el mismo lugar que yo.

Lo que significaba que tanto mi atención como mis pensamientos estaban centrados únicamente en ella.

Y lo odiaba, joder.

Me di cuenta de que la deseaba, y era completamente inapropiado y horrible por mi parte, pero así era.

Deseaba a Shannon Lynch.

Y peor aún, me gustaba de la hostia.

Tenía algo dulce, y disfrutaba cómo me sentía cuando estaba cerca de ella.

Me gustaba su aspecto, la forma en que hablaba y cómo se comportaba.

Me gustaban un montón de cosas de ella y, curiosamente, ninguna tenía nada que ver con lo que había debajo de su ropa.

Bueno, eso no era del todo cierto.

Pensaba, y mucho, en lo que encontraría debajo de su ropa, y me gustaba muchísimo lo que imaginaba.

Pero había más que eso.

Había mucho más en ella.

Pero no estaba en condiciones de dedicarle tiempo a una chica, y pasar el rato con esa en particular podía meterme en un montón de problemas.

Sabía cómo funcionaban estas cosas; pasas demasiado tiempo con una chica y surgen los sentimientos, y cuando surgen los sentimientos, acabas

mojando.

Era un filo peligroso sobre el que moverse.

Uno que no estaba dispuesto a pisar.

—No, no estás haciendo nada —dijo Gibsie alargando las palabras con sarcasmo, y se movió en el asiento para taparme la perfecta vista—. Solo la estás desnudando con la mente.

—Que no —gruñí, mirándolo desde el otro lado de la mesa.

Sí que lo estaba haciendo.

Ya lo creo que sí, joder.

Madre mía, ¿tan obvio era?

—Sí, eres así de obvio —afirmó Gibsie, como si me leyera el pensamiento—. Y te diré quién más es obvio —añadió, señalando con el pulgar hacia nuestra derecha—. Esa mala perra.

No tuve que mirar para saber que estaba hablando de Bella.

Estaba sentada en el extremo opuesto de nuestra mesa con algunos de los miembros del equipo de segundo de bachillerato, y se había pasado la mayor parte de la comida tratando de sacarme de quicio.

No lo conseguiría.

Ni de coña iba a entrar al trapo.

—Ignórala. —Desenrosqué el tapón de la botella y di un largo trago de agua—. No vale la pena.

—Tío, sé que me repito, pero te juro que no sé cómo pudiste tocarla —se quejó.

—Yo tampoco —admití, mientras volvía a cerrar la botella y miraba de nuevo a Shannon.

Gibsie se reclinó en el asiento y arqueó una ceja.

—Deberías ir y hablar con ella.

—¿Con Bella? —Fruncí el ceño—. No, joder, gracias.

—Con esa bruja no —respondió con una mueca—. Con Shannon.

Negué con la cabeza.

—No.

—Nunca la han besado, ¿lo sabías? —me informó Gibsie como quien no quiere la cosa—. O al menos antes. —Me miró con recelo y agregó—: No habrás estado metiéndole la lengua hasta la garganta, ¿verdad?

—No —siseé.

—Entonces vale —reflexionó—. No la han besado nunca.

Le fruncí el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

—Escucho con atención —se rio, golpeándose la sien.

—¿Qué?

—Escuché a las chicas hablando de eso en la habitación de Claire hace un tiempo —admitió—. Esa víbora que se está zumbando Pierce les estaba contando lo mal que se le da el tema a nuestro amigo y Shannon comentó que nunca había besado a un chico. —Frunciendo el ceño, añadió—: No le gusto a la víbora ni un pelo.

—Madre mía —murmuré—, ¿ahora escuchas a escondidas a las chavalas en su habitación?

Cuando no lo desmintió, negué con la cabeza.

—Tienes un problema, Gibs. Uno grande.

—Solo es un problema si lo admites —repuso con una sonrisa de complicidad—. ¿No es así como funciona, Johnny?

—Vete a la mierda —gruñí, sabiendo exactamente a lo que se refería.

—Vamos, Johnny. Ve allí y habla con ella —me animó—. Tú puedes.

—No, Gibs —solté—. Déjalo estar.

—¿Por qué no? —preguntó exasperado.

—Porque no quiero —solté.

—Mentiroso.

—¿Sabes qué? Para un tío que se hace llamar mi mejor amigo, estás haciendo un trabajo de mierda —gruñí—. Te he dicho que no voy a ir a hablar con ella. Ya te dije que es demasiado joven para mí, joder.

—Tú eres el que no puede dejar de mirarla —ladró.

—Bueno, dime que pare —repliqué—. No me animes a ir.

—Te he dicho que pararas —me reprochó Gibsie en tono exasperado—. Hace como dos minutos. Te he dicho que dejaras de mirarla como un perverso y, sin embargo, aquí sigues, follándotela con los ojos y con una actitud de puta pena. —Levantó las manos—. ¿Qué se supone que debo hacer contigo?

—Se supone que debes recordar que soy el imbécil que casi muere esta mañana por acompañarte en el coche, novato —refunfuñé—. Así que, en lugar de animarme a tomar malas decisiones, ¿por qué no intentas apoyarme por una vez?

—¡Soy un buen conductor!

Puse los ojos en blanco.

—Eres un lastre.

—Yo no hago más que apoyarte —resopló indignadísimo—. Soy tu mayor apoyo, Johnny Kavanagh. —Recostándose en el asiento, cruzó los brazos sobre el pecho y me dirigió una mirada mordaz—. Has herido mis sentimientos de verdad con eso.

—¿He herido tus sentimientos? —enfaticé arqueando una ceja.

—Discúlpate —exigió.

—Pírate, idiota —me reí.

Él me fulminó con la mirada.

—Di que lo sientes.

—¿Por qué?

—Por herir mis sentimientos —apuntó con desprecio—. Discúlpate.

—Lo siento, Gibs —lo tranquilicé, tras decidir que era más fácil hacer lo que me pedía el muy imbécil.

—Podrías decirlo en serio —me recriminó.

—Podrías no tentar a la suerte —le advertí.

Nos aguantamos la mirada durante quince segundos hasta que sonrió y declaró:

—Acepto tus disculpas.

—Bien —refunfuñé—. Me alegro por ti.

—Y como parece necesitar muchísimo apoyo últimamente... —Empujando la silla hacia atrás, Gibsie se puso de pie y me guiñó un ojo—. Voy a hablar con ella por ti.

—Ni se te ocurra, jod... —Me corté para detenerlo, pero se me escapó y se alejó—. ¡Gibs!

—Relájate, Kav, yo me encargo —me dijo mientras se ajustaba la corbata del uniforme teatralmente. Meneando las cejas, agregó—: Mira cómo se hace.

Luego se fue derecho a la mesa de las chicas y se sentó.

No me jodas...

Mis pies empezaron a moverse antes de que mi sentido común tuviera la oportunidad de disuadirme de plantar un pie en el filo que estaba a punto de pisar.

UN CARNET PROVISIONAL

Shannon

Sentía los ojos de Johnny clavados en mi cara desde el otro lado del comedor.

Como buena acosadora, sabía exactamente dónde se sentaba a comer cada día: el último asiento al extremo de la mesa de las estrellas de rugby, en la fila interior, junto a la salida.

Me pasé toda la comida del lunes obligándome a ignorar el ardor que sentía en las mejillas, el mismo que me llegaba hasta los dedos de los pies, y prestar atención a Claire y Lizzie.

Porque sabía lo que sucedería si me volvía a mirarlo.

Me delataría, y Johnny no tenía por qué saber lo mucho que me alteraba.

Me confundió el viernes pasado y me estaba confundiendo de nuevo.

¿Por qué me estaba mirando?

¿Por qué me invitó a aquella fiesta?

¿Por qué me aceleraba el corazón de aquella manera tan bestial?

No entendía lo que estaba pasando, y en la caótica tormenta de emociones en que estaba inmersa, necesitaba aferrarme a cierta sensación de control.

Sin embargo, no resultaba fácil, y ese control me fue arrebatado de mis temblorosas manos en el momento en que Gibsie vino directamente hacia nuestra mesa, con su pelo rubio y una gran sonrisa.

—Señoritas —saludó, en ese tono coqueto al que ya me había acostumbrado, mientras se deslizaba en un asiento junto a Claire—. ¿Cómo estamos hoy?

—¿Qué quieres, Gerard? —se quejó Claire, apartándose de él cuando le pasó un brazo por el hombro—. Estamos comiendo.

—Tengo algo que enseñarte —le anunció, moviendo las cejas.

—No voy a mirarte el pene —siseó ella—. Así que deja de intentar enseñármelo.

—Eso no —bufó Gibsie, y luego procedió a sacarse un juego de llaves del bolsillo y las balanceó en la cara de Claire—. Esto.

—Hala —exclamó ella ahogando un grito, y le quitó las llaves de las manos—. ¿Tus padres te han dado el coche antes de tiempo? Pensaba que no te darían las llaves hasta el fin de semana.

—Cedieron —le dijo, sonriendo—. Lo que significa...

—¿Que hay un maniaco suelto por las carreteras irlandesas? —intervino Lizzie.

—Buah —masculló Gibsie mirándola mal desde el otro lado de la mesa—. Eres graciosísima.

Lizzie se limitó a hacerle la peineta y siguió comiendo.

Sacudiendo la cabeza, Gibsie volvió su atención a Claire.

—Hay más —anunció, dirigiéndose solo a ella—. Se han ido a Tenerife —agregó moviendo las cejas—. Hasta el lunes.

—¿Te han dejado solo? —preguntó Claire—. ¿A ti?

—Y sabes lo que eso significa, ¿no? —Le guiñó un ojo—. Fiesta de pijamas.

—¿Tus padres te han dejado a cargo de su casa? —repitió ella, estupefacta.

Él sonrió y le quitó la manzana que tenía en la mano.

—Así es.

—¿Una semana entera? —Claire, boquiabierta, negó con la cabeza—. ¿Solo? ¿Sin supervisión?

La sonrisa de Gibsie se ensanchó mientras lanzaba la manzana al aire.

—Pareces sorprendida —comentó, cogiendo la pieza al vuelo sin esfuerzo.

Intrigada por la conversación, me apoyé sobre la mesa y observé con interés.

—Porque lo estoy —balbuceó Claire, mirándolo fijamente—. ¿Saben cómo eres acaso?

—Obviamente no —resopló—. Ahora ve a casa y haz la maleta. —Movi6 las cejas antes de darle un mordisco a la manzana de Claire—. Porque te vas una semana al hotel Gibson —añadió todavía masticando—. Hora de divertirse.

—Ah, ¿sí? —Claire se recostó en la silla y sonrió—. Y ¿tiene el hotel Gibson buenas críticas?

—Viene con polla incluida, muñequita —le informó Gibsie, y no en voz baja—. Bufet libre de polla cinco estrellas.

—Dilo más fuerte —lo chistó ella, dándole un golpetazo en el hombro—. No sé si te han escuchado todos.

—¡Polla incluida, Claire! —gritó sin una pizca de vergüenza, aceptando su desafío—. Mi polla.

—Que le den a tu polla —gruñó Claire, muerta de vergüenza.

—Si quieres, puedes —asintió con una sonrisa—. Pero este no es realmente el mejor lugar.

—No sé por qué soy tu amiga —murmuró Claire, con las mejillas ardiendo—. Eres tan grosero...

—Eres mi amiga porque me adoras —arrulló—. Porque soy el único que hace que te sonrojes... —hizo una pausa y le acarició la mejilla con el dedo—, en más de un sentido.

—Cuando tenía once años, Gerard —replicó ella—. Y ¡fue un maldito beso!

—Estoy listo para repetir —le dijo—. Pídemelo, muñequita, dime que estás lista para nosotros y yo soy todo tuyo...

—¡Puedes dejar de hacer eso! —ladró Lizzie entonces, fulminando a Gibsie con la mirada.

—Hacer ¿qué?

—Jugar con sus sentimientos —estalló—. ¡No es un juego!

—Lizzie, no pasa nada —comenzó a decir Claire, pero Lizzie la interrumpió.

—Sí que pasa —espetó—. Lleva haciendo esto desde que teníamos cuatro años. ¡No está bien!

—No estoy jugando con sus sentimientos —le discutió Gibsie, confundido—. Ella sabe que la quiero.

Claire se puso roja como un tomate, lo que provocó que Lizzie gruñera.

—Sí, imbécil —siseó esta—. La quieres mucho, ¿no? Por eso te tiras a la mitad del instituto, ¿a que sí?

—¿Cuál es tu problema? —protestó Gibsie, mirándola enfadado ahora.

—Tú —escupió Lizzie—. Tú y los gilipollas de tus amigos, que os pensáis que sois los dueños del mundo. Jugáis con nosotras como si todo fuera un partido. Sois todos asquerosos. Hasta el último de vosotros, fanáticos de mierda.

Gibsie la miró boquiabierto, ofendido.

—¿Qué te hizo Johnny?

—Sí —preguntó una voz familiar—. ¿Qué he hecho?

Se me paró el corazón al escuchar ese acento de Dublín que, a mi pesar, tan bien conocía.

Destacaba entre todas las voces a nuestro alrededor, al igual que él se destacaba entre todas las personas a nuestro alrededor.

—Eres tan malo como el resto —siseó Lizzie, sin detenerse, mientras dirigía su furiosa mirada hacia Johnny, quien, para mi desgracia, estaba tirando de la silla a mi lado—. Peor. Eres su líder.

—Bueno, eso es una novedad para mí —respondió Johnny con calma.

Entonces se sentó a mi lado y sentí que el trozo de pan que estaba masticando se me pegaba al paladar.

Me lo tragué y lo miré, con los ojos muy abiertos y confundida.

Me sonrió.

—Hola, Shannon.

—Hola, Johnny —susurré, mirándolo fijamente, sintiendo como si el corazón estuviera a punto de salirse del pecho.

—¿Cómo estás? —preguntó, con esa voz grave, taladrándome con sus ojos azules.

—Bien —murmuré—. ¿Cómo estás tú?

Él sonrió con picardía.

—Bien.

Maldición, ahí estaba esa palabra otra vez...

—¿Qué tal el fin de semana?

—Eh, ha estado bien. —Sentí que me sonrojaba—. ¿El tuyo?

—He pasado la mayor parte entrenando —respondió con una sonrisa—. Lo mismo de siempre.

Asentí, sin entender nada de lo que estaba pasando.

—¿C-cómo fue la fiesta?

—No me quedé mucho —dijo. Luego apoyó el codo en la mesa, se volvió hacia dentro y me prestó toda su atención—. En realidad solo fui a dar la cara.

—¿Y eso? —alcancé a preguntar, ardiendo por estar tan cerca de él.

—Entrenamiento —me explicó, golpeteando la mesa con sus largos dedos y mirándome fijamente—. Trato de evitar las fiestas durante la temporada...

—Venga ya, tú también no —gruñó Lizzie—. Ya tenemos bastante con que Thor le coma la oreja a Claire sin que tú empieces con Shannon.

Johnny volvió sus ojos azules hacia Lizzie.

—¿Perdona?

—Ya me has oído —respondió ella.

—¿No puedo hablar con ella? —planteó, arqueando una ceja—. ¿No te gusta compartir a tus amigos?

—Sabes bien lo que estás haciendo —lo acusó Lizzie, desafiante.

—Tienes razón, Gibs —comentó Johnny con un pequeño movimiento de cabeza. Y reclinándose en la silla, añadió—: Pierce es un jodido santo.

—Respeto total —asintió Gibsie, apoyando un brazo alrededor de la silla de Claire.

—Uf —exclamó Lizzie con desprecio, y miró a Johnny y Gibsie con asco—. Os odio a todos.

—¿Con todos te refieres solo a nosotros...? —Gibsie hizo un gesto señalándose a sí mismo y a Johnny—, ¿o a todos los hombres?

—Sobre todo a ti, pedazo de idiota rubio, con ese melón que tienes por cabeza —escupió Lizzie. Empujando la silla hacia atrás, se puso de pie y miró a Johnny—. Y tú no vas muy allá, Capitán Fantástico, por no controlar más a este lerdo.

Dicho eso, Lizzie se dio la vuelta y salió del comedor hecha una furia.

—Guau —susurró Gibsie cuando se fue—. Esa chica me odia en serio.

—Odia a todo el mundo —declaró Claire, tocándole el brazo con dulzura—. No te lo tomes como algo personal.

—Es verdad —decidí añadir—. Solo le caen bien dos personas como mucho.

—Exacto —coincidió Claire—. De veras que no es nada personal. Lizzie solo nos protege.

—Sí, bueno, no tengo la cabeza como un melón —se quejó Gibsie. Luego miró a Johnny—. ¿A que no?

—No, Gibs —suspiró Johnny—. No tienes la cabeza como un melón.

—¿En serio? —Se tocó la cabeza con timidez—. Porque pesé como cinco kilos al nacer, y mi madre siempre está quejándose a sus amigas de que la destrocé con mi enorme cabeza.

—Es una cabeza perfectamente normal, Gibs —lo calmó Johnny—. Muy redondeada.

—¿No es demasiado grande?

—Ya eres mayorcito —le aseguró—. Estás compensado ahora.

Incapaz de contenerme, me reí al ver a Johnny consolando a Gibsie.

—¿Te estás riendo de mi desgracia otra vez, pequeña Shannon? —soltó este con una sonrisa lobuna—. Adelante, sácalo.

Me encogí de hombros sin poder evitarlo, todavía sonriendo.

Era tan raro y entretenido...

—Ahora, volvamos al lío —continuó Gibsie, reclinándose en la silla—. ¿Qué queréis ver esta noche?

Claire frunció el ceño.

—¿Esta noche?

—Vamos al cine —sentenció con una sonrisa traviesa.

—¿Quiénes? —soltó Johnny, tensándose a mi lado.

Gibsie hizo un gesto con un dedo señalándonos a los cuatro.

Abrí la boca desmesuradamente.

—¿Eh?

—La fiera también puede venir —le comentó a Claire—. Si prometes ponerle un bozal.

—Gibs —le advirtió Johnny, sacudiendo la cabeza.

—Vamos, tío —respondió él—. Puedes perderte una sesión por un día. Necesito acompañante hasta que me sienta cómodo conduciendo solo. —Volviéndose para mirarme, dijo—: ¿Qué dices, pequeña Shannon?

Miré a Claire, que tenía la misma mirada de confusión que yo, y luego a Johnny, que parecía tener algún tipo de dolor físico, antes de volverme hacia Gibsie.

«Di que sí, Shannon».

«Ve con ellos».

«Quieres hacerlo».

«Lo quieres de veras».

«Pero te matará».

«Estás muerta si se entera».

Negué con la cabeza y grazné:

—No puedo.

—¿No puedes? —preguntó Gibsie con el ceño fruncido—. ¿Por qué no?

—Porque... Porque no... Es... —Sacudiendo la cabeza, dejé escapar un suspiro entrecortado—. No me...

—No puede, Gibs —intervino Johnny afortunadamente—. Déjalo ya.

—Pero...

—¡Que lo dejes!

Entonces sonó la campana que indicaba el final de la hora de la comida, y Johnny se puso en pie de un salto.

—Vamos, capullo —gruñó, mirando mal a Gibsie—. Tenemos cosas que hacer.

—¿Me paso por tu casa alrededor de las siete? —le preguntó Gibsie a Claire—. ¿Te va bien?

Ella asintió alegremente.

Él le dedicó una gran sonrisa antes de ponerse de pie y alborotarle los rizos.

—Hasta luego, muñequita.

Volví a mirar a Johnny, que estaba de pie junto a la mesa con la cara de malas pulgas grabada.

—Adiós, Johnny —me despedí en voz baja.

Sus rasgos se suavizaron instantáneamente cuando me miró y sonrió.

—Adiós, Shannon.

—Bueno, eso ha sido lo más raro que me ha pasado en mucho tiempo —sentenció Claire cuando los chicos se fueron.

—Sí —alcancé a decir—. Muy raro.

DESCANSOS Y PROPOSICIONES EN EL BAÑO

Shannon

Cuando la gente dice que algo es demasiado bueno para ser verdad, por lo general tiene razón.

Así fue exactamente como me sentí cuando salí del baño el martes por la tarde después de clase y choqué contra el firme pecho de alguien.

Dejé escapar un pequeño chillido.

—¿Cómo te va, Shannon? —preguntó el chico rubio, que me sonaba, sonriéndome.

Los pasillos estaban relativamente vacíos, apenas había unos pocos alumnos deambulando por allí, por lo que supuse que me había estado esperando.

Después de todo, el baño de las chicas no era el típico sitio frente al cual merodearía un chico, especialmente uno vestido con camiseta, pantalones cortos y botas de fútbol.

Sentí pánico, mezclado con una gran cantidad de recelo.

—Eh, bien —respondí, colocándome una y otra vez el pelo detrás de la oreja en un tic nervioso—. ¿Y tú?

—Mejor ahora que estoy hablando contigo —sentenció mientras se acercaba, confirmando mi peor pesadilla, y los tacos de sus botas resonaron contra el suelo.

—¿Me estabas esperando aquí fuera? —me obligué a preguntar, en busca de confirmación oral. No sé por qué, pero necesitaba aclararlo—. ¿Vestido

con el uniforme? —apunté con un gesto hacia su atuendo.

—Estaba entrenando y olvidé mi protector bucal en la taquilla —explicó, sin la más mínima vergüenza—. Te he visto entrar al baño cuando iba para allí, así que he pensado en esperarte para hablar contigo. —Encogiéndose de hombros como si sus desvaríos fueran perfectamente aceptables, añadió —: Soy Ronan, por cierto. Ronan McGarry. Vamos a Francés juntos.

Su tono era amistoso, pero sabía que no debía dejarme engañar.

El amigo podía convertirse en un matón en un nanosegundo.

—Sí. Lo sé —respondí y, dando un paso hacia atrás para recuperar mi espacio personal, agregué—: Bueno, muy amable por tu parte venir a saludarme, pero tengo que coger el autobús. Saldrá enseguida y el conductor no espera...

—Te vi en la cancha aquel día, Shannon —arrulló, con los ojos encendidos por la emoción—. Eso es de lo que quería hablar contigo. —Dio otro paso hacia mí, invadiendo mi espacio una vez más—. Te vi en bragas. Esas espectaculares piernas... Te lo vi todo.

Se me hundió el corazón.

Se me tensó cada músculo del cuerpo por el miedo.

Ahí estaba.

Lo que había estado esperando.

La inevitable burla.

Era vagamente consciente de Ronan McGarry; me había sentado frente a él en clase de Francés las últimas semanas, pero no me había dado cuenta de que estaba en el equipo de rugby.

No lo había visto en el campo la semana pasada, aunque aquel día tampoco vi a nadie más que a Johnny.

Pero no tenía nada que decirle, así que mantuve la boca cerrada y esperé a que hablara.

Lo haría.

Siempre lo hacían.

—Y tengo que serte sincero, Shannon —dijo, tirándome de la trenza con la mano manchada de barro, no con fuerza sino más bien de forma juguetona, pero no me gustó la invasión—. No he podido dejar de pensar en ti desde entonces.

«Finge indiferencia, Shannon».

«Haz ver que no te importa».

Dando un paso hacia un lado para liberar mi pelo de su agarre, resté importancia a sus palabras con un pequeño encogimiento de hombros y me re Coloqué la mochila en los hombros.

Él me miró fijamente durante mucho tiempo, con los ojos centelleando de emoción, antes de decir:

—Eres tímida, ¿no?

—No —respondí en voz baja, y era verdad.

No era tímida.

Podía ser tan abierta y habladora como cualquiera cuando estaba con personas en las que confiaba.

Pero sí que era cautelosa.

Tenía buenas razones para serlo.

Y no confiaba en él.

—Bueno, tímida o no, tienes un cuerpazo de la hostia sin ropa —declaró en voz baja, y se mordió el labio inferior mientras me miraba de arriba abajo con descaro—. Me encantaría que me dieras tu número.

Me quedé boquiabierta.

¿Habla en serio?

Lo miré atónita, tratando de estudiarlo.

Parecía hablar completamente en serio.

—Yo, eh, yo, no... —Sacudí la cabeza y esquivé por poco su mano cuando, una vez más, trató de tirarme de la trenza—. Lo siento, Ronan, pero no le doy mi número a extraños.

Lo último que quería hacer era darle a nadie, aparte de Claire y Lizzie, mi número de teléfono.

Compartir mis datos significaba que los matones tenían acceso directo a mi psique las veinticuatro horas del día durante los siete días de la semana.

Y aunque ya había cometido ese error una vez en mi antiguo instituto, tras un nuevo número de teléfono y gracias a las lacerantes cicatrices de la sensatez ganada con tanto esfuerzo, nunca volvería a hacerlo.

Ronan bufó con sorna.

—No soy un extraño.

—Lo eres para mí —contesté, obligándome a mantenerme firme.

—Vamos, Shannon, no muerdo. —Continuó sonriéndome, pero su expresión era más dura y sus ojos un poco más fríos ahora—. Dame tu número.

—No —repetí, negando con la cabeza—. Lo siento, pero no te conozco lo suficiente como para darte mi número.

—Siempre puedes llegar a conocerme —arrulló, poniéndome una mano firme en el hombro.

Aunque no podía sentirlo a través de mi grueso abrigo, inmediatamente retrocedí ante el contacto, pero él no apartó la mano.

—Tengo que coger el autobús —logré decir, repitiendo mis palabras anteriores. Tenía los hombros más rígidos que el cemento cuando añadí—: Tengo que irme ya o lo perderé. —Me estaba agarrando a un clavo ardiendo, pero quería alejarme de este chico—. En serio, el conductor no me esperará.

—Ya vendrá otro autobús —respondió él—. No vendrá otro como yo.

Madre mía, esperaba que no.

—Escucha —insistió Ronan, cuyo tono había adquirido un deje coqueto—. Se supone que tengo una charla con el equipo en el campo después del entrenamiento. Al entrenador le gusta reunirnos a todos para hablar de estrategias tras nuestras sesiones de entrenamiento.

Me dijo esto como si realmente pensara que me importaba.

No era así.

Solo quería que se alejara de mí.

—Pero no tengo que ir. —Arrastró la mano desde mi hombro hasta mi codo—. Podría saltármela por ti —agregó, e hizo descender la mano más abajo, hasta recorrer el dobladillo de mi falda—. ¿Qué me dices? —preguntó, inclinándose hacia mi oído—. ¿Te apetece volver al baño y conocerme un poco mejor?

—No —espeté, zafándome de él—. No estoy interesada.

—Vamos, Shannon —bufó, ahora elevando el tono y con los ojos refulgiendo por la frustración—. Mira a tu alrededor. —Me puso una mano en el hombro de nuevo, esa vez sin delicadeza—. Nadie nos verá...

Ronan no tuvo la oportunidad de terminar la frase, porque fue arrastrado, literalmente, por la nuca por un chico mucho más corpulento y mayor.

—Eres un cabroncete suicida, ¿no? —le decía el muchacho en un tono extrañamente ligero mientras se alejaba por el pasillo con paso tranquilo y con su enorme mano sujetando la nuca de Ronan, obligándolo a doblarse y caminar como un pato para seguir sus largas zancadas.

Iba vestido con el mismo atuendo; una camiseta de rayas blancas y negras, pantalones cortos blancos y botas que repiqueteaban contra el suelo al caminar, mientras pegotes de fango y hierba se le desprendían de los tacos.

Lo único que los diferenciaba era el número nueve en la parte posterior de la camiseta de Ronan y un número siete en la del grandullón.

Lo reconocí de inmediato.

El número 7.

Gerard «Gibbie» Gibson.

El que le gustaba a Claire.

El que paseaba al gato.

El raro.

«¡Menos mal!».

Los alumnos que seguían deambulando por el pasillo dejaron de hacer lo que estaban haciendo para ver el numerito, pero nadie se metió.

Ni una sola persona intervino para defender a Ronan mientras el gigantesco chaval de pelo rubio se lo llevaba por el pasillo.

—Que me sueltes, Gibbie, joder —chillaba Ronan, intentando sin éxito liberarse de la tremenda fuerza del grandullón—. Solo estaba tonteando.

—Sabes que te va a matar, ¿no? —preguntó este, en un tono lleno de humor, mientras llevaba a Ronan a la entrada principal y luego lo empujaba ceremoniosamente por las puertas dobles de cristal.

—¡Gibbie! —gritaba Ronan, con la cara roja mientras luchaba con la manija de la puerta—. Deja de joderme. Solo estaba siendo simpático con ella.

—Eso no sonaba simpático, chaval —se burló Gibbie—. Eso sonaba desesperado y un poco a violador.

En ese momento, ambos chicos estaban tirando de la puerta; Ronan tratando frenéticamente de abrirla y Gibbie manteniéndola cerrada con bastante facilidad.

—¡Déjame entrar, Gibbie! —rugió Ronan, tirando de la manija como un loco. Solo tenía que empujar la puerta, pero no lo lograba—. Necesito mi inhalador.

—No, ni se te ocurra intentar esa mierda conmigo, McGarry —exclamó Gibbie con una carcajada, manteniendo la puerta cerrada cuando Ronan trató de abrirla—. Conocías las reglas, y no tienes asma.

—¿Y qué? —repuso Ronan, que parecía hecho una furia—. ¿Vas a dejarme fuera del instituto porque él dijera que no?

«¿Qué?».

—Por supuesto.

¿De qué demonios estaban hablando?

—¡No es mi capitán! —gruñó Ronan, presionando la frente contra el cristal.

Estaba muy confundida.

—Ya lo creo que lo es —repuso Gibsie, todavía riéndose, y estaba segura de que la situación le parecía de lo más divertida—. Y los perros que no saben comportarse con la nueva amiga del capi se quedan fuera.

—Vas a pagar por esto, Gibs —siseó Ronan—. Juro por lo que más quieras que si no me dejas entrar, voy a contárselo a mi tío.

—Ah, ¿sí?

—Serás expulsado del equipo por esto. ¡Voy a matarte! —gritó Ronan, golpeando el cristal con los puños.

—Cómeme las pelotas...

—¿Qué está pasando? —retumbó en el aire una familiar voz masculina.

La reconocí de inmediato.

Conocía ese acento.

Sin decidirlo activamente, desesperada busqué con la mirada al dueño de aquella voz, y cuando lo encontré, saliendo muy tieso del comedor con una bolsa de hielo en el muslo derecho, el corazón empezó a retumbarme en el pecho con violencia.

A unos buenos seis metros de distancia como estaba, mi perspectiva visual no era muy buena, pero estaba lo suficientemente cerca para ver cómo cada centímetro de la camiseta de Johnny se tensaba contra su pecho, desde sus anchos hombros hasta sus bíceps, grandes como un tronco, pasando por su grande y esbelto torso.

Tenía las piernas largas y los muslos, gruesos y musculosos, cubiertos de hierba y barro por completo. Me fijé en el pequeño desgarró en la manga de su camiseta, allí donde su bíceps estaba más abultado.

Qué barbaridad, estaba literalmente rompiendo la tela.

Iba vestido de forma idéntica a los otros chicos, con la misma camiseta y pantalones cortos, pero su gran tamaño corporal lo hacía incomparable.

Era casi demasiado grande.

Demasiado musculoso.

Demasiado aterrador.

Demasiado guapo.

Demasiado, en general.

Sacudiendo la cabeza para despejar mis desvaríos, me concentré en la acalorada discusión que estaba teniendo lugar al final del pasillo.

—¿Qué ha hecho ahora este cabroncete? —preguntó Johnny mientras recorría el espacio que lo separaba de Gibsie.

Señalé mentalmente que caminaba con la misma ligera cojera que le había observado en innumerables ocasiones.

Apenas se notaba, pero si te fijabas lo suficiente, como yo parecía hacer constantemente, estaba claro que trataba de no apoyar el peso en la pierna derecha.

Paseaba la mirada entre los tres; de Ronan, que ya no tiraba de la manija de la puerta, sino que se había alejado unos pasos de ella, a Gibsie, que sonreía como el gato de Cheshire, antes de posarla definitivamente en Johnny.

En serio, Gibsie era altísimo, pero Johnny lo era aún más.

Tenía una mancha de barro seco en la mejilla, que intentó limpiarse con el dorso de la mano libre.

El pelo, castaño oscuro, le despuntaba en cuarenta direcciones diferentes.

Probablemente por el sudor, imaginé, o por jugar bajo la lluvia.

Se había parado de tal manera que lo veía de perfil y pude observar el modo en que frunció el ceño cuando Gibsie le habló en voz baja al oído.

No alcanzaba a escuchar lo que decían y no estaba dispuesta a abandonar la seguridad de mi rincón junto a la puerta del baño, pues siempre podía entrar corriendo y encerrarme en un cubículo a llamar a Joey si la cosa se ponía fea.

Segundos después, el cuerpo de Johnny se tensó visiblemente.

—¡¿Qué?!

Lanzó la bolsa de hielo al suelo y cerró las manos en puños a los costados mientras se giraba para mirar por el cristal, lo que reveló el número trece en su espalda.

Dio un paso adelante, pero se detuvo justo en la puerta cuando Gibsie le puso una mano en el hombro.

—¡Estás de broma, joder! —rugió, en respuesta a lo que sea que su amigo le estuviese susurrando al oído.

Johnny giró la cabeza en dirección a Ronan antes de volverse rápidamente hacia mí.

Posó la mirada en mi cara y, joder, parecía hecho un basilisco.

Fue solo una mirada fugaz y enseguida volvió su atención a Ronan.

Esa vez escuché claramente lo que decía.

—Voy a darte cinco segundos de ventaja, pedazo de gilipollas —rugió a través del cristal de la puerta—. Luego te cortaré la polla y te la daré de comer.

—Vete a la mierda, Kavanagh —le gritó Ronan, pero estaba mucho más pálido que antes—. No puedes tocarme.

—Uno —ladró Johnny—, dos, tres, cuatro...

—¿A qué estás esperando? —exclamó Gibsie, agitando las manos en el aire de manera alentadora—. Corre, Forrest.

¿De verdad iban a pelearse?

¿Por mí?

¿De verdad eso era por mi culpa?

No podía ser.

Ni siquiera me conocían.

No era posible.

No me gustaban los enfrentamientos, no los soportaba, y esto tenía toda la pinta de que escalaría.

Decidiendo alejarme de la tensión del momento, giré sobre mis talones y corrí al baño, sin detenerme hasta que estuve a salvo encerrada en uno de los cubículos.

Con manos temblorosas, me descolgué la mochila de los hombros y la tiré sonoramente contra las baldosas del suelo.

Dejándome caer sobre la tapa del inodoro, me incliné hacia delante, apoyé los codos en las rodillas y me hundí las manos en el pelo mientras me balanceaba.

¿Qué demonios acababa de pasar?

¿Qué había sido eso?

¿Qué habría sido de mí si Gerard o Gibsie o como se llamara no hubiera venido?

¿Dónde estaría ahora?

Cuando la adrenalina por la situación anterior se disipó, las lágrimas me resbalaron por las mejillas, pero no porque estuviera disgustada.

Bueno, vale, estaba disgustada, pero mis lágrimas eran de ira.

Lo cierto es que estaba cabreada.

¿Quién narices se creía que era Ronan McGarry?

Más bien: ¿quién se creía que era yo?

Sugiriéndome que me metiese en el baño con él.

Madre mía, parecía que esperaba de veras que aceptara.

Parpadeando para alejar las lágrimas, cerré y abrí los puños mientras las rodillas me rebotaban a medida que la ira y la humillación me recorrían.

Odiaba a los humanos.

Son una gran decepción.

Y pensar que Dios sustituyó a los dinosaurios por el hombre.

Debe de estar que trina.

Frotándome la cara con una mano, me sequé rápidamente la humedad de las mejillas y luché por controlar mis emociones.

Estaba enfadada conmigo misma por ser el tipo de persona que llora cuando está enfadada.

Quería ser de las que gritan.

Una chillona es mucho mejor que una llorona.

También me reventaba quedarme paralizada.

Ronan no tenía ningún derecho a ponerme las manos encima y yo no hice nada para detenerlo.

Las palabras no parecían suficientes para ese chico, y en lugar de darle una patada en las pelotas o apartarle la mano de un manotazo, me callé como siempre hacía.

Ya debería haber aprendido que ser una pusilánime no me hacía ningún bien, y no defenderme tampoco era una opción.

En situaciones como la que acababa de ocurrir, tenía que defenderme.

No debía seguir permitiendo que el miedo se apoderara de mí.

Era muy capaz de defenderme.

No iba a meterme en líos para defender a nadie.

Eso lo sabía, pero el problema era que cada vez que me encontraba frente a un enfrentamiento o dificultad, mi cuerpo (y mi mente) siempre reaccionaban con el mismo mecanismo pocho: me paralizaba.

La gente habla del instinto de supervivencia.

Yo no tenía ninguno.

En lugar de luchar o huir, me quedaba paralizada.

Cada maldita vez.

Hice algunas respiraciones lentas para tranquilizarme, esforzándome por calmar tanto los nervios como los erráticos latidos de mi corazón.

Tuve que sacudir la mano tres veces antes de recuperar la coordinación para lograr desabrocharme los botones superiores del abrigo y sacarme el móvil del bolsillo de la camisa que llevaba debajo del suéter.

Temblando, desbloqueé el teléfono solo para que una nueva oleada de pánico me inundara el torrente sanguíneo cuando miré el reloj digital en la parte superior de la pantalla.

Eran las 17.47.

Mi autobús salía a las cinco y media en punto.

Se me escapó.

Ningún otro hacía la ruta que necesitaba hasta las diez menos cuarto de la noche.

—Mierda —sollocé en voz baja, desplazándome rápidamente por mi lista de contactos en busca del nombre de mi hermano.

Pulsé el botón de llamar y me pegué el teléfono al oído, pero en lugar del típico timbre de llamada, se oyó la robótica voz de la grabación que me hizo saber que no tenía suficiente saldo para realizar esa llamada.

—¡Mierda!

Con un gemido, rápidamente tecleé el código que me permitía enviar el mensaje de texto gratuito de «llámame» a Joey.

Al no obtener una respuesta inmediata, envié otro y luego tres más por si acaso.

Mi madre estaba en el trabajo, por lo que no tendría el móvil consigo, y prefería dormir en ese mismo retrete que llamar a mi padre para que viniera a buscarme, aunque tampoco hubiese venido si se lo hubiese pedido.

Treinta minutos después, había enviado al menos otros veinte mensajes de «llámame» a mi hermano, pero fue en vano.

Obviamente, o bien no tenía el móvil consigo, o bien lo tenía en silencio.

Supuse que sería lo segundo, ya que Joey rara vez salía de casa sin él. Probablemente hubiese olvidado ponerlo en sonido cuando salió de clase.

No sabía qué más hacer aparte de esperar en el instituto hasta que llegara el próximo autobús.

Sabía que el centro permanecía abierto hasta tarde para programas extracurriculares y tutorías.

Técnicamente nunca cerraba, pues también era un internado, pero la zona principal estaría abierta hasta al menos las nueve de la noche.

Me rugió el estómago con fuerza, rompiendo el silencio.

Al comprobar la hora nuevamente, vi que eran las 18.18.

Tenía unas rebanadas de pan sobrantes en la fiambra.

Podría ir a la zona común y hacerme unas tostadas mientras esperaba.

Tendría serios problemas cuando llegara a casa, pero por nada del mundo iba a caminar los veinticuatro kilómetros que había hasta mi casa.

Estaba segura de que podía recorrer a pie esa distancia.

Era a quién podría encontrarme en el camino lo que me preocupaba.

Me puse de pie, volví a guardarme el móvil en el bolsillo de la camisa, me abroché de nuevo el abrigo, cogí la mochila y salí del cubículo para lavarme las manos antes de dejar la seguridad del baño.

Pegué la oreja a la puerta y escuché un buen rato.

Al no llegarme sonidos de violencia ni gritos del otro lado, abrí la puerta y salí.

Como un horrible *déjà vu*, salí del baño y fui directa a un firme y musculoso pecho.

QUÍTALE LAS MANOS DE ENCIMA

Johnny

Me ardía la ingle y el cuerpo me hervía con una ira apenas contenida.

Llevarme una patada en la entrepierna mientras estaba en el fondo de una melé durante el entrenamiento no era mi idea de una sesión productiva.

Necesité unos buenos cinco minutos respirando por la nariz mientras yacía desplomado en el campo antes de estar seguro de que el jodido contenido de mi estómago se mantendría allí y pude ponerme de pie.

Resistiendo la reacción instintiva de mutilar y matar al culpable, que resultó ser un amilanado Hughie, me salté los últimos cinco minutos de entrenamiento para ir en busca de una bolsa de hielo.

Se acercaba la final de la liga y los imbéciles de mis compañeros me iban a dejar fuera antes de que llegáramos.

Desmadrarme un poco el fin de semana pasado estuvo muy bien y ganar la liga escolar fue una pequeña victoria que alegró al equipo, pero yo tenía la atención puesta en la copa y la suya también debería estarlo. Aunque al parecer no era así, por la penosa sesión de entrenamiento del día anterior y el pobre rendimiento de esa tarde.

Salía del comedor con una bolsa de hielo pegada a las pelotas y otra presionada contra el muslo cuando retumbó en el aire la voz de Gibsie, seguida por la molesta voz de Ronan McGarry.

—¿Qué ha hecho ahora el cabroncete? —dije cuando lo vi, de pie cada uno a un lado de la puerta acristalada de la entrada.

—Que no se te vaya la pinza —me avisó Gibsie en voz baja—. Lo tengo bajo control.

—¿Qué? —pregunté.

Gibsie soltó un suspiro.

—Se estaba metiendo con Shannon frente al meadero. —Se frotó la cara con la mano—. Intentaba que entrara en el baño con él.

Sentí que se me tensaba todo el cuerpo cuando una densa neblina de ira me nubló la visión.

Estaba cabreadísimo con Gibsie por su jugada del día anterior durante la comida, pero en ese momento estaba agradecido por su intromisión.

Lancé la bolsa de hielo al suelo y, mientras miraba por la cristalera, gruñí:

—¡Estás de broma, joder!

—No. Él también se puso un poco como un energúmeno con ella —añadió Gibsie, mirando a través del cristal a Ronan—. Al parecer, McGarry tiene problemas de audición, porque la chica claramente le dijo que no.

Mis piernas se movieron antes de que mi cerebro tuviera la oportunidad de opinar.

Lo avisé.

Le advertí a ese pedazo de mierda que la dejara en paz, hostia ya.

Iba a matar al muy cabrón.

—No lo hagas —me advirtió Gibsie mientras me cogía del hombro y me empujaba hacia atrás—. La chica está justo ahí, tío.

Me di la vuelta y encontré a Shannon mirándome con los ojos muy abiertos.

Parecía aterrorizada.

—Me cago en todo —me quejé, volviéndome rápidamente para no ver el miedo en esos ojos azules.

Llevaba el día entero haciendo todo lo posible para mantener la distancia, pero el jodido McGarry acababa de fastidiarlo.

Le odiaba.

Era una palabra fuerte, pero describía con precisión mis sentimientos hacia aquel idiota.

Le advertí que no se acercara a ella, pero él fue y lo hizo de todos modos.

Tal vez si usaba los puños en lugar de las palabras, me tomaría en serio.

Si no lo hacía, íbamos a tener un problema aún mayor.

Volviéndome hacia Ronan, siseé:

—Voy a darte cinco segundos de ventaja, pedazo de gilipollas. Luego te cortaré la polla y te la daré de comer.

—Vete a la mierda, Kavanagh —escupió McGarry—. No puedes tocarme.

—Uno —gruñí, cogiendo la manija de la puerta—, dos, tres, cuatro...

—¿A qué estás esperando? —se rio Gibbs entre dientes, haciendo gestos con las manos para ahuyentarlo—. Corre, Forrest.

—Cinco —ladré y luego abrí la puerta.

McGarry salió disparado como un perro escaldado, corriendo a toda velocidad.

Podía ir tan rápido como sus piernas se lo permitiesen y aun así no podría dejarme atrás.

Lesionado o no, yo era una maldita bala.

—Lo siento —rugió por encima del hombro mientras corría por el patio—. ¡Para, lo siento! No volveré a acercarme a ella.

—Demasiado tarde, imbécil —le contesté, acercándome a él.

Alargué una mano para cogerlo por la parte de atrás de la camiseta y tiré de él para que se detuviera abruptamente.

—Suéltame —siseó, tratando de zafarse.

—Ven aquí, mierdecilla —le dije mientras lo arrastraba por los escalones hasta la pista de Educación física.

—¡Haz que pare! —le gritó Ronan a Gibbsie, que nos seguía—. Gibbs, vamos, tío.

—Ni en sueños, chaval —respondió este—. A diferencia de ti, que eres un idiota, yo no soy un suicida y no tengo intención de ponerme en el paredón.

Hecho una furia, avancé dando zancadas por el pasillo y abrí la puerta del vestidor de un manotazo.

Todo el equipo estaba dentro y se volvió para mirarnos.

—Oh, venga ya —se quejó Hughie con una mirada de resignación en el rostro al vernos entrar—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Ha roto las reglas —se rio Gibbsie—. Le va a dar fuerte y flojo.

—Con lo bien que estábamos... —suspiró Feely.

—Eh, ¿Johnny? —murmuró Cormac Ryan, rascándose la pelona barbilla—. ¿Crees que deberías estar haciéndole eso al sobrino del entrenador...?

—Alégrate de no ser tú, pedazo de imbécil —gruñí, manteniendo mi agarre mortal sobre McGarry mientras lo arrastraba hacia las duchas.

—¡Haced que pare! —pidió Ronan—. Tíos, ¡ayudadme!

Nadie se movió.

Bien.

Estos muchachos eran leales.

—¿Crees que puedes ponerle las manos encima? —siseé una vez en las duchas y lejos del equipo. Soltándole el cuello, lo empujé contra la pared—. ¿Y bien?

—Solo tonteaba con ella —se justificó, impulsándose con la pared—. Que era una broma. Joder, relájate.

—¿Te parezco relajado? —Di un paso hacia él—. ¿Me estoy riendo, gilipollas?

—Atrás —advirtió McGarry, levantando los puños frente a él—. Lo digo en serio, Kavanagh. Retrocede de una vez.

—Bonitas palabras —gruñí, acercándome a él—. Lástima que no sepas su significado.

Me lanzó un gancho y logró darme en un lado de la mandíbula.

Un movimiento peligroso.

—Hijo de puta impertinente —bufé.

Recorrí la distancia entre nosotros, lo cogí por la cabeza y le hundí la mía en el puente de la nariz.

Oí un crujido extremadamente satisfactorio.

El reguero de sangre que le corría por la cara hizo poco para saciar la furia que ardía dentro de mí.

—¡Aaah, joder! —rugió Ronan, que cayó al suelo tapándose la nariz—. Creo que me la has roto, Johnny.

—Se cura después de romperse —empecé. Cogiéndolo de la camiseta, lo arrastré a una de las duchas, golpeé con una mano el pulsador cromado circular que sobresalía de la pared y observé cómo el agua helada caía sobre él—. Pero tu columna no. —Agachándome frente a él, le sostuve la cara bajo el chorro—. Y eso es exactamente lo que te destrozaré si la miras de nuevo.

—Solo estaba hablando con ella —alcanzó a decir, con la cara roja—. Joder.

—¡Pues no hables con ella! —escupí, mirándolo fijamente a esa cara de imbécil—. No la mires ni la toques. Ella no es para ti. —Con gran esfuerzo, me obligué a soltarlo y dar un paso atrás—. ¿Ha quedado claro esta vez?

—Como el agua —murmuró McGarry por lo bajo.

—Será mejor que hables en serio esta vez, chaval —le dije en un tono de advertencia—. Porque si me provocas con esto, te mataré.

—Se ha acabado —rechistó—. Hostia puta.

Volví a fulminar a Ronan con la mirada una última vez antes de regresar al vestuario.

Como era de esperar, Gibsie estaba sentado en el banco con una sonrisa de mierda grabada en el rostro.

—¿Está vivo?

—Por ahora —mascullé.

Quitándome las botas de fútbol de una patada, saqué un pantalón de chándal de la mochila y me lo puse sobre los cortos que llevaba.

Ya me ducharía cuando llegara a casa.

En ese momento, necesitaba largarme de ese lugar antes de explotar como un globo.

Había demasiados gilipollas a mi alrededor (McGarry y Ryan, para ser exactos), y no confiaba en mí mismo.

Irónicamente, la letra de la canción «Stuck in the Middle» me vino a la mente.

Sacudiendo el pensamiento, me concentré en recoger mis cosas.

Cuando lo tuve todo guardado en mi bolsa de deporte, salí del vestuario sin decir una palabra a mis compañeros.

Por suerte, Gibsie no me siguió.

Había metido mi bolsa en el asiento trasero del coche y me dirigía hacia el lado del conductor cuando sentí en el estómago una repentina punzada de incertidumbre.

¿Estaba ella bien?

¿Debería volver a comprobarlo?

No, probablemente se había ido a casa.

Y yo debía irme a la mía.

Pero ¿y si no lo estaba?

«No tienes tiempo para esto, imbécil —me advirtió mi cerebro—, tienes sesión con tu entrenador personal en una hora».

Sacudiendo la cabeza, abrí la puerta del coche solo para volver a cerrarla rápidamente y regresar al instituto.

«Solo vas a ver cómo está, a asegurarte de que está bien, y luego te largarás —me dije mientras caminaba por el centro hacia el baño de chicas—. No hay nada de malo en eso».

Pero no era cierto.

Había algo muy malo en la situación.

Estaba frente al baño de chicas, esperando a que saliera alguien que, para empezar, tal vez no estuviera allí.

Yo era tan rastrero como McGarry.

Asqueado conmigo mismo, me di la vuelta para irme.

Recorrí un metro y medio antes de volver sobre mis pasos al maldito baño.

¿Qué cojones me pasaba?

Estaba sumido en mis pensamientos, librando una batalla interna con mi conciencia, cuando la puerta del baño se abrió de golpe y una diminuta chica salió corriendo y se estrelló contra mi pecho.

En el momento en que posé la mirada en ella, supe que tenía problemas.

«Deberías haberte ido a casa mientras podías, capullo —siseó mi mente—. Ahora no irás a ninguna parte».

¿No era esa la verdad?

QUÉ COCHE MÁS RÁPIDO TIENES

Shannon

Mi cuerpo se golpeó contra una firme pared de músculos, lo que hizo que se me cayera al suelo la mochila por el impacto.

Instintivamente, me llevé las manos a la cara; modo supervivencia activado.

Si no estuviera tan asustada, me habría sentido orgullosa del grito que me desgarró el pecho.

Era un paso.

Dos grandes manos se apresuraron a calmarme sujetándome las extremidades, que yo sacudía.

—Hey, hey, tranquila. —Reconocí cierto acento de Dublín de inmediato—. Chisss, calma. Soy yo.

Muerta de alivio, lo miré a la cara y lo reconocí.

—Ay, madre. —Mis palabras salieron en un jadeo agudo, mientras lo miraba fijamente, respirando fuerte y con rapidez—. Casi me provocas un infarto.

—Mierda, lo siento. —Johnny me soltó y dio un paso atrás, extendiendo las manos frente a él—. Llevabas tanto rato en el baño que pensé que iba a tener que llamar a un equipo de rescate o algo así.

Dio otro paso hacia atrás y luego se llevó una mano a la nuca; parecía un poco incómodo.

Todavía llevaba la misma camiseta con las mangas ligeramente rasgadas en los bíceps, pero se había cambiado los pantalones cortos por unos de chándal grises y las botas de fútbol, por un par de bambas.

—Solo quería comprobar que estabas bien —explicó encogiéndose de hombros, luego dejó caer las manos a los costados y preguntó—: ¿Lo estás? ¿Lo estaba?

—Creo que sí.

Me latía el corazón a mil por hora y sentí que estaba a dos segundos de desmayarme por la adrenalina que me corría por las venas.

Presionándome una mano contra el pecho, respiré profundamente varias veces para calmar mis agotados nervios antes de poder hablar.

Johnny era mucho más alto que yo, tanto que tuve que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara cuando le pregunté:

—¿Me estabas esperando?

—Eh, sí —admitió él metiéndose las enormes manos en los bolsillos de la sudadera—. Quería asegurarme de que estabas bien. Gibsie me ha contado lo que te ha dicho.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Johnny asintió sombríamente con la cabeza—. Ese hijo de puta no volverá a molestarte.

—¿Ronan?

Él asintió, apretando la mandíbula.

—Escucha, necesito que me creas cuando te digo que el numerito con McGarry ha tenido más que ver conmigo que contigo —dijo. Se movió incómodo y se pasó una mano por el alborotado pelo—. Le gusta ponerme a prueba, a mí más que a la mayoría.

¿Ponerlo a prueba?

¿Tener que ver más con él que conmigo?

—Oh. —No sabía muy bien qué responder a eso—. Gracias —añadí, porque agradecerse lo parecía lo correcto.

—No hay problema.

—Eh... ¿Lo has cogido? —pregunté, pero me arrepentí inmediatamente.

¿Por qué estaba conversando con él?

Esa era mi señal para irme.

¿Por qué no me iba?

Y ¿por qué seguía mi corazón intentando salirse del pecho?

¿Iba a pasar esto cada vez que me topara con él?

Si era así, necesitaba ayuda médica.

—A Ronan —aclaré, enfangándome aún más—. Estabas contando hasta cinco.

—Como he dicho —respondió Johnny, con la mandíbula apretada—, no volverá a molestarte.

Abrí mucho los ojos.

—No lo has matado, ¿verdad?

Soltó una carcajada.

—No, Shannon, no lo he matado.

—Ah, vale. —Solté un pesado suspiro—. Menos mal.

Inclinó la cabeza hacia un lado con expresión de curiosidad, y preguntó con voz suave:

—¿Menos mal?

—Bueno, s-sí, sí —balbuceé—. Supongo que siempre es mejor evitar cargos por asesinato.

—Supongo que eso es cierto —afirmó con una sonrisilla.

—Bueno, yo estoy, eh, bien —declaré, en un tono un poco tenso—. Gracias por asegurarte.

Él arqueó una ceja.

—¿Seguro?

—Sí.

—Bien.

—Bien.

No hizo ningún ademán de alejarse y, por extraño que parezca, yo tampoco.

Ambos nos quedamos allí, a medio metro de distancia, él observándome y yo mirándolo fijamente.

Era difícil explicar lo que estaba pasando, pero casi parecía que estuviera reteniendo mi aspecto en la memoria.

Al menos, eso era lo que estaba haciendo yo.

Johnny tenía la mirada fija en mi cara, con esos ojos azul oscuro, y la paseaba una y otra vez de mis ojos a mis labios.

Me estaba absorbiendo descaradamente, sin el menor intento por disimularlo.

Era desconcertante y emocionante a la vez.

Entonces me vibró el móvil contra el pecho, lo que me sobresaltó y, por suerte, me dio un muy necesario respiro de la extraña tensión que nos envolvía.

Me desabroché el abrigo, me saqué el teléfono del bolsillo y cuando vi el nombre de Joey parpadeando en la pantalla, rápidamente pulsé aceptar.

—¡Shannon! ¿Qué pasa? —dijo mi hermano—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo...? —Se le rompió la voz y gruñó al teléfono—: Si uno de esos pijos hijos de puta te ha hecho algo, se me va a ir la p...

—Estoy bien —solté, interrumpiéndolo en medio de su perorata—. Estoy bien. Tranquilízate.

Miré a Johnny, que todavía estaba allí, observándome con atención.

—He perdido el autobús —continué, dándole la espalda para recuperar la compostura que tanto necesitaba—. Y el próximo no pasa hasta las diez menos cuarto de la noche —expliqué rápidamente, manteniendo la voz muy baja—. Ya está oscuro y no quiero ir andando por si... —Me detuve antes de terminar la frase, y luego me apresuré a preguntar—: ¿Estás con Aoife? ¿Podéis venir a recogerme?

Joey tenía carnet, pero no coche.

Su novia, que todavía se lo estaba sacando, tenía un Opel Corsa de catorce años.

Era viejo y lento, pero funcionaba.

Aoife había puesto como conductor autorizado en su seguro a Joey, que le hacía de chófer la mayoría de los días y sabía que le dejaba cogerlo prestado cuando quisiera.

—Me he quedado tiradísima, Joe —agregué, en voz baja—. No te lo pediría si no estuviera desesperada.

—Ay, joder, Shan. Trabajo hasta las nueve —se quejó él—. Me llamaron para cubrir a uno de los muchachos, y Aoife trabaja hasta las diez y media los martes, así que tiene el coche ella. ¿Has probado con mamá?

—Trabaja en el turno de tarde —murmuré—. Y no voy a llamar a papá.

—¡No! Por Dios, no lo llames —coincidió Joey, en tono duro. Suspiró profundamente al otro lado de la línea y me indicó—: Mira, cuelga y dame unos minutos. Llamaré a algunos de los muchachos, a ver si alguien puede ir a recogerte. Te llamo en unos minutos.

—No, no lo hagas —me apresuré a intervenir, pues la idea de subirme a un coche con uno de sus amigos, por muy tolerantes que fueran conmigo,

no era algo que me apeteciera—. El centro permanece abierto hasta tarde. Puedo esperar aquí hasta que llegue el autobús.

Un golpe suave en mi hombro desvió mi atención de la llamada.

Al darme la vuelta, levanté la cabeza y miré a Johnny a los ojos.

—Yo puedo llevarte a casa —dijo, sin desviar la mirada.

Abrí la boca, pero no salió nada más que balbuceos.

—Tengo el coche aparcado fuera —afirmó, señalando con la barbilla hacia la entrada—. Puedo llevarte a casa.

—Yo, eh, yo... —Sacudí la cabeza, respiré hondo y lo intenté de nuevo—. No, no, no pasa nada. No tienes que hacerlo.

—Sé que no tengo que hacerlo —respondió él lentamente—. Me estoy ofreciendo.

—¿Hacer qué? —ladró Joey por el teléfono—. ¿Shan? ¿Qué es lo que está pasando? ¿Con quién estás hablando?

—Oh, eh, solo un chico del instituto —le expliqué, con la cara ardiendo de vergüenza.

Johnny arqueó una ceja.

Me puse roja como un tomate.

Mi reacción dibujó una sonrisa en sus carnosos labios.

—¿Un chico? —preguntó mi hermano, atrayendo mi atención de nuevo a nuestra llamada—. ¿Qué chico?

—Solo un chico que conozco —alcancé a decir en un tono agudo. Mordiéndome el labio inferior, miré a Johnny y añadí—: De verdad, no pasa nada. No tienes que llevarme a casa.

—Espera, ¿quién te lleva a casa, Shannon? —insistió Joey en el teléfono, distrayéndome una vez más—. ¿Por qué estás hablando con tíos lo bastante mayores como para llevarte a casa? ¡Tienes quince años!

—Sé la edad que tengo, Joey —repuse con los nervios destrozados—. Mira, relájate. —Me puse la palma de la mano contra la frente y anuncié—: Esperaré aquí hasta que llegue el autobús.

—Que se ponga al teléfono —ordenó Joey.

—¿Qué? —Me había quedado boquiabierta—. ¿Quién?

—El chaval que es solo un chico que conoces y que tiene coche —escupió, devolviéndome mis palabras.

Me resistí.

—¿Por qué?

—Porque quiero hablar con él —contestó Joey con impaciencia.

Eché un vistazo a Johnny, que me miraba expectante.

Desviando la mirada, susurré:

—¿Por qué quieres hablar con él?

—Porque quiero hablar con el cabrón que se ofrece a llevar a mi hermanita a casa en su coche, por eso.

Dejando escapar un suspiro de impaciencia, Johnny se aclaró la garganta y extendió una mano.

Se la miré y parpadeé confundida.

—Dame el móvil —me pidió con calma.

—¿Mi móvil?

—Sí —asintió Johnny—. Tu móvil.

Al no hacer ningún ademán para dárselo, me lo quitó de la mano y se lo llevó a la oreja.

—Hola, soy Johnny —se presentó al otro lado de la línea, sosteniendo mi móvil de mierda—. Sí, conozco a tu hermana... —Hizo una pausa antes de decir—: Kavanagh... Sí, soy yo. —Siguió otra pausa antes de que asintiera—. Gracias. Fue un gran partido en todos los sentidos.

Muerta de vergüenza, me estiré para tratar de recuperar mi teléfono, pero era demasiado alto.

Con una mano extendida entre nosotros para mantenerme a raya, Johnny continuó hablando con mi hermano.

—Probablemente —dijo al teléfono—. Sí, es una jugada arriesgada. No, las entradas para la gira de verano no salen a la venta hasta mayo... Claro, veré qué puedo hacer. Pero solo partidos en casa... Genial.

¿Qué?

En serio, ¿qué?

«Confundida» no explicaba ni de lejos cómo me sentía en ese momento.

—Soy muy consciente de ello —asintió Johnny en un tono seco, obviamente respondiendo a algo que Joey estaba diciendo—. No, yo no... Somos, eh, sí, somos amigos... Obviamente... Tengo el carnet... Sí... —Me echó una rápida mirada—. Diecisiete... Lo sé... Sí, lo pillo... Sé la diferencia... No lo haré —afirmó Johnny antes de colgar y entregarme el móvil.

—¿Qué acaba de pasar? —alcancé a preguntar, mirando la pantalla de mi teléfono, que estaba apagada—. ¿Qué te ha dicho?

Johnny se encogió de hombros, pero no respondió a mi pregunta.

En su lugar, se agachó y me cogió la mochila.

—Vamos. —Echándosela al hombro, me puso una mano en la espalda y me empujó hacia delante—. Tu hermano me ha dado permiso para llevarte a casa.

—¿Dónde está tu mochila? —solté, al ver que solo llevaba la mía.

—Está en el coche —contestó, sin dejar de guiarme hacia la puerta—. Vamos.

Lo acompañé como un cordero que llevan al matadero, sabiendo que era una idea terrible, pero incapaz de detener el movimiento de mis pies.

Solo había un puñado de alumnos en los pasillos, pero juro que sentí cada una de sus miradas mientras caminaba hacia la entrada principal con Johnny.

Abrió la puerta de cristal y esperó a que yo saliera antes de seguirme.

No tenía ni idea de qué hacer o qué decir.

Estaba tan fuera de mi zona de confort que apenas me mantenía en pie.

Me sentía un poco mareada, la verdad.

Caminamos uno al lado del otro en silencio a través del patio y bajamos por la avenida hacia el aparcamiento para estudiantes.

A pesar de que era 1 de marzo y el segundo mes de primavera en Irlanda, ya había oscurecido, por no mencionar el frío helado que hacía.

No me gustaba estar fuera en la oscuridad, y me encontré pegada a él.

Golpe en la cabeza o no, una parte de mi cerebro me dijo que estaba a salvo con ese chico.

Probablemente era la parte conmocionada la que hablaba.

—No te ha hecho daño, ¿verdad? —preguntó Johnny, rompiendo el silencio, cuando entramos en el aparcamiento.

—¿Qué? —Giré la cara para mirarlo—. No, no, estoy bien.

—¿Estás segura? —Miraba al frente, así que yo hice lo mismo, pues me sentía demasiado expuesta con él—. ¿No te ha puesto las manos encima?

—Estoy segura —repetí y, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo, mantuve la mirada en la fila de coches de enfrente—. Estoy bien.

Johnny se tensó y el movimiento hizo que su brazo rozara el mío.

—Puedes contármelo si lo ha hecho, ¿vale? —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves—. No tienes que tener miedo.

—No lo ha hecho.

—Vale, bien —murmuró, apretando un botón en una elegante llave negra de coche. Destellaron las luces desde un vehículo cercano y nos condujo hacia él—. Este es.

—Guau —farfullé cuando estuve lo suficientemente cerca para distinguir el impresionante coche—. ¿Tienes un Audi?

—Sí —asintió, tirando de una de las manetas para abrir la puerta trasera.

—¿Es tuyo?

—¿Por qué, si no, lo conduciría?

Me encogí, avergonzada.

—Supongo que podría ser de tus padres o algo así.

—No, es mío —respondió—. Ellos tienen el suyo propio.

—Oh —susurré, asombrada.

Estaba muy oscuro, por lo que no habría sabido decir si el coche era negro o azul marino, pero, santo cielo, de noche o no, estaba claro que era lujoso.

Y nuevo.

Y rápido.

Y caro.

No es de extrañar que no quisiera que le devolviera los sesenta y cinco euros.

—¿Es un A3? —pregunté, asombrada.

—Sí —contestó Johnny, dejando mi mochila en el asiento trasero, donde se unió a otra mochila y varias bolsas de deporte más, todas con diferentes escudos del club.

Distinguía una bolsa de deporte a un kilómetro de distancia, después de haberme pasado la mayor parte de la vida tropezándome con ellas.

También era dolorosamente consciente del hedor a adolescente que salía de una de ellas. Era similar al que emanaba del dormitorio de Joey; un olor característico compuesto por una combinación de sudor, sexo y hombre.

Mirando por encima de su hombro, ignoré el tufo a adolescente y me maravillé con el interior de cuero.

—¿Te gustan los coches o algo así? —preguntó, girando la cabeza justo a tiempo para pillarme husmeando tras él.

—En realidad no —reconocí. Retrocedí un paso y me encogí de hombros, sintiendo una oleada de calor inundarme el rostro, así como un

gran alivio al haber sido pillada mirando su coche y no el culo que le hacían esos pantalones.

Porque también me había fijado bien.

Era difícil no hacerlo.

Era redondo y firme y...

—Pero a mi hermano Joey sí, así que conozco muchos modelos por él — me apresuré a explicar para distraerme de mis pensamientos peligrosos—. Es un coche rápido.

—Sí, me sirve por ahora.

—¿Por ahora?

Asintiendo, Johnny cerró la puerta trasera y me dedicó una rápida sonrisa antes de abrir la puerta del copiloto.

—Ay, mierda —se quejó, mirando el interior, consternado—. Perdón. No pensaba que fuera a llevar a nadie.

Abarqué con la mirada el caos absoluto que era el asiento delantero.

La hostia.

Era un desastre total.

—Puedo sentarme en la parte de atrás si lo prefieres —sugerí para no incomodarlo más de lo que ya estaba.

—¿Qué? No —murmuró Johnny, rascándose la mandíbula—. Dame un segundo solo.

Se metió en el coche, recogió una brazada de botellas vacías, calcetines, envases de plástico, paquetes de chicles, botes de desodorante y toallas, y lo tiró todo sobre el respaldo del asiento.

Tuvo que repetir tres veces más el proceso de tirar la basura del asiento delantero al trasero antes de que el espacio estuviera despejado, deteniéndose entremedias para guardar una cartera negra que, según me informó, había estado buscando.

Finalmente, cuando terminó con la limpieza improvisada, volvió a salir, sonriendo algo avergonzado, y dijo:

—Creo que ya está.

Sonreí.

—Gracias de nuevo por ofrecerte a llevarme a casa.

—No hay problema —respondió—. Supongo que todavía te lo debo por romperte la cabeza, ¿no?

—No me la rompiste —me apresuré a aclarar—. Tan solo me trastocaste un poco el cerebro.

Johnny hizo una mueca.

—En cierto modo sí lo hice, ¿no?

—Bueno —barrunté—, son veinticuatro kilómetros hasta mi casa. Así que entre el dinero, la amenaza de cortar el pene a Ronan y el viaje en coche, creo que estamos en paz.

—No va contigo a clase, ¿verdad? —Johnny dejó escapar un suspiro de frustración—. Porque eso también se puede arreglar.

—Solo tenemos una clase juntos dos veces por semana —le expliqué.

La proporción entre hombres y mujeres en tercero estaba muy desequilibrada: había ochenta chicos y solo cinco chicas.

Todas las cuales habían sido colocadas en la misma clase, 3A.

Por suerte para mí, Ronan McGarry estaba en 3D, así que, con la excepción de un par de clases mixtas que había durante la semana, no tendría que verlo.

—Nunca me había dicho una palabra hasta esta tarde —agregué.

—Bueno, si te hueles la más mínima mierda, házmelo saber —gruñó Johnny—. Y lo arreglaré.

—¿Lo arreglarás? —pregunté—. Lo dices como si fueras de la mafia o algo así.

Johnny soltó una carcajada y aguantó la puerta abierta, haciendo un gesto con la mano.

—Vamos, Shannon como el río. Sube al coche.

Fue tan inesperado, y yo estaba tan distraída con él, que no vacilé en absoluto.

Simplemente me subí, me abroché el cinturón, y lo observé cerrar la puerta y dar la vuelta corriendo al morro del coche hasta llegar a su lado.

No fue hasta que estuvo en el asiento del conductor y con las puertas cerradas cuando sentí que se me aceleraba el corazón y me invadía la habitual oleada de ansiedad.

—Joder, qué frío hace —comentó Johnny, frotándose las manos antes de arrancar el motor—. Es tarde para coger un autobús —añadió, encendiendo la luz del techo—. Las clases terminan a las cuatro.

—Sí, lo sé. —Junté las manos, hecha un completo manojo de nervios—. Pero el autobús de las cinco y media es el único que pasa por mi calle.

—Qué mierda.

—No es tan malo —repuse, ajustándome el cinturón de seguridad—. Por lo general, me las arreglo para hacer la mayor parte de los deberes antes de salir del instituto por la tarde.

Entonces me recorrió un pequeño escalofrío, al que Johnny respondió automáticamente:

—¿Tienes frío?

Inclinándose hacia delante, encendió la calefacción al máximo y luego volvió a frotarse las manos mientras tiritaba.

—No debería tardar mucho en derretirse —agregó, señalando la fina capa de hielo en el parabrisas.

—Estoy bien, pero probablemente deberías ponerte un abrigo —le dije, mirándole los brazos desnudos—. O al menos un jersey. Estamos como a dos grados en el exterior. Acabarás enfermo.

—Qué va, estoy acostumbrado —arguyó—. Paso la mayor parte del invierno en la cancha bajo la lluvia.

—Jugando al rugby —terminé por él, pensativamente.

—Eso es. —Ahucándose las manos frente a la boca, se echó vaho en ellas y continuó frotando—. ¿Tú practicas algún deporte?

—No. —Negué con la cabeza y me toqué un botón del abrigo—. Aunque me gusta ver jugar.

Inclinando la cabeza hacia un lado, me estudió el rostro.

—¿Ves mucho rugby?

Podía sentir el peso de su mirada en mis mejillas.

Me ardían.

—Ah, no —murmuré—. O sea, vi el partido de la semana pasada, veo a Irlanda en el campeonato de las Seis Naciones cada año y a veces sigo el fútbol. Pero sobre todo fútbol gaélico y hurling. —Le eché un vistazo—. Mi hermano Joey, el chico del teléfono, juega para Cork.

—Estás de coña —exclamó Johnny, con las cejas levantadas—. ¿En semiprofesional?

—No, solo tiene dieciocho años, así que está con los juveniles por ahora —contesté—. Pero se rumorea que entrará en la selección absoluta la próxima temporada.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso, el nombre de Joey Lynch me suena —comentó Johnny, pensativo. Se giró para mirarme, con una expresión llena

de interés—. Va al instituto público de Ballylaggin, ¿verdad? ¿Es hurler?

—Sí —asentí—. Jugó durante años tanto a fútbol gaélico como a hurling, como la mayoría de la gente, pero cuando lo seleccionaron a nivel regional, dejó el fútbol.

—Mola. —Johnny suspiró. Parecía impresionado cuando se recostó contra la puerta y dijo—: No es fácil que te seleccionen a nivel regional en ningún lado, pero mucho menos en Cork, donde la competencia es feroz.

—No lo es, no —coincidí. Sin mover el resto del cuerpo, giré la cabeza para mirarlo—. La gente no entiende lo increíblemente difícil que es jugar a ese nivel y mantenerse ahí. Dan por hecho que es fácil para los atletas y que están consentidos y se creen con derecho, pero no ven los enormes sacrificios que hacen estos chicos a diario por otro lado.

—Qué me vas a contar —respondió, asintiendo con la cabeza.

Apoyando un pie en su asiento, Johnny se pasó un brazo alrededor de la rodilla y apoyó el otro en el volante para prestarme toda su atención.

—¿Tu hermano está aprovechando la oportunidad?

—Supongo —contesté, pensando en Joey y su actitud ante la vida.

Esto se me hacía raro.

Por lo general, no era muy habladora.

No con extraños al menos.

Sin embargo, no me sentía así con él.

Me sentía curiosamente comunicativa, y el interés de Johnny en lo que tenía que decir me animó a seguir hablando.

Además, mi hermano era un tema seguro.

Todo el mundo adoraba a Joey, incluso yo misma, y estaba orgullosísima de sus logros.

—Pero todavía está en el instituto, haciendo bachillerato, y tiene muchas distracciones. Nuestro padre quiere que se centre en el hurling al cien por cien, pero Joe es un chico sociable. Le cuesta no ver a sus amigos —seguí divagando y Johnny siguió escuchando atentamente lo que le estaba contando—. La verdad es que tiene el talento y la habilidad para jugar en cualquier categoría —dije sinceramente, agradecida de cada asentimiento que hacía Johnny mientras hablaba—. Mantenerse centrado es su mayor problema, y hay distracciones por todas partes. Todo el mundo te busca cuando estás en el ojo público, y a Joey le cuesta mantener los pies en la tierra. Tuvo algunos problemas hace un tiempo...

—¿Problemas? —Johnny arqueó una ceja.

—Eh, sí.

—¿Con...?

«La vida». Me sonrojé.

—Eh, solo algunos problemas personales —puntalicé, agitando una mano en el aire mientras hablaba—. Supongo que cuesta mantener los pies en la tierra cuando eres un adolescente jugando en un mundo de hombres y disfrutando de sus ventajas. —Hice una pausa para soltar un profundo suspiro antes de agregar—: Ya sabes cómo son las fiestas, las chicas, la presión social, el trato especial y todo eso.

—Sí —respondió Johnny, frotándose la mandíbula casi distraídamente. Tenía una extraña expresión grabada en el rostro mientras me miraba, una que no podía describir—. Lo sé bien.

—Fue lo mismo para Darren —añadí con aire pensativo, recordando lo similares que eran las vidas de mis hermanos a los dieciocho años.

Johnny frunció el ceño.

—¿Darren?

Me sonrojé.

—Oh, es mi hermano mayor. Jugó un año en la selección absoluta antes de dejarlo.

—No jodas —exclamó Johnny arqueando mucho las cejas—. ¿Por qué lo dejó?

—¿La presión? —supuse débilmente, sin querer profundizar en los problemas de mi familia—. Supongo que perdió el interés por el juego.

Hubo una pausa larga y densa después de eso en la que ninguno de los dos habló.

Fue inquietante y trajo consigo mis preocupaciones anteriores.

—Lo siento —murmuré, pasándome el pelo por detrás de la oreja—. Probablemente te haya matado de aburrimiento con todo eso. —Tocándome la trenza con nerviosismo, miré el parabrisas, ahora sin hielo, y luego a él antes de decir—: Yo creo que podemos irnos.

Johnny no se movió.

En cambio, me sorprendió al decir:

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo? —pregunté, un poco desconcertada.

—¿Se te da bien jugar al camogie? —Me lanzó una sonrisilla—. Está claro que lo llevas en la sangre.

—Ah, no —respondí, poniéndome roja como un tomate—. Definitivamente, no. Nunca se me ha dado bien. Pero me encanta ver los partidos. Me encanta el aspecto físico del juego.

Johnny asintió, asimilando todo lo que le estaba contando con perfecta educación, solo para sorprenderme muchísimo cuando dijo:

—Creo que te gustaría el rugby.

Arqueeé las cejas ante la extraña declaración.

—Creo que lo que has querido decir es que podría morir jugando al rugby —lo corregí, señalándome el cuerpo—. Por si no te has dado cuenta, soy un poco menuda.

Se le dibujó una gran sonrisa en la cara que le ahondó los hoyuelos.

—Sí, me he dado cuenta —se rio por lo bajo—. Me refería a que creo que te gustaría ver rugby. Si disfrutas tanto del fútbol gaélico y el hurling, te encantaría el aspecto físico del rugby.

—Lo disfruto —le recordé— cuando juega Irlanda.

Pasé de añadir: «No es que tenga ni pajolera idea de lo que está ocurriendo».

—¿Qué hay de los equipos locales? ¿Rugby escolar? ¿Provinciales? ¿Habías estado en algún partido antes de la semana pasada?

Me hacía preguntas más rápido de lo que yo podía contestarlas.

Intenté responderle lo mejor que pude.

—No, no sigo a ningún equipo aparte del internacional, y nunca he estado en ningún otro partido.

Johnny asintió de nuevo, asimilando todo lo que le contaba como si fuera importante.

—Yo juego —dijo finalmente.

—Para Tommen. Sí, lo sé —apunté con socarronería—. Te he visto, y todavía tengo un chichón en la cabeza que lo demuestra.

Johnny hizo una mueca.

—No —insistió en un tono extrañamente serio—. Quiero decir que compito.

Me lo quedé mirando sin comprender.

—Qué... ¿bien?

Soltó una risa impaciente.

—No tienes idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad?

—No —admití, negando con la cabeza—. Lo cierto es que no.

Lo sopesó un buen rato antes de asentir.

—Me gusta.

—¿Qué es lo que te gusta?

—Que no sepas de lo que te estoy hablando —respondió sin dudarlo—.

Es un poco insultante y algo muy nuevo.

—Ah, bueno, ¿de nada? —aventuré, sin saber qué decir—. Entonces el rugby es lo tuyo, ¿no?

Johnny sonrió con picardía.

—Algo así.

Sentía que se me escapaba algo.

—Y ¿se te da bien?

Yo creía que sí.

El viernes pasado me pareció el mejor, pero no tenía ni idea sobre ese deporte.

Su sonrisa se amplió, y se le formaron unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos, mientras repetía sus palabras anteriores:

—Algo así.

Vale, definitivamente se me estaba escapando algo.

—¿Voy a sentirme avergonzada por esto? —pregunté, devanándome los sesos en busca de alguna información que pudiera ayudarme.

No tenía ninguna.

Sí, sabía que era el capitán del equipo del instituto, y tenía fotografías y reporteros pisándole los talones, pero supuse que eso tenía que ver con su posición y que fuese el mejor jugador en el campo aquel día.

Sin embargo, no podía quitarme la sensación de que se me estaba escapando algo.

—Si te busco en internet, ¿descubriré que eres una especie de dios del rugby?

Johnny echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No —negó—. No soy ningún dios.

—Entonces ¿qué? —insistí.

Con una sonrisa lastimosa, Johnny desvió el tema una vez más hacia mí:

—Así que te van el hurling y el fútbol gaélico, ¿eh?

—Bueno, realmente no tengo muchas más opciones —contesté, siguiendo la nueva dirección—. Tengo cinco hermanos y un padre fanático de ambos, así que... —Dejé que mis palabras se apagaran con un pequeño encogimiento de hombros.

—¿Ninguna hermana?

—Qué va —dije—. Solo somos los chicos y yo.

—¿Cómo es eso para ti?

Su pregunta me desconcertó, así que tardé unos segundos en formar una respuesta.

—Está bien, supongo.

Nadie me había preguntado eso jamás.

Ni siquiera mis padres.

—La vida en casa es ajetreada —agregué, al sentir la necesidad de dar más detalles—. A veces es un poco una locura.

—Me lo imagino.

Se llevó la mano que tenía en el volante a la pierna que había plantado en el suelo y comenzó a tocarse con suavidad la parte delantera de los pantalones, deteniéndose para masajearse el muslo con los nudillos.

Me habría asustado mucho el gesto si no fuera por el hecho de que parecía estar haciéndolo inconscientemente, como si estuviera aliviando algún dolor.

—¿Estáis unidos? —me planteó, lo que hizo que desviara la mirada.

—¿Unidos? —Parpadeé rápidamente—. ¿A quién, a mis hermanos?

Él asintió.

Lo pensé por un momento antes de responder.

—Estoy muy unida a Joey, con el que has hablado por teléfono antes. Cumplió dieciocho en Navidad, por lo que tenemos una edad similar. Darren no vive en Cork, y los tres más pequeños solo tienen once, nueve y tres años, así que no estamos muy unidos.

—¿Él es bueno contigo?

—¿Quién, Joey?

Él asintió.

—Sí —sonreí—. Es un gran hermano.

—¿Protector?

Me encogí de hombros.

—A veces.

Johnny asintió pensativo antes de decir:

—Entonces ¿eres la mediana?

—Sí, soy la tercera.

—Son muchos niños.

—¿Qué me dices de ti? —le devolví la pelota—. ¿Alguna hermana o hermano?

—No —respondió, encogiéndose de hombros—. Soy hijo único.

Guau.

—¿Cómo es?

—Tranquilo —bromeó antes de pasarme el testigo una vez más—. ¿Has vivido aquí toda tu vida?

—Sí. Nacida y criada en Ballylaggin —confirmé—. Tú eres de Dublín, ¿verdad? ¿Te mudaste aquí cuando tenías once años?

Se le iluminaron los ojos.

—¿Recuerdas lo que te conté?

Asentí.

—Joder, estabas tan fuera de ti aquel día que no pensé que fueras a recordar nada de eso —comentó pensativo, rascándose la barbilla.

—Aunque no lo hiciera, tu acento lo deja muy claro.

—¿Sí?

Asintiendo, puse mi acento sureño más elegante y afirmé:

—Soy de Blackrock, cariño.

Johnny se rio de mi intento.

—No tengo nada de pijo, Shannon —declaró, y se le desvaneció la sonrisa—. Puede que venga de una buena zona, pero mis padres trabajan duro para conseguir todo lo que tienen. Surgieron de la nada y se establecieron por sus propios medios.

—Tienes razón.

No sonaba pijo en absoluto.

Mi intento de imitarlo había sido un fracaso épico.

«Qué idiota».

Avergonzada por mi destemplada y mal ejecutada broma, jugueteé con mi trenza y murmuré:

—Lo siento.

—No lo sientas —repuso restándole importancia y sonriendo de nuevo—. Mi madre, por otro lado, tiene un fuerte acento del norte.

Se me iluminaron los ojos.

—¿Como en la serie *Fair City*?

Johnny arrugó la nariz.

—¿Ves telenovelas?

—Me encantan —admití con una sonrisa—. *Fair City* es mi favorita.

—Bueno, si escucharas a mi madre, estarías en tu salsa —se rio entre dientes, ajeno a sus extraños toqueteos de muslo—. Mi padre nació y creció en Ballylaggin, así que es de Cork como tú. —Encogiéndose de hombros, añadió—: Supongo que sueno como una patética mezcla de los dos.

No era así.

No tenía el más mínimo de acento de Cork, era cien por cien dublinés, pero decidí dejar de decirle eso y, en cambio, preguntar:

—¿Por qué se mudó aquí tu familia?

—La madre de mi padre estaba enferma —explicó—. Quería volver a casa para, eh, ya sabes, así que nos mudamos para cuidarla. —Dejó caer las manos sobre su regazo y jugueteó con sus pulgares—. Se suponía que sería algo temporal; estaba inscrito en el Royce College para el próximo septiembre. Se suponía que volveríamos a casa después del funeral.

—Pero no volvisteis a Dublín.

Sacudió la cabeza.

—No, mis viejos decidieron que les gustaba el estilo de vida tranquilo que teníamos aquí, así que pusieron la casa de Dublín a la venta e hicieron que la mudanza fuera permanente.

—¿Cómo fue mudarse a esa edad?

No tenía ni idea de por qué estaba haciendo esas preguntas.

No recordaba haber hablado jamás con una persona cualquiera durante tanto tiempo.

Pero era agradable y Johnny me resultaba interesante.

Era diferente.

Me sorprendió lo fácil que era realmente hablar con él.

—Debe de haber sido duro.

—Fue como una patada en el culo —murmuró Johnny, sin duda recordándolo—. Llegar a un nuevo instituto a mitad de curso. Cambiar de club y acabar en un nuevo equipo. Asumir la posición de otro tipo en el equipo y luego lidiar con las consecuencias. —Sacudió la cabeza y se pasó

la mano por el pelo—. Tuve que repetir sexto por la mudanza, por alguna mierda del marco normativo o algo así.

—¿Dónde?

—Scoil Eoin —respondió con una mueca—. Una escuela segregada católica.

Levanté mucho las cejas.

—¿Igual que Hughie Biggs?

Él asintió, sonriendo.

—Sí, ahí es donde conocí a Hughie, Gibs y Feely.

—¿Son amigos tuyos?

Él asintió, sonriendo ahora.

—Por desgracia.

—¿Te importó? —pregunté entonces—. Tener que repetir sexto en Scoil Eoin.

—Estaba furioso, Shannon.

—¿Sí? —asentí, ignorando la forma en que me estremecí por dentro cuando dijo mi nombre.

De hecho, estaba tratando desesperadamente de no pensar en la descarga eléctrica que me palpitaba en las venas de la emoción.

—Sí, tenía muchas ganas de ir a Royce con mis amigos y los compañeros del club —explicó—. Joder, estaba cabreadísimo con mis padres cuando me sacaron y me matricularon en Tommen. —Dejó escapar una pequeña risa y luego dijo—: Han pasado seis años y todavía estoy enfadado por eso.

—Bueno, parece que te va bien aquí —comenté, sin saber qué decir—. Tienes muchos amigos y sigues jugando al rugby y esas cosas.

—Y esas cosas —se rio Johnny por lo bajo, muy divertido por mis palabras.

Estudió mi rostro durante un buen rato antes de preguntar:

—¿Bailas?

—No, ¿a qué viene eso?

—No sé. —Johnny se encogió de hombros—. Algunas chicas bailan en lugar de hacer deporte —observó. Me recorrió con la mirada un breve momento antes de regresar a mi rostro—. Tú pareces una de esas... —Agitó una mano en el aire, obviamente buscando una palabra, antes de terminar la frase—: Ya sabes, una de esas con tutú.

Abrí los ojos desmesuradamente.

—¿Crees que parezco bailarina?

Él asintió y se me escapó la risa.

—¿Qué? —preguntó, sonriendo con timidez—. Eres menuda —hizo un gesto hacia mi cuerpo con la mano antes de agregar—: no es tan disparatado.

—Bueno, no soy bailarina —me reí—. De ningún tipo, para el caso. Solo soy enana.

Johnny arqueó una ceja divertido.

—¿Enana?

—¿Me has visto? —exclamé, señalándome a mí misma—. Tengo quince años, apenas mido un metro y medio, y peso menos de cuarenta kilos.

—¿Pesas seis *stones*? —susurró, abriendo mucho los ojos con incredulidad—. Buah, levanto el doble de lo que pesas en el gimnasio. —Johnny me miró antes de preguntar—: ¿En serio mides solo metro y medio?

—Si me mantengo totalmente erguida, sí.

—Joder, yo mido un metro noventa —comentó sacudiendo la cabeza—. Eres muy bajita.

—Exacto. —Hice una mueca—. Enana.

—Buah, con razón te doblaste como una silla plegable cuando la pelota te golpeó —murmuró Johnny, frotándose la mandíbula de nuevo mientras me recorría con la mirada—. Podría haberte partido por la mitad.

—Es otra forma de decirlo —respondí, arrugando la nariz ante la analogía.

—¿Tu madre todavía me odia?

—¿Mi madre?

—Sí —asintió—. Parecía que fuese a arrancarme la cabeza aquel día.

—Mi madre solo estaba asustada —murmuré—. Vio que estaba herida y llegó a una conclusión precipitada.

—¿Y su primera conclusión fue que te pegué?

Me encogí de hombros incómodamente, pero sin revelar nada.

—Podría pasar.

—No, por mi parte no —señaló, en un tono un poco más duro ahora y los ojos fijos en los míos—. Por mi parte jamás.

—Muy rápido lo has negado —traté de bromear—. Acabo de presenciar cómo amenazabas con cortarle el pene a Ronan.

—Ese panoli no cuenta —gruñó en respuesta—. No soporto a ese chaval, pero su tío es el entrenador del instituto, así que no me queda más remedio que aguantarlo. Siempre está tocándome las narices y tiene una mala actitud en el campo, haciendo jugadas imprudentes y liándola de forma innecesaria. Es como cuidar a un crío durante los partidos, joder. Te lo juro, pone a prueba cada día mi autocontrol para no estrangular al muy cabrón.

Sonreí con picardía.

—¿No sois amigos entonces?

Johnny bufó con sorna ante la idea.

—Para nada.

—Bueno, todavía es joven —comenté con optimismo—. Así que tal vez madure con el tiempo.

—¿Como tú?

—¿Eh?

—Quiero decir que estás en el mismo curso que él —se apresuró a aclarar—. Pero no actúas como si tuvieras quince años.

—¿No?

Sacudió la cabeza.

—Pareces mucho mayor.

—Eso es porque soy una mujer de noventa años disfrazada de adolescente —bromeé.

—Eso es... —Johnny arrugó la nariz— bastante perturbador.

—Sí —musité, avergonzada por mi broma de mierda—. Lo es.

—¿Qué haces entonces? —me preguntó, para mi sorpresa.

—¿Que qué hago?

En parte, había estado esperando que terminara la conversación ahí.

—Sí —dijo, y asintió con la cabeza alentándome—. En tu tiempo libre.

Hice una pausa y pensé en su pregunta.

—En realidad no hago nada —contesté finalmente—. Supongo que en mi tiempo libre veo la tele y escucho música. Ah, y leo mucho. —Encogiéndome de hombros, añadí—: Como puedes ver, no soy muy interesante.

Johnny ladeó la cabeza hacia un lado, estudiándome con esos intensos ojos azules.

—¿Qué tipo de libros?

—Autobiografías. Ficción. Policiaca. Novela negra. Romántica. — Suspiré, pensando en la pila de libros en mi habitación—. No soy exigente con los géneros. Solo tiene que gustarme la sinopsis. Si el texto de la contraportada me cautiva, entonces ya está.

Johnny me observaba mientras hablaba, estudiándome con una mirada intensa.

—Eres de las que leen —comentó finalmente.

No era una pregunta, sonaba más como si estuviera guardando esa información en su mente.

—Eso es muy bueno.

—¿Tú lees? —le pregunté.

Hizo una mueca.

—No tanto como debería.

—¿Eso es que nada en absoluto? —me burlé.

—La verdad es que no —admitió con una media sonrisa. Acercándose más, dijo—: El último libro que leí y que no era una lectura obligatoria de clase fue «Los tres cerditos», con el lobo soplando la casa y eso, ¿sabes cuál te digo?

—Sí —me reí, imaginando a Johnny leyendo cuentos infantiles—. Se lo he leído un par de veces a Sean.

—¿Sean?

—Mi hermano pequeño —aclaré—. El de tres años.

—No deberías —advirtió Johnny, reprimiendo un escalofrío—. Ese libro me traumatizó. No he leído por placer desde entonces.

Abrí la boca.

—¿Hablas en serio?

—Joder si hablo en serio —exclamó Johnny, que parecía jocosamente herido—. Era muy pequeño. El libro era uno de esos para leerlo uno mismo, con imágenes en lugar de texto y toda esa mierda. Deberían haberlo prohibido para menores de trece años, porque te juro que pensaba de veras que toda la maldita casa se me iba a derrumbar encima. —Negó con la cabeza al recordarlo—. Dormí debajo de la cama, en el suelo, durante tres semanas, joder, hasta que mi padre cedió al fin y me trasladó a una de las habitaciones de la planta baja.

—¿Por qué? —Me reí a carcajadas—. ¿De qué serviría dormir abajo si el tejado se caía?

Johnny sonrió y se le marcaron los hoyuelos en las mejillas.

—Mira —se rio entre dientes, golpeándose la cabeza con el dedo índice—. A los seis años, mi mente ingenua pensó que si la casa se derrumbaba, podría romper el techo, pero no era posible que también cayera el de la planta baja. Tendría más oportunidades de sobrevivir a nivel del suelo.

—Eras un crío inteligente, ¿no?

—Algo —respondió Johnny, riéndose conmigo—. Un pedazo de imbécil.

—Guau —me burlé entre ataques de risa—. Eso es supervivencia en su máxima expresión.

Me dedicó una sonrisa lobuna.

—Un auténtico *boy scout*.

—¿Estuviste en los Boy Scouts?

—Qué iba a estar en los Boy Scouts —repuso Johnny, riendo más fuerte ahora—. Estaba de coña. —Le brillaban los ojos de diversión—. ¿Por qué? ¿Tú estuviste en las Brownies?

—Uy, para nada. —Negué con la cabeza, ahogando una risita—. Mis habilidades de supervivencia son terribles.

La voz de Johnny se hizo un poco más profunda cuando dijo:

—No sé qué decirte.

Su expresión cambió entonces, haciéndose más intensa.

Incapaz de soportar el acaloramiento, aparté la cara y miré el reloj en el salpicadero.

Ponía que eran las ocho y veinticinco.

Madre mía, ¿cuánto tiempo llevábamos aquí sentados hablando?

—Dime una cosa —me pidió Johnny, recuperando mi atención. Todavía estaba sonriendo, y su mirada era cálida y su tono suave cuando preguntó—: ¿Por qué te transfirieron a Tommen?

Su pregunta me cogió por sorpresa.

—Yo, eh... —Junté las manos para crujirme los nudillos y dejé escapar un profundo suspiro—. Necesitaba un cambio.

—¿Un cambio? —Arqueó una ceja con incredulidad—. ¿En mitad de secundaria?

—Es complicado y digamos que privado... —Se me apagó la voz y volví la cara para mirar por la ventana, aunque fuera no se veía más que oscuridad.

No me sentía cómoda con los derroteros que había tomado la conversación.

Cada vez que pensaba en mi antiguo instituto, una nueva oleada de terror me envolvía.

Mis razones para estar allí no eran algo de lo que estuviera dispuesta a hablar con nadie.

—Hey. —Sentí sus dedos rozarme el dorso de la mano, su voz ahora más cerca, suave y tentativa—. ¿Adónde has ido?

Sobresaltada por el contacto, eché la cabeza hacia atrás y paseé la mirada de su rostro al punto donde su pulgar todavía me rozaba la mano, trazando suaves círculos sobre mis nudillos.

Fue un gesto inofensivo para captar mi atención, pero lo que más me sorprendió fue que no me aparté de inmediato.

Darme cuenta de que me gustaba su contacto fue inquietante, pero no tanto como la necesidad que sentía de girar la mano y entrelazar mis dedos con los suyos.

—Mierda —exclamó Johnny apartando la mano, y se echó hacia atrás hasta apoyarse contra la puerta, haciendo una mueca que parecía de incomodidad por el gesto.

Se llevó automáticamente la mano al muslo de nuevo.

—Lo siento —gruñó, y sonó muy afligido. Aclarándose la garganta, agregó—: No debería haber hecho eso.

—No pasa nada —susurré, mordiéndome nerviosa el labio inferior—. No me importa.

Dejó escapar un profundo suspiro y luego se pasó la mano libre por el pelo.

—No, sí que pasa. —Desvió la mirada hacia mi boca y soltó otro profundo suspiro—. Pasa y mucho, joder.

—Que no —insistí, tratando de tranquilizarlo—. No te enfades por eso.

Llevé la mirada a su pierna derecha, la que estaba en el suelo, y luego a sus nudillos, que se habían vuelto blancos por la fuerza con que se estaba masajeando el muslo.

Distraída por lo que veía, solté:

—¿Qué te pasa?

Johnny frunció el ceño, confundido.

—¿A qué te refieres?

—Llevabas una bolsa de hielo en la pierna antes en el instituto —dije, haciendo un gesto con la mano hacia donde seguía con el puño clavado en el muslo—. ¿Te duele?

Siguió mi mirada hasta su muslo y rápidamente apartó la mano.

—Hostia —gruñó, y parecía conmocionado—. No me había dado cuenta de que estaba haciendo eso.

—Te has estado tocando desde que hemos subido al coche —le informé.

—¡Mierda! —siseó Johnny, mirándome boquiabierto con horror.

Me arrepentí inmediatamente de las palabras que había elegido y quise retractarme.

—Quiero decir, no tocándote. Obviamente, no te estabas tocando...

—Por favor, deja de hablar —rogó Johnny, levantando una mano.

Cerré la boca y asentí.

Moviéndose con cuidado, se hundió en el asiento, estremeciéndose apenas un poco ante el cambio de postura.

Observé en silencio cómo se abrochaba el cinturón e inhalaba profundamente para expulsar después el aire poco a poco.

—Solo para que quede claro —expuso después de un largo silencio—, de veras que no me estaba dando placer ni nada por el estilo. Solo estoy...

—¿Dolorido? —probé, al recordar sus palabras de aquel día.

Clavó la mirada en la mía, cautelosa ahora.

—Sí —admitió con un suspiro de dolor.

Asentí al comprender.

—¿Tienes una lesión?

Johnny pasó la mirada de mi cara a su pierna, y una expresión de frustración cruzó sus facciones.

—Tengo algo, sí —musitó, y luego dejó escapar otro suspiro tembloroso antes de soltar—: Me jodí el músculo aductor cuando tenía dieciséis años. Fue brutal. Nada me aliviaba, y estaba afectando a mi rendimiento. Tenía dolor constante, Shannon. Constante. La fisioterapia no estaba funcionando y ya no podía soportar el dolor, así que cedí y me operaron en Navidad.

Parecía enfadado consigo mismo, lo que me hizo preguntar:

—Y ¿por qué estás enfadado?

Johnny negó con la cabeza y luego se pasó una mano por el pelo.

Permaneció callado tanto tiempo que pensé que no me iba a responder, pero luego murmuró:

—No se está curando.

—¿La pierna? —susurré, sintiendo que la preocupación bullía dentro de mí—. ¿O los puntos?

—¿Ambos? —replicó, haciendo un gesto de resignación con la cabeza. Luego musitó—: Nada.

Fue una confesión extraña entre dos prácticamente extraños, y tuve la clara sensación de que Johnny no compartía esa información demasiado a menudo.

Parecía molesto consigo mismo, y no estaba segura de si era porque estaba lesionado o porque me lo había contado.

Fuera como fuese, sentía que necesitaba consolarlo.

—Bueno... —Haciendo una pausa, me giré en mi asiento para mirarlo y ordené mis pensamientos antes de decir—: Suelen necesitarse mucho más que unas pocas semanas para recuperarse por completo de una operación. No eres una máquina, Johnny. El proceso de curación lleva tiempo. A un compañero de equipo de Joey lo operaron el año pasado para recomponerle los músculos isquiotibiales. Pasaron cinco meses hasta que estuvo en forma.

—Han pasado diez semanas —afirmó, adquiriendo un tono duro, lo que reflejaba la frustración en sus ojos—. Mi cirujano me dijo que estoy cerca de recuperarme por completo, y mi médico de cabecera me autorizó a jugar a las tres semanas. Se suponía que era una intervención menor, pero tiene una pinta la hostia de horri... —Johnny se detuvo en seco y sacudió la cabeza, con un suspiro de frustración—. No debería tardar tanto —insistió, mirándose el muslo como si fuera el enemigo—. Está hecho un asco, joder.

—¿Te dieron el visto bueno para jugar a las tres semanas? —pregunté con desaprobación—. Eso no parece un marco de tiempo lo suficientemente largo para que tu cuerpo sane.

—Sí, bueno, así fue —resopló.

—Johnny —dije en voz baja—. Probablemente, ahora solo deberías entrenar.

Sacudió la cabeza y murmuró:

—No lo entiendes.

No, definitivamente no lo entendía, pero eso no me impidió decir:

—Has dicho que no se te han curado los puntos.

Me miró con cautela, pero no respondió.

—¿Me lo puedes enseñar? —pregunté—. Se me dan bien las suturas.

«Me han hecho bastantes».

—Shannon, me operaron el aductor —masculló Johnny, en un tono marcado y con los ojos llenos de confusión.

—Lo sé —contesté—. Pero he visto un millón de lesiones deportivas en piernas y rodillas, así que tal vez pueda decirte cuál es el problema. —Encogiéndome de hombros, añadí—: Probablemente esté tardando más en curar porque estás de pie todo el tiempo.

—Mi pierna no es el problema, Shannon.

—Oh, lo siento, lo había supuesto al verte cojeando —me disculpé—. ¿Es el muslo?

—No —negó inexpresivo.

Mis mejillas pasaron de estar levemente cálidas a arderme como un horno en el tiempo que tardé en darme cuenta de que la lesión de Johnny estaba mucho más arriba de lo que había pensado en un principio.

Hice una O con la boca cuando me pasaron por la mente vívidas imágenes de miembros masculinos cercenados.

—Sí —masculló burlonamente Johnny, que parecía frustrado e incómodo—. Oh.

—Bueno, y-yo... —tartajeé, negando con la cabeza, y lo intenté de nuevo—. No sé cómo ayudarte con eso.

—Tranquila, no iba a dejar que lo examinaras —dijo a la defensiva.

—Lo siento —susurré, muerta de vergüenza por completo—. Yo no..., eh, me había percatado de dónde la tenías.

—Y, por cierto —agregó, con los ojos entrecerrados—, me operaron de la ingle, no de la polla, para que te queden claros todos los hechos antes de que abras la boca.

¿Qué?

—¿Que abra la boca? —Desvié la mirada de su rostro a su entrepierna, una reacción incontenible al escuchar la palabra «polla» salir de su boca—. Yo no...

—Sé cuánto os gusta a las chicas cotillear —soltó, tensando la mandíbula—. Joder, ¿qué estoy haciendo?

Lo miré boquiabierto.

—¿Cotillear?

¿Hablabas en serio?

—Mira, olvida que te he contado nada de esto —resopló—. Se está haciendo tarde.

Alargó una enorme mano entre nosotros y la cerró sobre la palanca de cambio para meter la marcha.

—¿Adónde te llevo?

Dejé escapar un suspiro.

—No tengo ni idea.

Se volvió para mirarme.

—¿Qué?

Me removí en mi asiento.

—¿Qué?

—Tu dirección, Shannon. —Tamborileó con los dedos contra el volante con impaciencia—. Tienes que decirme dónde vives para que pueda llevarte a casa.

—Oh. —Joder—. Lo siento. Eh, urbanización Elk, en Ballylaggin.

Con un breve asentimiento, Johnny dio marcha atrás para dejar la plaza de aparcamiento y luego salió del instituto.

Poniendo el intermitente, redujo la velocidad hasta detenerse cuando llegamos a la entrada y se inclinó hacia delante para mirar en ambos sentidos antes de salir a la carretera principal como un rayo.

Recostándome en el asiento, levanté una mano para cogerme del puñetero asidero del techo y me concentré en contar los coches que dejábamos atrás en un intento por distraerme del velocímetro.

Podía sentir la tensión que emanaba de él; su amabilidad anterior había sido reemplazada por un silencio sepulcral. Obviamente, nuestra conversación había sido el catalizador de su estado de ánimo.

El silencio que nos envolvía en ese momento era denso e incómodo, y esto me decepcionó irracionalmente.

Me sentía más que decepcionada.

Estaba conmocionada.

Por primera vez en mucho tiempo, me había estado divirtiendo.

Me había relajado, metiéndonos el uno con el otro sin temor a, bueno, una reacción violenta.

Y luego me había dejado tirada por los suelos.

No lo había visto venir y me arrepentí de haber salido del cubículo del baño.

Cuando Johnny se inclinó más allá de la guantera y comenzó a cambiar los CD en su flipante equipo de música, tuve que sentarme sobre las manos para evitar coger el volante.

Unos momentos después, se decidió por una canción, la pista número cinco, y el coche se llenó con una familiar entrada de guitarra, lo que me distrajo temporalmente de mis angustiosos pensamientos.

Johnny subió el volumen y «The Middle», de Jimmy Eat World, sonó a través de los altavoces del coche tan fuerte que sentía la vibración del bajo en los huesos.

Me encantaba esa canción y la consideraba un himno.

En serio, dejaba que la letra me absorbiera a diario.

Si la música curaba los corazones rotos, a mí la letra de esa canción me calmaba el alma.

Estaba en un disco recopilatorio que la novia de Joey le hizo por Navidad. Obviamente, él no estaba interesado en el CD que Aoife le había grabado, porque yo se lo había robado de su habitación el mes anterior durante una inspección aleatoria típica de hermanas en que te vuelves loca chafardeando, y Joey aún no había descubierto su desaparición.

En ese momento estaba en mi discman, con el que escuchaba el disco repetidamente todas las noches antes de acostarme.

Concentrándome en la letra de la canción que ya me sabía de memoria, traté de controlar mis nervios, pero el ritmo punk rock solo pareció enloquecer todavía más a mi conductor, porque en el instante en que entramos en la carretera principal, Johnny pisó el acelerador literalmente hasta el fondo.

Cuando el velocímetro superó los ciento veinte kilómetros por hora, cerré los ojos y aguanté la respiración.

Cubriéndome la cara con las manos, miré por entre los dedos, gimiendo cuando el destello de los faros de los coches en los carriles opuestos pasaban zumbando a nuestro lado.

—¿Qué pasa? —habló Johnny bajando el volumen de la radio—. ¿Shannon? —Desplazaba su atención entre la carretera y mi cara—. ¿Estás bien?

—Vas demasiado rápido —alcancé a decir.

—Tranquila, no hemos pasado el límite —respondió, pero redujo la velocidad del coche—. Y soy un buen conductor. Estás a salvo conmigo.

—Vale —murmuré, aunque aún me parecía que íbamos a una velocidad mucho mayor que cien kilómetros por hora—. Pero me sentiría mejor si frenas un poco.

Suspirando pesadamente, Johnny desaceleró aún más.

—¿Contenta? —preguntó, dando unos golpes en el salpicadero.

Inclinándome, miré el velocímetro.

Ochenta kilómetros por hora.

—Sí —musité, y la tensión de mis músculos se relajó ligeramente—. Gracias.

Recostándome en mi asiento, me permití recorrerlo con la mirada.

Estaba concentrado en la carretera frente a nosotros, con una mano apoyada en la palanca de cambio y el codo de la otra apoyado contra la puerta.

Como si sintiera que lo observaba, Johnny me miró de reojo y me pilló con las manos en la masa.

Sonreí débilmente.

Me devolvió la mirada con mucha intensidad, sin sonreír.

Mi sonrisa se desvaneció.

Con un grave gruñido de frustración, volvió su atención a la carretera.

Sacudiendo la cabeza, murmuró algo ininteligible por lo bajo mientras apretaba el volante con las manos.

Sintiéndome rechazada, junté las manos sobre el regazo y miré por el parabrisas, sin atreverme a volver a echarle un vistazo.

No hablamos durante el resto del viaje, y las canciones que sonaban por los altavoces eran lo único que traspasaba el espeso silencio.

—Escucha —dijo Johnny, rompiendo el silencio, cuando las luces de la ciudad de Ballylaggin aparecieron a la vista—. Sobre lo que te he contado antes de mi operación —empezó, en un tono monótono, incluso cortés, sin dejar de mirar al frente mientras maniobraba a través de las estrechas calles y callejuelas—, agradecería tu discreción.

¿Agradecería mi discreción?

¿Le avergonzaba tener una lesión en la ingle?

Pues no sabía lo que era tener un padre inútil cuyos únicos talentos eran apostarse el dinero del paro y dejar embarazada a mi madre mientras se

vendía a cualquiera lo suficientemente estúpido como para comprarlo.

Frustrada, me volví hacia él y repuse:

—¿A quién se lo voy a contar, Johnny?

—A tus amigas —contestó, y luego, en voz mucho más baja, murmuró—: A mis amigos.

—Bueno, no se lo voy a contar a nadie —escupí, molesta e insultada—. No soy una bocazas.

Apretó el volante, pero no respondió.

Irritada por la repentina formalidad en su voz, sin mencionar el hecho de que había pasado los últimos quince minutos ignorándome, me quedé mirando su perfil y mascullé:

—¿Por qué me molestaría en contárselo a nadie?

—Porque sí —dijo entre dientes, sin desviar la atención de la carretera—. Sé cómo son la mayoría de las chicas.

¿La mayoría de las chicas?

Si me consideraba como la mayoría de las chicas, entonces ¿por qué pasar todo este tiempo hablando conmigo?

¿Por qué hacerme todas esas preguntas y hacerme sentir lo suficientemente cómoda para responderle si me consideraba como la mayoría de las chicas?

¿Por qué molestarse conmigo en absoluto?

—Estás diciendo tonterías —murmuré.

—Estoy teniendo cuidado —me corrigió Johnny con calma—. No debería haberte contado nada, ha sido increíblemente imprudente por mi parte, y ahora te pido que me hagas un favor y te lo guardes. Me juego mucho con esto, Shannon, y que se corriera la voz sobre el asunto podría arruinarme las cosas y mucho. Más de lo que nunca sabrás.

Me crucé de brazos.

—Vale.

—¿Vale? —repitió, receloso.

—Sí —afirmé inexpresivamente, mirando al frente—. Vale.

—Genial. —Dejó escapar un profundo suspiro y dijo—: Gracias. —Varios segundos después, añadió—: Te lo agradezco.

Siguió el silencio; denso, pesado e insoportable.

Estaba confundida por el giro de los acontecimientos.

¿Estaba jugando conmigo?

¿Había sido una gran jugada para él?

¿Jugar con mis emociones al ser amable y retenerme con una falsa sensación de seguridad con toda esa conversación en el instituto para conocernos?

¿Poniéndome la perspectiva de una amistad en la cara con toda esa amabilidad y cháchara para luego arrebatármelo todo?

No sería la primera vez que esto sucedía.

Debería haberlo visto venir y estaba decepcionada conmigo misma por bajar la guardia tan fácilmente con él.

¡Maldita sea!

—¿Estás bien? —preguntó, rompiendo el silencio.

No respondí porque no podía.

Me estaba concentrando con todas mis fuerzas en no llorar.

—Shannon, yo no... —empezó a decir Johnny, pero se detuvo en seco. Se frotó la mandíbula y luego dejó caer la mano sobre el volante—. Yo no... —Se calló de nuevo, esta vez sacudiendo la cabeza—. Olvídalo.

No insistí ni lo presioné para que terminara lo que había tratado de decir.

No quería escucharlo.

Al aislarme de la fuente actual de confusión y frustración que era mi conductor, centré todos mis esfuerzos en ignorarlo y mantener mis emociones a raya.

Si hubiese podido saltar del coche en ese momento, lo habría hecho, pero Johnny conducía con rapidez y no creía que tuviera posibilidades de sobrevivir al impacto tras el salto.

—¿En qué estás pensando? —inquirió finalmente, haciendo un giro a la izquierda para entrar en mi urbanización.

Era una cuesta profunda y accidentada con varios cientos de casas adosadas una al lado de la otra a ambos lados de la carretera, la mía en la parte superior.

Muchas de las casas estaban tapiadas, otras estaban en ruinas y tenían jardines descuidados (la mía incluida), pero en ese momento estaba demasiado molesta para preocuparme por lo que él pensara.

Me giré para mirarlo.

—¿Quieres saber en lo que estoy pensando?

Johnny me miró de soslayo, con los ojos encendidos y llenos de frustración apenas contenida, y asintió brevemente antes de volver su

atención a la carretera.

—Vale —dije bruscamente, parpadeando para contener el familiar aguijonazo de las lágrimas mientras procedía a contarle con todo detalle lo que estaba pensando—. Creo que estás paranoico con que la gente descubra que estás lesionado porque sabes bien que no deberías jugar.

Las palabras salieron de mi boca antes de darme la oportunidad de controlarme.

Pero en lugar de disculparme o tratar de retractarme, continué, sorprendida por la exaltación en mi tono:

—Creo que estás negando tu proceso de curación y sé que te duele. Cojeas en el instituto. ¿Lo sabías? Todo el tiempo. Puede que los demás no lo noten, pero yo sí. ¡Me doy cuenta y lo haces siempre! Creo que estás jugando con fuego con tu cuerpo, Johnny. Y creo que si tus médicos supieran cuánto dolor tienes en realidad, no te habrían dado el alta de ningún modo ni te habrían permitido jugar.

No tenía idea de dónde salía eso, pero las palabras se me agolpaban en la boca, así que dejé que se derramaran.

—Creo que esto ha sido un terrible error: no debería haber aceptado que me llevaras. Creo que has reaccionado exageradamente hoy. No creo que sepas controlarte lo más mínimo. Y creo que sería mejor si no habláramos más.

Dejé escapar un gran suspiro, con el pecho agitado por el tremendo esfuerzo vocal.

Me ardía la cara, pero estaba orgullosa de mí misma por haber sacado todo eso.

No era típico de mí tener un arrebato de tal magnitud con alguien fuera de mi familia, pero me alegraba de ello.

Supongo que dejaba bien claro que estaba enervada y me sentía extrañamente cómoda con ese chico, lo suficiente como para que se me fuera la pinza, pero estaba demasiado emocionada para profundizar en ese enigma en particular.

Por ahora, dejaría que me asfixiaran mi arresto y decepción.

—Mira, agradezco tu preocupación —soltó finalmente, haciendo una pausa antes de añadir—: Al menos, eso creo que es. Pero no es necesaria. Lo tengo bajo contr...

—Está claro que no —lo interrumpí.

—¡No tienes ni puta idea de lo que estás hablando! —espetó—. Entiendo que tienes buenas intenciones, pero sé lo que hago. Conozco mi propio cuerpo.

—Yo no, está claro —mascullé, apartando la cara para mirar por la ventana del copiloto—. Como la mayoría de las chicas.

—Así es —continuó discutiendo—. No me conoces, Shannon.

Sin fuerzas, dejé escapar un suspiro abatido.

—Tienes razón, Johnny —coincidí en un susurro—. No te conozco.

—¡Para de hacer eso! —espetó, pasándose una mano con impaciencia por el pelo—. Hostia ya.

—¿De hacer qué?

—De tergiversar mis palabras —repuso enfadado—. No me das la oportunidad de explicarme. Es una táctica de mierda de las tías y no puedo... ¡Joder! —rugió, pisando el freno para esquivar una bicicleta que estaba tirada en medio de la carretera—. Mierda. ¿Qué narices le pasa a la gente? ¿La carretera parece un buen sitio donde dejar una bicicleta, joder?

—Puedes dejarme aquí —dije rotundamente, desabrochándome el cinturón de seguridad—. Puedo hacer el resto caminando.

Abrí la puerta del coche y me levanté del asiento antes de que tuviera la oportunidad de responder.

Cerré la puerta del copiloto de un portazo, abrí la trasera y metí la mano entre los montones de basura y ropa sucia para sacar mi mochila.

—Shannon, espera, no te vayas...

—Adiós, Johnny —susurré antes de cerrar la puerta y subir a la acera.

No me volví cuando bajó la ventanilla y me llamó tres veces.

Tampoco me di la vuelta cuando se detuvo en el arcén, sino que elegí deslizarme por el callejón en su lugar, con la cabeza gacha y el aguijonazo del amargo arrepentimiento pesándome sobre los hombros.

REACCIONES EXAGERADAS Y SUEÑOS QUE SE DESVANECEN

Johnny

Estuve furioso durante todo el trayecto a casa, y el mal genio apenas me dejó concentrarme en la carretera.

Cuando llegué a la entrada de mi casa, todo mi cuerpo palpitaba de frustración.

Se había alejado de mí.

La había llamado y ella se había alejado, joder.

No estaba acostumbrado a que me rechazaran ni me ignoraran, y no es que fuera un engreído.

No lo soy.

Tocarla fue un error.

No podía permitirme volver a hacerlo.

Tenía quince años.

¿Qué cojones me pasaba?

Ya era bastante malo que hubiésemos tenido solo un par de conversaciones, pero ahora que había pasado dos buenas horas en un coche con ella, estaba conmocionado.

Sus preguntas habían sido más profundas que las de mierda que solían hacerme.

Eso me confundió.

No había podido leerla.

No había logrado adivinar lo que estaba pensando.

Vivía en una de las urbanizaciones de protección oficial de la ciudad, la grande donde hacían constantemente redadas antidroga y que acosaba la Gardaí, lo cual era inquietante.

¿Cómo cojones había salido alguien como ella de un lugar así?

Cuando aparqué en mi sitio habitual en la parte trasera de mi casa, mi estado de ánimo era sombrío y tenía un humor de perros.

Apagué el motor y me quedé allí sentado durante varios minutos, mirando por el parabrisas, esforzándome por controlar el horrible sentimiento de desesperación que se agitaba dentro de mí.

Dejé caer la cabeza entre las manos, me cogí algunos mechones de pelo y simplemente tiré de ellos.

No obstante, había aprendido una lección valiosa esa tarde, y era no preguntarle nunca a una chica en qué pensaba si no estabas preparado para recibir un gran golpe en el ego.

«Creo que estás negando tu proceso de curación y sé que te duele. Creo que estás jugando con fuego con tu cuerpo. Y creo que si tus médicos supieran cuánto dolor tienes en realidad, no te habrían dado el alta de ningún modo ni te habrían permitido jugar».

Sus palabras me atormentaban.

Probablemente porque había acertado.

Joder, odiaba que tuviera razón sobre mi cuerpo.

Yo era así de terco, por eso me puse tan a la defensiva cuando me abroncó por mis gilipolleces.

Aun así, Shannon no me conocía.

No tenía ni idea de la presión a la que estaba sometido.

Nadie lo entendía.

Y ella desde luego tampoco.

Y ¡ni de coña cojeaba!

¡Hostia ya!

Molesto conmigo mismo por pensar tanto tiempo en aquella chica, la aparté rápidamente de mis pensamientos y me concentré mucho en no pensar en nada.

Cuando me calmé lo suficiente, salí del coche y cerré la puerta de golpe, solo para arrepentirme de inmediato cuando estallaron los aullidos.

Las luces automáticas del patio estaban encendidas, por lo que pude ver con claridad a las dos golden retrievers saltando por el césped hacia mí, seguidas por una labradora negra mucho más lenta y vieja.

—Lo siento, chicas —les dije, y mi mal genio se disipó al verlas—. No era mi intención despertaros.

Me metí las llaves en el bolsillo y le rasqué la cabeza tanto a Bonnie como a Cupcake, las perras de mi madre, antes de irme derecho hacia la labradora.

Con casi quince años, el pelaje alrededor de los ojos, la nariz y la barbilla de Sookie se había vuelto blanco. Estaba agarrotada y últimamente cojeaba más, pero todavía era un cachorro para mí y siempre sería el mejor regalo de cumpleaños que un niño de tres años haya recibido.

Sookie zanqueó hasta mis brazos y luego se dejó caer sobre mi pie, moviendo la cola con tanta fuerza que le temblaba la espalda.

—¿Qué pasa, preciosa? —De rodillas, la envolví con los brazos—. ¿Cómo está mi chica preferida?

Ella me recompensó con unos besos babosos en la cara y un artrítico intento de darme la pata.

Le cogí la cabeza con ambas manos, le rasqué las orejas y presioné mi nariz contra la suya.

—Te he echado de menos. Sí, ya lo creo.

Joder, cuánto quería a esa perra.

Era mi bebé.

No me importaba lo que dijeran los muchachos o cuánto rajaran de mí por el nombre que le puse.

Sookie era mi chica, leal a más no poder, y la quería muchísimo.

Era una suerte que no pudiera hablar, porque la abuelita sabía más sobre mis mierdas que nadie en este planeta. Esos enormes ojos marrones de corderito siempre me ablandaban, y la pequeña barba blanca que le envolvía la boca me derretía el corazón.

No entendía cómo la gente podía hacer daño a los animales, y menos a los perros.

Eran demasiado buenos para nosotros.

Los humanos no merecemos el amor y la lealtad que nos dan los perros.

Yo los adoro.

Confío en ellos.

Hay algo en la forma en que un perro te mira; no les importa si eres un jugador de rugby famoso o un mendigo en la calle.

Solo les importa cómo los tratas, y una vez que te eligen como su humano, tienes un amigo fiel para el resto de la vida.

No creía que los humanos fuéramos capaces de tal compasión y compromiso.

Bonnie y Cupcake, molestas por la falta de atención, gimoteaban ruidosamente y saltaban y me arañaban la espalda.

Si no hiciera tanto frío fuera, y no estuviera tan jodidamente dolorido, correría algunas vueltas por el césped con ellas para cansarlas, pero me estaba costando horrores mantenerme erguido, así que rechacé la idea.

Me tomé mi tiempo para rascarles la barriga a las tres, deteniéndome para toquetearle las orejas a Sookie antes de ponerme de pie y entrar en casa.

La maleta justo frente a la puerta trasera me avisó de que mi madre estaba en ella.

Si no la hubiera visto, me habría dado cuenta por el inconfundible aroma del estofado de ternera que impregnaba el aire.

Con el estómago rugiendo en respuesta, atravesé el lavadero, siguiendo el delicioso olor hasta la cocina.

Encontré a mi madre frente a los fogones.

Estaba de espaldas a mí e iba vestida con uno de esos trajes de pantalón que se ponía para el trabajo. Era rubia y llevaba el pelo apartado del rostro con un elegante clip. Para mí, representaba el hogar.

Al verla, sentí que se me quitaba un peso de encima.

Mi madre era empleada en una consultora de moda con sede en Londres.

Viajaba constantemente por trabajo y la había echado de menos las últimas tres semanas que había estado fuera.

No había sido consciente de cuánto hasta ahora.

—Hey, mamá —murmuré, revelando mi presencia—. ¿Cómo va?

—¡Johnny! —Girándose con una cuchara de madera en la mano, me sonrió—. Estás en casa —exclamó. Dejó caer la cuchara sobre la encimera, se limpió las manos en el delantal y luego se dirigió directamente hacia mí—. Ven aquí y déjame achucharte.

Me acerqué para darle un abrazo rápido que se convirtió en un abrazo de treinta segundos.

—Mamá —me reí entre dientes, escapando de su agarre mortal—. Aún estoy aquí. Tranquila.

—Te he echado mucho de menos —declaró. A regañadientes, me soltó y dio un paso atrás para observarme con esa extraña mirada maternal tan suya—. Qué barbaridad, has crecido medio metro.

Arqueeé una ceja.

—¿En tres semanas?

Mi madre respondió a mi sarcasmo con el ceño fruncido.

—No te hagas el listo.

—Soy muy listo —dije, y le planté un beso en la mejilla para luego pasar junto a ella, con la mirada puesta en esa olla de estofado—. Me muero de hambre.

—¿Has estado comiendo?

—Por supuesto.

—¿Como es debido?

—Siempre.

—¿Qué tal el instituto?

—Es el instituto.

No me preguntó por el rugby. Siempre quería saber cosas sobre las clases, mis amigos, mis deberes, mi día y, ay, mis sentimientos.

Pero nunca sobre el rugby.

No era que a mi madre no le importara lo que me apasionaba, sino que siempre se esforzaba por hacerme saber que lo principal para ella era el resto de mí.

—¿Y Gerard? —Mi madre siempre usaba el nombre completo de Gibsie—. ¿Cómo está?

—Es el mismo de siempre —contesté, llenándome un plato de estofado antes de desplazarme a la isla de la cocina—. ¿Ha vuelto papá ya de Dublín?

Mi padre era abogado, bastante prolífico, y pasaba gran parte del tiempo entre Cork y Dublín, donde estaba la sede del bufete. Todo dependía del cliente al que defendía y de la gravedad del caso. Pero básicamente funcionaba así: cuanto mayor era el crimen, mayor era el viaje.

Debido a los compromisos y horarios de trabajo de mis padres, pasaba mucho tiempo solo cuando ellos viajaban, y eso era exactamente lo que me gustaba.

Hasta que cumplí los catorce años, nuestra vecina Maura Reilly se quedaba conmigo, pero más que nada para llevarme a la escuela y al entrenamiento. Yo era lo suficientemente maduro para quedarme solo y bastante autosuficiente.

Maura todavía pasaba por allí cuando mi madre salía de viaje de negocios, aunque más para limpiar y dejar comida hecha para toda la semana.

Después de tantos años viviendo de esa manera, por no mencionar la libertad infinita de que disfrutaba, no pensé que soportase tenerlos a mi alrededor las veinticuatro horas del día.

—No regresará hasta mediados de marzo como muy pronto —respondió mi madre, que se me unió en la isla—. Esta mañana he volado hasta Dublín y he comido con él antes de conducir hasta aquí —explicó al tiempo que se sentaba en el taburete frente a mí.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté entre cucharadas de estofado—. Podrías haberte quedado con él unos días.

—¿Tú qué crees? —Mi madre apoyó los codos en la encimera y sonrió—. Porque quería ver a mi bebé.

Puse los ojos en blanco.

—No soy un bebé, mamá.

—Eres mi bebé —recalcó ella—. Y siempre lo serás. Ya puedes pasar de los dos metros de altura que seguirás siendo mi pequeño Johnny.

Madre mía.

¿Qué iba a hacer con esa mujer?

Sacudiendo la cabeza, dejé la cuchara y me llevé el plato a la boca hasta vaciar la última gota de sopa en el fondo antes de depositarlo sobre la isla con un golpe y suspirar de satisfacción.

Nadie cocinaba como mi madre.

Ni los chefs de la Academia ni los restaurantes de comida para llevar de la ciudad.

La mujer me había dado a luz y tenía línea directa con mi estómago.

—Veo que tus modales no han mejorado —bromeó, frunciendo el ceño con desaprobación.

—No puedo evitarlo, mamá —respondí con un guiño—. Estoy en pleno crecimiento.

Fui a por la segunda ronda y me llené el plato, que me comí de pie frente a los fogones.

No tenía sentido sentarme cuando tenía intención de dejar la olla limpia.

—¿Cómo te fue el chequeo la semana pasada? —preguntó ella—. ¿El doctor Murphy está contento con cómo te estás recuperando?

«No lo sé porque no fui...».

Gruñí a modo de respuesta apática, demasiado ocupado engullendo la comida.

—¿Qué pasa con los médicos de la Academia? —insistió—. Sé que no estaban entusiasmados con que regresaras tan pronto.

Una vez más, gruñí a modo de respuesta, porque hablar de aquello con mi madre supondría una discusión de la que podía prescindir esa noche.

Si mentía, me lo notaría.

Si le decía la verdad, entraría en pánico.

Fuera como fuese la conversación, mi madre insistiría en ver mi lesión, esto es: mi rabo y mis pelotas.

Y fuera como fuese la conversación, se me iría la pinza y me negaría.

Entonces ella reaccionaría de forma exagerada y llamaría a mi padre por teléfono para llorarle porque no le enseñaba mis «partes íntimas» y pedirle que volviera a casa para tratar conmigo porque probablemente me estaba muriendo de «gangrena del pene» o alguna otra enfermedad horrible y superdramática.

La distracción y la evasión eran clave para que mi madre no llorara y yo no acabara traumatizado.

—Me alegro de que estés en casa, mamá, pero voy a ir a mi habitación a ponerme con los deberes —decidí decir en su lugar—. Primero de bachillerato me está dando por saco. De hecho, estoy pensando en apuntarme a clases particulares de Irlandés.

Añadí esa última parte para darle más efecto. No necesitaba empollar de más para nada porque no había sacado menos de un notable en ninguna prueba o examen desde tercero.

De hecho, podría ser yo el que diese las jodidas clases particulares. Ya pasaba tiempo suficiente ayudando a los colegas en las clases de Ciencias empresariales y Contabilidad.

Pero mi táctica funcionó para desviar las preocupaciones de mi madre de mis dolencias a mi educación.

—Oh, cariño, vale —asintió rápidamente, en un tono reconfortante—. Estoy orgullosa de ti por ser tan valiente como para admitir cuándo tienes un problema. Haré algunas llamadas por la mañana para ver qué hay disponible.

—Sí, buena idea —afirmé, con una solemne inclinación de cabeza.

Estirando los brazos sobre la cabeza,forcé un bostezo.

—Pareces destrozado, mi amor —observó mi madre, con esos ojos marrones llenos de empatía—. ¿Por qué no te acuestas temprano y te escribo un justificante para los deberes?

—Gracias, mamá, estoy hecho polvo.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla, y luego salí pitando de la cocina antes de que tuviera la oportunidad de recordar su pregunta anterior.

—¡Oh, y antes de que me olvide! —gritó, lo que me detuvo en seco—. Te he pedido cita en el taller para una revisión. La fecha más cercana que he podido conseguir ha sido el lunes de dentro de dos semanas, así que te llevaré yo a clase y podemos pasar a recoger tu coche después.

—Ah, mierda —gruñí, volviéndome en el umbral para mirarla.

—¿Qué?

—Tengo sesiones reservadas con el entrenador personal de la Academia todas las tardes del mes que viene —le expliqué y, dejando escapar un suspiro de frustración, me froté la frente—. Necesito mi coche, mamá. —La miré con una expresión esperanzada antes de agregar—: A menos que quieras dejarme y recogerme en la clínica... o prestarme el jeep.

—No te vas a morir por perderte una sesión —repuso ella en tono impasible.

No, probablemente no, si no fuera porque me había perdido la sesión de esa tarde por Shannon.

—Además —continuó mi madre—. Vuelo de regreso a Londres al día siguiente, y quería pasar el mayor tiempo posible contigo antes de irme.

Ya, sabía que diría eso.

A la mujer le encantaba pasar tiempo conmigo.

Maldita sea.

—Se acerca la final de la liga —discutí, aunque sabía que era inútil—. Es importante para el instituto. Necesito estar en forma para el partido.

—¿Y ahora no lo estás?

—Claro que sí.

—Entonces ¿a qué viene la cojera?

Me quedé boquiabierto.

—¿Qué?

—La pierna —respondió ella—. No apoyas todo el peso en ella.

Las palabras anteriores de Shannon me llenaron la mente y lo negué.

—¡No estoy cojeando, joder!

Mi madre se me quedó mirando.

—¡Esa boca, Johnathon!

—Bueno, no cojeo, caray, mamá —contesté a la defensiva.

—¿Por qué te afecta tanto? —replicó ella igualmente—. ¿Son tus testículos, cariño? Porque puedes contármelo si te pasa algo ahí.

Abrí la boca para responder, pero la cerré rápidamente.

No tenía sentido discutir con esa mujer. No iba a ganar, y si seguía insistiéndole, me la liaría con una de esas malditas artimañas que usan las madres para hacerte revelar cosas sin preguntar.

Joder.

—Buenas noches, mamá —solté con brusquedad, y me di la vuelta para irme.

—Una cosa más —dijo mi madre.

Cogiendo aire para calmarme, me volví hacia ella.

—¿Qué?

—¿Quién es esta? —preguntó ella, con los labios crispados mientras golpeaba con el dedo el periódico que había abierto sobre la encimera.

Fruncí el ceño.

—¿Quién es quién?

Con una gran sonrisa en el rostro, cogió el periódico y lo levantó para enseñármelo.

—Esta —insistió mi madre, ahora con una sonrisa que no le cabía en la cara, mientras golpeaba con la uña una enorme foto a todo color de mí con Shannon en el partido de la liga escolar la semana pasada.

—¿El periódico es local o nacional?

—Nacional.

No.

Me.

Jodas.

—Dame eso —espeté, acercándome para verlo mejor.

Arrebatándole el periódico a mi madre de las manos, miré a la chica que me había estado volviendo loco los dos últimos meses.

Madre mía, estaba increíble; con los ojos muy abiertos y sonriendo mientras la sostenía a mi lado.

Llevaba el pelo suelto, y le ondeaba con la brisa.

La parte superior de su cabeza rozaba mi axila, así de bajita era.

Y luego se me salió el corazón del pecho cuando leí el pie de foto.

Johnny Kavanagh, de diecisiete años, fotografiado con una compañera de clase, Shannon Lynch, mientras celebraban la victoria de Tommen College sobre Kilbeg en la final de la liga escolar el viernes pasado. Kavanagh llevó como capitán a su equipo a su quinta victoria consecutiva de la liga, sumando así otro trofeo en su impresionante carrera y acabando con los rumores de supuestas lesiones. La muchacha, guapa y de aspecto joven, posó radiante para las cámaras mientras felicitaba a Kavanagh por otra victoria. Cuando se le pidió un comentario sobre el estado de su relación, él se negó educadamente, aunque dicen que una imagen vale más que mil palabras...

—Es una chica preciosa, Johnny —opinó mi madre, distrayéndome—. Hacéis una pareja adorable.

—Te equivocas, mamá —murmuré, sabiendo muy bien lo que estaba insinuando—. Es solo una amiga.

—Nunca te había visto en los periódicos con amigas como esta —se burló—. Es una foto fantástica, cariño. El editor también debe de haberlo pensado, porque os ha dedicado una página completa.

—Llevé al equipo escolar a la final la semana pasada —mascullé, incapaz de mirarla porque la imagen tenía toda mi atención—. Ganamos. Tiene mucha importancia. Por eso me han dedicado una página completa.

—Estoy encantada por ti, mi amor —declaró felizmente—. Bueno, ¿cómo se llama?

—Shannon.

—¿Y?

—Y ese es su nombre —dije inexpresivamente.

—¿Voy a averiguar algo más?

—¿Qué más quieres? —solté—. Ya te he dicho que es solo una amiga.

—Una amiga —comentó, en un tono lleno de sarcasmo—. Claro, y yo soy la Virgen María.

—Me voy a la cama.

Me metí el periódico bajo el brazo antes de salir de la cocina, esforzándome por caminar y no cojear.

—¡Dame mi periódico! —me gritó mi madre, riéndose—. Quiero enmarcar esa foto.

—No, ni de coña —respondí con un resoplido.

Cuando llegué a mi habitación, eché el cerrojo y dejé caer el periódico sobre la cama antes de dirigirme directamente a mi cuarto de baño.

Me desnudé y me metí en la ducha.

Sentándome con cuidado en el suelo, me abracé las rodillas e incliné la cabeza.

No tenía fuerzas para estar de pie.

Mi madre tenía razón.

No estaba en forma.

Sentado bajo el chorro de agua hirviendo, cerré los ojos cuando un escalofrío me recorrió.

Con una mano, me aparté el pelo de la cara y suspiré con amargura mientras todos los miedos y preocupaciones sobre mi futuro pasaban a un primer plano en mi mente.

Mi vida se estaba yendo al infierno.

Mi cuerpo se estaba desmoronando.

Mis sueños se me escapaban por entre los dedos.

Tenía un montón de problemas de los que preocuparme.

Y aun así, no podía quitármela de la cabeza.

Esos jodidos ojos azules como la noche y esas palabras dolorosamente certeras.

Y ahora era peor, porque no solo me pasaba el día entero pensando en ella, sino que tenía una maldita foto suya para atormentarme.

Y me atormentaría con esa foto.

De eso no tenía duda.

BAJANDO DE LAS NUBES A HORAS INTEMPESTIVAS

Shannon

—¿Un buen día? —fueron las palabras con las que me recibieron cuando entré por la puerta principal después de mi desastroso trayecto en coche con Johnny.

Si cualquier otra persona me hubiera hecho esa pregunta, habría obtenido una respuesta, pero era mi padre de quien estábamos hablando.

Estaba en el pequeño recibidor con un periódico enrollado en una mano y preguntándome sobre mi día, lo cual era una imagen aterradora.

—¿Estás sorda, joder? —espetó mientras me miraba, con el blanco alrededor de sus ojos marrones completamente inyectado en sangre—. Te he hecho una pregunta, niña.

El hedor a whisky de su aliento me atravesó los sentidos e hizo que se me disparara la ansiedad mientras trataba mentalmente de resolver la situación.

Le pagaban el paro los jueves.

Ese era el día malo.

No los martes.

Luego pensé en qué día era y me abofeteé mentalmente por no estar preparada.

Era 1 de marzo.

Y era el primer martes del mes.

Día del subsidio familiar.

Cuando el Gobierno irlandés pagaba la prestación mensual en efectivo a los padres por cada hijo que tuvieran.

Lo que significaba cientos de euros desperdiciados en las casas de apuestas y los pubs.

Y eso implicaba semanas de lucha y esfuerzo para nuestra familia debido a la incapacidad de mi padre para controlarse.

Se me hundió el corazón.

Murmurando una respuesta rápida, saqué la llave de casa de la cerradura, me la guardé en el abrigo y esquivé su enorme cuerpo con la intención de robar un paquete de galletas del armario de la cocina y luego salir pitando a la seguridad de mi habitación.

Con la cabeza fría y el cerebro en alerta máxima, logré llegar a la cocina, pero mi padre me siguió como un mal olor, tanto en sentido figurado como literal.

Se apoyó en el marco de la puerta, apretando el periódico en la mano y bloqueándome la salida.

—¿Cómo ha ido el instituto?

Me mantuve de espaldas a él, ocupada ojeando paquetes de sopa y latas de judías cuando respondí:

—Bien.

—¿Bien? —escupió—. ¿Estamos pagando cuatro mil euros al año para que vaya «bien»?

Ahí estaba.

Ahí llegaba.

—Ha ido bien, papá —intervine rápidamente—. He tenido un día productivo.

—¿Un día productivo? —me imitó, en tono burlón y cruel—. A mí no me vengas de lista, joder.

—No lo pretendía.

—Y llegas tarde —ladró, arrastrando las palabras—. ¿Por qué cojones llegas tarde otra vez?

—He perdido el autobús —alcancé a decir, presa del pánico.

—Los autobuses de los cojones —soltó—. La escuela privada de los cojones. ¡Eres un grano en el culo, niña!

No había nada que decir a eso, así que me quedé callada.

La forma en que siempre me llamaba niña, como si fuera una especie de insulto por ser mujer, ni siquiera me molestó esa noche.

Estaba en modo de supervivencia total, y sabía lo que tenía que hacer para salir ilesa de aquella estancia: soportar sus mierdas, mantener la boca cerrada y rezar por que me dejara en paz.

—¿Sabes dónde está tu madre, niña? —gruñó.

De nuevo, no respondí.

Era una pregunta retórica.

Me estaba bombardeando con información antes del ataque.

—¡Rompiéndose la espalda por ti! —rugió—. Deslomándose porque eres una malcriada que se cree mejor que todos.

—No me creo mejor que nadie —murmuré, y luego me arrepentí de inmediato de haberle echado gasolina verbal a su mal genio, que ya había estallado.

—Mírate —se burló, agitando una mano hacia mí—. Con tu elegante uniforme de escuela privada, joder. Llegando tarde a casa. Pensando que eres un maldito regalo de Dios. ¿Estabas de puterío? —preguntó, dando unos pasos tambaleantes hacia mí—. ¿Por eso llegas tarde otra vez? ¿Tienes novio?

Retrocedí inmediatamente, pero no me atreví a abrir la boca para defenderme.

Él tampoco me creería.

Nueve de cada diez veces, lo empeoraba.

Y diez de cada diez veces, responderle acababa con una mejilla caliente.

—Eso es, ¿no? Has estado liándote con uno de esos idiotas pijos que juegan al rugby con el dinero de sus papis en tu precioso Tommen —escupió con desprecio—. ¡Abriéndote de piernas como la zorrilla asquerosa que eres!

—No tengo novio, papá —alcancé a decir.

Echó el brazo hacia atrás y me golpeó en la cara con el periódico enrollado.

—¡Que no me mientas, niña, hostia ya!

—No estoy mintiendo —sollocé, tocándome la mejilla, que me ardía.

Puede que ser abofeteada en la cara con un periódico enrollado no parezca doloroso, pero cuando el hombre que lo blande pesa tres veces más que tú, sí que duele.

—Explica esto, entonces —me exigió mi padre. Abriendo el periódico, pasó bruscamente las páginas hasta detenerse en la sección de deportes—. ¡Explica de dónde sale él!

Parpadeando para despejar las lágrimas, miré la página que mi padre estaba señalando e inmediatamente sentí que se me helaba la sangre.

Ahí estaba yo, a todo color, sonriendo para el estúpido fotógrafo y con el brazo de Johnny alrededor de la cintura, toda sonrisa y mejillas sonrojadas.

No podía pensar en la foto ni preguntarme por qué estaba impresa en el periódico más importante de Irlanda porque estaba aterrorizada.

Estaba tan asustada que podía saborear el miedo.

«Vas a morir, Shannon».

«Esta es la noche en que te va a matar...».

—Es el capitán del equipo de rugby —me apresuré a decir, tratando de inventar una mentira para librarme de la paliza que sabía muy bien que iba a recibir—. Ganaron un partido importante —divagué, aferrándome desesperadamente a un clavo ardiendo—. El señor Twomey, el director, nos hizo posar a todos en una foto con él... ¡Ni siquiera lo conozco, papá, lo juro!

Sabía que debería haber visto venir el siguiente movimiento de mi padre, lo había perfeccionado a lo largo de los años hasta convertirlo en un arte, pero cuando me cogió por la garganta y me estampó contra la nevera, me pilló por sorpresa.

Apretando con fuerza, siseó:

—Me estás mintiendo...

—No... —logré balbucear, agarrándolo de las manos—. Papá..., por favor..., no puedo... respirar...

El sonido de la puerta principal abriéndose y cerrándose justo después llenó el aire.

Mi padre me soltó de la garganta y me derrumbé de alivio.

Jadeando, me alejé de él como pude.

Segundos después, Joey apareció en la puerta, como un regalo celestial con la cara manchada de grasa y el mono cubierto de aceite.

Le dio unas palmaditas en el hombro a mi padre y luego lo hizo a un lado con facilidad antes de entrar en la cocina, balanceando un juego de llaves entre los dedos.

—¿Cómo va, familia?

Parecía relajado y sonaba alegre, pero la tensión en sus ojos me aseguró que era todo lo contrario.

Actuar como si nada en el mundo le importara era el mecanismo de supervivencia de Joey.

El mío era enmudecer.

—Joey —lo saludó mi padre, que parecía un poco alerta ahora, ante la presencia del macho más dominante en la familia.

Puede que nuestro padre fuese grande y cruel, pero Joey era más grande y más rápido.

—¿Los chicos están en la cama? —preguntó mi hermano, cogiendo una lata de Coca-Cola de la nevera.

Mi padre asintió, pero no me quitó los ojos de encima.

—¿Dónde está mamá? —quiso saber Joey, obviamente tratando de aliviar la tensión. Abrió la lata, dio un gran sorbo y luego se limpió la boca con el dorso de la mano—. ¿Aún en el trabajo?

—Tu madre está en el trabajo y esta de aquí ha vuelto a llegar tarde a casa —ladró nuestro padre. Me apuntó con un dedo y añadió, arrastrando las palabras—: Al parecer, ha perdido el autobús de los cojones.

—Lo sé —respondió Joey como si nada, antes de volver su atención hacia mí—. ¿Cómo va, Shan?

—Hola, Joe —dije con voz ronca, abriendo y cerrando los puños para evitar llevarme las manos a la garganta, mientras trataba desesperadamente de controlar los latidos de mi corazón—. Normal. Hambrienta. Iba a coger algo para picar.

Joey se acercó hasta mí, que tenía los pies clavados al suelo, y me tocó la mejilla con los nudillos juguetonamente.

Fue una tierna muestra de cariño, así como de solidaridad tácita.

—¿Aoife se ha quedado mucho rato cuando te ha traído a casa?

Abrí los ojos como platos, confundida.

La mirada que me dirigió mi hermano me dijo que le siguiera el rollo.

De repente lo entendí.

Mi hermano me estaba ofreciendo una coartada.

—Eh, no —acerté a decir, con los ojos fijos en Joey—. Solo me ha dejado y se ha ido directamente a casa.

Joey me guiñó un ojo de aprobación y luego me rodeó para meter una mano hasta el fondo del armario, donde yo no alcanzaba sin la ayuda de una

silla.

—Toma —me dijo, tras sacar un paquete de galletas de chocolate y entregármelo—. ¿A que es esto lo que estabas buscando?

—Esto no es una casa de acogida —farfulló mi padre.

—Esta comida es mía, viejo —replicó Joey con frialdad, girándose para mirar a nuestro padre—. Se ha comprado con mi dinero. De mi trabajo.

—¡Esta es mi casa!

—Una casa que te dio el Gobierno —repuso mi hermano con indiferencia—. Por nosotros.

—No te hagas el listo conmigo, muchacho —protestó mi padre, pero su tono carecía de la fuerza habitual.

Borracho como estaba, nuestro padre era muy consciente de que lo que me había hecho no colaría con mi hermano.

Se habían dado de puñetazos varias veces a lo largo de los años, pero la pelea que más destacaba en mi memoria era la que había ocurrido el noviembre anterior.

Había sido por lo mismo de siempre, infidelidad.

A mi padre lo habían pillado con otra mujer, nada nuevo, y había decidido largarse con ella. Repito: nada nuevo.

Mi madre acababa de enterarse de que estaba embarazada el día que él se fue y acabó en cama.

Joey y yo nos pasamos casi dos semanas cuidando a los más pequeños y limpiando el desastre.

Cuando nuestro padre finalmente cruzó la puerta, diez días después, apestando a whisky y echándole cosas en cara a mi madre, mi hermano se volvió loco.

Él y mi padre terminaron peleándose en la sala de estar, destrozando los muebles y la decoración mientras se pegaban.

Sin embargo, no era ese el motivo por el que lo recordaba.

Lo recordaba porque la pelea había terminado con mi padre acurrucado en el suelo del salón en posición fetal mientras mi hermano le daba un puñetazo tras otro sin piedad en la cara.

Fue una carnicería absoluta, y aunque mi padre había logrado romperle la nariz a Joey, fue mi hermano quien salió victorioso.

Mi padre estaba muy mal después de la paliza que recibió, y en cierto modo le salió bien, porque mi madre sintió lástima y volvió con él.

Por muy deprimente que hubiese sido aquel día para nosotros, como hijos de padres tóxicos, también significó un cambio de poder.

Los sucesos de aquel día le demostraron a nuestro padre que ya no era el macho alfa.

Había un nuevo perro en la ciudad, uno al que había dado demasiadas palizas y estaba preparado para acabar con sus tonterías en cualquier momento.

—Shannon —dijo Joey, sin levantar el tono y con los ojos fijos en nuestro padre—. Se está haciendo tarde. ¿Por qué no te vas a la cama?

No tuvo que decírmelo dos veces.

Aceptando la vía de escape que me ofrecía como alguien que se ahoga se aferraría a un chaleco salvavidas, me dirigí directamente a las escaleras, pero me detuve en seco cuando mi padre bloqueó la entrada.

—No he terminado de hablar con ella —comentó arrastrando las palabras.

—Bueno, ella ha terminado de hablar contigo —repuso Joey inexpresivo, poniéndose detrás de mí—. Así que apártate de su camino, viejo. Ahora.

Se aguantaron la mirada durante treinta segundos antes de que mi padre finalmente se hiciera a un lado.

Salí corriendo de la cocina y subí las escaleras a toda velocidad, sin detenerme hasta que estuve a salvo en mi habitación con la puerta cerrada y el cerrojo echado.

Sin apenas parar a recuperar el aliento, lancé las galletas al armario de la mesilla de noche, me quité el uniforme lo más rápido que pude y me puse el pijama antes de tirarme en la cama.

Metiéndome debajo de las sábanas, cogí el discman de debajo de la almohada y me tapé hasta la barbilla.

Tenía un auricular puesto cuando comenzaron los gritos.

Segundos después, el sonido de muebles estrellándose llenó el lugar.

Se me revolvió el estómago y rápidamente me puse el otro auricular antes de encender el viejo y descolorido discman.

Busqué a tientas los botones, le di a reproducir y subí el volumen al máximo, rezando para que las pilas aguantaran lo suficiente para aislarme del infierno que era mi casa.

Puse la pista metal más fuerte y estridente del CD, me recosté en la almohada y permanecí perfectamente inmóvil, con el cuerpo rígido y hecha

un ovillo por la tensión.

Cuatro canciones y los latidos de mi corazón volvieron a su ritmo normal.

Tres canciones más y recuperé la capacidad de pensar con coherencia.

No siempre era así.

La mayoría de las noches entre semana iban bien, con la excepción de los jueves, cuando mi padre recibía el dinero de la Seguridad Social en la oficina de correos.

En los fines de semana podía haber de todo, pero se me daba de maravilla evitar la confrontación con mi padre.

Si bebía entre semana, yo siempre procuraba volver a casa a tiempo del instituto, cenar y estar encerrada en mi habitación a las seis en punto.

Si bebía los fines de semana, no salía de mi habitación para nada.

Sin embargo, los sucesos de ese día me habían trastocado y había cometido un error fatal.

Johnny me había trastocado.

Me había hecho bajar la guardia.

Y me había olvidado.

El disco se reprodujo hasta el final y lo volví a poner, repitiéndolo en bucle.

No fue hasta que escuché por encima de la música el sonido de la puerta de la habitación junto a la mía cerrarse cuando relajé mis tensos músculos.

Joey estaba bien.

Con un suspiro tembloroso, bajé el volumen y escuché con atención.

Silencio.

Me quité los auriculares, dejé a un lado el discman y salí de la cama.

Anduve de puntillas hasta la puerta de mi dormitorio, abrí el pestillo y me arrastré hasta el pasillo, que estaba vacío.

A oscuras, llegué a tientas a la puerta de Joey, giré la manija y me deslicé adentro.

—¿Joe? —murmuré cuando lo vi. Estaba sentado en el borde de la cama en calzoncillos, llevándose un montón de papel higiénico a la boca—. ¿Estás bien?

—Estoy genial, Shan —soltó en tono seco, mientras se frotaba el papel por el labio inferior—. Deberías irte a la cama.

—Estás sangrando —alcancé a decir, con la mirada fija en el reguero de sangre que manchaba el papel.

—Es solo un labio partido —replicó, y sonaba un poco enfadado—. Vuelve a tu habitación.

No lo hice.

No pude.

Debí de quedarme en su puerta durante mucho tiempo porque, cuando Joey me miró, su expresión era de resignación. Suspirando profundamente, se pasó una mano por el pelo y luego palmeó el colchón a su lado.

—Venga.

Corrí hacia él, me derrumbé en la cama y envolví los brazos alrededor del cuello de mi hermano, aferrándome a él como si fuera lo único que evitaba que mi mundo se hiciera añicos.

A veces pensaba que quizá era así.

—No pasa nada, Shan —susurró, consolándome.

—Lo siento —dije con voz ahogada, estrechándolo con más fuerza. Las lágrimas se derramaron por mis mejillas—. Lo siento mucho, Joe.

—No es culpa tuya, Shan.

—Pero lo he hecho enfadar...

—No es culpa tuya —repitió mi hermano, en tono serio.

—No quiero estar más aquí, Joe.

—Yo tampoco.

—Estoy harta de tener miedo siempre.

—Lo sé. —Me palmeó la espalda y luego se puso de pie—. Un día de estos, todo mejorará. Te lo prometo.

Se dirigió hacia su armario, abrió las puertas y sacó el habitual saco de dormir y las almohadas de repuesto.

No tuve que preguntar qué estaba haciendo; ya lo sabía, y eso hizo que se me encogiera el corazón con fuerza.

Cuando Joey terminó de colocar la cama improvisada en el suelo, se dejó caer sobre ella.

Cruzando los brazos detrás de la cabeza, soltó un profundo suspiro.

—¿Puedes apagar la luz, Shan?

Obedeciendo apagué la lámpara antes de subirme a su cama.

—Gracias, Joey —sollocé, limpiándome la nariz con el dorso de la mano, mientras me acomodaba debajo de las sábanas.

—Ningún problema.

Poniéndome de lado, lo miré acostado en el suelo de su habitación.

Tenía las cortinas cerradas, pero las farolas de la acera de enfrente conferían a la habitación un tono opaco y desvaído e iluminaba las sombras del rostro de mi hermano.

—Oye, Joe.

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte un favor?

Levantó la barbilla para hacerme saber que estaba escuchando.

—Por favor, no me hagas lo que Darren nos hizo. —Juntando las manos bajo la mejilla, musité—: No me abandones.

—No lo haré —prometió mi hermano, en un tono lleno de determinación y sinceridad—. Nunca te dejaré aquí con él.

Dejé escapar un suspiro tembloroso.

—Mamá nunca lo dejará...

—Mamá puede hacer lo que le salga de las narices —me interrumpió Joey, endureciendo el tono—. Ella se lo buscó cuando volvió con él la última vez. Por lo que a mí respecta, puede seguir pariénole hijos y aguantar sus mierdas el resto de su puta vida. Pero tú y yo nos mantenemos unidos. —Volvió el rostro hacia mí y dijo—: Cuando salga de este agujero de mierda, porque saldré, te llevaré conmigo.

Mordiéndome el labio, pregunté:

—¿Qué pasa con los chicos?

Joey suspiró con fuerza, pero no respondió.

La tata Murphy, nuestra bisabuela materna, recogía a nuestros hermanos menores de la escuela todos los días y los dejaba en casa, les daba de comer y beber, y les ponía el pijama a eso de las ocho de la tarde.

Había hecho lo mismo por Darren, por Joey y por mí hasta que pasamos al instituto.

Era un arreglo extraño, teniendo en cuenta que la tata Murphy apenas se hablaba con mis padres, y le había preguntado por ello. Quería saber por qué a los ochenta y un años seguía ayudándolos cuando claramente no se lo agradecían.

Ella había criado a mi madre y a su hermana, Alice, tras fallecer sus padres cuando eran niñas, pero jurarías que la tata era una extraña por la forma en que la trataba nuestra madre.

Me contó que no lo hacía por ellos.

Lo hacía por nosotros.

Porque nos quería.

Y no debíamos sufrir por las malas decisiones de nuestros padres.

El problema era que la tata Murphy se esforzaba demasiado y no podría hacer eso para siempre.

Su salud se estaba deteriorando, se estaba haciendo mayor y le escaseaba el dinero tanto como a nosotros. La tata Murphy no podía permitirse alimentarnos a nosotros además de a nuestros tres hermanos menores, y cada vez que acudíamos a ella con otro problema, aparecía otra arruga en su rostro y sumaba otra cita con el médico.

Fue por esas y muchas más razones por lo que Joey y yo habíamos reducido nuestras visitas.

—Son nuestros hermanos —susurré, obligándome a salir de mis pensamientos.

—Yo no soy su padre —graznó Joey—. Y quién sabe, tal vez mamá recupere el sentido antes de joderles la vida por completo como hicieron con nosotros y Darren. Sea como sea, no puedo hacer nada al respecto. No puedo cuidar de ellos, Shannon. No tengo el dinero ni el tiempo para permitírmelo. Voy a sacarnos de aquí. Eso es lo mejor que puedo hacer.

—¿Lo prometes?

Él asintió.

—En cuanto termine el instituto y me instale en la universidad, el próximo año, pillaré un piso. Puede que tarde un poco en juntar el dinero y levantar cabeza, pero me iré de aquí, Shannon. Te sacaré de aquí. Eso te lo prometo, joder.

—Te creo —le dije.

Y era verdad.

Me había estado contando ese plan desde que Darren salió por la puerta, hacía cinco años, y nos dejó solos con el alcohólico agresivo de nuestro padre.

Yo me creía cada palabra que decía mi hermano, cada promesa que hacía.

El problema era que comprendía los inconcebibles sacrificios que tendría que hacer Joey para que eso nos saliera bien, y en el fondo de mi corazón sabía que la probabilidad de que el plan realmente fructificara era escasa.

De cualquier manera, la niña dentro de mí se aferró a la promesa por todo lo que significaba.

Y promesas como esa para chicas como yo lo significaban todo.

—Bueno, basta de gilipolleces sobre los padres —dijo Joey, mirándome a la cara—. Cuéntame de qué conoces a Johnny Kavanagh.

—¿Qué? —Lo miré boquiabierta, sorprendida por el repentino giro en la conversación.

No era raro que cambiáramos de tema después de una noche como esa y habláramos de cosas sin importancia. Para otra persona, podría parecer extraño que fuésemos capaces de pasar de una conversación seria y significativa a la cháchara, pero era habitual en nosotros.

Llevábamos aguantando las gilipolleces de nuestro padre toda la vida.

Cambiar de tema era algo natural para nosotros, un mecanismo de supervivencia que habíamos perfeccionado a lo largo de los años; evasión y distracción.

Pero ¿preguntarme por Johnny?

Eso me descolocó.

—Kavanagh —reiteró Joey, escrutándome con una intensa mirada—. ¿De qué conoces al chaval?

—Va a Tommen —le expliqué, agradecida de que la penumbra no permitiera que mi hermano viera lo roja que me había puesto—. Creo que, eh, va a primero de bachillerato. —Lo sé—. Y lo he visto un par de veces en el instituto. Él es quien me noqueó el primer día de clase.

Joey volvió la cabeza hacia mí.

—¿Fue Kavanagh quien te noqueó?

—Fue un accidente —repetí rápidamente las mismas palabras que ya había dicho una y otra vez en el último mes más o menos—. Hizo un mal pase, o chutó mal la pelota, o algo así. Pero bueno, que se ha disculpado como un millón de veces, así que todo va bien... —Rematé la frase con un gran suspiro, sin ganas de dar más información sobre el asunto—. Es cosa del pasado.

—Pues joder —se extrañó Joey, rascándose el pecho—. No pensaba que un tío en su posición cometería errores tan tontos como ese.

—¿Un tío en su posición? —observé—. Estoy bastante segura de que no es la única persona en el mundo que chuta como el culo.

—No... —Joey se encogió de hombros—. Aun así. No pensé que en la Academia cometieran ese tipo de errores de colegial.

—¿La Academia? —bufé—. Se llama Tommen College, Joe. No la Academia.

—No estoy hablando de tu instituto, Shan —dijo Joey—. Estoy hablando de la Academia, ya sabes: el Instituto Nacional de Rugby para el Progreso. Lo de Academia es solo una forma de llamarlo.

—¿Qué demonios es el Instituto para el Progreso? Y ¿de qué lo conoces?

—Es exactamente lo que dice su nombre: un instituto donde progresar —respondió sarcásticamente—. Y todo el mundo conoce a Johnny Kavanagh. Yo no.

Estaba desconcertada.

—Entonces ¿por qué apodarlo la Academia?

—Porque suena mejor. —Joey soltó una risa suave—. En realidad no tienes ni idea de quién es, ¿verdad?

Al no contestar, mi hermano se rio de nuevo.

—Es buenísimo —apuntó, claramente entretenido—. Has ido por ahí en su coche esta tarde y ni siquiera lo sabías.

—¿Saber qué? —espeté, agobiada y molesta por mi falta de comprensión.

Las palabras de Johnny flotaron en mi cabeza.

«Yo juego... No, quiero decir que compito...».

Maldita sea, sabía que había estado haciendo el ridículo.

—¿Qué? —exigí saber—. ¿Es una estrella del rugby o algo así?

Joey resopló con fuerza.

—No puedo creer que no lo sepas.

—¡Dímelo!

—Deberías haber hecho una foto —añadió pensativo—. Ah, espera, lo hiciste. ¿Cómo has acabado en los periódicos con él? Nuestro viejo prácticamente me lo estampa en la cara.

—No tengo ni idea, Joe —dije, negando con la cabeza, y suspiré pesadamente—. Ganaron una copa el viernes pasado y me sacaron una foto con él. —Me encogí de hombros con impotencia—. No tenía idea de que terminaría en los periódicos.

—Acabó en los periódicos porque es Johnny Kavanagh —aclaró mi hermano, pronunciando su nombre como si significara algo para mí—.

Venga ya, Shan.

Al no ocurrírseme nada, Joey lanzó un suspiro de impaciencia.

—Es famoso de la hostia en el mundo del rugby. Joder, solo tienes que encender el ordenador o abrir los periódicos para leer de todo sobre él —continuó diciendo—. Fue seleccionado por la academia de rugby cuando era increíblemente joven, a los catorce años o algo así.

—¿Eso es lo del Instituto del Progreso? —Me incliné sobre el borde de la cama para estudiarlo—. ¿Es importante o algo así?

—Joder si lo es, Shan —asintió Joey—. Tienes que ser seleccionado personalmente por los mejores ojeadores de rugby irlandeses para participar en las pruebas. El dinero y la fama no se tienen en cuenta. La selección se basa puramente en el talento y el potencial. Les enseñan todo lo que necesitan para labrarse una carrera profesional en el rugby, y cuentan con la supervisión de los mejores entrenadores, fisios, nutricionistas y preparadores del país. Organizan unos programas y campamentos donde sus jugadores se entrenan que es una locura, y es el mejor lugar para conocer a posibles cazatalentos. Es como esa escuela de excelencia para futuros jugadores profesionales de rugby, solo que no es una escuela. Es una instalación deportiva de última generación en la ciudad. En realidad, es más como un criadero donde producen jugadores de rugby purasangre con mucho nivel en lugar de pollos.

—Puaj —exclamé arrugando la nariz—. Qué analogía más asquerosa, Joe.

—Así son las cosas —se rio—. Solo los adolescentes más prometedores del país tienen la oportunidad de entrar en la Academia, y aun dentro, es brutal. Tienes que estar hecho de algo la hostia de especial para pasar las pruebas y jugar una temporada con ellos, sin importar que te vuelvan a seleccionar. Personalmente, respeto muchísimo a cualquiera con ese tipo de disciplina. Debe de tener una capacidad de trabajo tremenda para rendir a ese nivel en su deporte.

—Entonces ¿se le da bien?

—Mejor que bien, Shan —corrigió mi hermano—. He visto algunos de los partidos de Kavanagh con la selección sub-18 que se transmitieron por la tele durante la campaña de verano y te digo que es un monstruo en la cancha. Dale una pequeña oportunidad y traspasará la defensa para marcar un jodido gol cada vez. Buah, el tío solo tiene diecisiete años y esta es su

segunda temporada con la selección juvenil de Irlanda, y pasará directamente a la sub-20 cuando cumpla los dieciocho. Después de eso, estará en la absoluta.

Así que Johnny no estaba bromeando cuando me dijo que competía.

—Yo no sabía nada de esto —murmuré, sintiéndome como una idiota.

—Te estás poniendo roja —advirtió Joey, divertido.

Era una observación de lo más precisa, una que negué furtivamente.

—No.

Él resopló.

—Joder que no.

—Está demasiado oscuro para que veas nada, así que ¿cómo sabes que me estoy poniendo roja?

Joey rio suavemente.

—Entonces ¿lo admites?

—Que no. —Reprimí un taco—. Y no.

Bufó con sorna.

—No me vengas con cuentos.

—¿Qué cuentos?

—Has dejado que te llevara a casa.

Me quedé boquiabierta.

—Sí, ¿y?

—Ni siquiera te subes al coche con Podge, y él es mi mejor amigo desde que usábamos pañales —me desafió Joey—. Nunca te he visto ni oído relacionarte con chavales.

—Eso es porque no tengo amigos —gruñí—. O al menos no tenía.

—Entonces ¿sois amigos?

—No, no soy su amiga —sentencié—. He perdido el autobús. Me escuchó hablando contigo por teléfono y se ofreció a llevarme a casa. Tú lo sabes.

—Sí, bueno, un consejo —respondió como si nada—: no te hagas ilusiones con él.

—¿Ilusiones?

—Sí. —Joey bostezó perezosamente—. No terminará bien.

—¿Qué estás...? ¿Por qué iba a hacerme ilusiones? —solté, agobiada—. E ilusiones ¿con qué?

—Con lo que sea que se ilusionan las adolescentes —replicó Joey, bostezando de nuevo—. A riesgo de sonar como un hermano sobreprotector: es demasiado mayor y tiene demasiada experiencia para ti, joder.

—No me estoy haciendo ilusiones con nadie —negué acaloradamente antes de apresurarme a añadir—: ¿Por qué me estás contando todo esto?

—No soy tonto, Shan —contestó Joey—. Soy muy consciente de cómo se pillan las jóvenes de chavales en su posición y se vuelven locas con ellos. —Se movió en su cama improvisada, estirándose—. Yo solo digo que no saques conclusiones porque se haya hecho una foto contigo o te haya traído a casa esta tarde. Lo más probable es que haga eso con muchas chicas.

—¡No las saco! —solté—. Ni siquiera sabía lo de su posición hasta que me lo has contado. —Luego continué—: Y soy muy consciente de que ofrecerse a traerme fue un intento de enmendar la conmoción cerebral.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

—¿Estás segura de que sabes que eso es todo?

Me lo negué a mí misma.

—Sí, Joey.

—Bueno, bien —suspiró—. Porque por lo que he leído en los periódicos, se largará de aquí después de graduarse, así que pillarte por él sería una mala idea. Los clubes ya lo están reclamando, incluso en el hemisferio sur. Es solo cuestión de tiempo antes de que sea seleccionado por el mejor postor.

—¿Y? —repuse a la defensiva—. ¿A mí qué me importa? ¡Ni siquiera me gusta el rugby!

—Relaja la raja, Shannon —resopló Joey—. Solo intentaba darte un consejo como hermano.

—Pues no es necesario —refunfuñé, con la cara ardiendo—. Y, para tu información, en realidad no es tan genial —decidí soltar en un tono desdeñoso.

Mi altercado anterior con Johnny aún estaba fresco en mi mente, y tenía unas ganas locas de bajarle los humos, aunque solo fuera con mi hermano.

—Tiene muy mal genio y conduce como un maniaco, y su coche da pena de lo sucio que está.

—¿Qué conduce?

—Un Audi A3. —Hice una mueca antes de admitir de mala gana—: Es tan bonito...

—Por supuesto que lo es. Prácticamente les regalan coches de alta gama a sus jugadores —comentó Joey, que resopló y sonó un poco como una grupi cuando dijo—: Cabrón con suerte.

Entonces se hizo el silencio entre nosotros, mientras yo vagaba a través de mis pensamientos.

Confundida, traté de despejar la información que Joey me había dado.

Intenté relacionarla con el Johnny que había conocido, pero no pude.

No me parecía una superestrella del rugby.

Vale, sí, físicamente encajaba al dedillo en la descripción, pero no era... Él no...

Negué con la cabeza, no pensaba con claridad por la confusión.

Ahora que sabía exactamente lo comprometido que estaba con el rugby, podía entender su reacción irracional de esa tarde.

No quería que nadie supiera de sus lesiones porque estaba asustado.

No lo había admitido, pero ahora que sabía lo que se jugaba, tenía mucho sentido.

Si mi futura carrera, en la que habría invertido tanto tiempo y energía, estuviera en el aire debido a una lesión, yo haría lo que fuera necesario para volver a la normalidad.

Pero ¿mentir sobre su recuperación?

A mí me parecía un movimiento arriesgado.

Un movimiento peligroso.

Él mismo lo había dicho; no se estaba curando bien.

Entonces ¿por qué arriesgar su estado físico de esa manera?

—¿Qué le sucede a un chico cuando se desgarran el músculo aductor?

La pregunta salió de mi boca antes de que tuviera la oportunidad de pensarlo.

—¿Cómo? ¿Por la ingle?

—Sí —asentí—. ¿Qué pasa?

—Depende de la gravedad del desgarramiento —contestó Joey sin dudar—. Pero le dolería de la hostia un tiempo. Si fuera grave, probablemente necesitaría fisioterapia y rehabilitación.

—¿Y si fuera muy muy grave? —Me mordí la uña y pregunté—: ¿Qué pasa si es tan grave que tienen que operarlo de ahí?

—¡Shannon, calla! —se estremeció visiblemente, llevándose una mano a la entrepierna—. No quiero ni pensar en eso.

—¿Sería muy grave? —seguí insistiendo—. Para un chico, quiero decir. ¿Dolería?

—Míralo de esta manera —soltó Joey, todavía sacudiéndose—. Prefiero romperme ambas piernas que sufrir ese tipo de lesión en el paquete.

—¿Dolería al caminar y esas cosas? —inquirí—. ¿Qué hay de practicar deportes?

—Shannon, dolería al mear —afirmó Joey, serio—. Ni hablar de correr por el campo.

Ay, madre.

Con razón Johnny estaba dolorido.

—¿Por qué? —preguntó mi hermano entonces.

—Oh, solo me lo preguntaba porque Lizzie nos contó que operaron a su novio, Pierce, para recomponerle el músculo aductor en diciembre. —Encogiéndome de hombros, seguí mintiendo como una bellaca. No conocía al novio de Lizzie y mucho menos el estado de sus músculos aductores—. Lizzie dijo que ha vuelto a jugar al ru... eh, fútbol, pero que todavía le duele mucho. Me preguntó si sabía algo al respecto, como juegas al hurling... Le dije que te preguntaría.

—Bueno, puedes decirle que el pobre desgraciado merece un suministro ilimitado de morfina —murmuró Joey—. Y una cama. Y un suministro interminable de bolsas de hielo para las pelotas.

—¿Las pelotas? —Tragué con dificultad, con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué necesitaría una bolsa de hielo para eso?

—Porque cuando los cirujanos te abren para ese tipo de procedimiento, hacen una incisión justo debajo de tus... ¡Uf! No puedo. —Sacudiendo la cabeza, Joey soltó—: Ni siquiera puedo pensar en ello sin compadecerme del pobre cabronazo.

—Pero ¿y si...?

—¡No!

—Pero yo solo...

—¡Buenas noches, Shannon! —Echándose de costado y de espaldas a mí, Joey refunfuñó—: Gracias por mis futuras pesadillas.

Poniéndome boca arriba en la cama, me llevé las manos a la parte superior de la cabeza y respiré lentamente para tranquilizarme, con la

esperanza de calmar mis agitados pensamientos y dejar la mente en blanco.

Cuando me llegó el sonido de los ronquidos del sueño profundo de Joey, varias horas después, todavía estaba con los ojos como platos.

Estaba cansada. Quería dormirme, lo ansiaba, pero por mucho que lo intenté, no pude hacer que mi cerebro se apagara.

Mirando hacia el techo, repasé mentalmente mi propio catálogo personal de dolores de cabeza.

Era la forma definitiva de masoquismo y un ritual que siempre realizaba después de un mal día.

Cerrar los ojos tampoco ayudó.

Cada vez que permitía que se me cerraran los ojos, las imágenes de Johnny Kavanagh bailaban en mis párpados.

No estaba segura de si lo prefería cuando solo era el extraño que me había noqueado y que me sonreía por los pasillos, o el capullo malhumorado y exagerado con repentinos cambios de humor.

Tenía claro que me arrepentía de saber lo que acababa de averiguar sobre él.

Descubrir que Johnny era una estrella del rugby prometedora con una magnífica carrera deportiva por delante fue deprimente por varias razones, pero una en particular sobresalía en mis pensamientos.

Yo ya tenía un hermano superestrella, un chico guapo al que todo el mundo adoraba y al que elogiaban por sus jugadas en el campo y le concedían carta blanca por ello.

Joey, por muy bueno que fuera conmigo, también era un completo golfo que había dejado un rastro de corazones rotos desde Ballylaggin hasta la ciudad de Cork.

Llevaba viéndose con su novia, Aoife, exclusivamente unos ocho meses, y parecía desvivirse por ella, pero aún estaba por ver si había dejado atrás del todo sus viejas costumbres o no.

La experiencia me había enseñado que los chicos eran ruines.

Y los padres.

Los padres eran unos cabrones, y no se podía confiar en los hombres.

No en todos los hombres, admití a regañadientes, pero sí en la mayoría.

Sobre todo en los atletas.

Como hermana de uno, me hacía una idea de cómo pensaban los deportistas adolescentes y sabía que era más seguro ser familiares, amigos

platónicos o simplemente evitarlos como la peste.

Tenían el ego inflado, una actitud desmesurada y un fuerte apetito sexual. Leales a sus familias, a su equipo y poca cosa más.

«Confío en que mis testarudas hormonas adolescentes se descontrolen al ver alguno».

Reconociendo que era la opción más segura, decidí que seguiría adelante con lo ocurrido esa noche desechando todo lo que había descubierto sobre Johnny Kavanagh y huyendo de él.

Era joven, pero no estúpida, y sabía que albergar cualquier tipo de sentimientos, ya fuese solo pillarme de él, por un chico como Johnny Kavanagh no me haría ningún bien a la larga.

Porque, para ser sincera, desde el día en que me noqueó, había albergado muchas emociones contradictorias hacia él.

Pero la forma horrible en que Johnny había gestionado su malestar esa tarde, junto con la charla de Joey, fue la fría y cruda dosis de realidad que necesitaba para volver a centrarme.

Necesitaba olvidarme de él.

Y lo haría.

Esperaba.

UNA MADRE SABE LO QUE HACE... SOLO EN LAS PELÍCULAS

Shannon

Cuando me levanté para ir a clase el miércoles por la mañana, mi madre me estaba esperando.

Con las prisas por salir de casa y alejarme de mi padre, casi ni la veo.

Hasta que no me detuve en el pasillo para coger el abrigo, no la vi sentada a la mesa de la cocina con una taza de café entre las manos.

—¿Mamá? —Fruncí el ceño al verla.

Parecía exhausta, con unas oscuras ojeras debajo de los ojos, y la tez pálida y demacrada.

Estaba envuelta en su vieja y deshilachada bata de lunares, el último regalo de Navidad que Darren le había hecho antes de irse.

Dejé el abrigo en el colgador y entré en la cocina.

—¿Qué haces levantada?

—Shannon —me saludó ella, forzando una débil sonrisa—. Ven y siéntate conmigo un rato.

Lo hice porque era muy raro verla a esas horas de la mañana, y supe que algo iba mal.

Miré el reloj para asegurarme de que no me había quedado dormida por accidente o algo así. Las seis menos cuarto de la mañana.

No, llegaba temprano y definitivamente algo iba mal.

Arrastré una silla por el respaldo, me senté frente a ella y le pregunté:

—¿Qué pasa, mamá?

—¿No puedo levantarme para despedirme de ti?

No.

La verdad es que no.

En absoluto.

Mi silencio debió de ser una respuesta a voces, porque mi madre dejó su taza y me cogió una mano.

—Shannon —empezó, yendo finalmente al grano—, sé que crees que no, que a veces tu padre no es demasiado... Solo quiero que sepas que adoro a todos mis hijos por igual, pero tú eres la más especial para mí.

Eso era mentira.

Yo no tenía nada de especial para ella.

Darren era su favorito y, cuando se fue, mi madre nunca volvió a ser la misma.

En verdad, entre los turnos de trabajo y el cuidado de los pequeños, apenas si reparaba en mí.

Yo quería a mi madre, de veras que sí, pero eso no significaba que no me molestara su debilidad, porque sí que me molestaba.

Mucho.

Incómoda, saqué la mano de debajo de la suya y le pregunté:

—¿Firmaste la autorización para el viaje escolar a Donegal?

Sabía que no lo había hecho.

Todavía estaba encima de la panera, sin firmar.

—No me siento cómoda con que estés tan lejos de casa, Shannon —explicó, con la preocupación reflejada en el labio inferior—. Donegal está muy lejos.

Exactamente.

—Quiero ir, mamá —susurré—. Claire y Lizzie van, y tengo muchas ganas de ir. He de entregar la autorización antes del viernes o no me dejarán ir.

De acuerdo, eso era mentira, tenía hasta después de las vacaciones para entregar el papel, pero presionarla era la única manera que tenía de lograr que firmara la autorización.

—¿Y si te pasa algo allí? —conjeturó mi madre—. ¿Qué pasa si alguien te ataca?

—Hay más posibilidades de que eso ocurra en esta casa —mascullé.

Mi madre se estremeció.

—Shannon...

—¿Te ha contado ese lo que pasó anoche? —escupí, sabiendo que eso era de lo que quería hablarme, de lo que quería asegurarse de que yo no hablara.

Enderezándome, miré a mi madre desde el otro lado de la mesa.

—¿Te ha contado ese lo que le hizo a Joey?

—Ese tiene un nombre —dijo mi madre con voz tensa.

—¿Te lo ha contado? —fue todo lo que respondí.

—Sí, tu padre me ha contado lo que pasó —contestó ella finalmente.

—¿Y ya está? —Me recliné en la silla y estudié su rostro—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto?

—Shannon, es complicado. —Mi madre dio un profundo suspiro y agachó la cabeza—. Todos estamos bajo mucha presión en este momento, con el nacimiento del bebé en verano y tu padre sin trabajo. El dinero escasea, Shannon, y eso afecta a tu padre. Tiene muchas cosas en la cabeza...

—¡Le partió el labio a Joey, mamá! —grité, y me tragué el nudo en la garganta—. Por un paquete de galletas. ¡Y si está tan preocupado por el dinero, entonces tal vez debería dejar de apostarse y beberse la ayuda de la prestación familiar!

Mi madre se estremeció ante mis palabras, pero me alegré de haberlas dicho.

Era necesario.

Solo deseaba que empezara a escuchar.

—Tu padre me ha contado que llegaste tarde a casa del instituto —continuó diciendo—. Estaba muy molesto por una foto tuya en el periódico...

—¡Era una foto del instituto!

—¿Con un chico?

—Ay, por favor —exclamé—. Tú también no.

—No. —Sacudió la cabeza—. Por supuesto que no. Entiendo estas cosas, pero tu padre estaba muy molesto por ello. Ya sabes cómo se pone...

—Así que ¿es mi culpa que le pegara a mi hermano y tratara de estrangularme? —Ahogué el sollozo de indignación que amenazaba con

escapárseme—. ¿Por llegar tarde a casa, por hacerme una foto en el instituto, o por ir a Tommen? ¿Cuál, mamá? ¿O todo lo que hago está mal? ¿Soy yo la culpable de todo lo malo que pasa en esta familia?

—No, por supuesto que no es culpa tuya, Shannon —trató de retractarse rápidamente—. Tú no tienes la culpa, y tu padre te quiere mucho. Pero sabes que tiene miedo de que acabes como yo. Y él y Joey tienen una relación complicada —dijo, en un intento de eludir su responsabilidad con mentiras—, Joey no debería sacarlo de quicio así...

La interrumpí con un movimiento de cabeza.

—Deja de defenderlo —siseé, manteniendo la voz baja para no despertar al hombre que llevaba amargándome la vida a diario desde el 13 de marzo de 1989, el día en que llegué a este mundo y a una maldita familia tóxica—. ¡Para ya, mamá! Nada de lo que dices ayuda jamás. Simplemente sigue haciéndolo una y otra vez. Así que deja de disculparte y de tratar de justificar su comportamiento. Estamos cansados de escucharte.

—Hago lo mejor que puedo, Shannon —susurró mi madre.

—¿Para quién, mamá?

La ira centelleó en sus ojos cuando me miró y escupió:

—Por mi familia.

—Por él —protesté por lo bajo.

Mi madre se estremeció, pero no me retracté de mis palabras.

Eran la verdad.

—No puedes hablarme así —espetó ella—. No tienes ni idea de lo difícil que es volver a casa cada noche y que esto parezca la Tercera Guerra Mundial.

No respondí.

No tenía nada que decir.

Si realmente creía que yo no sabía lo que era sentir como si viviera en una zona de guerra, entonces estaba delirando además de ser una madre negligente.

—Estoy cansada de esto, Shannon —declaró—. Estoy agotada de vivir así. Y estoy cansada de ser juzgada por mis propios hijos.

—Bueno, bienvenida al club, mamá —mascullé entre dientes—. Todos estamos cansados de vivir así.

—No te pases —advirtió—. No lo toleraré, Shannon. Te lo digo desde ya, se lo contaré...

—¿A mi padre? —terminé por ella, en un tono elevado y agudo—. Eso es lo que ibas a decir, ¿no, mamá? ¿Vas a delatarme a ese?

—Deberías mostrarme algo de respeto, Shannon —gruñó—. Me estoy deslomando para que puedas ir al instituto, ¡y no me gusta ni un pelo que me hables como si fuera una mierda pinchada en un palo!

—Bueno, a mí no me gusta que me llamen zorra cada vez que entro por la puerta. —Se me quebró la voz cuando las emociones me desbordaron.

La culpa por disgustar a mi madre me carcomía por dentro, mezclándose con el resentimiento, el miedo y la ira de toda una vida.

—Porque así es como me llama, mamá —alcancé a decir con voz ronca—. Según mi padre, no soy más que una zorra asquerosa.

—Estaba preocupado por ti —respondió ella—. No sabía cómo llegaste a casa ayer.

—¿Me llamó zorra porque estaba preocupado por mí? —Negué con la cabeza, horrorizada—. Porque eso no tiene sentido.

—Porque salías en esa foto...

—¿Has visto la foto?

—No.

—Bueno, si la hubieras visto, ¡sabrías que no he hecho nada malo! —Me sequé con furia una lágrima traicionera, sorbí por la nariz y añadí—: Nunca he estado con un chico, mamá, y tú lo sabes. Pero me llama zorra y tú no haces nada.

—Sí que hago —se defendió—. Hablé con tu padre al respecto y prometió no volver a hacerlo.

—Olvidalo. —Empujando la silla hacia atrás, me puse rápidamente de pie y me dirigí hacia la puerta, sin querer escuchar cómo justificaba el comportamiento de mi padre—. Olvidalo, mamá.

Ya había oído suficiente a lo largo de los años.

—Tengo que irme —agregué con voz ronca—. No quiero volver a perder el autobús y causar más problemas.

—Quieta ahí —me advirtió, siguiéndome—. No he terminado.

—Ya, bueno, yo sí —logré soltar, sacudiéndome la mano que me había puesto en el hombro.

Lo había hecho con delicadeza, pero me dolió más que cualquier bofetada que pudiera darme.

Ignorando las protestas de mi madre, salí de la cocina dando zancadas.

—¿Cómo llegaste a casa ayer?

Me detuve en la puerta principal y me di la vuelta para mirarla.

—¿Qué?

—Tu padre cree que Aoife te trajo a casa del instituto ayer —afirmó, con los ojos llenos de preocupación—. Pero sé que eso no es cierto, porque trabaja los martes por la noche. Así que ¿cómo llegaste a casa?

—¿Qué más da?

—Da porque Tommen está a veinticuatro kilómetros de casa, Shannon Lynch, y ¡quiero saber cómo hiciste ese trayecto! —exigió saber—. ¿Estás teniendo problemas de nuevo? ¿Perdiste el autobús a propósito para evitar más matones?

—No, mamá, no tengo problemas en clase —alcancé a decir.

—No sería la primera vez que evitas el autobús, Shannon —replicó ella, mirándome fijamente con esos ojos azules—. Si tienes problemas, puedes decírmelo. Puedo ayudarte.

—Adoro Tommen, mamá, ¡soy feliz allí! —Me sorprendió la certeza de las palabras que salieron de mí.

Pasmada, me di cuenta de que, en realidad, sí que adoraba mi nuevo instituto.

—Entonces ¿cómo llegaste a casa? —repitió por tercera vez—. ¡Dímelo!

—Johnny Kavanagh me dejó en casa —escupí, luchando contra las ganas de gritar—. ¿Vale? ¿Ya estás contenta? Es el chico con el que salgo en el periódico. Me hice una foto con él la semana pasada, y luego fui y me subí a su coche y me dejó en casa ayer, así que supongo que puedes subir corriendo las escaleras y contarle a mi padre que siempre ha tenido razón y que soy una maldita zorra.

Mi madre se quedó pálida como un muerto.

—Voy a llamar al centro.

—¿Qué? —pregunté con los ojos como platos—. ¿Por qué?

—Se suponía que ese chico no debía acercarse a ti —escupió.

—¿Por qué no?

—¡Porque te hizo daño, Shannon!

—Fue un accidente.

—Voy a llamar al señor Twomey.

Mi madre se volvió a la cocina para coger su móvil y yo la seguí.

—No... ¡Mamá, no lo hagas!

—Dame mi teléfono, Shannon —ordenó mi madre cuando se lo quité de las manos—. Ahora mismo.

—¡Ni siquiera sabes por qué! —grité, apretándome su móvil contra el pecho.

—No me importa —ladró ella, y me arrebató el teléfono de las manos—. Conoce las reglas. Se las explicaron muy claramente. Se suponía que no debía hablar contigo. Estaba advertido, Shannon. En términos inequívocos. Debería haber sido expulsado por lo que te hizo. Para cuando haya terminado con él, así será.

—Johnny no es el problema aquí —declaré ahogadamente. Me latía con fuerza el corazón en el pecho, y la idea de volver a meter a Johnny en líos me hizo sentir mareada—. Se disculpó por lo sucedido. Me compró un uniforme nuevo. Me defendió en el instituto cuando un chico me estaba molestando. No ha sido más que bueno conmigo, mamá.

Mi madre no era una mujer grande, pero con un metro setenta de altura y embarazada de cuatro meses y medio como estaba, me sentí muy pequeña en ese momento.

Cuando se puso a teclear en la pantalla del teléfono, llegué a mi límite.

—¡Perdí el autobús! —grité, entrando en pánico cuando comenzó a marcar—. Tenía miedo de llegar tarde. Tenía miedo de llegar tarde a casa por él. ¡Acepté que me llevara porque estaba desesperada! Porque sabía lo que haría si esperaba al próximo autobús.

—Shannon —susurró mi madre, haciendo una pausa—. No deberías tener miedo de volver a casa.

—¿No?

Me aparté el pelo de la cara y señalé la cicatriz que tenía en la sien.

La que me hizo mi padre cuando casi me mutila con una botella de whisky a los once años.

Tenía muchas más como esa, pero ella ya lo sabía.

—Estás tan obsesionada luchando contra los matones de clase, mamá —sollocé, con lágrimas corriéndome por las mejillas—. Cuando el peor de todos vive bajo este techo.

Mi madre se estremeció como si la hubiera abofeteado.

—¡Tienes que dejar a Johnny en paz! —chillé a todo pulmón, con una voz estridente y llena de furia—. ¡Él no ha hecho nada malo! Absolutamente nada.

Ya no me importaba.

Si despertaba a mi padre, que se despertase.

Si me daba una paliza, ya me curaría.

Ya no podía contenerme, y toda mi preocupación estaba dirigida al chico que no había hecho nada para merecer ser arrastrado a esa locura.

—Lo digo en serio, mamá —le advertí, con voz temblorosa—. ¡Llama al instituto para meter a Johnny en problemas y les contaré todo lo que no quieres que sepan!

Mi madre se llevó una mano al pecho y sacudió la cabeza.

—Shannon.

—Todo —escupí.

Esa vez, cuando me di la vuelta, no me giré.

—Shannon, espera —fueron las últimas palabras que escuché antes de cerrar la puerta a mis problemas.

Levanté la cabeza hacia el anubarrado cielo, cerré los ojos y me sumí en la sensación de las gotas de lluvia cayendo sobre mi piel.

Me quedé justo allí, en medio del aguacero de marzo, y recé por una intervención divina o, al menos, un pequeño respiro del infierno que era la familia en la que había nacido.

No quería volver a esa casa nunca más.

Saber que no tenía otra opción y que tendría que regresar era una forma especial de infierno.

Por una vez en mi vida, quería un lugar seguro al que acudir en vez de huir.

En esa casa sentía que moría lentamente.

En mi casa.

Donde se suponía que debía descansar.

Donde se suponía que debía sentirme segura.

La puerta se abrió detrás de mí y cada músculo de mi cuerpo se tensó temiendo lo que se venía.

Él estaba despierto y yo estaba acabada.

—Shannon. —Oí la voz de mi madre, lo que logró disipar parte del miedo que amenazaba con asfixiarme—. Has olvidado el abrigo.

Rígida como un palo, me volví y encontré a mi madre de pie en la puerta con mi abrigo en las manos.

—Necesitas el abrigo —explicó en tono grave, señalando con una mano al cielo—. Anuncian más tormenta.

—¿Nunca te cansas de esto, mamá? —pregunté, con voz temblorosa. Parpadeando para contener las lágrimas, logré añadir—: ¿Nunca te hartas de fingir?

Su expresión se hundió.

—Shannon...

Dio un paso hacia mí y yo di tres más hacia atrás.

No podía seguir haciendo eso.

No podía seguir viviendo así.

Le había abierto el corazón a mi madre.

Y ella estaba preocupada por un abrigo.

—A la mierda el abrigo —farfullé, mientras echaba a correr hacia la parada del autobús, desesperada por poner una muy necesitada distancia entre mi familia y yo—. ¡A la mierda mi vida!

CIERRE

Shannon

Cuando llegué al instituto, mi ira no se había disipado lo más mínimo.

Estaba tan enfadada que casi podía saborearla, y de una manera enfermiza, di rienda suelta a la emoción.

Era mejor que la desesperación y el miedo que me invadían habitualmente.

La ira me envalentonaba y me daba el coraje que necesitaba para hacer lo que tenía que hacer.

Independientemente de cuánto me dijera mi cerebro que era una mala idea, sabía que tenía que hacerlo.

Arreglaría algunas cosas con Johnny Kavanagh, y luego me alejaría con el corazón intacto y la conciencia tranquila, porque lo cierto era que no podía ignorar las palabras de mi madre.

Alentada por la adrenalina que aún me corría por las venas tras la discusión con ella y tras el desastre de anoche, respiré profundamente y caminé por el pasillo hacia la zona de taquillas de los de primero de bachillerato.

Cuando vi a Johnny, apoyado contra algunas de ellas al final del pasillo y hablando con un par de chicos que parecían mayores, solté un suspiro entrecortado.

Ser invisible era tan hermoso como herramienta necesaria para sobrevivir entre personas como yo.

Relacionarse con una futura estrella del rugby irlandés era como ponerse unos tremendos palos en las ruedas.

Recurriendo a cada pizca de valentía en mi cuerpo, fui directamente hacia él, confiando en que la adrenalina que me corría por las venas impulsara mis pies.

Levantó la cabeza de repente cuando me acerqué, y centró en mí su aguda mirada, con esos ojos azules encendidos y llenos de recelo, pero no me detuve.

No podía.

—Necesito hablar contigo —anuncié cuando lo alcancé, temblando de pies a cabeza, mientras sentía el peso de lo que me parecieron mil pares de ojos en mi cuerpo.

Esperaba que sucedieran dos cosas en ese momento: o Johnny me mandaba a tomar por saco o accedía a ir a algún lugar tranquilo para hablar conmigo.

Cuando levantó la barbilla y pronunció la palabra «fuera», supe que había acertado con el escenario número uno.

Mi adrenalina y valentía me abandonaron de golpe y se me hundieron los hombros.

Asintiendo, me giré para irme, completamente desanimada, solo para que me cogiera de la muñeca con una cálida mano y me atrajera a su lado.

—Tú no —me susurró Johnny al oído, colocándome frente a él—. Ellos. —Dirigió esa mirada de ojos azules a los dos chicos mayores, que nos observaban con curiosidad, y en un tono que no dejaba lugar a discusión, dijo—: Largo.

Medio aturdida, observé con una especie de asombro cómo los dos muchachos con los que había estado hablando, junto con los siete o más alumnos que holgazaneaban por el pasillo, simplemente se dieron la vuelta y se fueron.

—Guau —bufé cuando estuvimos a solas en el pasillo—. Sí que tienes influencia en el instituto. —Me di la vuelta para encararlo y, una vez más, tuve que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara—. Ha sido bastante épico.

Johnny me recompensó con una sonrisa infantil que rápidamente se transformó en un ceño fruncido cuando me miró a la cara.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber, observándome fijamente—. ¿Quién cojones te ha hecho llorar?

—¿Qué? —susurré, sacudiendo la cabeza—. No estoy llorando.

—Tienes los ojos rojos e hinchados —comentó, inexpresivo—. Sí que has estado llorando. —Desplazó la mirada a mi mejilla—. ¿Qué narices te ha pasado en la cara?

—¿Qué?

—Tu cara —gruñó—. Tienes la mejilla roja.

—Estoy bien —logré decir, alejándome un paso al sentirme demasiado observada.

Fue entonces cuando me di cuenta de que todavía me estaba cogiendo de la muñeca.

Obviamente, Johnny también se dio cuenta, porque me la soltó enseguida y dio un paso atrás para luego pasarse una mano por el alborotado pelo.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

«Mi padre me pegó con un periódico...».

—Eh, no te preocupes por eso —murmuré, pasándome el dorso de la mano por las mejillas para borrar cualquier evidencia de lágrimas.

—Dame un nombre —gruñó Johnny, dejando caer las manos a las caderas— y yo me encargaré.

—¿Qué...? ¡No! Estoy genial —respondí rápidamente—. Tengo alergias.

—Yo también. Soy alérgico a los imbéciles y las gilipolleces —masculló Johnny—. Así que dime quién te ha hecho llorar y lo arreglaré.

Por una fracción de segundo, sopesé nombrar a mi padre solo para ver si cumpliría su palabra y se encargaría de él.

Parecía que podía hacerlo.

Sin duda era lo bastante grande.

Sacudiendo la cabeza para aclarar mis ridículos pensamientos, lo miré y anuncié:

—Necesito decirte algo.

—Sí —contestó él—, un nombre.

—¿Qué? No, para un momento. —Negando con la cabeza, levanté una mano—. Tengo algo importante que decir y me estás distrayendo.

Johnny abrió la boca para replicar, pero enseguida la cerró.

Con una vena latándole en el cuello, asintió rígidamente y dijo:

—Te escucho.

Allá vamos...

—Al parecer, se supone que no deberías hablar conmigo —comencé, manteniendo un tono bajo y quedo—. Al menos eso es lo que dice mi madre, que te advirtieron que te alejaras de mí o algo así. Sea como sea, lo siento —me apresuré a decir—. Por mi madre y que te estén tratando así. No tenía ni idea de nada de eso.

—Creo que «Ni te acerques» fueron las palabras que escogió tu madre —soltó Johnny con ironía, metiéndose las manos en los bolsillos—. Y no te preocupes, Shannon. —Frunciendo el ceño, agregó—: Soy mayorcito. Soy muy capaz de cuidar de mí mismo.

—Pero ¿lo hiciste de todos modos? —quise saber, sorprendiéndome al ver lo sincera que podía ser con ese chico, que, a efectos prácticos, era un extraño para mí—. Quiero decir que sí te acercaste.

Él asintió lentamente, con una mirada recelosa y vacilante.

Dejé escapar un suspiro.

—Bueno, quería que supieras que no te causará ningún problema. Le he dejado las cosas claras.

—¿Eso es de lo que querías hablar? —Johnny me miró con cautela—. ¿De tu madre?

Asentí con la cabeza.

—Eso y que le dejaré claro al señor Twomey que no hay ningún problema entre nosotros. —Suspiré profundamente y me obligué a pronunciar las siguientes palabras—: También quería disculparme por la forma en que quedaron las cosas ayer.

Los hombros de Johnny se tensaron por un instante y luego escuché su profundo suspiro.

—Tenías razón —respondió finalmente—. Mi reacción fue exagerada y lo gestioné mal.

—Puede —dije, con la voz poco más que un susurro—. Pero entonces no sabía lo que significaba para ti jugar al rugby.

—¿Y ahora sí? —preguntó en voz baja y un tono áspero—. ¿Crees que ahora lo sabes?

—No, en realidad no. —Me mordí el labio antes de añadir—: Pero sé lo que es el miedo, lo que hace que sea más fácil para mí entender por qué sientes la necesidad de jugar aun con dolor.

Volvió la rigidez de sus hombros y estuvo tanto tiempo callado que desistí de esperar una respuesta.

—Bueno, eso es todo lo que quería decirte —musité—. Adiós, Johnny.
Luego me di la vuelta y me alejé.

Como me prometí, no busqué a Johnny Kavanagh después de eso.

Dejé las cosas claras y me marché.

Me mantuve todo el día alejada de los pasillos por los que sabía que él pasaba entre clase y clase, los que había memorizado en las semanas anteriores, y evité el comedor en el descanso del mediodía.

Se sentaba con un gran grupo de jugadores de rugby justo en la entrada, por lo que allí no podía esquivarlo.

Era una actitud innecesaria por mi parte, porque en las pocas ocasiones en que nuestros caminos se habían cruzado durante el día, Johnny me había ignorado obedientemente: sin sonrisas ni contacto visual, y yo, a mi vez, había fingido que no me importaba.

No debería.

Lo sabía.

«Pero así era todavía...».

Como buena masoquista, me dejé llevar por la curiosidad hacia él y lo investigué durante la clase de Informática esa tarde.

Las búsquedas en internet en la sala de ordenadores, por no mencionar los chismorreos de mis amigos, no habían hecho más que confirmar lo que Joey me contó.

Johnny Kavanagh era alguien importante.

Me sumergí en mi tarea escolar para tratar de alejar todos los pensamientos sobre él, pero era difícil, ya que estaba en boca de la mayoría de las personas en el instituto.

Parecía que no podía escapar de él.

Cuando, durante la comida, le confesé a Claire que Johnny me había llevado a casa, se le dilataron tanto las pupilas que pensé que estaba a punto de sufrir un derrame cerebral.

Fue una confesión de la que me arrepentí al instante, pues no había dejado pasar el asunto.

Cuando no estaba haciéndome preguntas sobre lo que habíamos hablado, respecto a lo cual no abrí la boca, me lo señalaba por los pasillos o garabateaba «SL (corazón) JK» en nuestras agendas.

Por suerte, tenía el don de la distracción y la negación, así que unas horas después de no lograr que mordiera el anzuelo, había renunciado a sacarme más información.

Me alegré, porque no quería que nadie supiera el lío que estaba hecha por dentro.

Claire sabía que Johnny me gustaba, y eso ya era bastante malo.

Lo único positivo de todo aquel calvario fue que Ronan McGarry ni siquiera había mirado en mi dirección en todo el día.

Durante Francés, en lugar de sentarse detrás de mí, se sentó al otro lado del aula y me ignoró obedientemente, como si yo no existiera.

Por mí, perfecto.

No quería la atención de nadie, y mucho menos de él.

Sin embargo, no me pasaron desapercibidos el reciente moretón que tenía bajo el ojo izquierdo ni la nariz hinchada.

Una nariz hinchada que, en el fondo de mi corazón, sabía que era obra de Johnny.

Dejarme el abrigo en casa me pareció una estupidez de camino a la parada del autobús tras salir de clase, sobre todo porque cada prenda que llevaba puesta estaba empapada.

«No». Negué con la cabeza. «Pensándolo bien, prefiero empaparme».

Era mejor que aceptar la patética ofrenda de paz en forma de abrigo que me había ofrecido mi madre.

Otros días era chocolate o una taza de té, o un nuevo par de gomas para el pelo, o alguna otra forma de soborno con la intención de acallarme.

Sabía muy bien que el mensaje que me había escrito durante una pausa diciendo «No meteré en problemas al chico» lo había enviado con la esperanza de recibir otro de mi parte diciendo lo mismo.

No respondí por dos razones.

Una, no tenía saldo.

Dos, no merecía que la tranquilizaran.

¿Por qué debería hacerlo, cuando me había pasado la vida entera en un estado de constante desasosiego?

La había turbado al amenazarla con contárselo al director.

Ella no había sido la única desconcertada por mi reacción errática.

Me había sentido como un animal enjaulado, acorralado.

Jamás me había defendido de esa manera.

Nunca había estado tan convencida de nada.

Mi pequeño desafío había sido inútil, porque sería yo quien probablemente terminaría enfermado, pero la verdad es que haber cogido el abrigo esa mañana habría sido lo mismo que hacer la vista gorda ante lo que había sucedido.

Y me negaba a hacer eso.

Cuando entré en casa, tuve cuidado de ignorar a mi padre, que estaba trasteando por la cocina, y me dirigí directamente a mi habitación, pues prefería morirme de hambre antes que poner un pie en esa cocina y enfrentarme a él.

Sobrio o no, lo detestaba con cada fibra de mi ser.

De vuelta en la casa del dolor, cerré la puerta de mi habitación y rápidamente me quité la ropa mojada antes de ponerme el pijama.

Por el rabillo del ojo, vi que había un sobre en mi cama con el escudo de Tommen College grabado delante.

Lo cogí y lo abrí.

Se me abrieron los ojos como platos mientras miraba la autorización.

Mi madre la había firmado.

Apretándola con fuerza con una mano, me dejé caer sobre la cama y solté un suspiro entrecortado.

Iba a ir a Donegal.

CON LOS DÍAS CONTADOS

Johnny

Me había tirado cada sábado desde los seis años en un campo con una pelota de rugby entre las manos y vívidos sueños pasando ante mis ojos.

A medida que crecía, dejé de pasarme esos sábados lanzándome una pelota con mi padre a jugar con los benjamines, y luego a practicar y competir con mi club hasta entrar a entrenar en el Instituto Nacional de Rugby para el Progreso (también conocido como la Academia), cuando cumplí catorce años.

La rutina cambió y las canchas variaron, pero el sueño siguió siendo el mismo.

El objetivo era siempre el mismo.

Jugar en la nacional.

Y ser el mejor.

Ese sábado había sido diferente.

Porque estaba en problemas.

Había sido lento y estaba distraído, cagándola en el flanco izquierdo, derecho y central toda la mañana hasta que el entrenador me sacó del campo y me llevó al despacho.

Quiso saber qué me pasaba.

Mi problema era simple.

No podía moverme como era debido.

Mi cuerpo se estaba desmoronando.

Y mi cabeza no dejaba de pensar en una chica.

Mintiendo como un bellaco, me las arreglé para librarme del peligro y evitar más escáneres y pruebas, pero aun así me hizo salir temprano del entrenamiento y me dijo que volviera la próxima semana con la cabeza despejada.

Era poco probable.

Deprimido y desmoralizado, conduje durante horas en un intento de centrarme.

No podía hacer nada respecto a mi cuerpo, pero ¿mi cabeza?

Necesitaba centrarme en el partido.

El problema era que solo pensaba en Shannon Lynch.

Todos mis grandes planes de olvidarme de ella salieron volando por la ventana en el momento en que dirigió su pequeño trasero hacia mí en el instituto el miércoles pasado y exigió hablar conmigo.

Estaba tan jodidamente abrumado que no pude hacer nada más que quedarme allí, con la boca abierta como un imbécil, ante la diminuta chica que tanto me trastornaba.

Por si eso no fuera lo bastante malo, hizo que me explotara la maldita cabeza al disculparse conmigo.

No me lo esperaba ni lo merecía.

No era tonto.

Sabía que me había comportado mal.

Sabía que había tenido una reacción exagerada.

Si me hubiera dado medio minuto para considerarlo, se lo habría aclarado.

Pero no lo hizo.

En cambio, se alejó de mí —otra vez— y no había mirado en mi dirección por el instituto desde entonces.

Una parte de mí pensó que eso sería lo mejor.

Si seguía evitándome, como yo sabía que necesitaba evitarla a ella, entonces tal vez pudiese superar esa extraña fase y olvidarla.

Pero luego sentí la punzada del amargo arrepentimiento en el pecho cuando pasó junto a mí por el pasillo sin volverse siquiera y el aroma a coco de su champú golpeó todos mis sentidos como un mazazo, y supe que aquello no iba a funcionar.

La chica no era en absoluto fácil de olvidar, y me encontré siendo atraído por ella, deseoso de pillarla mirándome, para luego frustrarme cuando no lo hacía.

Me asustaba saber que escucharía lo que tuviera que decir y cuando quisiera decirlo, sin importar la hora o que fuese un mal momento.

Estuve hecho un trapo toda la semana en el instituto, sin escuchar una sola palabra de ninguno de mis profesores.

No podía concentrarme en nada, y todo era su culpa.

Cabreado conmigo mismo por ser tan estúpido y dejar que una completa extraña me la liara de esa manera, me obligué a alejarla de mi mente poniendo la música al máximo en el coche para tratar de acallarla.

Cuando llegué a casa después del entrenamiento, Gibsie me esperaba sentado en el porche trasero e inmediatamente me arrepentí de haberle enviado la noche anterior un mensaje de cuatro páginas despotricando sobre las chicas que te trastornan.

—Hoy salimos —anunció en cuanto abandoné el coche.

—No. —Quitándome de encima su mano cuando llegué a la puerta trasera, abrí y me hice a un lado para que pasara—. No vamos a salir.

—Sí —replicó, entrando tranquilamente en mi casa—. Ya lo creo que sí.

Sosteniendo la puerta trasera abierta, silbé y esperé a que mi chica viniera corriendo.

Sookie salió del garaje zaqueando y corrió hacia mí.

—Buena chica —la arrullé, animándola a que se apresurara antes de que las otras dos se dieran cuenta.

Me agaché para ayudarla a subir el escalón antes de cerrar rápidamente la puerta de nuevo.

—De veras que no estoy de humor esta noche —expliqué, atravesando la cocina hacia el pasillo con Sookie pegada a mis piernas—. Pero ve tú. Yo me quedaré aquí.

—No vas a pasar otra noche de sábado solo en la mansión —insistió Gibsie, siguiéndome—. Vas a venir conmigo.

Gibsie se refería a mi casa como la mansión; llevaba haciéndolo desde que nos hicimos amigos, en sexto de primaria, y traje al muy idiota a casa para jugar a la PlayStation.

Sabía que me jodía muchísimo, así que seguía haciéndolo.

Con ocho habitaciones, era una propiedad de campo grande, con césped y jardines que se extendían a lo largo de varias hectáreas y que estaban cercados para que los perros de la familia pudieran deambular libremente sin correa.

Los dueños anteriores tenían montado un centro equino en la finca, por lo que estaba llena de establos y cobertizos sin usar, y el único acceso a la propiedad era a través de una entrada con un portón electrónico en el frente.

Mi madre a menudo hablaba de comprar un caballo para los establos, pero afortunadamente mi padre le quitó aquella idea de la cabeza.

No tenía remedio cuando se trataba de animales.

El problema era que viajaba mucho, así que no era práctico ni justo.

Mi padre había trazado el límite en tres perros.

Habían convertido uno de los garajes en un gimnasio donde poder hacer ejercicio.

Apoyaban mi estilo de vida y me animaban a seguir mis sueños, incluso si no siempre estaban de acuerdo con mis métodos para alcanzarlos.

Varios años atrás, también habíamos construido un baño independiente que contenía un jacuzzi y una sauna. Era un salvavidas después de los partidos.

Nuestros vecinos más cercanos vivían a dos kilómetros y medio bajando la carretera, por lo que la finca estaba bastante aislada. Además, la casa estaba orientada al sur, de manera que le daba el sol constantemente.

Aunque echaba de menos el ruido y el bullicio de Dublín y había pasado dos años enteros tratando de acostumbrarme a la tranquilidad, no podía negar que el lugar donde vivía ahora era jodidamente precioso.

No era una mansión, solo un buen lugar donde vivir.

—Venga, Johnny —suplicó Gibsie—. Llevas semanas con un humor de perros.

—Me pregunto por qué —gruñí—. Mira, tío, sé que tienes buenas intenciones... —Hice una pausa para apretar los dientes cuando el dolor me recorrió un nervio de la pierna—, pero no voy a salir esta noche.

—¿Por Bella? —preguntó Gibsie, apoyándose contra la barandilla—. ¿O por Shannon?

—Por mí —espeté, crispado—. Porque estoy muerto del cansancio.

Obligándome a no cojear, llegué a la escalera, respiré profundamente yforcé a mis piernas a obedecer y no fallarme.

Como habían hecho antes.

—Estás cojeando, Johnny —observó Gibsie en voz baja mientras me seguía a mi habitación.

—Baja la voz, joder —siseé, abriendo la puerta de mi cuarto de un empujón—. Mi madre está en su despacho.

—Bueno, pero es que cojeas —repuso en un tono extrañamente serio—. ¿Estás bien?

—Me la he pegado en el entrenamiento... —Hice una pausa para subir a Sookie a mi cama—. Nada que una noche de sueño no pueda arreglar.

—¿Estás seguro de que solo es eso? —preguntó Gibsie, hundiéndose en uno de los pufs junto a la tele, el «suyo»—. Si no quieres que tu madre lo sepa, puedo llevarte al hospital para que te echen un vistazo...

—Estoy bien —increpé. Me encaminé hacia el puf junto al suyo y me hundí a su lado, solo para sisear cuando un dolor agudo me atravesó la pelvis—. La hostia de bien.

Gibsie negó con la cabeza y cogió el mando de la tele, afortunadamente guardándose sus pensamientos para sí mismo por una vez.

Encendió la tele y se puso a cambiar de canal.

—¿Qué quieres ver?

—Puedes salir —le dije, estirando las piernas frente a mí—. No quiero retenerte.

—Qué va. —Se puso de pie y se acercó a encender la Play antes de volver a sentarse a mi lado—. Solo intentaba sacarte de casa.

—Se agradece —murmuré, cogiendo el mando que me tendía—. Pero esta noche no.

—Vas a formar parte de ese equipo, Johnny —musitó, mientras preparaba un partido del *FIFA 2005*—. Lo sabes, ¿no?

Dejé escapar un suspiro para calmarme, me tragué el pánico que amenazaba con engullirme de nuevo y me concentré en la pantalla frente a mí.

—Lo harás —añadió en voz baja.

—Eso espero, hostia —solté, demasiado centrado en el mando que tenía en la mano—. De veras que sí, Gibs.

De lo contrario, iba a perder la cabeza.

—¿Quieres emborracharte? —sugirió entonces—. Aquí, con el whisky de tu padre y sin pegajosos siguiéndote para torturarte.

Lo pensé un minuto y dejé escapar un profundo suspiro.

—Sí, tío —respondí, asintiendo con la cabeza—. Ya lo creo que sí, joder.

EX NO, GRACIAS

Johnny

La he vuelto a ver hoy.

Nos hemos cruzado no menos de cinco veces por el pasillo, y ella ha agachado la cabeza cada vez al pasar junto a mí sin siquiera mirar hacia atrás.

Lo cual no era nada nuevo, por supuesto.

Shannon llevaba ignorándome como si fuera invisible más de una semana.

Nueve días, para ser exactos.

No me sentaba bien que me ignoraran.

Era un territorio desconocido para mí y enseguida descubrí que no me gustaba ni un pelo.

Especialmente cuando la persona que me ignoraba era la misma que atormentaba todos mis pensamientos, y también mis sueños.

Así es; ahora resultaba que soñaba con la chica, joder.

¿Tan mal estaba?

Parecía que no podía sacármelo de la cabeza.

No podía sacármela de la cabeza a ella.

Nada de eso tenía ningún sentido para mí, y se me escapaba por qué ella era la persona a la que quería acudir.

No a Gibs.

Ni a mi madre.

Ni a mis entrenadores.

Me estaba acojonando de lo preocupado que estaba por la campaña de verano, y yo quería confiar en una chica con unos ojos insondables y a la que apenas conocía.

Porque algo me decía que podía hacerlo.

Porque en algún lugar muy dentro de mí, sentía que ella me conocía.

Como si pudiera salvarme.

Joder, se me estaba yendo la pinza...

Después de la desastrosa última clase del viernes, en la que no retuve ni media palabra de lo que el profesor había estado explicando, me dirigía al edificio principal hacia el pabellón de Educación física para hablar con el entrenador, cuando escuché una voz familiar que me llamaba.

Por una fracción de segundo, pensé en fingir que no la había escuchado y salir por la puerta, pero entonces me cogió la mano y tiró de mí hacia atrás, y se impusieron los buenos modales.

Cogiendo aire para tranquilizarme, me recordé mentalmente ser amable antes de darme la vuelta para mirarla.

—Bella —la saludé con una breve inclinación de cabeza.

Estaba tan guapa como siempre, con su pelo negro cortado en una media melena y toda maquillada.

Era alta y con curvas, y el uniforme escolar se le ajustaba en todos los lugares correctos.

Afortunadamente, no me afectaba en absoluto.

—Hola, Johnny —respondió Bella con una enorme sonrisa. Medía un metro ochenta, pero aún tenía que levantar la cabeza para mirarme—. ¿Cómo estás?

Tenía las palabras «como si te importara una mierda» en la punta de la lengua, pero rebajé mi impaciencia y en cambio dije:

—¿Qué hay?

—Oh, ya sabes, lo de siempre —comentó ella, pasándose el pelo por detrás de las orejas.

En realidad, no lo sabía.

Yo no sabía nada de ella y ella todavía menos de mí.

No hablábamos.

Follábamos.

Y esa había sido su decisión más que la mía.

—Estaba saliendo del despacho y te he visto —continuó diciendo Bella, pasándome un pulgar por la muñeca—. Así que he pensado en venir a saludar.

Liberando mi mano de la suya, me metí ambas en los bolsillos y me balanceé sobre los talones.

—Hola.

—Bueno —habló con voz temblorosa—. ¿Cómo has estado?

—Ya me lo has preguntado —repuse impávido, tratando de ocultar mi impaciencia por la cháchara sin sentido—. Estoy bien.

—Ah, sí, bueno, yo también estoy bien —contestó Bella, suspirando con fuerza—. O sea, supongo que estoy un poco aburrida.

Sí, bueno, yo también estaba aburrido.

De esta conversación.

—Ya sabes —dijo por segunda vez, y por segunda vez la miré impasible.

No.

No tenía ni idea de qué cojones estaba hablando.

—¡Ay, madre mía! —saltó entonces, cogiéndome la mano una vez más—. Olvidé por completo preguntarte: ¿qué tal la pierna?

Bella no conocía los entresijos de mi operación, solo que me habían hecho una intervención en Navidad.

Cuando le dije que estaría fuera de juego un tiempo, su mayor preocupación había sido si tardaría en volver a la cancha, si podría o no seguir jugando para Irlanda en verano y cuándo querría follar de nuevo.

Además de todo eso, no me fiaba de ella.

Tener sexo con aquella chica era una cosa, pero confiar en ella era otra muy distinta.

—Mejor —respondí en tono seco antes de recuperar mi mano.

—Esas son noticias fantásticas, Johnny —afirmó ella, sonriendo ampliamente—. He estado muy preocupada por ti.

No, ni de coña lo había estado.

Si en algún momento Bella hubiera estado realmente preocupada por mí, me habría dicho algo más que «¿Ya puedes quedar?» o «Date prisa, estoy cachonda» en los miles de mensajes que me había enviado.

No me la habría jugado como lo hizo con uno de mis compañeros de equipo.

—Seguro que sí —declaré arrastrando las palabras, escuchando el sarcasmo en mi propia voz.

Eso sí, no pillé eso en ningún momento durante el tiempo que Bella y yo estuvimos liados, aunque no fuésemos nada remotamente serio, pero aún me sentía traicionado por lo de Cormac.

A mi parecer, era muy sospechoso por ambas partes, y yo nunca me habría ido con una de sus amigas.

La respetaba lo suficiente para mostrarle esa decencia.

Obviamente, Bella no sentía el mismo nivel de respeto por mí.

Miré por encima de su hombro hacia la puerta y luego a mi reloj antes de preguntar:

—¿Necesitas algo más? Tengo que hablar con el entrenador sobre un partido.

—Ah, ya —suspiró—. Se acerca la eliminatoria, ¿no?

Asentí con rigidez.

Por desgracia, habíamos perdido un par de partidos a principios de la temporada y Royce College, de Dublín, había ganado la semana anterior, por lo que nos igualaron en puntos y ahora estábamos ambos en el segundo puesto en la liga, detrás de Levitt.

Fue un giro inesperado de los acontecimientos y un dolor de cabeza, porque Royce debería haber perdido su último partido para facilitarnos la vida, ya que la final ya se había organizado entre Levitt y Tommen.

Se disputaban todo, desde la hora del saque inicial, hasta el día de la semana en que debía celebrarse el partido, pasando por el color de las camisetas de visitante.

Royce estaba en todo su derecho de cambiar el día, adelantar los partidos y optar por otro recinto, pero era un gesto despreciable, por lo que pocas escuelas se comportaban de esa manera.

El entrenador de Royce estaba siendo difícil, discutiendo sobre dónde debería llevarse a cabo el partido, y criticando y quejándose de que era injusto que el equipo de Tommen tuviera un jugador internacional.

El imbécil se estaba aferrando a un clavo ardiendo porque yo era un blanco fácil.

Yo estudiaba en Tommen y nuestro entrenador estaba en todo su derecho de contar conmigo.

Habría sido el jugador internacional en Royce si mis padres se hubieran quedado en Dublín, y ese era el verdadero problema que tenían.

Por eso el entrenador quería hablar conmigo pronto.

Quería revisar mis compromisos inmediatos porque necesitaba acordar una fecha.

Puede que la liga escolar me pareciese aburrida y fácil, pero odiaba a los jodidos malos perdedores.

Con eso en mente, tenía intención de enterrar a Royce College cuanto antes.

—¿Cuándo jugáis contra ellos? —preguntó Bella.

—Lo antes posible.

—Vas a jugar contra tus antiguos compañeros de equipo y amigos, ¿no? —dijo ella—. Se suponía que ibas a ir a Royce, ¿verdad?

—Bueno, ahora estoy aquí —contesté con retintín.

—¿Te preocupa jugar contra tus antiguos amigos?

«Sí».

—No.

—¿Así que estás listo entonces?

La miré fijamente.

—Siempre estoy listo.

—Sé que sí —arrulló, en tono coqueto.

Puaj.

Sacudiendo la cabeza, me giré para irme, pero ella volvió a hablar.

—También quería hablar contigo sobre otra cosa —añadió, acercándose un paso.

—¿Sí? —Retrocedí—. ¿Sobre qué?

—Nosotros, Johnny —canturreó, mirándome con esos enormes ojos azules.

—No existe ningún nosotros, Bella —repliqué, frunciendo el ceño—. Nunca lo ha habido.

—Entonces ¿qué narices llevamos haciendo el último año, Johnny? —escupió ella, cuando se le cayó la máscara de inocente colegiala.

—No lo sé, Bella —respondí en un tono plano—. Pero fuera lo que fuese, es pasado.

—¿Me estás vacilando? —exclamó ella, plantándose las manos en las caderas—. Estoy tratando de arreglar las cosas.

¿Me estaba vacilando ella a mí?

—Tú las rompiste —dijo inexpresivamente—. Te estás follando a mi compañero de equipo, Bella. Tú misma me lo contaste. —Con todo lujo de detalles en un mensaje—. Te enrollaste con él en Biddies. Justo delante de mí. Te sientas con él durante la hora de la comida. En lo que a mí respecta, no hay nada que arreglar entre nosotros.

—No es serio.

—No me importa.

—Vamos, Johnny —gimió—. Lo pasábamos bien juntos.

—Sí, lo hacíamos —coincidí—. ¡Y te pasaste la mitad del tiempo pegándomela con mi maldito ala!

Bella abrió mucho la boca.

—¿De qué estás hablando?

—De Cormac.

—Estoy con él ahora —resopló—. No entonces.

—No te molestes en mentir —le dije—. Ya sé que te lo estabas tirando cuando estabas conmigo.

—Eso no es verdad —repuso ella—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo sabe, Bella —contesté, luego solté un suspiro de cansancio—. Lo sé desde hace un tiempo.

«Simplemente elegí ignorarlo...».

—Y no fuiste muy disimulada —decidí soltar, porque la verdad es que quería hacerlo.

—Bueno, yo no era tu novia, Johnny. No era una relación cerrada —justificó sus acciones—. Y desapareciste completamente del mapa. Nunca querías salir ni quedar.

—¡Porque me estaba recuperando de una operación! —escupí.

—¿Durante meses? —preguntó ella en tono acusador—. Sí, claro, Johnny.

—Pues sí —ladré.

«Aún lo estoy haciendo».

—¿Y antes de eso? —quiso saber—. ¿Qué pasa con las otras seis largas semanas antes de que te operaran, cuando te negabas a quedar conmigo? Cuando me ignoraste. ¿Cuál es tu excusa para eso?

—No te estaba ignorando.

—¡Sí que lo hacías!

—Que no, joder. Simplemente no lograba... —Cerré la boca, negué con la cabeza y me obligué a contener la lengua.

—No me estabas dando lo que quería —continuó atormentándome—. ¡No me prestabas la suficiente atención! Todas esas ceremonias de entrega de premios y bailes en Dublín el año pasado y nunca me invitaste a ir —dijo entre dientes—. Nunca me quisiste allí.

—Porque nunca fuiste mi novia —repuse, repitiéndole sus palabras anteriores.

—Porque nunca me pediste que fuera tu novia, Johnny —me increpó.

—No, Bella, porque nunca me quisiste —le recriminé—. Tú solo querías la parte brillante de mi vida. La fama. Nunca te interesó la parte real. El verdadero yo.

—¡Eso no es cierto! —aseguró ella.

—¿Por qué no lo dices directamente, Bella? —siseé, perdiendo el control—. Te tiraste a Ryan porque pensaste que yo no daría la talla en los partidos. Viste que estaba lesionado y pensaste que no regresaría a tiempo para la campaña de verano, así que buscaste la siguiente mejor opción solo para estar segura.

Ella se sonrojó.

¡Lo sabía!

—Johnny, venga ya —suspiró—. No seas así.

—Vuelve con Cormac —la insté inexpresivamente, asqueadísimo—. Y reza para que ascienda en las filas de la Academia y pueda llevarte a todas esas elegantes ceremonias de entrega de premios a las que quieres asistir. Él es ahora tu única oportunidad de ir, Bella, porque hemos terminado.

—Estaba dolida, Johnny —farfulló—. Me lie con Cormac porque quería devolvértela.

—¿Devolvérmela? —repetí sin creerlo—. ¿Por qué exactamente? ¿Por lesionarme? ¿Por estar clavado a la cama durante semanas mientras te tirabas a mi amigo a mis espaldas? ¿Arruinando tus posibilidades de ir a jodidas cenas elegantes? —Negué con la cabeza y la miré con desprecio, arrepentido de haberla tocado con cada fibra de mi ser—. Hay que ver lo horrible y desconsiderado que soy.

—Por ignorarme —siseó ella, con las mejillas rojas—. Por usarme.

—¿Usarte yo a ti? —exclamé—. Sí, porque eso es lo que estaba haciendo.

—¡Así es como me hiciste sentir, Johnny!

—¡Pues lo siento! —respondí bruscamente, esforzándome por mantener la paciencia en aquel follonazo, donde me había metido por las tías y que hacía que se me fuera la olla.

—Hay que tener sentimientos para sentir algo, Johnny —declaró ella—. ¡Y tú no tienes corazón!

«Mantén la calma».

«Aguanta el chaparrón».

«Y luego aléjate de ella».

Cogí aire para tranquilizarme y lo dejé escapar lentamente antes de decir:

—Bella, lamento si en algún momento te hice sentir ignorada o utilizada. Esa no era mi intención. Me disculpo sinceramente por mi falta de sensibilidad y sentimientos, y te deseo lo mejor en tus futuras intenciones con mi compañero de equipo. Ahora, si no te importa, estoy cansado de darle vueltas al tema y tengo muchas cosas que hacer.

Me dirigí hacia la puerta, pero ella me cogió la mano de nuevo para tirar de mí hacia atrás.

—Espera, ¿estás con alguien? —preguntó, apretándome la mano—. ¿Eso es lo que te pasa? —Abrió los ojos exageradamente—. Ay, qué fuerte —exclamó—. Es eso, ¿no?

Joder.

¿En qué demonios había estado pensando para liarme con esa chica?

—No, Bella, no estoy con nadie. —Liberando mi mano, negué con la cabeza y solté un suspiro de frustración—. Pero tampoco estoy contigo. Y nunca más volveré a estarlo.

—¡He oído rumores, Johnny! —insistió Bella, ignorando mis palabras—. Sobre ti y la chica nueva de tercero. Me he enterado de que le pegaste a Ronan McGarry por su culpa. Y vi esa foto tuya con ella en el periódico.

—Eso no es asunto tuyo —mascullé con los dientes apretados mientras luchaba por controlarme.

—¿Por qué te peleaste con McGarry por ella? —exigió saber—. Cormac me contó que prohibiste a todo el equipo acercarse a ella, ¿por qué?

—No voy a discutir contigo —le aseguré, sacudiendo la cabeza—. Ya no.

—Deja de evitar la pregunta, Johnny —siseó—. Si estás con otra chica, entonces tengo derecho a saberlo.

—Ya te he respondido, joder —solté, harto de toda esa mierda—. Tú eres la que parece sorda.

—¡Estás mintiendo! ¡Puedo verlo en tus ojos! —gritó, lo bastante fuerte como para que se enterase medio Tommen—. Lo llevas escrito en la cara, Johnny. Tienes algo con esa chica.

—Tienes que controlarte —le pedí, en un tono lleno de asco—. Esto es patético.

—Vale —sentenció con desprecio Bella, que parecía hecha una furia—. Si tú no me lo dices, le preguntaré a ella. —Sonriendo sombríamente, agregó—: Shannon, así se llama, ¿verdad?

Sí, a la mierda eso.

—Ni te acerques a ella —le advertí entre dientes, consciente de que estábamos dentro del alcance auditivo de Dirección.

Si bien Dee no me preocupaba, no me imaginaba lo que pasaría si el señor Twomey salía y veía que estaba teniendo problemas con otra chica.

—Lo digo en serio, Bella —gruñí, sintiendo una oleada de ira crecer dentro de mí—. No estoy de coña. Mantén las distancias con ella.

—Vaya —comentó ella, con los ojos entrecerrados—, mira quién está mostrando alguna emoción ahora.

Tenía toda la razón.

Estaba mostrando emoción.

Porque me importaba.

Me importaba mucho más una chica que apenas conocía de lo que me importó Bella jamás.

Era retorcido, confuso y una cagada monumental, pero así era.

En lugar de admitir este nuevo y aterrador hecho, dije:

—Que. La. Dejes. En. Paz.

Y luego hice lo que debería haber hecho la primera vez que la vi.

Me alejé de Bella Wilkinson.

—Voy a hacer que te arrepientas mucho de alejarte de mí —me amenazó a mi espalda.

—Créeme, ya me arrepiento —respondí—. De hecho, me arrepiento de haberme acercado.

Echando chispas, me alejé de la chica que parecía empeñada en hacer de mi vida un infierno.

Lleno de amargo remordimiento y ardiendo de ira, doblé la esquina del edificio principal sintiéndome como si estuviera a punto de romper algo.

Desafortunadamente para mí, ese algo resultó ser una chica.

Y no una cualquiera.

Shannon.

TE LLEVO A CASA

Shannon

Siempre sabía cuándo se avecinaba tormenta en casa.

Podía sentirlo cada vez.

Era como algún tipo de sexto sentido que me advertía y alertaba a mi cuerpo del peligro y el dolor.

Me pasé todo el viernes en clase con una sensación de pavor desgarradora en la boca del estómago, y ni respirar profundamente ni hacer ejercicios para calmarme lograba disiparla de mi corazón.

Era tan intensa, potente y clara que lo cierto es que tenía miedo de irme a casa.

El numerito del miércoles por la noche no había ayudado en nada.

Mis padres se estaban gritando tan fuerte que la Gardaí llamó a la puerta tras recibir un aviso anónimo por alteración de la paz.

Mi paz.

Porque fui yo quien llamó.

Porque tenía miedo de que le hiciera daño.

Cabreada con mi madre o no, no soportaba pensar que pudiera tirarla escaleras abajo de un puñetazo mientras yo me escondía en mi habitación como la cobarde que era.

Joey se había vuelto a ir a dormir con Aoife, y yo no era lo suficientemente grande ni valiente como para salvarla.

Por suerte, mi padre no le había puesto un dedo encima a mi madre, y una vez que convenció a la Gardaí de que su esposa estaba teniendo una rabieta por el embarazo, se fue toda la noche.

Por supuesto, regresó por la mañana con un ramo de flores y la promesa de no volver a hacer lo que fuese que hubiese hecho esa vez.

Funcionó.

Ella lo abrazó y lo besó, y estaba bastante segura de que si no fuera porque ya estaba embarazada, lo habría estado después de pasar la mañana encerrada en su habitación con él.

La odiaba.

A veces más que a él.

El día anterior fue una de esas veces.

Cuando regresé a clase el viernes por la mañana, me dolía el cuello y estaba seriamente abatida.

Ya lo creo, porque a pesar de que mi padre y mi madre estaban como tortolitos de nuevo, yo seguía siendo su objetivo favorito.

Al parecer, todavía no había superado esa foto mía con Johnny.

Algo que recordé la noche anterior, cuando, como una tonta, bajé corriendo a la cocina a por algo de comer y acabé atrapada en uno de sus rebotes de borracho.

Añadió nuevos moretones a los viejos y pasé una buena parte de la noche contemplando los peores pensamientos posibles.

Cuando terminó la última clase del día, estaba tan tensa que apenas podía hacer que mis pies caminaran en línea recta desde el edificio de Ciencias hasta el edificio principal.

Sabía que tenía que volver a casa, y la idea me paralizaba.

No quería que llegara el fin de semana y de repente lo tenía allí, mirándome a la cara.

Era una perspectiva aterradora.

Me pasé todo el día con un dolor horrible y persistente en el estómago que rozaba lo insoportable.

Tenía la mente tan sobrecargada de repasar una lista tras otra de posibles problemas a los que me enfrentaría cuando cruzara la puerta de casa que no prestaba atención al chaparrón que me caía ni a los estudiantes que pasaban zumbando junto a mí.

No iba prestando atención a nada.

Porque en el fondo de mi corazón y de mi alma sabía que se acercaba el peligro.

No sabía dónde, ni cuándo, ni cómo se desarrollaría.

Pero sabía que llegaría.

Sin embargo, el peligro que presagiaba llegó prematuramente cuando doblé la esquina del edificio principal y choqué contra un firme pecho masculino.

El contacto me pilló tan desprevenida, de lo profundamente absorta que iba en mis propios pensamientos, que no tuve tiempo de estabilizarme o amortiguar la caída.

Me desmoroné como un castillo de naipes, no era rival para la persona contra la que me había estrellado, y caí de culo en el frío y húmedo suelo.

—Oh, mierda, lo siento mucho —se disculpó una voz grave y familiar desde arriba.

No tuve que levantar la mirada para saber con quién me había topado.

Reconocería su voz en cualquier parte.

—Shannon, ¿estás bien? —preguntó Johnny mientras dejaba su mochila en el suelo y se agachaba para ayudarme a levantarme.

—Estoy bien —murmuré, apartándole la mano.

No necesitaba que me tocara.

Ya me había hecho demasiado.

Con la mirada fija en el hormigón, me giré apoyándome en las manos y rodillas y me levanté.

—Lo siento mucho —continuó diciendo.

—No pasa nada —susurré, alisándome la falda—. Estoy bien.

—¿Sí?

Asentí, pero mantuve la mirada baja.

No podía mirarlo.

No quería que me viera.

Así no.

—¿Shannon?

—Tengo que irme —dije con voz ronca, y luego lo rodeé en dirección al edificio principal.

Apresurándome a entrar, me dirigí con la cabeza gacha directamente a la zona de taquillas de los de tercero.

«Respira».

«Que no cunda el pánico».

«Tan solo respira».

Cuando llegué a la zona de taquillas de los de tercero, que afortunadamente estaba vacía, me dejé caer la mochila de los hombros y presioné la frente contra el frío y duro metal, jadeando con fuerza.

Tiritando, apoyé los antebrazos contra la taquilla para sostener la cabeza, tratando desesperadamente de controlar el ridículo terror que amenazaba con asfixiarme para evitar que mi cuerpo entrara en modo vómito.

Me temblaban tanto las piernas que supe que no llegaría al baño a tiempo, así que mi única esperanza era calmarme antes de ponerme a devolver.

«Demasiado tarde», pensé para mis adentros cuando se me doblaron las piernas.

Caí al suelo a cuatro patas mientras mi estómago se vaciaba allí mismo, en medio del instituto.

Ni siquiera tenía mucho en el estómago, como era habitual, pero el agua y la media chocolatina que me había comido al mediodía reaparecieron en toda su gloria.

Me llegó el sonido de pasos por el pasillo y gemí para mí misma, sabiendo que nunca en un millón de años superaría aquello.

Momentos después, sentí una mano en la espalda cuando alguien se arrodilló a mi lado y me apartó el pelo de la cara.

—Ya está —oí decir a Johnny mientras trazaba suaves círculos sobre mi columna con su gran mano—. Chisss, no pasa nada.

«Ay, madre, no».

¿Por qué había hecho eso?

¿Por qué me había seguido?

Se suponía que no debía hablar conmigo.

Ese era el plan.

Seguí dando arcadas durante dos buenos minutos más antes de que mi estómago finalmente se calmara, y él permaneció todo el tiempo arrodillado a mi lado, manteniéndome el pelo apartado del vómito y frotándome la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó Johnny cuando volví a respirar y dejé de mirarlo boquiabierto.

Asentía débilmente, cuando noté su mano todavía en la espalda.

Me sacudí con fuerza por instinto.

—¿Qué es esto? —escuché que preguntaba momentos antes de que me rozara el cuello con los dedos, justo encima de la camisa del uniforme—. Tienes moretones en el cuello.

El pánico se apoderó de mi corazón cuando noté que me apartaba más el pelo y me tocaba el cuello de nuevo.

—¿Shannon? —repitió Johnny—. ¿Cómo te has hecho esto?

—Es viejo —contesté con voz ronca, todavía jadeando.

—No parece viejo —repuso, tocándome el cuello.

—Pues lo es —grazné, sacudiéndome su mano.

Por suerte, él obedeció y se alejó de mí.

Débil y muerta de vergüenza, me quedé exactamente donde estaba, a cuatro patas y mirando al suelo mientras una oleada de humillación absoluta me invadía.

—¿Shannon? —dijo en un tono suave, con la mano en mi espalda una vez más—. ¿Estás bien?

Asintiendo débilmente, volví a arrodillarme, con las manos en el regazo y la mirada baja.

—Espera aquí, ¿vale? —me pidió Johnny mientras se ponía de pie—. Iré a buscar al conserje.

—No, no —alcancé a decir, muy avergonzada—. Yo lo limpiaré.

—No, no lo harás —me discutió—. No pasa nada. Tú espérame aquí, que vuelvo enseguida.

En cuanto escuché sus pasos alejándose, me puse de pie, cogí la mochila y corrí al baño más cercano en esa ala del instituto.

Me apresuré a entrar, fui directamente al lavabo, abrí el bolsillo delantero de la mochila y cogí el cepillo y la pasta de dientes de tamaño viaje que llevaba conmigo religiosamente.

Yo era una persona muy nerviosa, y mi ansiedad me hacía vomitar.

Me pasaba en los lugares más inapropiados e inoportunos, por lo general en el instituto, como ese día, por lo que siempre iba preparada.

Temblando de la cabeza a los pies y con lágrimas quemándome los ojos, me lavé los dientes rápidamente, entre arcadas cuando el cepillo me tocaba la parte posterior de la garganta.

Cuando terminé de enjuagarme, lavé el cepillo de dientes y lo volví a meter dentro de la pequeña bolsa hermética junto con la pasta antes de

guardarlo de nuevo todo en la mochila.

«Estás bien —traté de convencerme mentalmente mientras me lavaba las manos y me echaba agua en la cara—, todo va a ir bien».

Sin embargo, sabía que no era verdad.

No importaba cuánto intentara mentirme a mí misma; nada iba bien en mi vida.

Sorbiendo por la nariz, me eché la mochila a la espalda, abrí uno de los cubículos y cogí una botella de desinfectante que había escondida detrás de la cisterna.

Volví al lavabo para sacar un par de docenas de servilletas del dispensador y regresé a la escena del crimen.

Pero ya no estaba.

Había sido eliminada por el conserje, que avanzaba por el pasillo con una fregona y un cubo detrás de él.

—Te he dicho que me esperaras —me riñó una voz familiar de cerca.

Al darme la vuelta, encontré a Johnny apoyado contra las taquillas.

—Tenía que cepillarme los dientes —solté, sorbiendo por la nariz.

Él arqueó una ceja.

—¿En el instituto?

—Me pasa a menudo —logré decir.

Johnny frunció el ceño, mirándome con esos intensos ojos azules.

—¿Te sientes mejor ahora?

Asentí, muerta de vergüenza.

—Estoy bien.

—Bien.

Impulsándose contra las taquillas, Johnny se acercó adonde yo estaba y me quitó el desinfectante y el papel de las manos.

Sorprendida, observé cómo abría la puerta del baño de chicas y los tiraba dentro.

—Te llevo a casa —dijo mientras me quitaba la mochila de la espalda y se la colgaba sobre el hombro izquierdo.

Abrí mucho los ojos.

—No, no, no tienes q...

—He dicho que te llevo a casa —repitió, mirándome fijamente—. Vamos.

—¿Por qué? —grazné.

Johnny frunció el ceño.

—Por qué ¿qué?

—¿Por qué me ayudas?

Se me quedó mirando muchísimo rato antes de soltar un profundo suspiro.

—Porque quiero.

—Ah, ¿sí?

Él asintió.

—¿Has traído abrigo?

—¿Abrigo? —repetí con voz ronca, sintiéndome impotente mientras miraba a ese chico tan guapo.

—Sí, está cayendo un buen chaparrón.

—Yo, eh... —Me llevé una mano a la frente, esforzándome por ordenar mis pensamientos—. Está en el perchero —logré decir finalmente—. En el edificio de Ciencias.

Con los ojos muy abiertos, observé cómo Johnny se desabrochaba el abrigo negro que llevaba puesto y me lo echaba sobre los hombros.

—Vamos —dijo en un tono contundente mientras me pasaba un brazo alrededor de los hombros, me acurrucaba a su lado y me sacaba del instituto—. Yo te cuido.

PROBLEMAS

Johnny

Le he hecho daño sin querer a Shannon Lynch.

Otra vez.

He hecho que se caiga de culo en el instituto.

Otra vez.

Y luego se ha ido y casi me da un infarto, joder.

Sinceramente, nunca había sentido tanto miedo como cuando la he visto desplomarse en el suelo junto a su taquilla.

Sabía que era una idea estúpida seguirla adentro, pero necesitaba ver cómo estaba.

Para ser sincero, tenía miedo de que Bella la interceptara.

Encontrarla en el suelo así ha sido más que aterrador.

Se me ha parado literalmente el corazón en el pecho cuando la he visto y no ha vuelto a bombear de nuevo hasta que he llegado hasta ella y he comprobado que estaba bien.

Muerta de vergüenza, pero bien.

No me importaba la potada.

Todo el mundo vomita.

Incluso las chicas.

Y, al parecer, esa chica lo hacía mucho.

Recordé exactamente lo que había escrito en el expediente.

Vomitaba a menudo.

Eso me preocupaba.

Más de lo que debería.

Y me preocupaba más el motivo de que eso hubiese pasado.

Mi propia ansiedad me estaba consumiendo por la necesidad de saber qué la había disgustado.

No obstante, no quise probar mi suerte o empeorar la situación, así que mantuve la boca cerrada.

Meterla en mi coche probablemente no fuese la mejor idea, dado que no parecía querer volver a hablarme nunca más, pero no iba a dejarla allí para que cogiera un autobús de mierda.

No me dijo una sola palabra en todo el camino a su casa, con la excepción de disculparse un jodido millón de veces por algo que obviamente no podía controlar.

Yo no sabía qué hacer o decir para tranquilizarla.

Seguí repitiéndole que no pasaba nada, pero ella no me escuchaba.

Era como si estuviera atrapada en sus propios pensamientos, preocupadísima por algo que yo no podía ver.

Me sentía impotente.

Quería ayudarla, pero era algo imposible de hacer cuando no sabía a quién se enfrentaba.

—Lo siento —me dijo Shannon cuando aparqué frente a su casa, después de pasarme cinco buenos minutos tratando de convencerla para que me dijera cuál era la suya—. Es que soy tan...

—No tienes nada por lo que disculparte —la interrumpí antes de apagar el motor y girarme para mirarla.

Joder, ¿qué le pasaba?

¿Alguien se había metido con ella en clase?

¿Alguien la estaba acosando de nuevo?

Parecía aterrorizada.

—Johnny, yo, eh... —Sus palabras se desvanecieron mientras miraba hacia la pequeña casa adosada al final de la calle y luego de nuevo hacia mí—. Por favor, no lo cuentes —me pidió finalmente, con la voz queda y los ojos como platos, llenos de lágrimas no derramadas.

Fruncí el ceño, y sentí que se me aceleraba el corazón.

—¿Contar qué, Shannon?

Se pasó el pelo por detrás de las orejas y soltó un suspiro tembloroso.

—Lo que he hecho en el instituto.

Mis manos se crisparon en el volante mientras luchaba contra la necesidad de tumbármela sobre el regazo y abrazarla.

—No le voy a contar nada a nadie —aseguré en un tono tan amable como pude.

—¿Lo prometes? —graznó ella.

Asentí.

—Lo prometo.

Shannon soltó otro suspiro entrecortado.

—Lo siento... Es solo que... me pasa cuando me asusto.

Se me heló la sangre.

—¿De qué tienes miedo, Shannon? —Me sorprendí a mí mismo por lo tranquilo que sonaba, cuando estaba a punto de que se me fuera la pinza ahí mismo, en el coche—. ¿Ha pasado algo?

—¿Pasar? —susurró, mordiéndose el labio inferior.

—¿En el instituto? —aventuré, asintiendo lentamente con la cabeza—. ¿Alguien te estaba molestando?

Cerró los ojos y se mordió el labio aún más fuerte; tanto, que me acerqué y se lo saqué de entre los dientes.

—No —le pedí.

Abrió muchos los ojos.

—¿Eh?

—Te harás daño —le advertí, retirando la mano a pesar de que era lo último que quería hacer.

—Lo siento —musitó ella.

—No tienes que pedir perdón —repuse en tono seco.

Shannon bajó la mirada a sus manos, que tenía entrelazadas, y tras un interminable momento de silencio, asintió para sí misma.

—Será mejor que entre ya —dijo finalmente, en voz baja—. Gracias por traerme.

La observé mientras se desabrochaba el cinturón y abría la puerta, y el pánico me estalló en el estómago, lo cual no tenía sentido, porque no sabía por qué mierda estaba preocupado.

—Me lo contarías, ¿verdad? —le pregunté levantando la voz cuando estuvo fuera del coche—. Si algo te estuviera pasando. —Me incliné sobre el asiento del copiloto para mirarla, sabiendo que estaba haciendo una

montaña de aquello, pero necesitaba decirlo de todos modos—. ¿Me lo contarías si alguien te estuviera dando problemas en el instituto?

Shannon se quedó quieta, agarrada a la puerta del coche, durante muchísimo rato, con esos ojos azules fijos en los míos.

Finalmente, asintió.

Sentí que me hundía de alivio.

—Adiós, Johnny —susurró y luego cerró la puerta.

—Adiós, Shannon —murmuré para mí mismo, mientras giraba la llave en el contacto.

Necesitaba salir de allí antes de que hiciera algo realmente estúpido, como volver a meterla en el coche y llevármela a casa conmigo.

Porque algún jodido cortocircuito en mi cerebro me decía que hiciera precisamente eso.

Sentía que era un error dejarla.

«Vete, Johnny».

«Da la vuelta con el coche y vete».

«Ella está bien».

«Está perfectamente bien».

«Concéntrate en el partido, Kav».

«Tienes entrenamiento».

«No te conviene perder el oremus por una chica».

Sacudiendo la cabeza, puse el coche en marcha y me obligué a controlarme de una jodida vez y limitarme a conducir.

No funcionó.

Porque no podía irme.

Dejé el coche en punto muerto, abrí la puerta y salí.

—¡Espera!

Shannon se dio la vuelta y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Eh?

«¿Qué estás haciendo, Kav?».

«¿Qué cojones estás haciendo?».

—Ven conmigo. —Las palabras salieron de mi boca antes de que tuviera la oportunidad de callarme o retirarlas.

—Ir ¿adónde? —susurró Shannon, pasando la mirada de mí a la casa al final de la calle.

«No lo sé, Shannon».

«No lo sé, joder».

«No tengo ni puta idea de lo que me está pasando».

«Solo sé que mi instinto me dice que no te deje en este momento».

—Adonde sea —propuse, y luego me aclaré la garganta antes de añadir

—: ¿Podemos ir a dar un paseo? ¿O a pillar algo para comer?

Joder, ¿qué me pasaba?

Entonces vi un destello en sus ojos, algo que se parecía mucho al alivio.

—¿Quieres que yo —empezó a preguntar Shannon en voz baja— vaya contigo?

Asentí, inseguro.

—Sí, Shannon —dije con voz pastosa—. Quiero que vengas conmigo.

EL CHICO ES UN HÉROE

Shannon

Volvía a estar en su coche.

No tenía idea de adónde íbamos ni por qué para empezar Johnny me había pedido que fuera con él después de haberme llevado a casa, pero en ese momento no me importaba.

No me importaba que hubiese herido mis sentimientos la semana anterior.

Y no me importaba que pudiera meterme en problemas por estar con él.

Cuando abrió la puerta del copiloto de su coche y me ofreció un refugio temporal del infierno que era mi casa, lo acepté.

Más que eso.

Prácticamente me sumergí en aquel asiento.

Cuarenta y cinco minutos después, estaba sentada frente a él en un bar de la ciudad llamado Biddies, con un tazón de sopa a medio terminar delante, una botella de Coca-Cola y el corazón acelerado.

En el momento en que cruzamos la puerta del bullicioso pub, todos los que estaban dentro se dieron la vuelta para dirigirse a Johnny.

Fue increíblemente intimidante solo verlo tratar de lidiar con la atención que le dirigían.

Yo estaba abrumada, así que no podía ni imaginar cómo sería aquello para Johnny.

Solo tenía diecisiete años.

Al igual que ese día en la cancha con los periodistas, Johnny fue de lo más profesional, aceptando apretones de manos y palmadas en el hombro mientras esperábamos en la barra a una de las camareras.

Estaba tan abstraída por la atención que recibía Johnny y la mano que mantuvo en la parte baja de mi espalda mientras hablaba que me limité a asentir cuando se acercó a mi oído para preguntarme si tenía hambre.

Estuvo otros cinco minutos más hablando con desconocidos antes de que finalmente nos sentáramos en la única mesa vacía del bar.

Me sentí tremendamente avergonzada de que me hubiera comprado comida, porque yo habría protestado y me habría ofrecido a pagar, pero no tenía dinero.

No tenía nada que ofrecerle a este chico.

Nada en absoluto.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Johnny, sacándome de mis pensamientos.

Levanté la cabeza de golpe de mis manos, que había estado mirando, y lo encontré observándome desde el otro lado de la pequeña mesa redonda.

Volví a sentir la familiar agitación en la barriga cuando me obligué a mirarlo a los ojos. Llevaba su abrigo bien ajustado a mi alrededor, pero eso no me impidió echarme a temblar.

—Estoy, eh, estoy mucho mejor ahora —respondí, sonrojándome por el peso de su mirada—. Gracias.

—Bien. —Johnny se recostó en la silla, con la mirada todavía fija en mí, y golpeó distraídamente un posavasos que había sobre la mesa—. Me alegro.

—Gracias por la cena —añadí, sintiéndome cohibida e incómoda y un millón de cosas más—. Te lo agradezco mucho.

Por alguna razón, mis palabras le provocaron una gran sonrisa.

—¿Consideras que un plato de sopa es la cena? —me planteó, sonriendo tan ampliamente que se le marcaron los hoyuelos.

—Bueno, era un tazón enorme —comenté encogiéndome de hombros—. Así que sí, lo considero la cena.

—Es sopa, Shannon —se rio Johnny—. Es prácticamente agua.

—¿Por qué? —Observé el plato y el tazón vacíos frente a él—. ¿Sigues con hambre?

No podía ser.

Acababa de verlo engullir un tazón gigante de sopa, seguido de una montaña de pollo con verduras.

Era físicamente imposible tener hambre después de consumir ese volumen de comida.

Johnny resopló.

—Esto ha sido picoteo.

—¿Picoteo? —Apoyé los codos en la mesa y pregunté—: ¿Tienes intención de volver a cenar cuando llegues a casa?

—Probablemente coma al menos cuatro veces más antes de irme a la cama —me dijo.

Me quedé boquiabierta.

—Pero son las cinco de la tarde.

—Lo sé. —Sacudió la cabeza, sonriendo con pesar—. Deberías ver lo que me meto entre pecho y espalda a diario. Probablemente alucinarías.

—Bueno, no estás gordo para ser un chico que come tanto —solté, y de inmediato me arrepentí de mis palabras.

Johnny rio suavemente.

—No, no lo estoy.

Me puse como un tomate.

—Lo siento mucho —alcancé a decir—. No ha sido mi intención llamarte...

—No te disculpes —replicó, todavía sonriendo—. Entreno. Duro. Mi cuerpo necesita combustible para funcionar.

—¿Por el rugby? —pregunté, pasándome el pelo, que tenía mojado por la lluvia, por detrás de las orejas.

Johnny asintió.

—Necesito consumir cuatro mil quinientas calorías diarias cuando entreno.

Me quedé boquiabierta de nuevo.

—¿Cómo es eso humanamente posible?

Johnny sonrió.

—Hago que lo sea.

—¿Cómo? —quise saber, completamente intrigada ahora.

—Espaciando las comidas —explicó—. Comiendo lo que toca en el momento correcto. —Se encogió de hombros antes de añadir—:

Normalmente como cada dos o tres horas. Mi nutricionista dice que es lo mejor para mi cuerpo.

—Entonces ¿tienes un horario de alimentación? —Riendo por lo bajo, agregué—: Como un bebé.

Johnny me dedicó una sonrisa complaciente y dio un largo trago de su zumo de naranja.

Ignorando el ruidoso grupo de chicas en una mesa cercana, me concentré en el chico frente a mí.

—Así ¿no puedes comer nada rico?

—Define «rico».

—Coca-Cola. Chocolate. Helado. Patatas fritas. —Hice una breve lista de mis caprichos favoritos—. Gominolas con sidral. Choco Krispies. Pizza. Hamburguesas con queso. Patatas de bolsa. Comida china. Dónuts...

—Estoy en plena temporada —me interrumpió Johnny, mirándome ofendido—. Lo único que entra en mi cuerpo es orgánico, sin procesar y está cargado de proteínas.

Lo miré boquiabierta.

—¿Ni siquiera una galleta María?

Johnny negó con la cabeza.

—¿Por qué...? ¡Ay, madre! ¿Es porque te meterías en problemas con esa gente de la Academia de rugby? —Abrí mucho los ojos ante la injusticia—. Mi hermano Joey me contó que preparan a los niños como si fueran pollos. —Horrorizada, pregunté—: ¿Te dan una lista de alimentos prohibidos y luego te castigan si los comes?

—No —negó Johnny lentamente, frunciendo el ceño ahora—. ¿Qué mierda de lugar crees que es la Academia?

—Si no se te permite comer porquerías, entonces uno terrible —respondí con solemnidad.

—Comer sano es mi elección —explicó, mirándome con una expresión desconcertada—. No estoy obligado a hacer nada. Mi vida está en mis manos. Y no zampar porquería procesada y cargada de azúcar se llama estar sano y tener autocontrol.

—Pero ¿siempre? —insistí—. ¿Cada minuto de la semana?

—Para mí es o todo o nada —declaró—. O me comprometo con algo o no pierdo el tiempo. No tiene sentido hacer algo a medias.

—Bueno, lo siento por ti —sentencié—. No sabes lo que te pierdes.

Me metí una mano en el bolsillo de la falda para sacar la chocolatina que guardaba a medio comer, de mi marca favorita, eché un vistazo rápido para comprobar que la camarera no me veía entrar comida en el local y se la planté frente a la cara.

—El olor es la mejor parte —afirmé—. Y también obtienes endorfinas con esto.

Torció los labios.

—Entreno seis horas al día, Shannon. No necesito aumentar endorfinas con una chocolatina.

Abrí el envoltorio y la sostuve frente a su nariz unos instantes.

—Huélela —lo animé, sintiéndome extrañamente a gusto con él—. Vamos.

—Quita —se rio Johnny, apartándome la mano con suavidad.

—Tú te lo pierdes —dije, encogiéndome de hombros. Luego le di un mordisco a la chocolatina y gemí cuando la chocolateada delicia me tocó la lengua.

—Y tú lo ganas —bufó, mientras hacía girar un trozo de hielo en su vaso.

—Guau —resoplé, volviendo a guardarme la chocolatina en el bolsillo—. Si fuera una chica más grande, podrías haber herido seriamente mis sentimientos.

—¿Qué? —El pánico brilló en su rostro—. ¡Joder, no! Era una broma —exclamó, inclinándose hacia delante en su asiento—. No he querido decir... No te estaba llamando gorda... Eres la cosa más pequeña que he... Mierda, eres tan menuda que podría...

—Tranquilo. —Esbocé una sonrisa—. No me has ofendido.

Johnny me miró fijamente durante un buen rato y luego soltó un profundo suspiro.

—Joder, casi me da un ataque al corazón —comentó, frotándose el pecho, y sonrió con picardía.

Hubo un silencio largo e incómodo en el que ambos nos miramos fijamente.

Fue desconcertante, pero no tanto como la intensidad en esos ojos azules.

Su mirada era demasiado aguda.

Demasiado penetrante.

Demasiado.

—¿Quieres otra Coca-Cola? —preguntó Johnny, rompiendo la tensión.

—Eh... —Miré mi reloj y luego de nuevo a él—. No sé.

Johnny frunció el ceño.

—¿No lo sabes?

«Sí».

«No».

«Vete a casa antes de que tu padre se entere de que estás en un pub y te mate».

«No, quédate aquí con él».

Madre mía...

Me encogí de hombros con impotencia.

—Bueno, ¿tienes sed? —me planteó—. ¿Te gustaría tomar algo más?

—Yo... —Miré a mi alrededor con nerviosismo, solo para descubrir docenas de pares de ojos fijos en nuestra mesa.

Se me dispararon los latidos del corazón.

No me gustaba eso.

Ni un pelo.

—¿Shannon? —insistió Johnny, recuperando mi atención una vez más. Me miraba expectante, cartera en mano—. ¿Te traigo algo?

—Eh... —Moviéndome hacia delante, me incliné sobre la mesa y le hice un gesto a Johnny para que se acercara.

Frunciendo el ceño, lo hizo.

—Johnny —le susurré al oído—, siento que nos observan.

Retrocediendo con la silla, miré alrededor de nuevo y me fijé en que las adolescentes de la otra mesa se habían aproximado a la nuestra de alguna manera. Lo miré a los ojos y asentí con firmeza.

—La gente definitivamente nos está mirando, Johnny.

Él pareció muy muy irritado cuando suspiró con fuerza y se pasó una mano por el pelo.

—Lo siento.

—¿Es por el rugby?

Él asintió mirándome con resignación.

—Lo lamento. Ignóralos y ya está.

—¿Cómo? —grazné, sintiéndome muy expuesta en ese momento.

Johnny se me quedó mirando un buen rato, sin hablar, antes de empujar su silla hacia atrás y ponerse de pie.

—Vamos —sentenció, tendiéndome la mano—. Te traeré algo de beber y nos sentaremos en el salón.

—¿El salón?

—Es más tranquilo. —Miró a su alrededor y murmuró—: Tal vez tengamos un poco de paz y tranquilidad.

A él tampoco le gustaba aquello.

Puede que actuase como si no le molestara.

Pero no era algo con lo que se sintiera cómodo.

Fue mientras comprendía eso cuando me encontré aceptando la mano que me ofrecía.

Abrumada, seguí a Johnny a la barra, donde pidió más bebidas, antes de atravesar una puerta que había a un lado para entrar a un salón con poca luz.

Esa sala tenía un ambiente más juvenil, con mesas de billar y dianas en las paredes, así como una máquina de discos sonando en un rincón.

Me fijé en que había por allí varios adolescentes con diferentes uniformes escolares de institutos de la localidad.

Como cuando entramos al salón principal, todos se giraron para mirarlo, pero, tras unos cuantos saludos con la cabeza y «¿Cómo te va, Kav?», volvieron a sus acompañantes.

Johnny me condujo a una mesa en el rincón más alejado del salón, pero esa vez, en lugar de sentarse en uno de los taburetes al otro lado de la mesa, dejó nuestras bebidas y se sentó en el banco de cuero a mi lado.

Desde allí, teníamos una vista perfecta del resto de la sala, con la ventaja de estar un poco ocultos.

«Deberías irte a casa, Shannon —me ordenaba mi sentido común—, no deberías estar aquí».

—¿Mejor? —preguntó Johnny, sentándose a mi lado.

Asentí y cogí mi refresco, con los ojos fijos en lo que sucedía a mi alrededor.

Vi a varios chicos en el otro extremo de la sala con los uniformes del instituto de Ballylaggin, lo cual me dio ganas de esconderme debajo de la mesa.

Estaba tan nerviosa que tuve que usar ambas manos para evitar que la botella temblara.

Ver a Ciara Maloney, mi mayor torturadora de mi antiguo instituto y la causante de la cicatriz que tenía en el párpado, sentada entre ellos hizo que

me encogiera de miedo.

Como si pudiera sentir que la miraba, Ciara volvió la cara en mi dirección.

«Estupendo».

«Simplemente genial, joder».

En cuanto me reconoció, ese destello de malicia que tan bien conocía brilló en sus ojos durante unos dos segundos antes de desplazar la mirada hacia Johnny, que estaba sentado a mi lado.

Abrió visiblemente la boca y comenzó a dar codazos a la chica sentada junto a ella, Hannah Daly, su mejor amiga y otra de mis acosadoras.

Estábamos siendo observados de nuevo.

Pero ahora tenía más que ver con el odio hacia mí que con el hecho de que él fuera la celebridad local.

Presa del pánico, bajé la mirada hacia la botella de vidrio que sujetaba entre las manos.

«Respira, Shannon».

«Tan solo respira...».

—Eres una pequeña puta mentirosa —gruñó Ciara mientras me inmovilizaba contra la pared detrás del instituto y me observaba con rabia—. Lo estabas mirando.

Sabiendo que era más seguro no decir nada, mantuve la boca cerrada y me preparé mentalmente para la paliza que estaba segura de que recibiría.

—¡Contéstame, perra! —escupió, estampándose los hombros contra el hormigón, lo que hizo que el aire saliera de mis pulmones en un fuerte gemido de dolor.

Varias de las chicas que estaban a nuestro alrededor se rieron y se burlaron cuando un sollozo salió de mi garganta.

Mi daño era mayor de lo que cualquiera de aquellas chicas podía comprender (el último colocón de mi padre era la causa de mi dolor) y ellas disfrutaban de mi evidente malestar.

No era nada nuevo para mí.

Estaba acostumbrada a ser objeto de sus burlas.

Estaba acostumbrada a ser el saco de boxeo.

Y me odiaba por aceptarlo.

Cuando Ciara me empujó contra la pared de nuevo, me obligué a tragarme el sollozo que amenazaba con rasgarme la garganta y, en lugar de «Es tu novio el que me estaba mirando», a decir:

—No estaba mirando a tu novio.

Esa era la verdad.

Su novio tenía la horrible costumbre de mirarme fijamente.

Mi explicación me valió una bofetada en la cara y un buen tirón de pelo, tan brusco que me tambaleé hacia delante, sintiéndome débil e impotente.

—Voy a destrozarte, joder —me siseó al oído antes de arañarme un lado de la mejilla.

«Adelante», pensé para mis adentros.

Pero no puedes destrozar lo que ya está roto...

—Tranquila —me susurró Johnny al oído, distrayéndome de mis recuerdos—. Estás a salvo conmigo.

Sus palabras me desconcertaron y volví la cara para mirarlo.

Uf, era tan guapo que dolía.

Todo Johnny Kavanagh era pura perfección.

Era grande y fuerte, y ¿su cara?

Madre mía, esa cara era la mejor cara que había visto jamás.

—¿Por qué no iba a estar a salvo? —pregunté a la defensiva por la desesperación, porque ese chico me desconcertaba como nadie lo había hecho antes.

No lograba comprender nada de aquello, y mi pobre corazón trabajaba a toda máquina para seguir el ritmo de todas las emociones que bombardeaban mi cuerpo debido a su proximidad.

El miedo, la incertidumbre, el deseo y el pánico me estaban pateando el trasero.

—Solo quiero que sepas que lo estás —respondió, con la mirada fija en mis ojos—. ¿Vale?

Con un suspiro entrecortado, asentí y me acerqué a él.

Si pudiera, me habría subido a su regazo y le habría hundido la cara en el pecho en ese momento, pero Johnny era un completo extraño para mí y eso estaba socialmente mal visto, así que me conformé con acercarme a él con disimulo.

Era probable que pensase que estaba loca, pero estaba a punto de sufrir un ataque de pánico y su presencia me mantenía con los pies en la tierra.

Johnny me miró con curiosidad antes de dirigir su atención a la mesa donde estaban las estudiantes de segundo de bachillerato del instituto público de Ballylaggin.

Lo vi entonces, una chispa de comprensión destelló en sus ojos antes de que su expresión se endureciera.

—¿Podemos irnos ya? —susurré, con el corazón acelerado, mientras resistía el impulso de enterrarme en su costado—. ¿Por favor?

—Nos iremos cuando hayamos terminado —dijo, en una voz tan baja y suave que apenas era audible—. Levanta la cabeza, Shannon Como el Río. —Momentos después, me pasó un brazo por encima del hombro y me atrajo hacia sí—. Nadie va a hacerte daño.

Aliviada, me acerqué, demasiado para dos extraños, pero no me importó.

Era grande y fuerte, y tuve la clara sensación de que me estaba diciendo la verdad.

Le creí cuando me dijo que estaba a salvo con él.

—¿Qué pasó con esas chicas? —inquirió, inclinando la cara hacia abajo para mirarme mientras hablaba.

—Nada —respondí con voz ronca, cogiendo mi botella con fuerza.

—¿Por qué me cuesta tanto creerte?

Me encogí de hombros y bajé la barbilla para dejar que el pelo me cayera hacia delante, deseando estar envuelta en la capa de invisibilidad de Harry Potter para poder escapar de aquella situación sin sufrir más.

No podía soportarlo más.

—Mírame.

No lo hice.

—Mírame —repitió, en tono tranquilo y persuasivo.

No pude.

Lo sentí moverse a mi lado y luego sus dedos estaban en mi barbilla, levantándome la cara hacia la suya.

—Estás a salvo —susurró, poniéndome una mano en la mejilla y taladrándome directamente el alma con la mirada—. Te lo prometo.

Esa palabra.

Madre mía.

Esa sola palabra me desarmó.

Todo era demasiado.

Mi vida.

Esas chicas.

Mi padre.

Y, en medio de todo, solo podía verlo a él.

Ese chico.

NO PIERDAS LA CABEZA

Johnny

Nunca entenderé por completo qué se me metió en la cabeza para llevar a Shannon a Biddies, pero allí estaba, y parecía peor que una hora antes, cuando la encontré vomitando en el instituto.

Yo igual.

Trataba de ocultar mi rabia, pero juro que estaba a punto de matar a alguien.

Sincera.

Real.

Y definitivamente.

Shannon estaba aterrorizada por esas chicas.

Temblaba de pies a cabeza.

Temblaba.

Razón por la cual estaba acurrucada a mi lado, con mi brazo envuelto con fuerza alrededor de sus frágiles hombros.

Sabía que me estaba pasando de la raya y mucho, pero me negaba a dejar que huyera de esas cabronas.

Sabía que no debería tocarla, pero ¿cómo demonios no iba a hacerlo?

¿Cómo iba a dejarla ahí sentada, tan asustada e insegura como estaba?

No podía.

Para ser sincero, era bueno que me estuviera tocando, porque estaba a puntísimo de estallar y acabar en el calabozo.

Ese no era yo.

Yo no era de los que saltaban.

Reflexionaba las cosas.

«No con esta chica...».

La rubia con el uniforme del instituto público de Ballylaggin al otro lado del salón volvió a llamar mi atención y sonrió.

Le devolví una mirada fría y dura, y me deleité con una especie de placer enfermizo cuando su sonrisa se desvaneció y el miedo llenó sus ojos.

«Ten miedo —pensé para mis adentros—, no tienes idea de con quién te estás metiendo».

Podría destrozarle la vida a esa gente.

Quería hacerlo.

Cada célula de mi cerebro gritaba rabia y venganza, exigiendo que recuperara lo que le quitaron a Shannon.

Arráncales su orgullo como ellas se lo arrancaron a ella.

Asústalas como ellas la asustaron a ella.

Hazlas sufrir como ellas la torturaron a ella.

Podía saborear mi ira.

Era jodidamente intensa.

Maldita sea, necesitaba controlarme, pero cada vez que lo intentaba, volvía a pensar en su expediente.

¿Fue una de esas perras las que le cortaron la coleta?

La rubia me daba mala espina.

Otro problema que estaba teniendo y que me iba a hacer perder la maldita cabeza era la forma en que esas imbéciles la miraban.

Con anhelo.

Sería mejor que apartaran la mirada de esa chica, joder, porque no podía soportarlo.

No tenían que volverse en su dirección para nada.

Jamás.

Le había pasado un brazo alrededor, hostia ya.

«Daos por aludidas, joder».

«Con razón la rubia estaba enfadada», pensé para mis adentros. El mongolo de pelo oscuro claramente estaba saliendo con ella y, sin embargo, miraba a Shannon como si fuera la cena.

«Mi cena, gilipollas», quería rugirle.

—Podemos irnos, ya he terminado —dijo Shannon, sacándome de mis pensamientos y haciendo que bajara la mirada del idiota de pelo oscuro que la observaba boquiabierto desde el otro lado del salón.

Dejó la botella vacía sobre la mesa y me miró con esos ojazos azules.

—Si te parece bien.

«Cálmate, corazón».

«Cálmate de una puta vez».

Forcé una sonrisa.

—Claro, Shannon, me parece bien.

Por razones obvias, mantuve el brazo alrededor de ella mientras pasábamos junto a la mesa donde se sentaban los imbéciles de su antiguo instituto. No se me escapó la forma en que se aferró con los dedos a mi suéter, ni lo rígida que se puso de arriba abajo cuando una de las chicas hizo un comentario ambiguo sobre putas en busca de pollas con dinero.

Sin perder la cabeza, la acompañé fuera del salón y luego la detuve en la barra.

—¿Me puedes hacer un favor?

Shannon me miró con los ojos muy abiertos y asintió.

—Sí. Por supuesto.

Me saqué la cartera y las llaves del bolsillo y se las entregué.

—¿Puedes pagar la cuenta y me esperas en el coche?

Shannon palideció.

—¿Por qué?

—Tengo que hablar con uno de mis amigos —mentí, sonriéndole—. Enseguida salgo.

Me miró con recelo durante un buen rato antes de soltar un suspiro.

—Claro —accedió finalmente, y sonaba aliviada—. Yo me encargo.

—Gracias —respondí.

Esperé hasta que Shannon se dirigió hacia la barra antes de girar sobre mis talones y regresar al salón, sin parar hasta que estuve de pie frente a la mesa de los imbéciles.

—Bueno —dije con desprecio, mirándolas a la cara—. ¿Quién quiere llamar puta a mi novia en mi cara?

Pronuncié la palabra «novia» para que el efecto fuera tan grande como el daño que estaba a punto de causar.

Varias cabezas se volvieron en mi dirección, pero no me importó ni un ápice.

Alguien iba a pagar por su dolor.

—¿Y bien? —insistí, mirando a la rubia—. ¿Tú? —pregunté antes de volverme a la pelirroja sentada a su lado—. ¿O tú?

—Escucha, no sé lo que te ha contado —comenzó a decir la rubia, pero la interrumpí con un movimiento de cabeza.

—¿Este es tu novio? —pregunté, inclinando la cabeza hacia el idiota de pelo oscuro que había estado comiéndose a Shannon con los ojos hacía menos de cinco minutos, pero ahora resultaba que se había vuelto mudo—. ¿Lo es?

La rubia enrojeció y asintió.

—Es bueno saberlo —reflexioné, y luego me estiré por encima de la mesa, lo cogí del jersey del uniforme y le di un puñetazo en la cara.

—¿Qué cojones estás haciendo? —gruñó el muchacho, doblándose.

—Estoy jugando a vuestro juego, imbécil —escupí mientras lo arrastraba sobre la mesa y le pegaba de nuevo.

Ambas chicas comenzaron a gritar y agitarse.

Uno de sus amigos hizo ademán de venir hacia mí.

—Ni se te ocurra, joder —lo amenacé, mientras continuaba dándole una paliza a su amigo.

Dio un paso atrás y levantó las manos.

Puse los ojos en blanco.

«Cobarde de mierda».

Había perdido la cuenta de la cantidad de peleas en las que Gibbs se había metido por mí a lo largo de los años, y viceversa.

Ese imbécil necesitaba mejores amigos.

—¡Para! —gritó la rubia cuando volví a plantarle un puñetazo en la cara a su novio—. ¡Le estás haciendo daño!

—Oh, te das cuenta, ¿verdad? —repuse—. ¿Así que eres capaz de distinguir lo que está bien de lo que está mal?

—¿A ti qué te pasa?! —chilló—. ¡Nosotros no te hemos hecho nada!

—Joder, estoy seguro de que tú le hiciste algo a ella —bramé—. Y cuando la jodes a ella, me jodes a mí.

La rubia palideció y solté a su novio.

Este se desplomó en el suelo, con las manos en la cara y gimiendo como un pichafloja.

Ella fue directamente hacia él.

—¿Qué te ha parecido eso? —pregunté, mirando al idiota al que acababa de arreglarle la cara—. ¿Te ha gustado?

—Joder, tío —gimió el muchacho, tapándose la nariz para detener la hemorragia—. Yo no te he hecho nada.

—No —respondí entre dientes—. Y mi chica —señalé hacia la puerta del salón— no le hizo nada a la tuya, pero eso no impidió que la aterrorizara. —Lancé una mirada asesina a la rubia—. ¡Que le cortara el pelo y le diera una paliza!

La rubia se puso muy roja.

Lo sabía.

—Hostia ya, Ciara —gimió el moreno mientras se sacudía la mano de la rubia—. ¿Qué le has hecho ahora?

—Nada —se defendió ella—. Ni siquiera la he visto desde Navidad, cariño.

—¿Te gusta que te intimiden? —le planteé al chaval, acercándome un paso—. ¿Qué se siente al verse impotente?

—Lo pillo, tío —gimió el muchacho, agitando una mano frente a mí—. Me ha quedado claro.

—Asegúrate de que tu novia lo pilla —siseé, amenazándolo con la mirada—. Porque si no... —Hice una pausa para señalar tanto a la rubia como a la pelirroja antes de continuar—: Si ella o cualquiera de las putas de sus amigas vuelve a mirar a mi novia, iré a por ti.

—¡Johnny! —ladró Liam, el dueño del local, mientras rodeaba la barra principal—. ¿A qué cojones estás jugando, chaval?

Ay, venga ya.

Cogiendo aire para calmarme, me volví para mirarlo.

—Perdón por causar problemas en tu bar. No volverá a suceder.

—¿Problemas? —Arqueó una ceja—. Te he visto por las cámaras. Podrías haber matado a ese crío.

Inquieto, me pasé una mano por el pelo.

—Esos capullos le estaban haciendo pasar un mal rato a mi novia —mascullé—. Siento haber resuelto el problema en tu bar, pagaré los vasos

rotos o los daños que haya causado, pero esta será la última vez que me gaste el dinero aquí.

—Por Dios, relájate, Johnny, no te estoy prohibiendo la entrada —objetó Liam.

—No me relaciono con escoria, Liam —repliqué en un tono tenso. Señalando la puerta del salón, añadí—: Y esos cabrones son lo más asqueroso que existe. Así que, adelante, tú sigue atendiéndolos y yo me buscaré un nuevo antro para mi equipo.

—Johnny, muchacho, espera...

—No, me parece que no —siseé, sacudiéndome su brazo mientras caminaba hacia la puerta—. Tengo una reputación que mantener y no puedo hacerlo en un lugar donde se sirve a la escoria.

—Esta es la última vez que vienen —aseguró Liam detrás de mí—. ¿Cuento con vosotros mañana, como siempre?

Me detuve en la puerta y me volví.

—Regresaré cuando la clientela no consista en jodidos matones crueles.

Y luego me di la vuelta y salí dando zancadas.

Shannon estaba sentada en el asiento del copiloto de mi coche cuando entré.

—Perdona —le dije mientras cerraba la puerta y me ponía el cinturón de seguridad—. Me han liado hablando.

—No, no —se apresuró a decir Shannon con esa vocecita suya—. Estaba perfectamente. No tienes que disculparte conmigo.

Sí que tenía que hacerlo.

La había dejado muerta de frío en un coche durante media hora.

No era lo bastante bueno.

Para ella no.

—¿Estás bien? —pregunté, girándome para mirarla.

—Sí, y muchas gracias por pagar —dijo, y vi cómo se le ponían las mejillas de un intenso tono rosado—. Te lo agradezco mucho.

¿Hablaba en serio?

¿De veras me estaba dando las gracias por eso?

—No es nada, Shannon —respondí, mirándola con ardiente curiosidad—. Ha sido solo un par de botellas de Coca-Cola y un tazón de sopa.

—Bueno, significa mucho para mí, así que gracias —susurró, pasándose por detrás de la oreja el pelo, que tenía jodidamente precioso.

Su mirada se me clavaba tan adentro que tuve que apartar la mía antes de perderme por completo en la chica.

Aquello era demasiado.

Ella era demasiado, joder.

—Eh, aquí tienes tus cosas —me indicó, colocando suavemente mis llaves y mi cartera en mi muslo izquierdo.

Mi muslo bueno.

«Mierda, esta chica es demasiado».

—Puedes contarlo aquí mismo si quieres —añadió Shannon—. El dinero en tu cartera, quiero decir. —Se pasó otro mechón de pelo por detrás de la oreja—. No me sentiré insultada.

¿Qué coño?

Me la quedé mirando.

—¿Qué? —exclamé.

Shannon se sonrojó.

—Bueno, yo solo... he pensado que quizá querías...

—Confío en ti —afirmé—. No voy a contar nada. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza, ¿vale?

—¿Estás seguro? —susurró, desarmándome con esos ojazos.

Asentí con la cabeza y resistí el impulso de inclinarme para besar esos labios tan jodidamente carnosos.

—Del todo.

La sonrisa que le iluminó el rostro entonces fue tan chocante que hizo que se me acelerara el corazón peligrosamente.

Me la quedé mirando durante mucho rato, preguntándome cómo demonios me había metido en aquello y cómo demonios iba a salir.

—Será mejor que te lleve a casa —resolví al final, mientras metía la llave en el contacto y arrancaba el motor.

—Claro —contestó Shannon, todavía sonriéndome.

Tuve que apartar la mirada.

No podía arriesgarme a mirarla otra vez.

Esa noche no.

«Aleja el culo de esta chica antes de que hagas algo estúpido, como encariñarte además de perder la cabeza», siseó mi cerebro mientras salía derrapando del aparcamiento, hecho un manojo de nervios.

«Demasiado tarde, imbécil», se burló mi corazón.

—O... —me escuché decir, cediendo a la urgente necesidad que sentía de mantener a esa chica junto a mí.

Shannon me miró con los ojos radiantes.

—¿O?

«No lo hagas, Johnny».

«No te expongas a la tentación».

—Podríamos ir a ver una película —sugerí, sabiendo que estaba jodido en cuanto las palabras salieron de mi boca.

—¿Una p-película? —tartamudeó Shannon.

Ay, madre.

Asentí, inseguro.

—Si quieres.

—¿En el cine? —preguntó, con las mejillas sonrojadas.

Me encogí de hombros.

—O en mi casa.

«Serás gilipollas».

—Yo... Yo no... No me... —Hizo una pausa para pasarse el pelo por detrás de las orejas antes de decir—: dejan ir exactamente.

—No te dejan ir ¿adónde? —inquirí, sintiendo una gran punzada de decepción en el estómago.

—Eh, a ningún sitio —respondió ella, encogiéndose de hombros con impotencia—. Mis padres son un poco sobreprotectores.

Comprensible.

Si estuviera en su lugar, también la protegería, teniendo en cuenta lo que pasó Shannon en su antiguo instituto.

Qué narices, yo estaba siendo sobreprotector.

—Pero quiero hacerlo —agregó, sonriéndome tímidamente—. Me encantaría, en realidad, si tú quieres, claro.

Mierda.

Joder.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora?

Mi madre estaba en casa, por lo que eso quedaba descartado.

Obligándome a concentrarme en la carretera frente a mí y no en la chica sentada a mi lado, puse el intermitente y me detuve en la vía de acceso a la ciudad.

—Pues al cine —anuncié en un tono tan despreocupado como pude, mientras el fuego me consumía por dentro.

PADRES ADOPTIVOS

Shannon

Me pasé todo el sábado cuidando a mi hermano pequeño Sean, como hacía siempre que la tata Murphy decidía viajar a Beara para visitar a la tía Alice y su familia y mi madre estaba trabajando.

La diferencia ese fin de semana era que nuestro padre se había ido y nuestra madre estaba desaparecida.

Sabía que se estaba fraguando la tormenta.

Mi instinto nunca se equivocaba.

Después de que Johnny me dejase en casa la noche anterior, hubo una tremenda pelea por la que mi padre acabó dándome una paliza, principalmente por ese estúpido recorte de periódico que aún no había dejado correr. Mi madre lo apartó de mí, ganándose así una bofetada en la cara por molestarlo. Ella le pidió que se fuera y no volviera jamás.

Mi padre procedió a llenar el coche de la familia con todo lo que poseía, nos dijo a mi madre y a mí que éramos un par de zorras y se alejó a toda velocidad como una cuba.

Mi madre salió corriendo de casa una hora más tarde con una bolsa de viaje, se subió a un taxi y no la habíamos visto desde entonces.

No era raro que nuestra madre se fuera echando humo después de una discusión.

Sin embargo, sí era extraño que no volviera.

Sabía que volvería.

Solo era cuestión de tiempo.

También sabía que mi padre volvería.

Esa no era la primera vez que lo echaban.

Y no era la primera vez que me hacía papilla.

Tarde o temprano, regresaría, prometiendo el cielo y trayendo el infierno.

Nada cambiaría.

Nunca lo hacía.

Tadhg, Ollie y Sean podían pensar que se había ido para siempre, pero Joey y yo sabíamos la verdad.

Sin la presencia de nuestros padres, nos tocaba a Joey y a mí defender a nuestros hermanos menores.

Al no ver señales de ninguno de nuestros padres por la mañana, Joey sacrificó su propia sesión de entrenamiento con el equipo de Cork para poder llevar a Tadhg y Ollie a un pequeño torneo de fútbol en el que ambos participaban.

Yo me quedé con Sean, que se pasó la mayor parte del día gritando desesperado por mi madre.

Fue un desastre.

Tras llamarla innumerables veces sin obtener respuesta, desistí en mis intentos de contactar con ella.

Me puse a trabajar en la interminable lista de tareas que se me asignaban semanalmente y limpié la casa de arriba abajo, fregando hasta los zócalos y cambiando todas las sábanas sobre la marcha.

A las ocho de la tarde del sábado, había puesto cuatro lavadoras, había preparado tanto la comida como la cena para mis hermanos, había bañado y puesto el pijama a Sean para acostarlo, y había limpiado la casa hasta mi último aliento.

No había durado así, por supuesto.

En cuanto los chicos atravesaron la puerta, el caos y el desorden se reimpusieron.

Con un tazón de Choco Krispies en una mano y una botella de leche en la otra, empujé la puerta de la sala de estar con las caderas y entré.

—Aquí tienes, Sean.

Dejé el tazón y el vaso con boquilla en la mesa de café frente a mi hermano, le alboroté los rubios rizos y luego me puse de pie para estirar la espalda.

—Cómetelo todo antes de acostarte —añadí, gimiendo de alivio cuando sentí que los músculos de la espalda volvían a su lugar.

Tenía tanto dolor que me costaba caminar en línea recta.

—Quiero a mami —respondió Sean, haciendo pucheros ante los cereales—. Mami se ha ido.

—Mami está trabajando, Sean —le dije, la misma frase que le había repetido cincuenta veces ese día. Haciendo un esfuerzo por tener paciencia, añadí—: Volverá a casa pronto. —Y luego salí corriendo del salón antes de que tuviera la oportunidad de preguntarme cuándo.

No tenía una respuesta para él y odiaba mentirle.

La verdad era que no sabía cuándo volvería mi madre.

Con los hombros caídos, regresé a la cocina y me acerqué a la tetera.

Necesitaba té.

Mucho té.

LA CHAQUETA DE LIGAR

Johnny

Mi día de entrenamiento en la Academia el sábado no podría haber ido peor.

Estaba débil y eso se notó en el campo.

Me llamaron al despacho a media mañana, donde fui juzgado por el entrenador Dennehy en lo que me pareció la maldita Inquisición.

Luego, me enviaron directamente al médico del equipo para otro examen, seguido de un chequeo con Janice, la fisio.

Como había predicho mi entrenador, no pasé ni las pruebas médicas ni las físicas.

Dolorido y desmoralizado, me dieron una charla estricta sobre los peligros de ocultar el dolor antes de enviarme a casa con otra maldita receta y una carta oficial que decía que estaba temporalmente exento de todo entrenamiento y obligaciones con la Academia hasta mi próxima prueba de aptitud física, que tendría lugar en tres semanas.

Si no pasaba la próxima ronda de pruebas, volverían a meterme en quirófano y estaría fuera de juego otra vez de cuatro a seis semanas.

Eso significaba que no pisaría un campo de nuevo hasta principios o mediados de mayo.

Significaba que perdería mi oportunidad.

Era imposible que estuviera en forma en dos o cuatro semanas para formar parte del equipo al nivel de los sub-20.

Así que sí, podía decir con seguridad que estaba totalmente jodido.

Mi único consuelo era que aún podía participar en los ligeros entrenamientos con el instituto y el club; no podían hacer una mierda para impedir eso, aunque no era mucho a lo que aferrarse como esperanza.

No cuando estaba garantizado que tanto mis entrenadores en el Ballylaggin RFC como en Tommen recibirían la misma carta.

Ahora tenía pocas posibilidades de que me concedieran tiempo de partido con el club.

El entrenador Mulcahy no me iba a dejar en el banquillo de ningún modo, no podía permitírselo, pero eso era solo una mierda escolar.

Cabreado por haber sido eliminado de los próximos partidos juveniles, estaba a punto de reventar cuando llegué a casa esa tarde, que por suerte estaba vacía.

Mi madre se había ido a Dublín a pasar el fin de semana con mi padre, así que no tendría que someterme al interrogatorio paterno durante unos días.

Quería llorar; no iba a hacerlo, pero joder si quería.

Debería haber acabado con el dolor.

No debería haberme sometido a esa jodida operación.

Si no lo hubiera hecho, todavía tendría la oportunidad de formar parte del equipo titular para la campaña europea de la sub-20 en junio.

La sub-20 era un gran salto con respecto a la sub-18, y yo había estado a punto de darlo, hostia.

Ahora ya no.

Si no lograba ponerme las pilas, nadie me querría.

No con un cuerpo roto.

Pasé el resto de la tarde en el gimnasio de casa, ejercitándome hasta la extenuación, desesperado por deshacerme de la horrible angustia que amenazaba con apoderarse de mí.

Ese último contratiempo fue la guinda de un año infernal.

Para ser sincero, me arrepentía de haber vuelto a clase después de las vacaciones de Navidad.

Debería haberme quedado en mi maldita cama y pedirle a mi madre que me escribiera justificantes durante tres meses por enfermedad o alguna mierda así.

Todo se había ido al infierno para mí desde entonces.

Mi cuerpo.

Mi cerebro.

Mi razón.

Estaba disperso.

En plena crisis existencial, mi mente seguía centrándose en la única persona en la que no tenía que pensar.

Shannon como el río, con esos ojos azul noche...

—Tienes un problema, Kavanagh, y voy a someterte a una intervención —la voz de Gibsie penetró mis pensamientos, lo que me hizo perder momentáneamente la concentración y casi me desnucó con la pesa de ciento treinta kilos.

—Joder —grazné, tensando los músculos justo a tiempo para evitar asfixiarme—. No te acerques sigilosamente de esa manera, pedazo de imbécil. —Levanté la vista de donde estaba para encontrar a mi mejor amigo de pie en la puerta del garaje—. Podría haberme matado.

—Sí, podrías.

Descruzando los brazos, Gibsie se acercó hasta donde yo estaba y cogió la barra. La depositó en el suelo, cogió una toalla del estante y la dejó caer sobre mi pecho antes de decir:

—No vuelvas a hacer esto solo. —Señaló la pesa con expresión de desaprobación—. Es muy irresponsable.

Hundido, dejé caer la cabeza sobre el banco y respiré entrecortadamente antes de intentar hablar.

—¿Me estás sermoneando sobre la responsabilidad? —Me reí sin aliento, cogí la toalla de mi pecho y me sequé—. No veas, el hipócrita en ti está que se sale hoy, chaval.

—No intentes persuadirme con palabrería —repuso—. Tengo planes para ti.

—No sé de qué estás hablando, Gibs. —Impulsándome, me senté y cogí aire unas pocas veces más para regular mi respiración antes de ponerme de pie—. Pero, sea lo que sea, no estoy para ello.

—Sea como sea —contestó Gibsie alegremente—, vamos a salir. —Me siguió hasta la nevera que teníamos en un rincón del gimnasio y pilló una lata de Coca-Cola—. Así que ve a cagar, a darte una ducha y a afeitarte, porque hemos quedado con los muchachos en Biddies a las ocho y media.

Abrí una botella de agua y vacié el contenido antes de responder.

—No —musité, empapado en sudor y sintiéndome como una mierda—. No vamos a salir.

Liam me llamó más de tres veces el día anterior para tratar de limar asperezas, así que esa no era la razón por la que no quería salir.

Mi problema era que estaba llegando a mi límite.

Estaba a una conversación de perder la maldita cabeza.

—Que sí, joder —respondió Gibsie—. He recibido tu mensaje sobre que el entrenador te ha mandado a casa hoy, y tengo que ser sincero contigo, tío, me alivia que empiecen a dejar de tragarse esa pantomima de «Estoy bien, no me duele».

—Guau. —Arqueé una ceja—. Muchas gracias, amigo —añadí con retintín.

—No me vengas con esa mierda —replicó—. Sabes que quiero que entres en ese equipo en junio más que nadie, pero no a riesgo de un daño permanente. —Sacudió la cabeza—. Es un precio demasiado alto que pagar.

—Tú no lo entiendes —murmuré, lamentando haberle enviado aquel mensaje para desahogarme.

—No, con toda sinceridad, probablemente no lo entiendo —admitió Gibsie—. Nunca me he comprometido con nada como tú lo estás con el rugby, pero veo lo que te estás haciendo a ti mismo. Eso sí que lo veo, Johnny.

—Sí, bueno —refunfuñé—. A menos que pueda lograr un milagro y ponerme las pilas, todo está finiquitado.

—Y eso es exactamente por lo que vas a venir conmigo —insistió—. Necesitas relajarte y dejar de pensar en el rugby. —Sonriendo, se señaló a sí mismo y dijo—: Y ¿quién mejor para ayudarte con eso?

—No sé, Gibs. —Tiré la botella vacía en una papelera cercana, me pasé una mano por el pelo y suspiré—. Estoy bastante destrozado.

Era verdad.

Yo siempre estaba agotado, pero sobre todo últimamente. Estaba dolorido de la hostia, lo cual no mejoraba mi mal humor.

—Probablemente me quede frito frente a la tele esta noche.

—Eres un puto robot, eso es lo que eres —contestó Gibsie—. Pero esta noche no.

Me puso una mano en el hombro y me empujó hacia la puerta del garaje, que estaba abierta.

—Mañana no tienes ninguna sesión matutina ni ninguna de esas gilipolleces con la Academia que te impiden disfrutar de una noche de fiesta con tus amigos.

Le dejé que me sacara del garaje por una única razón: estaba demasiado cansado para clavar los talones.

—Esta noche la vamos a pillar y... —me apretó el hombro para enfatizar y me guió hacia mi casa— vas a ser humano. Mañana podrás volver a tu robótica y aburrida vida como lavavajillas.

—Estoy demasiado dolorido —me quejé.

—Por supuesto que estás dolorido —replicó él—. No le estás dando tiempo a tu cuerpo para que sane, nunca descansas y hace meses que no tienes tema. —Guiñando un ojo, agregó—: Es hora de sacar las pelotas del hielo y ponerse la chaqueta de ligar.

—¿La chaqueta de ligar? —Una sonrisa resquebrajó mi mal humor—. ¿Qué tenemos, trece años otra vez y vamos a la discoteca para menores?

—Yo llevo mi camiseta de ligar —anunció con orgullo, flexionando los bíceps para enfatizar—. Tiene una tasa de éxito del cien por ciento.

Arqueeé una ceja.

—Probablemente porque la etiqueta pone que es para niños de doce a trece años.

—Vamos. —Gibbie sonrió ampliamente—. No te pongas celoso de mi espectacular figura.

—De tus espectaculares gilipolleces más bien.

Sacudiéndome su mano cuando llegamos a la puerta trasera, la abrí y me hice a un lado para que pasara, y luego me dirigí a mi parte favorita de la casa: la nevera.

—Ese es el plan —sentenció. Paseando por mi cocina como si fuera la suya propia, y bien podría haberlo sido por la cantidad de tiempo que pasaba en ella, se acercó a un armario y cogió una hogaza de pan rebanado y un cuchillo del cajón antes de arrastrar un taburete de la isla y hundirse en él—. Y no me vas a venir con ninguna excusa de mierda esta noche.

—¿Quién va?

—Hughie y Katie se reunirán con nosotros allí... —Hizo una pausa y luego dijo—: Y puede que Pierce y Feely se presenten.

—¿Alguna de las chicas de clase va?

—Katie —respondió Gibbie como si fuese tonto.

—Aparte de Katie —puntualicé.

A Katie la daba por hecho.

Hughie rara vez se apartaba de la chica.

—No. —Gibbie me frunció el ceño—. ¿Por qué iban a venir?

Imité su expresión de antes.

—Porque siempre aparecen, joder.

—¿Qué más da que aparezcan?

—No estoy de humor para aguantarlas.

—Quieres decir que no estás de humor para aguantar a la loca —me corrigió con una mueca.

—No, no lo estoy —respondí, hurgando en la nevera—. No quiero aguantarla este fin de semana. —Con los brazos cargados con relleno para sándwiches, me dirigí hacia la isla y lo tiré todo sobre el mármol negro de la encimera—. Necesito un descanso, Gibs.

Él negó con la cabeza y cogió el pan.

—¿Qué ha pasado? —Cogió el cuchillo y el paquete de jamón cocido y preguntó—: ¿Te ha vuelto a escribir?

—¿Cuándo no lo hace? —solté mientras cortaba lentamente un tomate—. Es un flujo constante de mensajes y llamadas.

Sin parar, joder.

Dejé de leer los mensajes de Bella hace semanas, pero aún me subía por las paredes cada vez que mi teléfono se iluminaba, porque nueve de cada diez veces era ella.

—Debes de ser jodidamente increíble en la cama —barruntó Gibbie— para que te persiga de esa manera.

—Esa no es la cuestión, Gibs —gruñí—. No es no, tío.

—Puedes cambiarte el número —sugirió.

—¿Para qué? —refunfuñé—. Encontraré la manera de conseguir el nuevo.

—Sé que siempre lo digo, pero es que tengo que repetirlo una vez más, tío. —Tras untar dos rebanadas de pan con mantequilla, Gibbie colocó una capa de queso, le puso media docena de lonchas de carne encima y luego procedió a cerrar su sándwich y metérselo en la boca antes de continuar—: Te cegaron las tetas que tiene —añadió entre enormes bocados de su biquini—. Y lo pija que es.

—Ya. —Lancé el cuchillo sobre la encimera, cubrí mi pan de manera uniforme con rodajas de tomate y luego agregué algunos trozos de pollo antes de cerrarlo—. Bueno, ya no estoy cegado —apunté. Cogí el sándwich, le di un gran mordisco, lo mastiqué y tragué antes de agregar—: Veo claramente ahora.

—Necesitas echarte novia, tío —sentenció—. Es la única forma en que vas a quitarte de encima a Bella.

—No quiero novia —dije entre dientes—. Estoy demasiado ocupado para tener novia, joder, Gibsie. Tú lo sabes.

—¿Ni siquiera la pequeña Shannon? —soltó con una sonrisa.

Me dio un vuelco el corazón al escuchar su nombre.

Joder...

—¿Qué te dije sobre ella? —espeté, arrojando el resto del sándwich en el plato, ya sin apetito—. ¿Qué narices llevo diciéndote los últimos dos meses?

—No es lo que dices —replicó con una risita—. Es cómo te comportas.

—No voy a entrar en eso —gruñí—. Te lo he dicho mil veces, joder.

—Y puedes decirlo mil más —contestó Gibsie con una carcajada— que seguiré sin creerte.

La hostia.

—Te gusta la chica —continuó provocándome—. Tal vez incluso la quiiiiiiiiii...

—Si acepto ir a Biddies, ¿dejarás el tema? —pregunté, desesperado por acallararlo antes de que se desatara por completo y me volviera loco—. ¿Lo dejarás correr?

Mi mejor amigo asintió con entusiasmo.

—Del todo.

—Vale —suspiré derrotado y me dirigí hacia la puerta—. Voy a darme una ducha.

—¡Buen chico! —gritó Gibsie—. Pediré un taxi.

Me volví para mirarlo.

—Puedo conducir...

—No, no puedes —me interrumpió, con el móvil en la oreja—. Vamos a pillarla. Los dos.

Abatido, me di la vuelta y me dirigí a mi habitación.

Gibsie de los cojones.

NOS LAS APAÑAREMOS

Shannon

—¿Cómo tienes la cara, Shan? —me preguntó Joey cuando entré en la cocina un poco después de medianoche.

Él y Aoife estaban sentados a la mesa con tazas de café frente a ellos y tenían la misma mirada de preocupación los dos.

—Joder —murmuró, estremeciéndose al verme.

—Estoy bien, Joe. —Forcé una sonrisa para consolarlo—. Parece peor de lo que es.

Era mentira.

Mi cara me estaba matando.

Me dolía cada centímetro del cuerpo.

Estaba cubierta de moretones de pies a cabeza.

Afortunadamente, la única evidencia visible de la noche anterior era un pequeño cardenal en el pómulo.

Era el resto de mi cuerpo el que se había llevado la peor parte de su rabia.

Lo único que me salvaba era que hacía frío y podía ocultar mis moretones con pantalones de chándal holgados y camisetas de manga larga.

Sin embargo, mi mentira no pareció consolar a mi hermano.

Se limitó a quedarse mirándome, con aspecto descompuesto y derrotado.

—Joder, Shan, lo siento tanto... —soltó, dejando caer la cabeza entre sus manos—. Debería haber estado aquí.

Joey había ido al cine con Aoife la noche anterior, y yo me alegraba.

Si hubiera estado conmigo, sabía bien que alguien habría dejado esta casa en una bolsa para cadáveres.

—No es culpa tuya —dije bruscamente—. Nada de lo que pasó anoche fue culpa tuya. Tienes derecho a tener una vida, Joey.

—¿Has conseguido que Sean se durmiera? —preguntó Aoife, sonriéndome con tristeza mientras, por suerte, cambiaba de tema.

—Por fin —suspiré pesadamente—. Tadhg y Ollie están fuera de combate. Pero Sean... Uf, está fatal por mi madre. —Me pasé el alborotado pelo por detrás de las orejas y me apoyé contra la encimera de la cocina—. Ha estado llorando a moco tendido durante horas. Hasta que ha acabado durmiéndose.

—Malditos cabrones —masculló Joey.

—Joey —lo regañó Aoife—. No digas eso.

—¿Decir qué, nena? —repuso acaloradamente—. ¿La verdad? Porque eso es lo que son. Un puñado de cabrones, joder.

—Sigue siendo tu madre —afirmó Aoife con tristeza.

—Y es peor que él —replicó mi hermano— por dejar a esos críos aquí solos. —Se pasó una mano por el pelo rubio y gruñó—: Podría coger el teléfono y hablar con ellos, pero no, como siempre, huye y esconde la cabeza debajo del ala.

A diferencia de Aoife, a mí no me afectaban las palabras de mi hermano.

Puede que sonasen duras, pero no contenían nada más que la verdad.

Aoife estaba enamorada de mi hermano, así que supuse que eso explicaba la expresión de horror en su rostro y la forma en que le acariciaba con los dedos el dorso de la mano sin parar.

—Veamos cuánto tenemos —dijo Joey con un suspiro.

Se metió la mano en el bolsillo de los tejanos, sacó la cartera y la lanzó sobre la mesa para luego volver a rebuscar el cambio que le repiqueteaba por ahí.

—No vuelvo a cobrar hasta el próximo jueves —murmuró, más para sí mismo que para nosotras, mientras volcaba el contenido de su cartera sobre la mesa y comenzaba a contar—. Lo que nos deja exactamente con... —hizo una pausa para apilar algunas monedas— ochenta y siete euros con treinta céntimos para los próximos seis días.

—Eso es bueno, ¿verdad? —observó Aoife con optimismo forzado.

Joey asintió con cautela.

—Debería bastar.

—Sabes que ayudaría si pudiera —comenté con voz ronca, sintiéndome como un lastre colgado del cuello de mi hermano—. Pero papá no me dejará buscar trabajo...

—Para —me ordenó Joey—. Ni se te ocurra asumir la culpa de esto, Shan.

Pero lo hacía.

Me sentía increíblemente culpable.

Había algo en mí que causaba todo ese dolor.

Si no viviera en esa casa, estaba bastante segura de que mi familia no tendría la mitad de los problemas que tenía.

Mi padre le dio una paliza a mi madre por mi culpa.

Porque me odiaba.

Yo era el problema.

Joey suspiró pesadamente.

—Revisa la nevera por mí.

A regañadientes, hice lo que me pidió.

Abrí la nevera de un tirón y sostuve la puerta para que Joey lo viera por sí mismo.

—Malditos cabrones —gruñó una vez más, observando los estantes de la nevera, que estaban casi vacíos.

—Los armarios están igual —decidí añadir antes de que me pidiera que los abriera también—. Mamá suele hacer la compra los sábados.

—Suele —dijo Joey con amargura.

—Ella no se iría así, Joe —susurré—. Jamás nos dejaría sin comida.

—Pues lo ha hecho —espetó—. Y estamos de maravilla, Shan. Nos las arreglaremos.

—Vale —grazné.

Joey se pasó una mano por el pelo, plantó los codos sobre la mesa y murmuró unas palabrotas incoherentes para sí mismo antes de decir:

—Llamaré a Mark por la mañana. Tiene trabajo en el conservatorio de la ciudad la próxima semana. Le preguntaré si necesita a alguien.

—De ninguna manera, Joey. No puedes faltar a clase —le advirtió Aoife—. Son los exámenes de acceso a la universidad.

—No, nena —respondió Joey con cansancio—. No puedo dejar que los niños pasen hambre, y quién sabe cuándo volverá esa perra.

—Yo puedo ayudarte con...

—No voy a aceptar tu dinero, Aoife —la interrumpió Joey—. Así que, por favor, no te ofrezcas.

—Joey, quiero ayudarte.

—Y yo te quiero por eso, pero no aceptaré limosnas de mi novia.

—¿Sabes dónde está? —intervino Aoife entonces, que me dirigió a mí la pregunta.

Estaba claramente desesperada por ayudar a mi hermano y no sabía cómo.

Quería decirle que no podía, que nos habían hecho demasiado daño, pero me mordí la lengua y contesté a su pregunta:

—Supongo que ha ido a buscarlo.

Era un pensamiento deprimente, pero lo más probable era que fuera verdad.

—Chicos —dijo Aoife con nerviosismo—. No os enfadéis conmigo por esto, pero ¿no deberíais llamar a las autoridades?

Joey la miró boquiabierto, como si le hubieran crecido tres cabezas.

El pánico me estalló en el pecho.

Aoife, al darse cuenta de nuestras reacciones, se puso rojísima.

—Él no puede seguir haciéndote esto —se apresuró a explicarse—. Y vosotros estáis aquí solos cuidando a tres niños pequeños... No es lo correcto ni justo para ninguno de los dos.

—No, no es lo correcto ni justo para nosotros —increpó Joey—. Pero Shannon y yo ya hemos pasado por eso antes y ni de coña vamos a volver a hacerlo, hostia ya.

—¡Joey! —lo reprendí, sacudiendo la cabeza.

—Míranos, Shan —se quejó—. Hasta ella ve lo jodidos que estamos.

Lo sabía, pero seguí negando con la cabeza.

Ignorando mis protestas silenciosas, Joey se puso a despotricar por completo, revelando nuestro mayor miedo, el que nos había mantenido en silencio la mayor parte de nuestra vida.

—Cuando éramos pequeños, antes de que nacieran los niños, cuando solo estábamos Darren, Shannon y yo, nos pusieron a los tres bajo tutela durante seis meses.

Aoife abrió los ojos como platos y yo ahogué un gemido.

—No me lo habías contado.

—No es algo de lo que vaya hablando, nena —replicó Joey bruscamente—. Además, solo tenía seis años por entonces. —Hizo un gesto con la cabeza hacia mí y añadió—: Shan solo tenía tres años. Mi madre nos puso bajo tutela voluntariamente; dijo que estaba demasiado enferma para cuidarnos en ese momento. Nos dejó allí y se piró tan pancha. Shannon y yo tuvimos suerte. Nos acogió a los dos juntos una buena familia. —Suspirando con fuerza, agregó—: Darren tenía once años por entonces y no tuvo tanta suerte.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, porque sabía lo que Joey iba a contar a continuación.

—Joe, por favor, no lo hagas —supliqué.

—Lo enviaron a un hogar de acogida donde le pasaron cosas. —Se le quebró la voz—. Cosas que no deberían pasarle a un niño.

Aoife se tapó la boca con una mano.

—Estás diciendo que...

Joey asintió rígidamente.

A Aoife se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, cariño.

—No —susurró mi hermano, sacudiendo la cabeza—. No me pasó a mí.

—Lo sé —gimió Aoife, que le cogió la mano—. Yo solo... Es horrible.

—De todos modos, cuando la salud de mi madre mejoró, fue al juzgado y logró recuperarnos —se apresuró a decir—. Todo lo que pasó en el hogar de acogida salió a la luz allí, y como nos había entregado voluntariamente debido a supuestos problemas de salud, recuperó la custodia de alguna manera. —Joey se miró las manos entrelazadas durante un buen rato antes de continuar—: Darren nunca volvió a ser el mismo, y tampoco nuestro padre.

Suspirando con cansancio, puntualizó:

—En realidad, no era tan mal tipo antes de eso. Pero después de que todo lo que le pasó a Darren saliera a la luz, el viejo perdió la jodida cabeza. No pudo superarlo y se dio a la bebida. Se le metió en la mollera la ridícula idea de mierda de que lo que le había pasado a Darren lo había cambiado de alguna manera.

Joey hizo un gesto de negación y soltó un suspiro de frustración.

—Si nos hubiera prestado una jodida pizca de atención mientras crecíamos, lo habría sabido.

—No sé qué decir —murmuró Aoife, mirándonos a mí y luego a Joey.

—Lo que pasa en esta casa no es lo correcto, pero es mejor que lo que sucede en algunas de esas casas —afirmó Joey—. Ni de coña voy a dejar que pongan a mi hermana y mis hermanos bajo tutela, nena. Es que ni de puta broma. Al menos cuando están aquí, están todos en el mismo lugar y puedo mantenerlos algo seguros.

—¿Tenéis a alguien a quien llamar? —preguntó ella, con los ojos llenos de preocupación—. ¿Un pariente o algún amigo de la familia?

—La tata tiene ochenta y un años —expuse en un murmullo, secándome las lágrimas—. Está demasiado mayor y débil para...

—Shannon y yo nos tenemos el uno al otro —me interrumpió Joey, gesticulando con un dedo entre nosotros—. Eso es todo.

—Ya no —le dijo Aoife a mi hermano—. Me tienes a mí. —Estirándose sobre la mesa, le cubrió una mano con la suya y esbozó una ligera sonrisa—. Todos vosotros.

Los hombros de Joey se hundieron visiblemente cuando ella levantó la mano y se besó los nudillos.

—Joder, cómo te quiero —le dijo, en voz baja y con brusquedad.

Me di la vuelta porque era demasiado duro de ver.

Yo quería a Aoife Molloy.

La quería de veras como a una hermana.

Pero también estaba resentida con ella.

Porque sabía exactamente lo atractivo que era el amor incondicional, el afecto y la seguridad para alguien como Joey.

También para mí.

Y porque, en lo más profundo de mi alma, sabía exactamente cómo acabaría aquello.

Ella le daba a Joey una forma de amor que le había sido negada toda la vida.

Y si esa chica se marchaba, él se marcharía con ella.

No lo culpaba.

Si yo tuviera la oportunidad, también me marcharía.

Pero saber que su tiempo en esa casa estaba llegando a su fin me cortaba la respiración.

Casi podía ver llegar el momento, avanzando por las vías como un tren de carga.

Nuestro padre volvería.

Siempre regresaba.

Y, sinceramente, no podía imaginar a mi hermano quedándose cuando eso ocurriera.

Había soportado dieciocho años de palizas y abusos.

No estaba segura de que pudiera aguantar mucho más.

—¡Bueno! —Aoife dio una palmada y se levantó. Sorbiendo por la nariz, se secó las lágrimas de las mejillas y forzó una radiante sonrisa—. Me muero de hambre y sé que vosotros también. Por lo tanto, voy a pillar algo de comer, y yo invito.

Joe sacudió la cabeza.

—Aoife, te he dicho que...

—Que yo invito, cariño —lo interrumpió, mirando a mi hermano con dureza—. Bueno, ¿vienes conmigo?

—Claro que voy —murmuró Joey, poniéndose de pie—. No vas a ir sola por la ciudad en plena noche.

—¿Estarás bien quedándote sola, Shan? —preguntó Aoife, sonriendo con tristeza.

Asentí.

—Estaré bien.

—¿Qué te gustaría cenar?

—Nada, gracias —respondí, forzando un bostezo—. Me voy a ir a la cama.

—¿No me digas que eres tan terca como tu hermano y no aceptarás una maldita bolsa de patatas fritas? —increpó Aoife—. Estás demasiado flaca, niña —añadió, con la preocupación reflejada en los ojos de nuevo—. Tenemos que poner algo de chicha en esos huesos.

Sonreí ante su turbación.

—La verdad es que estoy demasiado cansada para comer.

—¿Estás segura? —No parecía convencida.

—Sí.

—¡No tardaremos mucho, Shan! —gritó Joey por encima del hombro mientras guiaba a Aoife fuera de la cocina.

—Id tranquilos —contesté, también en voz alta—. Los chicos están bien y yo estaré en la cama.

Esperé hasta que escuché que echaban la llave antes de dirigirme a la cama de puntillas.

Deslizándome en mi habitación, no me molesté en encender la luz.

No había mentido cuando había dicho que estaba cansada.

Me subí a la cama, me arrastré debajo del edredón y me acurruqué, sabiendo que dormiría como no lo había hecho en meses ahora que mis padres se habían ido.

Así de jodida estaba mi vida.

CHAVALAS CRUELES Y ALIENTO DE HAMBURGUESA

Johnny

En el momento en que puse un pie en Biddies, supe que había cometido un terrible error.

Rectifico: en el momento en que dejé que Gibsie abriera la botella de whisky de mi padre, supe que había cometido un terrible error.

Después de la ducha, traté de convencerlo para que se tomara unas copas conmigo en casa en lugar de salir, pero el whisky me ablandó.

Me convirtió en un imbécil dócil de narices.

Así fue exactamente como Gibsie se las había arreglado para sacarme de mi mal humor, hacer que me pusiera lo que él llamaba mi «chaqueta de ligar» y me sentara en el asiento del copiloto de su coche.

«Debería haberme dado cuenta cuando no bebí conmigo».

«Cabrón».

Suministrarme Jameson era la razón por la que estaba en ese momento de pie en la puerta de Biddies, con tres copas de más y deseando estar en cualquier otro lugar que no fuera ese maldito pub.

No solo estaban dentro la mitad de las chicas de segundo de bachillerato.

Sino que también estaba Bella.

En cuanto nos vio, cogió a un Cormac que parecía nervioso y pegó su cara a la de él.

Cualquier atisbo de entusiasmo que hubiese albergado de que esa noche fuera algo divertida salió volando por la ventana al verla.

No tanto porque se estuviese enrollando con Cormac delante de mí, aunque eso no ayudó, sino porque todavía estaba que echaba chispas por la forma en que se había comportado en el instituto el día anterior.

Yo solo quería que se largara.

Que se fuera y me dejara en paz.

Para ser sincero, no pensaba que fuera mucho pedir.

—Ignóralos —murmuró Gibsie en mi oído.

—Un poco difícil, dadas las circunstancias —le respondí, señalando hacia donde mi antigua lo que demonios fuera le devoraba la cara a mi ala a menos de tres metros de mí.

—Comprensible —asintió Gibs—. Al menos sabes que está dando el espectáculo por ti.

—No lo quiero. Quiero que se vaya a la mierda —bramé, reprimiendo un escalofrío al mirarlos—. Por favor, dime que nunca me comporté así con ella.

—Bueno, no sé cómo te comportaste tras las puertas del coche —repuso Gibs—. Pero en público nunca has caído tan bajo.

—Menos mal —mascullé.

—Vamos, Johnny. —Con una mano en mi hombro, Gibsie me condujo hacia la mesa se siempre—. Siéntate. Traeré una ronda de pintas.

—Vodka, Gibs —le indiqué, sabiendo que iba a necesitar algo muchísimo más fuerte que la cerveza de barril para pasar la noche—. Un vodka doble y un Red Bull, y un montón de chupitos.

A la mierda mantenerse sobrio.

Iba a darlo todo.

Gibsie podía cuidar de mí por una vez.

—Enseguida, colega —se rio antes de desaparecer entre la multitud.

Ignorando a las chicas de clase que se habían colocado convenientemente en la mesa contigua a la nuestra, una mesa que incluía a Bella y Cormac, me desplomé junto a Hughie y su novia, Katie Wilmot.

—Hughie —murmuré a modo de saludo.

Observé la botella de 7up con una pajita sobresaliendo del borde que la novia de Hughie tenía en las manos e hice una mueca con los labios.

—¿Qué hay, capi? —me saludó él con una ligera sonrisa—. ¿Cómo ha ido el entrenamiento?

Gruñí a modo de respuesta, demasiado dolorido e incómodo para hacer el esfuerzo de mentir.

Había sido una mierda.

Todo era una mierda.

Mi mundo se iba a la mierda.

Y el espectáculo de esa noche fue la guinda del pastel.

—¿Feely sale esta noche?

Hughie negó con la cabeza.

—No, tío. Le ha surgido algo.

—Menuda novedad —respondí con toda la intención.

—Qué me vas a contar —asintió Hughie con un suspiro de cansancio.

Patrick era un chaval reservado, y aunque éramos amigos desde hacía siete años, no sabía mucho sobre él aparte del hecho de que era esquivo, callado y tenía tendencia a desmarcarse de los planes en el último minuto.

Después de ponerme al día con Hughie, ladeé la cabeza hacia la guapa y pequeña pelirroja encogida en su costado.

—Katie.

—Hola, Johnny —dijo ella con una sonrisa tímida mientras se acurrucaba bajo el brazo de Hughie.

«Joder, no me extraña que te acurruques», pensé para mis adentros.

Yo también lo haría si fuera una chica tímida de dieciséis años víctima de las tremendas mierdas que echaban por la boca en la otra mesa.

Katie era demasiado joven para estar en un bar, todos lo éramos, pero mi amigo merecía un aplauso por tener la decencia de no emborracharla.

Tampoco se me pasó por la cabeza que fuese a hacerlo.

Por alguna razón que desconocía, Hughie estaba obsesionado con la diminuta pelirroja que tenía bajo el brazo.

Lo estaba desde que la chica atravesó las puertas de Tommen como una jovencita de primero.

Estábamos en segundo cuando Hughie le tiró la caña a Katie Wilmot.

En aquel momento pensé, al igual que nuestros amigos y compañeros de equipo, que Hughie estaba pirado y le había dicho lo que pensaba con regularidad.

Pero ahora, la edad y la experiencia me habían hecho admitir que su situación parecía muchísimo más atractiva que la mía.

Seguro que la devoción era más agradable que sentirse usado.

—Estás guapa esta noche, Katie —le dije, porque era la verdad y era una persona insegura.

Conocía ese dato porque su novio a menudo me contaba cómo les iba.

Probablemente sabía mucho más sobre su relación de lo que le gustaría a Katie, pero me llevaría esos detalles a la tumba.

Ella sonrió tímidamente y se acercó aún más a Hughie.

—Gracias.

Él me lanzó una mirada de agradecimiento.

Gibbie rodeó la mesa unos instantes después, distrayéndome con una bandeja repleta de vasos.

—Salud, capi —exclamó, plantando la bandeja frente a mí.

—Salud.

Sin molestarme en preguntar qué había esa noche, porque con mi estado de ánimo habría bebido hasta gasolina, cogí dos vasos de chupito de la bandeja y me los tragué.

Y luego, por si fuera poco, me metí otros cuatro antes de pasarme al vodka con Red Bull.

Lo necesitaba, porque el numerito que estaba teniendo lugar en la mesa contigua a la nuestra no era divertido.

Por suerte, Gibb se dejó caer sobre el taburete frente a mí y me tapó la visión.

—Soy una mejor vista —sentenció con un guiño, y luego procedió a darle a los chupitos como si no hubiese un mañana.

Siempre podría confiar en ese cabronazo.

Granizara, lloviera o nevara, Gibbie me cubría las espaldas.

Eso me reconfortaba.

—Ryan es un payaso —dijo Hughie en voz alta, como si me leyera el pensamiento—. Bella está haciendo esto a propósito para sacarte de quicio, y él se está dejando utilizar.

—Tuviste suerte de escapar, Johnny —apuntó Katie con una sonrisa comprensiva.

Me encogí de hombros y tomé otro chupito.

—Puede hacer lo que le dé la gana. —Me llevé el vaso a los labios, me lo vacié en la boca y tragué rápidamente—. Los dos pueden.

Lo decía en serio.

No quería volver con ella.

Nunca volvería con ella.

Pero eso no significaba que aquello fuera fácil de presenciar.

Porque no lo era.

Era un ataque intencional y dolía.

Sobre todo porque Cormac le seguía la corriente.

—Sí, pero que te lo restrieguen por la cara de esta manera es repugnante —respondió Katie, frunciendo el ceño a la pareja—. Si ella estuviera en su lugar y se lo hicieras con una de sus amigas delante, se volvería loca.

—Cierto —coincidieron Gibs y Hughie al unísono.

Durante el siguiente par de horas, ignoré a Bella y Cormac, centrando mi atención en mis amigos y la banda que tocaba en un rincón del bar.

Traté de relajarme y soltarme uniéndome a la conversación, mientras daba un trago tras otro, pero no me resultaba fácil.

Estaba demasiado estresado.

Cuando no estaba tratando activamente de ignorar a Bella y Cormac, mi mente regresaba a aquella preocupación en la que me esforzaba tanto para no pensar.

Mi salud.

El problema era que el alcohol que corría por mis venas me impedía bloquear mis miedos.

¿Qué pasaría si no lograba ponerme las pilas?

¿Qué pasaría si mi cuerpo no se curaba?

¿Qué cojones se suponía que debía hacer con mi vida?

Guardaba con celo cada concepto que alguna vez hubiese considerado el embrión de una carrera en el rugby.

En ese momento, se estaban desmoronando todos y yo era incapaz de detenerlo.

En otras palabras, estaba completamente indefenso y jodidísimo.

—Bueno, gente, la siguiente canción es de Reckless Kelly —anunció el cantante principal por el micrófono, distrayéndome de mis pensamientos ebrios. Rasgó la guitarra y luego añadió—: «Wicked Twisted Road».

Me saqué el móvil del bolsillo de los tejanos para escribir un mensaje rápido, con la esperanza de estar poniendo el nombre de la canción correctamente, antes de salir de la aplicación y dejar el mensaje en borradores.

Con el móvil en las manos, reflexioné sobre lo que haría si tuviera el número de teléfono de Shannon.

Suerte que no lo tenía.

Jamás en mi vida había sido partidario de llamar estando borracho, pero en ese momento sentía el implacable impulso de marcar ese número que no tenía.

¿Contestaría la llamada?

Si lo hiciera, ¿qué le diría?

¿Me hablaría?

Joder, quería escuchar su voz al otro lado de la línea.

«Esta chica es diferente —cantó mi estúpido cerebro de mierda—. Esta es para siempre».

Quería estar en mi habitación, con el móvil pegado al oído, escuchándola balbucear mientras me contaba cada uno de sus pensamientos.

Quería volver a estar allí con ella, verla sonrojarse y sonreír mientras me lanzaba miraditas con esas largas y espesas pestañas.

Quería estar sentado en la oscuridad de aquel cine con ella, sin prestar atención a la película, mientras la observaba de reojo y me consumía cuando la descubría mirándome.

Solo la quería a ella.

«Podrías querer a esta chica el resto de tu vida —seguía divagando mi cerebro una y otra vez—, si te lo permitieras».

Un fuerte codazo en las costillas hizo que levantara la cabeza bruscamente.

—¿Qué coño? —Dirigí una mirada asesina a Hughie, molesto por haberme distraído de mi lugar feliz—. ¿A qué ha venido eso?

—Tenemos compañía —murmuró, inclinando la cabeza.

—Ay, madre, allá vamos —musitó Katie.

Con la mirada turbia, seguí su indicación y vi a Cormac Ryan justo cuando rodeaba nuestra mesa, con la cara sonrojada y pintalabios corrido por toda la boca.

Pegada a él estaba Bella, con cara de engreída.

—¿Qué hay, tíos? —saludó Cormac, metiéndose las manos en los bolsillos—. ¿Cómo va?

Recostándome en mi asiento, los miré a ambos, impasible.

Hughie saludó con la cabeza a Cormac con rigidez, pero no hizo ningún ademán de entablar conversación con él.

Katie ni siquiera lo miró.

Gibbie sí lo estaba mirando; una expresión feroz había reemplazado su habitual sonrisa ladeada.

—Johnny. —Cormac posó en mí una mirada cautelosa—. ¿Puedo hablar contigo, tío?

Me tomé mi tiempo para mirarlo de arriba abajo antes de decidirme a responder:

—Si eso es de lo que quieres hablar conmigo... —Hice un gesto hacia Bella, que estaba de pie detrás de él con una sonrisa de satisfacción—, entonces no hace falta. Tu comportamiento esta noche ha hablado por ti claramente.

—Escucha, Johnny, no quiero problemas —contestó Cormac, pasándose con frustración una mano por la mata de pelo negro—. Solo quería aclarar las cosas y asegurarme de que no hay rencor entre nosotros. —Encogiéndose de hombros, agregó—: Tenemos que jugar juntos y no quiero malos rollos.

—El margen de tiempo para hablarme de eso fue hace meses —respondí en tono seco—. Y considerando que jugábamos juntos cuando decidiste clavármela, me cuesta creerlo.

—No fue así, tío —replicó Cormac, nervioso—. Pensaba que ya no estabais juntos en ese momento.

—La verdad es que no me importa —le dije—. Por lo que a mí respecta, Bella es tu problema ahora.

—Johnny, venga ya...

—Pírate ya —lo interrumpí, echándolo con un gesto de la mano—. Y buena suerte con esa —le lancé a Bella una mirada mordaz—, porque la vas a necesitar.

—¿Esa? —escupió ella—. ¿De quién demonios te crees que estás hablando, Johnny Kavanagh?

—Estoy hablando de ti —le contesté con todo el desprecio—. Y me pregunto qué narices se me pasó por la cabeza para meter el rabo dentro de

algo tan jodidamente venenoso.

Un coro de risitas estalló alrededor de la mesa junto a nosotros.

Gibbie se rio a carcajadas.

También Hughie y Katie.

Me habría sentido mal por el comentario, pero el alcohol que corría por mis venas era como el suero de la verdad.

—¡Sí, bueno, fuiste un mierda total! —me gritó Bella—. Y no volveré a tocarte jamás.

—Menos mal, hostia —repuse sarcásticamente—. Es la mejor noticia que he escuchado en todo el año.

—Oye, ¡no te pases! —me advirtió Cormac, adoptando una actitud protectora frente a ella—. Bella es mi novia ahora, y no permitiré que le hables así.

Arqueeé una ceja.

—¿Tu novia?

—Así es —siseó Bella, sonriendo—. Soy su novia.

—Ay, madre. —Me pasé una mano por la cara y gemí—. Casi siento lástima por ti, Ryan, porque claramente no tienes idea de con quién estás tratando.

—Sé exactamente quién eres, Kavanagh —gruñó—. Lo sé todo sobre ti.

—Yo no, imbécil —ladré—. ¡Ella!

Cormac me fulminó con la mirada y se puso muy rojo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que no le quites el ojo a tus compañeros de equipo, chaval —le respondí—. Porque esa no tiene madera de novia.

Entrecerró los ojos.

—Ven fuera y dime eso a la cara.

—Te lo estoy diciendo aquí mismo —dije inexpresivamente—. A la cara.

—Con una mesa frente a ti y tus amigos al lado —me provocó—. Menudo gallito. Sal y háblame mal de ella a la cara.

—No —contestó Gibbie por mí, cogiendo otro vaso—. Eso no va a pasar. Así que ya puedes seguir tu camino, judas, porque no va a picar.

—Que te den, Gibs. —Cormac lo fulminó con la mirada—. No estaba hablando contigo.

—Tal vez no —admitió Gibs, tomándose el chupito—. Pero yo sí estoy hablando contigo. —Empujó su taburete hacia atrás, se puso de pie y se

enfrentó a Cormac—. Ahora date la vuelta y lleva a tu novieta de vuelta al agujero del que salisteis los dos.

—¿O qué? —rugió Cormac, plantando su frente contra la de Gibsie.

Qué cagada por parte de Ryan.

—No tengo ningún contrato pendiendo sobre mi cabeza como él, gilipollas —soltó Gibsie, empujándolo hacia atrás con la frente—. No tengo ningún maldito problema en meterme por Kav y darte una paliza de la hostia, traidor.

Con más de metro ochenta, ambos muchachos tenían la misma altura, Gibsie superaba en peso a Cormac por unos buenos trece kilos, y este era un corredor hábil, pero Gibs era un ariete más que contundente.

—Ay, venga ya, joder —se quejó Hughie, expresando mis pensamientos en voz alta—. Tenía que provocarlo.

—Sí —asintió Katie con tristeza—. Era de esperar.

Gibsie era de naturaleza tranquila, pero le dabas un par de copas y un motivo para pelear y se liaba.

—No tengo ningún problema contigo, Gibsie —ladró Cormac—. Sino con Kavanagh.

—Pues es una lástima, porque yo tengo un maldito problema contigo —masculló Gibsie—. ¿Quién cojones te crees que eres para venir aquí con ella buscando pelea?

—Quería aclarar las cosas —soltó Cormac, con la mandíbula tensa.

—No, querías provocarlo —lo corrigió Gibsie, cabreado—. Querías joderle la temporada. —Empujó a Cormac en el pecho y avanzó hacia él cuando este se tambaleó hacia atrás—. Porque eres un cabroncete celoso y la Academia no te quiere.

—Empújame otra vez y te rompo las piernas —gruñó Cormac, devolviéndole el empujón a Gibsie.

Sin inmutarse por la amenaza, Gibsie continuó desenfrenado.

—Tú y esa perra queríais pasarle por encima porque él no quiere saber nada de ella, y no puedes hacerlo donde de verdad importa. —Presionando su frente contra la de Cormac, siseó—: En el campo.

—¡Chavales, no queremos problemas aquí esta noche! —gritó la camarera por encima de la multitud—. ¡Parad ya!

—¿Problemas? —rio Gibsie con sorna, y luego levantó un puño y le pegó a Cormac directamente en la mandíbula—. Voy a arrancarle la cabeza a este

hijo de puta —rugió, abalanzándose sobre él.

Varios gritos agudos surgieron de las chicas a nuestro alrededor cuando ambos muchachos aterrizaron en una mesa cercana, derribando algunas sillas y vasos que se estrellaron contra el suelo.

Me levanté de mi asiento y me acerqué a mi amigo en un segundo.

—¡Gibs! —bramé, arrastrándolo lejos de Cormac, que había recibido algunos puñetazos.

—Déjalo estar, tío —le ordené en voz baja mientras le ponía una mano en el hombro y lo atraía hacia mí—. Esto no va contigo.

—Joder que no —gruñó, lanzándose hacia delante con tanta fuerza que tuve que redoblar mis esfuerzos para mantenerlo a raya—. Eres mi mejor amigo y este imbécil lleva meses faltándote al respeto.

—Déjalo —insistí con calma, mirando a Hughie y haciéndole un gesto para que se acercara inmediatamente—. No me importa, y a ti tampoco.

—Oh, sí que me importa —repuso Gibsie, con la mirada fija en Cormac.

—Quítame a este pirado de encima o lo mataré —estalló este con rabia, limpiándose un rastro de sangre de la boca—. Eres un maldito chalado, Gerard Gibson.

—No harás nada —le advertí, fulminando a Cormac con la mirada, mientras me ponía frente a Gibsie en posición protectora.

—¡No me hagáis llamar a la Gardaí! —chilló la señora tras la barra—. Panda de imbéciles.

—No será necesario, Mags —aseguró Hughie, corriendo a interceptar el puño de Gibsie con la mano.

—Llévatelo de aquí —ordené, arrastrando a Gibsie una vez más.

—¿A tu casa? —preguntó Hughie.

—Adonde sea. —Me pasé una mano por el pelo con exasperación—. Mantenlo a salvo y ya.

Hughie asintió y dirigió su atención a Gibsie.

—Vamos, Rocky Balboa —dijo alegremente—. Antes de que nos metas a todos en el cuartel para pasar la noche.

—Él se lo ha buscado —balbuceó Gibsie—. Pedazo de mierda.

—Lo sé, tío —lo apoyó Hughie—. Vamos.

Inmovilizó a Gibsie usando todo su cuerpo y, a la fuerza, lo sacó de espaldas del bar.

—¿Vienes, Johnny? —preguntó Katie, paseando la mirada nerviosamente entre Cormac y yo.

—Estaré bien —afirmé y me volví hacia Cormac.

—¿Estás seguro? —insistió ella—. Deberías venir con nosotros...

—Vete, Katie —le pedí, dándome la vuelta para mirarla—. Volveré por mi cuenta a casa.

—Si insistes...

—Sí.

Esperé hasta que Katie hubo seguido a Hughie y Gibsie fuera del bar antes de volverme hacia Cormac.

—¿Quieres hablar conmigo? —gruñí, señalando hacia la puerta—. Pues vamos.

Sin esperar una respuesta, me abrí paso a través del abarrotado bar hacia la salida, entre palmadas en los hombros y rollos como «Gran partido, Johnny» o «Espero verte de verde en junio» mientras hacía lo posible por caminar en línea recta.

«Difícil —pensé para mis adentros—. Muy pero que muy difícil, joder».

Cuando llegué a la puerta del pub y salí a la calle, me sentí aliviado de no encontrar a los muchachos esperándome fuera.

Unos minutos más tarde, la puerta se abrió y salió Cormac.

—Ella no —ladré, señalando con un dedo a Bella, que salió detrás de él—. Que no se me acerque, joder.

—Es un país libre —respondió Bella, fulminándome con la mirada—. Puedo ir adonde quiera.

—O se va ella o me voy yo —me dirigí, rabioso, a Cormac—. Tú eliges.

Bella abrió la boca para decir algo más, algo malintencionado sin duda, pero Cormac habló primero.

—Vuelve adentro —le pidió—. No tardaré mucho.

—Pero yo...

—Necesito hablar con él —insistió Cormac—. Entra.

De muy mala gana, Bella volvió adentro, dejándome solo en la calle con Cormac.

—Bueno —gruñó, estirando los hombros—. Vamos allá, Kavanagh.

Arqueeé una ceja, divertido ante la postura de combate que Ryan había adoptado.

Si pensaba que iba a tirar mi carrera por la borda dándole un puñetazo por Bella, estaba muy equivocado.

Por Shannon, sin dudarlo, pero ¿por Bella? De ninguna manera.

—Baja los puños, pedazo de imbécil —le ladré—. No voy a tocarte.

Me observó durante varios segundos, con los ojos llenos de recelo, sin duda esperando a que saltara.

Fue casi cómico.

Casi.

—Lo creas o no, Johnny —dijo finalmente, rompiendo la tensión—, intentaba de veras enfriar los ánimos entre nosotros.

—¿Cuando estamos los dos como una cuba?

—Tienes razón —concedió—. Pero no quería que pasara esto.

—¿No querías que pasara qué exactamente? —pregunté, apoyando un hombro contra la pared del bar para mantener el equilibrio—. ¿No querías jugármela, o no querías pegarle a mi mejor amigo y a tu compañero de equipo?

El aire de la noche me había sentado como una maldita patada en el estómago y sabía muy bien que si no me apoyaba en la pared, me ladearía como la torre de Pisa.

—Gibs me ha pegado primero —espetó Cormac, y luego levantó las manos—. Se me echó encima.

—Porque tú te me has echado encima a mí —repliqué con calma—. Porque te han dicho que te fueras y no lo has hecho, y porque soy su capitán y eso significa algo para él.

Cormac hizo una mueca ante mis palabras.

Bien.

El cabronazo tenía que sentir las.

—Y no fue mi intención jugártela —añadió, con las mejillas enrojecidas—. Pensaba que ya no estabais juntos. Joder, me gusta mucho la chica, Johnny, siempre me ha gustado.

—Entonces lo único que tenías que hacer era coger el teléfono —repuse, arrastrando las palabras a pesar de mis esfuerzos— y preguntármelo directamente.

—Debería haberlo hecho —admitió al final.

—¿Sabes qué es lo peor? —reflexioné, pensando en voz alta—. Que si me hubieras dicho que te gustaba, me habría apartado. —Me crucé de

brazos y lo miré—. Te habría respetado a saco por portarte como un hombre al respecto, y me habría alejado. Bella y yo nunca hemos ido en serio. Yo no tenía ninguna relación con ella. Pero sí la tenía contigo. Y me traicionaste.

—Capi...

—No, cállate y déjame acabar. —Suspiré con fuerza y dije—: No es que ella se fuese a mis espaldas con mi compañero de equipo. Es que fue mi compañero de equipo quien se fue a mis espaldas con ella.

Cormac gimió en voz alta.

—Johnny, tío, yo no quería que esto...

Levanté una mano para rechazar sus tonterías.

—No me vengas con que no querías que esto pasara. He tenido sexo, Cormac, muchas veces, y ambos sabemos que cuando se la metes a una tía es porque quieres, joder. No se la cueles sin darte cuenta.

—Tienes razón —admitió tras una larga pausa—. Joder, tío, tienes razón.

—Lo sé —respondí, en tono seco.

—Y ¿se ha acabado realmente? —Me miró receloso—. ¿No quieres volver con ella?

Negué con la cabeza y suspiré con frustración.

—No sé de cuántas maneras tengo que decírtelo, Ryan. No quiero saber nada de esa chica. Así que, adelante, haz lo que te dé la gana con ella. No dejes que se me acerque, mantén los besuqueos fuera de mi vista y estaremos de lujo.

—¿Estás diciendo eso para guardar las apariencias? —insistió.

—Creo que ya sabías que soy una persona que dice las cosas claras —refunfuñé—. Cuando te digo que se ha acabado, va en serio.

—Así que ¿eso es todo?

—Sí —asentí—. Eso es todo.

—¿Por qué no estás más cabreado conmigo? —preguntó, mirándome con desconfianza.

—Porque siento pena por ti —le contesté, y sorprendentemente era verdad.

Sentía pena por Cormac.

También me había decepcionado.

Estaba muchas cosas, pero cabreado no era una de ellas.

No en ese preciso instante, al menos.

Cormac era un peón en uno de los juegos de Bella y, aunque estaba borracho, podía verlo tan claro como el agua.

—Escúchame —empecé, esforzándome por no arrastrar las palabras mientras trataba de contarle la dura verdad, que yo había aprendido a la fuerza—. Llevo mucho tiempo jugando a esto, y sé lo que está pasando aquí. Bella te está usando para cabrearme y tú le estás dejando que te convierta en un idiota.

No tenía ni idea de por qué le estaba dando consejos después de que me apuñalase por la espalda, pero continué:

—Ya no puede tenerme y tú eres la siguiente mejor opción —dije arrastrando las palabras—. A esa solo le importa el dinero, Ryan. El dinero y el estatus. —Sacudiendo la cabeza, agregué—: Pelearte con tu compañero de equipo por una maldita tía es el principio del fin. Ve por ese camino y estarás acabado antes siquiera de empezar.

Incluso en mi estado de embriaguez, sabía que estaba haciendo una declaración la leche de hipócrita.

Justifiqué mis razones diciéndome que Shannon valía la pena.

Bella no.

Cormac me fulminó con la mirada.

—Crees que eres mejor que yo.

¿Hablaba en serio?

¿Eso había sido todo lo que había sacado de mi esfuerzo por ayudarlo?

—Soy mejor que tú —recalqué, frustrado porque no me estaba escuchando—. Si quieres estar a mi nivel, esmérate en la cancha. Esfuérzate más. Entrena más. Sé jodidamente mejor. Y abre bien los malditos ojos, porque esa supuesta novia tuya te desangrará, tío.

—Es mi novia —gruñó—. Así que no hables así de ella.

Santa paciencia...

—Vale —dije, levantando las manos—. Mantén a tu novia alejada de la mía y estaremos bien.

—Tú no tienes novia —replicó lentamente, con una expresión llena de confusión.

—De mí —rectifiqué, nervioso por que se me escaparan aquellas palabras—. Mantenla alejada de mí y no tendremos ningún problema.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Cormac, con el rostro contraído en una mueca de dolor—. ¿Vamos a tener algún problema para jugar juntos

después de esto?

—No, eres un ala decente y el equipo te necesita. Sería un cabronazo egoísta si permitiera que mis problemas personales afectaran al equipo.

—¿Y Bella? —quiso saber Cormac después de una larga pausa—. ¿Vas a causarle problemas a ella?

—¿Porque estás con ella? No —aseveré—. ¿Si jode a Shannon? Totalmente.

—¿Shannon?

—Sí, Shannon —repetí, en tono duro ahora.

Cormac me miró sin entender.

—¿Quién es Shannon?

—Shannon es la razón por la que acabarás con la mandíbula rota.

—¿Qué dices?

—Bella me amenazó con ir a por ella —gruñí—. Si eso pasa, estás jodido.

Él palideció.

—¿Por qué yo?

—No puedo pegarle a una chavala, lo que significa que iré a por la siguiente mejor opción —le expliqué—. Así que ten en cuenta que cada vez que tu Bella decida amenazar, difundir algún rumor desagradable o joder a mi Shannon, le devolveré el favor en tu cara. Cada maldita vez.

Cormac palideció visiblemente y la imagen, aunque un poco borrosa, fue de lo más satisfactoria.

—Bien —gruñí, sacándome el móvil del bolsillo para llamar a un taxi—. Me alegro de que nos entendamos.

Sacudiendo la cabeza, parpadeé un par de veces para aclarar mi visión mientras abría los contactos y marcaba el número guardado como «Paddy el gordo».

Maldito Gibsie.

No debería haber dejado el móvil a solas con él cuando fui a darme una ducha.

La última vez que me cogió el teléfono, le cambió el nombre a mi madre por el de «Tetas bonitas» y el de Bella por «Zorra malvada».

Cormac asintió con rigidez, se dio la vuelta y regresó al bar.

Cuando me saltó la llamada a «Paddy el gordo», lo intenté cinco veces más antes de darme por vencido.

Los taxistas de la zona apagaban sus teléfonos los sábados por la noche cuando estaban muy ocupados, y por la tremenda cantidad de gente en la calle que había ese día, sabía que me tocaría esperar un buen rato para regresar a casa.

Frustrado, volví mi atención al móvil y me desplazé a través de mis contactos, buscando el nombre de Hughie.

—Será cabrón —maldije cuando me di cuenta de que Gibsie había vuelto a cambiar el nombre de todos los contactos que tenía.

«Tetas bonitas» y «Zorra malvada» estaban una vez más en el directorio, junto con otros nuevos como «Don Pollón», «Chocho colgón», «Llama si te detienen», «NO LLAMES si te detienen» y mi favorito: «Judas Iscabrón».

Al abrir ese contacto en particular, reconocí el número como el de Cormac.

Podía quedarse así.

«Zorra malvada» también.

Pasé una cantidad absurda de tiempo tratando de encontrar el número de Hughie, porque no lograba averiguar quién cojones era quién en mi móvil.

Después de marcar accidentalmente el contacto «Sexo esporádico» y escuchar la voz del entrenador Mulcahy al otro lado de la línea, colgué enseguida.

Rechacé otra llamada entrante de «Rey del clítoris», porque quién en su sano juicio contestaría un número llamado así, apagué el móvil y me lo guardé de nuevo en el bolsillo.

Malhumorado, crucé la calle hasta el bareto de enfrente y pedí media docena de hamburguesas con queso y dos bolsas de patatas fritas.

Ya no tenía por qué cuidar mi alimentación.

No cuando mi cuerpo estaba empeñado en darse por vencido.

Desplomándome en una pared fuera del local, devoré toda la comida y la bajé con una botella de agua.

La grasa me supo extraña y sabía que al día siguiente pagaría por ello, pero por el momento no me importaba.

—¿Johnny Kavanagh? —me llamó una voz vagamente familiar—. ¿Eres tú?

Levanté la vista para ver a un muchacho alto de mi edad que me miraba expectante.

Tenía el brazo sobre el hombro de una atractiva rubia.

¿Hincha o amigo?

¿Amigo o hincha?

Intenté ubicar la cara, pero no pude, así que me decidí por hincha.

—Nada de fotos esta noche, chicos —solté, arrastrando las palabras—. Johnny está en tiempo muerto.

El tipo se rio, pero no hizo ningún intento de ponerme una cámara en la cara, lo cual estaba bien considerando mi estado.

En lugar de eso, me sorprendió mucho al decir:

—Hablé contigo por teléfono la semana pasada. Conoces a mi hermana, Shannon. La llevaste a casa después de clase.

Levanté la cabeza de golpe para concentrarme mucho más en el muchacho frente a mí.

—Tú eres el hurler... —Hice una pausa y me estrujé el cerebro intentando recordar su nombre—. ¡Joey! —exclamé, orgulloso de mí mismo por haber logrado recuperar esa información en mi estado—. Joey el hurler y Shannon como el río.

—¿Como el río? —se rio la chica—. Madre mía, pero ¿cuánto has bebido?

—Todo el cauce, por lo que parece —barruntó Joey con ironía, observándome con curiosidad—. ¿No crees que deberías ir a casa, tío? —añadió—. Pareces ir bastante pedo.

—Lo haría si pudiera —admití enfurruñado—. No hay taxis.

—Yo creo que podemos llevarte, ¿verdad, cariño? —se ofreció la chica, señalando calle abajo—. Hemos aparcado al final de la calle.

Abrí la boca para protestar, pero, en lugar de eso, dije:

—Estaría genial, gracias.

—Sí, claro, no hay problema —aceptó Joey, que parecía un poco sorprendido. Se removió incómodo un minuto y luego inclinó la cabeza—. Vamos.

Me las arreglé para ponerme de pie, pero me costaba mucho aguantarme derecho.

Pegando el hombro contra la pared, logré mantener el equilibrio mientras los seguía.

Por suerte, la chica, que supuse era la novia de Joey, no bromeaba cuando había dicho que habían aparcado al final de la calle.

—Soy Aoife Molloy, por cierto —anunció la chica, con una radiante sonrisa antes de dirigirse al lado del copiloto—. La novia de Joey el hurler. —Se rio por lo que acababa de decir antes de subirse al coche.

—Encantado de conocerte —respondí, apoyando todo el peso contra la pared mientras Joey abría la puerta del lado del conductor y luego echaba el asiento hacia delante.

—Tres puertas —dijo a modo de explicación—. Vas a tener que subirme a la parte de atrás.

—No pasa nada, tío.

Me aparté de la pared y apoyé el peso contra el coche antes de meterme en el diminuto espacio.

Mis esfuerzos fueron tan efectivos como navegar en un barco de papel, porque Joey tuvo que empujarme por la espalda para meterme dentro.

—Joder —murmuré cuando finalmente entré.

Hundiéndome en el centro de los asientos, tuve que retorcerme hacia un lado, con las piernas apuntando hacia la ventana lateral, para que Joey pudiera echar su asiento hacia atrás.

—¿Estás bien, Kavanagh? —preguntó cuando subió al coche y echó otros diez centímetros su asiento hacia atrás.

—Todo bien —grazné, con el cuerpo aplastado entre su respaldo y el mío—. Gracias de nuevo por llevarme.

—No es nada —contestó Joey. Se inclinó hacia delante y le plantó un beso en los labios a su novia antes de abrocharse el cinturón—. ¿Adónde vamos?

«Directos a tu casa, porque quiero follarme a tu hermana», pensé, sonreí como un tonto ante la fabulosa idea y luego deseché el disparate con un movimiento de cabeza.

«Probablemente también esté enamorado de ella —musité para mí mismo —, hasta las trancas», antes de descartar esa locura también.

«¡A ver si lo pillas, capullo!».

—A unos seis kilómetros y medio al otro lado de Tommen College —farfullé, arrastrando las palabras.

Traté de encontrar mi cinturón de seguridad, pero estaba torpe y mis manos no cooperaban.

—Sal por la carretera principal a la ciudad —le indiqué. Tras darme por vencido con el cinturón, dejé caer la cabeza contra el respaldo y suspiré—.

Te avisaré del desvío cuando lleguemos.

—No te molestes.

Arrancó y acababa de salir a la carretera, cuando sentí que el coche frenaba de repente.

—¿Qué coño? —vociferó Joey segundos antes de que dos manos golpearan el capó de su coche—. ¡Bájate de mi coche, gilipollas!

—Estás secuestrando a mi centro —bramó Gibsie a la ventana mientras se inclinaba sobre el capó del coche—. Devuélvemelo. —Paseaba la mirada de Joey a mí, con un destello en los ojos al reconocirme—. Hey, capi. —Sonrió de oreja a oreja, con la cabeza colgando hacia un lado—. ¿Cómo va eso? Te he estado buscando por todas partes.

—¿Y este payaso es? —preguntó Joey, en tono burlón, con la atención fija en Gibsie, que mantenía un monólogo conmigo a través del parabrisas del coche.

—Es mi ala —mascullé antes de volver la atención al grandullón abrazado al capó—. ¡Gibs! ¡Qué cojones estás haciendo, tío! —ladré, mirando por el parabrisas—. ¿No se suponía que te habías ido a casa con Hughie?

—¡La Gardaí lo ha parado por el seguro y el impuesto de circulación! —gritó a través del parabrisas como si eso respondiera a mi pregunta.

Me quedé boquiabierto.

—¿Y? Hughie tiene los papeles en regla.

—¡Me miró, Johnny... Me puso su enorme linterna de mierda en toda la cara! —volvió a gritar—. He entrado en pánico y he saltado del coche. —Encogiéndose de hombros, añadió—: Llevo corriendo por la ciudad desde entonces. —Entrecerró los ojos—. ¡He intentado llamarte, pero no parabas de colgar!

Lo fulminé con la mirada.

—¿Tú eres el «Rey del clítoris»?

—Oh, sí —se rio Gibsie—. Me había olvidado de eso.

—Joder —gemí, frotándome la frente.

—¿Qué quieres que haga con él? —preguntó Joey.

Me encogí de hombros y sopesé decirle que le pasara por encima al muy pesado, pero luego supe que me sentiría terriblemente solo sin él.

Y para ser justos, había recibido algunas bofetadas defendiendo mi honor esa noche.

—Probablemente debería llevármelo a casa —admití a regañadientes—. O a un centro de custodia hospitalaria.

Joey murmuró algo incoherente por lo bajo y salió del vehículo.

Sonó algo así como «Más os vale no vomitar en este coche, par de cabronazos».

No podía prometer nada.

Mi amigo era un surtidor.

Tirando del asiento, Joey lo arrastró hacia delante y le indicó al borracho de Gibsie que se subiera.

Así lo hizo.

Pero en lugar de auparse o arrastrarse adentro, el cabronazo se lanzó al asiento trasero.

—¡Joder! —rugí, doblándome de dolor cuando su codo aterrizó en mi entrepierna.

«Ahí va lo último que te quedaba ahí...».

—Mierda, tío, ¿te he dado en el rabo? —Gibsie arrastraba las palabras mientras, sin éxito, intentaba pasar por encima de mí—. Te llevaré hielo para las pelotas cuando lleguemos a casa.

—Quítate. De. Encima —alcancé a decir, bastante seguro de que me estaba poniendo morado del dolor, mientras él trepaba por el asiento, clavándome los codos y golpeándome con las rodillas.

Finalmente, logró arrastrar el culo hasta el otro lado.

Joey volvió a subir al coche y arrancó antes de salir escopeteado por la carretera.

—Espero que no haya ninguno más —afirmó—. El coche va sobrecargado por detrás.

—Lo siento —comencé a decir, pero Gibsie me interrumpió.

—Es culpa suya, el muy gordaco —soltó. Volviéndose hacia mí, añadió —: Oye, ¿tienes bien el rabo, tío? Lo siento mucho. Espero no haberte aplastado las pelotas.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Vete a la mierda, Gerard.

—Estaba siendo sincero, Johnathon —replicó, ofendido—. Solo por eso, puedes ir tú solito a por tu maldito hielo esta noche... ¡Un momento!

Cogiéndome por la parte delantera de la camiseta, me arrastró hacia él y me olió la boca.

—¡Traidor! —balbució, cómicamente horrorizado—. ¡Has ido a la hamburguesería!

—Sí, he ido —asentí, alejándome de él—. Y estaba la hostia de bueno, y no me arrepiento.

—¿Qué te has pedido?

—Unas cuantas hamburguesas con queso y unas patatas al curry.

—¿A qué sabían?

—Mejor que el sexo.

—¡Se supone que debemos estar a dieta! —siseó Gibsie en tono abatido antes de preguntar rápidamente—: ¿Me has comprado algo?

—Sí, una hamburguesa.

—Gracias, Johnny.

—Pero luego me ha dado hambre, así que me la he comido.

—Eres un monstruo.

—Sois muy raros —se rio Aoife—. ¿A que sí, Joey?

—Un poco, sí —respondió el hermano de Shannon.

—Hey. —Al darse cuenta de repente de que estaba en compañía de extraños, Gibsie se asomó entre sus asientos y preguntó—: ¿Quién cojones sois vosotros?

—La hermana de mi novio es amiga de Johnny —explicó Aoife.

—¿Hermana? —La palabra pareció confundir a Gibsie, que me miró perdido durante varios segundos.

Rezando para que supiera controlarse, asentí y dije:

—Shannon.

Gibsie se recostó a mi lado y frunció el ceño.

—¿Shannon?

—Sí, Shannon —recalqué, y le lancé una mirada asesina.

Gibsie abrió los ojos como platos al caer de repente.

—¡Ah, Shannon! —exclamó—. Ya, sí, la pequeña Shannon, de tercero. —Sonriendo de oreja a oreja, me dio un codazo en las costillas—. Johnny tiene una tremenda debilidad por tu hermana.

—¿Es eso cierto? —respondió Joey con dureza.

Ay, mierda.

—Sí, siempre está pendiente de ella en el instituto —añadió Gibsie con un guiño—, asegurándose de que no se mete en ningún lío.

Reprimí un gemido y resistí el impulso de cerrar las manos alrededor de su cuello para estrangularlo hasta matarlo.

Para ser sinceros, podría haber sido peor.

Gibbie era capaz de decir cosas mucho peores.

—Eso es encantador —intervino Aoife, y me fijé en la forma en que colocó una mano sobre la rodilla de su novio—. ¿No es amable por su parte, Joe?

—¿Por qué? —preguntó este, en tono duro y receloso—. ¿Qué sacas tú de eso?

Suspiré con fuerza y traté de pensar en algo creíble.

—Porque me la...

—¿Te la qué? —rugió Joey, pisando los frenos.

La repentina sacudida del coche al detenerse hizo que Gibbie y yo nos abalanzáramos hacia delante.

Joey se dio la vuelta y me fulminó con la mirada.

—Será mejor que estés de guasa ahora mismo, Kavanagh, porque te juro por lo que más quieras que...

—¡Me la cargué! —me apresuré a explicar, arrastrándome de vuelta al asiento—. Me la cargué en su primer día. La avergoncé en el campo cuando la noqueé.

«Pero sí que quiero follármela...».

«Deseo tanto a tu hermana que ni te lo creerías...».

«Te sorprenderían las cosas que me imagino haciéndole...».

Esperé a que se le desvaneciera la mirada asesina de los ojos antes de continuar.

—Pensé que se lo debía a la chavala, así que me mantuve atento a lo que ocurría, me aseguré de que se estuviera adaptando bien. No es fácil comenzar en un nuevo instituto. —Encogiéndome de hombros, añadí—: No quería que tuviera que aguantar ninguna mierda innecesaria.

Era un blanco fácil esperando que su hermano diera el siguiente paso.

Si Joey me pegaba, yo no le devolvería el golpe.

No tomaría represalias.

Eso era lo aterrador de aquella situación.

Estar sentado en su coche, borracho hasta las trancas, sabiendo que era más que capaz de partirle la cara, pero también que no lo haría.

Por ella.

Porque Joey era importante para ella.

Porque si le pegaba, ella sufriría.

Hacerla sufrir me enfurecía aún más.

Esa noción era más confusa y complicada de lo que podía comprender estando borracho.

Joey permaneció en silencio, pero dirigió su atención a la carretera y comenzó a conducir de nuevo.

Suspiré de alivio.

Volviéndome hacia Gibsie, articulé las palabras «Mantén la boca cerrada».

Él respondió teatralmente haciendo como si se cerrara los labios con cremallera.

Cuando llegamos al desvío a mi casa, media hora más tarde, murmuré algunas instrucciones breves.

Joey contestó con un breve asentimiento y giró a la derecha, dejando el camino principal por la maltrecha carretera secundaria que conducía a la entrada de la propiedad.

Me sentía más lúcido en esos momentos; supongo que haber rozado la muerte a manos del hermano de Shannon me había hecho entrar en razón y me había espabilado.

Ojalá hubiese podido decir lo mismo de Gibsie, que estaba tirado a mi lado, roncando como un oso.

Cuando Joey se detuvo frente a las puertas de la propiedad, dije:

—Puedes dejarnos aquí, tío.

—¿Ahí es donde vives? —preguntó el hermano de Shannon, hablando por primera vez desde el casi desastre que había sido nuestro malentendido.

Su atención estaba clavada en las enormes puertas de hierro fundido con las feas águilas en cada pilar.

—¿Está muy lejos el camino de entrada a tu casa? —se interesó.

—A unos cuatrocientos metros.

—No lograrás que camine tanto —murmuró—. Te llevaré hasta la puerta.

—3, 1, 0, 5, 8, 7 —le dicté el código, que resultaba ser mi fecha de nacimiento—. Simplemente ponlo en el teclado de allí y podrás entrar.

Joey tecleó el código y esperó a que las puertas se abrieran hacia dentro.

—De nuevo, te lo agradezco —sentí la necesidad de comentar—. Sé que no os pilla de camino.

—Solo te devuelvo el favor —respondió, mientras conducía por el estrecho sendero hacia la casa.

—Este lugar es increíble —suspiró Aoife con un aire soñador—. Mira todos esos árboles y... ¡Ahí va! Mira el tamaño de esa casa —chilló cuando el edificio apareció a la vista, iluminado como un maldito árbol de Navidad.

Era ridículo, pero con lo borracho que estaba, agradecí la iluminación.

Joey apagó el motor y salió del coche, avanzando su asiento tanto como pudo.

Yo tenía mucho más equilibrio ahora que bajaba que cuando me había subido.

—Gracias de nuevo —repetí antes de volverme a la parte trasera y sacar a la bella durmiente del coche—. Te debo una.

Le pasé un brazo alrededor de la cintura a Gibsie, que todavía estaba medio dormido, lo arrastré hasta la puerta principal y trajiné para coger las llaves.

Al no poder sacármelas del bolsillo, dejé caer a Gibsie de culo y me peleé un buen rato con los tejanos antes de lograrlo.

—¿Quieres parar? Soy sensible —gimió Gibsie antes de acurrucarse y roncar de nuevo.

—Ven —dijo Joey cuando me las apañé para apuñalar el marco de madera con la llave al pasarme el ojo de la cerradura por unos buenos ocho centímetros—. Déjame echarte una mano.

Agradecido por la intervención, le entregué las llaves y me volví hacia mi amigo.

—Levántate —gruñí, dándole unos golpes con el pie—. Estamos en casa.

El cabronazo no se movió.

—¡Gibsie! —ladré.

Tan solo ronquidos.

Maldita sea.

Soltando un suspiro de frustración, me agaché para cogerlo por los hombros e intenté levantarlo del suelo.

Joey, que mantenía la puerta abierta, vino y me ayudó a auparlo.

No estaba en posición de rechazar su ayuda, así que, cada uno a un lado, arrastramos aquel peso muerto a la casa.

—Déjalo aquí —le indiqué, haciendo un gesto hacia la sala de estar.

—¿Seguro? —preguntó Joey, encendiendo la luz—. El sofá es blanco, tío.

—Es de cuero —murmuré, demasiado cansado y dolorido para preocuparme por el juego de sillones de mi madre. Arrastrando los pies hacia el sofá, dejamos caer a Gibsie al suelo—. Si vomita, lo limpiará él solo por la mañana.

—Me parece bien —declaró Joey encogiéndose de hombros antes de darse la vuelta y dirigirse a la puerta.

Lo seguí, sin saber muy bien qué decir.

La noche había pasado de ser deprimente a exasperante y una absoluta confusión en cuestión de horas.

—Oye —dijo Joey cuando salió al camino de grava—. Sobre Shannon.

«Allá vamos», pensé para mis adentros.

Llevaba esperando eso desde que me había subido a su coche de mierda.

«Compórtate, Kav, mantén la boca cerrada».

—¿Qué pasa con Shannon? —pregunté, apoyándome en el marco de la puerta.

—Es frágil —soltó sin más—. Vulnerable.

—Sí. —Mi voz era ronca, así que me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo—. Sí, eh, ya me he dado cuenta.

Joey asintió y se metió las manos en los bolsillos.

Mantuve la boca cerrada, esperando a que continuara.

—Lo que intento decir es que te agradezco que cuides de mi hermana —admitió finalmente—. Ha tenido unos años difíciles y Tommen parece hacerle bien. Así que supongo que espero que continúes pendiente de ella en el instituto, ya sabes, asegurándote de que nadie la molesta.

Levanté las cejas.

—Ah, sí, claro. Sin problema.

Asintió de nuevo y sus palabras salieron más rápido ahora:

—Parece estar adaptándose en Tommen, y siempre me dice que la gente es amable con ella, pero yo voy al instituto público de Ballylaggin, así que no tengo forma de saber si está bien o no, y nunca le cuenta a nadie lo que le pasa por esa cabeza suya hasta que es demasiado tarde.

Fruncí el ceño.

—¿Demasiado tarde?

—Piques entre tías —explicó—. Mi hermana ha tenido una diana en la espalda desde que llevaba pañales.

—Qué chungo —murmuré, aunque ya sabía todo eso, pero tuve el tino de no decírselo a su hermano.

—Los críos son crueles —coincidió.

—Sí que lo son —asentí entre dientes.

Joey se me quedó mirando un buen rato antes de negar con la cabeza.

—Bueno, solo quería que supieras que te agradezco que mi hermana tenga a alguien que la cuide. Cuando yo no puedo hacerlo.

Se dio la vuelta para irse solo para girarse de nuevo.

—Un amigo. —La palabra escondía una pulla—. Mi hermana necesita un amigo, Kavanagh —aclaró—. No necesita hacerse ilusiones con un chico que se irá en verano.

Escuché su advertencia alto y claro.

Puede que mi jodido cerebro no le prestase atención, pero definitivamente la escuché.

Sin decir otra palabra, Joey se dio la vuelta y se alejó, dejándome de pie en la puerta, mirándolo con solo dos cosas en mente.

La primera: ir a por una bolsa de hielo para mis pelotas.

La segunda: fantasear con todas las cosas terriblemente inapropiadas que me moría por hacer con su hermana.

DÍAS LIBRES Y EL DEMONIO POR HERMANO

Shannon

—Creo que deberías comprarle un anillo a esta chica, Joe —reconocí mientras leía y releía la nota que Aoife le había dejado a mi hermano en el armarito junto a la cama el domingo por la mañana—. Es una joya.

—Sí —murmuró Joey, rascándose la mandíbula—. Debe de quererme de veras.

—¿Tú crees? —Puse los ojos en blanco—. Te adora.

—Pero no entiendo por qué haría esto por mí.

—Yo tampoco —me burlé—. Y menos cuando te pareces tanto a Shrek.

—Tendrás jeta, cabrona —se rio, empujándome juguetonamente—. Déjame ver esa nota otra vez.

Se la tendí, la misma nota que ya había leído al menos una docena de veces, y luego me acerqué a la mesa de la cocina con mi taza de té.

Tomando asiento, observé a mi hermano leer la nota de nuevo, con el ceño fruncido por la confusión.

—¿Por qué ha hecho esto, Shan? —Sacudiendo la cabeza, fue de armario en armario, abriendo y cerrando todas las puertas—. Debe de haberse levantado al amanecer para hacer esto —supuso. Abrió la nevera, dejando a la vista un montón de comida en el interior—. Debe de haberse gastado un dineral.

Joey tenía razón.

Aoife tuvo que haberse levantado temprano para hacer aquello, considerando que solo eran las once de la mañana.

También tenía razón en que aquello debió de costarle un dineral.

Encontré el tíquet de compra en la papelería y ponía 143,67 euros.

—Aquí dice que volverá alrededor de la una con los niños —añadió, releiendo la nota a la que llevaba dándole vueltas desde que se había despertado—. Van a ir al parque primero y luego a la cancha de fútbol a jugar.

—¿Has visto esto? —pregunté mientras ojeaba siete paquetitos cuidadosamente apilados, etiquetados por día de la semana.

Sacudiendo uno de los pequeños sobres marrones con la mano, sonreí cuando escuché el tintineo de monedas.

—Tu novia ha hecho el presupuesto diario de la semana con tu dinero.

Joey me miró boquiabierto.

—¿Qué?

—Sí —asentí con una risilla, devolviendo el sobre del martes a la pila.

—No jodas —murmuró mientras se dirigía hacia donde yo estaba para coger un puñado de sobres pequeños y rectangulares.

—Y te ha dibujado corazoncitos —me reí—. Qué mona.

—¿Es normal estar cabreado con alguien porque te quiere? —preguntó mi hermano, contemplando los sobres confundido. Me miró con esos ojos verdes y repitió—: ¿Es esto normal?

—A mí no me preguntes. —Incómoda, me encogí de hombros—. No tengo experiencia con este tipo de cosas.

—Pero mira esto —dijo con un suspiro, señalando el billete de veinte euros que había debajo de las llaves del coche de Aoife y el pósito junto a él que decía: «Para el desayuno de Joey y Shannon».

En letras mayúsculas debajo de eso había escrito: «Alimenta a tu hermana, cariño. Está demasiado flaca».

—Mi novia me ha dado la paga. —El tono de Joey estaba lleno de sarcasmo—. Joder, Shan.

—No te enfades con ella —le dije—. Está tratando de ayudarnos.

—Lo sé. —Se pellizcó el puente de la nariz y suspiró con fuerza—. Y no estoy enfadado. Simplemente no sé cómo gestionarlo.

—¿Tal vez dándole las gracias y ya está? —sugerí—. ¿Y decirle que la quieres también? ¿O flores? Eso también sirve.

Joey sonrió con picardía.

—Sí que tienes ideas, ¿no?

Le devolví la sonrisa y luego suspiré, obligándome a tratar la incómoda verdad.

—¿Crees que mamá volverá pronto a casa?

La luz en los ojos de mi hermano se apagó.

—La verdad es que me importa una mierda lo que haga, Shan —respondió con firmeza—. Mientras ese idiota se mantenga alejado de esta casa.

«Volverá, Joey».

«Lo sabes».

«Deja de mentirte a ti mismo».

—Ya. —Me mordí una uña, rumiando su respuesta un momento antes de decir—: ¿Qué vamos a hacer si mamá no regresa, Joe?

Eso era lo que me preocupaba.

Mi madre.

Porque nunca nos había dejado de un día para otro así.

—Nos las arreglaremos, Shan —contestó Joey, mientras se le movía la nuez al tragar saliva—. Como siempre lo hacemos.

—¿Y las clases? —susurré.

—La tata volverá de Beara esta noche —dijo en tono grave—. Ella se encargará de llevar a los chicos como siempre al colegio y todo eso. —Se pasó una mano por la cara antes de añadir—: Lo único que tenemos que hacer es mantener la casa, pagar las facturas, prepararles la comida por las mañanas y estar aquí por la noche cuando la tata los traiga.

—Tenía un viaje escolar después de Pascua, pero si no está en casa, lo cancelaré...

—No —ladró—. No lo harás.

—Joey —suspiré—. Si mamá no ha regresado para entonces, no puedes cuidar a los niños tú solo.

—No lo estaré —respondió—. Ya te he dicho que la tata ayudará, y Aoife también. No vas a perderte ese viaje. Necesitas salir de este agujero de mierda, Shan. Más que cualquiera de nosotros.

—¿Estás seguro? —pregunté en un hilo de voz.

Él asintió.

Cogiendo aire profundamente para calmarme, añadí:

—Sé que no digo esto a menudo, pero que sepas que te quiero y que estoy muy agradecida de que seas mi hermano mayor.

Joey hizo una mueca.

—¿Te estás poniendo tierna conmigo, hermanita?

—No. —Me sonrojé—. Solo quiero que sepas que eres importante para nosotros. Y agradecemos todo lo que haces.

«No te vayas».

«Por favor, no me abandones jamás».

—Bueno, lo mismo te digo, peque —contestó, un poco incómodo.

—Algún día serás un gran padre —decidí bromear para hacerlo sentir aún más incómodo.

Joey resopló.

—Sí, eso no va a pasar jamás.

Le guiñé un ojo.

—Nunca digas nunca, Joe.

—Créeme, he tenido más que suficiente para toda la vida de jugar a ser padre con los hijos de otro hombre —afirmó—. Ahora sube las escaleras y vístete, que nos vamos a por un bocata de pollo.

—Ahora tenemos la nevera llena —le informé.

—Sí. —Él sonrió—. Pero mi novia me ha dado órdenes estrictas y no soy tan tonto como para ignorarlas.

No había comido nada desde el día anterior y mi estómago rugió expectante.

—Patatas fritas —prácticamente gimoteé mientras pensaba en lo que iba a comer—. Y gelatina, y una lata de Coca-Cola.

Pegué un salto de la silla y corrí hacia las escaleras pensando en comida.

—Espera, Shan. Casi me olvido... —se calló a media frase mientras entraba en la cocina para regresar unos momentos después con un pequeño paquete envuelto en las manos.

Joey me entregó el regalo y luego me alborotó el pelo.

—Feliz decimosexto cumpleaños, Shan.

—Gracias, Joey. —Sonreí, con lo que ya sabía que era un CD debajo de todo aquel papel de regalo rosa.

—Te regalaría algo más si pudiera —me dijo encogiéndose de hombros, avergonzado—. Y me olvidé de comprar una tarjeta...

—Para —lo interrumpí, mientras me hundía en un escalón y rasgaba el papel toda entusiasmada—. ¡El álbum de McFly! —Con los ojos muy abiertos por la emoción, miré el CD y sonreí—. Me hacía mucha ilusión.

—Lo sé —resopló—. Eres una chica. —Se metió una mano en el bolsillo de los tejanos y me lanzó otra caja al regazo—. Este es de Aoife —explicó.

Entusiasmada ante la perspectiva de recibir dos regalos, rompí el envoltorio con lunares y ahugué un grito cuando vi lo que había dentro.

—Guau —exclamé, boquiabierta ante el frasco de perfume de diseño en mis manos.

—Esto debe de haberle costado un dineral.

—Parece que también te quiere a ti —bromeó Joey.

Puse los ojos en blanco.

—Ajá.

—Date prisa y cámbiate —me ordenó, dirigiéndose hacia la puerta principal—. Te espero en el coche.

Entré corriendo a mi habitación con los regalos a cuestas y los coloqué con cuidado en el tocador antes de quitarme el pijama.

Me puse un jersey y unos pantalones de chándal, destripé la caja que contenía mi nuevo frasco de perfume, me rocié todo el cuerpo y luego corrí junto a Joey.

Metiendo los pies en las bambas que había dejado en el recibidor, cogí mi abrigo de la barandilla y salí pitando hacia el coche.

En el momento en que me subí al asiento del copiloto, el olor a alcohol me anegó los sentidos.

—Joder, Joey. —Tosí mientras bajaba la ventanilla—. Aquí huele a cervecería.

—Ya —respondió él mientras arrancaba el motor y se alejaba del bordillo—. Culpa a tus amigos de Tommen por eso.

—¿Mis amigos? —Negué con la cabeza y me quedé mirando su perfil—. ¿De qué estás hablando?

—Johnny Kavanagh —apuntó Joey—. Acabamos dejándolo en casa desde el pub anoche.

—Ah.

Espera.

¿Qué?

—¿Dejaste a Johnny en casa? —Odiaba lo fuerte y aguda que me salió la voz—. ¿Cuándo...? ¿Cómo...? ¿Por qué?

—Anoche, cuando fuimos a por comida para llevar —explicó Joey mientras salía de la casa y tomaba la carretera principal—. Estaba tirado contra una pared frente a un local de comida rápida en la ciudad. Estaba perjudicado.

—¿Sí?

Ay, madre.

La preocupación me llenó el pecho.

—¿Qué le pasaba?

—Estaba borrachísimo —refunfuñó Joey—. Su acompañante estaba peor.

—¿Su acompañante? —repetí, con cuidado de ocultar la emoción en mi voz—. ¿Su novia?

—Qué va, un cabronazo grande y rubio —negó Joey, y yo me derrumbé mentalmente de alivio—. Creo que se llamaba Gussie o Gillie o algo así.

—Gibbie —confirmé en voz baja, pensando en lo inseparables que eran en clase.

—Ese —asintió Joey y soltó una risita baja—. El muy imbécil se tiró encima del coche, exigiendo que le devolviera a su centro. —Riendo, añadió—: Pero también parecía serio. Como si realmente pensara que estaba secuestrando a Kavanagh.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué llamó a Johnny su «centro»?

—La posición de Johnny en el rugby es la de segundo centro —me aclaró—. Es el número trece.

Ah, sí, eso lo sabía.

Recordaba su camiseta.

—Entonces ¿los dejaste a ambos en casa? —pregunté, sintiéndome acalorada—. ¿En casa de Johnny?

—Sí —asintió mi hermano—. Tuve que ayudar a Kavanagh a meter a Gibbie en casa. Iba mamadísimo, Shan. Un maldito desastre. Lo dejamos en la sala de estar.

—¿Entraste en casa de Johnny?

Me iba el cerebro a mil por hora, tratando de digerir todo lo que mi hermano me estaba contando.

Estuvo con Johnny anoche.

Estuvo en su casa.

Estuvo dentro de su casa.

Quise enterarme de si había preguntado por mí, pero logré evitar que se me escapara.

—Sí, Shan, y, la hostia, por el aspecto de la propiedad, su familia debe de estar forrada. —Joey dejó escapar un suspiro—. No había visto nada tan elegante en mi vida...

El sonido de un teléfono sonando atravesó el aire, lo que nos distrajo a ambos.

Nos palpamos los bolsillos.

—No es mío —dijo Joey.

—Mío tampoco —murmuré, mirando el salpicadero y luego el suelo a mis pies.

La llamada se cortó y luego volvió a sonar unos segundos después, vibrando con fuerza.

—Mira en el asiento trasero —me indicó Joey mientras se detenía a un lado de la carretera y encendía las luces de emergencia.

Me desabroché el cinturón, me arrastré entre los asientos delanteros y me dejé caer en el trasero, buscando el ruido con la mirada.

—¿Nada? —preguntó Joey, saliendo de nuevo a la carretera.

—No.

Me agaché y busqué debajo del asiento del conductor.

—¡Ah, espera, está aquí! —exclamé, con los ojos fijos en el elegante teléfono que se iluminaba y vibraba contra el suelo—. Lo veo.

La melodía se cortó de nuevo y alargué una mano para coger el teléfono.

Me arrastré hacia atrás en el asiento y me abroché rápidamente el cinturón de seguridad, sin despegar la mirada del móvil.

—¿Es de Aoife? —Miré el dispositivo, que parecía caro—. ¿Le regalaron un nuevo teléfono por Navidad?

—No —respondió Joey—. Sus padres le compraron unas planchas para el pelo por Navidad.

El móvil comenzó a sonar de nuevo y la pantalla se iluminó con el nombre «Rey del Clítoris» parpadeando en ella.

—Puaj, Joe —gemí—. Qué desagradable.

—¿Qué?

—Quienquiera que esté llamando a este número aparece como «Rey del clítoris».

Mi hermano echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No tiene gracia —le reñí, mientras veía cómo la pantalla se volvía a apagar cuando se cortó la llamada—. Es bastante perturbador.

—Es vuestro colega, el tal Gibsie. Escuché a Johnny despotricar contra él por haberle cambiado los contactos anoche —se rio Joey—. Él es el Rey del clítoris.

El teléfono se encendió de nuevo, vibrando en mis manos y sonando con fuerza.

—Bueno, contesta —me urgió mi hermano, en un tono impaciente—. Es probable que lo esté buscando.

—No quiero. —Metiendo la mano entre los asientos, traté de endosarle el móvil—. Contesta tú.

—¿Cómo cojones voy a responder? —siseó Joey, apartándome la mano—. Estoy conduciendo, Shannon. Que contestes el teléfono.

—No —me negué, sacudiendo la cabeza—. Creerán que lo robamos.

—No, no creerán que lo robamos —replicó Joey de mala leche. La llamada se cortó y él dejó escapar un gruñido—. ¡Cuando suene de nuevo, contesta el maldito aparato!

Como un reloj, el teléfono sonó cinco segundos después.

Temblando, pulsé el botón verde y me llevé el móvil a la oreja.

—Eh, ¿hola?

—Menos mal, no esperaba que contestara nadie —dijo la voz al otro lado del teléfono—. Tienes el móvil de mi amigo.

—Sí, lo sé. —Cerrando los ojos, me llevé la palma de la mano a la frente y suspiré pesadamente—. Se lo dejó en el coche de mi hermano anoche.

—Tengo lo de anoche un poco difuso —dijo Gibsie arrastrando las palabras—. Así que ¿podrías refrescarme la memoria y recordarme quién es tu hermano?

—¿Joey Lynch? —alcancé a responder, tratando de no hiperventilar frente a mi hermano—. Él y su novia, Aoife, os llevaron a casa desde la ciudad anoche. El teléfono estaba debajo de su asiento. —Removiéndome incómoda, aclaré con rapidez—: Lo he encontrado hace un par de minutos.

—No —negó Gibsie después de una larga pausa—. No recuerdo que eso haya pasado.

—Bueno, pues lo hizo —repliqué, agitada—, teniendo en cuenta que el teléfono de tu amigo está en el coche de mi hermano.

—¿Pequeña Shannon? —Gibbie sonaba divertido—. ¿Eres tú?

—Eh, sí. —Me puse al rojo vivo—. Soy yo.

—¿Tu hermano está contigo ahora? —preguntó.

—Sí, pero está conduciendo, así que no puede ponerse.

—¿Recuerda dónde nos dejó anoche?

—Espera, que le pregunto... —Haciendo una pausa, tapé el auricular y miré a Joey—. Quieren saber si recuerdas dónde está la casa.

Joey asintió y volví a la llamada.

—Sí, se acuerda.

—¿Puedes poner el altavoz?

—Lo intento. —Toqueteé algunos botones y sostuve el teléfono junto a la oreja de Joey—. Vale, ya está el altavoz puesto.

—¿Qué pasa, tío, qué tal? —La voz de Gibbie sonó mucho más alto ahora, aunque estaba claramente afónico.

—Mejor que tú por lo que parece —bromeó mi hermano—. ¿Qué necesitas?

—¿Podrías pasarte a traer el teléfono de Kav? —preguntó—. Siento molestarte, tío, pero se está volviendo loco. Se pone raro de la hostia con su información personal.

—¿Qué saco yo? —soltó Joey, sin cortarse.

—Joey —susurré entre dientes.

Me sonrió con descaro.

—Joder, tío, no lo sé —farfulló Gibbie—. ¿Un sándwich de beicon y una taza de té? No tengo mucho con que negociar.

Horrorizada, negué con la cabeza y dije que no moviendo los labios, pero Joey contestó:

—Perfecto. Llegamos en media hora.

—¡Joey! —gimoteé.

—Mil gracias —respondió Gibbie, que sonaba aliviado—. Eres un tío legal.

—Nada —repuso mi hermano, cogiéndome el teléfono de la mano—. Y me gusta el beicon crujiente —agregó antes de colgar y dejar caer el móvil en el asiento a su lado—. Un desvío.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceé, con los ojos muy abiertos—. ¡No vamos a ir!

—¿Cuál es el problema? —inquirió—. Pensaba que era tu amigo.

—Lo conozco del instituto, Joey —alcancé a decir—. ¡Eso no significa que sea mi amigo!

—Relájate, solo vamos a devolverle el teléfono al chaval.

—¡Y tú a desayunar!

—Bueno, no creas que voy a dar este rodeo por nada —se rio Joe—. Además, tengo hambre.

—Sí, de un bocata de pollo —le recordé.

—He cambiado de opinión.

—¿Qué pasa con Aoife? —pregunté—. ¿Y los chicos?

—Aoife y los niños no regresarán hasta la una —contestó—. Ella misma lo ha dicho.

—Joey, no podemos ir a su casa —le supliqué—. Por favor.

—Shannon Lynch —dijo mi hermano en tono burlón—, ¿te estás sonrojando?

—No —refunfuñé.

—Sabes que no pasa nada si te gusta, ¿no? —Joey se rio entre dientes—. No soy ese tipo de hermano. Solo quiero que tengas cuidado. Te conté lo que pasará. Se irá en verano, así que depende de ti si quieres colgarte por algo temporal.

—Que no me gusta —mentí, muerta de vergüenza—. Así que déjalo ya.

—Vale —accedió Joey—. Entonces no debería importarte que paremos a por algo de papeo.

—Tú puedes hacer lo que quieras. —Enfurrugada, crucé los brazos sobre el pecho y resoplé—. Yo no pienso salir de este coche.

Media hora de tenso silencio más tarde, nos detuvimos frente a un par de gigantescas puertas de hierro pintadas de negro donde Joey bajó la ventanilla, estiró el brazo y pulsó algo en el teclado.

Un instante después, las puertas se abrieron hacia dentro.

Me quedé boquiabierta.

—¿Tienes la contraseña de su puerta?

Mi hermano se rio a modo de respuesta.

Avanzamos por un camino largo y sinuoso que estaba flanqueado por árboles enormes.

Una casa apareció a la vista unos minutos más tarde y cogí aire con fuerza.

Ay, madre.

¿Allí era donde vivía?

Por supuesto que sí.

—Guau —musité para mí misma, contemplando la enorme mansión de estilo victoriano con millones de ventanas y la puerta de entrada más grande que había visto en mi vida.

—Lo sé —coincidió Joey con un suspiro de asombro.

Pegué la mejilla a la ventana y contemplé los extensos jardines mientras el sonido de la grava crujiendo bajo los neumáticos me llenaba los oídos.

La casa era de piedra gris, pero estaba cubierta de tanta hiedra que parecía casi majestuosa.

—Es como seis casas como la nuestra una al lado de la otra —susurré, mirando la propiedad—. Habrá unas doce ventanas solo en el piso superior.

Joey aparcó frente a la puerta principal y apagó el motor antes de bajar del coche.

—Deberías verla por dentro —dijo mientras se acercaba y cogía el móvil—. Es jodidamente increíble.

Seguí a Joey con la mirada cuando se dirigió hacia la puerta, llamó una vez y luego entró.

Ay, joder.

Mi hermano acababa de entrar en casa de Johnny Kavanagh.

EL REY DEL CLÍTORIS ES UN IRRESPONSABLE

Johnny

Estaba en proceso de darle la vuelta al colchón de mi cama cuando Gibsie entró en mi habitación, silbando para sí mismo.

—He localizado tu teléfono, Kav —anunció con orgullo.

—Menos mal. —Me doblé hacia delante con alivio y dejé caer el colchón sobre el somier—. ¿Dónde estaba?

—En el coche de Joey.

Levanté las cejas.

—¿Joey el hurler?

Gibsi asintió.

—Eso parece.

—Serás tonto... —me quejé—. Esto es culpa tuya.

—Lo sé —canturreó alegremente—. Pero está de camino.

—¿Sí? —Suspiré aliviado—. Juego limpio.

Recogí el edredón del suelo y lo tiré sobre la cama para luego volver a poner a Sookie encima con cuidado.

—Buena chica —la conforté, sintiéndome terrible por haberla molestado primero.

—Eso es muy antihigiénico, Johnny —sentenció Gibsie con el ceño fruncido—. Dejarla dormir en tu cama. —Se estremeció—. Asqueroso de la

hostia, tío.

—Tú no me hables de higiene —gruñí, dándome la vuelta para mirarlo—. Ella es más limpia que tú. —Lo miré con asco antes de añadir—: Al menos Sook no se vomita encima mientras duerme y se revuelca luego en el sofá de mi madre.

—Prometiste que no volverías a sacar el tema —balbuceó, con cara de ofendido—. Mentiroso.

—Gibs —le advertí, esforzándome por contenerme—. Estoy cansado. He estado despierto toda la noche cuidándote porque estabas borracho. Me he pasado la mitad del tiempo poniéndote de lado para que no te ahogaras y dándote palmaditas como a un maldito bebé, y la otra mitad limpiando tus vómitos. Destrozaste la sala de estar. Embozaste el baño de abajo con tu potada. Casi me asfixias con tus pedos descomunales cuando te traje aquí. Dame unas horas para superarlo primero antes de pedirme que no lo mencione.

—Bueno, al menos he limpiado todos los tropezones —apuntó Gibsie tímidamente—. Y la sala de estar, el recibidor y el baño están como nuevos.

—Bien —ladré—. Más te vale, porque es tu potada, joder.

—¡Me hiciste dormir en el suelo, Johnny! —resopló—. Hay que ser malo.

—Porque no se puede confiar en ti con cosas bonitas.

—¿Ni siquiera una cama?

—No, Gerard, ni siquiera una cama.

—Bueno, pues soy tu mejor amigo y me pusiste en el suelo —recalcó con un resoplido—. El perro duerme a los pies de tu cama y yo en el suelo, joder.

Arqueé una ceja.

—¿Estás diciendo que quieres dormir a los pies de mi cama?

Gibsie se me quedó mirando durante varios segundos antes de echarse a reír.

—Sí, vale, no tengo idea de adónde he querido llegar con eso.

—Yo tampoco, tío —murmuré sacudiendo la cabeza—. Yo tampoco.

—Por cierto —comentó Gibsie con una sonrisa traviesa—. Le dije a tu colega Joey que le freiría algo por las molestias.

—Vale. Pero no ensucies. Mi madre volverá por la mañana —respondí, demasiado cansado para contemplar la terrible idea de tener a Joey Lynch

en mi casa cuando desconfiaba claramente de mis intenciones con su hermana.

Y con razón...

Gibbie me miró expectante.

—No me mires así —le dije—. Ya sabes dónde está la cocina. No voy a cocinarte.

—No estoy acostumbrado al gas. —Gibbie se encogió de hombros con impotencia—. Tenemos vitrocerámica en casa.

—Tu madre es pastelera —le increpé—. ¿Cómo puedes no saber usar un maldito fogón?

—Y la tuya es diseñadora de moda extravagante —replicó—. Pero no te veo brincando por ahí con abrigos de pelo y bolsos de Prada.

—Eres un crío, ¿lo sabías? —gruñí—. Eres como un bebé enorme del que tengo la custodia.

Pasé junto a él dando zancadas y bajé las escaleras hasta la cocina.

—Saca la sartén y lo que sea que tengas pensado hacer —le pedí—. Y no voy a cocinar por ti —me quejé mientras me acercaba a los fogones y encendía el gas—. Eres más que capaz de hacerlo tú solo.

—Esperemos que sí —se rio Gibbie entre dientes, arrastrando los pies hacia mí cargado con productos de cerdo y una bandeja de huevos.

—¿Crees que puedes arreglártelas sin quemar la casa? —me burlé mientras me alejaba de los fogones.

—Más o menos —contestó Gibbie mientras se ponía a trabajar, acercándose peligrosamente a la llama.

Lo miré receloso, poco convencido.

—No te quemes.

—Vale, papá —se mofó antes de preguntar—: ¿Tienes panecillos? —Volviéndose hacia mí, agregó—: Me encantaría comerme los bollitos de tu madre con el té.

Negué con la cabeza y me mordí la lengua, tras decidir dejar correr aquella locura.

—Puede que haya una bolsa en el congelador; primero tendrás que calentarlos en el horno.

—Lo sé —bufó.

—¿Seguro? —mascullé.

Gibbie era un irresponsable.

Un irresponsable grandullón, tonto y leal.

—¿Alguna vez te he contado sobre el día que tu chica me salvó de Brian?
—comentó Gibsie mientras rompía un huevo en la sartén, distrayéndome de mis pensamientos.

—¿Brian? —pregunté, pensando en el gato cabronazo de la señora Gibson—. ¿Shannon te salvó de Brian?

—Ya lo creo —contestó. Cogió una espátula del estante y la balanceó en la mano mientras hablaba—. Me encanta que ya ni siquiera niegues que es tu chica, tío.

—Vete a la mierda —me quejé. La curiosidad se apoderó de mí entonces, así que planté el culo en un taburete de la isla y lo miré—. Cuéntamelo.

Gibsie se rio de mi respuesta.

—Fue el día de mi cumpleaños, el mes pasado —me explicó, echando media docena de salchichas en la grasa chisporroteante—. Llevé a Brian a dar un paseo a casa de Hughie; ya sabes cómo se pone cuando se queda solo demasiado tiempo.

—Sí —asentí, sin pestañear ante esta información.

En los últimos dieciocho meses se había presentado al menos en nueve ocasiones en mi casa con el gato, que se parecía al del *Inspector Gadget*.

—Se le fue la pinza, tío —dijo—. Se volvió loco. Se soltó de la correa y se metió en el baño. Se cagó en la bañera.

—En defensa de Brian, solo es un gato —respondí.

—Ese cabronazo sabe exactamente lo que hace —se quejó Gibsie—. Pero, bueno, que se cargó el gancho para colgar la ropa, Johnny, y fue a por nosotros cuando intentamos cogerlo. Shannon simplemente entró, levantó al pequeño hijo de puta peludo y lo llevó a casa. ¿Y sabes lo que hizo él? Ronroneó. Joder, tío, estaba en su salsa. Encantado de la vida de estar acurrucado con ella.

Qué suerte la de Brian.

—¿Por qué no me había enterado de esto hasta ahora? —pregunté, tratando de mantener un tono neutral.

—Lo siento —se rio Gibsie por lo bajo—. No sabía que tenía que consultarte cada vez que hablo con la chica.

—No tienes que hacerlo —murmuré—. Yo solo...

Me llegó el sonido de unos golpes en la entrada principal momentos antes de que se oyera una puerta cerrarse.

—¿Kavanagh? —me llamó una voz grave.

—¡Entra! —gritó Gibsie, respondiendo en mi lugar. Volviéndose hacia mí, me guiñó un ojo y dijo—: Compórtate, tío. El hermano mayor está aquí. Fantástico.

Jodidamente perfecto.

—Joder —exclamó Joey Lynch cuando entró en la cocina unos minutos después con mi móvil en la mano y un precioso moretón bajo el ojo derecho que anoche no vi por estar demasiado borracho.

Ya a plena luz del día, me descubrí evaluando al chaval.

Era alto, aunque yo le sacaba unos buenos siete centímetros, como a la mayoría de los muchachos de nuestra edad.

Obviamente, también estaba en buena forma, pero tenía el típico físico de jugador de hurling, con los músculos delgados y bien definidos, preparado para la agilidad y la velocidad más que para albergar una gran musculatura.

—Deberías poner un guía turístico en la puerta —añadió, estudiando toda la cocina antes de fijar la mirada en mí—. Esta casa es como un museo.

—Eso es —se rio Gibsie—. Es una mansión.

Apartando el taburete, recorrí la distancia entre nosotros y lo saludé.

—Gracias —le dije, cogiéndole el móvil—. Te agradezco que hayas conducido hasta aquí.

—Sí, bueno, el Rey del Clítoris ha sido muy persuasivo —respondió con una sonrisilla. Desviando la mirada hacia Gibsie, arqueó una ceja expectante—. ¿Cómo va mi comida, chef?

—¡Más rápido que una puta en un burdel, buen señor! —vociferó Gibsie por encima del hombro—. ¿Huevo?

—Pero muchacho —comentó Joey, caminando hacia donde Gibsie se agachaba para esquivar las salpicaduras de aceite—, ¿ya eres lo bastante mayor para usar la cocina sin tu mami?

La leche, este tío los tenía bien puestos para entrar en mi casa exigiendo comida.

Curiosamente, me gustó.

Joey Lynch parecía honesto.

Y yo respetaba eso en una persona.

—Lo dudo —contestó Gibsie con una sonrisa—. Es mi primera vez.

Toqueteó los mandos de la cocina y se elevó una enorme llama que le chamuscó una ceja.

—¡Hostia! —bramó Gibsie, abofeteándose—. Me quemo.

—Dame esa cosa antes de que te hagas daño —le dijo Joey, quitándole la espátula de la mano y acercándose para darle la vuelta al beicon y los huevos.

Joey bajó el fuego, le cogió el paño de cocina del hombro a mi mejor amigo y comenzó a limpiar las salpicaduras de grasa.

—Chavales de escuela privada de los cojones —murmuró—. Acostumbrados a que se lo hagan todo.

—Joder, Kav —se rio Gibsie, alejándose un paso de los fogones—. Me equivocaba. Este cabronazo de aquí es papá.

—Hazme un favor, Kav —dijo Joey por encima del hombro—. Ve a ver a mi hermana, ¿quieres?

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Shannon?

Joey asintió y cogió un plato de la encimera. Después de servir varios trozos de beicon, agregó:

—Está fuera, en el coche.

—¿Por qué la has dejado en el coche? —pregunté, en tono serio—. Hace muchísimo frío.

—Porque no ha querido entrar —soltó Joey, como si yo fuera tonto—. A ver si tú consigues que entre, pero no cederá.

No tenía que pedírmelo dos veces.

Ni darme permiso una sola vez, para el caso.

Ya estaba de pie y me dirigía a la puerta principal.

AVASALLADA POR PERROS Y SENTIMIENTOS

Shannon

Conmocionada, permanecí en el asiento trasero del coche de Aoife mirando la casa Kavanagh, sopesando mis opciones.

¿Debía entrar?

¿Debía esperar fuera?

¿Debía hacerme un ovillo y fingir que no estaba allí?

¿Estaba su madre dentro?

¿Estaba su padre allí?

Me moría de vergüenza por lo que pasó el viernes, y aunque había estado bien ir juntos al pub y al cine, había pasado las últimas dos noches despierta, asfixiándome por la humillación de haber vomitado frente a Johnny.

Ese chico me desconcertaba, y estar en su espacio personal era algo que no sabía cómo manejar.

No estaba segura de poder gestionar mis sentimientos por él.

Mi razonamiento se vio interrumpido cuando dos pares de enormes patas de pelaje rubio golpearon contra la ventana.

Sorprendida, volví la mirada para encontrar a dos perras idénticas con collares de color rosa chillón que me observaban, gimiendo con fuerza, con la boca abierta y la lengua colgando hacia un lado.

Sin pensarlo dos veces, deslicé el asiento de Joey hacia delante y salí del coche.

En cuanto puse un pie en la grava, fui atacada a lametones y aullidos mientras ambas perras intentaban escalarme.

—¡Hola, chicas!

Me agaché y las acaricié a ambas.

Mi afecto solo pareció agitarlas, porque una de las perras saltó hacia mí y me golpeó con las patas con fuerza en el pecho.

—Guau.

Perdí el equilibrio y me caí de culo con un fuerte «uuuf».

Nada más tocar tierra, ambas se abalanzaron sobre mí para babearme toda la cara y el cuello.

Riendo, traté de apartarlas, pero fue inútil, pues eran insistentes con su cariño.

En lo que no me había fijado desde el coche fue en que se habían revolcado claramente en estiércol de vaca hacía poco, porque no solo tenían el pelaje enmarañado y lleno de barro, sino que apestaban y mucho.

Después de luchar en vano por ponerme de pie, terminé boca arriba sobre la grava, que estaba empapada por la lluvia, mientras me olfateaban, me tocaban con las patas y básicamente lamían cada centímetro de piel expuesta.

—Sois una pareja muy simpática —les dije con una risilla, renunciando a cualquier intento de escapar. Sentía la humedad filtrándose en mi ropa, pero no hice ningún intento de levantarme.

Tampoco hubiese podido aunque quisiera.

—Hola —me reí, sonriendo a la que había decidido que mi barriga era el lugar perfecto para su trasero.

Tenía las patas presionadas firmemente sobre mis hombros mientras me lamía la cara.

—Eres una chica encantadora, ¿a que sí? —la arrullé, mientras me apartaba para esquivar su lengua de mi boca.

Fue bastante inútil, considerando que tenía a la otra perra de pie junto a mi cabeza, tratando como loca de llamar la atención.

—Cuidado —le advertí a la que estaba junto a mi cabeza—. Tengo la cara delicada.

—¡Bonnie! ¡Cupcake! Abajo —ordenó una voz familiar desde cerca, pero ninguna de las perras hizo caso.

Más bien parecieron redoblar sus esfuerzos por besuquearme hasta el coma canino.

Un instante después, un par de manos me cogieron por debajo de las axilas.

Sobresaltada por el repentino contacto, mis extremidades se cerraron con fuerza por voluntad propia cuando me levantaron del suelo.

Johnny me puso de pie y luego me colocó rápidamente tras él mientras las perras se abalanzaban sobre nosotros.

—¡No! —les ordenó. Con un brazo a mi alrededor, extendió el otro en señal de advertencia—. Bonnie —gruñó—, eres mala. —Miró de repente a la otra perra, que se acercaba sigilosamente—. Cupcake, ni se te ocurra.

Se metió una mano en el bolsillo y sacó una pelota de tenis que agitó frente a ellas, captando su atención al instante.

—Sí, la veis, ¿no? —las persuadió Johnny, y luego la lanzó al otro lado del patio.

La pelota aterrizó en algún lugar fuera de la vista y las dos perras corrieron tras ella.

Aproveché la distracción momentánea para soltarme el pelo y pasármelo sobre el hombro izquierdo, ocultándole así a Johnny ese lado de la cara.

—Perdona —dijo él una vez que perdimos de vista a los animales. Volviéndose para mirarme, me echó un vistazo rápido e hizo una mueca—. Joder, te han dejado hecha un asco.

Estaba tan aturdida por su presencia, sin saber qué hacer o decir en absoluto, que tardé unos segundos en aclarar la mente y darme cuenta de que me estaba hablando a mí.

—¿Eh?

—Tu ropa —aclaró, gesticulando hacia arriba y hacia abajo.

Me miré y contuve un gemido.

Sí, tenía razón.

Estaba rebozada en una combinación de barro, lluvia, mechones de pelo y baba de perro.

—Oh, ah, sí. —Muerta de vergüenza, intenté limpiarme las manos en los pantalones de chándal azul marino que llevaba, pero la baba se me pegaba a los dedos—. Sí, lo estoy —asentí, forzando una pequeña risa, cuando lo único que quería hacer era meterme en el asiento trasero del coche de Aoife y desaparecer.

—Perdona —se disculpó Johnny, que parecía un poco avergonzado—. Son unas salvajes.

Sacudiendo la cabeza, dejé escapar un profundo suspiro y dije:

—No, no pasa nada. No me ha importado. Bonnie y Cupcake son una monada.

—Bonnie y Cupcake son unas malcriadas —me corrigió Johnny con una mueca. Metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones de chándal gris que llevaba puestos, añadió—: Son las perras de mi madre. Las trata como si fueran humanas, así que creen que lo son.

—¿Tus padres están en casa? —pregunté, increíblemente nerviosa ante la idea de que mi hermano estuviera en un espacio cerrado con cualquiera de sus padres.

Joey te las soltaba tal cual las pensaba y solía decir lo que pensaba.

Era muy posible que hablara sobre el incidente de la conmoción cerebral.

—No, han ido a Dublín —me contó Johnny—. Mi padre trabaja allí en estos momentos.

Abrí los ojos como platos.

—¿Estás solo en casa?

Él sonrió.

—No tengo cuatro años.

—Lo sé —respondí, sonrojándome.

—Mis padres viajan por trabajo —explicó, apiadándose de mí—. Normalmente estoy solo.

Por alguna razón, esas palabras me inquietaron.

«Normalmente estoy solo».

Eso era muy triste.

Frunciendo el ceño, Johnny se estiró y me cogió con delicadeza la barbilla con una mano.

—¿Qué cojones es eso? —preguntó, con la voz mortalmente baja pero el fuego ardiendo en sus ojos azules.

—¿Qué? —alcancé a decir, presa del pánico.

Levantándose la barbilla, me apartó el pelo del hombro y soltó un gruñido bajo.

—Eso —recalcó, pasándose el pulgar sobre el pómulos—. Y eso —agregó, acariciándose la piel alrededor del ojo.

El roce fue tan suave que me hizo saltar de los nervios en lugar del dolor.

Dejó caer la mano de mi cara, pero permaneció exactamente donde estaba, tan cerca que le veía la vena latiendo en el cuello mientras tensaba y destensaba la mandíbula.

—Shannon, ¿qué te ha pasado en la cara?

—Ah, ¿eso? —Con una risilla nerviosa, me pasé el pelo por detrás de la oreja.

Me arrepentí inmediatamente del gesto cuando noté la baba como un moco entre mis dedos y pelo.

No era lo bastante malo parecer una vagabunda ya, sino que tuve que ir y sumar el pelo empapado de baba a la ecuación.

—Sí, eso —repitió Johnny, mirándome la mejilla—. ¿Quién te ha hecho eso?

—Nadie. Me caí sobre la torre de Lego de mi hermano anoche y casi me desnucó contra la mesa de la cocina —solté con precisión experta, necesaria para sonar creíble, la frase que había ensayado a la perfección para cuando fuese a clase.

Había estado mintiendo durante tanto tiempo sobre el origen de los cortes y moretones en mi cuerpo que el embuste brotó sin esfuerzo de mis labios.

—¿Esperas que me crea eso? —me sorprendió Johnny diciendo.

Le fruncí el ceño.

Era una buena frase.

Era una frase creíble.

¿Por qué no se lo tragaba?

—Sí —titubeé, nerviosa por su franqueza—. Porque eso mismo es lo que pasó.

Él arqueó una ceja.

—¿De verdad estás intentando decirme que tú misma te pusiste un ojo morado?

Me encogí de hombros, evasiva.

—A veces pasa.

—Normalmente no —soltó—. Debías de estar corriendo a toda velocidad para darte así —añadió, mirándome a los ojos con incredulidad—. ¿Estabas huyendo? —preguntó—. ¿De algo? —Se acercó más—. ¿O de alguien?

El instinto de supervivencia estalló dentro de mí; los rostros de mis tres hermanos pequeños fueron lo que me empujó a pronunciar mis próximas palabras.

—¿Qué estás tratando de decir exactamente?

—No estoy tratando de decir nada, Shannon —repuso acaloradamente—. Te estoy pidiendo que me cuentes la verdad.

—Te estoy contando la verdad —espeté, con voz temblorosa—. Deja de presionarme. —Las lágrimas me ardieron en los ojos, pero enseguida las aparté—. ¡Caray!

Me sentía fatal por haberle mentido sobre todo a él, pero no es que pudiera darme la vuelta y decir «Oh, sí, cuando está borracho, a mi padre le gusta darme palizas y tratarme como a una muñeca de trapo».

Justo en ese momento, el cielo decidió abrirse sobre nosotros, porque descargó una lluvia torrencial típica de marzo que nos empapó a ambos.

Agradecida por el aguacero, me di la vuelta y me apresuré a regresar al coche.

—¡No hagas eso! —me gritó Johnny por detrás—. ¡No vuelvas al puto coche!

Negué con la cabeza y abrí la puerta de un tirón.

—Lo siento, ¿vale? —Johnny me alcanzó y cerró la puerta de nuevo—. No te presionaré. —Me dio la vuelta para que lo mirara y dijo—: No diré una palabra más al respecto.

Extendió la mano para tocarme la cara, pero la desvió rápidamente y se la llevó a la nuca en su lugar.

—¿Vale?

Asintiendo, solté un suspiro entrecortado.

—Vale.

Johnny suspiró pesadamente, con una expresión llena de alivio.

—Bueno, ¿quieres entrar conmigo?

—Probablemente debería esperar en el coche —murmuré, apenas capaz de mirarlo a los ojos—. No quiero molestar, a diferencia del idiota de mi hermano, que no parece tener reparos en entrar en la casa de un extraño y comerse su comida.

—Primero: no soy un extraño para ti, y no molestas —me corrigió Johnny bruscamente mientras la lluvia caía sobre ambos—. Segundo: te estoy invitando a mi casa —añadió, pasándose una mano por el pelo, ahora chorreando—. Te estás empapando. —Me recorrió con la mirada una vez más antes de hacer un gesto con la cabeza hacia la casa—. Yo quiero que entres.

—¿Está seguro? —grazné.

Él asintió lentamente.

—Del todo.

—Hum, vale —accedí en voz baja, dubitativa—. Si estás seguro de que no pasa nada...

—Estoy seguro de que no pasa nada —se burló Johnny—. Vamos.

Se giró y se apresuró hacia la puerta, solo para darse la vuelta y correr de regreso hasta donde yo estaba clavada en el suelo.

Me puso las manos sobre los hombros y me llevó a la casa.

—¿Ves? —me animó cuando ambos estuvimos dentro, con la enorme puerta cerrada detrás de nosotros—. No ha sido tan malo, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

Johnny se sacudió como lo haría un perro, esparciendo gotas de lluvia por todas partes.

—¿Te estás riendo de mí, Shannon como el río? —bromeó al caer en mi sonrisa.

Negué con la cabeza de nuevo.

Esbozó una de esas grandes sonrisas con dos hoyuelos que hacían que se me saliera el corazón del pecho, antes de hacerme un gesto para que lo siguiera por el largo pasillo hasta un espacioso vestíbulo con dos arcadas enormes a cada lado de la sala que llevaban vete a saber dónde.

Con cuidado de mantener los labios apretados, y no quedarme con la boca abierta sin querer, miré la enorme escalera que había en el centro, con sus intrincados balaustres de madera con pequeñas cabezas de león talladas en la parte superior.

—Es una casa antigua —dijo Johnny a modo de explicación—. Tiene como ciento cincuenta años o algo así. —Parecía incómodo mientras hablaba—. Mi madre no quiso cambiar demasiado el diseño original cuando la compramos. Renovamos la mayoría de las habitaciones y pusimos una cocina nueva, pero ella quiso conservar algunas de las partes originales. —Encogiéndose de hombros, agregó—: Dice que el lugar tiene carácter o algo así.

—Tiene razón —asentí en voz baja, dando un giro completo de trescientos sesenta grados para poder contemplar lo ridículamente altos que eran los techos y los candelabros de cristal—. Creo que mi casa entera cabe en este recibidor.

—¡Johnny! —La voz de Gibsie retumbó desde la arcada de la izquierda—. Ya está el papeo.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Johnny mientras me conducía por el largo pasillo hasta la puerta al fondo—. Conociendo a Gibsie, querrá freír la nevera entera.

Sacudí la cabeza y me abracé el cuerpo casi protectoramente mientras lo seguía.

—Estoy bien.

En cuanto Johnny abrió la puerta de la cocina, nos bañó la luz y el delicioso aroma del beicon cocinándose.

—Hey, es la pequeña Shannon —canturreó Gibsie, que se volvió desde un fogón de aspecto impresionante para sonreír y agitar una espátula hacia mí—. ¿Te ha convencido Johnny de que entraras, o ha sido el olor de mis increíbles dotes culinarias lo que te ha cautivado?

—Está lloviendo —musité, conteniendo un escalofrío cuando la humedad de mi ropa comenzó a calarme hasta la piel.

—Has hecho un huevo, Gibs, y bajo mi supervisión —intervino Joey, que estaba sentado en un taburete en la isla central—. No eres la famosa cocinera irlandesa Darina Allen.

—Joder, Lynchy, y menos mal. —Con la sartén en la mano, Gibsie caminó hacia donde estaba sentado mi hermano y le puso un huevo en el plato—. Me gustan mis partes masculinas.

Joey se estiró sobre la encimera para alcanzar la bonita tetera de aspecto clásico y sirvió dos tazas de té antes de agitarla en nuestra dirección.

—Shan, Kav, ¿té?

¿Gibs?

¿Lynchy?

¿Kav?

Aquello era típico de Joey: entablar una amistad con la misma facilidad con que chasqueaba los dedos.

Una repentina sacudida de celos me quemó por dentro; me parecía injusto lo sencilla que era la vida para mi hermano.

Ese trazo de celos se disipó rápidamente cuando un tremendo tsunami de culpa me invadió.

Nada era fácil para Joey.

Sacaba el máximo partido de cada situación.

Solo intentaba sobrevivir como el resto de nosotros.

—¿Te traigo una toalla o algo? —se ofreció en voz baja Johnny, que me miraba de arriba abajo. Frunciendo el ceño, añadió—: Estás empapada.

—Hostia puta —saltó Joey entonces, lo que me sobresaltó—. Pero ¿qué narices te ha pasado?

Se puso de pie mientras dejaba la tetera y se me acercó.

Joey se inclinó hacia mí, me olió y luego retrocedió rápidamente.

—La hostia, Shannon —profirió dando arcadas—. ¿Dónde te has revolcado, en mierda de perro?

«Guau, cuánto tacto, querido hermano, muchas gracias...».

—¡No! —me defendí, y luego traté de olfatearme con disimulo—. No huelo.

—¿Que no hueles? —bufó Joey burlonamente—. Apestas tanto que me escuecen los ojos.

«¡Joder, Joey!».

—Mis perras la han avasallado —se apresuró a intervenir Johnny, pasándose otra mano por el pelo. Seguían cayéndole gotas de agua desde los anchos hombros hasta las baldosas mientras hablaba—. La han tirado al suelo y se le han revolcado por encima.

—Vaya —escupió mi hermano—. Es curioso que mi hermana siempre parece acabar pisoteada y machacada cuando estás cerca de ella, Kavanagh.

Johnny apretó la mandíbula, pero no respondió.

Volviendo su atención hacia mí, Joey dijo:

—Tienes que quitarte la ropa mojada, Shan, antes de que cojas una neumonía.

Abrí la boca para responder, pero mi hermano continuó sin darme oportunidad de hablar.

—¿Tienes algo que pueda ponerse? —preguntó Joey, mirando a Johnny—. ¿O un poco de lejía para tapar ese olor asqueroso?

Johnny asintió lentamente.

—Sí, puedo buscarle algo...

—También podemos simplemente irnos —sugerí, mirando a mi hermano, rezando para que pillara la indirecta—. Deberíamos irnos a casa, Joey.

—No te vas a subir al coche de mi novia oliendo así —replicó él.

—No seas capullo —gruñí—. Llévame a casa.

—No podéis ir a casa todavía. No hemos charlado mientras tomábamos el té —intervino Gibsie—. Y tengo bollos haciéndose en el horno.

—¿Has hecho bollos? —inquirí, momentáneamente distraída—. ¿Tú?

—Sí, yo —contestó con retintín Gibsie, que parecía un poco ofendido—. Que sepas que soy un pastelero maravilloso.

—Lo siento —me apresuré a responder, no había sido mi intención ofenderlo—. Es que no me parecías pastelero.

—Tranqui, me estoy quedando contigo totalmente —se rio—. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. —Señaló los fogones y dijo—: Por lo que sé, esos bollos podrían matarnos.

—¿Bollos asesinos? —Arrugué la nariz ante la idea—. Entonces espero que no te importe si paso.

Gibsie se rio entre dientes.

—Me caes bien. —Miró por encima de mi cabeza y repitió—: Me cae bien. —Luego volvió a dirigirse a mí—. Pero hueles fatal. —Se tapó la nariz con los dedos y añadió—: Tu hermano tiene razón, tienes que cambiarte.

—Vale, me voy a casa... —comencé a decir, pero me interrumpieron una vez más, ahora Gibsie.

—Johnny, puede darse una ducha aquí, ¿no?

Se me salieron los ojos de las órbitas.

—¿Qué?

—Eh, sí, supongo —contestó lentamente Johnny, que todavía estaba de pie detrás de mí—. Si ella quiere.

Joey, que había regresado a su asiento en la isla, asintió con la cabeza.

—Buena idea, Gibs —exclamó, entre bocados de huevo y salchicha—. Lávate ese olor a perro mojado antes de que tengamos que volver a casa en un espacio cerrado.

—Yo no huelo —murmuré.

—Apestas —declararon Gibsie y Joey al unísono.

—Idos a la mierda y dejadla en paz —intervino Johnny, que parecía molesto—. No huele mal en absoluto.

—Tú no lo hueles porque eres inmune —replicó Gibsie. Dirigiéndose a Joey, agregó—: Deja que el pulgoso duerma en su cama todas las noches.

—Vuelve a llamar pulgosa a mi perra y te comes esa sartén —advirtió Johnny.

—Mis más sinceras disculpas, caballero. —Gibbie levantó las manos en señal de paz—. No pretendía insultar a su precioso chuchito.

Ignorando las risitas y las bromas, me giré y miré a Johnny.

—Lo siento mucho.

Su atención pasó de los chicos a mí y se quedó allí.

—No pasa nada, Shannon. —Su voz sonaba impasible, pero en sus ojos ardía algo que tuve miedo de descifrar porque tenía la clara sensación de que, en ese momento, mis ojos reflejaban los suyos—. Puedes lavarte en mi baño.

—No, de verdad, estoy bien —insistí. Me ardía la cara de vergüenza—. No tengo por qué ducharme en tu casa.

—¡Joder, ya lo creo que sí! —gritó Joey—. Iba en serio cuando he dicho que no te subirás al coche de Aoife así. En ese estado, podrían hasta seguirnos el rastro.

—Joder ya —espetó Johnny.

Abrió la puerta de la cocina de golpe, me cogió de la mano y prácticamente me arrastró por el pasillo.

—Vamos —sentenció—. Yo me ocupo de ti.

—Eh, vale —acerté a decir, porque, para ser sincera, ¿qué caso me iba a hacer el gigantesco jugador de rugby que me guiaba por su casa?

Se movía rápido, con mi mano aún en la suya, y tuve que correr para seguir sus largas zancadas.

No paró hasta que llegamos al final del rellano y nos detuvimos frente a una puerta cerrada.

Me di cuenta de que habíamos pasado al menos media docena de puertas más en aquella parte del descansillo, pero estaba demasiado aturdida tratando de seguirle el paso para poder evaluar realmente mi entorno.

Johnny me soltó la mano, empujó la puerta hacia dentro y entró, haciéndome un gesto para que lo siguiera.

Lo hice, y fue como entrar en una versión de dormitorio del salón de la fama.

La habitación era enorme, las paredes eran azules y en el centro de la estancia había una enorme cama con dosel.

Había una zona de entretenimiento frente a la cama que parecía un cine en miniatura, pero ninguno de esos detalles fueron lo que destacó en mi mente.

Fueron las filas y filas de trofeos y medallas que llenaban las paredes lo que atrajo mi atención de inmediato.

Camisetas enmarcadas cubrían las paredes, junto con varias gorras de aspecto peculiar y pósteres de la selección irlandesa de rugby.

Había un enorme escritorio de roble instalado en la pared del fondo, entre dos ventanas.

Sobre este había un ordenador portátil que parecía caro y montones de libros de texto y exámenes.

Encima colgaba un enorme tablero de corcho que estaba fijado a la pared.

Pegadas a este había innumerables fotografías de diferentes atletas famosos.

Y en todas y cada una aparecía Johnny junto a ellos.

—Pues —dijo este encogiéndose de hombros— esta es mi habitación.

Se dirigió hacia su cama y con unas patadas escondió debajo de ella varias prendas.

—Es bonita —declaré, mordiéndome el labio mientras miraba alrededor.

Al estilo típico de un adolescente, era un completo desastre.

Había ropa tirada por todas partes, y los mandos y juegos de la PlayStation estaban esparcidos por el suelo alrededor de la tele que había junto a un par de pufs de cuero.

—Puedes ducharte aquí —indicó Johnny entonces. Sacudiendo la cabeza, se puso en marcha y se encaminó hacia una puerta en el rincón izquierdo de su habitación, cerca de su cama.

—Si insistes... —grazné, sintiéndome increíblemente cohibida por estar de pie en su espacio personal e ir a quitarme toda la ropa.

Éramos unos extraños prácticamente.

Sentía que no debía estar en su cuarto.

Sentía que no debía estar allí, pero me gustaba tanto...

—Claro, no hay problema —respondió rápidamente, abriéndome la puerta. Metió la cabeza dentro un segundo antes de volver a salir—. Hay toallas limpias en el estante. Usa lo que quieras.

Ay, madre.

Eso era una locura.

Era demasiado surrealista.

Había salido de casa esa mañana para comprar unas patatas fritas y una lata de Coca-Cola, y ahora estaba en la habitación de Johnny Kavanagh, a

punto de darme una ducha en su baño privado.

¿Cómo estaba pasando esto?

—¿Quieres que meta tu ropa en la secadora mientras estás en la ducha?
—se ofreció, devolviéndome al presente.

—¿Mi ropa? —Me llevé las manos a la cintura y rápidamente negué con la cabeza—. Eh, no, no hace falta.

Él asintió tenso y lo vi esconder a patadas varias prendas más debajo de la cama.

—Te dejaría algo de mi madre, pero cierra su vestidor cuando viaja.

—¿Su vestidor?

—Sí, eh, mi madre trabaja con ropa. —Johnny se removió incómodo—. Para mí es más una habitación que usa como un jodido armario gigante, pero ella lo llama su oficina —añadió. Entonces sonrió, claramente pensando en algo divertido—. Gibbs entró una vez y destrozó una prenda importante en la que estaba trabajando para una nueva línea, así que ahora lo mantiene cerrado cuando está en Londres.

—¿Tu madre diseña ropa?

—Sí.

Abrí los ojos como platos.

—¿Como una diseñadora de moda?

Johnny asintió.

—¿En Londres?

Volvió a asentir.

—¿En serio?

—Sí.

Guau...

—¿Qué hace tu padre? —murmuré—. ¿Es médico?

—No, es abogado —respondió sin pestañear.

Qué barbaridad.

Su madre era diseñadora de moda y su padre, un abogado de categoría, flipa.

«Bueno, al menos eso explica la mansión donde estoy».

Johnny dirigió rápidamente la mirada a su mesilla de noche y luego abrió de golpe el cajón superior para meter todo lo que había encima de una pasada.

—Iré a buscarte algo mío que puedas ponerte —farfulló, con las mejillas ligeramente sonrojadas, mientras cerraba el cajón y escondía a patadas debajo de la cama un montón de papeles que se habían caído de la mesilla—. Dejaré algo de ropa encima del colchón por si quieres... Elige lo que quieras.

Vacilante, di un paso hacia delante y tres pasos hacia atrás, antes de respirar hondo y dirigirme hacia la puerta del baño.

Johnny se hizo a un lado para que pasara, pero era tan grande que aun así nos rozamos.

—Gracias, Johnny —susurré antes de apresurarme a entrar en su baño, con un revuelo de hormonas y el corazón desbocado.

—De nada, Shannon —lo escuché decir justo antes de cerrar la puerta. Madre mía.

¿Qué demonios estaba pasando?

RESPUESTAS

Johnny

—Tengo una pregunta, Joey el hurler —dije con retintín cuando volví a la cocina, después de haber dejado a su hermana desnuda en mi ducha.

—Adelante, Señor Rugby —replicó Joey, impasible.

Dirigí la mirada hacia Gibsie e hice un gesto hacia la puerta.

—Necesito un minuto, Gibs.

Mi mejor amigo debió de ver la rabia en mis ojos porque, por una vez en su vida, no hizo ningún comentario gracioso ni una broma.

Se puso de pie y salió de la cocina, cerrando la puerta detrás de él.

—Bueno —dije cuando estuvimos solos, mirando fijamente a Joey—. ¿Quién cojones le está poniendo las manos encima a tu hermana?

Joey levantó mucho las cejas.

—Sí, ya me has oído —gruñí—. La encontré a cuatro patas en el instituto el viernes, vomitando hasta la primera papilla. —Me pasé una mano por el pelo, rabioso y más que agitado—. Algo le está pasando y quiero saber qué es.

—¿Por qué?

—Porque quiero arreglarlo.

—¿Por qué?

—Porque nadie debería ponerle una mano encima —ladré.

—¿Qué te ha contado? —preguntó Joey con calma.

—Que se cayó sobre los Legos —contesté entre dientes.

«Caerse sobre los Legos mis cojones».

«Más bien se cayó sobre un puño».

Joey me estudió profundamente con esos ojos verdes durante un buen rato antes de asentir.

—Si Shannon dice que eso fue lo que pasó, entonces eso fue lo que pasó.

—¡N-no! No me vengas con esa mierda —siseé, frustrado—. Esta no es la primera vez que la veo con marcas. —Recordaba claramente haberle visto una marca roja en la cara hacía un par de semanas, y otra en la nuca el viernes—. ¿Qué le está pasando?

Joey se recostó en su taburete, mirándome con una expresión de superioridad que me reventó.

Él sabía algo que yo no, y me estaba volviendo loco.

Ya no estaba seguro de que Joey el hurler me cayera tan bien.

—¿Quién le está pegando a tu hermana? —repetí.

Joey tenía que contarme algo antes de que sacara conclusiones precipitadas y le diera una paliza.

—¿Son esos idiotas de tu instituto?

«¿La habían cogido por lo que hice en el bar el viernes?».

—¿Fueron ellos? —exigí saber—. ¿Esas chavalas?

Joey permaneció en silencio.

—¿Se está haciendo daño a sí misma? —pregunté.

Él continuó mirándome.

—¿Se lo estás haciendo tú?

Joey arqueó una ceja.

—Chaval, será mejor que empieces a hablar porque, hermano o no, te voy a dar de hostias.

—Tendrás que hablar con Shannon —dijo finalmente—. No puedo darte las respuestas que quieres.

—Sí que puedes —espeté—. Solo tienes que abrir la boca y hablar.

—No. —Sacudió la cabeza—. Ni puedo ni lo haré. Si ella confía lo suficiente en ti, te lo contará. Si no lo hace, pues no lo hará. Sea como sea, no es decisión mía.

—¿Qué cojones se supone que significa eso? —repuse hecho una furia—. ¿No es decisión tuya?

—Exactamente lo que he dicho —respondió Joey—. Significa que no es mi decisión. Pero te puedo asegurar que nunca le he puesto las manos

encima a mi hermana —añadió, mirándome con dureza—. Ni a ninguna otra mujer para el caso.

—Quiero saber qué está pasando, Lynch —le increpé, esforzándome por recurrir a todo mi autocontrol—. Si la están acosando o algo así, entonces puedo ayudar. Puedo arreglar esto si me lo cuentas.

Levantó las cejas.

—¿Tú puedes arreglar esto?

—¿Por ella? —Asentí con determinación—. Ya lo creo.

—Te gusta. —Joey arqueó otra ceja e inclinó la cabeza hacia un lado—. Tal vez incluso más que eso.

No me molesté en negarlo.

—Quiero saber qué está pasando —fue todo lo que contesté—. Necesito saberlo.

—Mira, me encantaría contártelo —declaró Joey finalmente con un profundo suspiro—. No tendría ningún puto problema en desembuchar. No tengo nada que esconder. Pero ella... —señaló la puerta a mis espaldas— no querrá que lo haga. Se moriría si pensara que alguien se entera de sus cosas. Después de toda la mierda que le pasó en el instituto de Ballylaggin, quiere hacer borrón y cuenta nueva en Tommen. Y yo también quiero eso para ella.

—Entonces ¿sí que la están acosando? —Se me hundió el maldito corazón—. ¿Alguien en Tommen? —Si alguien en mi instituto le hacía eso en la cara, iba a quemar el jodido centro—. ¿O de su antiguo instituto?

Joey se me quedó mirando un buen rato antes de negar con la cabeza.

—Mira, Kavanagh —dijo finalmente—, si quieres saber qué pasa dentro de esa cabeza suya, entonces gánatelo.

—¿Que me lo gane? —Fruncí el ceño ante sus palabras—. Que me gane ¿qué?

—Eres un tío listo —replicó—. Seguro que lo averiguas.

Negué con la cabeza.

—No...

Mis palabras fueron interrumpidas por el teléfono de Joey cuando sonó con fuerza.

La mar de tranquilo, levantó un dedo y se sacó el móvil del bolsillo, miró la pantalla y luego murmuró una serie de palabrotas antes de llevárselo al oído.

—¿Qué cojones quieres? —soltó.

Se bajó del taburete y caminó hacia los fogones dándome la espalda mientras hablaba en voz baja.

—No, te dijeron que... No hay vuelta atrás... Me importa una mierda lo arrepentido que estés... No... ¿Que está dónde?

Observé cómo todo el cuerpo de Joey se tensaba.

Intenté escuchar a la persona al otro lado de la línea, pero fue imposible.

—¿Cuándo ha pasado eso...? ¿Y el bebé...? Vale... No... ¿Qué cojones quieres que diga...? ¿Por qué voy a estar triste...? Es un alivio, joder, eso es lo que es... Vale... Claro, allí estaré... He dicho que iría, ¿no?

Eché un vistazo hacia atrás y me pilló mirándolo.

Arqueé una ceja, sin importarme una mierda que supiera que estaba escuchando a escondidas.

—Allí estaré —cortó Joey en voz baja—. Estoy en camino.

Dicho eso, colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Tengo que pirarme —me anunció en ese tono tranquilo, frío y sereno suyo.

—¿Pirarte? —Lo miré boquiabierto—. ¿Adónde?

—Tengo que ir a un sitio —fue todo lo que respondió, y luego se dirigió hacia la puerta.

—Espera, joder —exigí, interponiéndome en su camino—. Tu hermana está en la ducha.

—Sí. —Se frotó la mandíbula y dijo—: Voy a necesitar que te encargues de ella por mí.

—¿Encargarme de ella? —Negué con la cabeza, tratando de comprender qué cojones estaba pasando—. Quieres que me encargue de tu hermana, así que ¿vas a dejarla aquí? —pregunté—. ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé —replicó Joey.

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé —escupió—. ¿Te molesta?

—No me molesta que esté aquí —gruñí—. Me molesta que la dejes aquí y no tenga ni puñetera idea de qué decirle.

—Muy bien —espetó Joey, fulminándome con esos ojos verdes—. Dile a mi hermana que acaba de llamar nuestro padre. Nuestra madre tuvo un aborto espontáneo el viernes por la noche y ahora están de camino a casa desde el hospital.

—Mierda —murmuré.

—No tienes ni puta idea —sentenció Joey mientras me hacía a un lado y se iba echando humo por el pasillo.

—¿Quieres que la lleve directamente a casa? —pregunté, sin tener ni idea de cómo gestionar aquello. Lo seguí, completamente perdido—. O la llevo al hospital...

—Quiero que te encargues de ella, joder —rugió Joey. Se detuvo en la puerta y se dio la vuelta para echarme una mirada asesina—. ¿Puedes hacer eso, Johnny Kavanagh? ¿Puedes cuidar de mi hermana por mí?

—Sí —asentí entre dientes. No me gustó su tono, pero sabía que debía de estar pasándolo mal por algo—. Puedo.

—Bien —sentenció—. Llamaré en cuanto pueda para organizar la recogida. Quédate con ella hasta que te llame, ¿vale?

«¿Organizar la recogida?».

¿Qué cojones pensaba que era su hermana?

¿Un jodido paquete?

Sabía que el chaval debía de estar viviendo un infierno en ese momento, así que me limité a asentir y le guardé mi número en el móvil, que me tendió antes de devolvérselo.

—¡Gussie! —ladró Joey, guardándose el teléfono de nuevo en el bolsillo—. Me voy, por si quieres que te lleve de vuelta a la ciudad a por tu coche.

Gibbie asomó la cabeza por la puerta de la sala de estar.

—¿Todo bien? —preguntó, mirándonos a uno y otro, confundido.

—Ve —le dije a Gibbie, haciéndole un gesto para que siguiera a Joey, que ya iba por el camino de entrada hacia su coche.

—¿Seguro?

Asentí con rigidez.

Por suerte, Gibbie tuvo la prudencia de no hacer preguntas.

En cambio, me hizo un gesto rápido de despedida y corrió tras el hermano de Shannon.

Dejé escapar un suspiro entrecortado, me acerqué a la puerta y la cerré en silencio.

¿Qué cojones iba a hacer?

MALAS NOTICIAS

Shannon

Tardé una cantidad de tiempo ridícula en conseguir la temperatura correcta del agua, porque, al parecer, le gustaba que el agua le achicharrara la piel.

Cuando finalmente bajé la temperatura a una soportable y sentí que los potentes chorros me bañaban, me costó mucho salir.

En serio, su ducha era increíble.

Era una combinación de baño con grifería fija en la parte superior, por lo que tuve que quedarme de pie en una bañera con forma ovalada y echar la cortina, pero juro que aquello solo mejoró la ducha más lujosa que me había dado en la vida.

Usar su champú y jabón me pareció extrañamente inapropiado, como si no debiese estar haciéndolo, pero estaba sucia y apestaba muchísimo, así que me enjaboné el cuerpo con un poquito de cada botella de aspecto sofisticado que encontré en el estante.

Cuando finalmente estuve limpia y olía a gel de baño para chicos, y no a perro mojado, salí, me envolví en una toalla limpia e hice una bola con mi ropa sucia.

El olor que emanaba de ella era tan asqueroso que dejé caer inmediatamente el bulto y tuve que respirar por la boca durante varios segundos para evitar las arcadas.

Joey y Gibsie tenían razón.

Sí que apestaba.

De ningún modo podía volver a ponerme ninguna de mis prendas sin vomitar a chorro.

Presionando la oreja contra la puerta, escuché atentamente para asegurarme de que su habitación estuviera vacía antes de salir.

Suspiré con alivio y me acerqué de puntillas a la cama, donde había una enorme pila de ropa esparcida en el borde del colchón.

Me pasé el pelo sobre un hombro y comencé a inspeccionar las prendas que me había dejado allí.

Tras examinar media docena de camisetas, cogí la más pequeña, que resultó ser talla XL.

Era de color azul, suave al tacto y olía a Johnny.

Me la puse rápidamente.

El dobladillo me llegaba hasta la mitad de los muslos y las mangas, hasta los codos, haciéndome saber que era prácticamente un hobbit en comparación con él.

Temblando de frío, pasé a rebuscar entre los pantalones, pero mi ansiedad aumentaba con cada descomunal prenda de chándal que cogía.

Me sostuve un par contra el cuerpo y solté un sollozo de frustración al ver que me llegaban al pecho.

Entonces vi los calzoncillos blancos tirados en medio de la pila de ropa y dejé escapar un suspiro.

¿Los había dejado allí a propósito?

¿Eran para mí?

¿No era un poco raro?

Madre mía, ¿eran Calvin Klein?

Al observarlos más de cerca, confirmé que eran, en efecto, calzoncillos de marca.

Mis bragas venían en un paquete de siete por cinco libras.

En ese momento, fui muy consciente de nuestras diferencias sociales.

Su madre era diseñadora de moda, joder.

La mía era limpiadora.

Su padre era abogado.

El mío también pasaba mucho tiempo en los tribunales, pero en el lado opuesto de la ley.

Su casa apestaba a dinero y lujo.

La mía apestaba a whisky y dolor.

Sus pantalones de chándal me llegaban al pecho de lo enormes que me quedaban, y en el momento en que solté la cinturilla, me cayeron hasta los tobillos.

Me los volví a subir, los sujeté y me arrastré torpemente hacia el baño, tratando de no tropezarme con las perneras en el proceso.

Cogí mi goma del pelo, que había dejado en el estante de la ducha, e hice un nudo flojo a un lado de los pantalones para sujetarlos.

Lo que duró unos dos segundos, hasta que volvieron a caer al suelo.

Abatida, me puse los calzoncillos de nuevo, ignorando la voz en mi cabeza que me decía que no debía hacerlo, saqué la goma del pelo de los pantalones de chándal traidores e hice un nudo firme en los calzoncillos.

Sin saber qué hacer a continuación, volví a su habitación y comencé a doblar la ropa desechada.

No tenía ni pajolera idea de por qué estaba haciendo aquello, pero tuve la sensación de que él no lo haría y no quería que se quedara con la ropa arrugada, porque la había sacado toda del armario por mí.

Estaba doblando la última camiseta sobre la cama de Johnny cuando me fijé en algo que sobresalía de debajo de ella.

Algo que se parecía a mí.

Me agaché para recoger el periódico con manos temblorosas y me quedé mirando nuestra foto.

Se la había guardado.

En su habitación.

Debajo de la cama.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

«No significa nada».

«Es una foto bonita».

«Eso es todo».

«No saques conclusiones».

Estaba completamente absorta en mis pensamientos cuando oí un gemido grave que provenía de algún lugar cercano.

Dejé caer el periódico al suelo y me quedé completamente quieta para escuchar con atención.

Unos segundos más tarde, el ruido de gemidos volvió.

¡Venía de la cama!

Con los pelos de punta, cogí una camiseta doblada al azar como si me fuera la vida en ello y agaché la cara hacia los pies de la cama, donde el edredón estaba hecho una bola.

Estaba segura de que los gemidos procedían de ahí.

—¿Hola? —susurré, sin dejar de mirar el edredón.

La tela se movió de un lado a otro rápidamente a modo de respuesta.

—¡Ostras! —grité, tambaleándome hacia atrás.

Dejé caer la camiseta de Johnny al suelo y me llevé una mano al pecho mientras observaba la cama como si fuera una escena sacada de *Poltergeist*.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté cuando recuperé la voz.

Tenían que ser imaginaciones mías.

—¿Hola?

El edredón volvió a moverse.

—¡Ay, la leche!

El edredón empezó a levantarse.

¡A la mierda!

Esta vez, grité a todo pulmón mientras me alejaba de la cama.

Al chocar contra la cómoda a mi espalda, perdí el equilibrio y me caí al suelo boca abajo, raspándome de paso la barbilla con el duro parquet.

Sin inmutarme por haberme comido el suelo, me puse de pie, solo para derrumbarme hecha un gurrño cuando se me enredaron los pies en los gigantescos pantalones de Johnny, que había olvidado recoger.

Liberando el pie, y todavía gritando como una loca, me levanté del suelo y corrí hacia la puerta del dormitorio.

Esta se abrió hacia dentro al mismo tiempo que yo tiraba de la manija, y fui recibida por un desconcertado Johnny.

—¿Qué pasa? —quiso saber, con la preocupación brillando en los ojos—. Shannon, ¿qué cojones ha pasado?

—¡Hay algo en tu habitación! —grité, abalanzándome sobre él.

—¿Qué quieres decir con que hay algo en mi habitación? —repuso Johnny, pasándome los brazos alrededor de la cintura—. ¿Shannon?

Intentó apartarme de él, pero me aferré con más fuerza, apretando los muslos y los brazos tanto como pude.

Suspirando profundamente, me frotó la espalda con una mano y preguntó en un tono mucho más suave:

—¿Qué ha pasado?

—Hay algo en tu cama.

Cerrando los ojos con fuerza, me aferré a su cuerpo a más no poder.

—Debajo del edredón —alcancé a añadir mientras me recorría un fuerte escalofrío—. Va en serio. ¡Lo he visto moverse, dos veces! —Enterré la cara en su cuello y dije como pude—: ¡Creo que hay un fantasma en tu cama!

—Shannon, no hay ningún fantasma en mi cama —afirmó Johnny, que sonaba divertido ahora.

—Que sí —espeté, estremeciéndome de nuevo—. Lo he visto, y no te rías de mí.

—No me estoy riendo de ti —me dijo, mientras se reía—. Ven, te demostraré que aquí no hay fantasmas.

Entonces oí con claridad un ladrido, lo cual me detuvo en medio de mi ataque.

—Hey, cosita —arrulló Johnny—. Le has dado un susto de muerte a mi amiga.

¿Cosita?

Lentamente, levanté la cabeza y me volví hacia la cama.

Una labrador de color negro asomó por debajo del edredón.

El alivio me arrolló como un tsunami, seguido rápidamente de una generosa dosis de realidad.

La perra salió de debajo del cobertor, moviendo la cola con tanta fuerza que golpeaba contra el colchón.

—Shannon, esta es Sookie —se rio Johnny—. Tu fantasma.

—Oh. —Relajando brazos y piernas, dejé ir su cuerpo, con cada centímetro de mi piel ardiendo de vergüenza—. Oh, eso tiene más sentido.

Me sentí mareada, así que me dejé caer sobre el borde de la cama con una mano contra el pecho y solté un suspiro entrecortado.

—Tu perra —jadeé, respirando con dificultad—. Duerme en tu cama.

No era una pregunta.

Solo estaba tratando de relacionarlo todo.

—He dicho «Hola» y ella ha movido la cola. Pensé que era un...

—¿Fantasma? —aventuró Johnny, sonriendo.

Negué con la cabeza.

—No bromees —murmuré, todavía temblando mientras la adrenalina en mí se disipaba lentamente—. Aún no.

Sookie me plantó la húmeda nariz en la piel del muslo y me acarició con suavidad, distrayéndome.

—Mírate —susurré, dedicándole mi atención.

Estaba claro por las canas en su cara que era mayor.

—Eres tan adorable...

Me acerqué a ella y le puse una mano sobre la cabeza para acariciarla delicadamente.

—Ella sí que es adorable —declaró Johnny—. Esta es mía, y se porta mucho mejor que las otras dos.

—Bueno, Sookie, casi me provocas un ataque al corazón con tus impresionantes habilidades para esconderte —añadí, sintiendo que mi corazón recuperaba poco a poco su ritmo natural—. Pero sigues siendo muy adorable.

Dejé caer la cabeza entre las manos y gemí por lo bajo.

—Uf, estoy tan avergonzada... ¿Me habéis oído gritar desde la cocina?

—En realidad, solo estaba yo —respondió—. Subía para hablar contigo cuando te he oído gritar.

Se me aceleró el corazón.

—¿Hablar conmigo?

—Sí, tu hermano ha tenido que salir pitando mientras estabas en la ducha.

—¿Joey se ha ido? —grazné, sintiendo una repentina oleada de pánico—. ¿Ha pasado algo malo?

Johnny asintió y juntó las manos, con los codos apoyados en sus enormes muslos.

—¿Qué? —alcancé a preguntar—. ¡Dímelo, Johnny!

—Es, eh, es tu madre, Shannon —anunció finalmente, en tono seco.

—¿Qué pasa con mi madre? —inquirí en un susurro—. Ay, por favor, ¿está muerta?

—No, no, joder, no —se apresuró a decir Johnny. Volviéndose hacia mí, suspiró acongojado y me cogió una mano temblorosa con la suya, grande y cálida, antes de explicarse—: Tuvo un aborto espontáneo.

Estaba muerta por dentro.

Tenía que estarlo.

Eso o yo era el mal personificado.

No había otra explicación para ello.

Sentir alivio por la interrupción de un embarazo era la infamia más repugnante, horrible e imperdonable sobre la faz del planeta.

Y eso fue lo primero que sentí cuando las palabras salieron de la boca de Johnny.

Una aplastante oleada de puro alivio se apoderó de mi cuerpo por un brevísimo momento mientras mi cerebro registraba la gratitud que me invadía el corazón al saber que no nacería otra criatura en ese infierno.

Ya era bastante malo que hubiéramos nacido siquiera.

—Joder, lo siento tanto, Shannon —dijo Johnny, apretándome la mano—. No soporto haber tenido que contártelo.

—¿Ella está bien? —pregunté, cuando recuperé el habla.

Johnny asintió.

—Tu hermano ha dicho que está bien y que tuvo un aborto espontáneo el viernes, aunque probablemente sabías que estaba en el...

—Claro —me apresuré a mentir para encubrir la desgracia, sintiendo la punzada de las lágrimas en los ojos mientras el asco y el odio hacia mí misma se apoderaban de mí—. Sabíamos que algo pasaba.

¿Eso fue lo que pasó?

¿Allí es adonde fue?

¿Estuvo sola en el hospital todo el fin de semana sin que ninguno de nosotros lo supiera?

Nosotros criticándola por ser una mala madre y ella acostada en una cama de hospital, perdiendo a su bebé.

Ay, madre.

—Por supuesto. —Johnny asintió y soltó otro profundo suspiro—. Joey me ha pedido que te diga que tu padre la recogerá del hospital y que ambos estarán en casa pronto.

Me quedé helada.

El peso del dolor y el temor anticipado se me posó sobre los hombros como la mano de un viejo amigo.

Así de familiarizada estaba con el miedo.

No se me habría hundido más el corazón ni aunque le hubiera atado un peso y lo hubiera arrojado al océano.

Mi padre había vuelto.

¿Por qué había vuelto?

¿Por qué no podía simplemente irse para siempre?

—Tu hermano quiere que te quedes aquí un tiempo. Ha dicho que llamaría cuando pudiera venir a buscarte... —Johnny hizo una pausa antes de agregar—: Pero puedo llevarte a casa cuando quieras, ¿vale?

—Joey no debería haberte puesto en esta situación —gruñí, luchando por mantener las emociones a raya—. Lo siento mucho. —Me puse de pie para marcharme—. Ya podemos irnos.

—Shannon. —Con tiento, Johnny me cogió la muñeca con una mano—. No quiero que te vayas —declaró bruscamente, sentándome de nuevo a su lado—. Te quiero aquí. —Apoyó una mano en la cama justo detrás de mi espalda y se inclinó hacia mí—. Quiero que te quedes conmigo.

Negué con la cabeza, incapaz de formar una sola palabra.

Tenía un sabor horrible en la boca.

Coincidía con el que tenía en la boca del estómago.

Era el de la muerte inminente.

Mi padre había vuelto.

En cuanto saliera de esa casa y regresara a la mía, el interminable círculo vicioso continuaría.

De repente, no quería marcharme de esa habitación jamás.

«No llores, Shannon Lynch —me advertí—. ¡No derrames una lágrima más!».

Dejé caer la cabeza y parpadeé como una loca, tratando desesperadamente de contener el llanto, que amenazaba con derramarse en lágrimas grandes y gruesas.

No funcionó.

Una lágrima me resbaló por la mejilla, seguida en rápida sucesión por otra y luego otra más.

—Te voy a abrazar —me susurró Johnny al oído—. Dímelo si no quieres, ¿vale?

Sollozando, me giré hacia él y enterré la cara en su costado, respondiendo con aquel gesto a su pregunta.

Johnny me rodeó con los brazos y me acercó a él, y yo me aferré a su camiseta con una mano, apretando la tela con fuerza, mientras me sacudía entre sollozos.

—Estoy aquí —me dijo, con voz áspera y pastosa, mientras trazaba círculos lentos sobre mi espalda—. Si necesitas a alguien con quien hablar —me acercó más hacia sí—, aquí estoy.

No podía dejar de llorar y no sabía si era por el miedo de soportar los abusos de mi padre, o el aborto espontáneo de mi madre, o las emociones que habían crecido en mi interior debido al chico en cuyos brazos estaba en ese momento.

Incapaz de controlarme y buscando desesperadamente el consuelo y la seguridad que rezumaba de él a mares, hice algo de lo más imprudente.

Me subí sobre su regazo.

Johnny se tensó de arriba abajo y apartó las manos de mi cuerpo, pero no me detuve.

No podía.

Con las rodillas a ambos lados de sus muslos, le pasé los brazos a su alrededor y le enterré la cara en el cuello.

—Abrázame —sollocé, con el rostro oculto—. No me sueltes.

—Vale. —Me puso una gran mano en la parte de atrás de la cabeza y la otra en la espalda para sostenerme contra su pecho, meciéndome lentamente en su regazo—. No lo haré —susurró, estrechándome entre sus brazos.

Temblando, me aferré a su cuerpo y recé para que él fuera mi fuerza en ese momento, porque yo ya no podía más.

No podía vivir así.

Estaba tan sola.

Toda mi vida.

Estaba tan asustada...

ES TU CUMPLEAÑOS

Shannon

Pasé unos buenos veinte minutos entre los brazos de Johnny mientras intentaba desesperadamente controlar mis emociones.

Al final, cuando sentí que ya no me quedaba ninguna lágrima más por derramar, me aparté para mirarlo.

La compasión ardía en esos ojos azules mientras me observaba con atención.

—Hola —sollocé, avergonzada.

—Hola —dijo Johnny con voz ronca mientras me apartaba el pelo, que tenía húmedo, de la cara y me lo pasaba sobre el hombro.

—Gracias —grazné, resistiendo el impulso de presionar mi mejilla en su mano.

—¿Por qué? —preguntó con interés, colocándome mechones de pelo sueltos por detrás de las orejas.

—Por abrazarme y no soltarme —respondí en un hilo de voz.

Él sonrió con tristeza.

—Para eso estoy. ¿Quieres hablar de ello? —me planteó entonces, con la mirada clavada en mis ojos.

Negué rápidamente con la cabeza, pues quería desecharlo todo y concentrarme en lo único bueno de mi vida.

Él.

Johnny me miró con recelo.

—¿Estás segura?

—Quiero olvidarme de eso —le confesé—. No quiero ni pensar en ello. En absoluto... Al menos hasta que tenga que volver a casa y enfrentarme a ello.

—Si eso es lo que quieres, entonces eso es lo que haremos —contestó Johnny con voz ronca.

Me derrumbé de alivio.

Qué chico.

Madre mía.

—¿Tienes hambre? —dijo entonces, soltándome las caderas y quitando así la reconfortante sensación de sus manos sobre mi piel.

Mi estómago gruñó ante su propuesta mientras me bajaba de mala gana de su regazo.

—Tomaré eso como un sí —rio Johnny por lo bajo.

Sacudiendo la cabeza, se puso de pie y ayudó a Sookie a bajar de la cama antes de girarse para sonreírme.

—Vamos, Shannon como el río. —Inclinó la cabeza hacia la puerta—. Déjame alimentarte.

Con piernas temblorosas, seguí a Johnny y Sookie a través del largo pasillo hasta la enorme escalera.

Tuve que luchar contra la sonrisa que amenazaba con escapárseme cuando se detuvo en lo alto para coger a Sookie y luego procedió a bajar con la enorme labrador de mínimo treinta y cinco kilos acunada en sus brazos como si fuera un bebé.

—Artritis —explicó en tono avergonzado cuando me pilló mirándolo—. Es mayor. —La bajó con cuidado cuando llegó a la planta baja y miró cómo zanqueaba por el pasillo antes de añadir—: Pero tiene un espíritu joven.

Yo iba descalza y en cuanto mis pies tocaron las frías baldosas, chillé y volví de un salto a la enmoquetada escalera.

—¡Ostras! —chillé, temblando—. El suelo está superfrío.

—Espera —dijo Johnny, que volvió a subir las escaleras para regresar unos minutos más tarde con un par de calcetines.

Me los dio y me senté en el escalón para ponérmelos.

—Gracias —murmuré, subiéndome los enormes calcetines negros.

Mira tú por dónde, eran Nike.

Y no una falsificación.

—No hay problema —respondió Johnny mientras me observaba. Rascándose la mandíbula, agregó—: No sé por qué no he pensado en los calcetines.

—No pasa nada —le aseguré, subiéndomelos hasta las pantorrillas antes de ponerme de pie—. Yo, eh... —Me encogí de hombros con impotencia y me señalé las piernas, apenas cubiertas solo por sus calzoncillos—. ¿Les importará a tus padres? —Nerviosa, me pasé el pelo por detrás de la oreja—. Quiero decir, no pensarán que...

—No —contestó Johnny, pero sonaba distraído.

—¿Estás seguro?

Entonces me recorrió con la mirada, lo que hizo que el calor me bañara la piel.

—Sí, es, eh, perfecto.

Levanté las cejas.

—¿Perfecto?

Johnny se sonrojó, lo que hizo que yo me sonrojara muchísimo más.

Ay, madre...

—Estamos solos —añadió carraspeando—. Mi madre no regresará hasta mañana.

—Ah, vale.

—Bueno, y ¿qué te apetece? —preguntó Johnny, por suerte desviando el tema de nuevo a la comida.

—No soy quisquillosa —murmuré, siguiéndolo por un largo pasillo hasta la puerta al fondo.

Me quedé en el umbral, admirando la preciosa cocina de estilo moderno frente a mí.

No se parecía en nada al resto de la casa, que era tradicional y majestuosa.

—Menos mal —comentó Johnny, que llamó mi atención hacia la enorme isla de mármol negro donde estaba mirando el móvil—. Porque mis habilidades en la cocina no pueden ser más básicas, y Gibsie ha vaciado la nevera.

—¿Puedo cocinar? —me ofrecí con timidez.

—¿Qué...? No —me rechazó rápidamente, con una sonrisa de arrepentimiento—. Eres mi invitada. No vas a cocinar para mí.

—No me importa —respondí.

—Bueno, a mí sí —repuso mientras dejaba el móvil sobre la encimera y me prestaba toda su atención—. ¿Te hace un sándwich a la plancha?

Sonreí de oreja a oreja.

—Suenan genial.

—Buena elección —se rio por lo bajo—. Porque eran sándwiches o cereales.

—Podemos simplemente comer cereales —propuse—. No me importa.

Johnny guiñó un ojo y dijo:

—Vamos a darlo todo y comer ambas cosas.

No protesté.

Estaba más que encantada de engullir cualquier cosa que me pusieran delante.

—¿Tomas té?

—Solo a litros —confesé con una sonrisa—. Té en bolsita con dos de azúcar y un pelín de leche.

Él se rio.

—Así que te va el té, no el café.

Fingí arcadas.

—Puaj. Odio el café.

Johnny sonrió y señaló la gran isla de mármol en el centro de la cocina.

—Siéntate —me indicó mientras se dirigía hacia los armarios y comenzaba a hurgar en ellos—. Meteré los sándwiches en la sandwichera y podemos comernos los cereales mientras esperamos.

—Gracias —dije en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó mientras preparaba los sándwiches en un tiempo récord.

—Por cocinarme —contesté, mirando la espalda de Johnny mientras trajo la comida.

Llevaba una camiseta gris cuya tela se le ajustaba de forma espectacular a su ancha espalda.

—Yo no llamaría a preparar un biquini cocinarte —replicó Johnny con una sonrisa lobuna.

—Bueno, nadie me hace la comida, así que te lo agradezco —sentencié, aún rondando por la puerta—. Yo suelo encargarme de cocinar en casa.

—¿Sí? —Parecía sorprendido—. ¿Eso por qué?

—Porque soy la única chica —murmuré—. Y la mayor parte de las tareas domésticas recaen sobre mí.

—¿Y? —insistió Johnny, todavía de espaldas a mí—. Tener una vagina no te ata automáticamente a una cocina, o una jodida aspiradora. —Sacudió la cabeza—. Buah, si se me ocurriera siquiera soltarle esa mierda sexista a mi madre, me cortaría las pelotas.

—Esa es una forma saludable de afrontar la vida —le dije, emocionada por sus palabras.

—Esa es la única forma de afrontar la vida —me corrigió—. Estamos en el siglo veintiuno —añadió—. No en 1800.

Puso los sándwiches en la tostadora y se giró para mirarme.

—¿Los Cheerios sirven como entrante? Tengo Rice Krispies si lo prefieres.

—Los Cheerios me valen.

Johnny se acomodó en el taburete junto al mío y cogió la caja de cereales.

Me rozó un brazo con el suyo mientras echaba unos cuantos Cheerios en los tazones y me estremecí de nuevo.

—¿Tienes frío? —preguntó, girándose para mirarme.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien.

—¿Segura? —insistió, echando más leche en los tazones.

Asentí.

—¿Estás seguro de que a tus padres no les importará que esté aquí?

Él frunció el ceño.

—¿Por qué les iba a importar?

—No lo sé —me apresuré a decir.

—No pasa nada —me tranquilizó—. No les importará.

—Bueno, vale. —Incapaz de soportar el calor de su mirada, bajé la vista hacia mi cuenco—. Supongo que están acostumbrados a que invites a chicas.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó, en un tono un poco brusco.

—Nada.

Sonrojándome, cogí el cubierto y me metí una cucharada de Cheerios en la boca.

—¿Shannon? —insistió Johnny, mirándome aún fijamente.

Me encogí de hombros con impotencia.

—Yo no traigo chicas aquí.

—Ah, ¿no?

—No —repitió—. No lo hago.

—¿Qué pasa con Bella? —Las palabras salieron de mi boca antes de que tuviera la oportunidad de contenerme.

—¿Qué pasa con Bella? —inquirió con el ceño fruncido.

—¿No tienes algo con ella y eso?

Johnny frunció el ceño aún más.

—Eso ya se ha acabado.

—Lo siento. —Llené una cucharada de cereales, me los metí en la boca, los mastiqué y luego tragué antes de añadir—: Estuvisteis saliendo mucho tiempo, así que supuse que habría estado en tu casa.

—No estábamos juntos en ese sentido, Shannon —explicó Johnny antes de meterse una gran cucharada de cereales en la boca.

—Entonces ¿cómo? —pregunté—. ¿Qué teníais?

Sabía que debía dejar de indagar, pero no pude contenerme.

Necesitaba saberlo.

Johnny se metió otra cucharada de cereales en la boca, los masticó un momento y luego tragó antes de volverse a mirarme.

—¿Sinceramente?

Asentí.

—Fue algo físico —admitió, con aspecto incómodo—. Era solo sexo, Shannon.

—Solo sexo —repetí, mi voz apenas un susurro.

—Sí —respondió—. Y antes de que lo digas, sé cómo suena eso. Pero es la verdad, y así lo quería ella. Así que no vayas a pensar que soy el malo y que ella quería algo más conmigo, porque no fue así en absoluto.

—Y ¿estás seguro de eso?

—Sí, lo estoy —contestó, un poco a la defensiva ahora—. Yo no le interesaba como persona. Le gustaba lo que podía hacer en el campo y debajo de su falda. Era puramente físico. Y cuando no pude darle lo que quería, se fue con mi compañero de equipo.

—Eso suena bastante horrible —susurré, con las mejillas ardiendo.

—Sí, bueno, a veces las cosas no son del todo color de rosa —se quejó—. A veces el sexo es solo sexo.

—Ya puedes dejar de hablar de eso —dije en voz baja, apartando mi tazón.

—Tienes razón —gimió, dejando caer la cuchara de nuevo en el bol—. No deberías estar escuchando estas cosas. Solo tienes quince años, joder. —Negó con la cabeza—. ¿En qué cojones estaba pensando para hablar de estas mierdas contigo?

—Tengo dieciséis años —le informé—. Y no soy una cría.

Johnny giró la cabeza bruscamente hacia mí, mirándome extrañado.

—Tienes quince años.

—No, no los tengo —corregí—. Tengo dieciséis.

Johnny frunció el ceño.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy —respondí.

Johnny me miró boquiabierto.

—¿Es tu cumpleaños?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no has dicho nada?

—No sé —dije, encogiéndome de hombros de nuevo—. ¿Se me ha pasado?

—Shannon, venga ya.

—Porque tampoco es para tanto —me apresuré a restarle importancia—. Es solo un día más.

Un mal día.

Uno horrible.

«Mejor solo porque estoy contigo...».

—No, Shannon —argumentó Johnny, que parecía como si estuviera completamente desconcertado—. Es para mucho.

—Johnny, hoy es mi cumpleaños —dije avergonzada—. Ya está.

—Ojalá lo hubiera sabido antes —se quejó—. Te habría comprado un regalo.

—No necesito un regalo —afirmé ahogadamente, con el corazón acelerado—. No seas tonto.

Johnny negó con la cabeza y murmuró:

—Sí, bueno, si me lo hubieras dicho, podría haberte regalado algo mejor que un roñoso tazón de Cheerios.

—Y un sándwich a la plancha —añadí en un hilo de voz.

Johnny suspiró pesadamente.

—Y un sándwich a la plancha.

—¿No deberían estar ya? —pregunté.

—¡Mierda!

De un empujón, Johnny echó su taburete hacia atrás y corrió hacia la sandwichera para sacarlos.

—No están del todo chamuscados —anunció con el ceño fruncido—. Pero casi.

—No pasa nada —le aseguré mientras saltaba del taburete—. Me gustan crujientes.

Cogí nuestros tazones y me dirigí hacia el fregadero para lavarlos.

—Ni se te ocurra —me advirtió Johnny mientras servía los sándwiches.

—¿El qué? —pregunté, confundida.

—No vas a lavar una mierda en tu cumpleaños —sentenció, con un plato en cada mano.

—No me importa...

—Y lo de la cara. —Sacudió la cabeza—. Y lo de tu madre. Joder, es tu cumpleaños...

—Has dicho que podíamos olvidarlo —alcancé a decir, y sentí que me temblaba la voz mientras el pánico se apoderaba de mí.

No quería pensar en eso.

Sabía lo que pasaría cuando saliera de esa casa.

Y quería olvidarlo. Durante un par de horas más, quería fingir que el infierno no me esperaba al otro lado de la puerta.

Johnny pareció querer discutírmelo, pero sacudió la cabeza y gruñó por lo bajo.

—Tienes razón. Lo siento —admitió finalmente—. Deja los tazones en el fregadero y ven conmigo. Me encargaré de ello más tarde.

Iba en contra de mi naturaleza dejar las cosas hechas un asco a mi paso, pero hice lo que me pedía Johnny y lo seguí por el pasillo hasta una gran sala de estar con un fuego crepitante que ya ardía en la chimenea.

Sin pensarlo, fui directa hacia él y gemí de alivio cuando sentí el calor en la piel de las piernas y las manos.

Johnny colocó los platos sobre la mesa de cristal frente al fuego y luego arrastró el sofá desde la pared para colocarlo justo delante de la chimenea.

—No tienes que hacer eso por mí —me apresuré a decir.

—Hace mucho frío —explicó—. Y esta casa es tan grande que tarda una eternidad en calentarse. —Agitando una mano frente al sofá, añadió—: Ponte cómoda. Vuelvo en un segundo.

Sin una palabra más, Johnny se fue y me dejó sola en su enorme salón.

Demasiado aturdida para hacer otra cosa que mirar embobada, me quedé junto al fuego, calentándome la espalda y poniendo en orden mis emociones.

Cuando Johnny regresó, unos minutos más tarde, traía dos tazas de té.

—Dos de azúcar y un pelín de leche —anunció con un guiño, dejando las tazas junto a nuestros platos.

—Gracias —susurré, abrumada por su amabilidad.

Johnny se sentó en un extremo del sofá y me miró arqueando una ceja.

Después de un par de minutos de debate interno, lo seguí con cautela y me senté en el otro extremo del sofá, dejando un espacio entre nosotros.

Johnny cogió el mando a distancia y encendió el televisor que había en la pared sobre la chimenea.

Era enorme.

De al menos ochenta pulgadas.

—¿Alguna preferencia? —me preguntó, desplazándose por la guía de canales en la pantalla.

Negué con la cabeza.

—Lo que quieras.

—Elige la cumpleañera.

Me sonrojé.

—Sorpréndeme.

Johnny se quedó mirando la tele y luego sonrió tímidamente.

—Irlanda jugará el campeonato de las Seis Naciones dentro de poco. —Encogiéndose de hombros, añadió—: Había pensado verlo.

—Entonces ponlo —le animé.

Levantó las cejas.

—¿No te importa?

—Es tu tele —respondí—. ¿Por qué iba a importarme?

—Si te aburres, dímelo —murmuró mientras ponía el partido, atento de inmediato a la pantalla— y ponemos otra cosa.

Cuando la selección absoluta de Irlanda entró en la cancha para escuchar el himno nacional, a Johnny se le iluminó la cara.

La emoción resplandecía en sus ojos mientras repiqueteaba el sofá con una mano.

Parecía muy joven.

Y adorable.

Esperé a que él cogiera su sándwich antes de coger yo el mío y darle un pequeño bocado.

Cuando el sabor a jamón dulce y queso deshecho me llegó a la lengua, gemí y me apresuré a devorarlo.

—Algún día estaré ahí —me aseguró Johnny, inclinando la cabeza en dirección a la televisión—. Cualquier día seré uno de ellos, Shannon.

—Lo sé —respondí, porque creía cada palabra. Mordiéndome el labio, me volví hacia él y le dije—: No te olvides de mí cuando seas un jugador de rugby rico y famoso.

—Nunca se sabe —comentó con una sonrisa traviesa—, podría llevarte conmigo para que me animes desde las gradas.

«Por favor, hazlo».

«Por favor, llévame contigo».

—Estás muy seguro de ti mismo —le dije en su lugar.

—Puedes llevar mi camiseta y gritar «¡Johnny, Johnny!» desde las gradas —se rio entre dientes antes de volver a recostarse para ver el partido.

«No me tientes...».

Sentada en el sofá de la sala de estar de sus padres con un crepitante fuego y la lluvia cayendo a cántaros tras el enorme ventanal, sentí que mi cuerpo se relajaba lentamente mientras trataba de seguir el partido.

Noforcé la conversación para romper silencios incómodos porque no había ninguno.

En ese momento, estar ahí con él era tan fácil como respirar.

Era una extraña reacción para estar tan cerca de Johnny, pero así me sentía.

Disfrutaba estar con él.

No me obligaba a hablar y eso me gustaba.

Simplemente se sentó a mi lado, con un gran cojín entre nosotros y Sookie a nuestros pies, mientras ladraba órdenes al televisor.

Me giré para mirarlo, pero estaba atento a la pantalla.

De vez en cuando, Johnny pausaba el partido para poner carbón o maderos en el fuego antes de volver a sentarse en el sofá.

Después de la tercera vez, quité el cojín medio cuando se volvió a sentar y lo sostuve contra mi pecho.

Al final del partido, nuestros hombros se tocaban.

No me alejé.

Johnny era grande, fuerte y cálido, y me gustaba sentirlo a mi lado.

Un poco más tarde, cuando se me empezaron a cerrar los ojos, levantó un brazo y ni siquiera me inmuté cuando me lo pasó por encima de los hombros.

En su lugar, le apoyé la mejilla en el costado y cerré los párpados, dejándome llevar por el sueño sin el menor atisbo de miedo en el corazón, porque no podía existir dentro de mí cuando ese chico me abrazaba.

Johnny

Era su cumpleaños.

Ese día era el decimosexto cumpleaños de Shannon.

Y lo estaba pasando conmigo.

Yo estaba encantado.

Qué locura.

Antes de Navidad, esa chica era una total desconocida, y desde Navidad, no imaginaba pasar un día sin pensar en ella.

No quería que se fuera.

Algo dentro de mí me decía que si lo hacía, regresaría con otro moretón.

Al menos si la mantenía conmigo, estaría a salvo.

Pasaba algo muy chungo en su vida.

Algo que me hacía querer llevármela adondequiera que fuese.

No era tonto.

Sabía que alguien le había hecho esas marcas en la cara.

Y en los muslos.

Y en los brazos.

Y estaba la hostia de seguro de que si desnudaba a la chica, encontraría muchas más.

No sabía qué estaba pasando, o quién la estaba acosando, pero lo averiguaría.

Sin embargo, preguntarle directamente quedaba descartado.

Era tan cauta que resultaba casi imposible penetrar los muros que había levantado a su alrededor.

Creía estar haciéndolo bien, pero si la presionaba demasiado y muy seguido, volvería a encerrarse en su caparazón.

Para empezar quería reventar esa maldita coraza y a los cabronazos responsables de hacer que se escondiera allí.

Era encantadora.

Encantadora, joder.

No tenía que esconder su brillo detrás de ninguna coraza de mierda.

Shannon se estremeció entonces y el movimiento me distrajo.

Eran más de las diez de la noche y no había abierto los ojos ni una vez desde que se había quedado dormida aquella tarde.

—Chisss —la tranquilicé cuando gimió en sueños.

Ni siquiera traté de contenerme para no acariciarle el pelo.

Ya no podía evitarlo cuando se trataba de ella.

Todo dentro de mí estaba cambiando, centrándose en esa diminuta muchacha.

Cuando le acaricié la mejilla contra mi muslo, Shannon se arrimó más a mí, haciéndose el ovillo más pequeño en que jamás había visto encogerse a una persona de su edad.

Como el obseso que era, paseé la mirada hasta su pómulo magullado por millonésima vez esa noche.

Sabía que no debía mirarlo.

Hacía que temblara de rabia.

Y, aun así, no pude evitarlo.

Observé la marca en su rostro hasta que estuve lo suficientemente cabreado como para masacrar una ciudad entera, y luego dirigí mi atención a los moretones en sus muslos.

Entonces me vibró el móvil en el bolsillo, y la sensación apartó mis pensamientos asesinos.

Saqué el teléfono y miré la pantalla, pero no reconocí el número que parpadeaba frente a mis ojos.

Con cuidado de no despertar a Shannon, me deslicé debajo de ella y esperé a que se calmara otra vez.

Me quité la sudadera para echársela sobre las piernas desnudas y luego salí del salón para responder la llamada.

—¿Sí? —dije cuando estuve en el pasillo.

—¿Cómo está? —me llegó la voz de Joey Lynch desde el otro lado de la línea.

—Está dormida—contesté, manteniendo un tono bajo, porque si se despertaba y me pedía ir a casa, la verdad es que no sabía qué haría. No podía negarme, pero tampoco quería hacerlo de ninguna manera—. Lleva K. O. todo el día.

—Bien —afirmó Joey con un suspiro—. Lo necesitaba.

—¿Qué está pasando, Lynch? —Fui hacia la puerta principal, la abrí y salí al aire frío de la noche—. ¿Qué cojones le está pasando a tu hermana?

—Ya te lo dije —soltó—. Pregúntaselo a ella.

—Te lo estoy preguntando a ti —gruñí.

—Estaré allí en cinco minutos —fue todo lo que respondió Joey antes de colgar y dejarme tan confundido como siempre.

Cabreado y completamente perdido, caminé por el pasillo porque necesitaba calmarme, pero no encontré la fuerza para hacerlo.

Exactamente cinco minutos después, se oyó un pequeño golpe en la puerta de mi casa.

Como el energúmeno que era, estaba allí de pie, esperándolo.

Abrí la puerta de un tirón y estaba a punto de liársela a Joey Lynch, cuando oí la voz de Shannon por detrás.

—¿Joe? —preguntó soñolienta acercándose a la puerta del salón.

Quise acercarme a ella para decirle que se fuera a mi habitación y se quedara allí, pero su hermano la interceptó antes.

—Es hora de irse, Shan —le dijo Joey.

—¿Sí? —Aterrorizada, abrió mucho los ojos por un segundo antes de parecer resignada—. Vale.

—Sí. —Joey suspiró con pesadez—. Mamá necesita una mano con los niños.

Entonces le pasó un brazo protector alrededor del hombro y la sacó de mi casa.

—Gracias por tu ayuda, Kavanagh.

Agitado, los seguí a ambos.

—Gracias, Johnny —susurró Shannon, mirándome con ojos tristes mientras su hermano la guiaba hacia fuera—. Por todo.

—Shannon, no tienes que...

—Vamos, Shan —me interrumpió Joey—. Tenemos que llegar a casa.

—¿Mamá está bien? —preguntó ella cuando su hermano la acompañó hasta el lado del copiloto y abrió la puerta.

—Estará bien —le aseguró Joey—. Pero tenemos que irnos a casa.

No tenía ni puta idea de por qué mis piernas me llevaron hacia el lado del copiloto, pero eso fue lo que sucedió.

Sintiéndome impotente, observé cómo su hermano la metía en el coche antes de dar la vuelta hacia el lado del conductor.

—Adiós, Johnny —se despidió Shannon en apenas un susurro mientras Joey encendía el motor.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero saqué una mano para impedirselo.

Ella me miró con esos enormes ojos azules.

«Quédate».

«Quédate conmigo, Shannon».

«Puedo mantenerte a salvo...».

—Adiós, Shannon —le dije en su lugar y, con una reticencia que rozaba el arrepentimiento, cerré la puerta.

Los neumáticos del coche derraparon con fuerza cuando salió del camino de entrada.

De pie bajo la lluvia torrencial, lo vi apartarla de mí.

MALAS Y PEORES NOTICIAS

Shannon

—¿Tú también lo sientes? —soltó Joey, que aferraba el volante con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos mientras nos alejábamos de la casa de Johnny Kavanagh.

—¿Sentir qué? —balbuceé.

Me miró fijamente a los ojos y me hizo sentir un poco menos sola en mi desgracia cuando dijo:

—¿Alivio?

Asentí, odiándome por pensarlo, pero lo sentía.

Y él también.

—¿Está bien? —grazné, cuando recuperé la voz.

Joey asintió rígidamente.

—Se supone.

—¿Es eso lo que pasó? —pregunté en un hilo de voz, sintiendo la punzada de las lágrimas en los ojos mientras el asco y el odio hacia mí misma se apoderaban de mí—. ¿Ha estado en el hospital todo el fin de semana y no lo sabíamos?

Una vez más, mi hermano asintió rígidamente.

—Oh, Joey —sollocé—. Estaba sola.

—Estaba con él —espetó, con la mandíbula apretada—. Él estaba con ella, y ahora está en casa.

—¿Qué vamos a hacer? —planteé, porque necesitaba que él tuviera las respuestas que yo no tenía—. ¿Joe?

—No lo sé —logró decir finalmente, con la voz quebrada—. Ya no sé qué hacer, Shannon.

—No pasa nada —me obligué a decir—. No tienes por qué saberlo. Solo tienes dieciocho años.

—No puedo estar allí, Shan —añadió al fin, con una expresión llena de culpa—. No puedo seguir viviendo así.

—Lo sé —musité, y me sentí flaquear al escuchar esas palabras salir de su boca.

Las había escuchado antes.

De Darren.

—Creo que deberíamos considerar lo que dijo Aoife —añadió Joey, con la voz cargada de emoción.

—¿Qué pasa con lo que dijo Aoife? —balbuceé, horrorizada.

—Dar parte.

—Tienes que estar bromeando —repuse inexpresivamente.

Joey me miró con los ojos llenos de culpabilidad, pero no respondió.

—No me van a poner bajo tutela —escupí al sentirme traicionada—. Tú estás bien. Podrás vivir tu propia vida y marcharte. ¡A mí me meterán en un hogar de acogida!

—Shannon, mamá me habló anoche sobre mi futuro, y tenía mucho sentido...

—Tu futuro —dije impasible.

Joey gimió con fuerza.

—No solo el mío, Shannon. Todos nosotros...

—¡No puedo creer que lo pensaras siquiera después de lo que le pasó a Darren! —grité, perdiendo todo control sobre mis emociones—. ¿Cómo pudiste pensar en hacernos eso, Joey?

Leí los informes años después de que todo aquello sucediera.

Sabía todo sobre las operaciones a las que tuvo que someterse para reparar el daño que aquellos cabrones le causaron.

¿Y ahora Joey estaba considerando arriesgarse a eso?

«Vuelve».

«Da la vuelta al coche y vuelve con él».

«Vuelve con Johnny».

«Díselo».

«Díselo y deja que te ayude».

«Te dijo que lo haría».

«No, idiota, él no puede ayudarte».

«Nadie puede».

«¡Tu propio hermano te está abandonando!».

—¡Si quieres irte, entonces vete! —grité mientras las lágrimas me ardían en las mejillas—. Vete y déjanos. Vete con Aoife y tened una vida maravillosa juntos. Yo protegeré a los chicos.

—¡Ni siquiera puedes protegerte a ti misma! —rugió Joey—. Yo estoy haciendo eso, Shannon. Yo. Soy yo el que trata de amortiguar los golpes de los cojones, pero no paran.

—Entonces tal vez tú y papá tengáis suerte y me liquide la próxima vez —siseé mientras un gran sollozo me atravesaba—. Te ahorrará la preocupación y a él la energía.

—¡No digas eso, joder, Shannon! —chilló Joey, golpeando el volante.

—¿Por qué no? —pregunté entre jadeos—. Es la verdad.

—Shannon, respira —me pidió en un tono más suave mientras se acercaba y me frotaba la espalda—. Coge aire.

No podía.

No podía respirar, joder.

Inclinándome hacia delante, traté desesperadamente de que me entrara aire en los pulmones.

—Eso es —me alentó Joey mientras conducía con una mano y me frotaba la espalda con la otra—. Con calma.

Para cuando regresamos a casa, me las había arreglado para tranquilizarme lo suficiente para que me entrara aire en los pulmones.

Durante varios minutos, permanecemos sentados afuera, mirando el coche de nuestro padre estacionado en el camino de entrada.

Yo no quería entrar.

Y Joey tampoco.

Los dos estábamos completamente jodidos.

«No, tú estás jodida. Él estará bien...».

—¿Shannon? —La voz de Joey rompió mis pensamientos.

No lo miré.

Tampoco respondí.

—¿Me estás escuchando? —preguntó.

Asentí débilmente, con la mirada fija en el coche.

—La próxima vez que te ponga las manos encima, quiero que te defiendas.

Me puse rígida.

—¿Me estás escuchando?

Asentí.

—Si vuelve a tocarte, Shannon, quiero que cojas el cuchillo más afilado que encuentres y le atraveses el corazón.

Sollozando, me giré para mirarlo.

—No vas a volver, ¿verdad?

Joey se me quedó mirando, con los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo —susurró mientras una le resbalaba por la mejilla—. Si vuelvo a entrar en esa casa, los mataré a los dos.

Observé su expresión, registré la verdad que me estaba contando, y luego me desabroché el cinturón de seguridad y abrí la puerta.

—Adiós, Joey —musité aturdida, y después salí del coche y entré en casa.

CRUZAR LÍNEAS COMO UN BULDÓCER

Johnny

El lunes por la mañana tenía un humor espantoso que se debía en parte al terrible dolor que sentía, pero sobre todo al hecho de que no había pegado ojo la noche anterior.

Me había pasado todo el tiempo dando vueltas pensando en Shannon.

Despierto toda la maldita noche, sin más compañía que el remordimiento y esa dichosa foto en el periódico.

Debería haberla detenido.

No debería haber dejado que se la llevara.

Por qué, no tenía ni puñetera idea, pero había una voz dentro de mi cabeza que me gritaba que la protegiera.

Quería hacerlo.

Simplemente no sabía contra qué necesitaba protección.

O frente a quién.

Estaba perdidísimo, listo para luchar por una chica que no conocía y contra un enemigo del que nadie me hablaba.

Joder, estaba fatal de la cabeza por ella.

Se me estaba yendo de las manos.

Estaba perturbando mi estilo de vida, con el que estaba perfectamente satisfecho, y no sabía cómo gestionar eso.

No estaba bien, y ella no tenía derecho a entrar en mi vida en un momento tan crucial.

Era como un tornado que nunca vi venir.

El único problema que no preví al planear mi futuro.

La única persona que podría cargarse todos mis esfuerzos.

Y lo más enervante de todo era que me gustaba.

Me gustaba el hecho de que le estuviese dando ese giro radical a mi vida y despertando unos intereses y sentimientos del todo nuevos en mí, pero también odiaba que me gustara.

Era adicto por completo a cada detalle de la chica, y aquello no tenía nada que ver con el físico, y eso que tenía un físico jodidamente perfecto.

Lo más importante era que no me veía como un braguetazo.

Ella me veía más allá de eso.

Me veía a mí.

Solo a mí.

Y eso me hacía querer cambiar algunas cosas y plantarla en todo el centro de mi mundo.

Sabía que tenía que controlarme.

Solo que no podía.

Porque ella era adictiva.

Y yo estaba obsesionado.

Había perdido la cuenta de la cantidad de chavales con los que había jugado al rugby a lo largo del tiempo y que lo habían dejado o habían perdido la forma por una chica.

No podía permitirme que eso me pasara a mí.

Había demasiado en juego.

Me lo jugaba todo.

Antes de Shannon, nunca había tenido problemas para concentrarme.

Antes de ella, nunca había dudado acerca de nada.

Sabía exactamente quién era, de dónde venía y hacia dónde iba.

Pero ¿ahora?

Ahora era un desastre.

No necesitaba eso.

No necesitaba ese maldito estrés.

Tenía pruebas de aptitud física en menos de tres semanas en las que debía concentrarme.

Pruebas que si no superaba, ponían en peligro todo mi futuro.

Eso es en lo que debía concentrarme.

Mi carrera.

No en una chavala.

Cuando llegué al instituto, estaba distraído, trastornado y acojonado de narices.

Me pasaba algo muy malo y requería una intervención inmediata.

—Necesito un favor —fueron las primeras palabras que salieron de mi boca cuando encontré a Gibsie fuera del taller de Carpintería antes de la primera clase—. ¡En serio! —Con un fuerte suspiro, lo empujé por el pasillo hacia la zona común de primero de bachillerato—. Tienes que ayudarme.

—Vale, pero tengo clase en dos minutos —se quejó él, arrastrando los pies frente a mí.

—Yo también, Gibs —espeté, llevándolo a la zona común, que por suerte estaba vacía—. Doble de Contabilidad con Moggy Dan. Pero esto es mucho más urgente que cuadrar hojas de cálculo o que diseñes una jodida mesa de café para tu madre.

—Vale, tío, relájate —se quejó.

Se soltó de mi mano y se dirigió hacia una de las mesas, de donde sacó una silla. Dejó la mochila en el suelo, se sentó y me miró.

—Soy todo oídos.

Cerrando la puerta de golpe, cogí un sillón de cuero y lo empujé contra la puerta antes de dejarme caer en la silla.

—Tenías razón, Gibs —gemí—. Estoy jodidísimo.

—¿Sí? —Levantó las cejas sorprendido—. ¿Acerca de qué? —Antes de que tuviera la oportunidad de responder, abrió los ojos como platos cómicamente—. ¿Sobre meneártela? —O al menos habría sido cómico si no fuera tan deprimente—. Mierda, Johnny. ¿No lo has hecho o no puedes?

—Lo intenté, no pude y no lo he vuelto a intentar desde entonces, así que ahora estoy bastante seguro de que no puedo hacerlo —decidí contarle.

No tenía ningún sentido tratar de evadir la pregunta.

No iba a dejarlo correr, y yo tenía problemas más importantes en ese momento que mi temperamental testosterona.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Desde antes de Navidad —respondí rápidamente antes de añadir—: Pero ese no es el problema.

—Joder, Kav, yo diría que es un problema muy gordo, tío. —Gibbie dejó escapar un silbido por lo bajo—. ¿Has probado con lubricante?

—¿Qué...? ¡No! Deja de hablar de mi rabo —ladré, y me pasé una mano por el pelo con frustración—. Es ella, tío. Tenías razón. Se me ha ido la pinza del todo y necesito que evites que haga algo estúpido con esa chica.

—¿Qué chica?

—¿Qué chica va a ser, imbécil? —gruñí—. Shannon.

—Oh, esa chica. —Se rio Gibbie entre dientes—. La resucitante.

—Dejar de reírte. No es gracioso. Necesito tu ayuda —le increpé, nervioso—. Y «resucitante» no existe.

—Sí que existe —arremetió Gibbie—. Jesús resucitó. Fue una resurrección realizada por Dios, el resucitante. Como Shannon, la resucitante de tus cojones aquel día frente al pabellón de Educación física. —Riendo por lo bajo, agregó con voz profunda—: Cuando ella se manifieste, él resurgirá.

—Lo que hizo de Dios un resucitador —recalqué malhumorado—. En ningún sitio se le llama resucitante, joder.

—Estoy hablando de la Biblia, no del diccionario.

—Estás hablando con el ojete —repliqué.

—Se dice «mutantes», gilipollas —arremetió Gibbie—. No «mutadores», hostia.

—Mutadores —dije pensativo—. Otra palabra que no existe.

—Bueno, «resucitante» sí que existe.

—Que no, joder. —Negué con la cabeza, exasperado—. Céntrate, Gibs —le pedí—. Necesito tu ayuda, tío.

Gibbie resopló, pasándose una mano por la mata de pelo rubio.

—Bien, cuéntame tu problema.

Dejó escapar un pesado suspiro.

—Me gusta.

—Vaaale —asintió, arrastrando las palabras—. Dime, ¿cuál es el problema?

—Ese es el problema —escupí—. Me gusta, Gibs. Creo que me gusta de verdad, tío. O sea, un montón. Mucho más que gustarme, joder. ¡Mierda!

Él se encogió de hombros.

—Sigo sin ver el problema, chaval.

—No. Quiero. Que. Me. Guste —recalqué, harto ya.

—¿Porque ella tiene quince años y tú diecisiete?

—Tiene dieciséis —admití con un gemido—. Su cumpleaños fue ayer.

—Entonces sabes que la edad es una trola, ¿no? —respondió Gibsie—. Te estás agarrando a un clavo ardiendo, tío. Lo de la edad es un pedazo de cuento porque tu Shannon te tiene alterado y estás entrando en pánico porque nada te había alterado nunca.

—Estoy alterado —admití sin dudarlo—. Hasta la médula, joder.

—Esto es genial —se rio Gibsie alegremente, regodeándose con ganas en mi raro ataque de nervios.

—No es para reírse —espeté.

—¿Estás de coña? —resopló—. Es lo más divertido que he escuchado en mucho tiempo.

Al darse cuenta de mi mirada asesina, dejó de reírse y me hizo un gesto para que continuara.

Me eché hacia delante de golpe, ignorando el dolor en la ingle, y me apoyé los codos en los muslos.

—La llevé a casa la semana pasada, tío. Había perdido el autobús por la escenita que McGarry montó fuera del baño, y no podía dejarla allí...

—Y ¿me lo cuentas ahora? —me increpó.

Me encogí de hombros a la desesperada.

—Sé que debería haberme alejado, pero no lo hice. La subí a mi coche y hablamos, durante horas. Y no solo de rugby, Gibs. De todas las tonterías sin sentido que aburrirían hasta a las piedras. Pero no fue así. Fue como el día que la noqueé y me pasé una hora frente al despacho de Twomey hablando con ella, solo que mejor porque estaba consciente del todo. Es tan jodidamente fácil hablar con ella, Gibs. Ni te lo imaginas. —Dejé escapar un profundo suspiro y dije—: No quería dejar que se fuera, tío.

Gibsie se frotó la mandíbula.

—Mierda.

—Exacto. —Junté las palmas de las manos y miré a mi mejor amigo—. ¿Cuántas veces me ha pasado esto desde que me conoces, Gibs?

—Definitivamente es la primera vez —admitió, con expresión pensativa.

—Se pone peor —me quejé.

—¿Peor? —Él frunció el ceño—. ¿Cómo?

—Le conté lo de mi operación.

Gibsie levantó mucho las cejas.

—¿Va en serio?

—Te lo juro. —Dejé escapar un suspiro de frustración—. Se lo conté todo y luego se me fue la pinza con ella.

—¿Por qué?

—Entré en pánico, Gibbs —respondí a la defensiva—. Se me escapó y entré en pánico, joder. Sabes lo que pasaría si los entrenadores de la sub-20 se enteraran de que no estoy en plena forma.

«No es que importe mucho ya —pensé con amargura—. Si no me pongo las pilas, mis sueños se irán al garete».

—Y ¿crees que lo contará? —preguntó.

—La verdad es que no, tío. No creo que sea el tipo de chica que chismorree sobre nadie —le dije—. Pero siempre voy con mucho cuidado, y se me fue la olla y me acojoné. Estaba más cabreado conmigo mismo que con cualquier otra cosa y reaccioné de forma exagerada. —Bajando la cabeza avergonzado, añadí—: Estoy bastante seguro de que la hice llorar.

—Entonces ¿la cagaste?

—Eso parecía —murmuré—. Pero luego se acercó a mí en el instituto a la mañana siguiente y me pidió disculpas.

—¿Por qué?

—Yo qué sé, tío.

—¿Aclaraste las cosas con ella?

—No pude, se fue antes de que tuviera la oportunidad —musité—. Y luego volví a hacerlo el viernes.

—Hacer ¿qué?

—Subirla a mi coche —admití.

—Joder.

—Y luego fui más allá.

—¿Cómo? —Gibbie me miró con cautela—. ¿Qué hiciste, Johnny?

—La llevé a casa —empecé y, suspirando con frustración, me desplomé en el asiento con un gemido—, pero no pude dejarla —confesé, evitando la parte en que Shannon vomitó—. No podía dejar que me abandonara, tío.

—¿Te lo montaste con ella?

—¿Qué te acabo de decir sobre mi rabo?

—Vale, ¿intentaste montártelo con ella?

—¡Que no! —ladré—. La llevé a Biddies, imbécil.

—¿Se supone que eso debería decirme algo? —planteó Gibsie—. Estás hablando conmigo, tío. Tengo muy claro lo que pasa allí. —Riendo por lo bajo, agregó—: Por lo general, estoy en el medio.

—Que no nos lo montamos, joder. Y no hables así.

—¿Por qué no?

—No de ella. —Echándome hacia atrás, me pellizqué el puente de la nariz y suspiré—. De ella no, ¿vale?

—Vale, ¿le hiciste el amor con dulzura? —se burló—. ¿En el aparcamiento? ¿O en los baños? ¿O en ese rincón al fondo del pub?

—Eres un gilipollas —gruñí—. Un pedazo de gilipollas como una casa.

—¡Ay, madre! —Gibsie se estremeció y se tapó la boca con una mano—. Oh, no —gimió—. No te funciona, ¿verdad?

—¡Me funciona el rabo, Gibs! —estallé—. Se me pone dura, capullo. Tan solo me duele cuando me...

—Cuando ¿qué? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—No puedo acabar —murmuré.

—¿No puedes correrte? —graznó—. ¿En absoluto?

—O sea, supongo que podría si lo intentara. —Suspiré abatido—. Pero la última vez que lo intenté me dolió tanto que eché hasta la primera papilla y casi me desmayo.

—Buah. ¿Cuándo fue la última vez que lo intentaste?

—La noche de San Esteban.

—La hostia —jadeó Gibsie—. Johnny, eso fue hace meses. Tienes que correrte, tío.

—¿Te crees que no lo sé? —escupí—. No es que esté disfrutando de esto, Gibs.

—Eso es antinatural.

—Sí, Gibs, es mi rabo. Soy muy consciente de lo aberrante que es.

—Con razón cojeas —murmuró—. Tienes las pelotas tan cargadas de leche que te pesan.

—No me hace ni puta gracia, Gibs.

—Lo siento. —Conteniendo una mueca, agitó una mano hacia mí y dijo—: Termina de contarme lo que pasó con Shannon.

—No la toqué. —Removiéndome incómodo, murmuré—: Aunque quería. —Dejé caer la cabeza entre las manos y gemí—. Después de ir a Biddies, sabía que tenía que llevarla a casa, pero no pude, Gibs. Joder, no

pude. Así que, en vez de eso, la llevé al maldito cine. Yo solo... necesitaba más tiempo con ella, ¿sabes? Como que no era suficiente. Necesitaba más...

—¿Más? —Enarcó una ceja—. ¿Más de qué, Johnny?

—Más de ella —respondí sombríamente—. Todo es más cuando se trata de ella. —Negué con la cabeza y suspiré con fuerza—. Joder, le tengo tantas ganas que no puedo pensar con claridad, Gibs.

—Caray —musitó este.

—Y le di una paliza a un imbécil de su antiguo instituto en el pub —admití.

—Serás idiota —saltó Gibsie—. ¿Te vio alguien?

—Liam —murmuré, tirándome del pelo—. Se me fue la pinza, tío. Dijeron algo sobre ella, y perdí los nervios totalmente.

—Tienes suerte de que Dennehy no se enterara —apuntó.

—Sí, Gibs —refunfuñé—. Soy muy consciente de lo cerca que estuve de cagarla.

«No necesito que nadie más me lo diga...».

—¿Y ayer? —preguntó—. En tu casa. ¿Qué pasó?

Negué con la cabeza y me hundí en la silla.

—Su madre tuvo un aborto espontáneo.

—Mierda.

—Sí.

—¿Se encuentra bien?

—No lo sé —admití, encogiéndome de hombros con impotencia—. Se la llevó.

—¿Quién se la llevó?

—Joey el *Hurler*.

—Bueno, es su hermano, tío —comentó Gibsie—. Era obvio que iba a volver por ella.

—Me importa una mierda —salté, pensando en su rostro magullado—. No quería que se fuera, Gibs, y simplemente me la quitó. ¡Y yo lo dejé!

—Sabes que no está permitido tener humanos como mascotas, ¿no? —preguntó en tono irónico—. Sabes que solo perros y gatos, ¿verdad?

—Vete. A. La. Mierda —gruñí.

—Relájate —protestó—. Me estaba quedando contigo.

—Pues no me hace ni puta gracia, Gibbs —repliqué—. Nada de esto es divertido. Tuve que esforzarme muchísimo para dejar que se fuera con su hermano anoche. Todo es una mierda.

—Bueno, tío —dijo finalmente Gibbsie, con un suspiro—. Mirando el lado positivo, al menos puedes admitir por fin que te gusta.

—Pero yo no quiero que me guste, joder —mascullé entre dientes—. Ese es el problema. No tengo tiempo para eso. No puedo dejar que ocupe mis pensamientos, Gibbs. Sabes lo que me juego. Necesito mantenerme en el buen camino, y esa chica hace que me desvíe de tal manera que es ridículo.

«Ya tengo problemas».

—Bueno, está claro que no tienes ningún control sobre eso —respondió Gibbsie, en un tono extrañamente serio—. No puedes decidir quién te gusta, Johnny. Así es la vida.

—No mi vida —rechisté sin mucho ánimo—. Así no es como yo funciono.

—Así es como funcionamos todos —apuntó.

—La cuestión es que Shannon no es una chica cualquiera, Gibbs —balbuceé—. Ella es diferente. No es una follamiga, o una mujer pañuelo, o una buscona que quiere chupar del bote. No puedo mandarla a tomar por culo. Ni siquiera sabe quién soy, tío. No tenía ni puta idea. E iba en serio. No estaba fingiendo. He conocido a suficientes busconas en mi vida, y te digo que estaba perdidísima. —Negué con la cabeza y me desplomé sobre el asiento—. Y aparte de todo eso, es frágil.

—¿Frágil?

—Frágil —confirmé, sin intención de dar más información.

—¿Es por lo que sea que leíste en ese expediente?

Me lo quedé mirando, tenso.

—Relájate —se defendió, levantando las manos—. No lo he leído. Se lo acabo de devolver a Dee.

Suspiré pesadamente y asentí.

—Solo créeme cuando te digo que esa chica es una línea que no puedo cruzar.

—Entonces no lo hagas —advirtió Gibbsie tras una larga pausa—. Si te está rayando tanto cuando apenas la conoces, será mejor que te apartes ya, tío.

—No lo entiendes, Gibs. Ayer casi me muero. Te lo juro, me pasé toda la noche despierto, mirando las llaves del coche y obligándome a quedarme en la cama y no conducir hasta su casa para llevármela a la mía —admití con tristeza—. No tengo el más mínimo autocontrol cuando se trata de ella, por eso necesito tu ayuda.

—Entonces ¿qué me estás pidiendo que haga, Johnny? —preguntó, sonriendo con picardía—. ¿Quieres que sea un cortarrollos?

—Te estoy pidiendo que si me ves cruzando alguna línea como un buldócer, me lo impidas —dije—. No confío en mí mismo cuando estoy con ella.

—¿Te das cuenta de que las líneas que hay entre los dos solo están en tu cabeza?

—No puedo llegar a tanto con ella, Gibs, y no lo haré.

—¿Vas en serio?

Asentí.

—Ella es peligrosísima para mí.

—¿Por qué?

—¡Acabo de contártelo! —bramé.

—No. —Sacudió la cabeza lentamente—. Solo te has limitado a darle vueltas al tema, tío. —Encogiéndose de hombros, añadió—: Todavía no he escuchado un argumento decente en su contra.

No le respondí por tres razones.

La primera: no lo entendería.

La segunda: no me creería.

La tercera: no estaba seguro de creerme a mí mismo.

—Así que ¿te parece bien alejarte y ver a McGarry o algún otro payaso del instituto entrarle? —me planteó Gibsie entonces—. ¿Te parece bien seguro?

La tensión con que me estremecí de arriba abajo automáticamente fue suficiente respuesta.

—Es una chica guapísima, Johnny, y despierta mucho interés —declaró Gibsie con calma—. No puedes tener las dos cosas, tío. —Se encogió de hombros—. O la quieres o no la quieres. O vas a por ella, o te alejas.

—No —gruñí, tensándome.

Eso fue todo lo que pude decir.

Simplemente no.

—Y ¿estás seguro de que no quieres probar lo de ser novios? —preguntó.

—No funcionaría —gimoteé—. Aparte del hecho de que soy demasiado mayor para ella, y lo más probable es que no sienta lo mismo por mí, estoy demasiado ocupado y agotado para comprometerme con algo remotamente parecido a una relación.

—¿Quién lo dice?

—Sabes cómo es mi vida, Gibbs. —Solté otro pesado suspiro—. Sabes por qué estoy soltero. Es demasiada presión y no puedo permitirme perder la perspectiva. No tengo ni una hora libre en todo el día, y cuando llegue el verano, me iré de aquí —razoné, encogiéndome de hombros con impotencia—. ¿Te parece eso justo para cualquier chica?

—Cierto —asintió Gibbsie pensativamente—. Pero está claro que no es una chica cualquiera.

—Exacto —mascullé—. Ella es demasiado... más... demasiado... mejor... importante... —Me callé de golpe y me pasé una mano por la cara—. No funcionaría —asegué al fin, con tono cansado—. Terminaría yéndome, escribirían un montón de mierda en los periódicos y en internet como hacen siempre que me voy, ella se pondría paranoica, yo me cabrearía, acabaría haciéndole daño, y ambos terminaríamos destrozadísimos.

—Guau —exclamó Gibbsie—. Has pensado mucho en esto, ¿no?

«Cada minuto desde el día en que la vi por primera vez».

Asentí compungido.

—Entonces sé su amigo —sugirió.

Lo miré de repente.

—¿Su amigo?

—Sí, gilipollas, su amigo —repitió Gibbsie con sarcasmo—. ¿Conoces el concepto de amistad? Lo creas o no, en realidad se te da bastante bien. Porque si hay algo más y no puedes alejarte de ella, entonces jugar la carta de la amistad es tu mejor opción.

Sopesé la idea.

¿Podría ser amigo de Shannon?

¿Podría ser simplemente su amigo?

—Amigos —repetí, mirándole ahora—. Supongo que podría intentarlo.

—Así se habla —me animó Gibbsie, con una sonrisa de satisfacción.

Podría ser su amigo.

Sería un buen amigo para ella.
Podría hacerle la vida más fácil.
Quería hacer eso por ella.

—Pero ¿y si ella no quiere ser mi amiga? —planteé, sintiendo esa extraña oleada de inseguridad que parecía acompañar cualquier pensamiento que tuviera sobre esa chica.

—Sigue con esa lamentable cháchara y yo no querré ser tu amigo, pedazo de gallina —resopló Gibsie—. ¿Y si ella no quiere ser mi amiga? —se burló, y luego bufó—: Ve a casa a ver si te has dejado las pelotas allí. Recuerda quién eres, joder.

—Gibs —le advertí—. No estoy de coña. Necesito que me ayudes con esto.

Dejó escapar un pesado suspiro.

—Si es lo que quieres realmente...

«No».

—Así es como tiene que ser —farfullé.

—Vale, tío, te ayudaré —accedió Gibsie con un suspiro—. Aunque nunca funcionará, estás condenado al fracaso en esto, y lo más probable es que termine siendo el padrino en tu boda a una edad ridículamente joven porque habrás cruzado todas las líneas, pero, por ahora, te ayudaré como sea a engañarte a ti mismo.

—Esto no es gracioso, Gibs —lo abronqué, echando chispas.

—Lo sé —respondió, mientras se partía de la risa—. Es divertidísimo.

—Ni lo más mínimo —gemí.

DISOCIAR

Shannon

No fui a clase en toda la semana, sino que me quedé en casa cuidando de mis hermanos y mi madre, quien, como sospechaba, no me hablaba.

No nos hablaba a ninguno.

Excepto a él.

Él había vuelto.

Tal como sabía que pasaría.

El aborto había sido la oportunidad perfecta para que mi padre volviera a abrirse paso en la fragilidad emocional de mi madre.

Cuando volvió aquella noche, Joey se fue.

Arrancó el coche y no volvió a casa en tres días.

Tres días que había vivido aterrorizada, temiendo que no regresara jamás.

Al final lo hizo.

Pero sabía que no sería para siempre.

Cualquier día, Joey saldría por la puerta como lo había hecho Darren para nunca volver.

Mi madre regresó al trabajo el sábado siguiente.

Como un autómata, se puso su bata de limpieza, bajó las escaleras, se preparó una taza de café, se fumó siete cigarrillos y luego se fue.

Sabía que no debería estar trabajando en su situación, su estado mental claramente no era el adecuado, pero cuando traté de decírselo, se limitó a esbozar una sonrisa insípida, darme un beso en la mejilla y marcharse.

Me pasé el día entero preocupadísima por mi madre y escuchando a mi padre decirme que había sido mi culpa que perdiera al bebé.

Yo era la zorra.

Yo le hice perder los estribos.

Yo tenía la culpa de que me pusiera las manos encima.

Y yo fui la razón de que empujara a mi madre cuando esta trató de quitármelo de encima aquella noche.

Yo era la razón por la que le pegaba.

Todo era mi culpa.

Porque yo era una puta.

Cuando anoche rompió la promesa que le había hecho a mi madre de no beber, ni siquiera me sorprendió.

Cuando usó mi cuello como una pelota antiestrés, ni siquiera me estremecí.

Solo estaba muy cansada.

Una parte de mí rezaba para que acabara con aquello de una vez.

A pesar de que Joey había bajado corriendo las escaleras y me había quitado a mi padre de encima, el daño ya estaba hecho.

Añadió nuevos moretones a los antiguos y pasé una buena parte de la noche contemplando los peores pensamientos posibles.

No tenía ningún respiro.

No tenía salida.

No en esa casa.

No en un hogar de acogida.

Estaba atrapada.

Cuando bajé del autobús y atravesé las puertas de Tommen esa mañana, sentí tal oleada de alivio en todo el cuerpo que casi pude saborearlo.

Regresar después de una semana en el infierno me pareció la mejor recompensa por sobrevivir.

Ver a Claire y Lizzie de nuevo, y saber que me querían, que me dijeran que me querían, sirvió para remendar algo en mi interior.

Cuando se presentaron en el almuerzo con un cupcake por mi cumpleaños y regalos, casi lloré.

Cuando les conté la versión edulcorada de lo que le pasó a mi madre, me conocían lo bastante como para dejar estar el tema.

No quería hablar de ello, pensar en ello ni que me lo recordaran.

Nunca más.

Claire y Lizzie lo sabían y respetaron mis deseos.

Como tocaba, asistí a todas mis clases y borré a mi familia de mi mente durante las siguientes siete horas.

Fue maravilloso.

PERDIENDO EL ZAPATO Y LA CABEZA

Shannon

Mi última clase del lunes fueron dos horas de Educación física, pero como estaba lloviendo a cántaros, el señor Mulcahy se apiadó de nosotros y organizó un partido de fútbol en la cancha de baloncesto cubierta.

El señor Mulcahy era el entrenador de rugby de la escuela y era bastante evidente por la forma en que se recostaba en una silla plegable a un lado, con los ojos fijos en el portapapeles que llevaba en la mano, que no le preocupaba nuestra educación física.

Además, me las arreglé para echar un vistazo a dicho portapapeles cuando intenté escabullirme sin éxito del partido y vi que estaba cubierto de garabatos y jugadas relacionadas con el rugby.

Por suerte, acabé siendo reclutada por el equipo de Claire y un par de chicas más, mientras que Lizzie se valió de su palique para no tener que participar y pudo irse a la biblioteca.

Ojalá fuera tan persuasiva como ella.

Pero no lo era, sino que llevaba un peto amarillo y corría de aquí para allá intentando no morir atropellada por los chicos.

Con Lizzie pegándose la gran vida en la biblioteca, solo quedábamos cuatro chicas en la cancha para jugar con los dieciocho chicos de 3A.

Yo era, de lejos, la peor.

Shelly y Helen, las otras dos chicas de mi clase, no eran mucho mejores, pero tenía la sensación de que era más por su desinterés general en el juego

que por su falta de habilidades.

A Claire se le daba genial el deporte, era la mejor chica en la cancha, y los muchachos la trataban con el respeto que se merecía pasándole el balón cada vez que lograba liberarse del contrario.

Hasta ahora, había marcado dos veces.

Para ser justos, mis compañeros de equipo habían intentado eso conmigo al principio del partido, pero después de tropezar y costarnos un gol, me evitaron.

Pensé que era lo mejor.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Claire, corriendo hacia mí cuando uno de los chicos de nuestro equipo marcó de nuevo.

Llevaba la misma camiseta negra, pantalones cortos blancos y peto amarillo que yo, pero, a diferencia de mí, su ropa deportiva le sentaba realmente bien.

La coleta, larga, rubia y rizada, se le balanceaba de un lado al otro cuando se movía.

Tenía las mejillas rojas y le brillaban los ojos de la emoción.

Era asquerosamente despampanante.

—¿No te parece la mejor manera de terminar el día?

—Eh, ¡sí, claro! —Me obligué a sonreír y levanté los pulgares como con entusiasmo.

—Odias esto, ¿no? —se rio ella, y me apoyó un codo en el hombro. El hecho de que pudiera hacer eso con facilidad solo me hizo comprender lo bajita que era yo—. No te preocupes. Solo quedan diez minutos más.

—La verdad es que el fútbol no es lo... —Hice una pausa para agacharme, esquivando por poco una pelota en la cara—. No es lo mío —comencé a decir, pero Claire ya estaba persiguiendo la pelota, gritando a nuestros compañeros de equipo que estaba «desmarcada».

Momentos después, una estampida de adolescentes atravesó corriendo la cancha hacia mí, persiguiendo un balón de fútbol perdido.

Tras esquivar por poco otro atropello, decidí que ya había tenido bastante ejercicio por ese día. Llevaba desde que me desperté con un dolor horrible y persistente en el estómago, y correr no ayudaba en nada.

Tenía el cuerpo hecho pedazos.

Me dolía tanto que apenas podía soportarlo.

Para ser sincera, tenía la sensación de que el dolor de estómago que estaba sufriendo se debía a la ansiedad y tenía que ver con mi padre.

A partir del viernes teníamos dos semanas enteras libres, y cada vez que me permitía pensar en todos esos días atrapada en casa con él, el dolor empeoraba.

La mayoría de la gente estaba deseando irse de vacaciones.

Yo, sin embargo, estaba hecha un manojo de nervios.

Agotada, me quité el peto y busqué al señor Mulcahy por el gimnasio para preguntarle si podía irme antes a sentarme en el vestuario.

Me dio un vuelco el corazón cuando lo encontré al fondo del pabellón, hablando nada menos que con Johnny Kavanagh.

Ay, madre.

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Sin duda el tiempo suficiente para ver mi patético intento de evadir la muerte.

Había pasado todo el día sintiendo que me observaba.

Fuera adonde fuese, juro que notaba su mirada clavada en mí.

Sabía que quería hablar conmigo, razón por la cual había pasado el día eludiéndolo y esquivándolo.

Tendría preguntas sobre la semana anterior.

Querría que le contara qué pasó.

Y no se creería mis mentiras.

Lo cual era aterrador.

Porque era demasiado listo para que una chica en mi situación anduviera con él.

Cuando estaba con él, me olvidaba de mentir y esconderme.

Me olvidaba de todo.

El señor Mulcahy golpeaba el portapapeles en su mano, enfrascado en una conversación con Johnny, cuya atención oscilaba entre lo que había allí escrito y, bueno, yo.

Estaba exactamente frente a él, con la cancha entre nosotros, pero juro que podía sentir el calor de su mirada hasta los dedos de los pies.

Cada vez que desviaba su atención del portapapeles hacia mí, me observaba con tanta fuerza e intensidad que era incapaz de descifrar su mirada.

¿Había rabia?

¿Frustración?

¿Había algo más?

No habría sabido decirlo.

No tuve que darle demasiadas vueltas, porque unos segundos después, el señor Mulcahy hizo sonar su silbato e indicó a la clase que saliera de la cancha y recogiera.

El entrenador y Johnny permanecieron en la entrada, enfrascados en una discusión, mientras mi clase pasaba junto a ellos hacia los vestuarios.

Sintiendo que era la opción más segura, fui derecha hacia Claire, entrelacé un brazo con el suyo y le hice un montón de preguntas sin sentido sobre el partido que acabábamos de jugar; bueno, el partido que ella acababa de jugar.

Mantuve la mirada en su rostro, escuchando atentamente sus respuestas, cuando pasamos junto a ellos.

No fue hasta que estuve a salvo en el vestuario de chicas cuando solté el suspiro entrecortado que había estado conteniendo.

—Ay, Shannon, pero ¿a ti qué te pasa? —preguntó Claire en cuanto la puerta del vestuario se cerró de un portazo a nuestras espaldas.

—¿Eh?

—Mi brazo —gimoteó Claire—. ¿Intentas cortarme la circulación a propósito?

Miré de repente su brazo, más específicamente al punto donde mis dedos se clavaban en su piel.

—¡Ostras! —La solté y me llevé una mano a la boca—. Lo siento mucho.

—¿Qué pasa? —Se acercó un paso a mí, con la preocupación reflejada en el rostro—. Pareces muy asustada.

—Nada —me apresuré a responder—. Estoy bien. Es solo... —Negué con la cabeza y solté un suspiro entrecortado—. No esperaba que él estuviera ahí fuera.

—¿Johnny?

Asentí lentamente.

Entonces abrió mucho los ojos.

—¡Ay, qué fuerte! —Apuntándome con un dedo a la cara, gritó en voz baja—: ¡Me has mentido! Algo pasó la semana pasada, ¿a que sí?

—No. —Negué con la cabeza, con las mejillas ardiendo—. No pasó nada.

—Te estaba mirando fijamente en el pasillo, en plan muchísimo —siseó, como embelesada—. ¿Pasó algo? Por favor, dime que pasó algo...

—Te prometo que no pasó nada entre nosotros —farfullé, arrepentida de haberlo mencionado—. Y no me estaba mirando.

—Pero ¿querías que lo hiciera?

Abrí la boca para negarlo, pero Claire me interrumpió.

—¡Ja! Ni se te ocurra mentirme, te conozco bien —se rio—. Se te han puesto rojas hasta las orejas.

—Claire, por favor, ¡no se lo digas a nadie! —solté, muerta de la vergüenza.

—Ya te prometí que no lo haría.

Suspiré aliviada.

—Gracias.

—Pero deberías saber que te estaba mirando, Shan. En plan seriamente. —Claire dio unas palmaditas, chillando en voz alta—. Ay, qué fuerte, esto me hace tan feliz...

—Que no me estaba... Y yo n-no puedo... Yo solo... —tartamudeé. Luego cogí aire para tranquilizarme y lo intenté de nuevo—: Aquella tarde discutimos en su coche.

—¿Discutisteis? —preguntó Claire con expresión de sorpresa—. ¿Acerca de qué?

—No importa —murmuré, sonrojándome—. Y...

—Y ¿qué?

—Volvió a llevarme a casa el viernes antes de mi cumpleaños.

Se le iluminó la cara por completo.

—¡Ay, madre!

—Y luego vomité delante de él —admití consternada—. Posiblemente sobre él.

Estaba muy cerca de la zona de peligro.

«Mientras me sujetaba el pelo».

Claire se estremeció de vergüenza ajena.

—¿En su coche?

—No —respondí débilmente—. En el instituto. Frente a mi taquilla.

Ella sonrió con tristeza.

—Y ¿te dejó en casa después?

—Luego...

—Luego ¿qué, Shan?

—Fui al pub con él. Y me llevó al cine después de Biddies.

—Júralo —chilló.

—Y el día de mi cumpleaños, terminé yendo a su casa.

—¿Qué? —gritó Claire—. ¿A su casa?

—Fue culpa de Joey. Pero estaba allí... y me duché... y luego me cocinó... y me quedé dormida en su... —Cerré la boca rápidamente en cuanto la puerta se abrió de golpe y Shelley y Helen irrumpieron en el vestuario.

Claire me miró enarcando las cejas, pero no dijo nada más.

Sin embargo, por su cara, estaba claro que para ella esa conversación no había terminado ni mucho menos.

Aproveché la oportunidad para coger mi uniforme del banco y deslizarme en una de las duchas para cambiarme.

No era una mojigata ni nada por el estilo, pero me faltaba mucho en comparación con esas chicas.

Ahorrándome una humillación innecesaria, siempre ocultaba mis minúsculos pechos cambiándome en una de las cabinas con la cortina echada.

Con el uniforme puesto y los nervios bajo control, regresé con las chicas justo a tiempo para escuchar el último drama de Shelly y Helen.

Shelly era una morena alta con el tipo de curvas que esperaba desarrollar algún día. Helen era una versión pelirroja de esta, más baja y con algo menos de curvas.

Eran unas chismosas de cuidado y se pasaban los días pegadas la una a la otra, cuchicheando y riéndose disimuladamente, pero me había encontrado con otras mucho peores que ellas.

De hecho, me caían bien en el sentido de que eran completamente inofensivas si no les contabas tu vida.

—¡Madre, está como un tren! —seguía chillando Shelly.

Estaba de pie en sujetador y bragas, la mar de a gusto con su cuerpo, y haciendo aspavientos con las manos a su mejor amiga.

—Te lo juro, Hells, le daría un revolcón a ese chico. —Se pasó la larga coleta por encima del hombro y fingió desmayarse—. Seguro que también se le da genial eso.

—¿De quién estamos hablando, chicas? —intervino Claire con una sonrisa amistosa. Estaba sentada en el banco, abrochándose la camisa del uniforme—. ¿Alguien interesante?

—¿De quién crees? —bromeó Shelly con una gran sonrisa—. Del mismísimo sexo personificado.

—¿Te has fijado en cómo nos miraba? —añadió Helen emocionada, mordiéndose el labio inferior—. En serio. Lo he visto. Fijo que nos miraba cuando estábamos en la cancha.

—Ojalá —suspiró Shelly, embelesada—. Jolín, ¿por qué los chicos de nuestro curso no pueden parecerse a él?

—Ya —asintió Helen ensimismada—. Ese chico es un pura cepa, lo más sexy de Cork.

—No es de aquí —me escuché decir—. Es de Dublín.

—No... —discrepó Helen con la confusión grabada en el rostro—. Es de Ballylaggin.

—Si estáis hablando de Johnny Kavanagh, entonces Shannon tiene razón —intervino Claire—. Nació y se crio en Dublín, por lo que no es del sur —se rio.

—Bueno, no me importa —suspiró Helen—. El acento solo lo hace más atractivo.

—Exacto —resolló Shelly—. Aún le daría un revolcón.

—Entonces será mejor que te des prisa, Shell. —Riendo, Claire continuó hurgando en las heridas de una alterada Shelly al añadir—: Porque se irá de aquí cuando termine el instituto, en cuanto salga de la Academia y los seleccionadores irlandeses le ofrezcan un contrato. Hazme caso cuando te digo que no se quedará en Cork. Regresará directamente a Dublín y lo recibirán con los brazos abiertos. Porque sí que es un dublinés de pura cepa.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Helen, mirando a Claire como si le hubieran crecido dos cabezas.

—Porque me paso la vida rodeada de chicos que juegan al rugby con él —respondió Claire—. Escuché a Hughie y Gerard comentar que Johnny solo se quedará en Irlanda un par de años. Los muchachos creen que lo más probable es que juegue en el extranjero durante varias temporadas mientras el centro actual de su equipo lo deja y Johnny adquiere experiencia de alto nivel. Mi hermano apuesta por Francia: los clubes de allí tienen mucho

dinero para gastar. Luego volverá a casa como un jugador de renombre mundial con toda la experiencia adquirida y aún joven.

—Dios —murmuré, un poco mareada por la conversación—. Haces que parezca un pedazo de carne.

—Porque eso es lo que es en su mundo, Shan —afirmó Claire, dirigiendo su atención hacia mí—. Un buen bistec de primera calidad, grande y jugoso.

—No puedo ni imaginar lo que se debe de sentir al estar bajo tanta presión —susurré, y mis pensamientos regresaron inmediatamente a aquella tarde en su coche.

No era de extrañar que reaccionara tan mal.

Vi la atención que atraía cuando salimos.

Toda la vida de Johnny expuesta frente al país entero.

El mundo entero hablaba de él.

En todo momento.

Creo que si yo fuera él, me escondería debajo de la cama.

Sentí una enorme oleada de compasión en el pecho, toda dirigida a él.

—Pobre chico —musité, pensando en lo desesperado que debía de sentirse por tener que ocultar su herida.

—¿Pobre chico? —bufó Helen con sorna, y resopló—. Johnny Kavanagh no tiene nada de pobre, Shannon. El guapisísimo tiarrón va directo a los profesionales. Ya aparece en blogs y revistas de rugby famosos. ¿Te parece que sea pobre?

No pensé que fuera de nuestra incumbencia hablar de él de esa manera.

Era su vida la que se debatía abiertamente y no me sentía cómoda con ello.

—Estás demasiado callada, Shannon —observó Shelly mientras me evaluaba con gran interés—. No me digas que no es el chico más guapo que hayas visto jamás.

Era, con mucho, el chico más guapo que había visto jamás en persona.

Sin embargo, tuve la clara sensación de que, sin el encanto de la fama y el dinero que lo acompañaban, esas chicas no estarían tan obsesionadas con él.

A mí no podría importarme menos qué tipo de pelota pateara en el campo.

El rugby era un deporte.

Era un juego.

No era todo él.

Era solo una parte de él.

Al parecer, la única parte que les importaba a esas chicas.

—Supongo. —Me encogí de hombros, evasiva—. Es muy buen jugador.

Ambas chicas se rieron.

—Te estás poniendo toda roja —bromeó Shelly—. Mira, Shan, no vale la pena.

Fruncí el ceño.

—No vale la pena ¿qué?

—Que te pilles —contestó ella—. Johnny ni siquiera mira de reojo a las chicas de su propio curso, y mucho menos a las de tercero.

—En realidad, eso no es cierto —dijo Claire con malicia—. La llevó a casa después de clase. —Me lanzó una sonrisa traviesa—. Dos veces.

Sonrojándome, tomé nota mentalmente de no volver a contarle a Claire una mierda jamás.

Ambas chicas me miraron de pronto.

—Perra con suerte —rezongó Shelly, con los ojos muy abiertos.

—¿Estuviste en su coche? —repuso Helen.

Me encogí de hombros, sintiéndome muy expuesta en ese momento, pero no respondí.

—Y salió en el periódico con él —añadió Claire—. Hughie me lo enseñó. Todos los muchachos hablaban de eso porque Johnny nunca posa con chicas.

—¡Muy fuerte, joder! —jadearon ambas chicas al mismo tiempo.

—¿Te lo has montado con él? —preguntó Helen; aunque, en realidad, más bien lo exigió—. Ay, madre, ¿te has tirado a Johnny?

Claire me miró expectante.

—¡No! Caray, claro que no —grazné, balbuceando—. ¿Por qué lo preguntáis siquiera?

—Ah, porque es Johnny Kavanagh. —Shelly puso los ojos en blanco con sarcasmo—. Y tú fuiste a su casa. Cualquier chica en su sano juicio querría tirárselo. ¡Ay, qué fuerte! —Con los brazos en jarra, chilló—: ¡¿Viste su dormitorio?! ¡¿Cómo es?! ¡¿Tiene una cama enorme?! Apuesto a que es enorme. ¿Va a llevarte a casa después de clase otra vez? ¿Por eso está aquí? Ay, madre, ¿sois pareja?

—Uy, Bella se va a enfadaaar —intervino Helen—. Se pondrá como una moto cuando descubra que vas detrás de su rollete.

—Johnny no es el rollete de Bella —resopló Claire—. Esa chica se va con todos.

—En realidad —terció Shelly, levantando un dedo—, el otro día escuché a algunas de las chicas de segundo de bachillerato en el baño diciendo que Bella está con Cormac Ryan ahora. —Arqueando una ceja, añadió—: Al parecer, lleva mucho tiempo folládoselo.

—¿Mientras estaba con Johnny? —resolló Helen.

—Ajá —asintió Shelly—. Hay que ser tonta, ¿eh?

—Bueno, Cormac es un chaval guapete —respondió Helen con el ceño fruncido—. Pero no es Johnny Kavanagh.

—¿A que no? —coincidió Shelley.

—Pero aun así. —Helen se mordió una uña y me miró—. A Bella no le alegrará saber de ti.

—No es su dueña —bufó Claire—. Nunca llegaron a ser pareja, e incluso si lo hubiesen sido, Bella no puede hablar. Todo el mundo sabe que se lo ha estado montando con medio instituto a sus espaldas durante meses.

—Sí, pero él es su gran apuesta —observó Helen—. ¿Os suena a alguna la operación Placaje al centro?

—Uf, esas chicas son tontísimas —se quejó Claire—. Pensaba que esa estúpida competición se acabó el año pasado.

—Así fue —dijo Shelly en un tono mustio—. Bella ganó.

—Operación ¿qué? —grazné.

—Placaje al centro —repitió Helen, mirándome como si yo no tuviera ni idea.

Lo cual, en este caso, así era.

—¿Y eso qué significa?

—Las chicas de primero y segundo de bachillerato organizaron esta estúpida competición el año pasado para ver quién podía quedarse con Johnny —refunfuñó Claire—. La llamaron operación Placaje al centro porque son de lo más lamentable y no tienen la más mínima imaginación.

—Hizo una mueca antes de añadir—: Al parecer, Bella ganó.

—No lo entiendo —admití, avergonzadísima.

—Johnny juega como centro en el equipo —explicó Claire, que parecía de lo más asqueada—. Y un placaje ocurre cuando varios jugadores se

abalanzan sobre el que tiene el balón, aunque estoy bastante segura de que esas chicas querían lanzarse sobre Johnny con una intención completamente diferente.

—¿Qué...? ¿Por qué le harían eso?

—Porque no puede ser más quisquilloso —gruñó Shelly—. Y rara vez mira a alguna de las chicas de por aquí. Es un completo esnob cuando se trata de con quién está.

—A Bella no le gustará tener competencia —apuntó Helen con una mueca—. Shan, deberías mantenerte alejada de él, porque te sacará los ojos.

—Es una perra —coincidió Shelly—. No importa que se hayan dado un tiempo o no. Se pondrá como loca contigo.

—No se están dando nada porque nunca han tenido una relación —desmintió Claire—. Eran follamigos con pretensiones, tías. No es que fuese el romance del siglo.

—Eso da igual —replicó Helen—. Ya sabes cómo es, Claire. A ojos de Bella, ella y Johnny se han dado un tiempo, y se volverá loca si alguien se interpone en su camino.

—Yo no he estado con él —alcancé a decir, y el miedo de que alguien de segundo de bachillerato me sacara los ojos me revolvió el estómago violentamente. No sería la primera vez, y aún tenía una leve cicatriz en el párpado derecho para probarlo—. Lo juro.

—Tranqui, Shannon —intervino Claire, que se puso a mi lado—. Nadie te va a tocar.

—Yo no estaría tan segura de eso —terció Helen, que parecía preocupada—. Bella puede ser una verdadera perra cuando quiere.

—Ah, ¿sí? —replicó Claire, poniéndome una mano en el hombro—. Pues yo también.

—¿Q-qué? —dije en un hilo de voz, sintiendo como si estuviera a punto de echar el estómago por el culo—. Pero yo no he estado... Yo no... Yo no he hecho nada...

El timbre de la campana llenó el lugar, interrumpiéndome, y en vez de intentar buscar una salida del lío en que me había metido aquella conversación, cogí mi bolsa de deporte y corrí hacia la puerta.

—¡Shannon, espera! —me llamó Claire—. ¡Espérame!

No la esperé.

En su lugar, salí corriendo a toda velocidad del pabellón de Educación física, empujando a los chicos que salían del vestuario y tropezando por los escalones en un intento de alejarme cuanto pude de una posible confrontación.

No podía soportarlo.

Ese día no.

No soportaría otra discusión.

Ni con mis padres, ni con Bella Wilkinson, ni con nadie más.

Simplemente no podía.

Era demasiado.

Conseguí llegar al sendero que conducía a la salida del instituto, con los pies resonando aún contra el hormigón, cuando se me atascó el tacón del zapato en una grieta en medio del camino y casi me caigo de cabeza sobre el asfalto mojado.

Llegué a la acera saltando a la pata coja y esperé a que pasara una gran multitud de chicos antes de ponerme en marcha varios metros detrás de ellos.

Joder.

¿Tenían razón Helen y Shelly?

¿Iba a venir Bella a por mí?

¿Porque Johnny me llevó a casa?

Ay, madre, mi corazón, mi pobre y agotado corazón me retumbaba en el pecho.

Tenía el estómago revuelto.

Parecía que fuese a vomitar.

No, rectifico: iba a vomitar.

Salté la cerca baja que separaba el sendero de una zona boscosa, corrí hacia los arbustos, dejé caer la mochila en la hierba mojada, me agaché detrás del árbol más cercano y vomité violentamente.

Tenía muy poco en el estómago, pero la manzana que me había comido antes apareció en todo su esplendor.

Estremeciéndome del asco, permanecí agachada, cogiendo aire poco a poco varias veces mientras intentaba calmarme.

Temblaba de arriba abajo violentamente, y no sabía bien si era porque la lluvia me estaba calando o por el puro terror en mi corazón.

Sospechaba que ambos.

Varios minutos después, cuando estuve segura de que podía volver a caminar, me levanté con cuidado y me limpié la boca con el dorso de la mano.

Con la otra en el estómago, dejé escapar un suspiro entrecortado y miré a mi alrededor.

Afortunadamente, había logrado quedar fuera de la vista desde el sendero.

Esta vez.

Metí la mano en la mochila para sacar mi botella de agua solo para darme cuenta de que, con las prisas, había cogido la bolsa equivocada.

—Mierda —mascullé.

Alicaída, me eché la bolsa de deporte a la espalda y regresé al sendero.

No me molesté en correr esa vez.

No me quedaban fuerzas.

No me quedaba nada.

Si Bella quería pegarme, ninguna carrera cambiaría eso.

Encontraría la manera de hacerlo.

Siempre lo hacían.

Lo preocupante era que no sabía qué aspecto tenía.

No sabía de quién cuidarme.

«De todos —insistió mi cerebro—. No confíes en nadie».

Lloviendo como estaba, con el chaparrón calándome la ropa, volví caminando lentamente al aula de Educación física con la cabeza gacha y mi instinto de supervivencia desactivado.

El agua corría sin cesar camino abajo y cuando crucé hacia el edificio de Educación física tuve cuidado de evitar el dique de hierba sumergido bajo el agua que se había formado a la izquierda.

A diferencia de antes, cuando había estado corriendo sin prestar atención al tiempo, ahora era muy consciente de mi entorno, así como del clima de mierda irlandés.

Uf, si no dejaba de llover pronto, el pueblo estaría en alerta por inundaciones.

Sin la protección del abrigo, que me había dejado en la taquilla, tenía la ropa completamente empapada.

Tenía los pies mojados y los calcetines chorreando de correr en busca de algún lugar en el bosque para vomitar. La sensación del uniforme mojado

pegado a la piel, igualmente mojada, me hizo sentir una mezcla de asco y frío.

Todos se habían ido cuando llegué por fin al pabellón, por lo que la ausencia del ruido y el bullicio de mis compañeros de clase fue evidente.

Agradecida por el refugio temporal del monzón, fui directamente al vestuario de chicas y respiré aliviada cuando vi mi mochila en el banco donde la había dejado.

Todavía me estaba acostumbrando a que nadie tocara mis cosas en ese instituto.

Me acerqué a mi mochila y la cogí, cuando vi que una página arrancada de un cuaderno cayó al suelo.

La ignoré.

Empapada hasta los huesos, cogí mi neceser de emergencia, me dirigí al baño y me lavé los dientes rápidamente, con arcadas cada vez que el cepillo me tocaba la parte posterior de la garganta.

Cuando terminé de lavarme la boca, enjuagué el cepillo de dientes y lo volví a meter en la pequeña bolsa hermética junto con la pasta y regresé a por mi mochila.

Miré el reloj y vi que eran las 16.25.

Aparte de los pantalones cortos, la camiseta y un par de bragas limpias, algo que siempre llevaba encima, no tenía ninguna muda de ropa en el instituto, así que tendría que sufrir hasta llegar a casa.

Mi autobús aún tardaría una hora más, pero tenía claro que prefería esperar en la parada hasta que llegara que correr el riesgo de tropezarme con Bella dentro del instituto.

Aunque no sabía cómo era, tampoco estaba preparada para exponerme a ese nivel de preocupación.

Ni siquiera por mi abrigo, que seguía en mi taquilla.

Valía la pena mojarme para estar tranquila.

Volví a guardarme el neceser de emergencia en el bolsillo delantero de la mochila, que me eché a la espalda antes de ajustarme las correas a los hombros, y cogí la nota.

Shan:

Debería haber mantenido el pico cerrado. De veras que no he querido disgustarte. Estábamos de broma y me he dejado llevar. A veces me olvido de todas las cosas horribles que te hicieron

aquellas chicas. Es fácil, porque pareces muy feliz aquí... y ¿diferente? Diferente en el buen sentido.

Y no hagas ningún caso a Shelly y Helen. Son unas perras dramáticas. Bella no te pondrá un dedo encima. Te lo prometo.

Aun así, lo siento muchísimo. Por favor, envíame un mensaje cuando llegues a casa.

Te quiere, Clara.

Besos

Leí la nota tres veces más antes de guardármela en el bolsillo de la falda. Luego metí mi bolsa de deporte debajo del banco junto a la de Claire antes de salir del vestuario.

No estaba enfadada con Claire.

Era perfectamente normal que chismorrearan.

Era mi reacción a las bromas lo que me cabreaba.

Que reaccionara siempre de forma exagerada a todo.

Debía trabajar en mí misma.

Necesitaba dejar de tener miedo todo el tiempo.

Sin embargo, era difícil cuando me pasaba la mayor parte del tiempo que estaba despierta en un estado constante de paranoia y ansiedad.

Joey me dijo que tenía que defenderme.

Pero tenía miedo de hacerlo.

Me aterrorizaba desatar algo que tal vez no pudiera controlar.

Fue mi pasividad lo que hizo que mi hermano acabara recibiendo una paliza la noche anterior.

Sabía que Joey no me culpaba por su nariz rota, pero el mensaje que me había enviado antes para decirme que pasaría la noche con Aoife hizo que la perspectiva de volver a casa fuera aterradora.

Se estaba alejando y no lo culpaba.

Si tuviera un lugar seguro donde caerme muerta, me lanzaría de cabeza.

Eso es lo que Aoife era para mi hermano.

Joey tenía a su novia y yo no tenía a nadie.

Sumida en mis pensamientos, estaba al pie de las escaleras que había frente al edificio de Educación física cuando mi nombre atravesó el aire como un disparo.

—Shannon.

Al darme la vuelta, observé cómo Johnny bajaba corriendo los empinados escalones del pabellón, levantándose la capucha de su chaqueta azul marino a medida que avanzaba.

«No reacciones de forma exagerada y huyas —me ordené en silencio mientras me temblaban los pies—. Saluda y ya está».

Al darme cuenta de que estaba asintiendo con la cabeza a mis pensamientos, me aclaré la garganta y solté un débil:

—Hola, Johnny.

—Hola, Shannon —resopló, deteniéndose frente a mí—. ¿Cómo estás?

—Bien —logré decir, mientras trataba de mantener una expresión impasible. Lo cual era una hazaña imposible cuando cada gota de sangre en mi cuerpo se me arremolinaba en la cara, impulsada por los ensordecedores latidos de mi corazón—. ¿Estabas, eh, en el pabellón?

—Sí. —Johnny asintió con la cabeza—. Tenía que repasar algunas cosas con el entrenador —explicó con una pequeña sonrisa en los labios—. No bromeabas cuando dijiste que no practicas ningún deporte, ¿verdad?

Me puse rojísima de vergüenza.

—Ah, no, hablaba en serio.

—¿Cómo está tu madre? —inquirió, con una mirada aguda e inquisitiva.

—Oh, está... —Hice una pausa para pasarme un mechón de pelo empapado por detrás de la oreja—. Ya está mucho mejor.

—Qué bien —dijo, y sonaba como si lo dijera en serio—. ¿Estuviste en casa ayudándola la semana pasada? ¿Por eso no viniste a clase?

—Hum, sí, necesitaba algo de ayuda después del, eh, del... —Negué con la cabeza antes de añadir—: Mi madre ya está bien. Ha vuelto al trabajo y todo.

—¿Y tú? —preguntó entonces Johnny.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa conmigo?

Clavó la mirada en mis ojos cuando insistió:

—¿Estás bien?

—Estoy bien —contesté con voz ronca, increíblemente nerviosa por estar tan cerca de él otra vez.

—¿Sabes? —respondió pensativo—. Estoy empezando a cogerle auténtica manía a esa palabra.

—Es que lo estoy —repuse—. Bien, quiero decir.

—Eso es bueno —afirmé—. Y tu familia...

—En realidad no quiero hablar de eso —confesé en voz baja. Nunca jamás—. Estamos pasando página, así que prefiero que no me lo recuerden —añadí—. Si te parece.

—Hostia, sí —murmuró—. No diré una palabra más al respecto.

Suspiré de alivio.

—Y lo siento mucho —grazné—. Por abusar de ti en tu casa el otro día.

—¿Qué? —Johnny frunció el ceño—. No abusasteis.

—En realidad yo sí —admití, avergonzada—. Y Joey también.

—Shannon, yo no lo veo así —me aseguró, en tono seco—. Para nada, así que no pienses así. ¿Vale?

—Vale. —Asentí con la cabeza—. Bueno, debería ir yéndome. —Sonriendo débilmente, me despedí de él con la mano y dije—: Adiós, Johnny. —Luego giré sobre mis talones y me alejé.

¡Mira, es un paso!

No había huido.

—¡Espera! —gritó Johnny, cuya voz escuché de cerca—. ¿Vuelves andando a casa?

Irrracionalmente cohibida por su proximidad, me aferré a las correas de la mochila y asentí, pero no dejé de caminar.

—¿Con este tiempo? —preguntó, poniéndose a mi lado.

—No, solo hasta la parada del autobús —le expliqué en voz baja, con la mirada fija en el sendero a mis pies, con cuidado de evitar el agua que parecía burbujear de cada desagüe.

No fue una hazaña fácil, porque el corazón estaba a punto de salirseme del pecho.

Esa era otra cosa en la que debía trabajar: controlar la reacción de mi cuerpo cuando estaba cerca de ese chico.

Caminaba a mi lado y cada vez que daba un paso, su brazo rozaba el mío.

Lo hacía claramente sin querer, dudaba siquiera que lo notara, y era tan grande que estaba segura de que no podía evitarlo, pero eso no significaba que mi cuerpo no reaccionara al sentirlo.

Al menos estaba acalorada.

Eso ayudaba con la humedad.

—¿A qué hora te pasa el autobús? —dijo Johnny, con voz profunda y grave.

Temblando, me lamí una gota de lluvia del labio antes de responder:

—Cojo el autobús de las cinco y media todos los días.

—Queda más de una hora.

No respondí.

Tan solo seguí caminando.

—¿Vas a quedarte bajo la lluvia durante una hora? —planteó, deteniéndose frente a mí y haciendo que me parara en seco.

Ambos parecíamos dos ratas empapadas por el aguacero, y tuve que desviar la mirada para no embobarme con la forma en que se le pegaba a la frente el pelo mojado.

Tenía un pelo precioso.

También olía de maravilla.

Estaba demasiado cerca de mí para que me sintiera cómoda, y no podía evitar respirar su olor.

Desodorante Lynx, hierba recién cortada y chico, todo en uno.

¿A quién estaba engañando? Todo él era maravilloso.

Cuando obligué a mis pensamientos a volver al presente y me encogí de hombros, Johnny dejó escapar un gruñido de impaciencia y me atravesó con la mirada, con esos penetrantes ojos azules.

—Vamos —dijo bruscamente—. Te llevo a casa.

Oh, no.

Santo cielo, no.

—No. —Sacudí la cabeza con rapidez—. Eres muy amable.

Él arqueó una ceja y su gigantesco cuerpo ocupó mi espacio personal.

—¿Por qué no?

—Porque ya me dejaste en casa —contesté, dando un paso hacia atrás.

—¿Y? —repuso, dando otro paso hacia mí.

—Y es suficiente. —Bajé la barbilla al pecho y traté de rodearlo—. Gracias de todos modos.

Una vez más, Johnny me bloqueó el paso con su enorme cuerpo.

Y, al igual que antes, tuve que desnucarme para mirarlo.

—¿Prefieres esperar bajo la lluvia durante una hora que venir conmigo? —preguntó, con los ojos fuera de sí y encendidos—. ¿Por qué?

«Porque tu novia esporádica podría querer provocarme graves daños corporales».

«Porque la primera vez que me subí a un coche contigo, la cosa terminó mal».

«Porque la segunda vez que me subí a un coche contigo, casi te cuento secretos».

«Y, sobre todo, porque la forma en que me haces sentir me asusta».

Al no responder, porque sinceramente no podía, Johnny dejó escapar otro gruñido, pero este sonó como si estuviera frustrado.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Enfadada contigo? —Negué con la cabeza, con los ojos como platos—. No, no, por supuesto que no.

—Entonces ¿por qué te estás comportando así?

—Así ¿cómo?

—Evitándome —contestó en voz baja.

—No lo hago —mentí—. Es que... Es que...

—¿Es que qué, Shannon?

Me encogí de hombros, totalmente sin palabras.

Negó con la cabeza, dejó caer su mochila al suelo y luego se inclinó hacia delante para quitarme la mía de los hombros sin el menor esfuerzo.

Conmocionada, observé cómo dejaba mi mochila en el suelo junto a la suya antes de bajarse la cremallera de su chaqueta de diseño y quitársela con una sacudida.

—¿Q-qué estás haciendo? —balbuceé, castañeteando los dientes por el frío.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —me respondió mientras se situaba a mi espalda para ponerme la capucha de su chaqueta en la cabeza y pasármela sobre los hombros—. Te estás empapando.

—Pero te quedarás sin chaqueta —solté.

—Pero tú no —replicó él—. Bueno, ¿vas a meter los brazos en las mangas, o tendré que hacerlo yo por ti?

Al no poder ayudarlo, porque lo cierto es que estaba demasiado aturdida para hacer algo más que mirarlo boquiabierta, Johnny cogió ambos extremos de la chaqueta y me subió la cremallera hasta la barbilla, de manera que me quedaron las manos atrapadas a los costados y las mangas vacías balanceándose a cada lado.

Tiró de la capucha hacia delante para cubrirme el pelo de la lluvia y luego se agachó a coger las dos mochilas.

—Bueno —dijo, asintiendo con aprobación, mientras se echaba una a cada hombro—. Vamos. Te llevo a casa. Probablemente mi madre esté esperando junto a las puertas.

—¿Tu madre? —balbuceé.

—Sí —respondió—. Mi coche está en el taller para una revisión.

—Pero no conozco a tu madre —solté. Traté de agitar los brazos para enfatizar, pero la chaqueta me dejaba poco espacio para hacerlo.

—Me conoces a mí —fue su respuesta.

Abrí la boca para decir algo, lo que fuese, pero Johnny se alejó por el sendero con mi mochila.

—¡Mueve las piernas, Shannon! —gritó por encima del hombro, sin mirarme—. Antes de que ambos pillemos una neumonía.

Estaba flipando de tal modo con él que hice exactamente lo que Johnny me pidió.

Corriendo tras él, sorteé los charcos y las grietas en la acera.

Ya era bastante difícil seguirle el ritmo con unos tacones de cinco centímetros, y casi imposible mantener el equilibrio con los brazos atrapados a los costados.

—¡Mierda! —chillé cuando aterricé en un charco de agua helada tras calcular mal un salto.

Tampoco era un charco normal.

No, era un charco irlandés, que consistía en unos buenos doce centímetros de agua sucia, fangosa y gélida.

El agua se me metió inmediatamente en los zapatos, lo que hizo insostenible caminar.

Tenía los pobres calcetines empapados.

Y las pantorrillas salpicadas de hojas y aguanieve marronosa.

Consternada, procedí a vaciarme los zapatos.

—¿Qué estás haciendo?! —gritó Johnny desde delante.

—Se me ha metido agua en el zapato —respondí, mientras mascullaba una serie de palabrotas, todas dirigidas al clima irlandés—. No puedo caminar así. Solo necesito un segu... ¡Hala...!

Se me escapó el zapato de las manos y me lancé a por él.

Mala idea, teniendo en cuenta que estaba aguantando el equilibrio sobre un pie y tenía los brazos atrapados.

Sintiéndome como una tonta, logré atrapar el zapato en el aire, solo para perderlo nuevamente al no encontrar un punto de apoyo.

Mi zapato salió volando de mi mano y me sacudí hacia atrás, intentando sin éxito mantenerme erguida.

Sabiendo que era una causa perdida, dejé de luchar y me preparé para el impacto que seguramente sufriría mi cuerpo.

Caí hacia atrás y apenas rocé con el culo el hormigón antes de que me levantaran.

Cogiéndome con una mano por la parte delantera de la chaqueta que llevaba puesta, Johnny me sostuvo, literalmente, en el aire como si mi cuerpo fuera lo más minúsculo e ingrátido del mundo.

No lo era.

Pesaba casi cuarenta kilos, pero nadie lo habría dicho por la forma en que me sostenía con un brazo.

—Buenos reflejos —dije finalmente en un hilo de voz, mirándolo con una mezcla de asombro y admiración, mientras mantenía todo mi cuerpo en el aire con una mano.

Hizo una mueca con los labios.

—Gracias.

—Bueno, definitivamente se te da mejor atrapar que lanzar.

Sonriendo con picardía, Johnny me puso de pie antes de abrir la cremallera de la chaqueta y liberar mis brazos.

—¿Mejor? —preguntó, posando las manos en las ligeras curvas de mi cintura.

En realidad no, porque sentía el calor de su cuerpo en la piel, y aunque toda una capa de ropa separaba su roce de mi carne, lo notaba hasta los dedos de los pies.

Qué mal.

Qué mal, de verdad.

Avergonzada y con la cara roja, me aferré a sus antebrazos para aguantar el equilibrio sobre el pie con zapato, y solté lo único en que podía pensar en ese momento:

—No quiero que me peguen.

Me apretó la cintura con más fuerza mientras me miraba fijamente.

—¿Quién te iba a pegar?

—Tu novia.

—No tengo novia —repuso lentamente, con la cautela y la confusión grabadas en el rostro—. Tú lo sabes.

—Bella.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó Johnny, en tono duro y con cara de enfado.

Negué con la cabeza.

Él arqueó una ceja.

—¿No?

—No —afirmé en voz baja—. Pero no quiero darle una razón para hacerlo.

Johnny me miró fijamente y parafraseó su declaración anterior.

—Nunca ha sido mi novia, Shannon.

Tragué saliva con fuerza y negué con la cabeza.

—Mira, Johnny, no necesito... No puedo meterme en más... —Con un suspiro entrecortado, me obligué a mirarlo—. No quiero que me hagan daño por hablar contigo —declaré, y las palabras me salieron deprisa y sin aliento—. No necesito ese tipo de problemas en mi vida. No soy de las que se pelean. Necesito pasar desapercibida y terminar el instituto sin contratiempos.

Hubo un largo silencio durante el cual ninguno de los dos habló.

—¿Crees que dejaría que alguien te hiciera daño? —planteó Johnny finalmente, con una mirada sombría e intensa fija tan solo en mi cara—. ¿Crees que dejaría que te pasara algo malo, Shannon como el río?

Lo observé un momento, sin saber qué decir ni qué sentía.

Al permanecer en silencio, Johnny gruñó por lo bajo y sacudió la cabeza, lo que me lanzó gotas de lluvia a la cara.

—Porque no lo haré —se respondió a su propia pregunta—. No te va a pasar nada malo —añadió, obnubilado y sin dejar de mirarme con esos ojos azules—. Porque no voy a dejar que nadie te haga daño, ¿vale?

Asentí con incertidumbre.

—¿Vale?

Me observó con atención, con la mirada encendida y fija en mis ojos.

—¿Me crees?

—Quiero hacerlo —musité, mientras le clavaba los dedos en los firmes hombros, como respuesta involuntaria de mi cuerpo a sus palabras.

«Ya lo creo que quiero...».

—Bien —contestó bruscamente, acercándose y cogiéndose con más fuerza a mi cintura—. Yo también quiero.

Una extraña pesadez se apoderó de nosotros mientras el interminable aguacero continuaba descargando.

Como si hubiese cierta presión.

Como si el aire a nuestro alrededor se hubiera enrarecido.

Me miraba fijamente, entre molesto y emocionado.

Era una expresión confusa.

No supe qué hacer con ella.

Un enorme todoterreno Range Rover negro se detuvo junto a nosotros, rompiendo la extraña tensión y evitando que dijera algo peligroso.

La ventanilla tintada se bajó y una mujer asomó la cabeza.

—¿Johnny? —gritó esta desde el Range Rover. Era rubia y guapísima, y parecía levemente horrorizada mientras nos miraba—. ¿Qué le estás haciendo a esa pobre chica?

—Esa es mi madre —murmuró Johnny, que echó un rápido vistazo a la mujer antes de volver su atención hacia mí—. Vamos.

—¡Espera! —exclamé cogiéndolo por los brazos antes de que pudiera irse, aún aguantando el equilibrio sobre un pie—. ¿Qué pasa con mi zapato?

Johnny me miró los pies y luego a mi espalda.

Soltando un profundo suspiro, me pasó un brazo alrededor de la cintura, me sujetó con fuerza y me levantó del suelo para llevarme hasta el jeep.

Abrió la puerta trasera de un tirón con una mano y me dejó en el asiento trasero antes de volver corriendo a la acera para recuperar nuestras mochilas.

—Estoy empapada —avisé, avergonzada ante la idea de estropear la cara tapicería del coche—. En serio, Johnny —agregué con un escalofrío cuando regresó a la puerta con las mochilas—. Tengo la ropa empapada.

Contrajo los labios por un instante y luego sacudió la cabeza como si quisiera apartar un pensamiento no deseado que se le hubiese pasado por la mente.

—Mamá, esta es mi, eh..., esta es Shannon —me presentó, claramente incómodo. Nervioso, me echó un vistazo y luego se volvió hacia su madre, aclarándose la garganta dos veces antes de añadir—: Ella es mi, eh... es nueva. —Me empujó más adentro en el asiento trasero del jeep de su madre

y luego dejó ambas mochilas junto a mí—. Le he dicho que la llevaríamos a casa.

—Hola, Shannon —me saludó su madre, volviéndose en el asiento con una enorme sonrisa.

—Shannon, esta es mi madre —me dijo Johnny bruscamente—. Voy a, eh, a buscar tu zapato.

Entonces cerró la puerta del coche, donde me dejó con la mujer, y salió corriendo.

Muerta de vergüenza, me desplomé en el asiento trasero del Range Rover.

Aquello no era incómodo.

No era incómodo en absoluto.

Tratar de no hiperventilar ante el malestar que me consumía fue sorprendentemente difícil teniendo en cuenta que estaba segura de que estaba sufriendo una hipotermia en toda regla.

—E-encantada de c-conocerla, señora Kavanagh —tirité, con las rodillas temblándome sin parar, mientras me frotaba los brazos arriba y abajo.

Estaba tan increíblemente fuera de mi zona de confort que no tenía ni idea de qué hacer.

Saber que estaba mojando todo el asiento de cuero de esa amable mujer tampoco ayudaba.

—G-gracias p-por lle-llevarme.

—Llámame Edel, cariño —contestó ella, que sonaba distraída mientras miraba por la ventana—. Pero ¿qué demonios está haciendo este hijo mío ahora?

Murmurando varias groserías para sí misma, la señora Kavanagh pulsó un botón en la puerta y bajó la ventanilla.

—¡Johnny! —gritó—. ¿Qué haces corriendo bajo la lluvia, pedazo de tarugo? ¡Entra!

—Está buscando un zapato —aclaré, con las mejillas encendidas—. Mi zapato. Se me ha caído. —Más bien lo he tirado—. Está tratando de encontrarlo.

La señora Kavanagh se dio la vuelta para sonreírme, pero su expresión vaciló y frunció el ceño con preocupación.

—Ay, madre —jadeó—. Mírate, estás temblando. Debes de estar muerta de frío.

Lo estaba.

Estaba más que muerta de frío.

Mi cuerpo se sacudía violentamente mientras la humedad de mi ropa continuaba acometiendo contra mi piel.

La madre de Johnny encendió la calefacción al máximo y gemí de alivio cuando el aire caliente me golpeó la cara.

Se quitó de los hombros el cárdigan de punto grueso que llevaba puesto y me lo echó por las piernas.

—Ya está, corazón —dijo en un tono tranquilizador—. Enseguida entrarás en calor.

—M-muchas g-gracias —respondí mientras me deshacía lentamente por dentro. Su pequeño acto de bondad me resultó abrumador—. No quiero ensuciarle el c-cárdigan.

—Para eso están las lavadoras —repuso ella, y le volvió la sonrisa.

Guau, la madre de Johnny era guapísima.

Y vestía muy bien.

En serio, su ropa era brutal.

Llevaba todo a juego, desde los pendientes hasta el cinturón.

«Diseñadora de moda, recuerda —siseó mi cerebro—, por supuesto que viste bien».

Con el pelo rubio y los ojos marrones, la señora Kavanagh no se parecía mucho a su hijo, pero este había heredado sin duda su estructura ósea y sus carnosos labios.

Sin embargo, Johnny tenía razón sobre el acento de su madre: era marcado y mucho más distintivo que el suyo.

—Parece que tienes un admirador —comentó la señora Kavanagh, señalando hacia donde Johnny correteaba arriba y abajo por el sendero, examinando el suelo y los desagües en busca de mi zapato perdido.

Mierda, esperaba que no se hubiera colado por el desagüe.

Mi padre se volvería loco si llegaba a casa con otro gasto.

—Ha hecho un pésimo trabajo por mantenerte en secreto —añadió la señora Kavanagh con una sonrisa—. Te vi en los periódicos con él la semana pasada. Una foto preciosa, cariño. Hacéis una pareja impresionante.

¿Pensaba que...?

—¿Qué? ¡Oh, no, no! —Me puse de un preocupante tono rojo—. No es lo que parece.

—Ah, ¿no? —preguntó con una sonrisilla—. Pensé que tal vez Johnny se había echado una novieta mientras yo estaba fuera.

—Eh, no. —Me removí incómoda—. Solo somos...

—¿Amigos? —terminó la señora Kavanagh con retintín, y una pequeña sonrisa asomándole a la comisura de los labios—. Eso he oído.

¿Éramos amigos?

No estaba segura.

Tal vez todavía estaba tratando de compensármelo.

Asentí y dije:

—Sí, solo somos amigos.

—Ah, es una pena —comentó ella después de una larga pausa—. Por un momento, pensé que habías logrado hacer lo imposible.

—¿Lo imposible?

—Distraerlo del rugby.

—Oh. —Junté las manos, sin saber cómo responder a eso. Todo lo que se me ocurrió fue—: Pues no. Solo somos amigos.

Cuando la señora Kavanagh habló de nuevo, tenía unas arrugas en la frente por la preocupación.

—Quiero a mi hijo con todo mi corazón, pero a veces desearía que recordara que tiene diecisiete años y se soltara un poco. Que se divirtiera. Se enamorara. Que rompiera las reglas. Que fuese un adolescente en lugar de un...

—¿Autómata? —sugerí en voz baja.

—Sí —coincidió su madre, asintiendo con entusiasmo—. Su dieta, los entrenamientos, los viajes, los patrocinadores y todo eso... da miedo. —Suspiró de nuevo, frunciendo el ceño—. Solo quiero que se suelte de vez en cuando. Sé cómo suena eso viniendo de una madre, pero es que está muy controlado. Cada aspecto de su vida está estructurado y planificado al dedillo. Es demasiado para mí como madre. No puedo imaginar cómo debe de ser tener diecisiete años y vivir de esa manera, día tras día. Pero para Johnny todo es rugby, rugby y más rugby. Come, duerme y respira ese maldito deporte.

Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa, pero la señora Kavanagh continuó:

—Se despierta y entrena. Va a clase y entrena. Llega a casa y entrena. Y luego se va a la cama y vuelta a empezar al día siguiente.

—Suenas agotador —asentí, un poco incómoda por la repentina y profunda perspectiva que me estaba mostrando de su vida.

—Desde luego es agotador verlo. —Con un pequeño suspiro, se tocó la frente y dijo—: Ojalá pudiera encontrar una salida para la frustración o la rabia o lo que sea que haya ido creciendo en su interior. Tengo miedo de que un día de estos explote.

No tenía ni idea de qué responder.

Mi cerebro se esforzaba por registrar toda la nueva información sobre Johnny.

—Y me acabo de dar cuenta de que estoy divagando —dijo entonces la señora Kavanagh, riendo suavemente—. Lo siento. Mi marido siempre me riñe por eso.

—No pasa nada —comenté mientras un pequeño escalofrío me recorría el cuerpo—. No me molesta.

Y no lo hacía.

Me sentía extrañamente a gusto escuchándola hablar.

La madre de Johnny era agradable y simpática, todo lo contrario al tipo de padre que tenía en casa.

—Bueno, cuéntame de qué os conocéis tú y Johnny —me pidió—. ¿Vais a la misma clase? ¿Cómo os hicisteis amigos?

—Eh, no, yo estoy en tercero —contesté, removiéndome en el asiento.

—¿En serio? —La señora Kavanagh abrió los ojos como platos—. Pensé que eras mucho mayor.

Sonreí por el cumplido, al menos me lo había tomado como un cumplido.

No era frecuente que alguien pensara que era mayor de lo que en verdad era.

—Tengo dieciséis años. Debería estar en cuarto —expliqué, encantada conmigo misma por parecer mayor—. Pero me hicieron repetir en primaria.

—También a Johnny —apuntó la señora Kavanagh con una cálida sonrisa.

—En sexto —asentí con una pequeña inclinación de cabeza—. No se alegró mucho.

—No —se rio—. No se alegró para nada. —Sonriendo, añadió—: Debéis de conocerlos bien si te ha contado la historia de «mis padres me destrozaron la vida cuando nos mudamos al quinto pino».

—No tan bien —me descubrí aclarando—. Para ser sincera, que Johnny se ofrezca a llevarme a casa probablemente sea solo otra de sus formas de intentar compensarme por hacerme un bombo en la cancha.

—¿Perdona? —farfulló la señora Kavanagh, con los ojos desorbitados.

—Fue un accidente —tercié rápidamente—. No fue su intención. Si alguien tiene la culpa, esa soy yo. No debí haber llegado tan lejos. Lo distraje. Pero me cuidó muchísimo después. —Solté un suspiro antes de agregar—: Fue muy amable.

—Y ¿cuándo ocurrió este... accidente?

—En enero —expliqué, y se me fue la mano automáticamente a la parte posterior de la cabeza—. Los médicos del hospital dijeron que todo estaba bien y hace mucho que ya ni se me nota, pero Johnny ha estado tratando de compensar su desliz desde entonces.

—¿Eso ha hecho?

—Creo que todavía se siente responsable por lo que pasó —dije encogiéndome de hombros—. Ambos sabemos que no quería que ocurriera. Ninguno de los dos lo quería. Fue un completo accidente. Pero ya está todo arreglado.

—¡Pues claro que debería hacerse responsable! —La señora Kavanagh se puso blanca como un muerto cuando siseó—: Voy a castrar a esa pequeño ca...

—¡Ay, madre, no! —chillé.

Reconsiderando mis palabras, de repente me di cuenta de lo mal que debió de haberle sonado aquello a la señora Kavanagh y, desesperada por borrar la expresión de terror de su rostro, aclaré rápidamente:

—Me dio un golpe. Johnny me noqueó y me provocó una conmoción.

Tierra, trágame.

—Me golpeó —repetí por enésima vez—. No se me nota el chichón en la cabeza.

—¿Con qué te dio? —preguntó su madre, preocupada pero enormemente aliviada.

Dejé escapar un fuerte suspiro.

—Las pelotas.

—¿Con las pelotas? —repitió ella, horrorizada—. ¿Johnny te golpeó con las pelotas?

—Una pelota —enfaticé, retorciéndome en el asiento—. Solo una pelota... —Entonces me callé, sabiendo que la estaba liando.

—¿Pelotas y bombos? —La señora Kavanagh soltó un pesado suspiro—. Shannon, cariño, por favor, explícame esto antes de que me dé un infarto.

—¡No estoy embarazada ni nada! —solté, al sentir la necesidad de aclarar eso—. Nunca he estado embarazada —añadí para puntualizar—. Ni de su hijo ni de nadie.

—Está bien saberlo —afirmó su madre, en un tono un poco menos agudo—. Bueno, cuéntame qué pasó.

—Ay, madre... —Me llevé las manos a las mejillas, que me ardían, y cogí aire para tranquilizarme antes de intentarlo de nuevo.

La señora Kavanagh me observó durante un largo e incómodo momento, obviamente tomándose la medida.

Supuse que se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad, porque su voz estaba teñida de preocupación cuando finalmente preguntó:

—Y ¿te pasó algo?

—No —negué, aliviada de haber aclarado el desastroso malentendido—. Fue solo una conmoción cerebral leve.

—Oh, por Dios —jadeó ella—. Shannon, cariño, lo siento mucho.

Extendió una mano para coger un bolso de diseño del suelo y lo abrió.

—Las facturas del hospital —comenzó a decir, en tono distraído mientras rebuscaba en su bolso—. ¿Sabes cuánto costaron? Maldita sea, me he dejado el monedero en la encimera de la cocina. Voy a necesitar el número de teléfono de tu madre. —Continuó hurgando en su precioso bolso de diseño—. ¿Por qué no me llamaron de Tommen?

—¿Qué? —pregunté boquiabierta, y negué con la cabeza—. No, no, señora Kavanagh. No pasa nada. No hubo factura. Tengo seguro médico.

Me observó durante largo rato antes de sacar finalmente la mano del bolso.

Me alegré de que lo hiciera, porque había cogido la manija de la puerta con fuerza y estaba a puntísimo de salir corriendo de aquel jeep, con zapatos o sin zapatos.

—Bueno, lamento mucho lo que pasó, Shannon —se disculpó finalmente, dejando el bolso en el suelo del lado del copiloto—. Pero sí que me gustaría hablar con tus padres para disculparme. Tal vez pueda hacerlo cuando te deje en casa...

—No es necesario —solté, sintiendo un nudo en el pecho por el pánico mientras se me helaba la sangre en las venas—. Mi madre trabaja el día entero, así que no estará en casa, y mi padre no... Él no... Por favor, no lo llame... No está... —Las palabras se me fueron apagando en la lengua y suspiré temblorosa antes de alcanzar a decir—: No es necesario.

La señora Kavanagh se mordió el labio inferior sin saber qué hacer mientras estudiaba mi rostro.

Sus ojos marrones estaban llenos de una preocupación tácita que se reflejaba en su expresión.

—Shannon, cariño, no...

Justo en ese momento la puerta del copiloto se abrió de golpe, lo que nos sobresaltó a ambas e hizo que la señora Kavanagh dejara de hablar, por suerte.

—¡Joder, qué frío hace fuera! —exclamó Johnny mientras subía al coche y se sacudía, salpicando agua por todas partes—. Diría que es hora de cerrar las escotillas, chicas. El tiempo se ha ido a la mierda.

—Dice el lumbrera que lleva correteando bajo la tormenta media hora —se burló su madre—. Estamos en alerta naranja por inundaciones, por si no lo sabías. La cuarta en un mes.

—Ya sabes que yo no me rindo, mamá —replicó Johnny, levantando mi zapato en señal de triunfo.

Girándose en su asiento para mirarme, arqueó una ceja y dijo:

—Un consejo para la próxima vez que hagamos esto. —Su tono era serio, pero los ojos le brillaban con picardía mientras el agua le goteaba del pelo que tenía pegado a la frente por la lluvia—. No te quites los zapatos.

Guiñándome un ojo, me lo lanzó al regazo antes de darse la vuelta y ponerse el cinturón de seguridad.

—Lo siento —musité, con la cara roja.

Cogí el zapato, que estaba todo viscoso, y metí el pie dentro de mala gana, estremeciéndome por la pegajosa sensación.

—Gracias por salvar mi zapato.

—Sí, bueno, agradécemelo aprendiendo a andar con ellos —respondió Johnny en tono burlón.

Me puse roja como un tomate.

—Eh, sí, vale.

—Está lloviendo de la hostia para ser marzo.

—Esa boca —lo regañó la señora Kavanagh mientras arrancaba el motor y salía—. Y ¿qué es eso que he escuchado de que noqueaste a Shannon?

Johnny se dio la vuelta y me miró fijamente, con una expresión que decía «¿En serio?».

Me hundí en mi asiento.

—¿Y bien?

—¡Hostia puta, mamá!

—¿Qué te he dicho sobre esa boca? —espetó la señora Kavanagh—. Bájame el tono, Johnny.

—Joder. —Johnny se apoyó contra el reposacabezas y gimió—. Ya me han dado la chapa Twomey, Lane, el entrenador y la madre de Shannon. Por favor, tú también no.

—¿Y bien? —repitió la señora Kavanagh, echando un rápido vistazo a su hijo, muy seria.

Johnny se volvió hacia su madre y explicó:

—Fue un accidente. Se metió en la cancha durante el entrenamiento. Ni siquiera la vi hasta que la pelota le golpeó en la cabeza.

—Sí, ya lo sé. Shannon me lo ha contado —respondió la señora Kavanagh—. Espero que te hayas disculpado, Johnny.

—Pues claro que me disculpé, joder —resopló él, con los hombros rígidos.

Desde mi posición en el centro del asiento trasero, observé cómo se pasaba la mano por el muslo, el que se había lesionado.

Negando con la cabeza, Johnny soltó un suspiro de frustración y murmuró:

—Llevo disculpándome desde entonces.

—Aun así, me hubiera gustado que me lo contaras cuando ocurrió.

—Bueno, ahora ya lo sabes —soltó—. Fue un accidente. No quise que pasara, y no voy abriéndole la cabeza a las chavalas por diversión.

—No te pongas a la defensiva, Johnny —repuso ella, suavizando el tono—. Nadie te está acusando de haberlo hecho a propósito, cariño.

—Y una mierda —murmuró—. Déjalo ya, mamá.

Parecía alterado; no, era más que eso.

Sonaba como si le doliera algo.

Lo cual era más que probable.

Los recuerdos de nuestra conversación en su coche flotaron en mi mente a todo color.

«No se está curando lo suficientemente rápido».

«Está hecho un asco, joder».

«Estoy dolorido».

«No se lo digas a nadie».

La preocupación cobró vida dentro de mí y me pregunté si su madre sabía cuánto le dolía.

Lo dudaba.

Basándome en mi limitada interacción con aquella mujer, no me pareció el tipo de persona que permitiría que su hijo sufriera ningún daño a sabiendas.

—No es por aquí —indicó Johnny cuando la señora Kavanagh giró a la izquierda en la intersección en lugar de dirigirse directamente a la autopista—. Shannon vive en la ciudad de Ballylaggin, al otro lado.

—Ya lo sé, cariño —dijo ella alegremente—. He pensado que sería una buena idea invitar a Shannon a tomar el té.

—¿Té? —grazné.

Johnny suspiró pesadamente.

—Mamá.

—¿Te gusta el té, Shannon, cariño? —me preguntó la señora Kavanagh.

—Eh..., ¿sí?

—Mamá —siseó Johnny—. ¿Qué estás haciendo?

—Las chicas están en la peluquería de la ciudad y hay que recogerlas a las siete —contestó la señora Kavanagh—. Ya son casi las cinco. No tiene sentido pegarse todo el camino hasta Ballylaggin con Shannon solo para volver luego a por las perras.

—Pues recógelas ya —masculló Johnny, tenso.

—No puedo —respondió la señora Kavanagh como si nada—. Me he dejado el monedero en casa.

—Mamá, no —le advirtió Johnny mientras sacudía lentamente la cabeza—. Quiere irse a casa.

—A Shannon no le importará que paremos una horita en casa antes de dejarla en la suya —supuso la señora Kavanagh.

—Ni siquiera le has preguntado —la increpó Johnny.

—¿Shannon? —me llamó ella—. ¿Te importa, cariño?

«Di que sí, Shannon».

«Dile que sí te importa».

«Si él se entera, te matará».

«Sabes que esto está mal».

«Este chico no es seguro para ti...».

—No me importa —balbuceé, debatiéndome entre el miedo en mi corazón y la curiosidad que me encendía el cuerpo—. A mí me parece bien.

—¿Lo ves? —bromeó su madre, acariciando la mejilla de Johnny—. A Shannon no le importa, cariño.

Johnny se volvió y me dirigió una mirada de disculpa.

No supe qué decir o hacer, así que me encogí de hombros y le sonreí débilmente.

Él se me quedó mirando un buen rato antes de soltar un fuerte suspiro y volverse hacia el parabrisas.

«Ay, madre».

«Ay, madre mía».

«Ay, madre del amor hermoso...».

«Respira, Shannon, respira...».

Permanecí en silencio, observando a Johnny y su madre interactuar, y solo hablé cuando me hicieron una pregunta directa.

Fue extraño e incómodo, pues era dolorosamente consciente de su presencia en todo momento, por lo que mi cuerpo estaba en alerta máxima.

No tenía ni idea de por qué.

Pero cada vez que estaba cerca de él, me costaba respirar.

Unos minutos después de atravesar una estrecha carretera secundaria, nos detuvimos frente a las familiares puertas de hierro negro.

La señora Kavanagh bajó la ventanilla, estiró el brazo y tecleó el código en la consola.

Y al igual que cuando vine con Joey, hacía poco más de una semana, las enormes puertas se abrieron hacia dentro.

Concentrándome en mi respiración, traté de no pensar en lo bonita que era su casa y lo inferior que me sentía al estar, una vez más, a punto de entrar en ella.

—Bueno —sentenció la señora Kavanagh, aparcando frente a lo que parecía una puerta de dos metros y medio de altura—. Cariño, lleva adentro

a tu... amiga —pidió con retintín— y déjale algo calentito y seco para que se cambie.

Apagó el motor y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Debo hacer una llamada rápida al trabajo y luego os prepararé algo de comer.

—Mamá... —empezó a decir Johnny, pero la señora Kavanagh salió del coche y se apresuró a la entrada.

Aturdida, no pude hacer nada más que mirar cómo desaparecía la señora Kavanagh dentro de la casa, dejándonos solos en su Range Rover.

—Perdónala —dijo Johnny, que me sacó de mi confusión interna. Se giró en su asiento para mirarme—. No tengo ni puta idea de en qué estaba pensando mi madre.

—No pasa nada —respondí, juntando las manos con fuerza—. Es muy agradable.

—Es maja —murmuró Johnny mientras miraba por encima del hombro hacia la casa—. ¿Qué pasa con tu madre?

Arqueeé las cejas.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No tendrías que estar en casa? —preguntó, encogiéndose un poco con evidente incomodidad—. ¿Ayudándola o algo así?

—Está en el trabajo —contesté en voz baja.

—Mierda, sí, ya me lo habías dicho —masculló, pasándose una mano por el pelo, que tenía empapado—. ¿Estás bien?

Asentí.

—Y eso también me lo has dicho —resopló, negando con la cabeza—. Mierda, me pediste que no hablara de ello.

—Ya —susurré.

—Está hecho —prometió—. No volveré a mencionarlo.

Sonreí débilmente.

—Gracias.

Se me quedó mirando un buen rato, como si estuviera tratando de resolver algo en su cabeza, antes de exhalar un profundo suspiro.

—Bueno. Será mejor que entremos.

—No tengo por qué hacerlo —sugerí rápidamente, al sentirme incómoda e insegura—. Puedo esperar aquí si lo prefieres.

—¿Qué? ¡No! —Salió y abrió mi puerta—. No quiero eso.

—¿Estás seguro? —pregunté en un susurro, con el corazón dándome brincos descontrolados en el pecho.

Johnny asintió, pero parecía tan inseguro como yo.

—Quiero que entres, Shannon.

—¿Sí?

—Sí.

Cogiendo aire profundamente para calmarme, salí del coche y lo miré a la cara, pues me sentía muy pequeña y muy perdida.

Necesitaba que tomara la iniciativa.

Aquello era territorio desconocido para mí.

No sabía cómo abordar esto.

—Vamos —dijo Johnny finalmente, por suerte tomando el control de la extraña situación en la que nos veíamos, mientras me cogía del codo y nos sacaba de la lluvia.

Cuando entramos en casa, me soltó y cerró la puerta detrás de nosotros.

Mientras tanto, me quedé de pie en el enorme vestíbulo e hice todo lo posible por no quedarme mirando la antigua mesa que cubría toda una pared de la entrada o el carísimo perchero que había justo detrás de la puerta, y definitivamente traté de no quedarme embobada ante el enorme reloj de péndulo, cuyas agujas sonaban con fuerza, o las innumerables pinturas que recubrían las inmaculadas paredes marfileñas.

Cuando Johnny se quitó los zapatos, lo imité automáticamente para no llenar de barro las perfectamente pulidas baldosas con grabados en blanco y negro.

Había estado en ese mismo salón hacía poco más de una semana, pero me había sentido demasiado nerviosa para ver lo que me rodeaba.

Todavía estaba nerviosa.

Tal vez incluso más.

Pero ese día era diferente.

No estaban ni Joey ni Gibsie para distraerme.

Solo Johnny y yo.

Y su madre.

Ay, qué fuerte...

UNA MADRE ENTROMETIDA

Johnny

Estaba muy mal.

Corretear bajo la lluvia durante veinte minutos con la que estaba cayendo por un zapato era una buena indicación de que esa chica me estaba volviendo loco.

En el momento en que vi a Shannon saltar de un lado para el otro en el pabellón de Educación física, creció dentro de mí una monstruosa oleada de sobreprotección al verla tratando de evitar que la pisotearan, y supe que mi problema era más grande de lo que había pensado.

Se me ocurrió el disparate de entrar en la cancha y decirles a sus compañeros de clase que se alejaran de ella de una maldita vez.

La semana anterior me había estado comportando como un desquiciado, acechándola y buscándola por los pasillos para inquietarme cada vez más cuando no apareció.

Puse la antena con la esperanza de poder finiquitar cualquier mierda que pudiera estar ocurriendo sin mi conocimiento, dejando claro que quien se metiera con ella se metía conmigo también.

Menos mal que había vuelto a clase ya, porque tenía intención de conducir hasta su casa esa noche si no aparecía.

Cada minuto del día desde que su hermano se la llevó de mi lado había estado asediado por la preocupación.

No sabía por qué me estaba comportando de esa manera.

Solo sabía que algo dentro de mí me pedía que la protegiera.

No tenía ni puñetera idea de qué era ese algo ni por qué me sentía así, pero era tan fuerte que prácticamente podía saborearlo.

No sabía cómo gestionar el aborto de su madre.

No tenía ni zorra idea de cómo consolarla sin ser demasiado brusco.

Parecía tener la costumbre de comportarme así cuando se trataba de esa chica.

Sabía que debía alejarme.

Pero no podía.

Mi instinto hacia ella solo se intensificó cuando la vi alejarse bajo la lluvia, toda pequeña e insegura, y fui y crucé la línea a todo trapo.

Estaba claro que no quería que la llevara a casa, pero yo insistí de todos modos.

Hice más que eso; la metí, literalmente, en la parte trasera del Range Rover de mi madre, demasiado irritado y nervioso por mis sentimientos para pararme a escucharla.

Lo peor era saber que si mi madre no hubiera aparecido cuando lo hizo, había una gran posibilidad de que hubiera besado a Shannon.

Quería hacerlo.

Desesperadamente.

Y eso era más que aterrador.

Peor aún fue el hecho de que la entrometida de mi madre me hubiese jodido trayendo a Shannon a casa.

Y una mierda se había dejado el monedero.

Siempre llevaba la tarjeta de crédito en el bolsillo trasero.

Lo había hecho a propósito.

Lo sabía.

Mi madre lo sabía.

La única que no lo sabía, y menos mal, era Shannon.

Ahora ella estaba allí, en mi casa, mirándome con esos enormes ojos tristes, esperando que hiciera algo, pero yo estaba desconcertado de la hostia.

—¿Quieres subir a mi habitación? —pregunté, porque, sinceramente, no sabía qué otra mierda hacer con ella.

¿Llevarla a la cocina y dejar que mi madre la acribillara a preguntas?

Ni de coña.

Si venía, entonces estaría conmigo.

Era mía y no quería compartirla.

—Eh, ¿vale? —accedió nerviosa, aunque sonó más como una pregunta—. Si quieres...

Joder, tenía que dejar de preguntarme qué quería que hiciera.

Si seguía así, podría ser tan estúpido como para decirle la verdad.

Y entonces los dos estaríamos jodidos.

Tras decidir que era más seguro no responder a eso, me limité a hacer un gesto hacia las escaleras y eché a andar, pero solo había subido tres escalones cuando me di cuenta de que no me estaba siguiendo.

Cuando me volví, encontré a Shannon exactamente donde la había dejado, mirándome con una expresión nerviosa.

Se abrazaba a sí misma de modo protector, con la larga melena castaña empapada por la lluvia y pegada en mechones a la cara, y en toda mi vida no había visto nada tan hermoso.

Joder.

¿Qué se suponía que debía hacer?

¿Qué se suponía que debía hacer con ella?

—¡Johnny! —Escuché a mi madre llamarme desde el final del pasillo—. ¿Le has dejado a Shannon algo para cambiarse? La pobre está chorreando por la lluvia.

—Estoy bien, Johnny —se apresuró a decirme Shannon—. De veras que sí.

La miré preocupado.

Tiritaba sin parar y se le estaba formando un pequeño charco a su alrededor por el agua que goteaba de su ropa.

Uf...

—Vamos, no pasa nada —le aseguré, volviendo sobre mis pasos—. Yo te cuidaré.

Y luego la cogí de la mano y la conduje escaleras arriba, sabiendo que era una pésima idea, pero me resigné a hacerlo de todos modos.

Estaba jodidísimo.

EN SU HABITACIÓN... OTRA VEZ

Shannon

Johnny Kavanagh me había cogido de la mano.

Me había cogido de la mano y me estaba llevando escaleras arriba.

De nuevo.

A su habitación.

Otra vez.

Donde dormía.

En su cama.

Probablemente con muy poca ropa.

Ay, madre...

A diferencia de la última vez que hice ese mismo recorrido, se mantuvo a mi ritmo, dándome la oportunidad de disfrutar de la auténtica maravilla que era su hogar, porque costaba describir lo impresionante que era.

A diferencia de la enorme y moderna cocina a la que me había llevado la semana anterior, esa parte de la casa era tradicional y casi diría que regia.

Todo el descansillo superior tenía suelo de madera teñida y las paredes forradas con un precioso papel estampado que estaba tan limpio y reluciente que parecía seda.

Hasta donde yo sabía sobre telas y diseño, podría haberlo sido.

Tanto la casa entera como el chico que me cogía la mano rezumaban dinero.

Montones y montones de dinero.

Era aterrador.

El suelo crujió un poco bajo nuestros pies mientras caminábamos por el ala derecha de la casa, donde pasamos por al menos otras cinco puertas hasta que llegamos a la que sabía que era la suya.

Johnny la abrió hacia dentro de un empujón y entramos en su habitación, todavía cogidos de la mano, que aún hacía que el corazón me diera fuertes vuelcos.

Por desgracia, me soltó unos momentos después, y la falta de contacto me hizo sentir extrañamente desolada.

—Pues esta es mi habitación —dijo con una sonrisa, haciendo un gesto con una mano alrededor del dormitorio, que aún estaba desordenado—. Otra vez.

—Y sigue siendo bonita —asentí con una sonrisa tímida.

Él hizo una mueca.

—No se me da muy bien la limpieza.

«Ya lo veo».

Terriblemente incómoda por estar plantada en medio de su habitación, me acerqué a la pila de DVD junto al televisor, con la esperanza de conocer alguno de los títulos para poder iniciar una conversación en lugar de quedarme allí de pie como una tonta.

—Bueno... —comentó.

—Bueno... —susurré.

—Joder, esto es muy raro —murmuró Johnny.

—Ya —asentí mientras esbozaba una pequeña sonrisa.

Al verlo, Johnny me devolvió la sonrisa.

—Apuesto a que no planeabas pasar la tarde aquí atrapada, ¿eh?

—De veras que no me importa —insistí, y sorprendentemente lo decía en serio.

Estar allí retrasaba el regreso a casa, a otra trágica noche.

Y estar allí con Johnny me asustaba, pero en el buen sentido.

Quería estar allí con él.

Lo quería a él, vaya.

—Bueno —dijo Johnny de nuevo, removiéndose inquieto mientras se pasaba una mano por el muslo—. ¿Qué quieres hacer?

—Me da igual —respondí—. Lo que tú quieras.

—Mierda —gimió Johnny cerrando los ojos con fuerza.

—Ay, madre, ¿estás bien? —me apresuré a preguntar, muy consciente de que le dolía.

—Todo bien —me aseguró en un tono seco.

—¿Estás seguro? —insistí, cohibida de nuevo.

Tenía los ojos desorbitados y llenos de confusión cuando dijo:

—Estoy un poco descolocado, Shannon.

—¿Quieres que me vaya?

Sacudió la cabeza.

—¿Estás seguro?

Asintió lentamente.

—Quiero que te quedes.

—Vale —musité.

Cogiendo aire para tranquilizarme, me pasé los brazos alrededor de la cintura y me acerqué a su enorme escritorio, donde había montañas de libros de texto sin abrir.

—¿Eres un buen estudiante? —pregunté, mirando por encima de mi hombro.

—Decente —contestó Johnny, acercándose.

Me ardía la cara, pero mantuve la atención en su escritorio y fui rozando con los dedos los exámenes y libros mientras paseaba la mirada por el tablero de corcho sobre el escritorio.

—Vaya, has conocido a mucha gente famosa —susurré, mirando todas las fotos de Johnny con un montón de celebridades y atletas diferentes—. ¿Cuál de estos tipos es tu héroe?

Supuse que alguno lo sería.

Era un adolescente.

Todos tenían héroes.

Johnny alargó una mano junto a mí y descolgó una de las fotos del tablero.

La chincheta que la sujetaba cayó sobre el escritorio.

—¿Ves esta? —preguntó, de pie detrás de mí, pasándome un brazo por delante para que pudiera ver la foto.

«Respira, Shannon, respira...».

Obligándome a concentrarme en su pregunta, y no en la forma en que mi cuerpo estaba reaccionando a su proximidad, miré la foto en sus manos.

—Sí —murmuré, examinando la única fotografía en que no parecía haber ningún famoso.

Reconocí inmediatamente a la deslumbrante rubia que había acostada sobre una manta de pícnic en el césped como una versión más joven de la señora Kavanagh.

Con unas enormes gafas de sol que le cubrían los ojos y un gran sombrero blanco y ligero, le sonreía a un hombre.

El hombre en cuestión, que era guapo y parecía una versión mayor de Johnny, estaba de pie frente a ella y llevaba sobre los hombros a un niño pequeño de pelo oscuro que no tendría más de cinco o seis años.

El pequeño iba vestido con un jersey de rayas azul claro y blancas y pantalones cortos blancos.

Tenía el pelo muy alborotado y levantaba una pelota de rugby con orgullo por encima de la cabeza con una enorme sonrisa desdentada que le marcaba los hoyuelos.

—Esta es mi foto favorita —declaró Johnny, sacándome de mis pensamientos. Señaló el retrato y añadió—: Y él es mi héroe.

—¿Tu padre? —preguté en un hilo de voz, sin dejar de mirar la imagen—. ¿Eres tú con tu madre y tu padre?

—Sí —afirmó Johnny—. La familia al completo.

—Y ¿es tu foto favorita porque sales en ella con tus padres?

Johnny se encogió de hombros y el movimiento hizo que su firme pecho me rozara la espalda.

—Es uno de los motivos por los que es mi favorita.

Me estremecí involuntariamente.

—¿Cuál es el otro? —susurré.

—Que es auténtica.

—¿Auténtica?

—Inocente. Bonita. Pura. Antes de la fama —explicó—. Cuando mi única preocupación era una pelota y mi gente.

—Oh —jadeé, mirando al que parecía ser el niño más feliz del mundo—. Pues eras un crío precioso.

—¿Era? —bromeó Johnny—. Porque ¿ya no lo soy?

—Eh, no, o sea, sí, por supuesto. No quería... Hum, ya tienes todos los dientes —balbuceé, nerviosa y sintiéndome como una tonta por pensar en voz alta.

Johnny se rio de mi respuesta.

—Solo me estoy quedando contigo, Shannon.

Avergonzada, dejé la foto sobre el escritorio y pasé junto a Johnny para poner algo de una necesaria distancia entre nosotros.

No podía pensar cuando estaba tan cerca de él.

—¿Juegas al *GTA*? —pregunté entonces, mirando la caja de PlayStation en el suelo con emoción.

—Sí. —Johnny me miró con curiosidad—. ¿Y tú?

Asentí.

—Soy buenísima.

Él arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. —Se me daban fatal la mayoría de las cosas en la vida, pero lo petaba en el *GTA*—. Joey tiene *Vice City* y *San Andreas*, y me he pasado ambos juegos.

Johnny puso cara de sorpresa.

—En una semana —apunté.

Se quedó boquiabierto.

—No.

—Oh, sí. —Asentí, sonriendo con orgullo—. Soy la mejor.

Encantado, Johnnyladeó la cabeza y me miró con curiosidad.

—¿Quieres jugar?

Sonreí con picardía.

—Si quieres...

Puso una cara divertida.

—¿Te crees muy buena?

—Lo soy —respondí y, por una vez en mi vida, lo dije con confianza.

No decía mucho sobre mí como persona que lo único en lo que destacase en la vida fuese el *GTA*, pero era mejor que nada.

—Bueno, chavala, vas a tener que demostrar eso —me retó Johnny con una sonrisilla—. Porque yo soy el mejor.

Resoplé.

—Eso está hecho, chaval.

Johnny negó con la cabeza, claramente divertido con mi fanfarronería, y luego se apresuró a preparar el juego.

—Sin guardar —dijo por encima del hombro—. Empezamos desde cero, y el que complete la mayor cantidad de misiones antes de morir gana. Las chicas primero.

—Esa soy yo —sentencié, cogiendo el mando que me tendió.

—¿La que empieza?

—La que ganará.

—¿Quieres, eh...? —Johnny se rascó la cabeza e hizo un gesto hacia su cama—. ¿Quieres hacerlo aquí?

—¿En tu cama? —farfullé.

Se encogió de hombros, tan cohibido como yo me sentía.

—O en los pufs si lo prefieres.

—Eh, sí, vale —contesté. Me dirigía hacia los pufs de cuero contiguos que había, pero vacilé y me volví para mirarlo—. Si quieres que...

—Planta el culo, pequeña Lynch, para que pueda ganarte —me interrumpió Johnny, en tono de guasa.

Me hundí en uno de los pufs y le puse mi mejor cara de «te voy a machacar».

—Deberías ponerte cómodo —le sugerí cuando se despatarró en el puf junto al mío—. Vas a estar mirando un rato. —Al empezar la partida, coloqué los pulgares en el mando, me centré en su enorme pantalla de televisión y murmuré—: Un buen rato.

—¿Sin trampas! —ladró Johnny una hora más tarde—. Eso es hacer trampa, joder.

—No, no lo es —me reí mientras tecleaba otro código para subirle la vida a mi personaje—. No has dicho nada sobre usar trucos.

—Joder que no —resopló Johnny a mi lado.

—«Sin guardar. Empezamos desde cero, y el que complete la mayor cantidad de misiones antes de morir gana» —imité su voz—. No has dicho nada sobre códigos de trucos.

—Eres peligrosa —se quejó Johnny—. Y astuta.

—Soy la mejor —me carcajeé mientras completaba otra misión—. He intentado advertírtelo.

—Sí, bueno, no esperaba que fueras el puto Bill Gates del *Grand Theft Auto*.

Me reí con ganas, la mar de a gusto con él en ese momento.

—¿Porque soy una chica?

—Porque pensaba que eras buena —replicó Johnny, y no tuve que mirar para saber que estaba haciendo pucheros.

Llevaba haciendo pucheros casi una hora.

Me reí para mis adentros.

—Ahora ya te conozco —resopló Johnny—. Eres un pequeño demonio.

Mordiéndome el labio para evitar reírme de su pataleta, me concentré aún más en sortear a los policías que me perseguían.

—¿Cómo haces eso? —quiso saber él entonces, claramente indignado. Irguiéndose de un salto, agitó la mano hacia la pantalla—. Tienes cinco estrellas, joder. Cinco. Y aún no estás muerta.

Puse el juego en pausa y me giré para dedicarle toda mi atención.

—¿Es usted un mal perdedor, señor Soy una gran estrella del rugby?

Johnny se puso de un divertidísimo tono rojo.

—¿No te gusta que te gane una chica? —continué metiéndome con él, usando las mismas burlas que desquiciaban a Joey cuando jugábamos juntos—. ¿No puedes aceptar la paliza como un hombre?

—Tienes tanta suerte de ser una mujer en este momento... —me dijo Johnny, con los labios contraídos.

—¿Por qué? —me reí—. ¿Prefieres perder contra un chico?

—Dame ese mando, joder —gruñó y luego se abalanzó sobre mí—. Se te está subiendo el poder a la cabeza.

—¡No! —A carcajada limpia, me puse de lado para proteger el mando—. No he terminado... ¡Aaah!

—Dámelo —se rio Johnny mientras trataba de pasarme una mano por debajo del brazo.

—Nunca —exclamé entre risas—. Es mío... Para, por favor... Aaah, tengo cosquillas...

—Shannon, cariño, lo siento mucho. La llamada de trabajo me ha llevado más tiempo de lo esperado —anunció la señora Kavanagh mientras entraba en la habitación de Johnny sin llamar, lo que me hizo saltar del puf y a Johnny gemir abatido.

—Ve al baño y cámbiate esa ropa mojada —me indicó mientras colocaba una pila de ropa doblada a los pies de la cama—. Meteré tu uniforme en la secadora y estará listo antes de que te vayas.

—No, no —me apresuré a decir, con el mando de la PlayStation frente a mí como si pudiera protegerme de alguna manera de su amabilidad—. Estoy bien como estoy... Gracias.

—No digas tonterías, cariño —se negó la señora Kavanagh haciendo un ademán—. No puedes quedarte ahí sentada con la ropa mojada. Pillarás una buena.

—Mamá —dijo Johnny con un suspiro quejumbroso. Se puso de pie y resopló con frustración—. Déjala en paz, ¿quieres?

—No seas grosero, Johnny —le advirtió la señora Kavanagh—. Lleva a la pobre chica al baño y tráeme su ropa para que la ponga en la secadora.

—De veras que estoy bien —jadeé, lanzando a Johnny una mirada suplicante—. Me estoy secando.

No era cierto.

Estaba chorreando y helada, pero me había divertido tanto que me había olvidado por completo de que tenía el uniforme empapado.

Literalmente, me había olvidado de mis problemas: mi ropa mojada, mis padres, mi todo, durante la última hora.

En el momento en que mi cerebro percibió que estaba calada hasta los huesos, me estremecí por dentro.

Maldita sea.

—Acaba de decirte que está bien, mamá —gimió Johnny, mirando a su madre con horror—. Déjala. Por favor.

Haciendo caso omiso de las protestas de su hijo, se volvió hacia mí, sonriendo.

—Una buena ducha caliente te reconfortará, cariño.

—¿Q-qué? —grazné—. No puedo ducharme en su casa.

«Otra vez».

¿Por qué en la casa de ese chico no paraban de pedirme que me duchara?

¡Caray!

—Por supuesto que puedes —respondió ella con la sonrisa más cálida que jamás había visto.

—Mamá, ¿puedes irte? —masculló Johnny—. ¿Ahora? Estábamos ocupados.

Ella lo miró con dureza.

—¿Con qué?

Agité el mando hacia ella.

—Le he ganado a la PlayStation.

—No —me corrigió Johnny—. No me ha ganado a nada... —Hizo una pausa para echarme una mirada asesina—. Todavía no has ganado... —Luego se volvió hacia su madre y añadió—: Simplemente ha puesto el listón alto.

—Por las nubes —murmuré para mí.

—Lo he oído —contestó con una sonrisilla.

La señora Kavanagh nos miró a los dos y luego sonrió.

—Se le da fatal perder, ¿a que sí?

—¡Que no, joder!

—Sí —asentí con una risilla.

—Su padre es igual —añadió ella—. Deberías verlo cuando pierde un juicio. Sin hablar durante horas.

—Mamá —la increpó Johnny—. ¿Puedes dejarnos en paz? ¿Por favor?

—Lo haré —repuso ella— en cuanto esta pobre muchacha se dé una ducha caliente y se ponga algo de ropa seca.

—No quiere ninguna...

—¿Sabes qué, Shannon, cariño? —agregó, ignorando a su hijo una vez más—. Puede que tenga algo en mi taller que te venga. —Me miró de arriba abajo con un dedo en los labios antes de decir—: ¿Talla 34?

Sorprendida, me quedé allí mientras la señora Kavanagh daba vueltas a mi alrededor, tan concentrada que fruncía el ceño.

Abrió los ojos como platos por la emoción cuando dijo:

—¿Te gustaría venir a ver si encontramos algo para que te pongas en mi...

—Que no, joder —la interrumpió Johnny mientras cogía a su madre y la acompañaba a la puerta—. No es ningún proyecto, mamá, ni una maldita percha.

—Vale —resopló la señora Kavanagh.

—Gracias —gruñó Johnny.

Volviéndose hacia su hijo, susurró:

—La puerta abierta, Johnathon.

Lo miró con dureza antes de salir de la habitación, tarareando suavemente para sí misma.

Johnny esperó a que atravesara el pasillo y perderla de vista antes de cerrar la puerta y echar el cerrojo.

Con un pesado suspiro, se giró para mirarme.

—De nuevo, lo siento mucho. —Se encogió de hombros con impotencia—. No sé qué le pasa a esta mujer hoy.

—No pasa nada —me apresuré a tranquilizarlo—. Es, eh, es muy simpática.

—Sí —murmuró—. Tú alégrate de que no te haya arrastrado a ese vestidor. —Estremeciéndose, señaló—: No saldrías de allí jamás.

—¿En serio?

—Ya lo creo —contestó.

—Oh.

—Lo siento de nuevo por todo el rollo de tomarte la talla —se disculpó, con pinta de estar muerto de vergüenza—. Quería una niña; en realidad, les dijeron que iban a tener una hija. —Sonriendo tímidamente, agregó—: Pero me tuvo a mí.

—Un jugador de rugby de casi dos metros —apunté, pensativa, devolviéndole la sonrisa—. Entiendo que la trastocarás.

—Sí —se rio entre dientes y luego se pellizcó la nariz con vergüenza—. Ella y mi padre querían un montón de hijos, pero no pudieron tenerlos. —Entonces arrugó la nariz, obviamente pensando en algo personal—. Les llevó un montón de intentos de fecundación *in vitro* o alguna mierda así. —Se encogió de hombros y, señalándose a sí mismo, sentenció—: Esto es lo que consiguieron con su dinero.

—Tú —dije con una sonrisa.

Él puso una expresión lobuna.

—Tuvieron suerte, ¿eh?

Sí.

Sí que la tuvieron.

—Mi madre suele estar fuera por trabajo la mayor parte del tiempo —continuó diciendo—. De hecho, se va unas semanas a Londres por la mañana. Pero cuando está en casa le gusta involucrarse en mi vida.

—Es bonito —asentí—. Tienes suerte de tener una madre como ella.

—Sí —respondió sarcásticamente—. Claro.

Sí que la tenía.

Johnny no se dio cuenta, pero en el lapso de una hora o dos, su madre se había preocupado por mí más que mi propia madre en meses.

Tal vez incluso años.

—Oye, será mejor que te duches y me des tu ropa —dijo Johnny con un suspiro—. O volverá y seguirá dándonos la tabarra con la neumonía y toda esa mierda.

¿Hablabas en serio?

¿De verdad tenía que volver a ducharme en su casa?

—Hablo en serio —murmuró Johnny, como leyendo mis pensamientos—. Y lo siento.

—Oh. —Sonrojándome, entrelacé las manos frente a mí y me encogí de hombros sin saber qué hacer—. Eh, ¿vale?

Me miró fijamente durante un buen rato antes de sacudir la cabeza.

—Ven.

—¿Adónde?

—Aquí —me indicó, haciéndome un gesto para que lo siguiera a su cuarto de baño.

Como un potro, corrí tras él torpemente con piernas temblorosas.

Esperando en el umbral de la puerta de su lujoso baño, observé cómo se acercaba a la ducha y abría el grifo.

—La última vez, eh, dijiste que habías tenido problemas con esto —murmuró.

—¿Eso hice?

—Eh, sí —respondió, removiéndose incómodo—. Estabas hablando en sueños y dijiste que te habías achicharrado con mi ducha.

Me puse roja como un tomate.

—Ay, madre, lo siento —farfullé, nerviosa otra vez.

—Para —me pidió con una sonrisa—. Estabas muy mona.

—¿Mona? —alcancé a preguntar, prácticamente hiperventilando.

—Eh, sí, te dejaré algo de ropa otra vez. —Johnny se había sonrojado cuando me rodeó y se apresuró a regresar a su habitación—. Como la última vez.

—¿Dónde dejo mi ropa?

—Tíramela cuando estés desnuda... Eh, cuando estés lista —masculló—. La pondré en la secadora —añadió antes de cerrar la puerta y dejarme sola en su baño.

Temblando, me senté sobre la tapa del inodoro y dejé escapar un suspiro entrecortado.

Ay, madre.

LAS CONSECUENCIAS DE BESAR A UN CHICO EN EL DORMITORIO

Shannon

Al igual que la última vez que me duché en el espectacular baño de Johnny, tardé una barbaridad.

No pude evitarlo.

La culpa era de los chorros.

Y de su gel de baño.

Y de su olor.

Uf, me estaba volviendo loca.

Cuando finalmente salí de la ducha, me envolví en una de las toallas blancas, grandes y esponjosas que colgaban del perchero y suspiré en cuanto la lujosa tela me rozó la piel.

Johnny nunca entendería la suerte que tenía de haber crecido en un hogar como ese, con padres como los suyos y toallas tan suaves.

Me quedé plantada en medio del baño mucho tiempo, sin escuchar absolutamente nada.

Ni gritos.

Ni pisadas fuertes.

Ni el traqueteo de los picaportes.

Ni la sensación de muerte inminente.

Solo paz.

Cuando el frío finalmente se apoderó de mí, me sequé y me volví a poner el sujetador.

Usar sujetador era una pérdida de tiempo considerando que no había mucho que ocultar y lo que tenía era respingón, por lo que se mantenía arriba por sí solo.

Desde luego, no se parecían a los pechos que las modelos en la pared de su dormitorio mostraban con orgullo...

No obstante, diez segundos después de ponerme el sujetador, me lo estaba quitando rápidamente con un escalofrío.

Estaba empapado, así como el resto de mi ropa interior.

Pasé una cantidad excesiva de tiempo doblando mis bragas en la bola más pequeña que pude hacer antes de envolverlas con el sujetador.

Avergonzada por no tener mi mochila para meterlo todo dentro, me quedé como una tonta en medio del baño, presa del pánico.

La lógica me decía que estaba siendo absurda, pero la idea de que Johnny viera mi ropa interior me hizo sentir un poco mareada.

Abatida, decidí meterlo todo entre el gurrño que había hecho con las medias del uniforme antes de envolverme en una toalla y regresar a su habitación.

Esta vez, cuando salí del baño, estaba preparada para encontrar a Sookie dormitando en la cama.

No estaba preparada, sin embargo, para ver el culo desnudo de Johnny.

Estaba de pie frente a la cómoda, de espaldas a mí, con una toalla en el suelo a sus pies, y se estaba subiendo los calzoncillos por los muslos.

Dios, tenía músculos hasta en el culo.

¿Cómo era eso posible?

Y entonces miró por encima de su hombro y me pilló.

—¿Te gusta lo que ves? —bromeó, arqueando una ceja.

—¡Ay, madre! —chillé y luego aparté la mirada de su firme y redondo culo—. Lo siento mucho. —Dándome la vuelta, me mordí el labio y me obligué a contener un gemido—. No esperaba que hubiera nadie.

—No pasa nada, Shannon —se rio—. No te preocupes.

Quería morirme.

«Por favor, que se abra la Tierra y me trague».

—Yo, eh... —Sacudiendo la cabeza, me sujeté la toalla con fuerza—. Es... eh...

—Me he dado una ducha en el baño de mis padres —explicó Johnny—. Solo venía a buscar algo de ropa.

—Oh. —Dejé escapar un suspiro entrecortado y cambié el peso de un pie al otro—. Vale, claro, tiene sentido.

—No pasa nada, Shannon —dijo Johnny en tono amable—. De verdad.

—Lo sé —solté, presa del pánico.

Él se rio suavemente.

—Entonces ¿por qué sigues de cara a la pared?

Mierda.

Cogiendo aire para calmarme, me di la vuelta hacia él.

Automáticamente lo recorrí con la mirada y se me disparó el ritmo cardiaco.

Por una vez, la cara de Johnny no era la razón de mi pulso acelerado.

No, era el resto de su cuerpo.

El resto casi desnudo.

Llevaba un par de calzoncillos blancos ajustados y nada más.

Sin camiseta.

Sin pantalones.

Sin jersey.

Sin calcetines.

Solo unos calzoncillos Calvin Klein que le llegaban por la marcada V de sus caderas, idénticos al par que me había dejado la semana anterior.

Los mismos con los que había estado durmiendo cada noche.

«Pfff, soy patética».

Todo lo que había imaginado desde el momento en que lo vi estaba justo frente a mí.

Y con esa vista perfecta me di cuenta de que tenía tanto una imaginación como una memoria visual malísimas.

Ya sabía que tenía buen cuerpo.

Recordaba su pecho de aquel día.

O al menos pensaba que lo hacía.

Al parecer no, porque, madre del amor hermoso, de cerca era otra cosa.

El pecho descubierto mostraba unos pectorales tonificados y un abdomen trabajado.

En serio, tremendamente trabajado.

No como los abdominales que tenía mi hermano o cualquiera de los muchachos a los que había visto intercambiarse camisetas después de los partidos.

Todo su cuerpo era una masa sólida de puro músculo cincelado.

Contuve la respiración mientras permitía que mi mirada vagara sobre él, absorbiendo la vista de aquellos abdominales ondulados, la piel bronceada por el sol, el oscuro rastro de vello debajo de su ombligo y su increíble olor.

Como a jabón y hierba y Johnny.

No era justo que una sola persona tuviera tanta belleza.

Podrían haberla repartido entre todo el instituto y seguiría siendo perfecto.

—¿Qué te ha pasado aquí? —preguntó Johnny entonces, lo que me hizo dejar de comérmelo con los ojos, mientras se acercaba adonde yo estaba y me acariciaba la mejilla con el pulgar.

Confundida y agotada, dejé escapar un suspiro tembloroso y lo miré.

—¿Eh?

—Tienes una marca roja —murmuró, frunciendo el ceño—. No me había dado cuenta antes.

Enarqué las cejas.

—¿Sí?

Él asintió, mirándome fijamente con esos ojos azules.

—Sí, Shannon, la tienes.

Pasé junto a él y entré en el baño para mirarme en el espejo.

Efectivamente, tenía la mejilla marcada y enrojecida, mientras que el resto de mi piel era pálida como la leche.

«Debió de ser el revés de mi padre», pensé.

—¿Y bien? —preguntó Johnny, apoyándose en la puerta.

Me incliné hacia delante, sobre el lavabo, para verme mejor en el espejo.

Johnny vino hacia mí.

Y luego se me puso a la espalda, rozándome con su pecho desnudo, mientras miraba mi reflejo en el espejo con el ceño muy fruncido.

No pensé que se hubiese percatado de que tenía el cuerpo pegado al mío.

Dirigió su atención de mi mejilla a mi cuello.

Tenía una expresión sombría y la cara se le puso de un oscuro tono púrpura.

—¿Qué cojones es esto? —siseó.

Seguí su mirada hasta las tenues marcas de dedos que tenía alrededor del cuello.

Entonces caí en la cuenta.

Mi padre.

Anoche.

Ay, madre.

—No lo sé —respondí, fingiendo confusión, tras decidir que era más seguro ceñirme a la historia original.

Si retrocedía en esos momentos, Johnny se lo olería.

—¿No lo sabes? —repuso en voz baja, mirándome fijamente a través del espejo.

Sacudiendo la cabeza, dejé caer los hombros.

—Ni idea.

—¿Alguien te está haciendo daño, Shannon? —inquirió con voz sepulcral.

—Nadie me está haciendo daño, Johnny —murmuré, sin apartar la mirada de él en el espejo.

Me latía el corazón con tanta fuerza que temí que fuera a estallarme.

Era una mezcla terrible de miedo, inseguridad y lujuria combinada con un complicado nudo de emociones en la boca del estómago.

Johnny levantó una mano para cogerme de la barbilla y la que tenía libre para apartarme el pelo del cuello con suavidad.

No me pidió permiso para tocarme.

Simplemente lo hizo.

Luego me recorrió con los dedos las marcas que me había dejado mi padre, y su delicado roce me hizo temblar de pies a cabeza.

—Alguien te ha tocado —me susurró Johnny al oído, poniendo los dedos en las marcas—. Quiero saber quién.

El aire se me escapó de los pulmones en un jadeo audible.

Incapaz de contenerme, me derrumbé contra su pecho, sin apartar la mirada de nuestro reflejo en el espejo mientras él me estudiaba con detenimiento, atravesándome el alma con esos ojos azules, esperando una explicación que nunca podría darle.

—Dime quién te ha puesto las manos encima —insistió, de pie detrás de mí, con una mano en mi cara y los dedos en mi garganta—. Y lo arreglaré.

«Piensa, Shannon, piensa...».

—¿Y bien?

«Date prisa...».

—¿Shannon?

—Me aplastaron en Educación física —fue todo lo que se me ocurrió.

Johnny no respondió.

Continuó mirándome el cuello con expresión sombría.

Presa del pánico, me apresuré a agregar a mis mentiras:

—Fue culpa mía. Me puse en medio de los chicos durante el partido de fútbol y cuatro de ellos terminaron estrellándose contra mí.

Me escabullí y regresé a su habitación para poner un poco de espacio entre nosotros.

—Acabé en el fondo de un choque en cadena. Pasó justo antes de que entraras. —Sacudiendo la cabeza, forcé una pequeña risa—. Fue una carnicería total.

Johnny se quedó en el umbral de la puerta del baño, con expresión tensa y una mirada aguda y perspicaz.

—Entonces ¿la mano de uno de los chavales de tu clase fue a parar a tu cuello? —preguntó, en un tono que rezumaba incredulidad—. ¿Simplemente te hundió los dedos en la garganta?

«Este no es el tonto de turno —me dije para mis adentros—. Miente mejor, Shannon».

—No me lo pareció en ese momento. —Me encogí apenas de hombros y me senté en el borde de su cama—. Pero supongo que eso es lo que pasó.

—¿Supones? —repitió, cruzando los brazos sobre el pecho.

El movimiento hizo que sus enormes bíceps se abultaran.

Era enorme de veras.

E increíblemente intimidante.

Pero sabía que no me haría daño.

Era una de las pocas cosas en mi vida de las que estaba segurísima.

Ese chico nunca me pondría las manos encima para dañarme.

Respirando para calmarme, añadí:

—Tal vez me cogiera cuando estaba tratando de levantarse.

—Tal vez —comentó Johnny, asintiendo con la cabeza.

Suspiré de alivio.

—O tal vez fueron esos Legos otra vez.

Se me hundió el corazón.

—¿No? —me presionó Johnny—. ¿Los mismos Legos con lo que te rompiste la cara en tu cumpleaños ahora te han dejado esas marcas de dedos en el cuello?

—Johnny...

—¿Y qué hay del moretón que tenías en la nuca antes de eso? ¿O la marca roja en la cara la vez anterior también? ¿O los moretones en los muslos? ¿Y en los brazos? ¿Y en el resto del cuerpo? —Me fulminó con la mirada—. ¿Te lo hiciste con los dichosos Legos también?

—¿Crees que mi uniforme ya estará listo? —pregunté para cambiar de tema—. Probablemente debería irme a casa.

Sí, necesitaba salir de allí.

Y rápido.

—No. ¡No! No hagas eso —me recriminó ante mi distracción—. No intentes ignorarme —gruñó—. Quiero saber qué te ha pasado, Shannon.

—Quiero irme a casa. —Sollozando, me sequé rápidamente la cara con el dorso de la mano—. Ahora, por favor.

Se pasó una mano por el pelo húmedo y suspiró.

—¡Joder, Shannon, no llores!

Descruzó los brazos y vino hacia mí, pero negué con la cabeza y levanté una mano para que no se acercara.

Johnny se detuvo en seco y se pasó otra mano por el pelo.

—Puedo ayudarte —me suplicó—. Deja que te ayude.

—Entonces ayúdame a recuperar mi ropa —sollocé—. Esa es la única ayuda que necesito de ti.

Con un gemido de angustia, Johnny recorrió el espacio entre nosotros y se agachó frente a mí.

—Quiero ayudarte. —Me puso las manos en la parte exterior de los muslos y me miró con esos ojos azules suyos, grandes y sinceros. Me apretó suavemente—. Solo tienes que decirme lo que está pasando, ¿vale? —Estiró una mano y me pasó un mechón de pelo húmedo por detrás de la oreja—. Tan solo dime quién te está haciendo daño y haré que desaparezca.

«No puedes ayudarme».

«Nadie puede».

«Recibí esa paliza por hablar contigo».

«Por hacerme una foto contigo, joder».

«Eres la persona que menos puede ayudarme».

—Estoy bien, Johnny —afirmé con voz ronca, sintiendo las lágrimas acumularse en mis ojos—. No necesito que me ayudes.

—Me estás mintiendo —gruñó, con cara de rabia—. Me estás mintiendo y no lo soporto, joder.

—Por favor, llévame a casa —alcancé a decir, alejándome de él—. Llévame a casa y no tendrás que soportarme.

Johnny gimió.

—Venga ya, Shannon. No tergiverses mis palabras. Sabes que eso no es lo que he querido decir...

—Quiero irme a casa, Johnny —jadeé—. Si no quieres llevarme, llamaré a Joey para que venga a buscarme.

—Vale —suspiró él con resignación—. Bien. —Soltándome, se puso de pie y levantó las manos—. Voy a buscar tu ropa y te llevaré a casa.

Con un suspiro tembloroso, asentí.

—Gracias.

Se me quedó mirando un buen rato antes de sacudir la cabeza con resignación.

—Vuelvo enseguida, ¿vale?

Asintiendo, miré cómo salía de la habitación y esperé hasta que se fue para desplomarme en su cama.

—Oh —lloré, parpadeando con rabia para alejar las traicioneras lágrimas—. Espabila, Shannon.

«Ni se te ocurra contarle nada».

«Su padre es abogado».

«Ya sabes cómo son esos tipos».

«Se meterán y os separarán para ponerlos a todos bajo tutela».

«Como Darren...».

La perra de Johnny se acercó más a mí, distrayéndome de mi abatimiento, y dejó caer la cabeza sobre mi muslo.

—Hola —sollocé, poniéndole una mano encima.

Sookie me la acarició con el hocico y me lamió los dedos.

Su afecto solo me hizo sentir peor.

No me lo merecía.

Acababa de mentirle a su humano.

—Ojalá tuviera un perro —le susurré, centrando toda mi atención en ella, desesperada por alejar mis pensamientos—. Uno como tú —le dije mientras

subía los pies a la cama y me ponía de lado para mirarla—. Si alguna vez tengo un perro, será uno que se parezca a ti, porque eres muy bonita. Sí que lo eres.

Sookie agradeció mi atención subiéndose a mi regazo, o al menos lo intentó.

Era una labrador adulta y probablemente yo pesaba menos que ella.

—¿Qué quieres? —musité, rascándole el cuello con ambas manos—. ¿Eh? —Tocándole las orejas, le di un beso en la nariz—. ¿Quieres que te haga mimos?

Movía la cola como una loca y me babeaba la cara sin dejarme respirar con sus besos.

Fue una agradable distracción y ahogué una carcajada ante su entusiasmo.

—Qué chica más buena —la arrullé, cayendo en un divertido juego de lucha libre con ella—. Sí. Eres la mejor. Sí que lo eres.

Animada por mi respuesta, Sookie trepó sobre mí, plantándome todo su peso sobre el pecho y haciendo que me desplomara sobre las almohadas.

—¿Qué? —me reí entre lágrimas mientras le retorcí las orejas—. ¿Te gusto?

El profundo gemido que salió de su garganta fue su respuesta obvia cuando se estiró encima de mí y me acarició la cara con su húmeda nariz.

—Gracias —la elogí cuando me golpeó el hombro con la pata—. Qué chica más educada, dándome la pata.

—Tu uniforme todavía está húmedo, pero lo he subido de todos modos...

Sorprendida por la voz de Johnny, traté de sentarme, pero no pude porque Sookie todavía estaba en modo de juego total.

—Sookie, abajo —le ordenó él en un tono tenso, con la mirada fija en mí.

Obediente, la perra se me bajó de encima inmediatamente, saltó de la cama con torpeza y sus patas resbalaron sobre la madera del suelo.

—Fuera —le volvió a ordenar Johnny mientras sostenía la puerta abierta, sin dejar de mirarme.

Sookie salió de la habitación y él cerró la puerta rápidamente, con una expresión apabullante.

«Madre...».

—Lo siento —grazné, irguiéndome sobre los codos—. Solo estaba, eh, jugando con tu perra.

—No lo sientas —repuso Johnny con voz tensa mientras se acercaba a la cama, dejaba caer mi uniforme y luego se sentaba en el borde.

De espaldas a mí, se inclinó hacia delante, con los músculos flexionándose bajo la bronceada piel, apoyó los codos en los muslos y cogió aire varias veces como para tranquilizarse.

Y luego hizo algo que supe que me quitaría el sueño durante incontables años: se dio la vuelta hacia mí, cogió ambos extremos de mi toalla y los juntó.

Para cubrirme, claro.

Porque obviamente me había estado exhibiendo.

Porque, seamos realistas, ese era ni más ni menos el tipo de suerte que tenía.

—Lo siento mucho —me disculpé, muerta de vergüenza.

—No pasa nada —me dijo en tono grave.

—¿He...? ¿Me has visto...?

Él asintió.

¡Ay, madre!

—Lo siento mucho.

—Deja de decir que lo sientes —replicó con voz tensa—. No hay nada que sentir.

El corazón me latía con tanta fuerza en ese momento que empecé a respirar agitadamente, con bocanadas de aire cortas y resollando.

¿Qué se suponía que debía hacer?

¿Correr?

¿Marcharme?

¿Esconderme?

¿Abalanzarme sobre él?

No lo sabía.

No tenía ni idea de qué hacer.

Solo sabía que mi cuerpo estaba anclado a su colchón y mi mirada, pegada a su musculosa espalda.

—Voy a llevarte a casa —dijo finalmente en voz baja, con la cabeza aún entre las manos.

—Vale —susurré, con las pulsaciones martilleándome en los oídos.

—Eso es lo que voy a hacer —añadió, aunque no estaba segura de si estaba hablando conmigo o consigo mismo—. Voy a llevarte a casa —

repitió, pero no hizo ningún movimiento para ponerse de pie.

Pasaron varios segundos durante los cuales permaneció completamente inmóvil.

Incapaz de soportar la tensión que se acumulaba en su dormitorio, alargué una mano y le toqué el omóplato.

—¿Johnny?

Un pequeño estremecimiento recorrió su enorme cuerpo.

Y luego se dio la vuelta hacia mí.

—No puedo estar a solas contigo así —comentó en un hilo de voz, mirándome fijamente—. Yo... —Dejó escapar un suspiro entrecortado—. Aquí no..., no cuando estás así.

Me observaba con los ojos encendidos y llenos de incertidumbre, recorriéndome el cuerpo frenéticamente.

Como el mío, su pecho subía y bajaba con rapidez.

Lo miré a los ojos, y se me encogió tanto el corazón que me costaba respirar.

Un solo vistazo y sentí como si hubiera chocado con él.

Fue instantáneo e impactante.

Los sentimientos estallaron dentro de mí, absorbiendo con ansia al chico y todo lo que era como una esponja.

Yo lo ansiaba.

Todo de él.

Cada parte de su ser.

En ese instante, mis hormonas, alentadas por mi agotado corazón, se descontrolaron y me anularon el juicio, lo que me hizo hacer algo completamente fuera de lugar.

Con la respiración agitada, me enderecé, cogí a Johnny por el cuello y acerqué su rostro al mío.

Y luego lo besé.

No tenía idea de qué hacer a continuación, pues mi valentía me abandonó en aquel momento de necesidad, mientras permanecía arrodillada en su cama con su cara entre mis manos.

Johnny tenía los ojos abiertos como platos y me miraba fijamente, sin duda aturdido, mientras yo presionaba mis labios contra los suyos.

Pero él no me estaba devolviendo el beso.

De hecho, estaba bastante segura de que no respiraba.

Mis acciones lo habían dejado paralizado.

Tenía los ojos muy abiertos y desorbitados cuando interrumpí el beso para mirarlo horrorizada.

—Lo siento mucho —solté, muerta de vergüenza.

—No pasa nada —me dijo, respirando con dificultad.

—No. —Negué con la cabeza con violencia—. Sí que pasa.

—Shannon, no pasa...

—¡Ay, madre! ¿Qué he hecho?

—Shannon —insistió Johnny, ahora en un tono más firme—. Para. No pasa...

Tambaleándome hacia atrás, negué con la cabeza y extendí una mano para que se mantuviese alejado cuando dio un paso hacia mí.

—Lo siento mucho.

—Shannon, que no pasa nada —dijo Johnny mientras levantaba las manos—. Deja de moverte por un segundo y háblame, ¿quieres?

No dejé de moverme.

Y no me paré a hablar.

Porque no podía.

Había entrado en modo pánico absoluto y, por una vez en la vida, mi instinto de supervivencia se había activado.

—Tengo que irme —anuncié, avergonzadísima.

—No, claro que no —replicó él con calma—. Podemos hablar de esto.

—¡No! —Sacudiendo la cabeza, pasé junto a él y cogí mi ropa de la cama—. Tengo que irme —añadí antes de entrar corriendo en el baño y encerrarme dentro.

—¡Shannon, venga ya! —gritó Johnny, llamando a la puerta—. ¡Ábreme!

Sin palabras, me tambaleé hacia el inodoro, bajé la tapa y me desplomé encima.

—Ay, madre —jadeé, mientras dejaba caer la cabeza entre mis manos.

¿Qué demonios acababa de hacer?

No solo me había exhibido frente a Johnny Kavanagh, sino que había ido más allá y lo había besado.

Mi primer beso.

La primera vez que ponía los labios sobre un chico.

Y él no me había correspondido.

Ay, madre mía...

¿En qué demonios estaba pensando?

¿Por qué sentía que se me rompía el corazón en un millón de pedazos?

Y lo más importante, ¿cómo iba a salir de ese baño?

Porque no había forma de que pudiera mirar a Johnny.

De hecho, estaba bastante segura de que no podría volver a mirarlo jamás.

LA CHICA LLORANDO Y EL CORAZÓN ARDIENDO

Johnny

Alguien le había puesto las manos encima.

No te hacías ese tipo de marcas en una maldita melé, y mucho menos durante un partido de fútbol en Educación física.

Era absurdo, como lo era que esperara que me tragara aquellas palabras.

¿Por quién me tomaba? ¿Por algún imbécil que no sabía diferenciar entre un moretón accidental y una agresión?

Jugaba al rugby.

Llevaba toda la vida magullando y noqueando a chavales.

Conocía la diferencia entre un daño accidental y uno intencionado, joder.

Alguien la cogió del cuello, y lo hizo con tanta fuerza que le había dejado los dedos marcados, hostia.

Si la estaban acosando en Tommen, lo averiguaría.

Si era McGarry, acabarían encerrándome en una celda.

Si eran esos hijos de puta del instituto de Ballylaggin, entonces sería mejor que me pusieran una camisa de fuerza.

Estaba a punto de ponerme en plan CSI con la situación, pero luego sus enormes ojos azules se llenaron de lágrimas y aquello me cogió por sorpresa.

No tenía ni idea de qué hacer cuando lloraba una chica.

Y las lágrimas de esa en particular me ponían violento.

Y luego llegó mi golpe de gloria...

En contra de todo mi instinto, porque la imperiosa necesidad de consolarla me había nublado el juicio, había cedido a sus súplicas y le había llevado la ropa para llevarla a casa.

Pero luego la vi —se lo vi todo, joder— tirada en mi cama, con Sookie encima y la toalla abierta, y mi cerebro desconectó para cederle todo el control al cuerpo.

Y luego fue y puso patas arriba mi mundo, que con tanto cuidado había construido, al poner su boca en la mía.

Shannon me besó y yo me quedé paralizado.

Sin malditas palabras, mientras era agredido por todas las emociones y sensaciones más extrañas y aberrantes en las que una persona pudiera pensar.

No me lo esperaba.

No la esperaba a ella.

En ese preciso instante todo me vino como un trompazo y me quedé callado al sentirme más expuesto y vulnerable de lo que me había sentido en toda mi vida.

Al contrario de lo mucho que le gustaba a mi cuerpo tener sus labios sobre los míos, o de lo mucho que tenía que esforzarse mi corazón cuando ella estaba cerca, mi cabeza era más sensata.

Aquello no estaba bien.

Aquello no estaba bien en absoluto, joder.

Tuve que recurrir a toda mi capacidad de autocontrol para contenerme.

En especial cuando todo mi ser exigía que hiciera lo contrario.

Pero lo sabía.

Sabía que si cedía a la ardiente necesidad dentro de mí y le devolvía el beso, eso sería todo.

Estaría completamente jodido.

Y Shannon también.

Porque yo estaba allí temporalmente y esa chica era de las que no se marchaban jamás.

Lo mejor que podía ofrecerle era una amistad, aunque eso fuese lo último que quería.

—¿Shannon? —Descansando la frente contra el marco de la puerta, continué llamando—. ¿Quieres salir? —Hacía media hora que se había encerrado en el baño y no había salido desde entonces—. ¿Por favor?

Silencio.

Suspirando pesadamente, llamé de nuevo.

—Abre la puerta para que podamos hablar de ello.

Nada.

—Por favor, Shannon —gruñí, resistiendo el impulso de darme de cabezazos contra el marco—. Sal. Ni siquiera tienes que hablar conmigo si no quieres. Te llevaré a casa y no diré una palabra si tú...

Dejé que mis palabras se apagaran cuando se oyó el clic del cerrojo.

Momentos después, la puerta del baño se abrió hacia dentro y allí estaba ella, completamente vestida con su uniforme húmedo, los ojos hinchados y las mejillas enrojecidas.

Mierda.

La había hecho llorar.

Otra vez.

—Ya estoy lista para irme a casa —musitó, sin mirarme a los ojos—. Si te parece bien.

—Sí, por supuesto —asentí con voz ronca.

—Gracias.

Con la cabeza gacha, Shannon me rodeó y se dirigió hacia la puerta de mi habitación.

Parecía tan vulnerable e insegura que lo único que quería hacer era estrecharla entre mis brazos.

Me ardía el corazón.

«Espabila, Kavanagh».

«No hagas nada estúpido».

«No la beses».

«Sabes que no podrás parar».

Me costó un gran esfuerzo no ir hacia ella y dirigirme al armario en su lugar.

—Dame solo un segundo, ¿vale? —le pedí.

Ella asintió y bajó la mirada a sus manos, que tenía entrelazadas.

Suspirando, abrí el armario y me puse rápidamente una camiseta, pantalones de chándal y una sudadera.

Tras coger un par de calcetines de la cómoda, me hundí en la cama y me los puse antes de ponerme las bambas.

Shannon permaneció todo el tiempo en silencio junto a la puerta, con el pelo mojado y caído hacia delante, tapándole la cara.

Parecía tan sola en ese momento que me dolía físicamente mirarla.

Porque sabía que yo era el responsable de esa expresión.

Y mi corazón me exigía que lo enmendara.

Quería hacerlo.

Pero no sabía cómo sin que saliéramos heridos los dos.

—Toma —le dije, cogiendo una chaqueta del pie de mi cama—. Ponte esto.

Nerviosa, miró de repente la prenda que le estaba ofreciendo e inmediatamente comenzó a negar con la cabeza.

—No, no, no —graznó—. Estoy b...

—Estás bien. Sí, lo sé —la interrumpí, mientras me ponía de pie y recorría el espacio que nos separaba—. Pero todavía está cayendo una buena fuera, y no quiero que te enfermes. Póntela.

—¿Estás seguro? —preguntó, extendiendo una mano vacilante.

Joder, esa chica me estaba matando...

—Del todo.

Le di mi chaqueta y me dirigí hacia la puerta, con cuidado de no rozarla, porque mi pobre rabo no habría podido soportar la presión.

Esperé a que se pusiera la chaqueta y luego salí de mi habitación, sabiendo que me seguía.

—Tengo que coger las llaves de mi madre —le comenté cuando estábamos en el vestíbulo de la planta baja—. Dame un segundo, ¿vale?

—Eh, sí, vale —respondió Shannon mientras deslizaba las manos dentro de la chaqueta, que le quedaba enorme—. ¿Espero aquí?

¿Me lo estaba preguntando?

Sonaba como si sí.

No estaba seguro porque no me miraba.

No podía leer cómo se sentía porque la ventana a su corazón eran sus ojos, y se estaba mirando los pies.

Era una mierda, pero sabía que debía darle espacio en ese momento.

El problema era que cuanto más nos acercábamos a la puerta, más abatido me sentía yo.

Me ardía el pecho.
Mi cerebro no las tenía todas consigo.
Estaba completamente jodido.

ESTÁS BIEN

Shannon

No había palabras para explicar el torbellino de emociones que me hormigueaba en el cuerpo.

Esforzándome por calmarme, me concentré en respirar a un ritmo lento y profundo.

No sabía qué hacer.

Disculparse no parecía suficiente.

Además, ya lo había hecho.

Pensé en decirle que había perdido temporalmente el juicio, pero deduje que ya se habría dado cuenta.

Muerta por completo de vergüenza por mis acciones, miré a través del parabrisas hacia el cielo oscurecido e ignoré al chico sentado a mi lado en el asiento del conductor.

—¿Vamos a hablar de lo que ha pasado? —preguntó Johnny finalmente después de varios minutos de tenso silencio.

Negué con la cabeza, con las mejillas ardiendo de vergüenza, y seguí mirando por la ventana a la nada.

—¿Vas a hablarme? —refunfuñó entonces con voz grave.

De nuevo, negué con la cabeza, demasiado avergonzada para mirarlo.

—Entonces ¿qué? —preguntó—. ¿Vas a ignorarme por completo?

Me encogí de hombros con impotencia.

Sabía lo que vendría si hablábamos.

Tendríamos esa conversación.

Y en ese momento, con las emociones crispadas y el estómago revuelto por la ansiedad, la verdad es que no pensaba que pudiera tener esa conversación.

No podría soportar su rechazo.

—Shannon —gruñó Johnny, claramente frustrado.

Puso el intermitente, se detuvo a un lado de la carretera y apagó el motor.

«Oh, no».

«Oh, por favor, no».

—Shannon. —Volviéndose en su asiento, subió el reposabrazos que nos separaba y giró el cuerpo entero para mirarme—. Tenemos que hablar de lo que ha pasado.

—Lo siento —me adelanté. Con el corazón martilleándome en el pecho, me giré en mi asiento hacia él—. Lo siento mucho.

—No quiero que lo sientas —repuso, mirándome con esos ojos azules centelleando—. ¿Qué ha pasado en mi habitación? —Sacudiendo la cabeza, soltó un gruñido de dolor—. No me lo esperaba, no te esperaba a ti —dijo. Sentía su aliento en la cara mientras hablaba, lo que me hacía temblar involuntariamente—. Yo no me arrepiento —afirmó—. Y no me arrepiento de que hayas...

—¿Pero? —terminé por él, sin dejar de mirarme las manos, que tenía cruzadas sobre el regazo, sabiendo muy bien que se avecinaba un pero.

—Pero me voy en un par de meses, Shannon —anunció finalmente Johnny—. En cuanto llegue el verano, me iré de aquí y no regresaré hasta que comiencen las clases.

—Lo sé —susurré, juntando las manos con fuerza.

Joey me lo había contado todo.

Se iba para ser una gran estrella.

—Así son las cosas para mí —agregó bruscamente—. Y solo empeorará, con periodos más largos fuera. Más viajes. Desplazamientos permanentes. Eso es lo que me espera en un futuro. Un futuro muy cercano. No sería justo por mi parte no contártelo. —Suspiró con cansancio y se pasó una mano por el pelo, que tenía completamente alborotado—. Tienes que saber que no voy a estar aquí por mucho más tiempo.

—Lo sé —repetí, sintiendo una punzada de dolor en el pecho—. Y sé que no debería haberte besado —dije con voz temblorosa—. ¿Vale? Ya lo sé. Ha

estado mal. Lo entiendo. Es que... Es que...

—¿Es que qué, Shannon? —insistió.

—Pensaba que te gustaba —alcancé a responder.

—Joder —gimió, dejando caer la cabeza entre sus manos—. Por supuesto que me gustas. —Se tiró del pelo y suspiró—. Creo que está clarísimo que estoy loco por ti. —Con un gemido de frustración, añadió—: Pero cumpliré dieciocho años en mayo, Shannon.

—Tengo dieciséis años —susurré.

—Lo sé, Shannon, joder, lo sé —gimió, con la voz desgarrada—. Pero estoy tratando de hacer lo correcto.

Se me aceleró el corazón por la incertidumbre.

No sabía qué pensar ni cómo sentirme.

Me estaba rechazando y diciéndome que le gustaba al mismo tiempo, y era demasiado para mi corazón.

—¿Para quién? —grazné.

—Para los dos —balbuceó Johnny—. Mi carrera está despegando y necesito mantenerme centrado. Y te mereces a alguien que pueda ponerte en primer lugar. —Se pasó una mano por el pelo de nuevo, con aspecto estresado y cansado—. No puedo hacerlo. —Me miró directamente a los ojos y dijo—: Quiero, de veras que quiero, joder. Pero no estoy en condiciones de hacer eso por ti. —Suspirando con fuerza, añadió—: No puedo darte una relación, Shannon, y sería egoísta por mi parte pedirte algo que no puedo mantener.

Allí estaba.

El rechazo que había estado esperando.

—Yo no te he pedido ninguna relación, Johnny —declaré con voz ahogada, completamente humillada—. Nunca te he pedido nada. Así que no te molestes en hacer que me lleve el chasco con delicadeza porque es innecesario.

Johnny soltó un gruñido de frustración.

—No quiero que te lleves ningún chasco, Shannon, estoy tratando de resolver esto contigo...

—Mira, Johnny, estoy muy cansada —susurré, girándome hacia la ventana—. Solo quiero irme a casa.

—Venga ya, Shannon —gimió, ahora agitado—. No puedes evitar esto.

Tenía toda la intención de evitarlo a él el resto de mi vida.

Planeaba comenzar en cuanto me bajara del coche.

—Shannon, háblame.

Permanecí en silencio.

—Shannon, venga ya —suplicó Johnny—. No seas así.

No pensaba que pudiera ser de otra forma dadas las circunstancias.

Lo había besado.

Él me había rechazado.

Me había abierto a él.

Él no había querido saber nada.

Había sido mi culpa.

Al cien por cien.

Aceptaba la responsabilidad por mi imprudencia.

Pero eso no significaba que fuera lo suficientemente fuerte para escuchar las dolorosas repercusiones verbales de mis acciones.

—Dime algo, joder —exigió Johnny, que no estaba dispuesto a dejarlo correr.

—¿Qué quieres que te diga?! —grité, volviéndome a mirarlo, cediendo ante su implacable insistencia—. No quieres saber nada de mí. Te he escuchado. He pillado el mensaje.

—Está claro que no si eso es lo que has entendido —replicó, con aspecto cabreado.

Cuando no respondí, Johnny gruñó, literalmente.

—Vale, si no quieres hablar de esto, entonces no diré una palabra más —sentenció, levantando las manos—. ¿Es eso lo que quieres, Shannon?

—Eso es lo que quiero, Johnny —murmuré.

—Como quieras —escupió, arrancando el motor de nuevo—. Me rindo.

Con sus palabras de rechazo resonándome en los oídos y mis emociones alborotadas, cerré los ojos con fuerza y recé para que el tiempo se acelerara.

Tenía un dolor horrible en el vientre, muy similar al que me palpitaba en el pecho y que parecía extenderse y quemarme con cada kilómetro que recorría.

Cuando Johnny se detuvo en mi vecindario, mentí como lo hacía cada vez que me dejaba en casa y le dije que la mía era la que estaba al otro lado de la calle, porque sabía muy bien que si mi padre me veía saliendo de su coche, estaba muerta.

Sin embargo, no anticipé que fuese a apagar el motor otra vez, que es exactamente lo que hizo.

—¿Estás bien? —preguntó, girándose en su asiento para mirarme.

—Sí —grazné.

Él asintió lentamente.

—Oye, Shannon...

—No tienes que decir nada más —me apresuré a interrumpirlo—. No volverá a suceder.

Él frunció el ceño.

—No, eso no es lo que iba...

—Lo siento —solté, y luego cogí la manija y abrí la puerta—. De veras que lo siento mucho.

Me desabroché el cinturón, salí del jeep y cerré la puerta de golpe antes de que pudiera decir otra palabra.

No podía soportar nada más.

No esa noche.

Avergonzada, me quedé rondando frente al muro del jardín de los vecinos hasta que quedó claro que Johnny estaba esperando que entrara para irse, y luego hice lo único que pude: agaché la cabeza y corrí por el sendero hasta mi casa de verdad, sin atreverme a mirarlo.

Deslizándome dentro, cerré la puerta detrás de mí y solté un suspiro entrecortado antes de mirar rápidamente por la planta baja.

La casa estaba vacía.

Ollie, Tadhg y Sean estaban en casa de la tata Murphy entre semana, con la excepción de los viernes, cuando los traía directamente a casa después de la escuela porque iba a Beara los fines de semana a visitar a su nieta, por lo que no volverían hasta las ocho en punto.

Joey y mi madre trabajaban los lunes, y mi padre calentaba un taburete en las casas de apuestas la mayoría de las noches.

Nada había cambiado.

Aborto o no, mi trastornada familia siguió como si nada...

Agradecida de haber evitado otra confrontación sin sentido, me quité los zapatos y corrí escaleras arriba para hacer lo mismo con la ropa mojada.

Teníamos una secadora de segunda mano en el lavadero que se suponía que no debía usar porque consumía mucha electricidad, pero iba a usarla esta noche.

No tenía elección.

Estaba a mitad de la escalera con el uniforme hecho una bola en las manos cuando llamaron a la puerta.

Sin llegar a dar el paso completo, entrecerré los ojos para tratar de distinguir quién podría ser la sombra alta al otro lado del cristal esmerilado.

Volvieron a llamar, más fuerte esa vez, así que me apresuré a bajar los escalones restantes y abrí la puerta de un tirón, solo para encontrar a Johnny bajo la lluvia, como una especie de ángel empapado.

El corazón me dio un vuelco en el pecho de inmediato y luego comenzó a latir tan fuerte que era casi doloroso.

¿En serio?

¿Por qué?

—Hola —susurré, sujetando la puerta con fuerza. El escalón de entrada a nuestra casa tenía al menos treinta centímetros de altura, pero aun así tuve que levantar la vista.

—Hola —contestó Johnny, que me miraba fijamente—. Vives en el 95.

Asentí, muy avergonzada.

—Pensé que tu casa era la número 81. —Frunció el ceño—. Ahí es donde te he estado dejando...

Me encogí de hombros sin saber qué hacer, desconcertada.

—Bueno, te has dejado la mochila en el coche.

Se la descolgó del hombro derecho y me la tendió.

—Lo siento —murmuré, y sentí cómo se me sonrojaban las mejillas una vez más—. Tu chaqueta está en mi habitación, iré a buscarla.

Me giré para correr escaleras arriba, pero él me detuvo cogiéndome de la muñeca.

—No te preocupes por eso —dijo, retirando rápidamente la mano—. Ya me la darás en el instituto o algo así.

—Vale.

Johnny se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones, estudiándome por un breve momento antes de soltar un suspiro.

—¿Estás bien?

—Sí —afirmé en un susurro, aunque no estaba nada bien.

—Shannon, no quiero que pienses que no me interesas...

—Por favor, no digas nada —le supliqué, más que avergonzada llegados a ese punto—. Por favor.

—Las cosas son complicadas para mí en este momento...

—Johnny, por favor, olvida lo que ha pasado.

Se me quedó mirando durante un largo y doloroso instante antes de asentir rígidamente.

—Si es lo que quieres...

Me hundí un poco.

—Lo es.

Entonces me miró el cuello y su expresión se ensombreció de repente.

—Tengo que entrar ya —le dije, temiendo que comenzara de nuevo donde lo había dejado.

—Correcto —sentenció con un pequeño movimiento de cabeza—. Por supuesto, sí, y será mejor que me vaya.

—Vale.

—Supongo que te veré mañana —comentó, y luego se dio la vuelta y se alejó de mí.

Desolada, me mordí el labio mientras lo veía marcharse.

—Adiós, Johnny.

—Adiós, Shannon —respondió, lanzándome una rápida sonrisa por encima del hombro.

«Ay, madre».

Con el corazón desbocado, cerré la puerta y subí las escaleras.

Necesitaba acostarme un minuto para poder procesar mis pensamientos.

Me deslicé de nuevo dentro de mi pequeña habitación y fui directamente a mi cama individual con la intención de plantar la cara en el colchón, solo para detenerme en seco cuando mi mirada se posó en la chaqueta de Johnny, que había tirado sobre el edredón.

Como la pirada que era, me lancé a los pies de la cama, cogí su chaqueta y la sostuve contra mi pecho.

Su olor estaba en todas partes.

En su chaqueta.

En mí.

Sosteniendo la tela empapada, inhalé con fuerza, absorbiendo el familiar perfume de su desodorante, y luego me reprendí mentalmente por ser un bicho raro.

¿Qué estaba haciendo?

¿Por qué me estaba permitiendo sentir esas emociones?

Eran peligrosas.

Tenía que parar.

«No quiere saber nada de ti».

«Nadie quiere».

Sintiendo náuseas por el arrepentimiento y la ansiedad, retiré las sábanas, me metí en la cama y luego me acurruqué cuanto pude.

Quince minutos después de mi luto silencioso, oí el sonido de la puerta principal cerrándose.

Nada menos que tres minutos más tarde, la puerta de mi habitación se abrió de pronto.

—¿Dónde está la cena?

Lo más quieta que pude, agarré el edredón mientras mi cuerpo se retorció con fuerza por la ansiedad.

—Me he olvidado.

—Bueno, sal de la puta cama y baja las escaleras —escupió mi padre desde la puerta—. Tienes trabajo que hacer en esta casa, niña, y eso incluye preparar la cena. Ya es hora de que te ganes el sustento.

—No me encuentro bien —balbuceé.

No era mentira.

Sentía retortijones en la barriga.

—Te encontrarás mucho peor si no te levantas de esa cama, inútil —me advirtió mi padre—. Que no se encuentra bien. Tu madre está hecha una mierda y está trabajando para pagar las cuotas de tu colegio de mierda, pedazo de imbécil desagradecida.

Sabía que no había estado bebiendo ese día, pero mi padre sobrio también me aterraba.

—Tienes cinco minutos para bajar esas escaleras, niña —agregó—. No me hagas volver a por ti.

Cerró de golpe la puerta de mi habitación y, mientras lo escuchaba bajar las escaleras, sopesé mis opciones.

¿Quedarme donde estaba y recibir una paliza, o hacer lo que me había pedido y arriesgarme de todos modos?

No había elección.

Nunca la había.

Al menos no para mí.

Aparté las sábanas, salí de la cama y regresé al infierno.

—¿Aún me hablas? —fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Claire cuando respondí su llamada más tarde esa noche.

Estaba terminando de fregar el suelo de la cocina antes de acostarme, tras hacer la cena y lavar todos los platos.

Aguantando el móvil entre la oreja y el hombro, vertí el agua del cubo de la fregona en el fregadero de la cocina y rápidamente lo guardé todo en el lavadero.

—Teniendo en cuenta que acabo de responder a tu llamada, diría que es bastante obvio que todavía te hablo —contesté en voz baja.

Eran las once de la noche pasadas, pero mi padre todavía estaba en el salón viendo algún partido en la tele, y sabía que no debía molestarlo.

—Lo siento mucho —gimió Claire al teléfono—. No he querido avergonzarte hoy, lo juro. Estaba harta de escuchar a esas dos parlotando sobre Johnny y quería ponerlas en su lugar.

—No te preocupes por eso. —Cogí la chaqueta de Johnny de la secadora, apagué la luz de la cocina y salí—. No estoy enfadada —añadí, mi voz apenas un susurro.

—¿Puedes hablar ahora? —preguntó.

—Sí —murmuré, arrastrándome hacia la escalera—. Dame solo dos segundos.

—Vale —accedió ella.

Sosteniendo el móvil contra el pecho, subí las escaleras de puntillas, evitando cada crujido con precisión experta.

—Vale, ya estoy aquí —le dije, en un tono más audible, cuando estuve a salvo en mi habitación y con la puerta cerrada.

—¿Estás segura de que no estás enfadada conmigo?

Negué con la cabeza y me dejé caer en la cama.

—De verdad que no.

—Ay, menos mal —suspiró Claire con fuerza—. Llevo toda la tarde como alma en pena por eso.

—Pues no estoy enfadada.

—¿Estás segura?

—Tengo buenas noticias —anuncié, decidiendo cambiar de tema. De lo contrario, seguiríamos dándole vueltas a lo mismo—. Olvidé contártelo la

semana pasada, pero creo que te gustará.

—Desembucha, Lynch.

—Mi madre me firmó la autorización. La entregué la semana pasada. —
Suspiré con fuerza y dije—: Puedo ir a Donegal contigo después de Pascua.

Tuve que apartarme el móvil de la oreja por unos momentos mientras Claire chillaba emocionadísima.

—Es la mejor noticia del mundo —exclamó efusivamente—. No tienes ni idea de lo feliz que me acabas de hacer. Pensé que iba a quedar atrapada en un condado extranjero durante dos días con Lizzie y Pierce —continuó—. Y ya sabes lo chungo que es su relación.

—Un condado extranjero —me reí, pero luego gruñí cuando sentí un dolor agudo en un costado.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo el estómago —respondí, acariciándome el vientre—. Lleva mortificándome todo el día—. Mordiéndome el labio preocupada, añadí—: Espero no tener nada.

—Pues más te vale que te tomes un paracetamol y lo finiquites —replicó Claire alegremente—. ¡Porque nos vamos a Donegal, nena! ¡Yuju!

—Después de Pascua —le recordé.

—¿Y? —contestó Claire—. Sigue siendo la mejor noticia del mundo.

Me reí de su entusiasmo porque, con toda sinceridad, ¿cómo no iba a hacerlo?

Era contagioso.

—Bueno, ¿has descubierto cómo vas a superar cuarenta y ocho horas tan cerca de Gerard? —pregunté en tono burlón, agradecida por la distracción de mi vida.

Claire gimió en voz alta.

—Me vuelve loca, Shan.

—Le gustas —declaré—. Y antes de que me hagas callar y me digas que le gusta todo el mundo, me refiero a que tú le gustas de veras, Claire. Es obvio cuando estáis juntos que está por ti.

Era verdad.

En el instituto, observaban constantemente los movimientos del otro.

Él siempre se acercaba haciéndose el gracioso y entablando conversaciones sin sentido.

Se comportaban como un matrimonio de ancianos cuando estaban juntos, con salidas ocurrentes y fuera de tono, y no entendía por qué no eran ya pareja.

Parecía inevitable.

—Que se comporte así conmigo no es un cumplido —se quejó Claire ante mi comentario. Resoplando, agregó—: Chica que se cruza, chica que se vuelve a mirar.

—Sí, pero a ti no solo se ha vuelto a mirarte, Claire —le aseguré—. Creo que le has robado el corazón.

—No puedes robar algo que no existe, Shan —apuntó ella en tono triste.

—Eso no me lo creo —repuse.

—Eso es porque no lo conoces como yo —fue todo lo que respondió.

—Bueno, yo os veo juntos —insistí—. Mucho más que a Lizzie y Pierce.

—Eso no es muy difícil —se rio Claire—. El señor Mulcahy y yo hacemos mejor pareja que esos dos.

—Cierto —asentí pensativa.

—Bueno, esto es lo que haremos —dijo entonces—. Puedes mantenerme centrada y alejada de Gerard cuando estemos en Donegal, y yo haré lo mismo por ti con Johnny.

Exhalé un suspiro tembloroso.

—Sobre eso...

—Continúa —me instó ella.

Cerrando los ojos con fuerza, solté:

—Me ha traído a casa otra vez.

—¿Qué?! —chilló Claire.

Dejé escapar un suspiro.

—Lo sé.

—Ay, madre, Shan, ¿qué está pasando?

—La verdad es que no lo sé —gemí, restregándome la cara con una mano—. Estoy tan confundida...

—¿Confundida?

Decidiendo contárselo todo, susurré:

—No solo me ha traído a casa, Claire. He ido a su casa otra vez.

—Júralo —jadeó.

Asintiendo, gemí en mi mano.

—Y lo he besado.

—¡Júralo! —repitió, ahora más fuerte, y en un tono mucho más excitado—. ¿Dónde ha pasado eso?

—En su dormitorio —confesé, y luego añadí de mala gana—: En su cama.

—¡Ay. Qué. Fuerte! —chilló—. Pero ¡qué fuerte, joder, Shan!

—Él no me ha devuelto el beso —admití, con una mueca.

—Será idiota... —gruñó, cambiando el tono al instante.

—Yo soy la idiota, Claire —me apresuré a decir, tan muerta de vergüenza ahora como lo había estado en su coche, en la humillante vuelta a casa—. ¿En qué demonios estaba pensando?

—¿Se ha portado mal contigo? —quiso saber—. Porque le patearé el culo a ese tontaco del rugby si se ha portado mal contigo...

—No se ha portado mal conmigo, Claire —balbuceé—. Ha sido... encantador.

—No, Shannon, tú eres la encantadora. Él es un idiota —me corrigió Claire, enfadada—. Porque solo un capullo integral se lleva a mi mejor amiga a su casa, la sube a su habitación y luego, cuando ella se abre por primera vez en su vida, él va y la rechaza.

—Yo lo he besado, Claire —susurré—. No al revés.

—Y está claro que no se merecía tu beso —soltó ella—. Eres demasiado buena para ese pedazo de imbécil.

—Pensaba que te caía bien Johnny.

—Antes —asintió cabreada—. Cuando pensaba que era un buen tío. Cuando pensaba que era mejor que su reputación —gruñó—. Ya no.

—Es culpa mía, Claire.

—No, Shan —negó—. Él te incitó, y te mereces algo mucho mejor que un tontaco del rugby que haga eso.

—En realidad no lo hizo —admití—. Fue todo cosa mía...

—No me importa —cortó ella—. Es un imbécil.

—¿Qué hago ahora? —pregunté, insegura.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo su chaqueta —confesé—. Tengo que devolvérsela.

—¿Por qué tienes su chaqueta?

—Él me la ha dejado... —Hice una pausa antes de agregar—: En realidad, esta es la segunda que me presta. También me ha dejado su abrigo

después de clase, pero estaba empapado por la lluvia, así que me ha dado otro.

—Ahí lo tienes —sentenció ella—. ¡Incitándote!

—No creo que sea eso lo que estaba haciendo —argumenté débilmente—. Solo estaba siendo amable, Claire. —Suspiré con fuerza y añadí—: En realidad es un buen chico.

—Bueno —suspiró ella, cediendo un poco en su ira—. Pues devuélvele el abrigo mañana en el instituto y termina con ese energúmeno.

—Vale —respondí, triste por la idea.

—Es tonto, ya lo sabes —agregó—. Eres preciosa, amable, dulce y leal.

—Gracias —contesté, por su intento de consolarme. No eran ciertas, por supuesto, pero sus palabras ayudaron—. Pero no puedes odiarlo por esto.

—¿En serio? —gimoteó ella—. ¿Nada?

—No ha hecho nada malo, Claire —insistí—. En serio. No podría haber sido más amable conmigo.

—Entonces ¿por qué no te ha devuelto el beso? —planteó.

—Porque no le intereso —solté—. Es obvio.

—Entonces está loco —refunfuñó—. Si tuviera pene o me gustaran las chicas, a mí me interesarías.

—Gracias —medio sollocé medio reí—. Si tuviera pene o me gustaran las chicas, tú también me interesarías.

—Entonces ¿de verdad no vamos a odiarlo?

—No —recalqué—. En verdad no.

—Ajjj —gimió ella—. Vale.

—Eres una gran amiga, Claire —le dije—. No sé qué haría sin ti.

—¿Soy tan buena amiga como para conocer los detalles?

—¿Qué tipo de detalles? —pregunté nerviosa—. ¿Qué quieres saber?

—Todos los detalles —afirmó.

Puaj.

—Me da tanta vergüenza... —susurré—. Es humillante, en realidad.

—Vale, lo siento —se apresuró a responder—. No tienes que hablar de ello.

—Es perfecto —musité después de una pausa.

—Sí, sí —refunfuñó ella—. Todo el mundo sabe eso.

—No, Claire —repuse—. Quiero decir que es realmente perfecto. —Cerrando los ojos, susurré—: Sin ropa.

—¡Ay, madre mía! —me gritó ella en el oído—. ¿Cómo sabes lo que tiene debajo de la ropa?

—Porque se ha duchado y estaba a medio vestir cuando he salido...

—¿Saliste de dónde?

—De su ducha.

—¡Un momento! —chilló Claire—. ¿Te has duchado con Johnny Kavanagh?

—¿Qué...? ¡No! —Negué con la cabeza—. Me duché en el baño de Johnny Kavanagh.

—Vale, vas a tener que empezar por el principio, porque me estoy imaginando cosas muy sucias.

—Ambos estábamos empapados por la lluvia —le expliqué con un suspiro de cansancio—. Su madre se ha llevado mi ropa para secarla. Me he duchado en su baño. Él se ha duchado por separado. Y luego ambos hemos acabado en su habitación.

—¿Sin ropa?

—Él llevaba calzoncillos —puntalicé, resistiendo el impulso de contarle lo que vi antes de que se los pusiera—. Eso es todo.

—¿Y tú? —insistió ella.

—Solo una toalla. —Me mordí el labio, con la cara ardiendo de vergüenza—. Creo que le he enseñado el, eh, ya sabes... Y en verdad no sé cómo, pero hemos terminado en su cama —me apresuré a decir, manteniendo la voz baja—. Y entonces él estaba justo ahí, como que tenía su cara muy cerca de la mía... —Solté un suspiro entrecortado y añadí—: Y simplemente se me ha ido la olla y lo he besado.

—Buah —jadeó Claire—. Es como ver un choque de trenes, solo que en lugar de mirarlo, lo estoy escuchando.

—Lo sé —gemí—. Y luego he entrado en pánico y me he encerrado en su baño. —Me estremecí ante el recuerdo—. Y ha sido muy amable conmigo, Claire. O sea, podría haberse cabreado y haberme echado, pero me ha estado hablando desde el otro lado de la puerta, tratando de persuadirme para que saliera...

—Uf, no puedo —gimoteó—. Me duele demasiado el corazón.

—Me ha prometido que no hablaría de eso si salía —continué, a pesar de sus protestas, porque necesitaba sacarlo todo—. Pero ha mentido. Cuando estábamos de vuelta en su coche, hemos tenido la conversación...

—No —dijo ella en un susurro—. Por favor, dime que no habéis tenido esa conversación.

—Así es —alcancé a asentir—. Y luego ha seguido diciéndome que no tenía que disculparme, y creo que iba en serio, pero estoy tan avergonzada por todo...Te lo juro, nunca más volveré a ponerme en evidencia así por nadie.

—Joder —suspiró Claire—. Ojalá no tuviera ese estúpido entrenamiento mañana. No quiero que estés sola en el instituto sintiéndote así.

—Yo tampoco —asentí con tristeza—. Al menos Lizzie estará allí.

—Tal vez mejor no se lo menciones a Liz —me aconsejó—. Le cortará el rabo de inmediato.

—Nadie puede enterarse de esto, Claire —susurré—. Nadie.

—Estoy de acuerdo.

Me apreté el vientre cuando me atravesó otra punzada de dolor, haciéndome gruñir una vez más.

—Oye, tal vez deberías tomarte mañana el día libre —sugirió preocupada—. No sueñas muy bien.

—Estaré bien —musité.

Y lo estaría.

Eso esperaba.

LA CAGUÉ

Johnny

—Buenos días —me saludó Gibsie, hundiéndose en el asiento del copiloto de mi coche el martes por la mañana—. ¿Cómo fue el entrenamiento ayer?

—¡La cagué! —solté.

—¿La cagaste? —Gibsie arqueó una ceja mientras se abrochaba el cinturón—. ¿Entrenando?

—No. —Negué con la cabeza—. No fui.

—¿Por qué no?

—¡Porque la cagué!

—¿Cómo?

—Joder. —Gimiendo, metí la marcha y me alejé de su casa—. Pero tanto, joder —añadí. Apretando el volante con las manos, solté un gruñido de dolor—. La cagué tantísimo, joder, Gibs.

—¿Vas a decir algo más que «joder»? —dijo arrastrando las palabras mientras se sacaba un CD virgen de la mochila y me lo guardaba en el estuche—. Por cierto, te grabé esto anoche —añadió con una sonrisa—. Creo que lo disfrutarás.

—Gracias —refunfuñé, demasiado distraído para pensar en otra cosa que no fuera mi disgusto.

—Bueno —dijo Gibsie, sacando un paquete de tabaco. Se puso un cigarro entre los labios y lo encendió—. ¿Me vas a contar cómo la cagaste?

—Baja la ventanilla —mascullé—. Sabes que no soporto el olor de esas cosas.

—¿Supongo que este bajón tiene algo que ver con la pequeña Shannon? —supuso mientras bajaba la ventanilla y exhalaba una nube de humo.

Asentí de nuevo, presa del pánico.

Me había pasado toda la noche esperando que se me fuera esa mierda del pecho.

Apenas podía respirar con la presión que sentía en el cuerpo, eso y los remordimientos y su olor en mis sábanas.

Ni siquiera disfruté de la cena con mi padre, algo que no habíamos podido hacer desde Año Nuevo debido a la incompatibilidad de horarios.

Me pasé toda la cena perdidísimo en mis propios pensamientos.

Estaba demasiado pillado.

«Pensaba que te gustaba».

Joder, casi se me rompe el corazón cuando dijo esas palabras.

—¿Qué hiciste, Johnny? —inquirió Gibsie, sacándome de mis pensamientos.

—Lo he vuelto a hacer —admití.

Me miró con recelo.

—¿La llevaste a casa otra vez?

Asintiendo, solté un gemido ahogado.

—Solo que esta vez, fui más allá y la obligué a que me dejara llevarla después de clase.

—Johnny...

—Literalmente, la cogí y la metí en el jodido coche, Gibs. —Soltando otro suspiro de frustración, me desplomé en el asiento y gemí—. Con mi madre.

Él rio.

—Eres un idiota.

—Lo sé —gemí—. Y luego mi madre hizo lo que mejor se le da.

—Se entrometió —adivinó Gibsie, que la conocía bien.

—La trajo a casa.

Gibsie levantó las cejas en señal de sorpresa.

—¿A tu casa?

—Oh, sí —siseé, todavía resentido—. Y fue mal. Muy mal, joder.

—¿Cómo de mal? —preguntó.

Conduje hasta mi plaza de aparcamiento habitual y apagué el motor.

—¿Cómo de mal, Johnny? —insistió Gibsie.

Con un gruñido de dolor, me giré en mi asiento para mirarlo.

—Me besó.

Los ojos de Gibsie se iluminaron.

—¿Sí?

Asentí.

—En mi cama. Vestida solo con una toalla. Como si fuese un maldito sueño erótico. Me plantó la boca en la mía, Gibs, joder.

—¿Solo una toalla?

—Mi madre tenía su ropa —farfullé—. Estaba envuelta en una toalla y nada más.

Gibsie sonrió.

—¿Nada más?

—Nada más —repetí, recalcando la palabra «nada».

—Le viste...

—Sí —solté, y luego gemí en voz alta—. Mierda.

—¿Y?

—Perfecto.

—Mierda.

—Sí.

—Qué mal, tío —comentó Gibsie, con expresión pensativa mientras se rascaba la mandíbula—. Nunca hubiera imaginado que ella daría el primer paso. —Volviéndose para mirarme, me planteó—: ¿Qué hiciste?

—Me quedé paralizado —admití con un suspiro abatido—. Me quedé quietísimo, tío. Y luego entró en pánico y se encerró en el baño. Fue un puto desastre. Me costó la vida convencerla para que saliera, e incluso entonces no me dijo más de tres palabras en el trayecto de regreso a su casa.

—Pues... —Gibsie negó con la cabeza— menudo desastre.

—De primera —admití sombrío—. Traté de hablarlo con ella, pero no le entraba, tío. No quiso escuchar una palabra de lo que tenía que decir.

—¿Qué trataste de decirle?

—¿La verdad? —respondí con cansancio—. Que me voy en un par de meses y no puedo comprometerme con ella.

—Eres un poco tonto para ser tan listo, ¿no? —rumió Gibsie.

Me giré para mirarlo.

—¿Perdona?

—La llevas a casa varias veces, la llevas al pub, al cine, te la llevas a tu casa, dos veces, y luego te besa y la rechazas —respondió—. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Sentarse a escucharte?

—No la rechacé, joder —bufé—. ¡Nunca la rechazaría!

—Oh, no —se rio Gibsie—. Claro, no lo hiciste.

—Y tú eres el que me dijo que fuera su amigo —le increpé.

—Pues me equivoqué —reconoció—. No puedes hacerlo. Nunca funcionará. Déjalo ya.

—Sí que lo hará —siseé—. Tiene que funcionar.

—¿Por qué tiene que funcionar? —preguntó.

—Porque la necesito... —Negué con la cabeza y solté otro suspiro de frustración—. Porque quiero que siga en mi vida.

—Quieres seguir con ella y punto —replicó Gibsie—. Porque estás enamorado de esa chica.

—Para —le advertí.

—Vale. —Levantó las manos—. No diré más al respecto.

Permanecimos sentados en silencio durante mucho tiempo mientras Gibsie se fumaba otro cigarrillo hasta que finalmente dije:

—¿Sabes que es buenísima a la PlayStation? ¿Buena nivel *gamer*?

Gibsie me miró con sorpresa.

—No jodas.

Asentí.

—Me dio una paliza, tío. Nunca he visto a nadie completar misiones tan rápido como ella.

Exhaló otra nube de humo y tiró el cigarrillo por la ventana.

—¿Tenía una tabla de trucos?

—No la necesitaba —murmuré mientras le daba al botón para subir las ventanillas—. Se sabía todos los putos códigos de memoria.

—Hostia —gimió Gibsie—. Eso pone que lo flipas.

Señalé la puerta del copiloto.

—Sal de mi coche.

—No estoy pensando en ella así —se rio mientras abría la puerta y salía.

Joder que no.

MANCHAS DE REGLA Y HÉROES

Shannon

Cuando me desperté el martes por la mañana, tardé una barbaridad en levantarme de la cama.

Tenía tanto dolor que lo único que quería hacer era enterrar la cabeza bajo el edredón y no moverme de allí.

Quedarme en casa sin ir a clase significaba pasar todo el día en la misma casa que mi padre, lo cual era un incentivo suficientemente grande para ir al instituto.

Pero la idea de tener que volver a ver a Johnny lo hacía una decisión difícil.

No me encontraba bien.

La cabeza me daba vueltas y mi cuerpo estaba agonizando.

Para cuando bajé del autobús en Tommen, parecía que algo me fuese a desgarrar desde dentro y hubiese empezado por el vientre.

Llevaba la chaqueta de Johnny, lavada y seca, envuelta en una bolsa de plástico en el bolsillo delantero de la mochila, lista para devolvérsela, como hablamos Claire y yo.

Tenía la intención de dársela y salir pitando.

Mejor aún, si veía a Gibsie, podría dársela a él y terminar con eso.

Me pasé toda la mañana pendiente de él en los pasillos, pero no nos cruzamos.

Un millón de pensamientos y preocupaciones ridículos me llenaron la mente.

¿Se habría lesionado?

Ya sabía que sí.

Pero ¿había empeorado?

¿Era su aductor?

¿Estaba en el hospital?

¿Estaba enfermo?

Uf, era patética.

Le habría dado aún más vueltas a su ausencia de no haber sido por el terrible dolor de barriga, que exigía toda mi atención.

Tenía cólicos, en los que cada uno de mis músculos abdominales se contraía agónico, como si cuchillas se abrieran paso desde mis adentros.

Eso no era por la ansiedad.

No, definitivamente era otra cosa.

El dolor era tan fuerte que apenas podía concentrarme en las tareas de clase, y no tenía a las chicas para distraerme porque Claire estaba en ese partido fuera de casa con el equipo de hockey femenino, y Lizzie no había ido al instituto ese día.

Fui a todas las clases como me tocaba, me senté sola, traté de pasar desapercibida y recé para no desmayarme.

Cuando llegó la hora de la comida, ya había tenido suficiente instituto por ese día y estaba dispuesta a hacer algunas cosas moralmente cuestionables por un par de paracetamoles y un vaso de agua.

Sin embargo, mi día dio un giro, sobre todo a peor, cuando una chica de segundo de bachillerato me llevó a un lado en el pasillo y pronunció las palabras que toda adolescente en la faz del planeta teme escuchar en la escuela:

—Disculpa, pero creo que estás manchando.

Siendo como soy, mi cerebro tardó varios segundos en comprender lo que me estaba diciendo y varios más antes de captar su significado.

En cuanto lo hice, quise que la tierra se abriera y me tragara por completo.

Rectifico: quise estallar en llamas y desintegrarme del todo, porque que una muchacha de segundo de bachillerato señalara el hecho de que estaba

manchando en medio de un pasillo del instituto tenía ese efecto en una chica.

Muerta de vergüenza, corrí al baño para echar un vistazo.

Tiré la mochila al suelo, me puse de espaldas al espejo y volví la cabeza.

—¡Oh, no! —jadeé cuando vi la mancha de sangre en la parte de atrás de la falda del uniforme.

Encima no era pequeña.

Por supuesto que no lo era.

Estamos hablando de mí, y cuando me ponía en ridículo lo hacía por todo lo alto.

Entonces, eso era todo.

Ese fue el día en que la madre naturaleza decidió visitarme.

Nueve días después de mi decimosexto cumpleaños.

Más vale tarde que nunca.

En medio del instituto.

Ay, madre.

Bueno, al menos los insoportables retortijones cobraban sentido.

En mi defensa, ¿cómo demonios se suponía que iba a saberlo?

Nunca había experimentado un apuñalamiento pélvico tan desgarrador.

Porque esa era mi primera regla propiamente dicha.

Cogí la mochila y papel de váter, me lancé a uno de los cubículos y cerré la puerta detrás de mí.

Me saqué la falda, me quité las medias y las bragas, y lloré cuando la sangre me manchó las piernas.

Ay, madre.

«No entres en pánico, Shannon».

«No te asustes».

Cogiendo aire para tranquilizarme, me puse a limpiarme con rapidez con un solo pensamiento en mente.

Huir.

En cuanto tuviera un aspecto razonable, me iría directa a casa a esconder la cabeza bajo las sábanas y morirme de vergüenza en paz.

Cogí el móvil y le envié un mensaje gratuito a Joey para que me llamara porque, como de costumbre, no tenía un jodido euro de saldo y, también como de costumbre, necesitaba que viniera a salvarme.

No respondió.

Rebusqué dentro de la mochila en busca del tampón que sabía que no encontraría porque ¿por qué demonios iba a hacerlo?

Era como si la madre naturaleza hubiera decidido honrarme con tres años de dolores menstruales y vergüenza concentrados en ese momento.

Joder.

Gruñendo con dificultad, me agarré el vientre y me quedé quieta, con la esperanza de encontrar algo de alivio.

No lo encontré.

También busqué el dinero que no tenía para poder comprar unas compresas que no podía permitirme en la máquina del baño.

Dos euros.

Lo único que necesitaba era una triste moneda de dos euros y ni siquiera tenía eso.

Afortunadamente, encontré una muda de ropa interior, así que improvisé una compresa con papel de váter mientras las lágrimas me corrían por las mejillas.

Era muy consciente de que no debía llorar por eso.

Era algo perfectamente normal.

Pero estaba disgustada, avergonzada y nada preparada.

Por una vez en mi vida, deseé que las cosas me fueran bien.

Estaba muy cansada de que mi vida fuese a todo tren.

Necesitaba un respiro.

Me limpié la falda lo mejor que pude antes de volver a ponérmela.

Luego me quité el jersey y me lo até alrededor de la cintura para ocultar la mancha de la vergüenza.

Llevaba las piernas y los brazos al aire, por lo que desentonaba completamente para el clima de marzo.

Sollozando, registré la mochila sin saber qué buscaba hasta que toqué con los dedos la bolsa de plástico que contenía la chaqueta de Johnny.

La saqué de la bolsa, metí rápidamente las medias y la ropa interior dentro, y lo enterré todo en el fondo de la mochila.

Salí del cubículo, arrastré los pies hasta el lavabo, dejé caer la mochila y la chaqueta en el suelo, y me froté las manos con una cantidad excesiva de jabón, incapaz de contener las estúpidas lágrimas que me resbalaban por las mejillas.

—¿Estás bien? —preguntó una voz femenina, que me sobresaltó.

Sollozando, me giré para ver a una chica con un uniforme como el mío salir del cubículo al final del baño, el que tenía el cartel de fuera de servicio.

Una espesa nube de humo flotaba a su alrededor, sin ser detectada por la alarma de incendios en el techo, que estaba desmontada.

Había estado tan absorta en mi crisis personal que no me había dado cuenta de que había alguien más en el baño.

—Lo siento —murmuré—. Pensaba que estaba sola.

—Todavía está cayendo una buena —explicó, agitando un paquete de tabaco frente a ella—. No me apetecía fumar bajo la lluvia.

El uniforme era lo único que tenía en común con la chica frente a mí.

Era mucho mayor que yo y mucho más guapa.

Con el pelo negro, llevaba uno de esos elegantes cortes de media melena que todas las celebridades lucían en aquellos tiempos y su rostro era impecable.

Era alta y tenía una despampanante cintura de avispa, así como enormes pechos que le ceñían la tela del jersey azul marino.

Se acercó hasta donde yo estaba y se apoyó en el lavabo junto al mío.

—¿Por qué estabas llorando?

—Oh, estoy bien —evité la pregunta rápidamente—. No era nada.

—No sonaba como nada —comentó, mirándome con esos ojos azul claro—. Estabas llorando como un bebé ahí dentro.

Con la cara ardiéndome de vergüenza, me encogí de hombros.

—¿Un mal día?

«Más bien una mala vida...».

Suspiré pesadamente.

—Podría decirse así.

—He tenido algunos de esos —comentó ella.

Lo dudaba.

Parecía demasiado perfecta para haber visto un mal día en su vida.

Ellaladeó la cabeza y me estudió.

—Eres la chica nueva.

Dije que sí con un gesto de la cabeza.

—¿De la escuela pública?

Se me hundió el corazón.

El miedo me hormigueó en la piel.

Pero logré asentir y permanecer impasible.

—¿Cómo te llamabas?

—Hum, Shannon —respondí en voz baja—. Shannon Lynch.

—Shannon.

Los ojos le brillaron al reconocerlo, y no estaba segura de que me gustara.

Incómoda, pasé junto a ella hacia el secador y me sequé las manos durante tres segundos antes de recoger mis cosas.

—Soy Bella —me informó, despegándose del lavabo—. Y eso... —me quitó la chaqueta de las manos— no es tuyo.

Se me cayó el corazón al suelo.

—¿De dónde has sacado esto? —me preguntó. Su tono todavía era ligero, pero su expresión era aterradora—. ¿Te la dio Johnny?

—Oh, no, lo siento —contesté sin convicción, ajustándome la mochila sobre los hombros—. Debo de haberla cogido del perchero por error.

—No mientas —me advirtió—. ¿De dónde has sacado su chaqueta?

—Él me la dio —susurré mientras me recorría un ligero temblor.

Ella arqueó una ceja finamente depilada.

—¿Johnny te dio su chaqueta sin más?

Asentí y tragué saliva con dificultad.

—¿Cuándo? —quiso saber.

—Ayer.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Estaba lloviendo.

—¿Y? Estamos en Irlanda. —Se puso una mano en la cadera y me miró—. Siempre llueve.

Me removí incómoda.

—Solo estaba siendo amable.

—Johnny no es amable y menos con extraños al azar —escupió.

Encogiéndome de hombros, traté de pasar junto a ella, pero estiró una mano para cortarme el paso.

Me aparté.

—Espera —me ordenó, desviando la mirada de la chaqueta en su mano a mi cara—. No he terminado de hablar contigo.

«Si te pega, se la devuelves, Shannon», me repetí mentalmente el consejo de mi hermano una y otra vez. «No eres el felpudo de nadie. No dejes que

nadie te mangonee».

—Un pajarito me ha contado que has estado yendo en su coche.

No sonaba como una pregunta, así que no respondí.

Había tenido suficientes altercados con chicas como Bella para saber que todo lo que dijera podría y sería usado en mi contra.

Era más seguro permanecer en silencio.

—¿Sabes quién soy? —preguntó finalmente.

Asentí.

—¿Sabes quién es él?

Asentí.

—Y ¿sabes lo que eres tú?

Me encogí de hombros.

—Nadie —afirmó Bella en voz baja—. No eres nada, niña. Ni para él. Ni para mí. —Se acercó más y tuve que obligarme a no estremecerme—. Así que sea cual sea el juego al que estés jugando, más te vale dejarlo de una puta vez porque... —Hizo una pausa para apartarme el pelo del hombro, sonriéndome dulcemente— lo que sea que te estuviera pasando en ese cubículo será insignificante en comparación con el infierno al que te someteré si se te ocurre siquiera ir tras él.

—No me gusta —declaré ahogadamente, sintiendo que estaba a punto de desmayarme.

«Y yo no le gusto a él».

Bella echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—A todo el mundo le gusta —repuso finalmente, todavía riendo con sorna—. Y solo para que lo sepas: no eres nada especial. Johnny solo está siendo amable contigo porque fuiste una zorrita estúpida que se la lio en una de sus sesiones de entrenamiento y le causó muchos problemas.

Se me hundió el corazón.

—¿Pensaste que no me enteraría de tu pequeña exhibición en el campo aquel día? —Bella arqueó una ceja—. Sé todo lo que pasa aquí.

—Fue un accidente —susurré, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya, claro —se burló ella—. Querías llamar su atención y lo conseguiste.

—No —murmuré—. Eso no es verdad.

—Oh, por favor —siseó ella—. Desde que apareciste aquí, no le has causado más que problemas. ¿La pelea con Ronan McGarry? —Arqueó una

ceja—. Apuesto a que eso te encantó, ¿a que sí?

Negué con la cabeza, horrorizada.

—Espero que sepas que está siendo amable contigo porque no le queda otra —añadió, mirándome—. Porque tu mami intentó que lo expulsaran y él necesita un historial impecable para la Academia.

Me quedé boquiabierta.

—¿Pensabas que tampoco sabía eso? —rio suavemente—. Lo sé todo sobre ti. Todos tus pequeños secretos. Todo lo que escondes.

—Yo no... No he... No es...

—Ahórratelo —cortó Bella—. Tu pequeño papel de víctima no funcionará conmigo. Te estoy diciendo que lo que te hicieron esas chicas en ese instituto de mierda del que viniste te parecerá un paseo por el parque en comparación con lo que te haré yo si no lo dejas en paz. —Bella me miró duramente y agregó—: Estoy siendo maja, Shannon. No lo seré tanto si tengo que repetírtelo.

—No tendrás que hacerlo —balbuceé.

Sin darle la oportunidad de responder, pasé junto a ella y salí corriendo del baño.

Necesitaba largarme de allí y rápido.

Era la hora de la comida y llovía fuera, por lo que los pasillos estaban llenos de otros estudiantes que se resguardaban de la intemperie.

Con el corazón martilleándome en el pecho, sorteé a la multitud con la cabeza gacha y la mente puesta en la salida.

Solo había avanzado un metro y medio desde la puerta del baño cuando me estrellé contra una pared de firmes músculos.

El impacto me hizo rebotar y aterrizar en el suelo.

—Oh, mierda —gruñó una voz familiar—. Lo siento.

Dos manos grandes me cogieron por los brazos y me levantaron.

—No te he visto, Pequeña Shannon —se rio Gibsie mientras me ponía de pie—. ¿Estás bien?

Los había observado lo suficiente para saber que allí donde estuviera Gerard Gibson, Johnny Kavanagh nunca andaba lejos, y viceversa.

Y la idea me preocupaba, teniendo en cuenta la guerra que me acababan de declarar.

Asentí con la cabeza una vez y traté de esquivarlo.

El problema fue que Gibsie me interceptó y cortó el paso.

—Oye —me dijo, en un tono repentinamente serio—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño o algo?

—Estoy b-bien —sollocé, tratando como una desesperada de mantener a raya mis gimoteos.

No funcionó.

En cuanto se agachó e hizo contacto visual conmigo, un gran sollozo me desgarró.

—Mierda —masculló, mirando a su alrededor con nerviosismo—. Te he hecho daño.

—N-no, no lo has h-hecho. Solo n-necesito i-irme a c-casa —farfullé, llorando como un bebé delante de él—. Ahora m-mismo.

Todo era demasiado para mí.

La sangre.

Las amenazas.

El pánico.

Era demasiado y me estaba volviendo loca.

—¿Te abrazo?

Negué con la cabeza.

—¿Te llevo a casa?

Me encogí de hombros con impotencia.

—¿Ahora mismo?

Sollocé a modo de respuesta.

—Ya, eh, vale —asintió Gibsie, que sonaba muy confundido—. Te llevo a casa.

—¿Shannon?

Oír que me llamaban por mi nombre y, unos momentos después, ver a Johnny detenerse al lado de Gibsie solo confirmó mi teoría acerca de que iban siempre en pareja.

—¿Qué pasa? —preguntó Johnny, mirándome con preocupación. Se volvió hacia Gibsie—. ¿Qué le has hecho?

—Nada, tío —respondió rápidamente este, levantando las manos—. Lo juro.

—Está llorando, Gibs —repuso Johnny, enfrentándose a su amigo—. Está claro que algo has hecho.

El pánico estalló dentro de mí al ver a Bella frente a la puerta del baño, observando nuestra interacción con expresión sombría.

Conocía bien esa mirada.

Iba acompañada de una promesa de dolor.

—Shannon —gruñó Johnny, volviendo la mirada hacia mí—. ¿Qué ha pasado?

—Por favor, no me hables —le pedí ahogadamente antes de esquivarlo.

Los reflejos de Johnny eran mucho más rápidos que los míos, porque avanzó una mano de repente y me cogió por el codo.

—¿Shannon?

—¡No me toques! —siseé y, presa del pánico, aparté el brazo.

Johnny se tambaleó hacia atrás como si lo hubiera golpeado.

—Pero ¿a ti qué te pasa?

—Johnny, tío —intervino Gibsie, siguiéndonos—. Tal vez deberías escucharla...

—Gibsie, tal vez deberías irte a la mierda y dejarnos en paz —replicó Johnny acaloradamente—. Esto es privado.

—Como quieras, buldócer —apuntó él antes de irse.

—Shannon, ¿qué pasa? —repitió Johnny, con toda su atención en mi cara—. ¿Es por lo que pasó ayer? Porque no necesitas...

—No —solté, rezando para que Johnny no mencionara lo del día anterior en medio del instituto—. No se trata de lo de ayer.

—Entonces ¿qué pasa? —quiso saber—. ¡Dímelo!

—Solo necesito que me dejes en paz —declaré con voz ahogada, apartándome para rodearlo de nuevo.

—Lo haré... —Johnny me cogió del brazo una vez más cuando traté de esquivarlo, y tiró de mí antes de terminar—: cuando me cuentes qué narices está pasando.

Eché un vistazo hacia donde Bella me fulminaba con la mirada.

Me estremecí al ver su expresión amenazadora y Johnny se dio cuenta.

Se estiró el cuello y todo su cuerpo se tensó visiblemente.

—La hostia —soltó, pasándose una mano por el pelo en lo que parecía una frustración obvia—. ¿Qué te ha hecho?

Negué con la cabeza.

—Nada.

—Shannon, cuéntame lo que te ha dicho. —Volvió su dura mirada hacia mí—. Sé que te ha dicho algo.

Cuando no respondí, Johnny negó con la cabeza.

—Bien —gruñó, dándome la espalda—. Lo averiguaré yo mismo.

—Espera... —Lo cogí por la parte trasera de la sudadera azul marino que llevaba puesta sobre el uniforme y lo arrastré hacia mí—. Por favor, no digas nada.

—¿«No digas nada»? —Johnny me miró boquiabierto—. Shannon, si te lo está haciendo pasar mal, ya te digo que voy a decir algo —me aseguró. Se volvió para mirar a Bella—. Un montón de cosas, joder.

—¡No ha hecho nada! —mentí, desesperada por calmar la situación y evitar que estallara—. Lo juro.

—Ni se te ocurra mentirme otra vez —replicó Johnny, que parecía furioso—. Estás llorando y hay una chica allí que me la tiene jurada fulminándonos con la mirada. —Entrecerrando los ojos, dijo—: Estoy haciendo cálculos, Shannon, y dos más dos es igual a una mala perra.

—No, te equivocas, yo solo... —Mis palabras se interrumpieron y gruñí cuando sentí un dolor agudo en el vientre.

—Mierda. —Alargó una mano de golpe para cogerme por el codo y estabilizarme—. ¿Estás bien?

—Sí —balbuceé, respirando por la nariz, mientras me agarraba el costado—. Estoy bien.

—Joder —exclamó Johnny, mirándome boquiabierto con una expresión de horror—. ¿Te ha pegado?

—¿Qué? ¡No! —farfullé, alarmada.

Su mirada se oscureció.

—¿Es ella? ¿Ella es la que te lo ha estado haciendo pasar mal? —Levantó la mano y me tocó el cuello—. ¿Fue ella?

Negué con la cabeza.

—No me mientas, Shannon —me advirtió—. Odio que me mientan, joder.

—¡No te estoy mintiendo!

—Entonces cuéntame qué está pasando —me exigió, pasándose una mano por el pelo. Con un gruñido de frustración, añadió—: Por favor, dímelo antes de que pierda la cabeza y me dé algo.

Ay, madre.

Avergonzada, le hice señas a Johnny para que se acercara y, cuando lo hizo, me puse de puntillas y le susurré al oído:

—Me está bajando la regla.

Cerré los ojos cuando se lo dije, fustigándome mentalmente por contárselo.

—Es la primera —seguí parlotando rápidamente, escudriñando su perfil mientras lo complacía con mi peor pesadilla—. Y me duele muchísimo.

Balanceándome sobre los talones, dejé escapar un suspiro tembloroso y lo miré a la cara, esperando que se diera la vuelta y saliera corriendo.

Desde luego, Johnny parecía horrorizado y se había quedado paralizado de pies a cabeza, pero no corrió, y tampoco movió la mano que tenía en mi codo.

La apretó.

Clavada en el sitio, nos quedamos mirando el uno al otro igual de aterrorizados.

—¿Vienes, Kav?! —gritó uno de sus amigos.

Johnny agitó una mano, indicando que estaba ocupado.

—¿Johnny?

—Que te pires, Feely —gruñó—. Estoy hablando.

—Probablemente no debería haberte dicho eso —sentencié rápidamente, retrocediendo para poner algo de espacio entre nosotros y con las mejillas de un poco favorecedor tono escarlata—. Ve con tu amigo. Estoy bien.

—¿Eso es lo que te pasa? —preguntó, ignorando mis palabras, escudriñándome con esos ojos azules—. ¿Te duele?

Me mordí el labio y forcé otro pequeño asentimiento con la cabeza.

Él dejó escapar un suspiro.

—Tengo algún ibuprofeno en mi bolsa de deporte para mi aductor. —Me miró con un deje de esperanza—. ¿Te sirve?

—Uf, sí —suspiré, sintiendo una oleada de gratitud ante la idea de aliviar el dolor.

—La bolsa está en el vestuario del pabellón de Educación física —dijo, señalando hacia la entrada—. Ven conmigo.

Vacilante, eché un vistazo hacia donde Bella todavía me miraba y sopesé mi próximo movimiento antes de decidir ir con Johnny.

Necesitaba el medicamento y él me tiraba un chaleco salvavidas al ofrecerme una salida temporal.

«Vergüenza o dolor, Shannon, ¿vergüenza o dolor?».

«Vergüenza», decidí, y lo seguí.

—¡Putas! —gritó Bella, lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de todos.

Gemí para mis adentros.

—Eso es —siseó cuando vacilé—. ¡Estoy hablando de ti, putas!

—No —le rogué a Johnny cuando sentí que se ponía rígido a mi lado—. Por favor, no hagas nada...

Sin darme la oportunidad de terminar, se dio la vuelta y se fue hecho una furia hacia donde estaba Bella.

—¡Mira quién habla, joder!

Quieta como un muerto, observé su acalorada interacción, sabiendo que era mi oportunidad perfecta para escapar, pero incapaz de hacer que mis piernas se movieran.

Estaba agotada de huir, y en lo más profundo de mi mente, me preguntaba si ese chico era el que me apoyaría.

Una gran multitud se estaba reuniendo para mirar, pero aquello no pareció perturbar a Johnny lo más mínimo.

—Que la dejes en paz, joder —estaba ladrando—. No es asunto tuyo.

—Tú eres asunto mío —le gritó Bella.

Johnny levantó las manos en el aire.

—Estás pirada.

—¿Supongo que me estabas mintiendo cuando dijiste que no había nada? —gruñó ella.

—Tómatelo como quieras, Bella. Me importa una mierda lo que pienses —respondió en voz alta—. No la metas en tus tejemanejes de mierda.

Me estaba defendiendo.

No mi hermano.

Ni Claire.

Ni Lizzie.

Ni un profesor.

No, ese chico, que me aceleraba el corazón y me anulaba el sentido común, estaba en medio del pasillo del instituto defendiéndome.

El día anterior me rechazó y ese se estaba enfrentando a mis matones.

Estaba tan confundida que la mente me daba vueltas.

—¿Ella, Johnny? —masculló Bella, lanzándome una mirada mordaz—. ¿En serio?

—Aléjate de ella —le advirtió en tono amenazante—. Sigue con esto y no te gustarán las consecuencias.

—¿Me estás amenazando? —chistó ella—. ¿Qué crees que dirán tus entrenadores en la Academia sobre eso?

—¿Por qué no los llamas y lo averiguas? —escupió antes de girar sobre sus talones y volver hecho un basilisco hasta donde yo estaba.

Su expresión era tan aterradora que sentí que me encogía.

—Venga —dijo cuando llegó a mí. Me puso una mano en la parte baja de la espalda y me instó a caminar—. Nos vamos.

Dubitativa, dejé que me apartara de la multitud que nos miraba.

—¿Adónde vamos? —pregunté en un susurro, apresurándome a mantener su ritmo.

—Fuera de aquí —soltó, apretando la mandíbula.

—¿Por qué?

—Porque si me quedo aquí y te dice algo, se me va a ir la pinza. Si tú te quedas aquí y Bella te dice algo, se me va a ir la pinza —explicó en tono tenso—. Así que necesito salir de aquí... —Hizo una pausa para abrir la puerta de cristal y acompañarme afuera—. Y tú tienes que venir conmigo —terminó, guiándome hacia la lluvia.

Sentí una sacudida de emociones mientras me conducía a través del patio.

—Me has mentido, Shannon —dijo Johnny en voz baja, de camino al pabellón de Educación física—. Te había dicho algo.

—No quería causar ningún problema —admití.

—Esa no es tu decisión —repuso—. ¿Me has mentido también sobre que te haya pegado? ¿Sobre por qué tienes dolor?

—No —grazné—. Esa parte era cierta.

Lamentablemente.

—¿Y tu cuello?

—No fue ella —fue todo lo que respondí.

Johnny se quedó en silencio durante un buen rato.

Llegamos al pabellón de Educación física y se apresuró a entrar, ambos encantados de resguardarnos de la lluvia.

Entré tras él, pues esa zona del instituto era más su territorio que el mío.

Mantuve la mirada fija en su espalda mientras lo seguía.

Dudé cuando entró en el vestuario de los chicos, pero luego abrió la puerta y me hizo un gesto para que lo siguiera mientras me miraba expectante.

Como un potro asustadizo, me apresuré a entrar solo para dar un salto cuando la pesada puerta se cerró de repente a nuestras espaldas.

El abrumador olor a adolescente fue lo primero que me golpeó.

El hedor a sudor, desodorante y fluidos corporales era tan fuerte que tuve que reprimir las arcadas.

No era un olor con el que no estuviera familiarizada (léase: Joey), pero esa peste en particular hacía que me lagrimearan los ojos, intensificada como estaba por el hecho de que cuarenta personas o más del sexo opuesto habían compartido ese espacio en un momento dado.

Sintiéndome por completo fuera de lugar, y con las fosas nasales fuertemente maltratadas, observé a Johnny dirigirse hacia un banco en el lado derecho del vestuario.

Se dejó caer en el asiento, se sacó una bolsa de debajo de las piernas y rápidamente abrió la cremallera.

—Ven aquí —me pidió mientras rebuscaba dentro de su bolsa, sacando calcetines, botes de desodorante y botellas vacías de bebidas isotónicas—. Ven aquí, Shannon —repitió con calma.

Así lo hice.

Fui hacia donde estaba Johnny.

Apartó de un codazo una de las mochila del banco y me señaló el hueco que había hecho.

—Siéntate.

Observé el banco con cautela.

Sacudiendo la cabeza, Johnny se estiró y me cogió de la mano.

—Siéntate —insistió, tirando de mí hacia abajo junto a él.

Nuestros hombros se rozaron y me aparté unos centímetros antes de abrazarme el vientre.

Era grande, fuerte e intimidantemente guapo.

Me sentía muy pequeña junto a él.

Muy joven.

Muy insegura.

Muy rechazada.

Estaba intimidada, y no porque me asustara, porque no era así, o al menos a mí no me asustaba. Estoy segura de que aterrorizaba a los chavales con los que jugaba, pero eso no era lo que estaba pasando allí.

No a mí.

No, me intimidaba que tuviese ese aspecto cuando el mío era infinitamente inferior.

Se había extinguido toda chispa de esperanza en mi corazón.

Nunca me miraría cuando podía tener a alguien como Bella a su disposición.

Se parecían.

Él hacía buena pareja con ella.

Alguien que parecía una modelo de calendario.

Alguien que parecía una mujer.

Yo era una adolescente con un caso grave de lujuria.

—Joder, por fin —masculló Johnny, sacando una caja rectangular de ibuprofeno del bolsillo lateral de su bolsa.

Extrajo dos pastillas pequeñas del blíster y luego me las tendió.

Torpemente, traté sin éxito de cogérselas de los dedos. Las pastillas cayeron al suelo.

—Relájate —me animó, agachándose para recogerlas. Lo vi limpiárselas en la parte delantera de la sudadera y luego me dejó alucinado con tres palabras—: Abre la boca.

Me quedé pasmada.

—Puedo hacerlo yo.

—Está claro que no puedes —respondió él, sonriendo—. Abre la boca.

Perpleja, me quedé quieta durante varios largos segundos hasta que finalmente abrí la boca.

Dejó caer las dos pequeñas pastillas en mi lengua y me guiñó un ojo.

Metió la mano en su bolsa, me dio una botella de agua y dijo:

—Bebe.

Eso hice.

Molesta conmigo misma por ser tan complaciente, y luego más molesta aún por estar cabreada con un chico que claramente estaba dedicando la hora de la comida a ayudarme, me tragué las pastillas y suspiré.

Esperé a que Johnny se pusiera de pie y me dijera que tenía que volver con sus amigos, pero no lo hizo.

Simplemente se quedó allí sentado conmigo mientras el analgésico hacía efecto.

No se burló ni huyó.

No reaccionó de la forma en que lo haría la mayoría de los chicos.

Se hizo cargo de la situación.

En ese preciso instante supe que era excepcional y que eso no tenía nada que ver con su talento deportivo.

También era excepcional por dentro.

—¿No tienes que ir a comer? —grazné—. Estaré bien enseguida...

—Quiero quedarme —me interrumpió rápidamente Johnny. Se frotó el cuello con una mano y declaró—: Me gustan la paz y la tranquilidad.

Así que no nos movimos.

Nos quedamos sentados sin decir nada.

Ni una sola palabra.

Sentía un sinfín de emociones en ese momento, desde vergüenza hasta humillación y miedo, pero con cada minuto que pasaba me iba calmando poco a poco.

Se hizo un largo silencio entre nosotros que Johnny finalmente rompió aclarándose la garganta.

—¿Cómo estás ahora?

—No tan mal —susurré, aliviada por la velocidad con la que estaba funcionando el medicamento—. Gracias por ayudarme.

—Tengo que decir que ha sido la primera vez para mí. —Frunció el ceño ante la idea antes de murmurar—: No tengo hermanas, así que no tengo ni idea de esto.

—Me imagino —musité, avergonzada.

¿Pensaba en mí como una hermana?

Sin duda sonaba como si lo hiciera.

Y desde luego había reaccionado a mi beso como si lo hiciera.

¿Había sido relegada al ámbito fraternal?

—Deja de darle vueltas —me pidió Johnny en un tono persuasivo, distrayéndome de mi lucha interna—. No pasa nada.

Me giré para mirarlo.

—¿Qué te hace pensar que le estoy dando vueltas?

Se encogió de hombros, dedicándome esa asombrosa sonrisa infantil tan suya.

—¿Me equivoco?

No.

No, por supuesto que no.

Era especialista en dar demasiadas vueltas a todo.

Maldita sea.

—No puedo evitarlo —admití, y sentí que se me encendía la cara—. Está en mi naturaleza. Soy una preocupona nata.

—Bueno —suspiró—. Una cosa de la que no tienes que preocuparte es de Bella.

En cuanto escuché su nombre, comencé a preocuparme automáticamente.

A preocuparme y darle demasiadas vueltas.

¿Qué diría después?

¿Qué haría?

¿Iba a tener que esconderme de ella la próxima vez que me arrinconara en los baños?

¿Debería huir?

—Para —me pidió Johnny, interrumpiendo mi ataque de pánico—. No tienes que preocuparte por ella —recalcó. Se recostó contra la pared y se juntó las manos sobre el regazo—. Si se le ocurre siquiera acosarte de nuevo, lo sabré y me encargaré.

—Tiene tu chaqueta —solté—. La lavé y la traje a clase para devolvértela, pero ella, eh, me la ha quitado.

—Tengo muchas más chaquetas —replicó—. Solo me sabe mal que te haya molestado por mí. No debería haberte pasado esto a ti. Te diría que es una psicótica, pero probablemente ya te hayas dado cuenta tú sola.

—Ella está loca por ti, Johnny —le comenté en voz baja.

«Y yo también...».

—Está loca por mi estilo de vida —me corrigió, con un profundo suspiro—. Ni siquiera me conoce, Shannon.

—¿Qué quieres decir?

—Soy un trofeo para ella. Un deslumbrante trofeo —musitó—. Eso es lo único que soy para la mayoría de la gente.

—Para mí no —le dije.

Johnny me miró.

Me obligué a no apartar la mirada.

—¿No? —Pude ver la frustración y la esperanza brillando en sus ojos azules.

—No —negué en voz baja.

—Pues está bien saberlo —respondió en tono abrupto, mirándome fijamente.

—Siento muchísimo lo que hice ayer —susurré, obligándome a hablar del tema.

—Shannon. —Johnny se inclinó hacia delante, se apoyó los codos en los muslos y suspiró profundamente—. No hay nada que sentir.

—Sí que lo hay —murmuré—. No debí hacerlo. —Sacudiendo la cabeza, resistí el impulso de salir corriendo y elegí en cambio comportarme como una adulta. Cosa difícil de hacer dada mi edad y mis emociones desenfrenadas hacia ese chico, pero lo hice—. No volverá a pasar.

—No quiero que te arrepientas, Shannon —declaró bruscamente.

Solté un suspiro entrecortado.

—¿No?

Sacudió la cabeza lentamente.

—No.

Y así, el aire cambió a nuestro alrededor.

—Probablemente debería irme —dije, apresurándome a romper la tensión.

Me puse de pie antes de que hiciese algo estúpido, como besarlo.

Oh, espera, ya lo hice.

Ajjj...

—Hay un autobús que pasa por mi zona a las dos en punto que lleva mi nombre.

«Y si llego a casa antes de las seis, no tendré que enfrentarme a mi padre».

Johnny frunció el ceño.

—¿No vas a volver a clase?

Negué con la cabeza.

—No, necesito ir a casa y, eh, adecentarme.

—Sí, eh, claro —musitó—. Por supuesto. —Miró la hora y comentó—: Son las dos menos cuarto ahora. —Y se volvió hacia mí—. Yo te llevo.

Abrí la boca para negarme, pero Johnny habló primero.

—Quiero llevarte a casa —declaró—. Necesito asegurarme de que estás bien.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Poniéndose de pie, cogió mi mochila y se la echó sobre un hombro antes de volverse para mirarme—. Déjame llevarte a casa, Shannon.

«No lo hagas, Shannon».

«No vuelvas a pasar por eso».

«Y no te atrevas a hacerte ilusiones».

Solté un suspiro entrecortado.

—Bueno, vale.

PERDIENDO EL NORTE

Johnny

Shannon estaba en mi coche otra vez.

Menos mal que no quería cruzar ninguna línea más.

También podría pintarme de amarillo y ponerme unas luces de emergencia, porque parecía un buldócer con esa chica.

Y estaba nervioso; tanto, que mi estúpido corazón podría haber optado a medalla de oro olímpica en boxeo de lo fuerte que me retumbaba en el pecho.

Maldita Bella.

Necesitaba una vida, joder, y dejar de meterse en la mía.

Necesitaba alejarse y olvidarse de mí.

Que se metiera con Shannon era algo que no toleraría.

Esperaba que le hubiese quedado claro el mensaje ese día, porque yo no estaba de coña.

No cuando se trataba de la chica sentada a mi lado.

—¿Estás lo bastante abrigada? —Plantarle la calefacción en la cara probablemente no fuese mi idea más brillante, pero no sabía qué hacer.

Ya le había metido mi sudadera a la fuerza por la cabeza y las pastillas hasta la garganta en mi patético intento de ayudar.

Quería que se pusiera bien.

Quería hacerlo bien.

De cualquier manera, ella necesitaba que lo hiciera.

Solo que no sabía cómo.

Lo que fuese que necesitara de mí, yo estaba más que dispuesto a dárselo.

Eso daba que pensar.

Joder, me había expuesto al peligro con esa chica.

Shannon se sacó la larga melena castaña por el cuello de mi sudadera y se la pasó por el hombro.

—Gracias de nuevo —dijo tímidamente—. Te prometo que esta te la devolveré.

—Ningún problema. —Apretando la mandíbula, me obligué a mantener la vista en la carretera y no en el hecho de que la falda le quedase por debajo del dobladillo de mi sudadera ni en lo mucho que se le subía esta por los muslos desnudos al estar sentada.

—¿Te encuentras mejor? —me apresuré a preguntar para distraerme—. ¿Ha ayudado el ibuprofeno?

La miré y contuve un gemido.

Era tan jodidamente preciosa que me dolía, con esos ojazos azules mirándome toda inocente e insegura.

No necesitaba la tentación que me provocaba estar tan cerca de ella.

El problema era que, cada vez que huía, acababa persiguiéndola, desesperado por estar con ella.

—Me gusta tu música —declaró Shannon entonces, lo que fue una bienvenida distracción de mis pensamientos descontrolados—. Tienes buen gusto.

—Adelante —la alenté cuando agitó los dedos hacia el estéreo. Alargando una mano, cogí el iPod que tenía conectado al salpicadero y se lo pasé—. Pon algo que te guste.

—¿Estás seguro? —preguntó, en voz baja y vacilante.

Asentí y sonreí, tratando de animarla.

Debió de funcionar, porque susurró:

—Me encantan todas. —Empezó a pasar canción tras canción—. Tienes un gusto increíble.

—Gracias. —Me removí incómodo, sintiendo un extraño hormigueo en la boca del estómago.

Pasar innumerables horas haciendo ejercicio solo me había dado la oportunidad de ampliar mis gustos.

No era que no estuviera acostumbrado a recibir cumplidos.

Lo que pasaba era que generalmente giraban en torno al rugby.

Sin duda, Shannon no estaba impresionada ni intimidada por mi posición.

Eso era a la vez un alivio y una preocupación.

No sabía cómo gestionarlo.

—No te hacía fan de los Beatles —comentó, deteniéndose en un grupo antiguo—. ¿«Here Comes the Sun»? —preguntó, arqueando una ceja—. ¿Te gusta esta?

—Es mi favorita de ellos —le dije, con las palmas de las manos sudorosas por su interrogatorio.

—La mía también —coincidió con dulzura—. Mi bisabuelo materno solía cantármela cuando era pequeña.

La miré.

—¿Sí?

Shannon asintió.

—Sí, cada vez que me asustaba o me ponía nerviosa, él siempre me sentaba en su regazo y me cantaba esa canción al oído. —Suspiró de felicidad—. Y siempre funcionaba.

Por alguna razón desconocida, tomé nota mental de esa información y la guardé como referencia futura.

Entonces, Shannon se quedó en silencio, claramente inmersa en la canción.

Mientras tanto, sostuve el volante con todas mis fuerzas, tratando como un desesperado de concentrarme en la carretera y no en la chica sentada a mi lado que me estaba jodiendo mis perfectos planes de futuro.

No quería que saliera de mi coche, así que postergué el momento.

—¿Te gustan los clásicos? —solté, al entrar en pánico cuando cogió la manija de la puerta.

—Sí —contestó ella, volviéndose hacia mí, con los ojos brillantes de emoción—. ¿Y a ti?

—Me gustan muchas cosas —le confesé.

«Tú, sobre todo».

—¿«Shake it off, baby»? —

La miré sorprendido.

—¿Cómo?

—«Shake it off, baby». —Shannon me devolvió la mirada, con esa carita toda inocente—. ¿Te gusta?

Tardé unos segundos en darme cuenta de que se estaba refiriendo a una canción.

—Te refieres a «Twist and Shout» —le corregí bruscamente—. Sí, esa es buena.

—¿Te gusta Reckless Kelly? —preguntó entonces.

Negué con la cabeza.

—Creo que nunca los he escuchado.

—Tienen una nueva canción llamada «Wicked Twisted Road» —me explicó—. ¿Estás seguro de que no la has escuchado?

Se me paró el corazón.

La canción del pub.

La que me dejó trastocado.

Joder...

—Deberías —continuó diciendo Shannon—. Escucharla, quiero decir. — Se le pusieron rojas las mejillas cuando confesó—: Me recuerda a ti.

Aturdido.

Estaba aturdidísimo de la hostia por esa chica.

En parte porque me había sentido identificado con las palabras de esa canción, pero principalmente porque ella me relacionaba con las palabras de la canción.

El tono rojizo de sus labios y sus sonrosadas mejillas eran condenadamente preciosos, y necesité un momento antes de poder formar una oración coherente sin sonar como un pedazo de imbécil.

—Eso haré —fue todo lo que se me ocurrió.

—Bueno, gracias por salvarme —susurró. Pasó la mirada de mis ojos a mi boca varias veces antes de inclinarse y plantarme los labios en la mejilla—. Otra vez.

Fue un besito brevísimo y nada sexual, pero había salido de sus labios y eso lo cambiaba todo.

Al igual que lo del día anterior lo había cambiado todo.

Profundizó todo lo que había estado tratando desesperadamente de negar.

Las señales de las que me había estado escondiendo se encendieron como luces de neón en lo alto de los edificios.

Estaba tan jodidamente desconcertado por esa chica...

Aturdido, no pude hacer nada más que mirarla y murmurar:

—De nada.

Con las mejillas al rojo vivo, Shannon abrió la puerta del coche e hizo ademán de salir.

—¡Espera! —grité, a mi pesar, extendiendo una mano para cogerla de la muñeca.

Shannon me miró con los ojos muy abiertos.

«Déjala ir, imbécil».

«Que dejes ir a la chica».

«No puedes cumplir con ella».

—Toma... —Metí la mano en la guantera, saqué un estuche de cuero y hojeé rápidamente un montón de compilaciones, deteniéndome cuando encontré el CD que buscaba—. Escucha la pista nueve. —Prácticamente le puse el disco en la mano y me encogí de hombros—. Me recuerda a ti.

—Ah, vale —respondió ella, sosteniendo el CD con cuidado—. Lo haré.

—Bien.

—Gracias.

—De nada.

—Adiós, Johnny —se despidió en un susurro antes de cerrar rápidamente la puerta y salir corriendo.

—Adiós, Shannon —contesté con voz ronca, observando cada uno de sus movimientos mientras se alejaba de mí.

Problema.

Tenía un problema de la hostia.

Conduje todo el camino a casa con el piloto automático, devanándome los sesos, con las hormonas alborotadas y un pequeño giro argumental de pelo castaño que me había puesto la vida en el camino.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no fue hasta que aparqué donde siempre, en la parte de atrás de casa, cuando me di cuenta de que su mochila todavía estaba en mi coche.

Gimiendo, golpeé el volante con la cabeza y recé por una intervención.

Necesitaba una.

Porque esa chica iba a acabar conmigo.

Media hora más tarde, estaba frente a la puerta de Shannon con las palmas de las manos sudorosas y el corazón a mil por hora.

¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Eso era una locura.

«Deja la mochila y pírate, joder», me indicó la sensatez.

Por supuesto, no le hice caso.

No, porque, en cambio, tuve que llamar.

Se oyeron unos pasos bajando la escalera al otro lado de la puerta, seguidos de una llave girando en la cerradura, y luego ella estaba allí, de pie frente a mí, borrando cualquier idea de alejarme.

—Hola, Johnny —saludó Shannon con voz temblorosa, mirándome con esos devastadores ojos muy abiertos—. Has vuelto.

Sí, había vuelto.

Como un tufo que parecía seguirla.

—Eh, sí, he vuelto. —Sacudiendo la cabeza, me descolgué su mochila del hombro y se la tendí—. Te la has olvidado en mi coche otra vez.

—Lo siento mucho. —Se puso del más adorable tono rosa—. ¿Llevabas mucho tiempo llamando? —Cogió su mochila y la metió dentro de la casa—. Estaba en la ducha.

Sí, ya lo veía.

Llevaba el pelo suelto, que le caía largo en rizos húmedos, e iba vestida con una camiseta blanca y los pantalones de pijama más cortos que había visto en mi vida, y lo único en lo que podía pensar mi cerebro era en su piel desnuda, demasiada piel desnuda.

—No lo sientas —repliqué bruscamente, tratando de concentrarme en mis palabras y no en mis pensamientos descontrolados—. Y no, acabo de llegar.

—Bueno, gracias por traérmela —dijo Shannon, haciendo que volviera a mirarla a la cara—. No me he dado ni cuenta. Me habría dado un ataque por la mañana.

—De verdad que no es nada —insistí, y luego me la quedé mirando como un pedazo de mongolo.

Y no fue incómodo en absoluto.

«Mueve los pies, Johnny».

«Deja a la chica en paz».

—¿Tienes entrenamiento esta tarde? —preguntó ella.

Sí.

—No.

—¿Quieres pasar? —me propuso nerviosa.

Levanté las cejas sorprendido.

—¿Adentro?

Se mordió el labio inferior y se encogió de hombros.

Parecía insegura.

Como si no debiera invitarme a su casa.

—¿Tú quieres que entre? —repliqué con el ceño fruncido.

Ella asintió tímidamente y abrió la puerta.

—Si quieres, sí.

«No lo hagas, tío —me advirtió el cerebro—, no te expongas a la tentación».

En contra de mi buen juicio, entré.

Metiéndome las manos en los bolsillos, vi cómo Shannon volvía a cerrar la puerta con rapidez.

Me centré en ella y no en el ruinoso entorno.

El lugar estaba ordenado, pero las paredes necesitaban urgentemente otro enyesado y una nueva mano de pintura.

—No habrá nadie en casa hasta la tarde —anunció mientras me guiaba por el corto pasillo hasta la cocina.

Eso eran malas noticias.

Muy malas.

—¿Quieres una lata de Coca-Cola? —Abrió la nevera, sacó dos latas y sonrió—. Joey es adicto y siempre compra de la auténtica.

Me tendió una lata y negué con la cabeza.

—No puedo beber de eso —afirmé, y luego me sentí como un capullo cuando se le borró la sonrisa.

—Oh.

—Quiero —le aseguré rápidamente—. Pero estoy de entrenamiento.

—Ah, ya —murmuró, colocando una de las latas en la nevera—. Me olvidaba de lo del rugby.

Reprimí una sonrisa.

—Sí, lo del rugby.

Entonces me miró fijamente, y parecía tan insegura como yo me sentía.

—¿Quieres subir a mi habitación?

Levanté mucho las cejas al tiempo que experimentaba un repentino aumento del ritmo cardíaco.

—¿Tu habitación?

Sonrojándose, se pasó el pelo por detrás de la oreja y se apresuró a decir:

—Es que normalmente no estoy aquí abajo... O sea, sí, pero no... porque... yo... —Su voz se apagó y suspiró con fuerza—. No importa, ha sido una estupidez...

—Vale.

Abrió los ojos como platos.

—¿Vale?

Asentí.

—Te sigo.

Esperé hasta que Shannon se dio la vuelta para darme un manotazo en la frente con la palma de la mano.

Era tan estúpido, joder.

Eso era peor que entrar a su casa.

Estaba mal.

Sabía que lo estaba.

Y aun así, la seguí por una estrecha escalera, evitando las piezas sueltas de Lego y pasando por encima de los juguetes de los niños mientras subíamos.

El dormitorio al que Shannon me condujo estaba en la parte delantera de la casa y era básicamente un trastero.

Me rodeó, lo cual no era fácil en un espacio tan pequeño, para echar el cerrojo de la puerta antes de recorrer los cuatro pasos que había hasta su cama.

Mientras tanto, yo me quedé allí de pie como un tontaco en su diminuto dormitorio, sin saber qué demonios se suponía que debía hacer en esos momentos.

Había una cama individual al fondo de la habitación que ocupaba todo el ancho de la pared, una mesilla de noche junto a ella, una cómoda pegada a la pared opuesta y poco más.

—Es una casa pequeña para una familia de ocho miembros —reconoció Shannon en voz baja, al fijarse en mi mirada. Dejó su Coca-Cola en la mesilla junto a la cama y se encogió de hombros—. Soy la única chica, así que me quedo con el trastero.

—Es una habitación bonita —respondí mientras me acercaba a su cama y me sentaba.

Ya estaba en la zona de peligro.

Al menos me pondría cómodo.

—No mientas —dijo con una sonrisa triste—. Es un basurero.

—No —repliqué—. Es bonita.

Miré alrededor de su diminuto dormitorio pintado de púrpura en busca de un televisor, pero no encontré nada.

No tenía ninguno.

Tampoco tenía equipo de música.

Pero tenía libros.

Muchos.

—Ibas en serio cuando dijiste que te gustaba leer —comenté, mirando varios montones de libros cuidadosamente apilados en el suelo de su habitación debajo del alféizar de la ventana. Volviéndome hacia ella, sonreí—. ¿Eres una empollona, Shannon Lynch?

—Créeme, ojalá lo fuera —respondió ella con una mueca—. Me encanta leer, pero no soy académicamente brillante.

Fruncí el ceño con incredulidad.

—Una mierda.

—No, de veras que no lo soy —repuso ella, sacudiendo la cabeza—. Tengo que esforzarme muchísimo para seguir las clases, y la mayoría de ellas son asignaturas ordinarias.

—¿Cuáles te dan más problemas? —pregunté, relajándome con la conversación.

Eso podía manejarlo.

Aprender más sobre ella alimentaba a la bestia y distraía el hambre en mi interior.

—Empresariales —contestó Shannon, arrugando la nariz ante la idea—. Y Matemáticas, se me dan fatal los números.

—Esas son las que se me dan mejor —afirmé pensativo, rascándome la mandíbula—. Escogeré Empresariales y Contabilidad en las pruebas de acceso a la universidad el próximo año.

—¿Qué más tienes? —prosiguió ella, que sonaba interesada de veras.

—Irlandés, Inglés, Matemáticas, Contabilidad, Ciencias empresariales...

—Me moví hasta que quedé apoyado de espaldas contra la pared antes de continuar—: Historia y Francés.

—¿Por qué Francés?

«Porque hay muchas posibilidades de que me mude allí una vez que termine mis estudios».

—Necesito un idioma para la universidad —dije en su lugar—. El francés era una opción para mí.

—¿Nivel avanzado? —inquirió Shannon, que parecía impresionada. Asentí.

—¿En serio? —Abrió los ojos desmesuradamente—. ¿En cuáles?

—En todas.

—¿Por qué no me sorprende? —bromeó Shannon mientras se sentaba sobre las piernas frente a mí—. Y tú me llamas a mí empollona.

—Los estudios nunca han sido un problema para mí —admití con el ceño fruncido.

—Qué suerte tienes —susurró ella—. Yo aprobé por los pelos los exámenes de prueba.

—Puedo echarte una mano —me escuché ofrecerme sin pensarlo.

—¿Qué? ¿Ahora? —gimió.

—U otro día. —Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia—. Cuando quieras.

—¿Sueles hacer eso? —preguntó Shannon, mirándome insegura con esos grandes ojos suyos—. ¿Das clase a otros estudiantes?

«Te las daría a ti».

—Tienes los exámenes finales en junio, ¿verdad? —dije en su lugar.

Shannon asintió.

—Yo ya los he hecho —expliqué, tratando desesperadamente de mantener un tono impasible y despreocupado—. Si necesitas que alguien repase el temario contigo, dímelo.

—¿Harías eso por mí? —me planteó con voz suave.

«Haría casi cualquier cosa por ti».

—Claro que lo haría —contesté, incapaz de no sonar brusco.

—Pero estás muy ocupado.

—No importa.

—¿Por qué siempre intentas ayudarme, Johnny? —susurró, atravesándome con una penetrante mirada.

Era la pregunta del millón.

Y no tenía ni puta idea de cómo responder.

—Porque quiero hacerlo —me decidí a confesar finalmente—. Quiero ayudarte, Shannon.

—Ah, ¿sí? —murmuró.

—Sí. —Apartando la mirada de ella antes de hacer algo estúpido, me puse cómodo en su diminuta cama y dije—: Bueno, ve a buscar tus libros y me enseñas dónde te encallas.

—Vale —accedió mientras se bajaba de la cama y corría hacia la puerta—. ¿Estás seguro? —me preguntó después de detenerse en la puerta.

No.

—Siempre estoy seguro, Shannon.

Sonriendo, asintió y luego se apresuró a bajar las escaleras en busca de su mochila.

—Mierda.

Me saqué el móvil del bolsillo y le escribí un rápido mensaje de socorro a Gibsie, solo para borrarlo antes de enviarlo.

Con un suspiro de frustración, escribí otro mensaje, este para Jason, mi entrenador personal, para hacerle saber que no iría a la sesión de hidroterapia de esa tarde y luego apagué rápidamente el móvil antes de que pudiera llamarme para soltarme el sermón.

Ya sabía que estaba actuando mal.

Me perdí la sesión del día anterior y dos más un par de semanas antes.

Por ella.

Porque cuando ella saltaba, yo me tiraba de cabeza detrás.

No necesitaba que mi entrenador me dijera algo que ya sabía.

Me diría que debía volver a centrarme en el rugby.

Me gritaría y me diría que me concentrara en mi futuro, en la próxima prueba de aptitud física, que necesitaba superar más que respirar.

El problema era que no podía concentrarme.

Porque se me había ido la cabeza.

Al traste.

Perdida por la chica en cuyo dormitorio estaba sentado.

Me estaba guardando el móvil en el bolsillo de los pantalones del uniforme cuando Shannon regresó con su mochila.

—Creo que Empresariales no sería tan difícil si me aclarara con las matemáticas —dijo jadeando ligeramente mientras arrastraba su mochila hacia la cama.

La dejó caer al suelo y corrió hacia la puerta para cerrarla enseguida antes de volver donde estaba en la cama, con las piernas cruzadas frente a mí.

—Me costaba concentrarme en mi antiguo instituto —añadió, mientras hurgaba en su mochila—. Me las arreglé para mantenerme al día con las clases de idiomas, pero dejé de lado las matemáticas.

Lo sabía.

Lo había leído todo en su expediente.

—Es comprensible —le dije, asintiendo.

Shannon me miró con recelo.

—¿Por qué es comprensible?

Mierda.

Joder.

—Porque la cantidad de asignaturas para los exámenes finales es una locura —aventuré. Y, encogiéndome de hombros, añadí—: No pueden dársete bien todas.

—Apuesto a que a ti sí —repuso ella, volviendo su atención a la mochila, por lo que había logrado evitar el desastre. Sacó su libro de Matemáticas y lo dejó caer sobre la cama entre nosotros—. Déjame adivinar, ¿también hiciste todas las asignaturas de nivel avanzado en secundaria?

—Dame ese libro —me quejé, avergonzado.

—¿Todos sobresalientes? —se burló.

—Qué va —contesté, hojeando las páginas de su libro de texto—. Saqué un notable justo en Ciencias de nivel ordinario —le confesé, y luego suspiré antes de admitir—: Sobresaliente en el resto y de nivel avanzado.

—¿En serio?

Asentí, acalorado e incómodo.

—Eres inteligente, ¿eh?

Me limité a encogerme de hombros.

—Bueno, yo solo saqué sobresaliente en Ciencias —comentó pensativa—. Es mi única asignatura de nivel avanzado.

—Pues me quito el sombrero —murmuré—. Porque detesto la ciencia.

—Anda ya —se rio entre dientes—. La ciencia no es tan mala.

Arqueeé una ceja.

—Como las matemáticas, supongo, ¿no?

Shannon hizo una mueca.

—Vale, tienes razón.

—Venga —dije con una sonrisilla, volviendo a centrar mi atención en el libro en mis manos—. Saca tu cuaderno y te enseñaré.

—¿Me enseñarás?

Soltó una risilla y, madre mía, fue un sonido encantador.

Shannon no se reía lo suficiente.

Me estrujé el cerebro pensando en qué otras cosas podía hacer para repetir ese sonido.

Tenía un montón de ideas, ideas muy muy terribles.

«Céntrate, Kavanagh...».

Eso hice.

Durante la siguiente hora más o menos, repasé sus deberes con ella, supervisando con atención cómo intentaba solucionar cada problema.

No bromeaba con lo de que le costaban las matemáticas.

Shannon tenía serias dificultades con la asignatura.

Verla así me daba ganas de cruzar la línea de un salto, que era exactamente lo que parecía estar haciendo mientras, tirado de costado, con mis largas piernas colgando del borde de su cama, desglosaba cada suma, ecuación, fracción y porcentaje que encontrábamos.

Uno de sus mayores problemas era que no tenía idea de cómo usar la calculadora de manera eficiente.

Cuando finalmente comenzó a resolver los problemas sin que yo estuviese encima con una goma de borrar, sentí que había marcado un maldito tanto, y estaba muy orgulloso de ella.

Era ridículo lo muchísimo que me satisfacía ver esos enormes ojos azules iluminarse cuando pillaba un problema.

Fue justo en el momento en que comencé a pensar que Gibsie tenía razón y que podría intentar lo de ser amigos, cuando me enfrenté a mi propio problema.

Como un tonto, dejé que mi mirada se desviara del cuaderno en el que Shannon estaba garabateando frenéticamente, desde donde pasé a recorrerle el cuerpo.

Todavía estaba sentada frente a mí con las piernas cruzadas, pero estaba inclinada hacia delante, peleándose con una suma, por lo que el top de tirantes que llevaba puesto se abrió, lo que me daba una vista completa de sus tetas sin sujetador.

Madre mía.

Me encantaban las tetas.

Y las tetas de esa chica me gustaban aún más.

Eran pequeñas y respingonas, con unos pezones rosados y arrugados.

Era tan preciosa, joder.

Se me puso dura al instante.

—¿Estás bien? —me preguntó Shannon, colocándome su pequeña mano en el antebrazo.

—¿Eh? —La miré de repente, en la mierda absoluta.

—¿Estás bien? —repitió, mirándome fijamente con esos ojos azules y expresión inocente.

Era lo más lejos de estar bien a que una persona podía llegar.

Pero me obligué a hacer un pequeño gesto de asentimiento y afirmé:

—Sí, solo tengo un poco de hambre.

«Pero ¿qué cojones, Johnny?».

—¿Te traigo algo? —preguntó rápidamente—. ¿Qué te gustaría comer?

«A ti».

«Me gustaría comerte a ti, Shannon».

—Probablemente deberíamos ir finiquitando esto —sentencié en seco—. Se está haciendo tarde.

Miré el reloj escandalizado solo para fruncir el ceño cuando me di cuenta de que sí que se estaba haciendo tarde.

—Mierda —murmuré—. Son las seis y media.

¿Llevábamos cuatro horas en su habitación?

¿Qué demonios habíamos hecho con el tiempo?

Nunca me saltaba una comida.

Ni siquiera estaba dolorido.

No recordaba la última vez que me había tirado cuatro horas sentado.

Porque no había pasado.

Hostia, esa chica me estaba haciendo perder la noción de todo.

—Hum, sí, claro... Por supuesto —balbuceó Shannon, tartamudeando de esa manera tan adorable como cuando se ponía nerviosa.

«No te preocupes —pensé para mis adentros—, yo también estoy nervioso».

—Te agradezco mucho que me ayudes —añadió, cerrando los libros y guardándolos de nuevo en la mochila—. Me has ayudado un montón. —

Resopló antes de apuntar—: Otra vez.

—Podemos volver a hacerlo —me ofrecí—. Si quieres.

Se le iluminó la cara y se acercó más a mí.

—¿En serio?

Asentí lentamente y resistí el impulso de tocarla.

—¿No te importaría? —preguntó Shannon, con los ojos muy abiertos, mientras se acercaba vacilante hasta que sus rodillas tocaron mi muslo izquierdo.

—No, Shannon. —Fracasando estrepitosamente, alargué una mano y le pasé un mechón de pelo rebelde por detrás de la oreja—. No me importaría.

«Para, Johnny».

«¡Para ahora mismo!».

Lo intenté.

De veras, con todo mi corazón, traté de hacer que mi cuerpo saliera de su cama, pero ella estaba allí, estaba allí, joder, y no pude encontrar la más mínima determinación dentro de mí.

Me limité a quedarme allí sentado, sabiendo lo que iba a pasar, sabiendo que era lo peor que podía dejar que pasara, pero deseándolo más que respirar.

—Tal vez en la biblioteca la próxima vez —alcancé a decir finalmente—. O en el instituto.

Asintió con esa carita redonda.

—Vale.

—Porque no debería estar aquí —añadí sin convicción—. En tu habitación.

—Lo sé —respondió ella, en voz baja y titubeante.

—Es, eh... —Tragué saliva con dificultad—. Probablemente debería irme a casa ya.

—¿Johnny? —musitó.

—¿Sí?

—Te voy a abrazar. —Me pasó una pierna sobre la mía—. ¿Puedo?

«No lo hagas».

«Nunca olvidarás a esta chica».

—Sí —asentí, respirando agitadamente y con el corazón retumbándome en la caja torácica mientras se me subía encima—. Vale.

—Gracias por lo de hoy —me susurró al oído mientras se sentaba a horcajadas sobre mí.

—De nada —contesté con voz ronca, recurriendo a todo mi autocontrol.

«No le pongas las manos encima».

Demasiado tarde, mierda.

Mis manos se movieron por voluntad propia y fueron directas a sus caderas.

La sensación de tenerla encima fue demasiado.

Todo era jodidamente demasiado.

—Debería irme —gemí, mientras la restregaba sobre mi regazo, incapaz de no mover las caderas hacia arriba.

A la mierda el dolor de la ingle.

Estaba que ardía por esa chica.

Shannon me pasó los brazos por los hombros y meció despacio las caderas encima de mí en el que fue el mejor abrazo que jamás me habían dado, y la mayor cagada.

—No quiero que te vayas —gimió. Me gimió al oído, joder.

Con un gruñido, me eché hacia delante y la atraje bruscamente hacia mí, abrazándola y moviéndome bajo ella, y perdiendo la cabeza en ella.

«Estás jugando con fuego».

«Esta chica te va a destrozar».

Mierda.

—Debería irme —continué diciéndole mientras hundía la cara en su precioso cuello y rezaba para que la intervención divina me detuviera antes de que le hiciera perder algo que no podría devolverle.

«Antes de que yo perdiera algo que nunca podría recuperar».

Porque nunca había sentido tanto por nadie.

Y fue con ese conocimiento como supe que no podría ser un egoísta con ella.

—Shannon, de verdad que tengo que irme a casa ya —insistí, en un tono grave y serio—. De verdad.

—Oh..., claro. Lo siento mucho —musitó mientras se bajaba de mi regazo—. Si es lo que quieres —añadió, retirándose al rincón más alejado de su cama.

No.

No, eso no era lo que quería en absoluto.

Pero era lo correcto.

¡Maldita sea!

Con un autocontrol que no sabía que poseía, me bajé de su cama y me puse de pie.

Dándole la espalda, me acerqué a la ventana y fingí mirar afuera, mientras me recolocaba discretamente el jodido problemón en mis pantalones.

Seguro que se estaba acojonando al verme así allí parado, pero no podría caminar hasta que me hubiera calmado.

Me dolía y estaba cachondo.

Una combinación terrible.

Respiré varias veces para calmarme, cerré los ojos con fuerza y me esforcé por controlarme, pensando en las cosas menos sexuales imaginables, desde mi abuela muerta, que en paz descanse, hasta Gibsie travestido.

Cuando Shannon volvió a hablar, había logrado tranquilizarme.

—¿Johnny? —dijo en voz baja desde la cama—. Lo siento.

—No lo sientas —respondí, en tono seco y ronco, seguro de que no la traumatizaría cuando me diera la vuelta—. No pasa nada. Solo estoy, eh... Me voy a ir a casa.

—Vale. —Asintió tímidamente y se bajó de la cama—. Te acompaño afuera.

Me mantuve a una buena distancia de su cuerpo mientras la seguía, porque sabía que si no lo hacía, había muchas posibilidades de que la llevara de regreso a esa habitación y la cagara sin remedio.

Como cada vez que me alejaba de esa chica, cuanto más se acercaba el momento de irme, peor me sentía.

—Entonces supongo que te veré mañana, ¿no? —comentó Shannon cuando salí.

—Sí. —Me metí una mano en el bolsillo y saqué las llaves del coche—. No lo dudes.

—Gracias de nuevo por lo de hoy.

—Gracias por enseñarme tu cuarto —dije, estremeciéndome internamente por el comentario de mierda.

—Oh, un placer. Puedo enseñártelo siempre que te apetezca —respondió ella, sonriendo.

Puse una expresión burlona ante el doble sentido de sus palabras.

—Ay, madre. —Se llevó una mano a la boca, con los ojos desorbitados—. No quería...

—Tranqui —me reí entre dientes—. Sé lo que has querido decir.

Entonces di un paso adelante, porque era un cabrón masoquista con tendencia a torturarme a mí mismo, y le di un beso en la mejilla.

—Adiós, Shannon.

—Adiós, Johnny —me contestó en un susurro, temblando en el umbral de la puerta.

Entonces me di la vuelta y me fui directo al coche, sin atreverme a mirarla.

Masoquista o no, si me daba la vuelta y veía de nuevo esos ojos azul noche, me perdería en ellos.

UN BRUSCO DESPERTAR

Shannon

—¿Qué estás haciendo? —ladró mi padre cuando entré en la sala de estar más tarde esa noche para coger mi móvil, que me había olvidado en el sofá como una tonta cuando estaba haciendo una limpieza de emergencia después de que Johnny se hubiese ido.

—Me he dejado el móvil aquí —le expliqué rápidamente.

Me había distraído tanto con Johnny que tuve que hacer todas mis tareas en un tiempo récord.

—Pues cógelo y vete —ordenó mi padre—. El United está jugando.

No era propio de mí dejarme nada tirado por ahí, pero tenía la cabeza en las nubes.

En la nube Johnny, para ser precisos.

Sabía que me la había jugado al subirlo a mi habitación esa tarde.

Si mi padre hubiera vuelto a casa, me habría matado.

El problema era que, si se presentaba la oportunidad, sabía que lo haría de nuevo.

Tenerlo en mi cuarto así, aunque fuese por un rato, había sido maravilloso.

Íntimo.

Y me había sentido segura.

Como si nada pudiera tocarme cuando él estaba cerca.

¿Estoy muy chalada si digo que creo que lo hice a propósito?

Casi como si esperara que mi padre volviera a casa solo para que viera al enorme chico que estaba segura no dejaría que me hiciera daño.

Menudo desvarío.

Pensar en Johnny sentado en mi cama, ofreciéndose a darme clases, hizo que me retumbara el corazón en la caja torácica.

Era tan inteligente...

De verdad, era increíblemente inteligente y paciente y un millón de cosas asombrosas más.

Después de que se hubiese ido, me había pasado el resto de la tarde con un subidón emocional, pensando en lo imprudente que había sido.

No tenía ni idea de en qué estaba pensando para subirme a su regazo de esa manera, pero no me importó porque Johnny me había devuelto el abrazo.

Me había sostenido contra su cuerpo y estrechado con tanta fuerza que todavía estaba temblando por el contacto.

Y luego me había dado un beso de despedida.

Vale, había sido en la mejilla, pero aun así.

Sus labios habían tocado mi cuerpo por voluntad propia.

Ni siquiera me importaba Bella en ese momento.

No esa noche al menos.

Era difícil pensar en lo negativo cuando me acababa de pasar algo tan increíblemente positivo.

Daba por sentado que él no me veía de la manera en que yo lo veía a él, y sabía que aquello nunca pasaría de la amistad, pero no me importaba porque parecía que iba a quedarse.

Parecía decidido a ayudarme.

No tenía muy claro lo que estaba pasando, pero fuera lo que fuese, no quería que se acabara.

Estaba encantada de ser su amiga.

Solo quería mantenerlo en mi vida.

Como fuese.

Quería que se quedara...

—¿Estás sorda? —masculló mi padre arrastrando las palabras en mis pensamientos, devolviéndome de golpe a la triste realidad.

—¿Eh?

—Que te quites de en medio, hostia —ladró, tirándome el mando—. ¡No veo el partido!

El aparato me dio en la cadera y aterrizó en el suelo, lo que provocó que las pilas salieran volando y rodaran debajo del sofá.

—Lo siento. —Me apresuré a apartarme y gateé rápidamente para recuperar las pilas y ponerlas de nuevo en el mando.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó mi padre entonces, mirándome receloso con ojos soñolientos.

Exhalando lentamente, dejé el mando sobre la mesa de café y cogí el móvil antes de girarme para mirarlo.

—¿A qué te refieres, papá?

—Estás rara —me recriminó, fulminándome con la mirada—. Sonriendo tú sola.

Me encogí de hombros a modo de respuesta, sin saber cómo contestar a eso.

—¿Qué está pasando? —gruñó, escudriñándome como un halcón, con esos ojos marrones duros e intransigentes.

—No pasa nada —respondí en voz baja.

Empujó su sillón reclinable hacia abajo y se puso de pie.

El movimiento generó un tsunami de terror que me embistió por completo y me eché hacia atrás.

—Dame eso —me ordenó, tendiéndome una mano.

Levanté las cejas.

—¿Mi móvil?

—Sí, tu móvil —se burló—. Dámelo.

Temblando, me acerqué a él y se lo puse en la palma de la mano.

Inmediatamente, comenzó a desplazarse por mis mensajes y lista de llamadas.

No entendía por qué, considerando que se tambaleaba tanto que dudaba que pudiera leer en ese estado.

Pero no me atreví a moverme, porque sabía que si me marchaba, la cosa podía ponerse fea.

—¿Dónde está su número? —preguntó, con mi móvil en su enorme mano.

—¿El número de quién, papá? —grazné.

—Del chaval que te ronda —gruñó—. El figura de los periódicos.

Se me hundió el corazón.

—¿Qué?

Desvió la mirada de mi teléfono a mí.

—Fran, el de la puerta de al lado, me ha contado que ha visto a un chaval de tu escuela conduciendo por aquí —balbuceó pastosamente—. Me ha dicho que lo ha visto dejarte en casa hoy. —Volvió su atención a mi teléfono—. ¿Dónde está su número? ¿Dónde están sus mensajes? ¿Con quién cojones folleteas? ¿Es con él? ¿Ese gilipollas del rugby? ¿El imbécil de Kavanagh?

«¡Maldita sea, Fran!».

—Con nadie, papá —mentí entre dientes—. Me he puesto enferma hoy en clase y Claire y su hermano, Hughie, me han traído a casa.

—¿Hughie Biggs? —siseó mi padre, tambaleándose de nuevo—. ¿Ese pedazo de repelente? ¿Por eso vas por ahí con esa sonrisa de mierda en la cara?

—¡Que no! —Negué con la cabeza y retrocedí—. No estoy con Hughie. No estoy con nadie.

—No te creo —rugió.

—No estoy mintiendo —dije ahogadamente—. No tengo novio.

—No tienes que tener novio para abrirte de piernas —siseó—. Pregúntaselo a tu madre.

—No me veo con nadie —balbuceé, aterrada—. ¡Te lo juro por lo que más quieras que no!

Alargó una mano robusta y me la puso en el hombro, que me apretó con fuerza.

—Si me estás mintiendo...

—¡No lo hago, papá! —grité, cediendo bajo su fuerza—. Por favor...

Mis palabras se interrumpieron cuando el puño de mi padre me alcanzó la mejilla, tan fuerte que la cabeza me dio un latigazo hacia atrás.

«Defiéndete, Shannon».

«Coge algo».

«Cualquier cosa».

«Haz algo».

El dolor me abrasaba la cara mientras las lágrimas se me acumulaban en los ojos y, aun así, no hice nada.

No me defendí.

No intenté huir.

Me quedé allí.

—Ven aquí —masculló.

Sin soltarme del hombro, clavándome los dedos en los huesos, mi padre me llevó a la cocina y no se detuvo hasta que estuvimos frente al fregadero.

—Ábrelo —dijo.

Sin dudar, abrí el grifo.

—Llévalo —me ordenó, tirando al fregadero un vaso grande que había en el escurridor.

Afortunadamente, no se rompió y me apresuré a llenarlo, resistiendo la tentación de contorsionarme para liberarme de él.

—¿Ves esto? —siseó mientras dejaba caer mi móvil al agua—. ¿Lo ves, niña?

Inmóvil, asentí con la cabeza mirando cómo se hundía mi teléfono hasta el fondo del vaso.

—Si me entero de que me estás mintiendo, no será tu móvil lo que ahogaré —gruñó, clavándome los dedos con tanta fuerza en el hombro que mi espalda se arqueó sin el permiso de mi cerebro—. ¿Me escuchas?

—Te escucho —gimoteé, temblando de pies a cabeza.

—Tampoco vayas corriendo a tu hermano con historias —me susurró al oído. Apartándome de un empujón, añadió—: Porque os entierro a los dos.

«Ojalá lo hicieras», me abstuve de decir.

Porque ¿qué pasaría con Tadhg, Ollie y Sean si moríamos?

Tadhg era el más mayor después de mí, por lo que pagaría la ira de mi padre.

No podía soportar ni pensarlo.

Me llevé una mano a la cara y me froté la mejilla, obligándome a no llorar.

Mi padre volvió a mirarme una última vez antes de negar con la cabeza.

—Venga, largo de mi vista.

Sin otra palabra, me apresuré a salir de la cocina con lágrimas en los ojos.

«¡Te odio! —grité en silencio mientras huía como siempre a mi habitación— ¡te odio, joder!».

Corriendo hacia mi cuarto, tomé la decisión consciente de pasar de puntillas por delante de la puerta de Joey, obligándome a no hacer ruido, y

luego me encerré rápidamente dentro de mi habitación.

Apagué la luz, me metí en la cama, me tapé la cabeza con las sábanas y cogí el discman.

Menos de dos minutos después, llamaron con suavidad a la puerta de mi dormitorio.

—¿Shan? —oí que me llamaba la voz de Joey al otro lado—. ¿Todo bien?

Sopesé no responderle, pero decidí hacerlo porque sabía que, si no, saltaría automáticamente a la conclusión correcta y se desataría el infierno.

Acababa de regresar de casa de Aoife.

No quería que se volviera a ir.

Así que, en lugar de eso, contesté:

—Estoy bien, Joe. Solo cansada.

Hubo una larga pausa antes de que volviera a hablar.

—¿Segura?

—Sí —dije con voz ronca, apretándome el labio inferior con los dedos para que no se me agitara y me temblara la voz.

—No lo pareces —comentó mi hermano.

Maldita sea.

Me aclaré la garganta y añadí:

—Cosas de mujeres.

—¿Cosas de mujeres? —repitió, confundido.

—Tengo la regla.

—Hostia, Shan, no necesitaba saber eso —gimió Joey, y me lo imaginé estremeciéndose al otro lado de la puerta.

Unos momentos después, me llegó el sonido de la puerta de su dormitorio cerrándose.

Con un suspiro entrecortado, me sacudí las lágrimas que me quemaban las mejillas.

Algún día me iría de esa casa.

Y cuando lo hiciera, no volvería jamás.

Fue con ese pensamiento, ese pequeño resquicio de esperanza, y el CD compilado de Johnny sonando en mis oídos como caí en un sueño inquieto.

REGALOS PEGAJOSOS

Johnny

Llevaba centrado únicamente en el rugby desde los seis años.

Creía en mí mismo y en mis habilidades.

Había algo dentro de mí que cobraba vida, una sensación casi electrizante en la piel, cuando tenía la pelota en las manos.

Sabía que entraría en la Academia, y cuando lo hice no me sorprendió lo más mínimo.

Así de claro tenía mi futuro.

Me negaba a aceptar cualquier otro camino en la vida.

Una carrera en el rugby profesional era mi meta, mi propósito, mi destino, joder, y me aferraba a ello con fuerza.

Yo no era impulsivo.

Era constante.

Tenía mis objetivos en mente.

Estaba motivado.

Determinado.

Probablemente también tenía muchos rasgos negativos, pero solo me centraba en mis fortalezas.

Las únicas debilidades que me interesaba conocer eran aquellas que afectaban a mi forma de jugar.

Una vez descubiertas, trabajé en ellas como un loco para corregirme.

Era una persona bastante resolutiva.

No hacía el gilipollas dudando de mis decisiones ni nada de eso.

Tomaba una decisión y asumía sus consecuencias.

Como cuando tenía seis años y decidí que haría de mi pasión mi profesión.

Hecho.

O cuando decidí que un grado en Empresariales era la alternativa perfecta para mí.

Sencillo.

Tomaba una decisión y asumía sus consecuencias.

No me relacionaba con la gente porque sí, y nunca con chicas.

Era muy consciente de que tenía una personalidad obsesiva.

Esa era la razón por la que había llegado donde estaba tan pronto en mi carrera profesional.

Saber eso solo hizo que mi situación de esos días fuera aún más deprimente.

En cuestión de meses, había perdido la cabeza por culpa de una chica, joder.

¿Y mi corazón?

Cagada, porque parecía que ese trozo de piedra funcionaba, y me había cogido por sorpresa al pillarse por una flacucha de tercero con coleta castaña y unos ojos azules que me atravesaban hasta la maldita alma.

Debía ser la hostia de cuidadoso con mi próximo movimiento, porque una vez que decidiera que era la chica de mi vida, se acabó.

Si me comprometía, si me enamoraba de ella, más me valía pegarme una nota en la frente que dijese: «Soy tuyo, así que, por favor, sé amable conmigo porque he venido para quedarme».

Lo más aterrador de todo era saber que me estaba costando horrores contenerme, y la idea de sucumbir parecía más atractiva cuanto más miraba a Shannon.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gibsie cuando entró en mi habitación, sin llamar, el martes por la tarde, afortunadamente distrayéndome de mis pensamientos.

—¿A ti qué parece que estoy haciendo? —Dejé caer el bolígrafo sobre el escritorio y giré la silla de escritorio con ruedas para mirarlo—. Deberes.

No era raro que Gibsie llegara a mi casa a cualquier hora del día o de la noche.

Me alegré de que no se hubiese traído al maldito gato esa vez.

Tratándose de él, era más que probable que lo hiciera.

—Serás empollón, tío. —Gibbie tiró su mochila al lado de mi escritorio y luego se hundió en mi cama, cruzando los brazos detrás de la cabeza—. ¿Has recibido un mensaje del entrenador?

—Sí —respondí, mientras terminaba el problema de trigonometría que había estado resolviendo cuando había irrumpido—. Esperemos que logre engatusar a alguien que no sea la señora Moore para ayudar a supervisar esta vez.

Gibbie se estremeció.

—Esa mujer está como una cabra.

—Ya ves —asentí.

El entrenador había enviado un mensaje grupal aproximadamente una hora antes para hacernos saber que al final Royce había aceptado jugar con nosotros.

Ese viernes.

En Dublín.

En el recinto escolar.

Con la condición de que yo no jugara.

Sonreí para mis adentros, feliz de causar tal efecto en sus entrenadores.

—Dublineses de mierda —refunfuñó Gibbie entonces—. Complicándole la vida a todo el mundo.

—¿Eres tonto? —repliqué—. ¡Yo soy uno de esos dublineses de mierda!

—Tú no —respondió él, avergonzado.

—Lo que tú digas, paleta, jodido neandertal del monte —gruñí mientras garabateaba la respuesta a la pregunta B.

—Sabes que no es socialmente aceptable llamarme paleta, ¿no? —apuntó Gibbie.

—Tampoco llamarme dublinucho —repuse—. Y tú lo haces a diario.

—Es que eres de Dublín —argumentó.

Puse los ojos en blanco.

—Y tú eres un paleta apestoso que vive en el culo del mundo.

—Vete a la mierda, niño pijo.

—Vete tú a la mierda, pueblerino.

—Urbanita de los cojones.

—Cateto de las narices.

Gibbie se rio.

—¿Cómo somos amigos?

—Llevo años preguntándomelo, tío —admití, con la mirada fija en mi tarea—. Es uno de los mayores misterios sin resolver de la historia.

—Tengo deberes —anunció entonces.

—Lo sé —contesté, sin distraerme—. Me ha encantado la poca sutileza con que has dejado la mochila junto a mi escritorio.

—No puedo hacerlos —gimió.

—No —lo corregí con calma—. Puedes hacerlos. —Saqué la calculadora, trabajé en la fórmula que necesitaba y apunté los resultados—. Pero eres un pedazo de vago.

—Son difíciles —se quejó.

—Así es la vida, Gibbie —sentencié—. Saca los libros. No voy a volver a hacértelos.

—Pero se te da mucho mejor que a mí —gimió.

—Lo dice el tío que me ha llamado empollón hace cinco minutos —repliqué.

—Sabes que era un cumplido —me aseguré—. Venga, Johnny...

—Vale, pero estoy cansado y necesito ir a la piscina antes de clase mañana por la mañana, así que solo te haré los de una asignatura —solté, y terminé mis deberes—. Elige la que más rabia te dé.

—Inglés —me dijo con un movimiento de cabeza—. Tengo una redacción para mañana.

Con un profundo suspiro, abrí la cremallera de su mochila y saqué su libro de Inglés.

—Sabes que vas a tener que leerte algún libro antes de los exámenes para el año que viene, ¿no? —añadí—. Ni todos los deberes del mundo te ayudarán si te presentas sin estudiar.

Gibbie sonrió.

—Te prometo que me pondré al día en las vacaciones de Semana Santa, papá.

—No me vengas con esa mierda —me quejé mientras me preparaba rápidamente para hacerle los deberes—. Tienes que empezar a hincar los codos, Gibbie —agregué antes de quedarme atascado—. Se acaban las clases el viernes, tío. Tienes que usar esas dos semanas libres para ponerte al día.

—Lo haré —refunfuñó.

—Más te vale —le advertí.

Gibbie me dejó trabajar en silencio durante unos veinte minutos, lo que fue un récord histórico para él, antes de desconcentrarme al preguntar:

—¿Has arreglado el numerito que ha montado Bella en el instituto?

—Ya lo creo que sí —gruñí, enfadado de inmediato al recordarlo—. Le he escrito antes para que calara el mensaje.

—¿Shannon estaba bien? —preguntó—. ¿Qué le ha dicho?

—Nada bueno —murmuré, terminando un párrafo—. No me lo ha contado, tío, pero tú y yo sabemos lo cruel que ha tenido que ser viniendo de Bella.

—Uf —resopló—. No sé cómo la tocaste.

—Yo tampoco —admití con un escalofrío.

—Por cierto —dijo Gibbie pensativo, distrayéndome una vez más—. Has vuelto a cruzar la línea.

Me giré para echarle una mirada asesina.

—No.

—Sí, tío, lo has hecho —se rio entre dientes—. He intentado detenerte, pero después de soltarme la semana pasada el rollo de «por favor, Gibbie, sálvame de mí mismo», vas y arrasas como un buldócer.

—Bueno, ¿qué narices se suponía que debía hacer? —escupí, tirando el bolígrafo—. ¿Alejarme sin hacer nada mientras Bella la llamaba puta frente a la mitad del jodido instituto por mi culpa?

—¿Bella ha llamado puta a Shannon? —bufó Gibbie con sorna, mullendo una almohada—. Mira quién habla.

—Ya —refunfuñé—. Eso es lo que le he dicho.

—Bueno, has desaparecido del instituto con Shannon y no has vuelto después de comer —añadió, arqueando una ceja—. ¿La has vuelto a meter en tu coche otra vez?

—Quizá —solté.

—¿Has hecho algo además de dejarla en casa?

—¿Como qué?

—No sé. —Se encogió de hombros—. ¿Invitarte a ti mismo a tomar el té o alguna de tus tretas?

Dejé caer la cabeza.

—Buldócer —se rio Gibbie.

—Cállate —mascullé, alejándome del escritorio.

Se acabó por esa noche.

Toda la concentración que tenía se había esfumado hacía rato.

—Ahí va un sobresaliente —auguré, señalándole la impecable redacción de cinco páginas—. Da las gracias, joder.

—Te estoy agradecido —me aseguró, con una sonrisa radiante, antes de decir—. Y creo que debes revisar la noción de amigo. Te lo he dicho esta mañana y te lo repito, no funcionará.

—No. —Negué con la cabeza—. Te equivocas. Puedo hacerlo.

—Está claro que no puedes —repuso Gibsie con una risilla—. Tortolito.

—Hoy la he ayudado —solté, tensándome—. Eso es lo que hacen los amigos por sus amigos.

—Eres un caso perdido por esa chica. —Sonriendo, añadió—: Será mejor que pongas en funcionamiento el rabo y las pelotas, tío. Ninguna tía quiere un rabo roto.

—No voy a... —Haciendo una pausa, me pellizqué el puente de la nariz y usé hasta la última gota de paciencia que tenía antes de continuar—: No voy a llegar a eso con ella, y mi rabo y mis pelotas son cosa mía, joder.

—Solo miro por ti —afirmó Gibsie—. Ah, casi se me olvida... —Se metió una mano en el bolsillo de los tejanos y sacó un frasco de tamaño viaje—. Toma —dijo, lanzándomelo desde el otro lado de la habitación—. De mis pelotas para las tuyas.

Lo cogí en el aire y leí la descripción en la etiqueta.

—¿Lubricante? —ladré—. Joder, Gibs.

—Oye, no lo descartes hasta que lo pruebes —bufó—. Hice un gran esfuerzo tanteando una docena de farmacias diferentes para traértelo. —Meneando las cejas, agregó—: La dependienta me dijo que es para una mayor sensibilidad.

Me lo quedé mirando.

—Está medio vacío.

Se encogió de hombros.

—Tuve que probarlo antes de poder recomendártelo.

Dejé caer inmediatamente el frasco al suelo de mi habitación.

—Qué asco, joder —gemí, limpiándome las manos en los muslos—. La hostia.

—No seas mojigato —se rio Gibsie—. Es algo de lo más normal.

—El lubricante es normal —asentí—. Tú, en cambio, no lo eres.

—No veo dónde está el problema —resopló—. Te he comprado un regalo. No hay nada raro en eso. Deberías agradecerme que me interese por tu vida.

—Tío, acabas de hacerme un regalo para el rabo —dije inexpresivo—. No hay nada más raro que eso.

—Lo que tú digas, tío. —Se encogió de hombros, impávido—. No me importa lo que piensen los demás.

—Ya, Gibbs —respondí—. Creo que eso lo tenemos claro.

—Pero ¿sabes a quién le importará? —comentó con una sonrisa—. A tu Shannon.

—Que no es mi Shannon —ladré.

—¡Y nunca lo será si no solucionas tu jodido problema! —protestó.

Joder...

—Nada ha cambiado —declaré en el tono más paciente posible—. No puedo, no quiero y nunca llegaré a eso con ella.

Mentiras.

Mentiras.

Mentiras.

Mi mejor amigo se me quedó mirando fijamente un buen rato antes de preguntar:

—¿Estás seguro de eso, Johnny?

«Ni lo más mínimo».

—Absolutamente.

—Como quieras —concedió Gibbsie.

—Gracias.

—Pero solo para que lo sepas —apuntó—: siempre ha sido tu Shannon.

OCULTANDO LAS SEÑALES

Shannon

—No preguntes —le advertí a Claire cuando la encontré frente al baño de chicas el miércoles por la mañana, con una expresión de horror en la cara.

Le pasé un brazo por el suyo y la arrastré hacia el interior.

—Solo ayúdame a ocultarlo.

—Shannon, yo... yo... —Claire sacudió la cabeza mientras me miraba fijamente—. Shan...

—Por favor —insistí, dejando caer la mochila en el suelo del baño y cogiéndola de las manos—. Ayúdame.

Tenía los ojos llorosos.

—No hagas eso —le supliqué, apretándole las manos—. Solo ayúdame.

Siguió mirándome fijamente durante un buen rato como en trance antes de volver por fin en sí.

—Vale —sollozó y luego esbozó una radiante sonrisa—. Tengo justo lo que necesitas.

Solté un gran suspiro de alivio.

—Gracias.

Veinte minutos después, miré mi reflejo en el espejo y apenas me reconocí.

—He tenido que hacerte un difuminado en los ojos y ponerte toda glamurosa para que coincidiera con el tono de base que he usado para

cubrirte el... —Se le quebró la voz y se aclaró la garganta varias veces antes de añadir—: Bueno, ¿qué opinas?

—Buah —exclamé, tocándome los labios, que me había pintado de rojo—. Tengo unos labios enormes.

—Sí que lo son —coincidió Claire—. Hay mujeres que pagan miles de euros por unos labios como los tuyos y tú ni siquiera los valoras.

—Y mis ojos. —Negué con la cabeza y me miré boquiabierto, agitando las pestañas con admiración—. Buah, son...

—¿Espectaculares? —sugirió Claire, que vino a ponerse a mi lado—. Porque eres asquerosamente preciosa.

—Es el maquillaje —le aseguré, avergonzada.

—Eres tú —me corrigió ella mientras me pasaba un brazo por los hombros.

Me estremecí por el contacto, delicada como estaba todavía por la violencia de mi padre, y el rostro de Claire se hundió.

—Shannon, no puedo mantener...

La puerta del baño se abrió con un chirrido y Lizzie entró, lo que hizo que Claire cerrara la boca y yo suspirara de alivio.

—Vamos, chicas —dijo, agitando una mano hacia nosotras—. Llegamos tarde a clase.

Nunca en mi vida había estado tan agradecida de verla como en ese momento.

—Voy a matar a esa perra —siseó Lizzie más tarde ese día, durante la comida.

Se había corrido la voz en el instituto sobre el incidente con Bella el día anterior, y mi amiga estaba que trinaba.

—En serio —agregó Lizzie, echando una mirada asesina a la mesa en el lado opuesto del comedor, donde se sentaban al menos cincuenta estudiantes, entre ellos Bella Wilkinson.

—Si mira hacia aquí una vez más, voy a ir y le arrancaré esas brillantes extensiones nuevas del pelo.

—Son bastante malas —comentó Claire con una mueca.

—¿Malas? —soltó Lizzie—. Parece que se haya pegado algas a la cabeza. —Dijo algo más por lo bajo y añadió—: Es una lianta.

—Ignórala —le supliqué, con la mirada fija en mi sándwich y no en la mesa de la que estaba recibiendo miradas asesinas.

Era más seguro mantener la cabeza gacha.

Durante todo el día, fuera adonde fuese me seguían miradas de curiosidad.

No sabía cómo gestionar ese tipo de atención.

Necesitaba no agitar las aguas.

Y pasar tiempo con Johnny era como provocar un tsunami.

Me había topado con él más de tres veces entre clases ya, y en cada ocasión me había sonreído marcando hoyuelos, preguntado cómo me iba el día y diciendo que me encontraría más tarde.

Podía sentir su mirada clavada en mí en ese preciso instante desde el otro lado del comedor.

Y eso me aterrorizaba.

Por primera vez en mi vida académica, Tommen me había proporcionado una maravillosa capa de invisibilidad.

Johnny Kavanagh amenazaba con quitármela y yo no era lo suficientemente valiente como para dejarlo.

Todo lo bueno de la tarde anterior había sido engullido por las amenazas de mi padre y el miedo a la ira de Bella.

Ahora tenía miedo de nuevo.

De Bella.

De mi padre.

De las demás chicas del instituto.

De mis sentimientos.

De Johnny.

De mi propia maldita sombra.

—Y tuvo el morro de llamarte puta —continuó despotricando Lizzie, mientras Claire y yo mirábamos impotentes—. Ella es la que se está tirando a Cormac Ryan.

—Da igual —le dije rápidamente, rezando para que lo dejara estar.

—No da igual, Shannon —espetó Lizzie—. No pueden hacerte esto. Aquí no. ¡No otra vez!

—Liz —le advirtió Claire en voz baja—. Déjalo ya, ¿vale?

—Empezamos las vacaciones el viernes —susurré, más para mí que para las chicas, mientras trataba de calmarme con desesperación—. Dos semanas

sin Bella.

—Exacto —coincidió Claire alegremente—. Todo el mundo lo habrá olvidado para cuando regresemos.

—Eres increíble —soltó Lizzie, fulminando a Claire con la mirada—. ¿Cómo puede darte igual que esa perra vaya soltando mierda sobre nuestra mejor amiga?

—No me da igual —respondió Claire con el mismo tono—. Pero sé que montar una escena es lo último que necesita nadie.

—¿Sabes lo que va diciendo todo el mundo? —preguntó Lizzie, y luego continuó antes de que ninguna de las dos tuviera la oportunidad de responder—. Que Shannon se está acostando con Johnny Kavanagh.

—Genial —gemí y dejé caer la cabeza entre las manos.

Claire me tocó el hombro para consolarme.

—Pues no es cierto.

—Ya lo sé —resopló Lizzie—. Pero Bella ha estado contando que Shannon es la razón por la que ella y Johnny rompieron —siseó—. Por culpa de esa perra y sus mentiras, todo el instituto habla de nuestra amiga comentando que debe de tenerlo de caramelo para gustarle a ese pedazo de gilipollas...

—¡Para! —escupió Claire—. No lo repitas.

—Me voy a casa —solté, echando la silla hacia atrás, lista para salir corriendo.

—No —me detuvo Claire con calma, sentándome de nuevo—. Claro que no.

—Ni de coña te vas a casa —gruñó Lizzie—. No has hecho nada malo.

Malo o no, no podía quedarme allí.

Sacudiéndome la mano de Claire, eché la silla de nuevo hacia atrás y me puse de pie.

—Lo siento —balbuceé, mirando a mis amigas—. Pero no puedo volver a pasar por esto.

—Vamos contigo —dijo Claire detrás de mí—. Pero, Shan, no corras...

—No, no pasa nada —murmuré—. Vosotras quedaos. Yo solo... Me voy ya.

Dándome la vuelta, empujé las mesas y sillas que me bloqueaban el paso y corrí hacia la salida.

Sin embargo, no vi venir la mano que salió de la mesa junto a la entrada donde se sentaban los de rugby y me cogió de la muñeca, deteniéndome abruptamente.

—¿Qué pasa? —Johnny estaba sentado con una mano alrededor de mi muñeca y mirándome preocupado—. ¿Shannon?

Sacudiendo la cabeza, tiré de mi mano, pero Johnny no me soltó.

En lugar de eso, me acercó más a él, empeorando la situación.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Necesito, eh, irme a casa —contesté, mirando nerviosamente a mi alrededor para encontrarme varios pares de ojos fijos en mí. Volviéndome hacia Johnny, susurré—: Tengo que irme ahora mismo.

—¿A casa? —Johnny frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Mira a tu alrededor, lince, que eres un lince —siseó Lizzie, que vino a mi lado—. O, mejor aún, escucha un poco.

—Tengo los ojos abiertos —respondió Johnny mientras me soltaba la mano y volvía su atención a mi amiga—. Y oigo perfectamente.

—Lizzie —balbuceé con voz ronca, sacudiendo la cabeza—. Déjalo ya.

—No, si tiene algo que decirme, entonces puede decirlo —dijo Johnny despacio—. No te cortes.

—Vale —gruñó Lizzie, cogiéndome la mano que Johnny había soltado—. Esa malvada puta que tienes por novia va por ahí difundiendo mentiras sobre mi amiga, y te hago totalmente responsable por no aclarar los hechos ni ponerla en su lugar.

—¿De qué está hablando? —preguntó Gibsie, que estaba sentado al otro lado de la mesa, frente a Johnny.

—Ni idea —soltó este.

—Estoy hablando de que están perjudicando la reputación de mi amiga porque fuiste tan estúpido como para metérsela a esa chica —gruñó Lizzie.

—¿Qué chica? —preguntó Hughie Biggs sacando la cabeza del cuello de su novia—. ¿A quién le metiste el rabo, capí?

—Vete a la mierda, Hughie —lo cortó Johnny, que miró rápidamente hacia mí.

Me puse más roja que un tomate y aparté la mirada de la suya.

—Ay, madre —exclamó otro chico que iba con ellos. Creo recordar que Claire lo llamó una vez Patrick Feely—. ¿Qué has hecho ahora, Gibs?

—No he sido yo, tío —se rio Gibsie.

—Ya —murmuró Patrick—. Por una vez.

—¿Podéis dejar de distraerme? —ladró Lizzie—. Estoy tratando de dejar las cosas claras. Estaba diciendo que Bella le ha contado a todo el mundo que la razón por la que rompisteis es que te estás tirando a Shannon. Y estaba diciendo que todos comentan que mi amiga debe de ser un polvo de la hostia para llamar la atención de un cabeza de melón como tú.

—No tiene la cabeza como un melón —bufó Gibsie—. También dijiste eso sobre mi cabeza.

—Ahora no, Gerard —lo reprendió Claire mientras se dejaba caer en la silla junto a él.

—Bella está mintiendo —saltó Johnny, crispado.

—Obviamente —se burló Lizzie, sacudiéndose la mano de Pierce mientras este intentaba ponérsela en el hombro—. Así que ahora quiero saber qué vas a hacer al respecto.

—Nada —grazné—. ¡No va a hacer nada porque no hay nada que hacer!

—Esto es culpa tuya, Johnny —continuó Lizzie interrumpiéndome—. Es por ti. Es la loca de tu ex. Así que arréglalo.

Johnny permaneció completamente inmóvil durante unos quince segundos, con la mirada clavada en los ojos de Lizzie y sin decir una sola palabra, antes de entrar en acción.

Echó la silla hacia atrás y se puso de pie, mirándome.

—Vamos.

—¿Q-qué? —farfullé, mirándolo a mi vez boquiabierto.

—Ven conmigo —me ordenó, tendiéndome la mano—. Vamos a arreglar esto ahora mismo.

Miré a Lizzie, que tenía las manos cruzadas sobre el pecho y cara de satisfacción, a Gibsie, que parecía extasiado; a Claire, que se estremeció, y a los otros chicos, que parecían simplemente confundidos, antes de fijarme en Johnny.

Parecía furioso.

Y expectante.

—No —alcancé a decir, sacudiendo la cabeza—. De ninguna manera. No voy a ir.

—Te va a pedir disculpas públicamente —me dijo—. ¡Va a aclarar las cosas públicamente! —Miró alrededor del comedor antes de añadir—: ¡Y

yo voy a aclarar todas las demás gilipolleces y mentiras que hayan salido de su boca públicamente!

—No. —Abrí los ojos horrorizada—. No pasa nada. No quiero una disculpa.

Suspiró con frustración.

—Sí que pasa, Shannon...

—No voy a ir —repetí, temblando ante la idea—. No quiero.

—Vale —gruñó Johnny, pasando junto a mí. Retiró una silla de una patada, haciendo que Pierce y Lizzie se apartaran de él a su paso, antes de rodear la mesa—. Lo arreglaré yo mismo.

—No... —Corrí tras él, lo cogí por la manga del suéter y clavé los talones—. Por favor, no lo hagas.

—No puedo quedarme sin hacer nada. —Se pasó la mano libre por el pelo, claramente agitado—. Están hablando de ti.

—No importa. —Negué con la cabeza, ignorando las miradas que sabía me estaban lanzando, y tiré de su manga—. No me importa.

Johnny me observó muy serio durante un buen rato antes de sacudir la cabeza.

—Bueno, pues a mí sí —dijo finalmente—. ¡A mí sí me importa, joder!

—¿Por qué no nos largamos todos de aquí para lo que queda de día? —intervino Gibsie, que casi se cae de la silla en su intento de interceptar a Johnny—. Aléjate del follón —añadió mientras le ponía las manos sobre los hombros a su amigo—. Y diviértete un poco.

Este lo miró fijamente.

—¿De qué estás hablando?

—Buena idea, tío —opinó Hughie mientras se deslizaba sobre la mesa para ponerse junto a Gibsie.

—Yo me apunto —intervino Claire.

Gibsie le lanzó una mirada de agradecimiento.

—Tu madre ha vuelto a Londres, ¿verdad? —preguntó, apartando su atención de Claire para dirigirse a su amigo, con las manos todavía en sus hombros—. ¿Tienes la casa vacía?

Johnny asintió lentamente, paseando la mirada entre Gibsie, Hughie y la mesa detrás de ellos.

—Se fue ayer por la mañana.

—Entonces iremos a la tuya y pasaremos el rato allí, una hora —terció Gibsie con calma antes de volver esos ojos grises hacia mí—. ¿Qué dices, Pequeña Shannon? —Me lanzó una mirada significativa—. ¿Te apetece salir de aquí antes de que Kav convierta el comedor en una escena de *Juego de tronos*?

Había leído todos los libros, así que me estremecí ante la idea.

—En realidad, Thor tiene razón por una vez —afirmó Lizzie, poniendo su granito de arena. Se volvió hacia mí y me soltó—: Adelante.

¿Adelante?

Adelante ¿con qué?

—Eh..., ¿vale?

—¡Perfecto! —exclamó Gibsie haciendo un pequeño redoble de tambores en el pecho de Johnny antes de pasarle un brazo por encima del hombro y guiarlo hacia la salida—. ¡Vamos! —chilló sin volverse antes de desaparecer por el umbral—. Venga.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero me puse a caminar junto a los demás mientras seguíamos a Johnny y Gibsie.

—¡Probablemente vayan a algún lado para que pueda chuparle la polla! —gritó una voz horriblemente familiar, lo bastante fuerte como para llamar la atención de todos una vez más—. Ya conocéis a las de Elk. Están dispuestas a todo.

—Uf, de eso nada, joder —gruñó Johnny mientras se liberaba de Gibsie y pasaba junto a todos nosotros hecho una furia—. Esto lo soluciono yo ahora —rugió mientras rodeaba la mesa y se dirigía hacia Bella.

—No me jodas —se quejó Hughie.

—Es que no puedes evitarlo, ¿verdad? —escupió Johnny, apuntando con un dedo a la cara de Bella.

—Yo no he hecho nada —se rio ella—. Más que decir la verdad.

—¿La verdad? —siseó Johnny, claramente cabreado—. No verías la verdad aunque te la comieras de frente.

No tenía ni idea de en qué parte de mi cuerpo se originó de repente tanta valentía, pero fue un impulso fuerte y rápido que hizo que mis piernas lo siguieran.

—Johnny, no lo hagas —balbuceé mientras iba hacia donde se hallaba.

Por una vez en mi vida, me alegré de ser menuda.

Porque pude deslizarme en el pequeño espacio entre Johnny y la mesa sobre la que estaba inclinado.

—Johnny —susurré, haciendo fuerza contra su pecho—. Vete.

Él no me miró.

—Johnny —repetí, levantando una mano para tocarle la cara.

Fijó su furiosa mirada en mí.

—Vete —le ordené, con el corazón en la boca—. Por favor.

Una vena le latía en la sien mientras me miraba, más enfadado de lo que jamás lo había visto.

No me atreví a respirar mientras lo observaba decidirse.

Finalmente, gruñó con rabia y asintió con rigidez.

Solté un suspiro entrecortado.

Menos mal...

—No te atrevas a mencionar su nombre —rugió, con el pecho agitado, mientras me dejaba que lo empujara hacia atrás para alejarlo de la mesa.

—Es una puta asquerosa y muerta de hambre —replicó Bella con maldad—. No hay mentira en eso.

—Más te vale tener cuidado con lo que dices, joder —ladró Johnny, deslizándose junto a mí.

Se me hundió el corazón.

Lo había intentado y había fallado.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer si no lo hago, Johnny? —siseó Bella, saltando de su silla y golpeándolo en el pecho—. ¿Pegarme?

—No... —Johnny hizo una pausa para arrastrar a quien Lizzie había llamado Cormac Ryan—, voy a pegarle a él.

Y luego estampó el puño contra la cara del muchacho.

A diferencia del día anterior, no esperé a ver el resultado.

En lugar de eso, giré sobre mis talones y salí corriendo del comedor.

Porque sabía que eso podía ir de dos maneras.

Y en cualquiera de las dos yo salía perdiendo.

Había sido testigo de incidentes como ese, cuando Joey saltaba para defenderme.

A las chicas como esa no les importaba.

Yo siempre salía perdiendo.

CÁLMATE

Johnny

—¿Qué cojones estáis haciendo? —gruñí cuando Gibsie y Hughie me arrastraron fuera del comedor antes de que tuviera la oportunidad de darle un segundo puñetazo a Cormac.

—Evitar que hagas algo realmente estúpido —explicó Gibsie con calma mientras me conducía fuera del edificio principal—. Otra vez, bulldócer.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Hughie cuando llegamos al patio y estuvimos fuera de la vista de Dirección—. ¡Sabes la de problemas que tendrías con la Academia si supieran que te estabas peleando en el instituto!

—Que le den a la Academia —gruñí, sacudiéndome sus manos—. Estaba tratando de defenderla.

—Pues lo único que has conseguido ha sido avergonzar a la chavala —ladró Hughie—. Felicidades, capi. Porque no tiene suficiente mierda con la que lidiar. La acabas de convertir en el objetivo de cada una de tus pequeñas seguidoras.

Lleno de rabia, me pasé una mano por el pelo para no pegarle a alguno de mis amigos.

—Ya habéis escuchado lo que ha dicho —siseé, temblando de rabia—. ¿Qué esperabais que hiciera?

—No quería que la defendieras, tío —apuntó Gibsie—. Te lo ha dicho.

—Pues se equivocaba —escupí.

—Pues ahora se ha ido —me dijo Gibsie—. Así que cálmate.

¿Se había ido?

Eso me hizo pararme a pensar.

Me di la vuelta y vi a Claire, la víbora y Kate de pie junto a nosotros, pero no a Shannon.

—Sí, definitivamente se ha ido —añadió Feely mientras caminaba hacia nosotros con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Estás con la chica nueva, capi? —preguntó Pierce, uniéndose al interminable círculo de pesados de mierda—. Qué callado te lo tenías.

—¿Qué...? No —murmuré, con un suspiro de cansancio mientras la ira se disipaba de mi cuerpo—. Ya no sé lo que soy. No sé qué cojones me está pasando.

—Bueno —intervino Lizzie—, te acabas de ganar unos buenos puntos con esta *brownie*. —Me palmeó el brazo—. Y créeme, eso no pasa a menudo.

—Es verdad —convino Pierce con una mueca de complicidad.

—¿Sigue en pie lo de ir a tu choza? —preguntó Feely—. No tiene mucho sentido volver a entrar ahora.

Negué con la cabeza, porque necesitaba un maldito minuto para aclarar mis pensamientos.

¿Qué demonios acababa de pasar?

¿Cómo me había permitido perder el control de esa manera?

¿Y adónde cojones se había ido Shannon?

¿Estaba bien?

Iba a matar a alguien.

Sentía cómo aumentaba la ira dentro de mí al pensar en la expresión de resignación de Shannon.

Sí, parecía resignada, joder.

Debería haberse puesto furiosa.

Pero, en lugar de eso, simplemente lo había aceptado.

Esa debía de ser la forma en que funcionaban las cosas para ella en el instituto de Ballylaggin, pero no era lo que iba a pasar en Tommen.

Ella no era el objetivo de nadie, joder, y me iba a asegurar de eso.

—¿Johnny?

Oír que me llamaban por mi nombre me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué? —Levanté la cabeza y miré a mis amigos, completamente perdido.

—¿Vamos a ir? —preguntó Hughie, que me miraba extrañado.

—¿Ir adónde? —espeté, crispado porque no me gustaba ni un pelo ese tipo de atención.

Me sentía como si estuviera desnudo con mi follón emocional a la vista de todos, dejando a los siete que vieran algo que ni yo mismo entendía.

—Debería ir a buscarla —dije, más para mí mismo que para nadie. Entonces, presa del pánico, me di la vuelta haciendo un giro completo—. Debería ir a ver cómo está.

—No —repuso Hughie con calma—. Deberías irte a casa y tranquilizarte. Está claro que no quiere venir con nosotros, tío. Por eso se ha ido.

Volví mi mirada de rabia hacia él.

—¿Qué cojones sabes tú lo que ella quiere?

Hughie levantó las cejas, sorprendido.

—Dame las llaves de tu casa, capi —me pidió entonces Gibsie, poniéndose frente a mí.

Sin dudarle, me saqué las llaves del bolsillo y se las di.

—Os alcanzaremos —les dijo Gibsie a nuestros amigos mientras le lanzaba las llaves a Hughie y luego me pasaba un brazo por encima del hombro, llevándome de regreso al pabellón de Educación física.

Fui con él porque mi mochila estaba allí y no tenía ni idea de qué otra cosa hacer.

—¿Estás bien? —preguntó Gibsie cuando entramos al vestuario, que estaba vacío.

—¡No! —rugí—. Estoy tan lejos de estar bien que ya no sé qué significa la maldita palabra.

—Sé que no es el momento, pero lo voy a decir de todos modos —empezó Gibsie—. Te lo dije. Joder, te lo dije en cuarto, cuando empezó a rondarte, que olía a problemas.

—No necesito que me lo recuerden —solté mientras me acercaba al banco para coger mis cosas—. Sé que la cagué.

—Así es —asintió, sin molestarse en mentir, mientras cogía su mochila—. Viste un par de tetas, una vida fácil, y dejaste que el rabo pensara por ti, porque entonces te funcionaba. —Encogiéndose de hombros, se echó la

mochila al hombro y dijo—: Este es el resultado. Otra pegajosa que se te engancha.

—Bueno, mi rabo ya no piensa más —mascullé.

—Menos mal. Y por si sirve de algo, a mí también se me habría ido la pinza —reconoció—. Si alguna perra hablara así de Claire, habría reventado como diez ollas a presión.

—Es mi culpa lo que le ha pasado —gruñí—. Bella odia a Shannon por mí.

—No —me corrigió Gibbsie, y luego negó con la cabeza—. Vale, sí, la odia por ti, pero eso no es culpa tuya, tío.

—No me dejará en paz, Gibbs. —Con un suspiro entrecortado, me pasé una mano por el pelo y gruñí—. No va a parar.

—Podrías hablar con tu padre para poner, no sé, una orden de alejamiento o algo así.

—¿Por qué, Gibbs? —pregunté, agitado—. ¿Por molestar en el instituto?

—Y seguirte por los pubs —añadió.

Negué con la cabeza.

—No, la única orden de alejamiento debería habérsela puesto a mi rabo.

Gibbsie se rio mientras salíamos del vestuario.

—Condenar a tu rabo.

—No tiene gracia —ladré—. No me he acostado con ella desde Halloween. Estamos a marzo, Gibbs. Marzo, joder. Ya va tocando que lo supere.

—Deberías haberle parado los pies entonces. —Abrió la puerta del pabellón y ambos salimos a la escasa luz del sol de la tarde—. Lo dejaste pasar hasta enero, Johnny.

—Sí, bueno, tenía muchas cosas en la cabeza —resoplé, bajando las escaleras—. Y fue ella quien rompió, así que no tengo ni idea de por qué no me deja en paz.

—Sabes por qué, tío —replicó Gibbsie, dándome un codazo en el hombro mientras caminábamos hacia el aparcamiento.

Suspiré pesadamente.

Sí, lo sabía.

Maldito rugby.

—¿Puedes prometerme algo? —me planteó entonces, mientras sacaba las llaves del coche y abría su nuevo y reluciente Ford Focus.

—Claro, tío —suspiré, dejando mis cosas en el maletero.

—Prométeme que nunca volverás con ella, por muy tentador que sea, joder.

Me quedé quieto.

—Gibs, no volvería con ella ni aunque fuera la última tía en el puto planeta.

Se rio de mi respuesta y se subió al lado del conductor.

—Hablo en serio —le dije, hundiéndome en el asiento del copiloto—. No volvería a tocarla ni aunque fuera la única cura para mi acartonado rabo...

—Hice una pausa para abrocharme el cinturón de seguridad—. Preferiría ir por ahí con las pelotas moradas y el nabo arrugado el resto de mi vida a volver a ponerle las manos encima de lo mucho que me repele.

—Pues mejor para ti. —Gibbie encendió el motor—. Porque esa chica tiene tantas ganas de atarte que da miedo.

—No voy a atarme a nadie —repliqué—. Y menos a ella.

Él arqueó una ceja.

—¿Estás seguro de eso?

—Tú cállate y ponte el cinturón —le reprendí, mirando a mi alrededor en busca de algo contra lo que pudiera chocar—. Y mira los retrovisores.

—Sí, papá —murmuró Gibbie, acatando mis órdenes.

—Vale, ya puedes salir... Bien, despacio —le indiqué cuando estuve seguro de que podía salir de la plaza de aparcamiento sin causar daños corporales graves, lo cual era muy capaz de hacer—. Despacio, Gibs.

—Placaje al centro —se rio este por lo bajo mientras arrancaba, demasiado rápido—. La pequeña Shannon ha mandado a tomar por saco esa mierda.

—Más despacio, hostia —ladré, resistiendo el impulso de coger el volante—. Y ¿qué narices significa «placaje al centro»?

—¿No sabes nada de eso?

Negué con la cabeza.

—Obviamente no, si te lo estoy preguntando.

—Eso es lo que dicen, tío —explicó Gibbie.

—¿Quiénes?

—Las chavalas del instituto —se rio entre dientes, saliendo a la carretera principal sin mirar en ambos sentidos y esquivando por poco una camioneta que transportaba leche—. Eso es lo que dicen de ti.

Ay, madre.

Iba a morir en ese coche.

Iba a quitarme la maldita vida.

Saludando tímidamente al lechero, que nos agitaba un puño, me giré para mirar a Gibsie.

—¿Me llaman placaje? —Negué con la cabeza—. ¿Por qué? No lo entiendo.

—No es como te llaman a ti —apuntó—. Es lo que quieren hacer contigo.

—¿Qué?

—Eres el centro —afirmó entre risas—. Y quieren tirársete encima. —Se volvió para mover las cejas hacia mí—. Tipo placaje.

—Qué mal rollo, joder... —gruñí, estremeciéndome—. ¡Mira la carretera!

—Ya ves —se rio Gibsie, volviendo su atención al frente—. Claire me lo contó el año pasado. Dijo que había escuchado a un grupo de chicas de segundo de bachillerato hablar sobre algo llamado operación Placaje al centro en el baño.

—La hostia —gruñí.

—Justo cuando empezaste a pincharte a Bella —terminó—. Haz los cálculos.

No tuve que hacerlo.

Ya lo había pillado.

—Uf, no me jodas —gemí.

—Sí —asintió Gibsie con una mueca—. Alégrate de haberte librado de eso, Johnny. Alégrate y mucho, joder.

Me alegraba.

Más de lo que las palabras podían expresar.

—¿Qué voy a hacer, Gibs?

—¿Con Shannon?

Asentí con tristeza.

—Dejarte llevar —contestó sin dudarlo.

—No puedo —grazné.

—Sí que puedes —me aseguró—. Solo tienes miedo.

Sí, tenía miedo.

Me acojonaba lo que sentía por ella.

—Ya ni siquiera siento que me quede otra opción —confesé—. Se me está yendo la olla, Gibs.

—Qué va, la cabeza la tienes en su sitio —se rio él, dándome unas palmadas en el hombro—. Es el corazón lo que has perdido, tío.

—Joder —balbuceé, y me mordí el labio inferior mientras el más puro terror se apoderaba de mi pecho.

—Sí —asintió—. Bastante inoportuno, ¿no?

—Qué me vas a contar, joder —murmuré.

EXCURSIÓN INESPERADA

Shannon

No volví a las últimas tres clases del miércoles, y el jueves me quedé en casa.

Sabía que estaba mal faltar al instituto, pero no podía afrontarlo.

Era demasiado.

Bella, Johnny, las miradas, los cuchicheos.

Todo era demasiado.

Me sentía emocionalmente agotada y físicamente destrozada, y necesitaba algo de tiempo para pensar bien las cosas antes de volver.

Mi intento de tomarme un respiro fue un completo desastre, ya que mi padre perdió la cabeza conmigo la noche anterior por quemar la cena y acabé llevándome un puñetazo en la cara.

Al parecer, no sabía cocinar espaguetis a la boloñesa ni ninguna otra mierda.

Y, al parecer, eso fue error suficiente para ganarme otro infame estrangulamiento.

Me sentía como una auténtica mierda esa mañana, pero habría salido arrastrándome de esa casa si hubiera tenido que hacerlo.

Nada de lo que Bella me hiciese en Tommen podía acercarse a lo que él era capaz de hacerme en casa.

Cuando por fin llegué al instituto, más de una hora tarde porque me había dormido sin la ayuda de mi inseparable alarma del móvil, el señor Mulcahy,

nuestro profesor de Educación física, casi me arranca la cabeza por retrasar el programa.

—¿Qué programa? —le pregunté, porque la verdad es que no sabía qué demonios estaba pasando.

Al parecer, no se me consideró lo suficientemente digna de esa información porque, en lugar de explicarme de qué iba aquello, el señor Mulcahy casi me empujó a un autocar escolar que estaba a reventar indicándome que buscara un asiento y rápido.

Eso me llevó al estado de terror en que me encontraba mientras permanecía en la parte delantera del vehículo, sin saber qué estaba pasando ni por qué me obligaban a subir a un autocar escolar lleno de caras desconocidas.

—¡Shan! —me llamó Claire, haciéndome señas.

Presa del pánico, la encontré en la tercera fila empezando por delante, con Lizzie sentada a su lado.

Todas las chicas del autocar parecían estar sentadas cerca del conductor.

Solo había otras cuatro de mi clase, y Shelly y Helen estaban sentadas juntas detrás de mis amigas.

Había varias chicas de segundo de bachillerato cerca de ellas, incluida una Bella de mirada penetrante y un enorme chico de pelo oscuro que la rodeaba con un brazo y tenía la cara hundida en su cuello.

Obligándome a no mirar a Bella, me apresuré tambaleante hacia Lizzie y Claire.

—¿Qué está pasando? —pregunté entre dientes cuando las alcancé.

—Día de partido —contestó Claire, mientras se le desvanecía la sonrisa—. ¿Recuerdas?

La miré pasmada.

—¿Día de qué?

Claire abrió los ojos como platos.

—Ay, mierda —susurró—. Enviaron un mensaje el martes por la noche para avisar.

—¿Un mensaje? —grazné—. No recibí ningún mensaje.

—Es nueva, así que probablemente no esté en el sistema —murmuró Lizzie.

«No, no recibí el mensaje porque mi móvil estaba flotando en agua el martes por la noche».

—¿Qué está pasando, chicas? —balbuceé, aterrorizada ya.

Miré a mi alrededor con nerviosismo.

—Hoy es la eliminatoria —explicó Lizzie—. Entre Tommen y Royce.

La miré sin comprender.

—¿Eh?

—Madre mía, Claire —gimió Lizzie—. ¡No puedo creer que no se lo hayas contado!

—¡Pensaba que lo sabía! —respondió esta, con la cara roja—. Lo siento, Shan. Pensaba que sabías que el partido era hoy.

—No, no, no —balbuceé—. El partido de Donegal no es hasta después de las vacaciones. —Se suponía que estas empezaban hoy—. ¿Recuerdas?

—El Royce College ganó sus últimos tres partidos —me dijo Lizzie, en un tono lleno de compasión.

Por lo visto, parecía tan perpleja como horrorizada, porque Lizzie no miraba con compasión bajo ningún concepto.

—Ganar su último partido puso al Royce College en el segundo puesto, junto a Tommen —se apresuró a explicar—, así que hoy juegan el desempate para ver quién se las verá contra Levitt en la final.

Me pellizqué el puente de la nariz, luchando por comprender lo que me decían.

—Pero ¡se suponía que íbamos a ir a Donegal después de Semana Santa!

—No habrá viaje a Donegal si los chicos no ganan hoy —apuntó Claire.

—¿Por qué no me habíais contado esto?

—No sabíamos con certeza cuándo se jugaría el partido.

—¿Por qué?

—Porque Royce estaba mareando la perdiz —observó Lizzie—. Haciéndole la vida imposible a Tommen con la esperanza de que Johnny no estuviera disponible.

—¿Qué?

—Tiene un calendario —explicó Claire—. Todo lo que hace relacionado con el rugby ha de pasar por la Academia. —Encogiéndose de hombros, añadió—: Supongo que esperaban pillar a Tommen con alguna liga deportiva.

—Lo cual no hicieron —se burló Lizzie—. Mala suerte para ellos.

—Ay, no —exclamé con voz ronca, nerviosa—. ¿Dónde se va a celebrar esto?

—Dublín —respondió Claire con una mueca.

—No tengo permiso para ir a Dublín. —Puse los ojos como platos—. Si mi padre se entera...

—Volvemos el mismo día —me interrumpió—. Subimos y bajamos. Estaremos en casa a las diez.

—¿A las diez? —gemí—. ¿De la noche?

Ay, madre.

Estaba más que muerta.

—Chicas, no puedo ir —farfullé, entrando en pánico al pensar en lo que diría mi padre si llegaba a casa a las diez de la noche—. No tengo dinero y mis padres no lo saben...

—¡Señorita Lynch! —rugió el señor Mulcahy, interrumpiendo a Claire y atrayendo la atención de todos en el autocar hacia nosotras—. ¡Siéntese!

—Yo me cambio —intervino Lizzie, levantándose—. Shannon, puedes sentarte aquí...

—Siéntese, señorita Young —espetó el señor Mulcahy—. La señorita Lynch es la que ha alterado la planificación con su pobre gestión del tiempo. Puede encontrar un asiento ella solita.

—Vale —contesté ahogadamente, muerta de vergüenza—. Voy a buscar un asiento.

—Hoy, a ser posible —se quejó él.

Con la cabeza gacha y la impaciencia del señor Mulcahy en los oídos, tuve que recorrer, como me temía, el pasillo central con toda la vergüenza y arrastrando los pies con la mochila a la espalda, mirando de un lado a otro para ver si había algún asiento libre.

No lo había.

Al final tuve que caminar hasta la parte trasera del autocar, donde se apelotonaba el equipo.

Cuanto más avanzaba, más aumentaba el bullicio.

Quería dar la vuelta.

Quería bajarme de ese autocar y regresar a casa.

«No —me reafirmé mentalmente—. No. Se acabó huir».

«No pasa nada».

«Estás bien».

«A quién le importa que te estén mirando».

«Ellos no te conocen».

«Respira».

Finalmente, cuando llegué a la parte trasera del autocar y vi la última fila, me ardían tanto las mejillas que estaba segura de que echaban fuego.

De verdad, si alguien me hubiese puesto un trozo de carne en la cara, habría chisporroteado.

Los jugadores del equipo de rugby ocupaban toda la fila de atrás.

Ay, madre.

Estaba en la zona de peligro.

Por el rabillo del ojo, vi que el asiento de la ventana a mi derecha, justo enfrente de la última fila, estaba vacío.

Aliviada, sujeté con más fuerza las correas de la mochila y giré para deslizarme en la fila, solo para detenerme inmediatamente cuando me di cuenta de quién estaba tirado en el asiento del pasillo.

Me dio un vuelco el corazón.

Johnny llevaba puestos los auriculares y tenía la música tan alta que podía escuchar claramente a Jay-Z cantar que tenía noventa y nueve problemas.

«Te entiendo, Jay-Z...».

Aclarándome la garganta, señalé el asiento.

No levantó la vista.

Estaba mirando el iPod en sus manos, por lo que la única parte de la cabeza que podía verle era el pelo, que llevaba perfectamente peinado.

El motor del autocar rugió al ponerse en marcha, vibrando bajo mis pies, y sentí una enorme oleada de pánico.

Extendí una mano y le toqué el hombro antes de retirarla al momento.

Johnny levantó la cabeza de golpe y el destello de fastidio en su cara rápidamente se convirtió en una mirada de sorpresa mientras me echaba un segundo vistazo.

—¿Shannon?

—Tengo que sentarme —grazné, queriendo morirme por los silbidos y las insinuaciones provenientes del resto de los muchachos.

Me había pasado las dos últimas noches luchando contra lo que sentía por él, apenas sin dormir y asfixiada por el pánico y la duda.

Ahora que me enfrentaba a la inesperada perspectiva de pasar varias horas junto a Johnny, sentí que perdía el control.

En serio, tenía el estómago revuelto y estaba bastante segura de que si no me sentaba pronto, iba a vomitar.

Caray...

Con el ceño fruncido, Johnny continuó mirándome, mientras yo seguí balbuceando.

—No queda ningún otro asiento en el autocar y el conductor ya ha arrancado, así que necesito que me dejes pasar. —Desvié mi mirada de él hacia la horda de personas que nos observaban, y luego al asiento libre—. ¿Puedes moverte un sitio, o apartar las mochilas para que pueda pasar, por favor?

—Lo siento —se disculpó Johnny. Levantó la mano y se quitó los auriculares—. No he entendido nada.

Un aluvión de risas estalló entre los chicos de la última fila.

Poniéndome roja, señalé la pila de mochilas en el asiento junto a él y susurré:

—No tengo dónde sentarme.

—Mierda, sí, perdona —respondió Johnny, y rápidamente comenzó a tirar las mochilas al suelo a mis pies—. Dame un segundo para despejar esto.

—¡Por el amor de Dios, Lynch, siéntate ahí! —ladró el señor Mulcahy desde el frente del autocar—. ¡Y abróchate el cinturón!

Avergonzada, volví a mirar a Claire en busca de ayuda, pero tropecé con una Bella enfurecida.

Joder.

«Te va a matar, Shannon».

«Bella Wilkinson te va a matar».

«Si tu padre no lo hace antes...».

Humillada, me lancé hacia el asiento, tratando de pasar entre las piernas de Johnny, que eran demasiado largas, al mismo tiempo que este se estiraba para dejar otra mochila.

El resultado final no fue bonito.

Hubo un montón de extremidades agitadas y enredadas, y una de mis rodillas chocando a toda leche con su nariz, así como un coro de «Ufff» y «Hostiaaaa» por parte de los muchachos que nos rodeaban.

—Hostia puta —siseó Johnny. Recostándose contra el reposacabezas, se tapó la cara y gruñó—: ¡Joder, Shannon!

Me llevé una mano a la boca, con los ojos muy abiertos.

—¡Lo siento mucho!

—¡Venga, Johnny! —gritó uno de los muchachos desde la última fila—. ¡Ánimo con esa!

—Vete a la mierda, Luke —espetó él.

Se tocó la nariz dos veces, por si había sangre, y cuando comprobó que no había nada, dejó escapar lo que sonó como un gruñido de exasperación.

—De veras que no quería hacer eso —afirmé con voz ahogada, muerta de vergüenza, mientras intentaba desesperadamente y sin éxito salir de entre sus muslos.

No fue una hazaña fácil con la mochila a la espalda.

Llevaba los libros de todo un día, ya que no había podido ir a mi taquilla antes de que me metieran en el autocar, y el peso de la espalda me estaba haciendo perder el equilibrio.

Aferrándome a la parte posterior del reposacabezas de Johnny, levanté una pierna e intenté pasar por encima de las suyas, pero debí de acercarle el pie peligrosamente a sus partes, porque me cogió del tobillo con una mano, inmovilizándome el pie, lo que hizo que se me subiera la falda.

—¡Cuidado! —chilló mientras sus ojos brillaban con preocupación—. Deja de moverte.

No lo culpé por preocuparse.

Yo era una inepta.

Negando con la cabeza, Johnny suspiró con fuerza, me soltó el tobillo y luego se puso de pie. Fue una mala idea, porque acabamos pegados el uno al otro sin una pulgada de espacio libre entre nuestros cuerpos.

—Me habría cambiado, ¿sabes? —dijo Johnny, mirándome fijamente. Estábamos tan cerca que olía su colonia—. Si me hubieras dado alguna oportunidad.

Abrí la boca para responder, pero todo lo que salió de ella fue una bocanada de aire.

Era imposible formar palabras cuando estaba completamente encajada entre su pecho y el asiento de enfrente, del cual me impedía escapar mi estúpida mochila.

—¡¿Vais a montároslo o qué?! —gritó alguien.

—Desde luego lo parece, joder —se rio otro.

—¿Qué demonios está pasando ahí atrás? —ladró el señor Mulcahy a todo pulmón—. ¡Kavanagh! ¡Lynch! ¡Dejaos de besuqueos y sentaos!

El autocar entero estalló en silbidos y risas.

Mientras tanto, me morí por dentro.

—¡Eso intentamos, joder! —ladró Johnny a su vez—. Danos un puto minuto, ¿quieres?

—¿Tan difícil es sentarse en un dichoso asiento, Kavanagh? —preguntó el profesor.

—Al parecer, mucho —murmuró Johnny antes de volver su atención a mí.

—Ve a la izquierda a la de tres —me pidió—. Uno, dos...

Abrí mucho los ojos.

—¿Mi izquierda o tu izquierda?

—Madre mía... —Johnny murmuró una serie de palabrotas y refunfuñó —: No importa, ven aquí y ya está. —Luego me cogió por la cintura para acercar mi cuerpo al suyo, aunque fuera imposible, y nos puso de lado.

Cuando me soltó, prácticamente me caí en el asiento de la ventana, con la cara al rojo vivo y temblando de arriba abajo.

En cuanto nos sentamos ambos, el autocar comenzó a moverse bajo nuestros pies.

—Gracias —grazné, mientras me hundía en el asiento, con los hombros caídos.

—No hay problema —susurró Johnny mientras se recostaba, tocándose el puente de la nariz—. Joder, eres una negada, ¿no?

—Ah, sí —alcancé a responder, aunque mi voz era jadeante y aguda—. Lamento mucho haberte dado en la nariz.

Me descolgué la mochila de los hombros, la dejé en el suelo y me derrumbé hacia atrás.

Johnny se giró para mirarme, con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Estás segura de que no ha sido una jugarreta para devolvérmela por lo de la pelota?

—¿Qué? ¡No! —lo negué, sacudiendo la cabeza—. Por supuesto que no. De veras que no quería...

—Tranqui, Shannon —se rio entre dientes—. Solo me estoy quedando contigo.

Sí, sin duda se estaba quedando conmigo.

Con mi capacidad para respirar por un lado.

Y con los latidos de mi corazón por el otro.

Entonces Johnny se removió en su asiento, obviamente tratando de encontrar la postura que tenía antes de que lo molestara.

—Odio viajar en autocar —me contó, cuando finalmente se acomodó.

Estiró las piernas, inclinando la izquierda de tal manera que descansaba contra mi rodilla.

Pero no la movió, sino que decidió dejarla ahí, mientras yo me obligaba a no temblar.

Estaba claro que no lo estaba haciendo a propósito.

Medía un metro noventa y era demasiado grande para el pequeño espacio que le habían asignado.

Aun así, estaba demasiado cerca.

Demasiado.

—Estás en mi lado —susurré, golpeándole en el muslo con la rodilla y rezando por algo de espacio.

No llegó.

Porque no movió la pierna.

En cambio, arqueó una ceja y respondió:

—Estás en mi autocar.

Se me pusieron las mejillas al rojo vivo.

Agaché la cabeza y me concentré en tirar de un hilo invisible del jersey del uniforme, el único uniforme a la vista en todo el autocar.

Tampoco recibí el recordatorio de que no hacía falta ponérselo.

Joder...

—Es broma —dijo Johnny, sacándome de mis pensamientos.

—Lo sé —contesté, aunque no lo sabía.

No podía leerlo.

Estaba confundida.

Me sentía nerviosa.

Y quería bajarme de ese autocar.

—¿Así que tu clase fue elegida para venir al partido? —preguntó, para darme algo de conversación.

Asentí y traté de ignorar la sensación de su pierna sobre la mía.

—Eso parece.

Él arqueó una ceja.

—¿Eso parece?

Lancé un pesado suspiro.

—Ni siquiera sabía lo de este estúpido partido hasta que he llegado a clase y me han metido en este autocar.

—¿Estúpido partido? —bufó con sorna—. Vaya, gracias.

—Lo siento.

—No te preocupes —respondió—. Entonces ¿no tenías ni idea sobre el partido de verdad?

Negué con la cabeza.

—Ni idea.

—Joder —murmuró—. Y ¿no te has traído nada?

—Tengo todos los libros que necesito para las nueve clases de hoy —comenté débilmente, con los hombros hundidos.

—Si se hace tarde, es posible que tengamos que quedarnos —me aseguró con el ceño fruncido.

—¿Qué? —grazné—. Por favor, no digas eso.

Johnny se encogió de hombros a modo de disculpa.

—A veces pasa.

—Ay —jadeé.

—¿Quieres correr a casa y coger una bolsa? —preguntó—. Puedo hablar con el entrenador y pedirle que paremos en tu casa...

—No —balbuceé—. Uf, no, no pasa nada.

—¿Segura?

Asentí.

—Mira, te llevaré a casa después del partido esta noche —dijo Johnny con el ceño fruncido—. Si eso es lo que te preocupa.

—¿Preocuparme? —Negué con la cabeza—. No estoy preocupada.

—Pareces preocupada —apuntó en voz baja, con la mirada fija en mis ojos.

—Eh, solo estoy... —Luchando contra una oleada de ansiedad, le pregunté—: ¿Me dejas tu móvil, por favor? —Y retorciéndome incómoda, añadí—: Necesito que mi hermano sepa que llegaré tarde a casa.

«Y luego tengo que pedirle a Joey que organice mi funeral, porque estoy muerta...».

—Claro, sin problema —accedió Johnny. Se metió una mano en el bolsillo y sacó su elegante móvil; después me entregó ese reluciente

dispositivo negro.

—Hum. —Perdida, me quedé mirando la pantalla—. ¿Puedes desbloqueármelo?

—Mierda, sí, perdona —murmuró mientras se acercaba y desbloqueaba la pantalla.

Continué toqueteando torpemente el aparato, cuando me lo quitó de la mano y me pidió que le dijera el número.

—Gracias —susurré, quitándole el teléfono.

Pulsé el botón de llamada y me sostuve el móvil al oído, rezando para que Joey respondiera.

Varios tonos más tarde, me saltó el contestador automático.

—Hola, soy Joey. Ya sabes qué hacer...

—Joe —grazné, agachando la cabeza—. Soy yo, Shannon. Voy de camino a Dublín con el instituto. No volveré hasta tarde esta noche. ¿Puedes decírselo a mamá? Tiene mi móvil, así que no llames, ¿vale? No podrás localizarme, pero estoy bien, Joe. No te preocupes por...

El teléfono sonó, haciéndome saber que se me había acabado el tiempo.

Colgué, le devolví a Johnny el aparato y suspiré temblorosa.

—Gracias.

—¿Quién tiene tu móvil? —preguntó él, guardándose el teléfono en el bolsillo.

—Oh, eh, mi padre —murmuré.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros, pero no respondí.

—Eso es nuevo —dijo entonces.

Lo miré fijamente, sin comprender.

—¿Eh?

Me tocó la mejilla.

—El maquillaje.

—Oh. —Bajé la cara, increíblemente agradecida por el neceser de maquillaje que Claire me había dado el miércoles por la mañana. Era cien por cien necesario—. Ya.

Johnny se movió en su asiento entonces, sin duda tratando de ponerse cómodo.

Agaché la cabeza y me concentré en tirar del mismo hilo invisible en mi jersey.

—¿Estás enfadada conmigo?

Su pregunta me confundió y miré esos penetrantes ojos azules.

—¿Enfadada contigo?

Johnny asintió lentamente.

—Por lo que hice en el comedor.

El corazón me retumbaba con fuerza mientras evaluaba su pregunta.

Estaba avergonzada.

Me sentía insegura.

Tenía miedo.

Pero no estaba enfadada con él.

—No —contesté finalmente—. No estoy enfadada contigo.

—No volviste —apuntó en voz baja.

Me encogí de hombros y bajé la mirada.

—Estaba enferma.

—¿Ya estás mejor?

—Supongo —respondí en un hilo de voz.

—¿Fue la regla?

Johnny me dejó flipando al preguntarlo directamente.

Uf.

—Eh..., sí. —Con la cara roja, me removí incómoda—. Pero ya estoy bien.

—No hagas eso —dijo Johnny con el ceño fruncido.

—Que no haga ¿qué?

—Avergonzarte. —Me dio un empujoncito en el hombro con el suyo—.

Es algo natural, Shannon.

Ay, madre.

Estaba más que avergonzada.

En ese instante, me acercaba a un estado de humillación de los que te marcan en la vida.

—Vale —balbuceé.

Johnny sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Escuchaste la canción nueve?

En ese momento estaba avergonzada de nuevo.

—Sí —susurré.

—¿Te gustó?

—Eh... —Me encogí de hombros, sin saber qué decir.

—¿Qué pasa?

—No sé qué pensar, la verdad.

Frunció el ceño, esperando una explicación.

Me removí incómoda antes de decir:

—¿Follármela suavemente?

Johnny me miró boquiabierto.

—¿Qué? —exclamó.

—La pista número nueve del CD —me encogí de hombros— es «Fuck Her Gently», de Tenacious D.

—Maldita sea.

—No, «Dammit» es de Blink 182 y era la cuarta canción —respondí.

—Joder.

—No —le corregí—. «FACK», de Eminem, era la décima.

—¡No puede ser! —Johnny sacudió la cabeza y gimió—. Joder, ¿qué más había en el CD?

Lo pensé por un momento antes de decir:

—«Pretty fly (for a White Guy)», «The Ballad of Chasey Laine», eh, «Stacey's Mom», «The Bad Touch», «Pony» y algunas más que no recuerdo.

Johnny gimió de nuevo.

—Te di el CD que no era.

—Ah, ¿sí?

Él asintió lentamente.

—Ese era de Gibsie.

—¿Cuál querías darme?

Johnny tenía cara de dolor cuando dijo:

—El de la canción de Maroon 5.

—Ah. —Lo miré—. ¿Cuál?

Se removió incómodo.

—«She Will Be Loved».

Oh.

Oh, vaya.

Al no responder, porque francamente no podía, Johnny me hizo algunas preguntas aleatorias más, sin duda tratando de entablar conversación.

Cuando todo lo que le ofrecí como contestación fueron un par de monosílabos, se recostó en su asiento rozándome con un brazo y volvió a

sacar el iPod.

Toqueteó algunos botones de la elegante pantalla, pasando de una canción a otra, hasta que finalmente se decidió por «Daughters», de John Mayer.

—Si quieres usar mi móvil de nuevo, dímelo, ¿vale? —se ofreció antes de ponerse los auriculares—. O si necesitas cualquier otra cosa.

Subió tantísimo el volumen de su iPod que no necesité sacar mi discman para entretenerme, no cuando podía escuchar claramente cada palabra desde mi asiento.

Agradecida por el descanso de su intensidad, dejé escapar un suspiro tembloroso y traté de controlar mis nervios.

Sin embargo, no fue fácil.

No con la fuente de toda mi ansiedad sentada a mi lado.

Y las palabras de esa canción atormentándome.

«Si él supiera lo cierta que era la letra», pensé para mis adentros.

«Si él supiera...».

¿DÓNDE TENGO LA CABEZA?

Johnny

Acababa de preguntarle por la regla.

¿Qué cojones me pasaba?

¿Podías preguntarle siquiera a una chica sobre la regla?

No tenía ni puta idea.

Joder, necesitaba que los médicos me examinaran el cerebro además de las pelotas, porque había algo suelto ahí arriba.

Shannon estaba sentada a mi lado, me llegaba su olor, su brazo estaba rozando el mío y apenas podía formar una frase coherente.

En serio, eso no era normal.

Me había pasado toda la vida expuesto, como un maldito poni, y nada me perturbaba nunca.

Pero ella sí.

Esa chica de mi lado lo hacía.

Tal vez lo había dejado tanto que había recuperado la virginidad, porque la verdad es que me sentía como si hubiese vuelto a ser virgen.

Ningún muchacho de mi edad que se precie, con mi tipo de experiencia en la vida, temblaba ante una chica.

Temblar, hostia.

Y, sin embargo, allí estaba yo, intentando que mi cuerpo se calmara de una vez para poder fingir al menos que era medio normal y no asustarla para que no regresara al caparazón en el que le gustaba encerrarse.

Las preguntas que brotaban de mi boca eran más que vergonzosas, pero parecía que no podía controlarme.

Se había maquillado.

Llevaba tanto maquillaje en la cara, joder, que quería llorar.

Era preciosa sin ponerse nada en la cara, pero me inquietaba pensar que iba maquillada con todos mis compañeros de equipo alrededor.

Sabía que la miraban.

Solo en la última media hora, había tenido que echarle a Luke una mirada asesina para que dejara de embobarse con ella desde el otro lado de la fila.

Estaba tan trastornado que me estuve moviendo en mi asiento solo para poder bloquearle la vista, a él y a todos los demás.

Suerte de la señora Moore, a quien habían obligado a ayudar al entrenador durante el viaje.

La psicopedagoga de Tommen estaba completamente pirada, pero tenía una gran cantidad de juegos y actividades en equipo pensados para el viaje de tres horas y media en autocar.

Incluso había llevado una bolsa con huevos de Pascua y pequeñas tablas de recompensa plastificadas como premio, joder.

Hacía eso cada maldita vez que nos acompañaba a un partido fuera de casa y, por lo general, yo ignoraba a la mujer hasta que se rendía y me dejaba en paz.

Siempre me sentaba solo para que no pudiera emparejarme con la persona a mi lado y obligarme a hacer esas dichas actividades ñoñas, y ni hablar del rato de meditación, que tanto le gustaban.

Pero ¿ese día?

Ese día acabé participando en los aburridos juegos de preguntas y charadas, por no mencionar el veoveo de los cojones.

Sabía que Gibsie, Hughie y Feely se estaban partiendo de mí en la parte trasera del autocar, porque yo nunca me unía a estos juegos, pero me importaba una mierda, porque participar en ellos significaba que Shannon tenía que hablar conmigo.

Cada vez que ganaba, la chica a mi lado sonreía.

Cada vez que le entregaba otro huevo de Pascua o un pequeño premio estúpido, salía un poco más de ese caparazón en el que se encerraba.

Eso compensaba el pitorreo que iba a recibir de mi equipo.

Ella lo compensaba todo.

SUSURROS AL OÍDO Y CONFESIONES

Shannon

Sentarme en un autocar con Johnny Kavanagh fue inesperadamente brillante.

Cuando la señora Moore, nuestra excéntrica psicopedagoga, llamó la atención de todos y comenzó a repartirnos cuestionarios y juegos esperaba que Johnny la ignorara, porque, seamos realistas, era una maldita estrella del rugby.

Pero eso no es lo que hizo.

No, Johnny participó.

Como estábamos sentados juntos, formamos equipo para los juegos y actividades, en que logramos colaborar en una extraña armonía hasta completarlos con facilidad.

Los juegos en que participamos eran tontos e infantiles, pero después de una hora más o menos, me sentí completamente relajada con él.

Tampoco me dolió que mi compañero pareciera ser un genio estafalario que, cuando repartieron un cubo de Rubik a cada pareja, completó el nuestro como si nada en menos de diez minutos.

Fue realmente impresionante, considerando que ninguna otra persona en el autocar había resuelto su cubo.

Ganamos todos los juegos de preguntas que nos dieron o competición que hicimos contra las otras parejas.

Bueno, Johnny ganó.

Pero él era mi compañero de equipo, así que eso significaba que yo también ganaba.

Nunca había ganado tantas competiciones sin sentido en mi vida, ni huevos de Pascua.

En realidad, jamás había ganado nada.

Teníamos una pila de doce huevos de chocolate en el suelo porque el chaval parecía deslumbrar y sobresalir en todo lo que se proponía.

Nada menos que doce huevos.

Tadhg, Ollie y Sean iban a estar encantados.

Fue muy divertido estar con Johnny, y estuve tan absorta jugando con él que no tuve tiempo de preocuparme.

Muy intrigada, lo estudié durante la sesión de meditación, que era algo real que a la señora Moore le gustaba hacer, y absorbí cada pequeño detalle, fijándome en la variedad de canciones que escuchaba, la forma en que se planificaba las comidas y cuántas veces se tamborileaba en el muslo con un dedo, lo cual era constante.

Parecía relajado, tranquilo y sereno, pero si mirabas debajo de la superficie, podías ver que era como un animal enjaulado en ese autocar.

Johnny era demasiado grande para el asiento, estaba demasiado aprisionado en las diminutas filas y era demasiado ancho para estar realmente cómodo, y se rebelaba despatarrándose a cada oportunidad que se le presentaba, sin importar si me tocaba o no.

Estaba segura de que lo hacía porque necesitaba estirar esas piernas tan largas.

Durante la primera sesión de meditación, cuarenta minutos después de iniciar el viaje, Johnny metió la mano en su mochila y sacó una botella mezcladora de aspecto caro cuyo contenido se bebió en cuestión de segundos.

Durante la segunda sesión, miró su reloj y se comió un plátano.

En la siguiente, volvió a comprobar la hora y devoró una barrita proteica.

Era demasiado consciente de él, pero era imposible evitarlo.

Cuando el conductor detuvo el autocar en alguna estación de servicio a las dos horas de viaje, el resto del equipo y los estudiantes se apresuraron a usar el baño y comprar provisiones, pero Johnny no se bajó del vehículo.

—¿No quieres ir a la tienda? —preguntó, ofreciéndose a dejarme pasar.

Negué con la cabeza.

—No, estoy bien, no tengo hambre.

«Ni dinero».

—¿Segura? —insistió, recostándose en su asiento y rozándose las piernas con las suyas en el proceso—. Puedo traerte algo si...

—No, no, no necesito nada —lo interrumpí rápidamente—. Gracias por ofrecerte.

—Como quieras.

Luego, Johnny pasó a rebuscar en su interminable bolsa de comida y sacó un recipiente hermético y un tenedor.

Observé por el rabillo del ojo mientras quitaba la tapa para revelar una selección de verduras al vapor, cuatro pechugas de pollo sin piel y un par de sobrecitos de pimienta negra molida.

—¿Vas a calentar eso? —me escuché preguntar, pues mi boca habló sin el permiso de mi cerebro.

—¿Por qué? —Se volvió para sonreírme con descaro—. ¿Llevas un microondas en la mochila?

—No, pero es posible que tengan uno en la tienda —dije, obligándome a no apartar la mirada—. Sabrá mejor si está caliente.

—Bah, estoy acostumbrado —respondió y luego se llevó el tenedor a la boca—. Además, como por la energía, no por el sabor.

—Eso suena fatal —solté.

Johnny sonrió entre bocado y bocado.

—Es la verdad.

—¿No quieres ir a sentarte con ellos para comer? —planteé, señalando por la ventana a algunos compañeros de equipo de Johnny que estaban sentados alrededor de una mesa de pícnic frente a la tienda, comiendo y charlando—. No me importa —añadí, porque no quería que se sintiera obligado a quedarse aquí conmigo cuando sus amigos estaban todos juntos allí.

—Estoy bien aquí —negó rápidamente.

—¿De verdad no puedes comer nunca comida normal? —pregunté sin poderlo evitar, al recordar lo que me contó aquel día en el pub—. Sé que estás entrenando... —arrugué la nariz ante la idea antes de añadir—, pero ¿en serio no tienes ni un día libre?

Ahora Johnny se volvió para mirarme.

—¿No consideras que el pollo y las verduras sean comida normal?

—Bueno, sí, claro que sí —murmuré, tragándome mi incomodidad—. Pero todos los demás chicos de tu equipo están comiendo bocatas de pollo y platos precocinados. Y tú te traes táper.

—Sí, bueno, todos los demás chicos del equipo no tienen que vérselas después con una nutricionista cruel —repuso entre bocado y bocado—. Ni tienen un huevo de entrenadores y ojeadores pegados al culo.

Oh.

Consideraré aquello un momento.

—¿Te importa? —pregunté entonces.

Esbozó una sonrisilla.

—No, nena, no me importa.

Se me paró el corazón.

Johnny se sonrojó y negó con la cabeza.

—O sea...

—No pasa nada —susurré—. De verdad.

Me miró con expresión de dolor y luego suspiró con fuerza.

Sacudiendo la cabeza, se guardó el táper en la mochila y se frotó la frente.

Desesperada por romper la espesa tensión que nos envolvía, solté:

—Enséñame sobre rugby.

Johnny me miró con sorpresa.

—¿Quieres que te...? —Su voz se apagó y arqueó una ceja—. ¿Por qué?

—Me han vuelto a obligar a veros jugar —contesté—. Debería saber lo que estoy viendo. —Encogiéndome de hombros, agregué—: Como ¿en qué posición juegas en el equipo?

—Yo soy centro —explicó, todavía mirándome con perplejidad—. Como segundo centro es donde estoy más cómodo.

—Vale. —Asentí con la cabeza, absorbiendo la información—. Entonces ¿te metes en las melés y esas cosas?

Johnny resopló.

—¿Qué? —solté a la defensiva—. Solo he visto uno de tus partidos, y las reglas y posiciones se me pasaron por alto. Ya te dije que soy de hurling y fútbol gaélico.

—Lo sé. —Riendo, levantó las manos y dijo—: No te estoy juzgando.

—Pero te estás riendo —le increpé.

Se me quedó mirando un buen rato antes de preguntar:

—¿De verdad quieres que te enseñe?

Asentí.

—Quiero aprender.

Johnny resopló y asintió.

—¿Por qué no? —reflexionó—. Así pasaremos el tiempo antes de que la loca nos ponga la siguiente actividad de mierda.

—Creo que toca meditar en cuanto volvamos a ponernos en marcha —me reí.

—Calla —se estremeció Johnny—. ¿Tienes bolígrafo y papel en la mochila?

Fruncí el ceño ante su pregunta, pero no lo cuestioné.

En lugar de eso, metí la mano en el bolsillo delantero de mi mochila, saqué una pequeña libreta y un bolígrafo y se los di.

—Vale. —Sacudiendo la cabeza, dirigió su atención a mi libreta—. Vamos allá —anunció, aclarándose la garganta—. Prepárate para aprender. —Me dedicó una sonrisa amable antes de añadir—: Otra vez.

Sonreí.

—Soy toda oídos.

Johnny abrió mi cuaderno por una página en blanco y comenzó a dibujar una cuadrícula con quince recuadros pequeños, mientras iba explicando.

Dentro de cada recuadro, escribió palabras como *flanker*, «talonador», «ala derecho» o «ala izquierdo», y luego describió cada posición.

A cada recuadro le asignó un número.

Junto a aquel con la etiqueta «segundo centro», escribió «13».

—Segundo centro eres tú, ¿verdad? —pregunté—. ¿Tienes el trece?

Johnny asintió.

—De la mala suerte para algunos —comenté.

—No para mí —respondió con una sonrisa.

—Esa era tu oportunidad de fingir modestia.

—No serviría de nada —contestó con un gesto de indiferencia—. Soy lo que soy y no pienso disculparme por ello. —Me golpeó suavemente con el bolígrafo en la nariz y dijo—: Bueno, concéntrate.

Eso hice.

—Tienes a los delanteros: números del uno al ocho. Aquí están tus dos pilares, los dos *flankers*, el talonador, tus dos segundas líneas y el número

ocho. Estos muchachos suelen ser los jugadores más grandes y pesados —explicó mientras garabateaba pequeñas notas.

La letra de Johnny era sorprendentemente clara para un chico; pequeña, de palo y fácil de leer.

Guardé ese pequeño dato en mi mente.

—Y luego tienes a tus defensores —prosiguió, atrayendo mi atención hacia él—. Los números del nueve al quince. Este es tu mediomelé, el apertura, los dos centros, los dos alas y tu zaguero. Estos son los jugadores más pequeños, ligeros y, generalmente, los más rápidos del equipo. —Con un suspiro de satisfacción, agitó una mano frente a la página—. Y ahí lo tienes: las quince posiciones que componen un equipo de rugby.

—Entonces ¿estos muchachos son los delanteros? —pregunté, señalando los números del uno al ocho.

Johnny asintió.

—Exacto.

—¿Como en el fútbol?

—No, no como en el fútbol —protestó, prácticamente atragantándose con las palabras, horrorizado—. Para nada como el fútbol.

—¿El gaélico?

—No —masculló, pellizcándose el puente de la nariz.

—¿El hurling?

—¡Que no! Deja de hablar. —Nervioso, se pasó una mano por el pelo y gruñó—. Olvídate de otros deportes un rato y escucha.

—No fuiste un profesor tan mandón la otra noche —refunfuñé.

—Ni tú una alumna tan difícil —replicó, golpeando el cuaderno con el bolígrafo—. Venga, concéntrate. —Suspirando con frustración, dijo—: En el rugby, los defensores se colocan detrás de los delanteros al comienzo del partido. Esa es la norma. Así es como se juega.

—Entonces ¿todos estos de aquí forman la melé? —cuestioné, señalando los números del uno al ocho—. ¿Los delanteros? —Frunciendo el ceño, añadí—: ¿Se agarran, se colocan y empujan con el otro equipo cuando el árbitro pide una melé?

—Sí —asintió, sacudiendo la cabeza alentadoramente.

—Y ¿qué es eso del placaje? —pregunté, recordando lo que Claire, Helen y Shelly me habían dicho sobre las chicas de segundo de bachillerato que peleaban por tirársele encima.

—Es cuando los oponentes atrapan al que lleva el balón y lo derriban —explicó Johnny.

—¿Como si lo atropellaran? —adiviné—. ¿Agarrándolo con fuerza?

—Es un poco más complicado y técnico que eso, pero sí —respondió, arrugando la nariz ante la idea—. Para la lección, llamémoslo así y ya.

Fruncí el ceño al imaginármelo, porque no le encontraba la más mínima gracia, antes de preguntar:

—¿Y el medio melé lanza la pelota a la melé?

—Exacto.

—Y ¿la pelota tiene que jugarse hacia atrás respecto de los jugadores en todo momento? ¿Un pase o un lanzamiento hacia delante es penalti?

—Sí. —Se le iluminaron los ojos—. Muy muy bien, Shannon.

Me puse rojísima por el elogio.

Animada, lo escuché atentamente.

El rugby parecía ser su vida y yo quería aprenderlo todo.

Cada minúsculo, diminuto e insignificante detalle de él.

Era patética a más no poder, pero me consolé diciéndome que era una forma inofensiva de pasar el tiempo.

Johnny siguió hablando, tratando de enseñarme las reglas del juego y los roles de cada miembro en particular, además de las diferentes jugadas y formaciones.

Para ser sincera, había una gran cantidad de información para asimilar, gran parte de la cual no retuve, pero cuando comenzó a explicarme el papel de un centro, escuché atentamente.

—Pues cada equipo tiene dos centros: el primero y el segundo. Jugar de centro significa que mi trabajo consiste en romper la línea defensiva del oponente —explicó—. También tenemos que mantener nuestra propia línea defensiva, interpretar las jugadas del contrario y prever la dirección del balón, así como saber cuándo hacer un ataque defensivo y cuándo no.

—Eso suena complicadísimo —admití, un poco abrumada y asombrada.

—No es una posición fácil de la que encargarse —coincidió Johnny—. Todo el mundo habla del apertura, pero los dos centros son primordiales en el juego. Supongo que se puede decir que son el centrocampista, pero de un equipo de rugby.

—Pero has dicho que eras defensor.

—Y lo soy.

—Pero acabas de decir que eres centrocampista.

—También.

—¿Cómo?

—Aparte del nueve y diez, que tienden a controlar la jugada, así como la velocidad y dirección del partido, los centros son los que crean las jugadas —explicó, en un tono suave—. Protegemos al apertura, vigilamos al medio melé y nos llevamos las palizas de los delanteros del oponente, que son mucho más grandes que nosotros. Somos más pequeños, más veloces y más ágiles que los delanteros. Tenemos que serlo para hacer jugadas rápidas y pegarnos a otros miembros de nuestro equipo para ayudarlos.

—Pero... —Levanté la mano y esperé a que me diera permiso antes de continuar—: Te he visto jugar. Eres el chico más grande del equipo.

Johnny negó con la cabeza, con los labios contraídos.

—Esto es rugby escolar. La mayoría de los muchachos en las ligas escolares juegan por diversión. En el rugby profesional y competitivo, no soy el más grande.

—Pero ¡eres enorme! —repuse.

—Soy alto —me corrigió antes de continuar rápidamente—. La velocidad es vital para un centro. Necesito ser ágil y poder acelerar al máximo cuando se presenta la oportunidad.

A mí Johnny me parecía enorme, pero ¿qué sabía yo?

Por lo visto, no mucho.

—Aguantar y defender, ese es mi trabajo como número trece —dijo—. Que la línea aguante y defenderla. Enfrentarme en el terreno o volver la melé en nuestro favor. Eso también depende de mí —añadió—. El doce y el trece juegan cerca uno del otro.

—¿Quién es tu doce en el equipo de Tommen?

Johnny señaló con la cabeza hacia el grupo de chicos.

—Patrick Feely.

—Oh —exclamé—. Y sois buenos amigos, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, es un buen colega. Cuido de Feely constantemente, y viceversa. Si él tiene el balón, tengo que pegarme a su culo, listo para recoger el pase y aprovecharlo lanzándoselo a uno de los alas.

—¿Los alas?

—El once y el catorce —explicó.

Asentí.

—Vale. El once y el catorce son alas.

—Exacto. Eso sí, debe haber confianza entre los dos centros, el doce y el trece —expuso—. Tienen que fiarse completamente el uno del otro, conocerse como la palma de la mano, interpretar sus jugadas y lenguaje corporal... Joder, a veces tienes que leerle el pensamiento.

—¿Por qué?

—Porque si estoy despejando al contrario, dependo del doce para que controle el interior, y viceversa. Si uno de los dos la caga, el otro sufre, lo que hace que sufra todo el equipo. —Soltó un profundo suspiro y dijo—: Es una relación muy estrecha que necesita comunicarse con claridad.

—No podías haberte buscado algo un poco más fácil, ¿verdad? —comenté por lo bajo, intimidada—. Tenías que elegir la posición más complicada del equipo.

—Todas son complicadas —afirmó—. Como las patas de un banco, si una se rompe, nos caemos todos.

—¿Tú chutas?

Johnny se encogió de hombros.

—Puedo, y lo hago cuando es necesario, como en los saques de banda o alguna que otra pelota rasa, pero no es una gran parte de mi trabajo.

—¿Pelota rasa?

—Un chute a ras del campo para que lo persigan.

—Pero no lo haces a menudo.

—No mucho.

—¿Por qué no?

—Porque normalmente estoy ocupado disputándome el balón y defendiendo la línea. Necesito poder enfrentarme al oponente tanto en ataque como en defensa. Mi cuerpo tiene que estar listo para los golpes que recibo, y recibo la leche de golpes, Shannon.

—¿Por qué lo haces?

—¿Qué quieres decir?

—Jugar a rugby —aclaré—. ¿Por qué lo haces?

—Me encanta —respondió simplemente—. Todo lo que implica. La forma de la pelota. El aspecto físico del juego. La adrenalina. La presión. Las recompensas. El esfuerzo que requiere de mí. Adoro este deporte.

«Yo te adoro a ti», casi solté, pero contuve las aterradoras palabras justo a tiempo.

¡Ay, madre!

¿De dónde había salido eso?

Yo no quería a Johnny.

Ni siquiera lo conocía.

No mucho, al menos.

Y, vale, lo que sí conocía sobre él eran partes buenas, partes decentes, partes bonitas, pero eso no significaba para nada que sintiese algo más profundo por Johnny que la obvia atracción física y un flechazo adolescente.

Era ridículo.

Yo era ridícula.

«Deja de mentirte a ti misma», me reprendió mi cerebro, «lo quieres con cada pedazo de tu destrozado corazón...».

Sobresaltada y desorientada por el inquietante pensamiento, tardé unos segundos en darme cuenta de que todavía me estaba hablando.

—... te asignan un montón de tonterías más con las que no voy a aburrirte entrando en detalles —alcancé a escucharlo decir.

Estaba moviéndose de nuevo, estirando las piernas en un ángulo extraño.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. —Dejó caer una mano sobre el muslo, pero rápidamente la apartó de nuevo, lanzándome una mirada de soslayo—. En serio, odio estos viajes tan largos en autocar —dijo a modo de explicación—. Estoy demasiado apretado.

—¿Por eso prefieres sentarte solo? —observé, ofreciéndole una salida—. ¿Por el espacio para las piernas?

—Sí —confirmó Johnny, con un destello de alivio en los ojos—. Con este cuerpo, es más fácil.

—¿También te sientas solo en clase?

Él asintió.

—Sí, lo prefiero así.

—¿Por qué?

—Porque soy ancho —respondió—. Y esos escritorios son la hostia de estrechos.

Sí que era ancho.

Era enorme.

Y guapísimo.

Johnny me miró de soslayo y dijo con una sonrisa socarrona:

—Aunque me sentaría contigo.

Me dio un vuelco el corazón.

—Ah, ¿sí?

Él sonrió.

—Eres tan menuda que no cuentas.

Resoplé.

—Todavía cuento.

—Ya sabes lo que quiero decir —se rio en voz baja—. No nos pelearíamos por el espacio para las piernas. —Miró hacia abajo, a mis pies, aún con la sonrisa pegada a la cara, y se burló—: ¿Llegas siquiera el suelo?

—Pues claro —le aseguré, y luego toqué rápidamente el suelo con las puntas de los pies para ver si estaba en lo cierto—. ¿Ves? —Me eché hacia atrás, feliz de descubrir que, en efecto, estaba en lo cierto. Vale, apenas llegaba al suelo, pero definitivamente tocaba de puntillas—. Ja, ja.

—¿Ja, ja? —Johnny echó la cabeza hacia atrás y se rio—. ¿Tienes cuatro años?

—Dice quien se burla de mi altura —repliqué, con mi mejor cara de indignación.

—Solo expongo los hechos —respondió inocentemente. Puso una sonrisa traviesa antes de añadir—: En parte esperaba que te trajeras un alzador para el asiento del autocar.

Sabiendo que era un error, se me escapó la sonrisa ante su comentario.

Algo en su tono me aseguró que no se trataba de un comportamiento malintencionado.

Johnny estaba de broma.

Fue extraño, inesperado y sorprendentemente grato.

—He decidido dejarlo en casa —me impresioné a mí misma al replicar—. Y menos mal, porque apenas hay espacio aquí con tu ego.

—Shannon Lynch me vacila. —Johnny se echó hacia atrás, y tanto su tono como su cara decían que estaba, a su pesar, impresionado—. Quién lo diría.

—Pues está claro que tú no.

Le sonreí dulcemente, ignorando el aleteo en mi estómago cuando dijo mi nombre, mientras me iba relajando poco a poco y mi sentido del humor se asomaba por encima de mi altísima muralla protectora, intrigado por la fascinación que levantaba ese chico.

—Vaya. —Johnny estaba sonriendo ahora—. Eres una pequeñaja sarcástica cuando quieres, ¿no?

Con un subidón de cachondeo, me encogí de hombros y repuse:

—No más que tú.

—Ahora estás de pitorreo.

—No más que tú —repetí, sonriendo con picardía.

—A chavalas necias —bromeó, siguiéndome el juego ahora—, oídos sordos.

—Se dice «a palabras necias» —lo corregí, sonriendo como él—. No «chavalas».

—No en mi mundo —respondió riendo por lo bajo.

—Mentiroso, mentiroso —canturreé—, cara de oso.

Entonces resopló con fuerza.

—Supongo que ahora vas a retorcer lo que diga para que parezca un cumplido —se rio.

—Eso depende —lo desafié, entre a gusto y nerviosa junto a él.

Estaba empezando a darme cuenta de que vivía en un torbellino de emociones cada vez que estaba con Johnny.

Un torbellino de emociones que me revolvía el estómago de los nervios y me dejaba atolondrada de la emoción al mismo tiempo.

No tenía sentido para mí.

Pero sus sonrisas eran adictivas.

Cuanto más sonreía, más lo ansiaba.

Johnny se acercó más, con los ojos brillando de emoción.

—¿De qué?

—De lo que vayas a llamarme —precisé.

—Ni se me ocurriría llamarte nada malo —contestó en tono sarcástico—. Además, si lo hiciera, probablemente te chivarías a mi madre.

—Sabes que no lo hice a propósito —protesté—. Nunca he querido meterte en problemas con nadie.

—Claro que sí —pinchó Johnny, con un guiño burlón—. Cada vez que te tengo cerca, los problemas surgen rápidamente. —Sonrió y se le marcaron

los hoyuelos en ambas mejillas—. Si no te conociera, pensaría que disfrutas hundiéndome en la mierda ante las autoridades.

No era tan ingenua como para no ver que, con tanta broma, la conversación rozaba el tonto.

Al menos eso me parecía a mí.

Johnny probablemente ni siquiera lo pensaba.

Pero da igual, porque cuando me miraba así, todo sonrisas y fascinación, no podía evitar seguirle el juego.

Me obligué a hacerme la tímida y declaré:

—Eso no es cierto.

—Ah, ¿no? —Me lanzó otro guiño burlón antes de añadir—: ¿Quién es la mentirosa con cara de osa ahora?

—Sigues siéndolo tú —aseveré—. Y yo no me maquillo.

Frunció el ceño, confundido.

—¿Eh?

—Que yo no me maquillo, y mucho menos por un guiño —rimé, toda engreída por haber conseguido que se perdiera en ese pequeño juego que parecíamos estar jugando—. Porque, como ves, no voy buscando tus cariños, niño.

Con una sonrisa traviesa en la cara, Johnny se inclinó hacia mi oído y susurró:

—Yo creo que te encantan mis cariños.

Me puse rojísima.

—¿Q-qué?

—Demasiado fácil —se rio, de lo más complacido consigo mismo.

Consciente de que tenía la sartén por el mango, pero incapaz de encontrar una respuesta decente a una afirmación lamentablemente precisa, decidí sacarle la lengua.

Johnny me miró la boca, y hubo un destello de picardía en sus ojos cuando dijo:

—Sigue sacándome la lengua y te la cogeré.

Escondí la lengua de nuevo y lo miré boquiabierto.

—Sí, claro.

—Ponme a prueba —me desafió, sonriendo—. Va.

Abrí los ojos como platos y me sacudí hacia atrás.

Estaba segura de que podía cumplir la amenaza.

Mi reacción solo hizo que Johnny se riera más fuerte.

—Deja de mirarme así —me pidió, llevándose una mano al costado para no reírse.

—¿Cómo? ¡No estoy haciendo nada! —repliqué, incapaz de evitar la sonrisa que se me dibujó en los labios—. Eres tú el que me ha amenazado con arrancarme la lengua.

—Con esa mirada nerviosa y los ojos como platos que tienes —dijo Johnny, todavía riéndose para sí mismo—. No te preocupes —añadió, sonriéndome—, no te robaré la lengua.

Fingí recelo.

—No sé si creerte.

—Me crees —me aseguró en tono confiado.

—Ah, ¿sí? —Arquee una ceja—. ¿Qué te hace estar tan seguro?

—Que confías en mí —contestó con una sonrisa espectacular.

—No confío en nadie, Johnny —rectifiqué en voz baja, y sentí que mi tranquilidad se evaporaba para ser reemplazada por el familiar peso de la desesperación que pendía sobre mí como un insistente nubarrón.

Johnny se quedó en silencio un buen rato, obviamente reflexionando sobre mis palabras.

—¿Por algo que pasó? —preguntó al final—. ¿En el pasado?

—Por muchas cosas —fue todo lo que respondí, sin poder ni querer contarle más.

—¿Cosas malas? —insistió, en voz baja e inquisitiva.

—Cosas personales —dije con voz ronca, disgustada por el giro repentino que había tomado la conversación. Me aclaré la garganta y luego agregué—: Cosas privadas.

—Cosas que hacen que confiar en la gente sea difícil —supuso finalmente Johnny, mirándome con atención.

—No. —Sacudiendo la cabeza, junté las manos y suspiré con fuerza—. Cosas que hacen que confiar en la gente sea imposible.

—¿Quieres hablar de ello?

Negué con la cabeza.

—Ya sabes lo que dicen sobre hablar de los problemas —insistió.

—No siempre funciona —susurré.

Me escudriñó durante un rato, sin duda sopesando mis palabras.

—¿Quieres saber lo que pienso? —preguntó finalmente.

—¿Qué?

—Creo que no quieres confiar en nadie —sentenció, sin dejar de insistir—. Pero, por mucho que te pese, confías en mí.

Abrí la boca para negarlo, pero me detuve en seco, perpleja ante sus palabras.

¿Tenía razón?

¿Confiaba en él?

Tal vez lo hacía a mi manera peculiar.

O sea, sabía que no intentaría hacerme daño ni perjudicarme intencionadamente.

Estaba segura de que era una buena persona con un corazón bondadoso y una mente maravillosa.

Pero ¿y todo lo demás?

Las partes que daban miedo.

Los sentimientos aterradores que despertaba en mí y que no me atrevía a leer por miedo a lo desconocido.

No estaba tan segura.

—Porque puedes hacerlo, Shannon. —La voz de Johnny irrumpió en mis pensamientos—. Puedes confiar en mí. —Me miraba fijamente, con una sorprendente intensidad en esos ojos azules—. No te haré daño.

—No te tengo miedo —respondí a la defensiva, desconcertada por lo inquietante de su precisión.

—Vale —contestó él con calma, sin desviar la mirada de mis ojos—. No quiero que lo tengas.

—Vale, porque no lo tengo.

—Me alegro.

Sintiéndome increíblemente expuesta y vulnerable, me quedé allí sentada, incapaz de formar una frase coherente, mientras le devolvía la mirada al chico que había puesto a prueba a mi corazón desde el primer día.

«Te defraudará —me increpó la parte protectora de mi mente—. Te hará más daño que todos los demás».

—No lo haré —declaró Johnny, que al parecer era capaz de leerme el pensamiento—. Lo que sea a lo que estés acostumbrada —continuó, con la mirada clavada en mí—. O a quien sea que estés acostumbrada. Lo que sea responsable de esa tristeza en tus ojos... —hizo una pausa para acariciarme el pómulo con el pulgar— ese no soy yo, no soy así, y no te haré eso.

—¿Lo prometes? —susurré, pero enseguida me reprendí.

Cuando estaba nerviosa, siempre pedía una promesa.

Era una costumbre horrible que había desarrollado por pasar años de mi vida en un estado constante de estrés e inseguridad.

Por lo general, le pedía esas promesas a mi hermano, y Joey me las proporcionaba en abundancia para aliviar un poco la ansiedad.

Independientemente de que mi hermano tuviera la intención de cumplir esas promesas o no, la pequeña afirmación, por imposible o ridícula que fuera, aplacaba algo dentro de mí por un rato y me hacía la vida un poco más llevadera.

—Lo prometo —declaró Johnny para mi sorpresa.

En ese momento, con esas dos sencillas palabras, Johnny Kavanagh abrió sin saberlo un agujero en el muro alrededor de mi corazón.

—Por favor, no hagas eso.

Johnny frunció el ceño.

—Hacer ¿qué?

—Promesas —musité, con el corazón retumbándome en el pecho—. Por favor, no lo hagas.

—Lo acabo de hacer —me dijo, sin el menor remordimiento—. Ya está ahí fuera, y no la voy a retirar.

Me dio un vuelco el estómago.

Me estremecí de arriba abajo.

«Esto no es seguro», me advirtió el cerebro.

«Protégete».

«No lo dejes entrar».

—No falto a mi palabra, Shannon —añadió Johnny—, así que vas a tener que hacerte a la idea.

Luego centró su atención en el cuaderno que aún tenía en las manos y comenzó a garabatear febrilmente algo antes de devolvérmelo un minuto después.

—¿Qué me dices? —preguntó con una sonrisa.

Miré la página y ahogué una carcajada.

En claras letras mayúsculas había escrito: «SHANNON COMO EL RÍO, ¿QUIERES SER MI AMIGA?».

Había dibujado dos casillas bajo el texto.

Una tenía un «Sí» en su interior y la otra, un «No».

La primera iba acompañada de una cara sonriente.

La segunda tenía una cara triste.

En la parte inferior de la página ponía «Firmado por», junto a una línea ligeramente torcida con su firma garabateada encima. Debajo del nombre de Johnny había un espacio para el mío, y había fechado el escrito a 10 de enero de 2005, mi primer día en Tommen.

Una nota al margen que decía «P. D.: SHANNON PROMETE NO DEMANDAR A JOHNNY CUANDO LO CONTRATEN LOS PROS POR CUALQUIER PERJUICIO QUE PUEDA HABERLE CAUSADO EN LA FECHA MENCIONADA ANTERIORMENTE. ESTE ES UN AVISO LEGAL VÁLIDO, NO ESTOY DE COÑA» ocupaba las últimas líneas de la página.

Era ridículo y adorable, y no podía borrar la estúpida sonrisa de mi cara.

—Para ser justos, creo que hace un tiempo que somos amigos —afirmó Johnny con una sonrisa infantil—. Solo lo pongo por escrito para que dejes de evitarme en el instituto.

—No te he estado evitando en el instituto —negué rápidamente, demasiado rápido.

Johnny arqueó una ceja y me miró con cara de «y una mierda».

—Vale, te he estado evitando en el instituto —admití, avergonzada.

—Me gusta la sinceridad —me animó en un tono de voz burlón—. Es la base de una amistad sólida.

Me reí y sonreí hacia la nota.

—Y ¿de verdad quieres que firme esto?

—He empleado mucha imaginación en redactarlo —replicó Johnny—. Me ofendería que no lo hicieras.

Negué con la cabeza y contuve una sonrisa.

—Qué tonto eres.

—Pero el que avisa no es traidor —se rio entre dientes—: no tengo hermanas y nunca he sido amigo de una chica, así que ten paciencia conmigo si la cago o digo lo que no toca.

—Pues yo tengo muchos hermanos —repuse—, así que estoy acostumbrada a que los chicos digan lo que no toca.

Marqué la casilla del «Sí», firmé la página y luego la arranqué del cuaderno antes de dársela a Johnny.

La sonrisa con que me recompensó fue amplia, auténtica e impresionante.

Uf, parecía una persona diferente cuando sonreía.

Se le transformaba toda la cara.

Se le iluminaban los ojos.

Se le marcaban los hoyuelos en las mejillas.

Vamos, que era guapísimo, y casi se lo digo.

Afortunadamente, me detuve justo a tiempo y balbuceé en su lugar:

—Estás deslumbrante.

Johnny levantó las cejas con expresión burlona, mientras yo me hundía más en mi asiento.

—¿Estoy deslumbrante? —preguntó mientras me observaba con interés, aún con esa sonrisilla burlona en los labios.

—En un deslumbrante estado —rectifiqué rápidamente y luego me aclaré la garganta varias veces para darme tiempo a inventarme algo antes de encontrar una mentira y añadir—: teniendo en cuenta que cargas con una lesión muy grave.

Hubo un brevísimo destello de pánico en su mirada antes de que cerrara los ojos con fuerza.

Y así, la versión socarrona y tierna de Johnny desapareció.

—No vayas por ahí, Shannon —me advirtió, y su sonrisa se endureció en una delgada línea, mientras se tensaba visiblemente de arriba abajo. Miró a su alrededor, fijándose en la fila de estudiantes que se amontonaban para subir al autocar, antes de volver su atención a mí—. Y menos aquí.

Su reacción fue como un guantazo.

—¿Estás bien? —pregunté, detestando lo insegura que sonaba—. Sabes que no quería decir...

—Estoy bien. —Y terminó por mí—: Y lo sé. No pasa nada. Es que... no puedo... Por favor, olvídalo.

El rechazo nunca era una sensación agradable, pero era exactamente lo que sentía cada vez que, como una tonta, me abría a ese chico.

Tenía la habilidad de reforzarme con palabras, sonrisas y falsas esperanzas, solo para aplastarme con su silencio.

Y me dolía más de lo que debería.

Me destrozaba.

En ese momento, varios estudiantes regresaron al autocar y su ruidoso parloteo nos distrajo a ambos.

—Joder, ya era hora —masculló Johnny.

Desoyendo su repentino cambio de humor, me concentré en la fila de estudiantes que subían al autocar.

Varios muchachos del equipo pasaron por nuestro lado entonces, deteniéndose para darle algunas palmadas a Johnny en el hombro a su paso.

Nerviosa, hice señas a Claire y Lizzie, rezando para que alguna me cambiara el sitio, pero volví a hundirme rápidamente en el asiento cuando mi mirada se posó en Ronan McGarry, dos filas por delante en el lado opuesto del autocar. Otra docena de filas más allá estaba Bella.

Al sentirme atrapada, miré a Johnny, que se había girado para intercambiar insultos con sus colegas en la última fila, detrás de nosotros.

—La clava en el campo, la clava en el autocar... ¿Cuántos chutes hasta meter gol con ella, Johnny?

Me encendí de vergüenza y agaché la cabeza, pues había aprendido rápidamente que pasar cualquier cantidad de tiempo con Johnny significaba recibir mucha atención.

Una atención no deseada.

No entendí muy bien lo que dijeron a continuación, pero Johnny saltó de su asiento y se fue hecho un basilisco hacia la parte trasera del autocar, así que supuse que era algo sexual.

No me atreví a mirar.

En cambio, mantuve la cabeza gacha y la mirada en mis temblorosas manos.

Estaba tan confundida que me dolía el cerebro.

El autocar se puso en marcha unos minutos más tarde y volvimos a la carretera.

La señora Moore llamó entonces la atención de todos y anunció la sesión de meditación.

Nunca me había sentido tan aliviada de escuchar esas palabras.

Sentada en silencio, traté de aclarar mi desenfreno de emociones.

—Shannon, lo siento.

Sobresaltada, me giré hacia Johnny, preguntándome si oía cosas, solo para encontrarlo mirándome fijamente con una expresión expectante.

—¿Qué?

—Soy un idiota. —Johnny negó con la cabeza y suspiró con frustración —. Te digo que confíes en mí y luego voy y me comporto así —se apresuró a explicar, solo para ponerse a tartamudear—: No debería... Es que...

normalmente nunca... No lo hago... Tú eres la única chica que... —Dejó escapar un suspiro e hizo un gesto señalándonos a los dos antes de finalmente decir—: No se me da bien esto, Shannon.

—No se te da bien ¿qué? —Ahora era yo la que parecía confundida—. ¿Hablar? Porque no tienes que hablar de eso. No te he pedido que lo hicieras.

—No me estás escuchando —cortó, para luego negar con la cabeza, con pinta de estar enfadado consigo mismo—. No. No me estoy explicando bien.

—Explicando ¿qué?

Frustrado, Johnny se pasó una mano por el pelo y suspiró con fuerza.

—He reaccionado exageradamente —dijo al fin.

—Sí —respondí, arisca—. Eso se te da bastante bien.

Decepcionada, me crucé de brazos y luego me volví hacia la ventana, pero él me agarró del brazo y me obligó a mirarlo.

—No hagas eso —masculló con voz áspera, sin soltarme el brazo.

Con un suspiro entrecortado, me obligué a no apartarme como una loca, y pregunté:

—Hacer ¿qué?

—Ignorarme.

—Le dijo la sartén al cazo —solté, apartando la cara.

—No puedes ignorarme, tenemos un contrato de amistad —insistió Johnny, tratando de hacerse el gracioso.

No me reí.

—Pues rómpelo —le dije, y luego aparté el brazo de un tirón.

—Shannon, déjame que te explique.

—Déjame en paz.

—Shannon, venga ya...

—No.

—Mírame.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—No.

Johnny suspiró.

—Shannon, por favor.

—¡He dicho que no! —estallé—. Me hiciste lo mismo en tu coche y lo estás haciendo de nuevo ahora. Es costumbre. Y no me gusta. ¡Así que no!

Johnny soltó un gruñido de frustración.

Segundos después, sentí su mano en el cuello mientras se inclinaba sobre mi asiento y tiraba de mi cuerpo hacia un lado para que lo mirara.

Aturdida, no pude hacer nada más que mirarlo.

—¿Q-qué estás haciendo?

Johnny paseaba la mirada de mis ojos a mis labios con una expresión desencajada e intensa, de terror y dolor.

Por un breve momento, pensé que estaba a punto de besarme.

Pero no lo hizo.

Por supuesto que no.

En lugar de eso, soltó un suspiro entrecortado, me puso la mano en un lado del cuello para acercarme más y presionó su mejilla contra la mía.

Con los labios en mi oído, dijo en apenas un susurro:

—Tengo miedo, Shannon.

—¿Miedo?

Noté cómo asentía cuando su mejilla, sin afeitarse, rozó la mía.

—¿De qué?

—De ti.

—¿De mí? —Me dio un vuelco el corazón—. ¿Por qué?

—¿Recuerdas lo que te conté aquel día? —susurró, con su enorme mano puesta con suavidad a un lado de mi cuello—. ¿Todo aquello sobre mi operación y lo que me duele? Estoy enfadado conmigo mismo porque se me fue la olla y te conté algo que puede ser usado en mi contra. Te di poder sobre mí y ahora estoy acojonado, ¿vale? Perdí los nervios contigo en el coche porque tocaste un tema delicado. Porque me cantaste las cuarenta. Porque tenías razón.

—Ah, ¿sí?

Asintió, y el movimiento hizo que su mejilla se frotara contra la mía.

—No soy tonto —continuó susurrando—. Sé a lo que me arriesgo al no parar, pero me lo juego todo en los próximos quince meses, a que mi cuerpo aguante. Es mi carrera —me confesó en apenas un hilo de voz.

Pronunciaba las palabras tan bajo y rápido, con un acento de Dublín cada vez más pronunciado, que me costaba seguirlas.

—Es mi futuro, y no puedo soportar ver cómo se me escapa entre los dedos. He trabajado muy duro para llegar donde estoy como para dejarlo todo. Me obligan a hacerme una prueba, Shannon. No se lo he contado a

nadie. Y si no la paso, si descubren que no estoy al cien por cien, me echarán y estaré fuera durante meses, Shannon. Meses. Puede que no te parezca gran cosa, pero es toda mi vida. Perderé la oportunidad con la sub-20 en junio. No optaré a nada. Lo perderé todo. No puede pasarme eso, joder.

Sus labios me rozaban el lóbulo de la oreja mientras hablaba.

No fue un gesto intencionado ni remotamente de coqueteo, pues se le veía muy agitado, pero aun así tuve que reprimir un escalofrío ante el contacto.

—Y que sepas todo esto, que yo te lo cuente, sabiendo que podría usarse en mi contra... —Johnny suspiró profundamente, y su cálido aliento me rozó la curva de la mandíbula—. Yo no hago estas cosas, Shannon. No me expongo ante nadie. Nunca —apuntó. Sus dedos temblaban contra mi cuello mientras hablaba—. Y me asusta muchísimo haberte dado ese tipo de poder.

—Entonces ¿por qué lo hiciste? —pregunté, mientras un pequeño escalofrío me recorría la espalda.

Inclinándome hacia atrás para poder mirarlo a la cara, añadí:

—¿Por qué me lo contaste?

Parecía muy perdido cuando se encogió de hombros.

—Llevo mucho tiempo haciéndome la misma pregunta y todavía no tengo una respuesta, Shannon —dijo con voz ronca, mirándome fijamente con ojos atormentados—. No entiendo lo que está pasando entre nosotros.

Me di cuenta de que estaba presenciando un inusual momento de vulnerabilidad en Johnny, y mi corazón apenas pudo soportar la presión.

Verlo así, tan expuesto e indefenso.

Me afectó.

Quise protegerlo.

Como si necesitara defenderlo o algo así, lo cual era una locura, porque solo con mirar al chico era obvio que no necesitaba la protección de nadie.

Pero seguía sintiéndome así.

Lo contemplé mientras me observaba durante un buen rato, absorbiendo su expresión de derrota y la forma en que me miraba, casi esperanzado, como si yo tuviera las respuestas a todas sus preguntas.

No era así.

Lo correcto habría sido consolarlo con palabras asertivas.

No lo hice.

En su lugar, le dije lo que pensaba.

—No quiero que juegues —susurré. Dejando de lado la precaución y siguiendo a mi instinto, me senté sobre las piernas, me acerqué a él y le dije al oído—: Ni hoy, ni mañana. No quiero que salgas y te pongas en peligro, Johnny. No quiero que te pase nada. Quiero que pares. Quiero que dejes descansar al cuerpo. Quiero que te cuides.

—Shannon...

—Déjame terminar —murmuré.

Él asintió con rigidez.

Temblando, alargué una mano y le cogí de la mandíbula.

—Iba en serio cuando te dije que no se lo contaría a nadie.

Sentí que se ponía rígido, pero no me alejé, pues me impulsaba a seguir la necesidad de consolarlo.

—No estoy de acuerdo con tus decisiones —grazné—. Pero comprendo que seas tú quien debe tomarlas.

Algo dentro de ese chico me llamaba.

No tenía idea de qué era, pero me daba valor.

Me hacía querer salir de mi zona de confort y ayudarlo, incluso si eso significaba hacer algo incorrecto.

—Puedo guardar un secreto, Johnny Kavanagh —susurré, acariciándole la mejilla con los dedos—. Y te prometo que guardaré el tuyo.

Con la mano todavía en un lado de mi cuello, Johnny soltó un profundo suspiro y dejó caer la cabeza hacia delante, de manera que el pelo me rozaba el cuello.

—Me duele tanto, Shannon... —confesó, en tono grave y brusco—. A todas horas —agregó, cubriendo mi mano con la suya—. Me duele tanto que apenas puedo dormir por la noche. No puedo concentrarme una mierda en clase. La cago en el campo. Entrenando. Todo se está yendo al infierno, y la única persona con la que puedo hablar es una chica a la que apenas conozco. —Soltó un profundo suspiro y me acercó más a él—. Eres lo único que me distrae, lo único en lo que puedo concentrarme, y ni siquiera te conozco. Me siento más cerca de ti que de mis propios compañeros. Te estoy contando cosas que no le diría ni a mi mejor amigo. Hay que estar jodido.

—No estás jodido. —El corazón me retumbaba tan fuerte contra la caja torácica que me costaba respirar—. No pasa nada.

—Sí que pasa —replicó Johnny, hundiéndome la cara en el cuello—. Nada de lo que está pasando en mi vida en este momento está bien.

En un instante, tenía la cara en mi cuello y al siguiente ya no.

—Joder —gruñó, alejándose de mí como si se hubiera quemado—. ¡Joder! —repitió, pasándose una mano por el pelo—. Lo he vuelto a hacer. Lo he vuelto a hacer, joder.

Aturdida, me quedé de rodillas, observando cada uno de sus movimientos.

—¿Hay alguna posibilidad de que olvides todo lo que acabo de decir? —preguntó en tono cansado, mientras me miraba con los ojos ardiendo de desesperación.

Incapaz de formar palabras, me limité a mirarlo sacudiendo la cabeza.

No podía fingir.

Ya no.

—No —asintió Johnny con tristeza, y se frotó la cara con la palma de la mano—, no lo creo.

El motivo de mi siguiente declaración se basó más en el puro instinto humano que en la razón, alentada como estaba por la imperiosa necesidad que sentía en el pecho de evitar que este chico sufriera.

—Me acosaron —solté, sorprendiéndonos a ambos con la confesión.

Quería tranquilizarlo, y lo único que se me ocurrió para que eso sucediera era revelarle yo un secreto de lo más íntimo.

—Mucho —aclaré, con la voz apenas un susurro.

Johnny clavó la mirada en mis ojos.

—¿En tu antiguo instituto?

—Sí —asentí y luego negué con la cabeza—. No solo en el instituto de Ballylaggin, sino en todas partes.

—¿En todas partes? —repitió Johnny lentamente, con el ceño muy fruncido.

—En todas partes —confirmé, mordiéndome el labio para evitar que me temblara.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó al fin, echándose hacia atrás para mirarme.

—Toda mi vida —respondí con cansancio, obligándome a mantener el contacto visual—. No recuerdo un momento en que no fuera odiada por todo el mundo.

—¿Qué? —me cortó Johnny, que parecía horrorizado—. ¡No! Shannon, no deberías pensar esas cosas...

—Es la verdad, Johnny —me apresuré a aclarar—. Soy desagradable. Es un hecho. Simple y llanamente.

—A mí me gustas —declaró él sin dudarle un ápice.

«Bueno, ¡y yo te quiero, Johnny Kavanagh!».

«Aunque te vayas».

«Aunque no sientas lo mismo».

«Aunque quererte me vaya a romper el corazón».

«Te quiero con todas mis fuerzas».

«Y probablemente siempre lo haré».

—Bueno, eso te convierte en uno de los pocos. —Dejé escapar un suspiro tembloroso—. ¡Me odiaban de pequeña, Johnny! En serio, era odio. Nadie quería jugar conmigo. Nadie me quería en su equipo de Educación física ni se sentaba conmigo en clase, y nunca me invitaron a las fiestas de cumpleaños de los demás niños. Se metían conmigo constantemente. Por mi pelo. Por mi estatura. Mi ropa. Mis libros de texto de segunda mano. El coche de mi familia. El barrio donde vivo. Por respirar. No importaba lo que hiciera o lo mucho que intentara llevarme bien con los otros niños, ellos siempre me encontraban algún defecto. —Negué con la cabeza y suspiré con cansancio—. He tenido dos amigas en toda la vida. Y ya está.

—¿Claire Biggs y la novia de Pierce Ó Neill? —preguntó Johnny, con voz ronca.

—Lizzie Young —confirmé asintiendo—. Sí, fuimos juntas a la escuela y, sinceramente, si no hubiese sido por ellas, habría estado solísima.

—Pero ¿se cambiaron a Tommen después de la primaria?

—Así es.

—¿Y tú fuiste al instituto público de Ballylaggin?

—Sí —musité.

La cara de Johnny estaba atravesada por el desconcierto, como si eso fuera difícil de comprender para él.

Y para un chico como él, probablemente lo fuese.

No le faltaban amigos ni chicas que lo adoraran.

Era popular y una gran estrella.

No tenía la menor idea de lo que era estar al otro lado de la popularidad.

Donde yo residía.

El tono de Johnny era cauto cuando preguntó:

—¿Fue lo mismo allí?

—No. —Respirando para tranquilizarme, continué abriéndome al peligro

—. Fue peor.

Johnny se quedó en silencio un buen rato antes de plantearme:

—¿Te hicieron daño?

Reprimiendo un escalofrío, me obligué a asentir apenas con la cabeza.

—¿Shannon?

—Todos los días —admití.

—Joder —prácticamente gruñó mientras se pasaba una mano por el pelo

—. No me extraña que a tu madre se le fuera la pinza conmigo aquel día.

Solté un profundo suspiro.

—No fue la primera visita a Urgencias desde la escuela.

—Hostia. —Johnny exhaló con fuerza y me acercó más a él—. ¿Cuánto empeoró?

Me encogí de hombros con impotencia, incapaz de pronunciar las palabras, o tal vez simplemente no estaba dispuesta a expresar en voz alta el trauma.

Quería olvidarlo.

Quería que esa parte de mi vida se borrara para siempre.

—¿Shannon? —insistió Johnny, en un tono tremendamente suave, mientras tiraba de mí hasta que mis rodillas tocaron su muslo. Con un brazo alrededor de mi espalda, se acercó y repitió su pregunta anterior—: ¿Cuánto empeoró?

«Hasta el punto de querer morirme».

—Tanto que mi madre tuvo que endeudarse para transferirme a Tommen —admití, en apenas un hilo de voz—. Y tantísimo que dejé que lo hiciera —añadí, obligándome a mirarlo, para encontrarme con una expresión de lástima que detesté.

—¿Las chicas del pub? —inquirió entonces.

Asentí.

—Ciara fue la peor.

Su mirada se ensombreció.

—La rubia.

Asentí de nuevo, esa vez débilmente.

—No podía volver al instituto de Ballylaggin después de Navidad. Había pasado demasiado y se estaba descontrolando.

—¿Se estaba descontrolando? —Johnny me miró fijamente—. Me da que hacía años que se había descontrolado.

—Ah, sí —coincidí—. Pero la verdad es que estaba empezando a afectar a mi hermano, y mis padres estaban preocupados.

—Tu hermano —dijo Johnny en un tono seco.

—Sí —afirmé—. A Joey lo expulsaban constantemente por pelearse por mí. Ya tenía cuatro expulsiones por mi culpa en Navidad, y a mi madre le aterrorizaba que lo hicieran definitivo en su último año de bachillerato. Mi padre estaba furioso porque pensaba que el comportamiento de Joey le costaría su lugar en la liga juvenil. Fue una pesadilla total. —Encogiéndome de hombros, exhalé un profundo suspiro y proseguí—: Al final, mi madre convenció a mi padre de que sería mejor para mi hermano que me sacaran del instituto público de Ballylaggin.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Johnny, mirándome fijamente con esos ojos azules—. ¿Era mejor para ti?

—Fue la mejor decisión que jamás hayan tomado por mí —contesté sin dudar.

—¿Y Tommen? —insistió Johnny, que tenía toda su atención puesta en mí—. ¿Cómo estás aquí?

—Aparte del incidente con Ronan, no he tenido ningún problema en el centro —expuse con toda sinceridad, con las mejillas ardiendo ante su atenta mirada—. Oh, y la amenaza de Bella por hablar contigo.

—¿Y esto? —Me pasó los dedos por el cuello, atravesándome con la mirada—. Necesito saber cómo pasó esto.

Me estremecí con su roce.

—Ya te lo conté.

—No me mientas —me advirtió.

—Entonces no me obligues a hacerlo —le supliqué, sabiendo que se lo estaba dando todo: mi corazón, mis secretos, mi confianza, y no podía parar—. Por favor, no me presiones.

—Shannon... —comenzó, y luego se detuvo enseguida. Me miró fijamente durante un buen rato antes de asentir por fin—. Lo dejo por ahora.

Me derrumbé de alivio.

—Gracias.

—Pero voy a averiguarlo —susurró—. Me lo cuentes o no. —Me acarició la mejilla con el pulgar y añadió—: Lo averiguaré y los haré sufrir.

Se me encogió el corazón.

Lo sabía.

No iba a dejarlo correr.

Se lo vi en los ojos aquella noche en su dormitorio.

Johnny Kavanagh estaba empeñado en descubrir mis secretos.

—Y Bella no hará una mierda —continuó, en tono áspero, con una intensa mirada—. Si te declara la guerra, entonces también me la declara a mí.

—No me gustan la guerra ni la confrontación —repliqué nerviosa, entrando en pánico al pensar en su aterradora ex y el daño que era capaz de causarme—. No quiero que me odie, Johnny. No he hecho nada malo.

—Se siente amenazada por ti —dijo bruscamente—. Su reacción hacia ti es por los celos.

—¿Amenazada por mí? —Negué con la cabeza—. ¿Por qué?

—Porque eres preciosa —declaró, lo que hizo que se me pusieran las mejillas de un profundo tono rosado.

Ningún chico me había llamado guapa antes.

No de esa manera.

No con tanto descaro.

No con tanta sinceridad.

Pero Johnny lo hizo, y el corazón se me puso a aletear en el pecho como un pájaro enjaulado desesperado por escapar.

Entonces se aclaró la garganta, con aspecto de sentirse un poco incómodo, y por un momento pensé que estaba a punto de retirar el cumplido, pero luego endureció sus rasgos, me colocó un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja y susurró:

—Por dentro y por fuera.

Esas palabras fueron suficientes.

Esas palabras me desarmaron.

Temblaba de pies a cabeza mientras volvía la mirada hacia la suya, a sus ojos.

—¿Lo soy?

Él asintió lentamente.

—De todas las maneras.

Ay, madre.

Mi corazón.

No podía gestionar eso.

No podía con él...

Presa del pánico e insegura por mis sentimientos, me apresuré a decir:

—Ahora estamos en igualdad de condiciones. Conozco tus secretos y tú conoces los míos, así que puedes estar seguro de que no contaré a los cuatro vientos lo de tu lesión —le aseguré, sintiéndome vulnerable y expuesta—. No cuando mis trapos sucios están en tus manos.

—Sí, supongo que sí —repuso Johnny en tono pensativo, antes de retroceder rápidamente—. Un momento, ¿me has contado todo eso para que tuviera poder sobre ti?

Me encogí de hombros.

Johnny frunció el ceño.

—¿Por qué lo has hecho?

—Estaba tratando de hacerte sentir seguro —solté.

—¿Quieres hacerme sentir seguro? —No lograba descifrar la expresión en su rostro mientras me miraba con esos ojos azules encendidos—. ¿Por qué?

—Porque te asusta que sepa lo de tu, eh, tu... —Le señalé la entrepierna, con las mejillas ardiendo, y luego solté un suspiro—. Está claro que te preocupa, así que quería hacerte sentir mejor. Quería contártelo para que no te sientas acorralado.

—No lo entiendo. —Johnny sacudió la cabeza con evidente confusión—. O sea, me alegro de que me lo hayas contado, lo aprecio muchísimo, pero ¿me has revelado algo superpersonal esperando que lo use en tu contra para sentirme mejor? Lo que no entiendo es que eso te parezca bien, que hayas pensado que a mí me parecería bien —dijo soltando un suspiro.

—Tal vez tenías razón acerca de que confío en ti a mi pesar —susurré, sintiendo un estallido de frío y calor en el pecho.

Levantó las cejas, sorprendido.

—Entonces, sí que confías en mí.

Me encogí de hombros con impotencia a modo de respuesta, porque así es exactamente como me sentía en ese momento: desarmada y perdidísima.

—Palabras, Shannon —me presionó, en tono áspero—. Necesito palabras.

—¿Qué quieres que te diga? —grazné.

—Cuéntame por qué confías en mí.

—Porque cuando estoy contigo, me siento...

—¿Te sientes...?

—A salvo, ¿vale? —alcancé a decir—. Cuando estás cerca, me siento segura.

—Porque lo estás —aseveró Johnny, tajante—. Ya te dije que no te voy a hacer daño, y espero habértelo demostrado de sobra también.

Dejé escapar un suspiro entrecortado y agaché la cabeza, desesperada por ocultar cuánto me habían afectado esas palabras.

—Shannon, mírame.

Negué con la cabeza, sin hacerle caso.

No podía.

Era demasiado.

Él era demasiado.

—Mírame —repitió, en un tono suave y persuasivo.

Al no hacer ademán de complacerlo, Johnny me levantó la barbilla con una mano, forzando a que nuestras miradas se encontraran, y me escudriñó con esos ojos azules.

—Estás. A. Salvo —sentenció, pronunciando cada palabra con tremenda lentitud, mientras me pasaba la yema del pulgar por la barbilla—. Lo que sea que te pasara en tu antiguo instituto —continuó, abriéndose paso a través de mis muros una vez más— no te seguirá hasta Tommen. —Sus ojos resplandecían con sinceridad y determinación cuando añadió—: No dejaré que nada malo te pase aquí. —Pegó su frente a la mía y exhaló un suspiro de dolor—. Y si me contaras dónde más debo mantenerte a salvo, también lo haría.

—¿Por qué?

Era una pregunta cargada de pensamientos e intenciones, pero fue todo lo que se me ocurrió decir.

Johnny vaciló unos segundos y luego contestó:

—Porque me importas.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Se encogió de hombros con impotencia—. No puedo evitarlo.

—Fuiste tú, ¿verdad? —susurré—. Tú eres la razón de que nadie se metiese conmigo tras el incidente en la cancha. ¿Me has estado protegiendo?

Me miró con cautela, pero permaneció en silencio.

—Vamos, Johnny —suspiré—. No soy tonta. Sé que tuviste algo que ver con eso. Estaba medio desnuda frente a un campo lleno de chicos. Vomité frente a mi taquilla, joder. Chismes como ese no desaparecen porque sí.

—Te dije aquel día frente al despacho de Twomey que no dejaría que nadie te hiciera daño —admitió finalmente.

«Sí, lo hizo».

«Me lo prometió».

«Y lo había cumplido...».

—Bueno, gracias por preocuparte —balbuceé.

—Gracias por hacer que valga la pena —respondió Johnny, todavía tocándome la mejilla.

Temblando por el contacto, me incliné hacia su mano para que no parara.

Estaba intentando controlarme con todas mis fuerzas, pero era prácticamente imposible cuando tenía sus manos sobre mi cuerpo.

Quería subirme a su regazo y huir de él al mismo tiempo.

Aquello tenía sentido para mí.

Estaba increíblemente confundida.

Mis sentimientos me aterrorizaban.

Estaba perdida.

—¿Cómo están los tortolitos? —retumbó una voz familiar cerca de mi oído.

Sobresaltada, miré por encima del hombro de Johnny para encontrar a Gibsie sonriéndonos.

—Hola, pequeña Shannon —dijo con un guiño travieso—. No te preocupes por mí. Solo necesito pedirte prestado a mi amigo un segundo.

Ay, madre.

Muerta de vergüenza, me aparté rápidamente para romper el contacto.

Johnny murmuró una serie de palabrotas ininteligibles antes de darse la vuelta.

—Será mejor que sea importante, joder —soltó, con los hombros tensos.

—Eso depende —repuso Gibsie como si nada.

—¿De qué? —ladró Johnny.

—De si todavía quieres o no que te recuerde eso que me pediste que te recordara.

—¿Eso? —Johnny negó con la cabeza—. ¿El qué? ¿De qué mierda estás hablando?

—De líneas y buldóceres, amigo mío —contestó Gibsie con una mirada cargada de intención.

No tenía idea de a qué se refería, pero estaba claro que Johnny sí, porque suspiró con fuerza al tiempo que decía «mierda».

—De nada —respondió Gibsie, dándole a Johnny unas palmadas en el hombro antes de volver a su asiento.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté cuando estuvimos más o menos solos otra vez.

—¿Mmm? —dijo Johnny, obviamente distraído.

Siguió girándose para mirar a su amigo.

—¿Estás bien? —susurré.

—¿Qué? Sí, sí, estoy genial.

Me echó un rápido vistazo y luego volvió a decirle algo más a Gibsie gesticulando con la boca.

No logré entender muy bien lo que se decían el uno al otro.

Parecían estar comunicándose a través de gestos, aunque fue bastante fácil darse cuenta de lo que quería decir Johnny cuando le hizo la peineta a Gibsie.

Sacudiendo la cabeza, renuncié a tratar de descifrar su mímica y volví mi atención al iPod de Johnny, que me había dejado antes durante uno de nuestros descansos para meditar.

Me puse los auriculares y me fui desplazando cuidadosamente a través de sus listas de reproducción, pero casi me da un ataque al corazón cuando vi una llamada «Canciones para Shannon».

Con el pulso acelerado, le eché un vistazo rápido a Johnny, pero todavía estaba completamente inmerso en insultarse con lenguaje de señas con Gibsie.

Solté una pequeña bocanada de aire, abrí la lista de reproducción y enseguida me puse a mirar las canciones.

- COLDPLAY, «YELLOW»
- GUNS N' ROSES, «SWEET CHILD O' MINE»
- GOO GOO DOLLS, «IRIS»
- THE FUREYS, «WHEN YOU WERE SWEET SIXTEEN»
- HOWIE DAY, «COLLIDE»
- DECLAN Ó ROURKE, «WHATEVER ELSE HAPPENS»
- THE OFFSPRING, «WANT YOU BAD»
- BUSTED, «FALL AT YOUR FEET»
- AEROSMITH, «CRAZY»
- COUNTING CROWS, «COLORBLIND»
- DAVID GRAY, «THIS YEAR'S LOVE»
- BON JOVI, «IN THESE ARMS»
- WESTLIFE, «WORLD OF OUR OWN»
- EAGLE-EYE CHERRY, «SAVE TONIGHT»
- METALLICA, «TUESDAY'S GONE»
- SNOW PATROL, «RUN»
- THE VERVE, «LUCKY MAN»
- HIM, «WICKED GAME»
- THE LA'S, «THERE SHE GOES»

Eran canciones de amor.

Todas eran canciones de amor.

Guardadas en una lista de reproducción con mi nombre.

¿Por qué?

¿Por qué haría algo así?

¿Él me...?

No. No, para nada.

Por supuesto que no.

Entonces ¿por qué...?

—Shannon, ¿podemos hablar?

La voz de Johnny penetró en mis pensamientos, lo que hizo que me sobresaltara y se me cayera su iPod.

Por suerte, aterrizó en mi regazo y no en el suelo del autocar.

Me giré para mirarlo, con el corazón latiéndome con violencia.

—¿Hablar?

—Sí. —Johnny asintió lentamente, con los ojos encendidos—. Necesito hablar contigo de una cosa.

—Eh, sí, vale... —Secándome las palmas de las manos en la falda, exhalé un suspiro tembloroso antes de agregar—: ¿De qué quieres hablar?

—Aquí no —dijo Johnny, mirando alrededor—. Esta noche —apuntó, mirándome fijamente de nuevo—. Después del partido. Te llevaré a casa y podremos hablar en el coche.

Ay, madre.

¿Era algo malo?

¿Me iba a decir algo terrible?

—Muy bien, chicos, el tiempo de meditación ha terminado —anunció la señora Moore, aplaudiendo para atraer la atención de todos—. Solo nos quedan cuarenta minutos para llegar a Dublín, así que propongo otra actividad.

—La hostia —gimió Johnny, apartándose de mí—. Otra no, joder.

Me reí por su reacción.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó, sonriéndome—. ¿No me digas que realmente disfrutas con estas cosas?

«Disfruto estando contigo».

—Estoy en el equipo ganador —bromeé, dándole un empujoncito con el hombro—. Por supuesto que lo disfruto.

—Cierto —asintió Johnny con una sonrisa torcida. Sacó de su mochila la pila de premios que habíamos recolectado con las actividades a lo largo del día y los dejó caer en mi regazo antes de decir—: Hacemos bastante buen equipo, Shannon como el río.

Sí.

Sí que lo hacíamos.

Esperé a que todos los demás bajaran del autocar antes de deslizarme de mi asiento.

—Buena suerte hoy —dije tras detenerme en el pasillo y observar a Johnny hurgar entre las mochilas que había tiradas en la parte trasera del vehículo, sin duda buscando la suya.

—¿Eh? —respondió, obviamente distraído, mientras murmuraba algo sobre cabrones desordenados.

Parecía agobiado.

Cuanto más nos acercábamos al Royce College, más se alteraba.

Ahora que estábamos allí, Johnny estaba hecho un manojo de nervios.

Entendía el motivo.

Se suponía que él había ido al colegio allí, lo que significaba que probablemente jugaría contra sus antiguos amigos y compañeros de equipo.

Eso era mucha presión.

Y estaba escondiendo una lesión.

—En el partido —aclaré—. Espero que ganéis. —Me despedí con un pequeño gesto con la mano antes de apresurarme por el pasillo hacia la salida, desesperada por poner un muy necesario espacio entre Johnny Kavanagh y mi corazón.

—¿Shannon? —me llamó él.

Deteniéndome en la puerta, me volví para mirarlo.

—¿Sí?

Tenía una penetrante mirada cuando dijo:

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro.

Johnny sonrió.

—Por no ser como los demás.

—Eh, ¿vale?

—Te veré en un rato, ¿sí?

Asentí.

—Adiós, Johnny.

Algo trastornada, me apresuré a bajar del autocar, pero fui interceptada de inmediato por Shelly y Helen.

Me cogieron de un brazo cada una y me alejaron del vehículo.

—Tía, tienes que darnos algunas explicaciones —exigió Shelly emocionada.

—Y queremos todos los detalles —añadió Helen.

—¿Detalles? —pregunté, sintiendo que me sonrojaba por su emboscada—. ¿Acerca de qué?

—Ni se te ocurra —me advirtió Helen—. Acabas de pasar tres horas con Johnny.

—No me ha quedado otra —respondí—. El asiento junto al suyo era el único que quedaba libre.

—¿De qué habéis hablado? —preguntó Shelly, con los ojos centelleando de emoción—. ¿Qué te ha dicho?

—No sé. —Me encogí de hombros, incómoda—. Tonterías.

—¿Tonterías? —farfulló Helen.

—Shannon, estoy tratando de vivir esto a través de ti. Tienes que darme más que «tonterías» —resopló Shelly.

—Atrás, buitres —ladró Lizzie—. Id a buscar otro cadáver por el que pelear.

Estaba apoyada contra la parte trasera del autocar, con un chico enorme frente a ella.

Lo identifiqué al instante como Pierce.

Supuse que volvían a estar juntos cuando vi sus manos en la cintura de mi amiga y la forma en que le hundía la cara en el cuello.

Claire, Gibsie, Hughie, el entrenador Mulcahy y Patrick Feely estaban cerca, aunque no nos prestaban atención.

De hecho, todos parecían estar debatiendo algo alrededor del profesor.

Agradecida por la interrupción de Lizzie, escapé de entre las dos chismosas, me despedí de ellas con un gesto rápido mientras ignoraba sus expresiones de decepción y luego me dirigí apresurada hacia mis amigas.

Cuanto más me acercaba a ellas, más acalorada parecía volverse la discusión entre los demás.

—Va a jugar, entrenador —gruñía Hughie—. No pueden hacer esto.

—Estoy de acuerdo, Biggs —convino el profesor con un teléfono en la oreja—. Esta mierda no aguantará... Hola, sí, me gustaría hablar con el director. —Dicho lo cual, se puso a gritar órdenes al móvil.

—Menudos paquetes —soltó Gibsie, enfadado.

—Pichaflojas —asintió Hughie.

—Para ser justos —reflexionó Patrick Feely—, el equipo parece dispuesto a jugar. Es su entrenador el que tiene el problema.

—¿Qué problema? —pregunté, acercándome a Claire, porque Lizzie tenía la boca ocupada por la lengua de Pierce—. ¿Qué pasa? ¿Se cancela el partido?

—El entrenador de Royce se niega a permitir que su equipo juegue si el entrenador Mulcahy saca a Johnny —explicó Claire, que parecía tan cabreada como todos los demás.

—¿Qué? —La miré boquiabierta—. ¿Por qué?

—¿Porque son una panda de cobardes de mierda que están demasiado acojonados para jugar contra él? —aventuró Gibsie, en un tono cargado de sarcasmo—. Imbéciles.

—Entonces ¿qué? ¿Van castigarlo por ser un buen jugador? —pregunté, francamente sorprendida.

—Creo que tiene más que ver con que haya jugado quince partidos internacionales con la irlandesa, Shan —respondió Hughie.

—¿Con la irlandesa?

—La selección nacional de rugby —explicó rápidamente.

—¿Y qué? —salté a la defensiva—. Los ganó todos y cada uno. No le han regalado nada.

—No, si yo estoy de acuerdo contigo —repuso Hughie, riéndose—. Simplemente intimida a algunos entrenadores.

—¿Qué pasa? —oí decir a Johnny momentos antes de que se pusiera a mi lado.

Me rozó un brazo con el suyo, y aunque había varias capas de ropa entre nosotros, se me puso la piel de gallina.

—La mierda de siempre —le informó Gibsie—. No juegan si tú juegas.

Johnny se encogió de hombros con indiferencia.

—Ah, bueno.

Me giré para mirarlo, atónita por su falta de respuesta.

—Esto sucede a menudo —me explicó rápidamente al fijarse en mi expresión—. El entrenador lo solucionará. —Luego se volvió hacia los chicos e indicó—: Todos al vestuario. Nos equipamos y comenzamos con los calentamientos.

Asintiendo, tanto Hughie como el otro chico corrieron en dirección a la sede del club, llamando a sus compañeros de equipo a su paso.

—Johnny, tío, esto podría tardar horas en aclararse —gimió Gibsie.

Este, con todo rastro de vulnerabilidad en el pasado, dijo:

—Entonces calentaremos durante horas. Mueve el culo ya.

—Reza por mí —le pidió Gibsie a Claire. Luego se lanzó hacia delante y le dio un fuerte beso en la mejilla antes de alejarse corriendo.

—¡Puaj, Gerard! —exclamó ella, roja, limpiándose la cara con la manga.

—Pierce —ladró Johnny, volviendo su atención al chico de cabeza rapada que tenía la lengua en la garganta de mi amiga—. A ver si te aplicas tanto en el campo como con la chavala.

Murmurando algo sobre un capitán cortarrollos, Pierce le dio un último beso en la boca a Lizzie antes de salir corriendo hacia donde estaba el equipo.

Johnny inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Estás bien?

Asentí.

Levantó la mano y me colocó un mechón de pelo rebelde por detrás de la oreja, y luego susurró:

—Te veré más tarde.

Dicho esto, se dio la vuelta y salió corriendo para unirse a sus compañeros de equipo.

«Guau —pensé para mis adentros—, la determinación fluye por las venas de este chico con tanto ímpetu como el terror fluye por las mías».

—¿Johnny? —lo llamé, incapaz de contenerme.

Cuando se detuvo y se volvió hacia mí, me apresuré a recorrer el espacio entre nosotros hasta que estuve justo frente a él.

—¿Qué pasa? —preguntó, frunciendo el ceño, confundido.

—Nada, es que... —Negando con la cabeza, me estiré y lo cogí del cuello para acercármelo a la cara. Me puse de puntillas y le susurré al oído —: Por favor, vigila ahí fuera, ¿vale? —Resistiendo el impulso de acurrucarme en él, lo solté del cuello y retrocedí—. Ten cuidado. —Di otro paso atrás sin dejar de mirarlo—. ¿Vale?

Johnny asintió lentamente, con los ojos encendidos.

—Vale.

—Adiós, Johnny —me despedí en un susurro y luego me di la vuelta.

Él me cogió de la mano y tiró de mí para que lo mirara.

—¿Vendrás a casa conmigo esta noche? —preguntó bruscamente, con una intensa mirada, mientras jugueteaba con uno de mis mechones de pelo rebelde—. ¿Sigue eso en pie?

—Sí —susurré, acercándome a él, incapaz de resistir el impulso de entrelazar los dedos en su camisa—. Claro.

—Shannon, estoy tan... —Exhaló un fuerte suspiro y sacudió la cabeza—. Esta noche. —Me apartó la mano del pelo y me la puso en la mejilla—. Esta noche hablamos.

—Vale, Johnny —musité, apoyando la mejilla en la enorme palma de su mano.

Sin otra palabra, se inclinó y me estampó un largo beso en la frente.

Y luego se dio la vuelta y se alejó.

Tambaleándome, lo observé hasta que desapareció en la sede del club y luego regresé con mis amigas.

Decir que estaba confundida era quedarse corta.

La profundidad de mis sentimientos por él era enfermiza.

La adoración, la lujuria, la extrema obsesión que sentía por él... eran una locura.

Nunca había sentido tanto.

Nunca había estado tan consumida.

CUANDO CUPIDO TE ESTRANGULA

Johnny

Si los sentimientos fueran el fin, entonces estaba al borde de un gran precipicio, y si las chicas fueran armas, entonces Shannon Lynch era la mayor bomba atómica a la que mi corazón había estado expuesto jamás.

Porque estaba jodido.

No me molestaba en seguir negándolo.

No valía la pena.

No había sentido tanto por otra persona en toda mi vida.

Me había hecho falta hasta la última gota de autocontrol para alejarme de ella.

Sobre todo cuando todo mi ser me pedía que se la arrebatara al mundo y me la quedara para mí solo.

«Por favor, vigila ahí fuera, ¿vale?».

Sí, llegados a ese punto, podía afirmar que estaba completamente jodido cuando se trataba de esa chica.

No podía seguir con eso.

No podía luchar contra mis sentimientos.

Al igual que a la PlayStation, me estaba dando una paliza.

Cuando me contó que la acosaban, algo que por desgracia ya sabía, sentí que algo se rompía dentro de mí.

Sentí que lo último que me quedaba de determinación se evaporaba.

Si Gibsie no hubiera aparecido, la habría besado.

Sabía que lo habría hecho.

Ya conocía esos labios.

Tenía tantas ganas de probarlos de nuevo...

Me moría por ella y todo lo que era.

Cada parte de ella.

Por dentro y por fuera.

Quería librar todas sus batallas. Quería provocarle todas sus sonrisas y hacerla reír y arrebatársela al mundo para quedármela toda para mí.

Solo la quería a ella.

Para siempre.

Sabía que era increíblemente egoísta por mi parte y que sin duda acabaría cagándola y rompiéndole el corazón, pero el problema era que mi corazón también estaba implicado.

Quería hablar con ella esa noche porque necesitaba contárselo.

No podía pasar otro día sin desahogarme.

Meses de desear, anhelar y suspirar por ella me habían dejado en un estado en el que ya no podía pensar con claridad.

Porque sentía algo por Shannon.

Cosas la hostia de fuertes.

De las permanentes.

Sabía que era demasiado mayor para ella.

Sabía que ella era demasiado dulce y pura para ser arrastrada al centro de atención que implicaba mi vida.

Y sabía que estaba demasiado destrozada para enredarse con un tío como yo.

Pero ya sentía que me ahogaba con ella.

Así de consumido estaba por esa chica.

Por lo mucho que la quería.

Mierda.

RESPIRA, SHANNON, RESPIRA

Shannon

La gente del Royce College daba asco.

En serio, eran patéticos.

El partido se retrasó más de dos horas porque los entrenadores del Royce pillaron un cabreo a la vista de todos porque Johnny iba a jugar.

Fue patético.

Dos horas de pie bajo la lluvia mientras los entrenadores del Royce hacían todo lo que podían para sacar a Johnny del campo.

Estaban despotricando y desvariando sobre lo injusto que era tener a un jugador irlandés semiprofesional en la liga.

Era un partido de rugby escolar.

Johnny era estudiante en uno de los dos institutos.

Era menor de edad.

Tenía derecho a jugar si quería.

Tommen no infringía ninguna regla.

Finalmente, después de varias llamadas telefónicas a la directiva, una vergonzosa lectura pública del reglamento e innumerables peleas a gritos entre el entrenador Mulcahy y el entrenador principal de Royce, los equipos salieron a la cancha a las seis y media, Johnny entre ellos, a ritmo tranquilo, con su camiseta con el número trece y una asquerosa sonrisa de engreído en la cara.

Nada más empezar el partido, quedó claro por qué el entrenador de Royce estaba tan en contra de dejarle jugar.

Su equipo era malísimo.

Bueno, tal vez no tanto, pero no eran rival para Tommen, cuyos chicos estaban que se salían.

Se me escapaba cómo lograron empatar a dos con ellos, porque realmente no había color.

El orgullo que estalló dentro de mí al ver a Johnny enfrentarse a sus viejos amigos y patearles el culo fue aterrador.

Estaba ridículamente obsesionada con ese chico y me descubrí gritando y animándolo desde las gradas, ignorando las miradas asesinas de Bella y sus amigas.

No me importaba.

Estaba muy orgullosa de él.

Para la media parte, Tommen ganaba 48 a 3.

Cinco minutos antes del final del partido, la cosa pintaba aún peor para Royce, ya que Tommen había marcado tres tantos más en la segunda parte.

Todo iba a favor de Tommen hasta la última jugada del partido.

Con menos de un minuto para el final, Johnny le quitó el balón a uno de los delanteros de Royce.

Parecía ser lo suyo: ejecutar el lanzamiento final en el último minuto del partido.

Con una velocidad inigualable por ningún otro jugador en el campo, Johnny se abrió paso con el objetivo de marcar el último tanto del partido.

Corriendo de aquí para allá, acabó apoyando el balón segundos antes de que una estampida de jugadores del contrario lo aplastara.

La jugada fue aceptada.

El equipo comenzó a celebrarlo.

Pero él no se levantaba.

El hermano de Claire, Hughie, se colocó frente a los postes y rápidamente transformó, asegurando así la victoria, antes de correr hacia Johnny, que seguía en el suelo.

—Claire —dije con voz ronca, agarrando el brazo de mi amiga mientras observaba con horror cómo nuestros compañeros de clase y demás estudiantes celebraban a nuestro alrededor la victoria—. ¿Se mueve?

Toda la gente de Tommen vitoreaba y aplaudía, y los muchachos del equipo se abrazaban para celebrarlo, pero Johnny todavía estaba desplomado boca abajo detrás de la línea de ensayo.

Hughie, junto con varios jugadores del Royce College, estaba arrodillado a su lado.

Uno de ellos gesticulaba con la mano a los entrenadores, que se hallaban en la línea de banda.

Otro rugía al árbitro.

Hughie llamaba al entrenador Mulcahy.

—Claire —repetí, presa del pánico—. ¿Qué está pasando?

—¡No sé! —graznó ella, que ahora sonaba igual de aterrorizada que yo.

Entonces, una horda de camisetas blancas y negras fue corriendo en su dirección para reunirse con el capitán.

Me levanté de un salto y me abrí paso entre la multitud, con mis pies moviéndose por voluntad propia.

—¿Está muerto? —grité, con la mano aún entrelazada con la de Claire, que me seguía de cerca—. Ay, madre, Claire, ¿está muerto?

—No, no, no —seguía repitiendo ella, pero no parecía convencida.

—¡Claire!

—¡No lo sé, Shannon! —gritó.

No llegamos muy lejos, apenas al borde del campo, antes de ser tragadas por la multitud de estudiantes.

Saltando, traté de ver por encima de sus hombros, pero era demasiado baja.

Resuelta, me puse de rodillas y me asomé entre sus piernas.

Johnny todavía estaba en el suelo.

Boca abajo.

Inmóvil.

Por el rabillo del ojo, vi a dos hombres con chalecos amarillos corriendo hacia el campo con una camilla a cuestas.

El tiempo pareció detenerse entonces, mientras los veía arrodillarse junto a Johnny y disponerse a pasarlo a la camilla.

Los gritos y vítores se habían convertido en susurros silenciosos mientras todo el mundo miraba.

El corazón, que parecía haberseme parado durante los últimos minutos, me retumbó salvajemente contra la caja torácica cuando Johnny se

incorporó poco a poco.

Tenía los ojos abiertos, respiraba y, aunque parecía que le dolía mucho, estaba vivo.

Estaba sacudiendo la cabeza y rechazando todos los intentos de subirlo a la camilla.

No podía escuchar lo que decían, pero movía los labios a un ritmo rápido mientras seguía sacudiendo la cabeza y ladrando algo al equipo médico.

Finalmente, los hombres desistieron de intentar ayudarlo y retrocedieron.

La multitud, tanto los seguidores de Tommen como de Royce, comenzaron a aplaudir cuando Johnny se puso de pie al fin.

Con los brazos colgados de los hombros de Hughie y Giesie y la cabeza gacha, salió cojeando del campo.

Prácticamente tuvieron que sacarlo del campo.

Por un momento, me quedé en el suelo, a cuatro patas en la hierba embarrada, y respiré, dejando que la oleada de alivio me inundara mientras lo veía irse.

No entendí mi reacción ni me importó.

Él estaba bien.

Johnny estaba bien.

Y finalmente pude respirar de nuevo.

SE ACABÓ, TÍO

Johnny

—¡Se acabó, Johnny! —me protestó Gibsie al oído mientras me ayudaba a salir de la ducha y subirme a la camilla plegable donde había pasado la última hora siendo pinchado, toqueteado y cosido por el médico de urgencias de allí.

—¿Quieres bajar la voz, joder? —siseé, mirando hacia la puerta que nos separaba del resto del equipo—. No quiero que nadie lo sepa.

—Vas bastante tarde, joder —espetó Gibsie—. Has dejado un rastro de sangre desde la chancha hasta la sede del club.

—Joder —balbuceé, temblando.

—Esto se acaba ahora mismo, joder, Johnny —me advirtió de nuevo mientras me subía los calzoncillos por los muslos, con cuidado de no hacerme daño en la ingle—. Se acabó el entrenamiento —gruñó, ajustándome la cinturilla a las caderas—. Y se acabó esconder el dolor. —Se acercó al banco a por una toalla—. Se acabaron las mentiras. —Me limpió una mancha de sangre del muslo—. ¡Se acabó, hostia!

—Estaré bien —balbuceé, temblando de pies a cabeza.

—¿Bien? —escupió Gibsie, dejando lo que estaba haciendo para fulminarme con la mirada—. Oh, sí, porque estás estupendo ahora mismo, con el pito sangrando por toda la cama.

—Para...

—Te estás dejando la vida. Te das cuenta de eso, ¿verdad? ¿Entiendes que estás arriesgando toda tu vida por una puta camiseta verde que a la larga no significa una mierda?

—Gibs, para, tío —le supliqué—. No estoy para escuchar eso en este momento.

—¡Pues vas a escucharlo!

—Que no puedo, joder —dije ahogadamente, con la voz quebrada—. ¿Vale? No puedo...

—¡Mírate! —me increpó Gibsie, clavándome un dedo en la entrepierna—. Mira el estado en que estás.

La sangre brotaba del tajo en mi pierna donde habían estado los puntos.

—Eso debería haberse curado hace semanas —murmuró—. Estamos a marzo, Johnny. A marzo, joder, y andas por ahí con la pierna medio abierta.

—Me desgarró con los tacos de las botas —farfullé—. Podría haberle pasado a cualquiera.

—Sí, bueno, ¡no habría podido desgarrarte de esa manera si antes hubieras dejado que tu cuerpo se curara como tocaba! —me rugió a la cara—. Estás débil. Tu cuerpo no está sanando. ¡Y casi te descojonas a ti mismo!

Gimiendo, dejé caer la cabeza hacia atrás en la camilla plegable y solté un suspiro de dolor.

—No está tan mal.

—¿No está tan mal? —prácticamente gritó, con la rabia grabada en la cara—. ¡Tío, parece que tengas la pierna a unas cuatro horas de sufrir una septicemia total!

—Gibs...

—¡No, Johnny! —cortó, sacudiendo la cabeza—. Ya has escuchado lo que ha dicho el doctor. ¡Lo grave que ha dicho que podría haber sido!

—Lo he escuchado, Gibs —repuse, cubriéndome la cara con el brazo.

Por supuesto que lo había escuchado.

¿Cómo cojones no iba a hacerlo cuando había hecho mi mundo pedazos?

Operación.

Más putas operaciones.

Inmediatamente.

Lo que significaba más tiempo.

Tiempo que no tenía de sobra.

Se había acabado.

La campaña de verano.

La sub-20.

Podía sentir cómo se me escapaba entre los dedos.

Lo estaba perdiendo todo.

Y no podía soportarlo.

—El entrenador ha llamado a Dennehy a la Academia. —Con un suspiro entrecortado, dio un paso atrás y levantó las manos—. Y ya he llamado a tu madre.

—La hostia —grazné, sintiendo las lágrimas en los ojos.

—Cogerá el próximo vuelo a Dublín —añadió—. También he llamado a tu padre. Se reunirá con nosotros en el hospital.

Negué con la cabeza, incapaz de hacer frente a lo que estaba escuchando.

Incapaz de respirar con la devastación absoluta que me desgarraba por dentro.

—Volverás a jugar, Johnny —dijo Gibsie en un tono más tranquilo—. Pero no ahora.

—Ahora viene lo que importa —respondí ahogadamente—. Ahora es lo único que importa.

—No, tío —me corrigió—. Que te recuperes es lo único que importa.

—¿Qué voy a hacer, Gibs? —me lamenté, con una mano sobre la cara—. Es toda mi vida.

Lo escuché suspirar pesadamente, y luego me puso una mano sobre el hombro.

—Lo solucionaremos, Johnny. —Me apretó el brazo—. Tú descansa aquí un poco y deja que los medicamentos hagan efecto. La ambulancia no tardará mucho, tío.

—No quiero salir. —Negué con la cabeza—. No quiero que lo vean.

—Nadie conoce los detalles —me aseguró—. Solo que te has caído y has perdido el conocimiento.

—No lo cuentes —le supliqué—. Por favor..., no puedo...

—No lo haré —prometió.

UY, LO HE VUELTO A HACER

Shannon

No tenía una explicación racional a por qué me había pasado la última hora y media de pie frente a la sede del club bajo la lluvia torrencial.

Tampoco quería darle demasiadas vueltas.

Mis sentimientos me preocupaban, pero no tanto como lo que estaba pasando dentro de ese vestuario.

Debería haber vuelto al autocar con Claire, Lizzie y todos los demás alumnos, pero no pude.

No parecía ser capaz de hacer que mis pies obedecieran al sentido común.

En cambio, esperé.

Y me preocupé.

Y luché desesperadamente contra el impulso de irrumpir en el vestuario del equipo visitante.

En la oscuridad, observé cómo los jugadores de Royce y Tommen salían de la sede del club, seguidos por los entrenadores, el señor Mulcahy y el médico del partido.

Nadie pareció fijarse en mí, pero tampoco me sorprendió.

Todos esos chicos debían de sacarme al menos treinta centímetros de altura.

Eso fue hasta que salió Gibsie.

—Hola, pequeña Shannon —dijo al verme de inmediato—. ¿Qué haces aquí, bajo la lluvia?

—Oh, solo estaba... Quería... Él estaba... y yo... —Agitando las manos con impotencia, me rendí y me encogí de hombros—. Estaba preocupada.

—¿Por Johnny?

Mis hombros se hundieron y asentí derrotada.

—¿Es grave?

Gibbie frunció el ceño, vacilante.

—Vamos, Gibbie —supliqué—. Cuéntamelo.

—Está bien, pequeña Shannon...

—No me mientas —balbuceé—. Por favor. —Solté un suspiro entrecortado y continué—: Necesito saberlo.

—Está mal —admitió en voz baja—. Dependiendo de lo que digan los médicos cuando llegue al hospital, le espera bastante tiempo sin jugar. —Suspirando pesadamente, se pasó una mano por el pelo—. Está fuera para la final, eso seguro.

—No quiero saber si puede jugar al rugby o no —alcancé a decir mientras sentía que una oleada de culpa me engullía—. ¡Quiero saber si él está bien! Él. ¡Johnny! La persona. ¡No el maldito jugador de rugby!

Gibbie inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándome con curiosidad.

—Vaya con el partidazo —musitó finalmente para sí.

—¿Qué?

—No importa. —Gibbie negó con la cabeza y resopló con fuerza—. He oído al entrenador llamar a varios hoteles para ver si alguno puede alojarnos hasta mañana. —Haciendo una mueca, añadió—: Cree que Johnny entrará a quirófano esta noche.

Ay, madre.

Se me hundió el corazón.

Sabía que no debía jugar.

Sabía que estaba herido.

Lo sabía y no había hecho nada.

Como siempre, no hice una mierda.

—Esto es mi culpa —murmuré.

—¿Porque lo sabías? —preguntó Gibbie en voz baja.

Agaché la cabeza, avergonzada.

—Entonces también es culpa mía —me dijo—. Entra, pequeña Shannon —añadió, con una leve sonrisa—. Está ahí solo, esperando a que lo lleven en la niino, niino.

—Eh, tal vez no debería...

—Deberías —me interrumpió.

—Ah, ¿sí? —repuse, insegura.

Gibsi asintió.

—Deberías.

Y sin una palabra más, se dirigió al aparcamiento, hacia el autocar.

Temblando de la cabeza a los pies, me lancé y corrí al edificio, donde atravesé un pasillo con suelo de hormigón, sin detenerme hasta que estuve frente a una puerta blanca con la palabra «Visitantes» grabada en ella.

Cogiendo una gran bocanada de aire para tranquilizarme, empujé la puerta hacia dentro y entré en el vestuario vacío, solo para ser inmediatamente asaltada por el hedor del calor humano.

Era tan potente que hizo que me lloraran los ojos.

Salía vapor de una arcada que supuse conducía a la zona de duchas.

La mayoría de los vestuarios tenían el mismo diseño: sala grande, paredes de ladrillo blanco, bancos de madera a ambos lados y duchas situadas al fondo.

«Está en la ducha, idiota».

«¿Qué estás haciendo?».

«Vete».

«¡Sal ya!».

Cortada, me di la vuelta y corrí hacia la puerta, solo para detenerme en seco cuando Johnny me llamó.

—¿Shannon?

Muerta de vergüenza, me giré para mirarlo.

—Hola —balbuceé, obligándome a respirar a pesar de que se me había acelerado el corazón al verlo.

Johnny tenía una toalla colgada del hombro, una muleta en una mano y una expresión de dolor en la cara. Una vez más, llevaba calzoncillos Calvin Klein.

Los de esa noche eran negros.

—Hola —respondió Johnny, distrayéndome de mis pensamientos peligrosos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería ver cómo estabas —solté, tratando desesperadamente de no mirar cómo se le marcaban los músculos del abdomen mientras se sentaba en un banco, apoyando todo el peso en la muleta—. Estaba preocupada.

Cojeaba de nuevo, visiblemente ahora, y yo me puse en alerta de inmediato.

Estaba alerta y preocupada.

—Estoy preocupada —recalqué.

—Uno de esos cabrones de Royce me ha destrozado con la bota —se quejó Johnny.

Se sentó con cuidado, apoyó la muleta a un lado y se colocó la toalla sobre el muslo derecho.

—¿Te ha desgarrado? —musité, horrorizada.

Ay, madre.

Resoplando con fuerza, Johnny se echó hacia atrás y apoyó la cabeza contra los azulejos de la pared a su espalda.

—Cabrones.

—No te levantabas, Johnny —susurré, mordiéndome el labio. Le miré el muslo—. Has tardado mucho.

—Me he desmayado por el dolor —admitió de mala gana.

—¿Te van a enviar al hospital? —conjeturé, obligándome a quedarme donde estaba y no correr hacia él como estaba desesperada por hacer—.

¿Para hacerte pruebas?

—Es protocolo en estas circunstancias —bufó—. Es una gilipollez.

«Mentiroso».

«Sé que te van a operar».

—¿Es grave, Johnny? —me obligué a preguntar.

Me miró de repente, con esos ojos azules en llamas.

—Estoy bien, Shannon.

Más mentiras.

Podía ver cuánto le dolía por la forma en que marcaba las palabras al hablar.

Estaba sufriendo.

Y estaba asustado.

—¿Estás seguro? —insistí.

Volvió a mirarme con intensidad.

—¿Y tú?

—No lo sé. —Me encogí de hombros con impotencia—. Estoy muy asustada por ti.

Johnny arqueó una ceja ante mi respuesta y yo me puse rojísima.

—Debería dejarte tranquilo —observé. Junté las manos y tragué saliva con dificultad—. Iré a esperar en el autocar.

Me di la vuelta y me apresuré hacia la puerta.

—¿Puedes quedarte conmigo?

Me detuve, con el corazón acelerado.

Me volví para mirarlo.

—¿Eh?

—Por favor —graznó Johnny—. No quiero estar solo.

Se me encogió el corazón con fuerza, lo que hizo que me costara respirar.

—¿Voy a buscar a Gibsie? —propuse débilmente.

Johnny negó con la cabeza.

—Solo te quiero a ti.

Sabía que debía irme.

Debía salir de ese vestuario y sentarme en el autocar.

Era lo correcto.

Lo sensato.

Pero no lo hice.

Porque no podía dejarlo.

Torpemente, me dirigí hacia él, sin detenerme hasta sentarme a su lado.

Mi cerebro desconfiaba e iba con cautela, pero mi corazón no, así que mi cuerpo estuvo más que encantado de imponerse a ambos.

Me sentía atraída físicamente, conectada emocionalmente y aterrorizada mentalmente por él.

Había dentro de mí un angustioso campo de batalla.

La preocupación que sentía por ese chico estaba descontrolada.

No lo entendía, y en ese momento, tampoco me importaba.

El alivio que sentí cuando crucé esa puerta y lo vi vivo aún me abrumaba. Sabía que estaba aterrorizado por su futuro en el rugby, pero lo único en que podía pensar era que estaba sano y salvo.

El alivio y la preocupación que me corrían por las venas fue lo que impulsó mi siguiente movimiento.

—No pasa nada —le prometí, poniendo su gran mano en la mía—. Vas a estar bien.

Johnny se puso rígido, pero no apartó la mano.

Yo tampoco lo solté.

Simplemente le puse la mano en mi regazo y la apreté con fuerza.

—Me duele, Shannon —confesó, dejando caer la cabeza—. Estoy tan acojonado...

—Ya lo sé —susurré, acercándome más, con dedos temblorosos por la necesidad que sentía de ver el daño que ocultaba debajo de esa toalla—. ¿Te han dado algo para el dolor?

Johnny respiró agitadamente.

—Sí, el médico me ha puesto una inyección de algo, un relajante muscular, creo.

—¿Te hace algo?

Sacudió la cabeza.

—Apuesto a que ahora te arrepientes de haber desperdiciado aquel ibuprofeno conmigo, ¿eh? —bromeé, tratando de distraerlo del evidente malestar que sentía—. Te habría venido bien ahora mismo.

—Un tranquilizante sería útil —respondió con tristeza, y sus grandes hombros caídos.

—Déjame verte —le pedí suavemente.

Con la mano derecha en la suya, usé la izquierda para girarle la cara por la barbilla.

—Hijos de puta —gruñí, mirando el moretón que tenía en la mejilla y el corte sobre una ceja, que ya estaba coagulando—. ¡Cómo te han dejado la cara!

Johnny se rio entre dientes.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté, encantada de escuchar ese sonido salir de él.

—Es raro oírte decir «hijos de puta» —explicó con una sonrisa de cansancio.

—Soy bastante de insultar, ¿sabes? —le dije, tratando desesperadamente de distraerlo del dolor.

—No, no lo eres —repuso con brusquedad. Era demasiado listo—. Solo lo dices para distraerme.

—¿Está funcionando?

Él asintió con rigidez.

—No pares.

Devanándome los sesos en busca de algo que decir, dejé que mi mirada vagara sobre él, absorbiendo cada marca y dureza hasta que me detuve en la mano que sostenía con la mía.

Era grande y masculina, y los nudillos tenían una forma extraña debido a lo que supuse que fueron años de peleas. Tenía los dedos largos, las uñas cortas y una gran cicatriz en el dorso de la mano izquierda.

Levanté una ceja al verla.

Pasando los dedos por la línea irregular, pregunté:

—¿Qué te pasó aquí?

—Los tacos de unas botas —explicó, mirando nuestras manos entrelazadas—. Un pisotón antirreglamentario en una melé durante una semifinal con el club hace dos años que resultó en siete puntos y el tétanos.

Hice una mueca.

—Ay.

Resopló.

—Sí.

—¿Tienes más?

—Tengo unas cuantas —contestó, mirándome con curiosidad.

—¿Puedo verlas?

Johnny se me quedó mirando un buen rato antes de asentir lentamente.

—Si quieres...

—Sí —afirmé, porque quería mantener su mente ocupada mientras esperaba que llegara la ambulancia.

—Me la he roto más veces de las que recuerdo —me dijo, señalándose la nariz—. El peor momento fue el verano pasado. —Hizo una mueca y agregó—: Tuvieron que limar el hueso y volver a romperlo para recolocarlo en su sitio.

Abrí los ojos como platos.

—¿Recolocarlo?

—Sí. —Johnny sonrió—. Iba por ahí con la nariz pegada a la mejilla.

—Madre mía —gemí, con el estómago revuelto—. Cuánto salvajismo.

—Así es el rugby —se rio y luego gruñó con fuerza, estremeciéndose de dolor.

—¿Qué más? —me apresuré a preguntar.

Johnny soltó un suspiro de dolor y pasó a hacerme un resumen detallado de cuando se le reventó el apéndice a los trece años y luego se le dio la

vuelta el estómago mientras estaba en recuperación, lo que hizo que tuviera que someterse a otra intervención, y después me regaló una inspección visual de cerca de la cicatriz que tenía en la barriga.

«Barriga» era una palabra estúpida para describir su abdomen.

Era un término demasiado suave e inocente para describir lo que tenía él.

Los niños tenían barriga.

Estaba bastante claro que Johnny ya no era un niño.

Así lo sugerían esos abdominales y ese rastro oscuro de vello bajo el ombligo.

Johnny se inclinó hacia delante y se señaló una zona de piel desgarrada de aspecto repugnante que tenía sobre la rodilla derecha.

—Esta me dejó sentado durante todo un verano.

—¿Qué pasó? —grazné—. ¿Rugby?

—Por una vez, no. Esta me la hice fuera de la cancha cuando tenía diez años —respondió—. Algunos compañeros más mayores de mi escuela me desafiaron a saltar del acantilado en Sander's Point...

—¿Sander's Point?

—Es un punto de inmersión a quince metros de altura donde solíamos pasar el rato en Dublín —explicó—. Yo era un cabroncete rabioso por ese entonces, compitiendo con los mayores, pensando que era el increíble Hulk.

—Sacudió la cabeza y sonrió con cariño—. Resulta que no lo era, como demuestran las radiografías y la semana que pasé en el hospital.

—Joder —solté—. ¡Solo tenías diez años! Podrías haberte matado.

—Ahora soy más grande. —Sonrió con tristeza—. Más difícil de romper.

—Sí que lo eres —aseveré, estrechándole la mano con fuerza.

Johnny me enseñó varias de sus heridas de batalla, riéndose cada vez que gemía o fingía arcadas.

La conversación parecía estar distrayéndolo de su dolor y me alegré.

Ya no tenía los hombros tan tensos, y cuanto más hablábamos, más se disipaba la rigidez de su cuerpo.

—Oh, y me rompí el pómulo cuando tenía catorce años. —Johnny acercó su cara a la mía—. ¿Ves esto? —Se señaló una delicada línea blanquecina en lo alto de la mejilla izquierda—. Apenas se ve ya, pero eso duele que flipas.

—Ah, sí —asentí, inspeccionando absorta la delgada cicatriz—. Nunca me había fijado en eso hasta ahora. —Le miré la ceja e, incapaz de

contenerme, levanté una mano y se la recorrí con el pulgar—. ¿Por qué esto siempre acaba sangrando?

—No ha tenido la oportunidad de curarse —explicó, manteniéndose perfectamente quieto mientras lo tocaba, lo cual no debería estar haciendo—. Se cerrará cuando termine la temporada.

—Oh —susurré, buscándole más heridas de batalla ocultas en la cara.

Cuando volví a mirarlo a los ojos, vi que centelleaban mientras me observaba fijamente.

—¿El jugador de Royce te ha dado ahí? —Señalé con la cabeza hacia donde la toalla le tapaba el muslo—. ¿Por eso te has desmayado?

Johnny asintió de mala gana.

—¿Puedo verlo? —pregunté, con la voz apenas un susurro.

Se puso tenso.

—¿Por favor?

Sacudió la cabeza lentamente.

—Shannon, no creo que sea una buena idea.

—Por favor —repetí, mirándolo con nerviosismo—. Ya sé que está ahí y me has enseñado las demás.

—Es grave, Shannon —repuso bruscamente—. Créeme, no quieres verlo.

—Puedes confiar en mí —susurré—. No se lo contaré a nadie.

Johnny se me quedó mirando a los ojos fijamente un buen rato, antes de suspirar con fuerza.

Con los hombros caídos, puso las manos a los costados, pero no hizo ningún ademán de enseñarme la herida.

—¿Puedo? —pregunté.

Cerró los ojos y asintió con rigidez.

Comprendí que me estaba dando rienda suelta para hacer lo que quería.

Temblorosa, levanté la toalla y miré lo que parecía una cicatriz recién cosida en la parte interna del muslo derecho.

Tenía la zona hinchada y amoratada, y la cicatriz, que supuraba y tenía pinta de doler, estaba parcialmente oculta por la tela de los calzoncillos.

—Ay, madre, Johnny —balbuceé, deslizándome del banco hasta el suelo para verlo mejor.

—No me hagas daño —me advirtió, totalmente desvalido.

—No lo haré —le prometí mientras me arrodillaba entre sus piernas y esperaba que me diera permiso para continuar.

Asintiendo con rigidez otra vez, Johnny echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, con la mandíbula apretada con fuerza.

Cogí suavemente el dobladillo de los calzoncillos y levanté la tela con cuidado, solo para ahogar un grito al ver la herida.

Tenía el muslo todo peludo menos un trozo de piel de quince centímetros.

Y ese trozo de piel en concreto estaba hinchado y tenía pinta de doler, además de un horrendo color amarillento.

—Está supurando —susurré, recorriendo con los dedos la marca desigual y nudosa donde lo habían cosido de nuevo. Los puntos, frágiles y aún tiernos, claramente habían sido desgarrados por la bota del jugador de Royce que le había dado en la ingle. El pus que salía de la herida era de un color amarillo rojizo—. Johnny, esto es grave.

—Lo sé —dijo entre dientes, con los ojos aún cerrados—. Me lo ha dicho el médico.

Suavemente, recorrí con los dedos la cicatriz y el moretón que la rodeaba.

—¿Te duele cuando te toco así?

—Me duele —respondió, en tono seco.

Con un profundo suspiro, le acaricié el muslo y luché contra el impulso de besarle el corte.

—Por una razón completamente diferente —graznó.

Y fue entonces cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, lo que llevaba haciendo durante el último minuto más o menos.

Estaba arrodillada entre sus piernas, acariciándole la parte interna del muslo para intentar aliviar el dolor.

Miré la zona de peligro y se me quedó la boca seca.

Por eso la gente lo llamaba tienda de campaña.

No estaba segura de que esa expresión pudiera aplicarse a semejante adolescente, porque Johnny no tenía ninguna tienda de campaña en el chándal; tenía una carpa entera.

Con un profundo gemido, me apartó la mano e intentó cerrar las piernas, pero lo detuve.

Lo detuve.

—No —murmuré con suavidad y voz temblorosa.

Podía sentir la intensidad de su mirada en la cara.

Volvió a intentar cerrar las piernas y negué con la cabeza.

Tenía los ojos abiertos de nuevo, con las pupilas muy dilatadas.

—¿Qué estás haciendo? —susurró, mordiéndose el carnosos labio inferior.

No sabía lo que estaba haciendo.

No sabía en qué estaba pensando.

No podía hablar.

Apenas podía respirar.

Estaba perdiendo la cabeza allí mismo, de rodillas, en medio de un vestuario en Dublín.

Y todo por su culpa.

Un desliz momentáneo hizo que me inclinara hacia delante y le plantara un beso en el muslo.

Un gemido gutural de dolor le desgarró el pecho.

—Shannon, por favor...

Lo besé de nuevo.

—Joder —gruñó, ahora con las piernas temblando—. No puedo...

La tercera vez que lo besé, me cogió por el pelo y acercó mi cara a la suya.

—Shannon —gimió Johnny, que sonaba a la vez dolorido y jadeante, mientras pegaba suavemente su frente a la mía—. No podemos...

Acallé lo que estaba a punto de decir poniendo mis labios sobre los suyos.

Y al igual que la otra vez, se quedó de piedra.

—Lo siento —grazné, echándome hacia atrás—. Lo he vuelto a hacer.

—No pasa nada —me dijo, respirando con dificultad nuevamente.

—No, no, no —balbuceé mientras me ponía de pie y me abalanzaba hacia la puerta—. ¡Estás herido! Estás esperando a la ambulancia, joder, y yo solo... ¡Ay, madre! Lo siento mucho.

—Shannon, espera —me llamó Johnny mientras buscaba dónde asirse—. ¡Espera!

No esperé.

En su lugar, hice lo que debería haber hecho antes.

Me alejé a toda prisa de Johnny Kavanagh.

Corrí hacia la puerta y tiré de ella.

Se abrió unos diez centímetros antes de volver a cerrarse de golpe, sin duda por la palma de la mano que la bloqueaba.

—Espera —me pidió, tan cerca de mí que podía sentir su pecho subiendo y bajando contra mi cuello.

Con el corazón martilleándome, me di la vuelta y miré a Johnny mientras me encerraba con su gran cuerpo.

—Lo siento mucho —susurré, incapaz de apartar la mirada de sus ojos—. Es que... yo... —Hice un gesto de negación, solté un suspiro entrecortado y añadí—: No debería haberlo hecho.

Sacudió la cabeza y usó la muleta para acercarse, presionando su cuerpo contra el mío.

—Yo también —afirmó con brusquedad, mirándome de los ojos a la boca.

—¿Por qué lo sientes? —jadeé, temblando de pies a cabeza.

Me puso la mano libre en la mejilla y me levantó el mentón.

—Porque no debería hacer esto —susurró.

Y entonces me besó.

En cuanto pegó sus labios a los míos, una feroz explosión de calor me recorrió el cuerpo, encendiendo a su paso un delicioso y ardiente anhelo en mi vientre.

Incapaz de pensar con claridad, y mucho menos de respirar, hice lo único que podía hacer dadas las circunstancias: alargué las manos, me aferré a él por los antebrazos y le devolví el beso.

Fue mi primer beso de verdad, sin contar el desastre en su habitación, y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Solo sabía que no quería que parara jamás.

Cuando sentí que me deslizaba una mano por el brazo hasta ponérmela en la cadera, perdí el control.

Mis sentidos me abandonaron total y definitivamente.

Temblando sin control, dejé que mi espalda se hundiera contra el marco de la puerta mientras apretaba las caderas contra él.

Los sentimientos me golpearon como una bola de demolición y sentí que me ahogaba en ellos.

Cuanto más me besaba, más fuerte temblaba.

Y más ansiaba.

Gemí en su boca cuando sentí la punta de su lengua rozarme el labio inferior.

Al darme cuenta de que estaba esperando que abriera la boca, separé los labios y contuve la respiración al sentir que su lengua se deslizaba dentro.

Suavemente, la rozó contra la mía en movimientos lentos y pacientes.

Ay, madre.

Ay, madre mía de mi vida.

Estaba besando a Johnny Kavanagh.

Johnny Kavanagh me estaba devolviendo el beso.

Tenía la lengua en mi boca, una mano en mi pelo y mi corazón en el bolsillo.

Eso era...

Eso era...

Más de lo que hubiese esperado jamás.

Insegura, probé a mover la lengua contra la suya.

Johnny me recompensó con un gruñido grave de aprobación que le salió de lo más profundo del pecho.

Temblando, le pasé los brazos alrededor de la cintura y tiré de él hacia mí, sin saber lo que estaba haciendo, pero con la certeza de que mi cuerpo necesitaba más.

Mi confianza aumentaba con cada roce de nuestros labios, con cada duelo de caricias entre nuestras lenguas, hasta que acabé gimiendo entre sus brazos, restregándome contra él con impaciencia, mientras nos movíamos torpemente hacia el banco más cercano.

¿Cómo había pasado eso?

¿Por qué estaba pasando?

No lo sabía.

Ni lo sabía ni me importaba.

Johnny se tambaleó hacia atrás y cayó pesadamente en el banco de madera.

El impacto le arrancó del pecho un gruñido de dolor, pero no apartó sus labios de los míos en ningún momento mientras tiraba la muleta y me colocaba entre sus piernas.

Me pasó las manos de la cara a la cintura, que apretó con fuerza, y el gesto hizo que se me escapara un gemido.

Respondió a mi pequeño jadeo de inesperado placer con un profundo gruñido de aprobación.

—¿Estás bien? —jadeé contra sus labios mientras me aferraba a sus hombros.

—No pares de besarme —soltó—. Tenía tantas ganas de estar contigo...
Me estremecí violentamente.

—Ah, ¿sí?

—Joder, sí —gimió contra mis labios, y luego me puso las manos en los muslos y me deslizó los dedos por debajo de la ajustada falda hasta subírmela a las caderas antes de colocarme sobre su regazo, animándome a sentarme a horcajadas sobre él.

Consciente de su lesión, le puse un muslo a cada lado y me coloqué encima sin apoyar mi peso sobre él, mientras le cogía la cara entre mis pequeñas manos y lo besaba con todas mis fuerzas.

Johnny se estremeció cuando lo toqué, pero no retiré las manos.

No podía evitarlo.

Quería tocarle la cara.

Quería tocarlo por todas partes.

—¿Lo estoy haciendo bien? —jadeé contra sus labios, demasiado consciente de mi falta de experiencia.

—Más que bien —me aseguró, reclamando mi boca una vez más.

—Este es mi primer beso —gemí contra sus labios.

—Eres perfecta, joder —afirmó, ocupándome la boca con su cálida lengua.

Volvimos a caer en el éxtasis de un profundo beso y me permití relajarme y absorber las sensaciones que me sacudían entera.

Era tan agradable...

Sus labios eran muy suaves.

Su cuerpo era muy firme.

Olía tan bien...

Sabía tan dulce...

Tantas emociones no me dejaban respirar.

Incapaz de parar, le pasé una mano por el pelo, que tenía mojado, y tiré de él.

En respuesta a mi valentía, soltó un profundo gruñido mientras me cogía con fuerza de las caderas y me sentaba sobre su regazo al mismo tiempo que él subía la pelvis.

Jadeando en su boca, cedí de buena gana, demasiado embriagada por la deliciosa sensación de su cuerpo contra el mío como para pensar que aquello podía hacerle daño.

Claramente lo estaba disfrutando.

Podía sentir su placer mientras se rozaba contra mí.

Acurrucado entre mis piernas, Johnny no buscó llegar más lejos.

En su lugar, se conformó con continuar besándome ávidamente con lengua.

Me estaba poniendo muchísimo.

Perdiendo el control de mí misma y buscando rozarme, gemí en su boca y me hundí ansiosa sobre su regazo.

Johnny gruñó en nuestro beso y me quedé paralizada, consciente de pronto de su herida.

—¿Te hago daño? —pregunté contra sus labios.

—Solo si paras.

Me cogió del pelo por detrás y profundizó el beso.

«Creo que estoy enamorada de ti».

«Creo que te quiero».

«Por favor, no me hagas daño».

«Por favor, no me hagas daño nunca».

La mente me iba a mil por hora con delirios y pensamientos lascivos, todos dirigidos a Johnny.

Parecía empeñada en suicidarme emocionalmente.

Me moría por él.

Con avidez.

Necesitaba a ese chico.

Estaba desesperada por él.

Lo ansiaba y anhelaba, ahora lo admitía, con la mente abierta y el corazón expuesto.

Cuanto más me restregaba contra él, más me animaba Johnny a moverme, tirando de mis caderas para que nos rozáramos.

Estaba tan absorta en el beso que no escuché la puerta del vestuario abrirse y cerrarse, y solo fui vagamente consciente de que alguien se aclaraba la garganta.

La realidad no me golpeó con toda su fuerza hasta que el entrenador Mulcahy dijo:

—Veo que estás mejor.

—Mierda —gimió Johnny en mi boca.

Sorprendida, rompí el beso y traté de bajarme de su regazo.

Y digo que lo intenté porque Johnny me cogió de la mano y me atrajo hacia él de nuevo.

Cuando me bajó la falda para recolocármela, casi me muero allí mismo.

—Comportamiento inapropiado en el recinto escolar, Kavanagh —soltó el entrenador Mulcahy, mirándonos a los dos—. ¿Qué demonios te pasa?

Entonces vi a los dos paramédicos que nos observaban divertidos detrás del entrenador y dejé escapar un fuerte gemido.

—No estamos en el recinto escolar, señor —respondió Johnny con calma mientras me empujaba para que me sentara a su lado.

—Estáis en horario escolar —ladró el entrenador.

—En realidad, no —replicó Johnny, cogiéndome una mano.

Estaba increíblemente agradecida por el gesto en ese momento.

Me ayudaba a poner los pies en la tierra y a calmarme sin vomitar por la ansiedad.

Algo por lo que era conocida.

—Son las nueve y media de la noche —añadió Johnny encogiéndose de hombros—. Ya se ha acabado la jornada escolar.

—Es un comportamiento inapropiado —bramó el entrenador, dirigiéndonos una mirada furiosa—. No me vengáis con tecnicismos. Sois los dos menores. —Claramente cabreado, añadió—: Tendré que informar de esto al señor Twomey y a vuestros padres.

—Ay, no —balbuceé, presa del pánico—. Por favor, no se lo cuente.

—¿Por un beso? —repuso Johnny con desprecio, apretándome la mano, que me temblaba—. ¿Va a informar de un puto beso? —Se rio con sorna—. Dese una vuelta por el pasillo de ese autocar, entrenador. Estoy bastante seguro de que verá cosas peores que besarse.

—Eres un estudiante menor que estaba a solas con una compañera menor en un vestuario —contestó el profesor acaloradamente—. En una posición de lo más comprometida. —El entrenador se volvió hacia mí entonces y preguntó—: ¿Es ese el tipo de reputación que desea ganarse en Tommen, señorita Lynch?

Me picaban los ojos por las lágrimas y rápidamente negué con la cabeza.

—Eh, no le hable así —soltó Johnny, inclinándose hacia delante para ocultarme de la vista del señor Mulcahy.

—¡Venga ya, Johnny! —gruñó el entrenador con impaciencia—. Piensa en lo que parece esto.

—Me importa una mierda lo que parezca —replicó él. Se puso en pie de un salto solo para tambalearse rápidamente hacia atrás y caer en el banco con un gruñido de dolor—. No hable de ella así —soltó, con las fosas nasales dilatadas—. Nadie habla de ella así.

—¡Mírate! —le dijo el entrenador, señalando la mitad inferior de Johnny—. Mira el estado en que estás.

Johnny no miró, pero yo sí.

Y cuando lo vi, ahogué un grito.

La sangre brotaba de donde el jugador de Royce le había dado con los tacos de las botas.

—Johnny —grazné, cogiéndole la mano de nuevo.

Madre mía, le temblaba la mano.

Me giré para mirarlo.

Johnny temblaba de arriba abajo.

Tenía la cara contraída por el dolor.

Estaba temblando de pies a cabeza.

—Estás lesionado, muchacho —espetó el entrenador—. ¿Me escuchas? ¡Tu cuerpo se está desmoronando y estás aquí haciendo el imbécil con una chica, joder!

—Está bien, que se calme todo el mundo —pidió el paramédico mientras se acercaba a Johnny y se arrodillaba frente a él—. ¿Qué tenemos aquí, hijo?

—Ya se lo he dicho al doctor —soltó Johnny, temblando violentamente en esos momentos.

—Dame el gusto —respondió el paramédico.

—Aductor desgarrado. —Con un suspiro entrecortado, Johnny se desplomó hacia atrás y cerró los ojos—. Me operaron el 20 de diciembre —explicó, en un tono de absoluta derrota—. No se ha curado.

—Porque no le ha dado a su cuerpo la oportunidad —intervino el entrenador—. Su compañero de equipo y amigo me ha contado que es un problema que lleva ocultándonos desde entonces.

—Como si te importara una mierda... —gruñó Johnny, con los ojos resplandeciendo con furia—. Tú ya tienes tus trofeos y tu final asegurados, ¿no?

—Por supuesto que me importa, pedazo de mamonazo —espetó el entrenador—. ¡Me importas de la hostia, aunque se me escape el porqué!

—Nos han informado de que has estado inconsciente durante varios minutos durante un partido de rugby —comentó la otra paramédica, tomando notas.

—Por el dolor —admitió Johnny en tono seco—. No me he hecho nada en la cabeza.

—Aún —soltó el entrenador—. Todavía hay tiempo para eso.

—Inténtalo, joder —refunfuñó Johnny con amargura. Cabeceó ligeramente y volvió a enderezarse, aún temblando.

—Hey, hey, no pasa nada —susurré, cogiéndole la cara con ambas manos para estabilizarlo—. Estás bien.

Volvió a negar con la cabeza y me miró con ojos ligeramente vidriosos antes de centrarse en mi cara.

—Lo siento —se disculpó con voz ronca, arrastrando las palabras un poco.

—¿Por qué?

—Por no... —cerró los ojos y gimió de dolor— besarte aquella noche.

—No te preocupes por eso —murmuré, cogiéndole la cara con ambas manos—. No pienses en eso ahora, ¿vale?

—Quería hacerlo —gruñó, cerrando los ojos con fuerza mientras lo recorría de arriba abajo un gran escalofrío—. Te lo prometo.

—Johnny, no pasa nada —dije con voz ronca, parpadeando para alejar las lágrimas.

Parecía estar sufriendo tanto que apenas podía soportar verlo así.

—Necesita una revisión completa —afirmó el entrenador entonces, en un tono lleno de preocupación—. Análisis de sangre. Radiografías. Escáneres. Sea lo que sea lo que os diga, ignoradlo. Es un gilipollas de mierda que se calla cuando tiene algún problema.

—Entendido —asintió la paramédica con el portapapeles.

—Tiene un contrato con la Academia irlandesa de rugby —añadió el entrenador, restregándose la cara con una mano—. Tiene todos los papeles en Cork, pero hay que tenerlo entre algodones...

—Entendido —convino el paramédico. Volviéndose hacia Johnny, le guiñó un ojo y declaró—: No eres el primer cadete de la Academia que trato.

—Tal vez tu novia debería salir, Johnny —sugirió la paramédica.

La respuesta de este a su petición fue apretarme más la mano.

Uf, temblaba tanto que me vibraba todo el cuerpo por el contacto.

—Sí —asintió el entrenador y volvió su atención hacia mí—. Señorita Lynch, le sugiero que tome asiento en el autocar —ladró, echándome.

—¿Estás bien? —le pregunté a Johnny.

No lo parecía.

Parecía un animal acorralado.

Herido y desesperado.

Se me quedó mirando un buen rato, con esos ojos azules cubiertos por el miedo, antes de asentir con resignación y soltarme la mano.

—¿Puedo quedarme? —pregunté en un susurro, sin saber si dejarlo solo era lo correcto—. ¿O esperar fuera?

No me sentía bien dejándolo allí.

En realidad, me sentía mal.

—Estaré bien —me aseguró Johnny, guiñándome un ojo antes de gruñir de dolor cuando el paramédico le tocó el muslo—. ¡Joder!

—Fuera, señorita Lynch —me exigió el entrenador, empujándome hacia la puerta.

—¿Puedo ir con él? —me escuché preguntar—. ¿Por favor?

—Puede volver al autocar como le he dicho —me ordenó—. ¡Ahora, fuera!

Sentí que la vergüenza, la culpa y el deber me embargaban mientras me dirigía hacia la puerta.

—Adiós, Johnny —susurré, deteniéndome en la entrada, luchando contra el impulso de volver corriendo hacia él.

Me miró a los ojos con dolor.

—Adiós, Shannon.

«Te quiero».

«Estoy muy enamorada de ti».

«Por favor, que no te pase nada».

A LA ESPERA

Shannon

—¿Shan? —me susurró Claire al oído—. ¿Sigues despierta?

—Estoy despierta —dije con voz ronca, de lado en la cama y completamente inmóvil, mientras miraba por la ventana las luces de la capital.

No me había movido de esa misma posición desde que me metieron en una habitación de hotel con Claire, Lizzie, Shelly y Helen varias horas atrás, y una agotada señora Moore nos pidió que permaneciéramos allí.

Hacía rato que las chicas se habían quedado dormidas; Lizzie en la cama individual junto a la nuestra, y Shelly y Helen en la cama doble que había al fondo de la habitación.

Pero no yo.

Yo no había pegado ojo.

Me estaba muriendo de preocupación.

De vez en cuando, miraba la hora en el reloj analógico de la mesilla de noche.

La última vez marcaba las 5.38.

Johnny estaba en alguna parte allí fuera, en la cama de uno de esos enormes hospitales muy iluminados, y vete a saber lo que le estarían haciendo en el cuerpo.

No sabía lo que estaba pasando.

Nadie me contaba nada.

No tenía su número de teléfono, y aunque lo tuviera, no tenía móvil.

Se me había parado el corazón.

Sentía un miedo diferente a cualquier otro que hubiera experimentado antes.

Estaba aterrorizada por él.

—¿Crees que habrá salido de quirófano? —me preguntó Claire.

Me encogí de hombros, entumecida hasta los huesos.

Claire se puso de lado en la diminuta cama individual que compartíamos y me rodeó con el brazo.

—Ha entrado alrededor de la medianoche, ¿no es eso lo que ha dicho Gerard?

Una vez más, me encogí de hombros con impotencia.

No tenía ni idea.

—Va a estar bien, Shan —susurró, apretándome con fuerza—. Estoy segura.

—Siento que no puedo respirar —confesé mientras una lágrima tras otra me atravesaban las pestañas—. Claire, tengo mucho miedo.

—Es comprensible —respondió, acariciándome el brazo con dulzura.

—¿Sí? —balbuceé, luchando contra las ganas de gritar—. Porque no tengo ni idea de por qué siento que me estoy muriendo ahora mismo.

Sollozando, cogí aire varias veces entrecortadamente, desesperada por controlar mis emociones.

—Shan —musitó Claire con suavidad—. Te sientes así porque Johnny te importa.

Asintiendo, cerré los ojos con fuerza y me tensé para evitar que los temblores me sacudieran.

—¿Y tal vez porque estás enamorada de él?

Con la respiración temblorosa, me di la vuelta y miré a mi mejor amiga.

—Estoy tan enamorada de él, Claire... —le confesé, y luego me eché a llorar—. Lo quiero tanto que solo pensar que podría no estar bien me está matando.

—¿Johnny sabe cómo te sientes?

Negué con la cabeza y lloré más fuerte.

—No debería haberlo dejado allí —sollocé—. Debería haberme quedado con él.

—No podías —dijo en un tono suave—. El señor Mulcahy no te lo habría permitido.

—Parecía tan asustado, Claire... —balbuceé mientras me sacudían los sollozos—. No lo has visto, pero estaba muy asustado. Y luego se lo han llevado en esa ambulancia. Lo he visto irse. Los he visto llevárselo. ¿Y ahora? Ahora no sé dónde está ni si está solo...

—Ya está —me tranquilizó, estrechándome entre sus brazos—. Chisss, ya está. Todo va a ir bien.

—¿Y si le pasa algo? —sollocé, abrazándola como si me fuera la vida—. ¿Qué pasa si algo sale mal en quirófano...?

—No —me cortó en voz baja, con voz autoritaria—. Va a estar bien...

Un suave golpe en la puerta me sobresaltó y ambas saltamos sobre la cama.

Eché un vistazo a las tres chicas dormidas y luego otra vez a Claire.

Ella me devolvió la mirada, con los ojos muy abiertos.

—Chicas —se oyó una voz familiar y apagada al otro lado de la puerta de la habitación—. Dejadme entrar.

Claire levantó una mano, indicándome que me quedara donde estaba, antes de bajarse de la cama y atravesar de puntillas la habitación.

—¿Gerard? —susurró, presionando una oreja contra la puerta.

—Sí, soy yo, nena —dijo la voz de Gibsie desde el otro lado.

Menos mal.

Salté de la cama con torpeza y corrí hacia la puerta justo cuando Claire la abría.

La luz del pasillo nos cegó y ambas hicimos una mueca.

—Hola —saludó Gibsie, de pie en la puerta con un abrigo y un gorro—. Me he imaginado que estaríais despiertas.

—¿Qué está pasando? —lo acribilló Claire—. ¿Te has enterado de algo?

—¿Johnny está bien? —quise saber—. ¿Ya ha salido de quirófano?

—¿Has hablado con sus padres? —preguntó Claire—. ¿Está su madre con él?

—¿Está bien? —repetí, levantando la voz.

—De una en una, chicas, joder —murmuró Gibsie mientras retrocedía hacia el pasillo y nos hacía un gesto para que lo siguiéramos.

Fuimos tras él sin dudar.

—Acabo de hablar por teléfono con su padre —nos contó, que estaba pálido y parecía agotado, apoyándose contra la pared—. Esto no sale de aquí —añadió, lanzándonos a ambas una mirada de advertencia—. ¿Está claro?

Nosotras asentimos.

Gibbie, a su vez, asintió con cansancio.

—Ha salido de quirófano —empezó, y agregó rápidamente, mirándome—. Todo ha ido bien. Tu chico está bien, pequeña Shannon. Respira.

—Ay, menos mal —jadeé, llevándome una mano al pecho.

El alivio que me invadió de arriba abajo fue tan grande que tuve que retroceder un par de pasos y apoyarme en la pared opuesta.

—Cuando lo han abierto, han encontrado una adherencia enorme en la parte del aductor que le operaron en Navidad —explicó—. Al parecer, bastante grave.

—¿Cómo de grave? —planteé en un hilo de voz, entrando en pánico de nuevo.

Gibbie hizo una mueca.

—Según su padre, le estaba bloqueando el cordón espermático o alguna catástrofe brutal como esa. —Estremeciéndose, prosiguió—: Podría haberse cargado seriamente sus posibilidades de formar una familia en el futuro.

—¿Eso es lo que le estaba causando todo ese dolor? —grazné, destrozada al pensar que estaba sufriendo tanto—. Ay, madre.

—No solo eso —replicó Gibbie con un suspiro—. Tiene una infección grave en la pierna y su padre me ha dicho que han tenido que hacerle algo llamado cirugía concomitante porque tenía algo llamado pubalgia atlética, que no le detectaron en sus últimas pruebas y escáneres.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Claire ahogadamente.

—Ni papa, nena —le dijo Gibbie—. No soy médico, y no tengo ni pajolera idea de lo que significa nada de eso, pero, sea lo que sea, lo estaba lisiando.

—Es una hernia que padecen los deportistas —susurré, recordando haber leído sobre ello en un artículo para clase.

—Eso es bastante malo, ¿verdad? —afirmó Claire.

—Es insoportable —convine, palideciendo al pensar en cuánto dolor tuvo que haber soportado Johnny en los últimos meses—. Debe de haberle dolido muchísimo al jugar con una lesión así.

Gibbie asintió con gravedad.

—Los médicos le han dicho a su padre que no saben cómo podía caminar con tanto dolor, y mucho menos cómo siguió jugando al rugby.

—¿Está despierto? —preguntó Claire con un deje de esperanza.

Gibbie negó con la cabeza.

—Qué va, todavía está convaleciente. Lo tienen drogado hasta el culo, por lo que estará fuera de combate un rato más.

—¿Vas a verlo? —inquirí.

—Joder, ya lo creo que voy a verlo —soltó Gibbie—. Y tú vienes conmigo.

—¿Yo?

—Sí, tú, pequeña Shannon —respondió él—. Querrá verte.

—¿Tú crees?

Él asintió.

—Ve a vestirme. Llamaré a un taxi.

—¿Qué pasa con el señor Mulcahy? —añadió Claire, mordiéndose el labio—. Él y la señora Moore han dicho que no podemos salir de nuestras habitaciones.

—El entrenador puede irse a tomar por donde amargan los pepinos —contestó Gibbie sin dudarlo—. Es mi mejor amigo el que está en una cama de hospital, nena.

—Pero, Gerard, son solo las seis de la mañana —insistió Claire, que parecía preocupada—. Y no quiero que te metas en problemas... —Hizo una pausa para mirarme—. Ninguno de los dos.

—Como dijo el difunto y gran Freddie Mercury: no me detengas ahora —canturreó—. Tú vuelve a la cama y te escribiré en un rato.

—Shannon, no vayas —me pidió Claire tras volverse hacia mí, con los ojos llenos de preocupación—. Si te pillan y se lo cuentan a tu padre...

—Voy a ir —asentí con voz ronca, interrumpiéndola antes de que pudiera terminar la frase.

Sabía lo que pasaría.

También sabía que pasaría igualmente.

Estaba en Dublín cuando se suponía que debía estar en casa.

Iba a matarme de todos modos.

Tenía que ir.

Regresé rápidamente a la habitación, me puse el uniforme de nuevo (algo nada fácil en la oscuridad y con mis compañeras durmiendo) y luego volví corriendo al pasillo, donde Claire seguía de pie junto a Gibsie.

—Tú cuida de ella, Gerard Gibson, ¿me oyes? —le estaba advirtiéndole ella por lo bajo—. No la dejes sola en ningún momento ni bajo ningún concepto. Y si os pillan, te comes tú el marrón, ¿entendido? No me importa lo que tengas que hacer, pero piensa en algo para que no la culpen a ella por esto...

—Pequeña Shannon —anunció Gibsie, dándole un empujoncito a Claire en el hombro para alertarla de que había vuelto y podía escucharlos.

—Hola —jadeé, alisándome el abrigo.

—¿Lista para fugarte de la cárcel? —preguntó con una sonrisa.

Miré a Claire, que se mordía el labio preocupada y sacudía la cabeza, antes de volverme hacia Gibsie.

Obligándome a borrar la imagen del rostro de mi padre de mi mente, dejé escapar un suspiro entrecortado y asentí.

—Lista.

ENCUENTRA A LA CHICA

Johnny

Cuando abrí los ojos, estaba en una sala a oscuras con monitores pitando.

Sin saber dónde cojones me hallaba, entré en pánico automáticamente y me puse a arrancarme los cables que tenía conectados al pecho y los brazos.

También tenía algunos metidos en la nariz, que me golpeé tratando de liberarme.

Sentía las manos raras, como si no me pertenecieran.

La cabeza igual.

Todo me daba vueltas, como si se me movieran los ojos por voluntad propia.

En serio, no podía controlarlos.

Traté de centrarme, me esforcé muchísimo en ver lo que me rodeaba, pero mis ojos seguían como locos y la habitación parecía dar vueltas.

¿Estaba borracho?

¿Gibbie me había colocado?

Ese cabronazo...

—Johnny, no pasa nada, hijo. —La voz de mi padre venía de cerca—. No te tires de la vía. Te harás daño.

—¿Papá?

—Estoy aquí, hijo.

Oí que arrastraban una silla por las baldosas.

—Papá —dije con voz ronca, calmándome cuando sentí su cálida mano sobre la mía—. ¿Dónde estoy?

No podía verlo, pero sabía que estaba cerca.

Oía su voz al oído, lo que me hacía sentir seguro.

Me tocó la frente con una mano y me echó el pelo hacia atrás, como solía hacer cuando yo era pequeño.

—Estás en la unidad de recuperación, hijo.

Joder, ¿en serio?

Apenas recordaba el trayecto en ambulancia hasta el hospital.

Todo estaba borroso.

Y no tenía dolor.

No me dolía nada.

Nada.

—Te han operado, hijo —me explicó mi padre.

—Joder —gruñí—. ¿Aún tengo la chorra?

—Aún la tienes —se rio mi padre en voz baja.

—¿Y las pelotas?

—También —asintió—. Todo en orden.

Dejé escapar un suspiro tembloroso.

—Joder, menos mal.

—¿Recuerdas el partido de anoche? —dijo—. Estabas muy mal, hijo.

—Recuerdo a la chica —balbuceé—. ¿Por qué está todo a oscuras?

—Porque se supone que deberías estar durmiendo —respondió mi padre—. Son las seis de la mañana. Aún es de noche.

—Y ¿no hay luces en ninguna parte? —pregunté, confundido—. ¿Se ha ido todo el mundo?

Lo oí reírse por lo bajo.

—Nada de luces por unas cuantas horas más, Johnny.

—¿Estás seguro de que todavía tengo chorra? —Pataleé, pero mis pies no cooperaban—. Le tengo mucho cariño a mi rabo, papá. Lloraré si no está.

—A la mayoría de los muchachos les gusta esa parte de su anatomía, Johnny —se rio él—. Y te prometo que todavía la tienes.

—Ya no me funciona, papá —gemí, cuando sentí que una oleada de devastación arrasaba conmigo—. Me la he roto.

—Los médicos te la han arreglado —me aseguró—. Vuelve a estar en funcionamiento.

—¿Puedo sacármela de nuevo?

—Sí, Johnny —se rio nuevamente—. En unas pocas semanas, podrás sacártela hasta que te hartes.

—Me noto la cabeza rara, papá —comenté arrastrando las palabras—. Todo es agradable y hormiguea... y estoy atontado de la hostia.

—Es por la medicación, Johnny. Te deja soñoliento —me aclaró—. Vuelve a dormir y te sentirás mejor en un rato.

—¿Cómo está? —preguntó una voz desconocida, trayendo consigo un pequeño destello de luz y el sonido de una puerta al cerrarse.

—Diciendo chorradas —le contestó mi padre a la voz.

—Ah, será por la morfina —reflexionó esta, acercándose—. Intente que se duerma. Regresaré en una hora para ver cómo va.

—Papá, hay una chica —anuncié cuando la puerta volvió a cerrarse.

—Lo sé, Johnny —dijo mi padre con calma—. Era tu enfermera.

—No, no, no —farfullé, sacudiendo la cabeza—. Hay una chica, papá. Una chica.

—¿Dónde, hijo?

—Hay una chica en el autocar —seguí arrastrando las palabras—. Necesito que la encuentres.

—No hay ninguna chica, gordo —me persuadió mi padre—. Tampoco hay ningún autocar. Estás puesto de morfina.

—Ay, mierda —gemí—. ¿Me estoy muriendo o algo así?

—No, Johnny, cariño, no te estás muriendo.

—Joder, menos mal —exclamé—. Porque quiero volver a ver a la chica.

—Vale, Johnny. Cálmate, colega.

—No, no, no, papá, lo digo en serio —balbuceé—. Creo que la quiero.

—Y ¿quién es esa chica?

—Es un río —suspiré y cerré los ojos—. Voy a estar con ella, papá.

—Muy bien, hijo —me siguió la corriente—. Quédate con la chica.

—Hace que el corazón me vaya en plan guaaau.

—¿En serio? —preguntó.

—Y tanto, papá —suspiré—. Bum, bum y pumba. —Negué con la cabeza—. Sin parar.

—¿Está despierto? —oí que decía la voz de mi madre, seguida de otro destello de luz y el sonido de la puerta cerrándose.

—Algo así —se rio mi padre entre dientes.

—Johnny, mi amor, soy mamá.

—Mamá —balbuceé, sintiendo que me tocaba la mejilla—. No te enfades.

—Estoy más que enfadada —sollozó—. Podrías haber muerto.

—Edel, cariño, está puesto hasta las cejas —escuché decir a mi padre—. No recordará una palabra de esto mañana.

—¡Mamá! —exclamé—. ¡Tú conoces a la chica!

—¿Qué chica, mi amor?

—Mi chica. —Me di un manotazo en la nariz para rascarme o arrascármela, como se diga.

Ya no sabía nada, pero me sentía cojonudo.

—¿Ves, papá? —Me volví a dar una palmada, esta vez en el pecho—. Bum, bum y pumba.

—¿De qué está hablando, John?

—A saber —respondió mi padre, que parecía la mar de entretenido—. Pero hacía años que no me divertía tanto.

—Me funciona la chorra de nuevo, mamá —le informé con la risa floja—. Papá lo ha comprobado. También tengo las pelotas.

—Por Dios —murmuró mi madre.

—No pasa nada —la arrullé, apretando los labios—. Ella tiene dieciséis años ya, y yo... —Me golpeé la frente—. Diecisiete.

—¿De qué estás hablando, Johnny?

—Las fracciones, mamá —gemí—. Se están estrechando.

—Fracciones ¿de qué, mi amor?

—No habrá que esperar mucho más —suspiré—. Y menos mal, joder, porque estoy enamorado.

—¿Estás enamorado?

Asentí felizmente.

—Y ella es un río.

—Pues qué... bien, cariño —me siguió el rollo mi madre, que sonaba confundida—. Buen chico.

—No pasa nada, mamá —le aseguré—. Voy a estar con ella. Tendré hijos con ella porque me funcionan las pelotas, y papá dice que puedo sacarme la chorra de nuevo. ¡Yuju!

—¡John! —jadeó mi madre—. ¿Qué le has estado diciendo al niño?

Mi padre se rio.

—Tiene diecisiete años, Edel. Es lo primero que va a preguntar después de una operación como esta.

—Ay, Dios mío —gimió mi madre.

—Y voy a comprarle un anillo... y un perro... y voy a navegar por su río... y voy a mirarle las tetas porque puedo. —Suspiré satisfecho—. Tiene las mejores tetas del mundo, papá.

—Toc, toc —llamó una voz familiar, seguida de más luces y más puertas cerrándose—. ¿Cómo está el paciente?

—Gerard —suspiró mi madre con alegría.

—¡Gibs! —lo llamé, buscando a mi mejor amigo por la habitación, sin éxito—. Gibs, tío. ¿Qué mierda me has dado?

—Está muy... colocado en este momento, Gibs —le explicó mi padre—. No hagas caso de lo que diga.

—¿Eso es verdad? —se rio Gibsie entre dientes—. Qué pasa, colega. ¿Cómo estás?

—Me han arreglado el rabo, Gibs. —Con mucho esfuerzo, logré levantar un pulgar y zarandeeé la mano—. Ahora viene lo bueno.

—Yujuuu —vitoreó Gibsie, cogiéndome de la mano—. La mejor noticia que me han dado en todo el año. —Me la apretó y añadió—: Sabes lo que eso significa, ¿no?

—A pillar cacho —dije arrastrando las palabras.

—Exacto —se rio Gibsie—. En cuanto te recuperes, te llevo de fiesta.

—Chicos —nos reprendió mi madre—. Gerard, no lo animes.

—Tú lo entiendes, Gibs —farfullé todo feliz—. Me entiendes.

—Te entiendo, colega —asintió, apretándome de nuevo la mano—. ¿No debería estar fuera de combate todavía?

—Debería —respondió mi padre, que sonaba divertido—. Pero el chaval es fuerte como un toro.

—Soy un toro —balbuceé.

Gibsie soltó una risilla.

—¿Eres un toro?

Asentí.

—Con las pelotas bien grandes.

Gibsie se echó a reír.

—Las pelotas grandes y en funcionamiento.

—Voy a usar ese lubricante, Gibbs —anuncié con voz ronca, dándome la vuelta para mirarlo—. Oye, ¿adónde has ido?

—Estoy justo aquí —me aseguró, acariciándome la cabeza—. Y yo te compraré una caja entera en cuanto estemos en casa.

—Eres mi mejor amigo —le confesé a Gibbs, aunque parecía una almohada—. Me encanta ese enorme melón que tienes por cabeza.

Mi madre gimió.

—Ay, Johnny.

—Escucha —dijo Gibbsie en tono serio—. He traído a una amiga para que lo vea.

—Eres mi amigo —respondí con un suspiro—. Mi amigo favorito y el que está más pirado.

—Lo sé, tío —me siguió el rollo Gibbsie, estrechándome la mano—. Y tú el mío.

—¿Una amiga? —preguntó mi madre.

—Sí, eh, está fuera.

—¡La has encontrado, Gibbs! —exclamé—. Joder, gracias. Pensaba que la había perdido.

—Sí, colega —se rio Gibbsie por lo bajo—. Te he traído a Shannon.

—Shannon Como el Río —suspiré complacido.

—¿Shannon Lynch? —exclamó mi madre—. ¿Es ella sobre quien estabas divagando?

—Oh, sí —asintió Gibbsie.

—¿Qué ha pasado con lo de ser amigos, Johnny? —planteó mi madre.

—Mentí —confesé con una risilla—. He estado mintiendo todo este tiempo.

—Oh, Johnny —suspiró ella—. No tenías que mentir, cariño. Me gusta esa chica.

—Es mía —gruñí—. No puedes quedártela.

Gibbsie se rio a carcajadas.

—Todo el mundo lo sabe, capi.

Retorciendo la cabeza, traté de encontrar a mi padre.

—¿Papá?

—Sigo aquí —me aseguró él, apretándome la mano derecha.

—Es ella —susurré, tratando de encontrarlo en la oscuridad—. La de las tetas perfectas.

—¿Le has visto las tetas? —preguntó Gibsie.

Asentí felizmente.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando estaba enfrascada con mi calculadora —farfullé—. La quiero, Gibs. Mucho. Un cojón.

—Ya lo sé —convino este, dándome unas palmadas en el hombro—. Buldócer.

Me encogí de hombros.

—Y ni siquiera lo siento.

—Gerard, tal vez Shannon no debería entrar —comentó mi madre, preocupada—. Este es capaz de decir cualquier cosa en este momento.

—No, no, no —gruñí, en absoluto feliz ahora—. Quiero verla.

—Johnny, mi amor, puede venir a visitarte cuando se te pase el...

—¿Shannon? —rugí a todo pulmón—. ¿Shannon?

—Deja entrar a la muchacha, Edel —insistió mi padre—. O se pondrá a berrear como un crío.

—¡Shannon!

—¡Ay, bueno, vale! —masculló mi madre—. Será mejor que te portes bien, Johnathon.

Me llegó el sonido de sus tacones repiqueteando en las baldosas, y luego me cegó la luz.

Hubo unos momentos de susurros.

Y luego escuché esas dos palabras.

—Hola, Johnny.

—Bum, bum y pumba, papá —gimoteé, golpeándome el pecho con una mano—. Estoy jodido.

NO TE ABANDONARÉ

Shannon

—Shannon, cariño —me saludó la señora Kavanagh cuando salió de la habitación del hospital donde estaba Johnny y me encontró merodeando en el pasillo—. Cuánto me alegro de verte de nuevo.

—Hola, señora Kavanagh —alcancé a decir, increíblemente insegura.

Llevaba más de diez minutos paseándome frente a la habitación de Johnny, obligándome a no arrasar con la puerta.

Sabía que sus padres estaban allí, sin embargo no entré en pánico.

Porque necesitaba ver a ese chico más de lo que necesitaba el miedo.

Impulsándome con la pared, junté las manos y pregunté:

—¿Johnny está bien?

—Bueno —respondió ella, mordiéndose el labio—. No está en su mejor momento ahora mismo, cariño.

Ay, madre.

La preocupación cobró vida dentro de mí.

—¿Puedo verlo? —me obligué a ser valiente y preguntar.

La señora Kavanagh frunció el ceño.

—¿Por favor? Será muy rápido —supliqué, esperando que su madre se apiadara de mi frágil corazón—. Solo necesito verlo... eh, quiero decir, necesito comprobar que está... bien.

La señora Kavanagh dejó escapar un profundo suspiro, asintió y me hizo un gesto para que pasara.

Con pasos inseguros, entré en la habitación a oscuras, iluminada solo por las luces de la ciudad que se veían desde el otro lado de la ventana.

Miré inmediatamente la cama que había en el centro.

Había un hombre sentado en una silla a la derecha de Johnny y Gibsie estaba de pie a su izquierda.

Reconocí de inmediato al hombre como el de la fotografía en la habitación de Johnny aquel día.

El héroe.

Su padre, que se parecía a Johnny a treinta años vista, le sostenía la mano sentado junto a la cama.

Mientras tanto, yo me quedé allí plantada, en medio de su habitación de hospital, con el corazón martilleándome en el pecho y sin poder apartar la mirada de su cuerpo desplomado.

—Hola, Johnny —saludé, con la voz apenas un susurro.

—Bum, bum y pumba, papá —farfulló él, con la mano en el pecho—. Estoy jodido.

Su forma de hablar hizo que Gibsie se riera a carcajadas y la señora Kavanagh, que se había reunido con nosotros, gimió desesperada.

—Enciende las luces, papá —le pidió Johnny, arrastrando las palabras—. Ilumina el mundo. Tienes que ver a esta chica.

—Johnny —dijo su madre en un tono de advertencia—, compórtate.

—Quiero verla, mamá —gimoteó él—. No puedo verla.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿A mí? —grazné.

—Siempre a ti —gimió Johnny—. Partido de mierda.

—Está fuera de sí, Shannon —se apresuró a explicar la señora Kavanagh—. No hagas caso de nada de lo que suelte por esa boca.

Entonces su padre encendió una pequeña luz del techo, bañando la habitación con un suave resplandor.

Con el corazón acelerado, vi a Johnny conectado a una máquina que emitía un pitido junto a su cama.

Tenía cables pegados al pecho, y un gotero enganchado al brazo.

Por una vez, me las arreglé para no quedarme embobada con su pecho desnudo y me centré en su bonita cara, que estaba magullada y cansada.

—¿La ves, papá? ¿Ves? ¡Tan preciosa, joder! —sentenció Johnny—. Ya os lo decía.

Ay, madre...

—Oh, Johnny —suspiró su madre.

—Déjalo en paz, Edel —se rio su padre—. No puede evitarlo en este momento.

—Shannon —dijo Johnny con voz pastosa, terriblemente grogui—. Está demasiado lejos.

—Estoy aquí, Johnny —grazné.

—¿Estás aquí? —Asintió con la cabeza, más para sí mismo que para cualquier otra persona—. No vuelvas a abandonarme.

Se me encogió el corazón y dejé salir las palabras en una pequeña bocanada de aire:

—No lo haré.

Me sentía increíblemente incómoda con sus padres en la habitación, pero reprimí esos sentimientos y me obligué a caminar hacia él.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, tras recorrer la distancia que nos separaba, rodeando la cama por el lado de Gibsie—. ¿Estás bien?

—Ven, ven —me arrulló Johnny, mirándome fijamente con ojos soñolientos, mientras me pedía que me acercara meneando el dedo—. Quiero enseñarte algo.

—Eh, ¿vale?

Pasé junto a Gibsie y me acerqué a su cama.

—¡Ni se te ocurra! —ladró la señora Kavanagh, lo que me hizo retroceder y a Johnny gimotear.

—Aguafiestas —resopló este.

—John, mete esas sábanas por debajo del colchón —le pidió a su marido antes de mirar a su hijo—. No me importa lo colocado que estés, Johnathon Robert Kavanagh júnior, te la cortaré si se te ocurre enseñársela.

—Enseñarme ¿qué? —pregunté nerviosa.

—Mi chorra —anunció Johnny, girándose para mirarme—. ¿Quieres verla? —Me sonrió adormilado—. Todo está mejor ahora.

Gibsie echó la cabeza hacia atrás y aulló de la risa.

El señor Kavanagh se unió a él.

—Qué bochorno —sollozó la señora Kavanagh.

—Está colocado, pequeña Shannon —me explicó Gibsie, todavía riéndose—. Hasta las cejas.

—Ah, bueno, no pasa nada —susurré, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

—Dame la mano —me pidió Johnny, agitando una hacia mí.

Miré a su madre, sin saber si le importaría que tocara a su hijo en ese estado.

Ella se limitó a suspirar y asintió.

—Estaba preocupada por ti —admití, cogiéndole la gran mano—. Me diste un susto espantoso.

—Y yo estaba preocupado por ti —confesó Johnny, con los ojos muy abiertos—. Siempre estoy preocupado por ti.

Tiró con fuerza de mí y me arrastró a la cama.

—¡Johnny!

—No pasa nada —le aseguré al señor Kavanagh antes de sentarme vacilante en el borde.

No tenía elección.

Era sentarme en el borde de la cama o dejar que me pusiera encima de él, porque no me soltaba.

—No sabía dónde estabas —continuó Johnny mientras negaba con la cabeza, con pinta de estar nervioso y confundido—. Pensaba que te había perdido... ¿Y la cabeza? Flotaaando de la hostia, nena.

«Te ha llamado nena».

«Te ha llamado nena otra vez».

—Ya estoy aquí —susurré, incapaz de borrar mi sonrisa por lo adorable que estaba siendo—. Y vas a estar bien.

—Te quiero, Shannon como el río —farfulló.

Se me paró el corazón.

¿Acababa de?

No.

No, por supuesto que no.

—Joder, te quiero —repitió Johnny.

«Está colocado, Shannon».

«No sabe lo que está diciendo».

«No le hagas caso».

—¿Gibs?

—¿Sí, tío?

—Mi cordón espermático no se ha roto. —Johnny suspiró felizmente—. Nada de pelotas reventadas.

Gibbie soltó una risilla.

—Es bueno saberlo, capi.

—¿A que lo he hecho bien, papá? —siguió delirando—. ¿Ves? ¡La he encontrado!

—Has hecho un gran trabajo —asintió el señor Kavanagh.

—Lo siento, familia, pero solo se permite que haya un miembro de la familia con el señorito Kavanagh fuera del horario de visitas —dijo una enfermera desde la puerta, lo que me sobresaltó—. Si son familiares todos, pueden ir turnándose —añadió—. Tienen una sala de espera en el tercer piso, pero tendré que pedirles a tres de ustedes que salgan.

—Yo me quedo —anunció la señora Kavanagh—. John, puedes llevar a Shannon y Gerard a desayunar. Te llamaré en un par de horas.

—Oye, me tengo que ir —susurré, volviendo mi atención a Johnny, con el corazón todavía martilleándome en el pecho—. Intentaré volver más tarde, antes de que se vaya el autocar, ¿vale?

—No, no, no —gimió Johnny, cogiéndome una mano entre las suyas—. Has dicho que no me abandonarías.

Ay, madre.

—Johnny, ya lo sé, pero tengo que irme —murmuré, nerviosa—. Solo puede quedarse la familia.

—Es mi esposa —anunció Johnny entonces, lo que me dejó loquísima.

—Johnathon Kavanagh —espetó su madre—. ¡Detén esto ahora mismo! Vas a asustar a la chica.

—¿De qué estás hablando? —farfulló confusamente Johnny—. No la estoy asustando. La quiero.

—Johnny, volveré —lo engatusé, y solté un suspiro tembloroso—. Te prometo que volveré, ¿vale?

Traté de liberar la mano, pero no me soltaba.

Estaba sacudiendo la cabeza y mirándome colocadísimo con los ojos abiertos como platos.

—Me tengo que ir —repetí, completamente desgarrada—. Lo siento mucho.

—Iré contigo —sentenció, y luego procedió a arrancarse los cables.

—Para —le ordené, cogiéndole la mano con la que tenía libre—. Te harás daño.

—Quiero estar contigo —gimió, tirándome de los brazos—. Solo contigo.

Desconcertada, miré a sus padres, que estaban contemplando nuestro pequeño combate de lucha libre.

El señor Kavanagh simplemente negó con la cabeza y sacó de la habitación a Gibsie, que aún se reía por lo bajo.

—Ya voy —le prometí a la señora Kavanagh—. Solo necesito... —Mis palabras se interrumpieron cuando Johnny me pasó los brazos alrededor de la cintura y se aferró a mí.

—Eres una sabandija —murmuré con desesperación, sintiendo la mirada de su madre en mi cara.

—Apaga las luces y quédate conmigo, Shannon como el río.

—Lo siento mucho —me disculpé con ella mientras intentaba sin éxito liberarme de sus zarpas—. Solo será un minuto...

—Quédate con él.

La miré de repente.

—¿Eh?

—No tiene sentido agitarlo —afirmó en voz baja, con la mirada fija en su hijo, que en ese preciso instante me acariciaba el vientre con la cara—. Si te sientes cómoda quedándote con él, Shannon, entonces puedes quedarte.

No quería irme.

Ni en el vestuario de Royce.

Ni ahora.

Jamás.

Asintiendo lentamente, susurré:

—Me ocuparé de él.

—Bien entonces. —La señora Kavanagh suspiró profundamente—. Vuelvo en un momento.

Dicho esto, se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Te las vas a ver conmigo —le dije a Johnny cuando la puerta se cerró y nos dejaron solos—. Cuando vuelvas en ti, tú y yo vamos a hablar sobre lo que acabas de hacer.

—Me da igual —balbuceó aturdido—. He conseguido lo que quería.

—¿Y qué era? —pregunté—. ¿Avergonzar a tu madre?

—A ti —respondió arrastrando las palabras—. Tenerte a ti.

Ay, madre.

Mi corazón.

—Johnny, estás diciendo cosas muy raras ya —jadeé.

Y tienes que parar.

Porque duele.

Sentada junto a él, me incliné hacia delante y apoyé un brazo a un lado de su cabeza para acariciarle la mejilla con la mano libre.

Aún me tenía cogida por la cintura, pero no tan fuerte ahora.

—Cierra los ojos —le dije en voz baja—. Estaré aquí cuando te despiertes.

—Dime que me quieres —suplicó.

—Johnny...

—Dímelo.

Respirando para tranquilizarme, susurré:

—Johnny, te quiero.

—Joder, menos mal —gimió, resoplando ruidosamente.

—No lo recordarás —añadí con voz temblorosa—. Pero yo sí.

Lo cual era la única razón por la que le estaba diciendo la verdad.

—Me encantan tus tetas —me soltó entonces.

—No me las has visto.

Él asintió solemnemente.

—Sí que lo he hecho.

Negué con la cabeza.

—No, debes de estar pensando en otra persona.

—Solo pienso en ti —respondió—. Solo en ti.

Mi corazón.

Mi pobre pobre corazón.

No tenía ninguna oportunidad con este chico.

Me sonrió con esa expresión adorable y ensimismada.

—Dame un beso —ronroneó.

Sacudiendo la cabeza, me incliné hacia delante y presioné los labios contra los suyos.

—No me abandones —gimió entonces, con el rostro contraído por el dolor—. Ya no valgo..., pero no te vayas, ¿vale?

—¿Qué?

—Estoy... roto.

Negué con la cabeza.

—No estás roto.

Johnny gimió como si le doliera.

—Se acabó... el rugby —balbuceó y luego negó con la cabeza.

—No importa.

Él asintió solemnemente.

—Sí que importa.

—Mírame. —Le giré la cara hacia mí—. Johnny Kavanagh, abre los ojos y mírame.

Con mucho esfuerzo, lo hizo.

Esperé varios segundos para que se centrara en mi cara antes de continuar.

—Vales mucho más que el rugby. —Entonces lo besé en la boca porque, francamente, tenía un problema con lo de los besos inoportunos cuando se trataba de ese chico—. Si no volvieras a coger una pelota de rugby en toda tu vida, no me importaría.

—Creo que te necesito para siempre —declaró arrastrando las palabras.

—Creo que yo también te necesito para siempre —confesé.

—Eres tan bonita... —farfulló—. El primer día. Bum.

—¿Bum? —me reí.

Él asintió solemnemente.

—Bum.

—Oye, voy a sentarme en la silla junto a tu cama —lo engatusé mientras trataba de desenredarme de sus cables y escapar de sus manos—. Para que puedas dormir un poco.

Johnny negó con la cabeza y me acercó más.

—Duerme conmigo.

—Johnny, acabas de salir de una operación —suspiré—. Necesitas descansar.

—Si esto es amor, entonces eres tú —dijo a modo de respuesta, arrastrándome para que me echara a su lado.

—¿Eh? —repuse mientras me ponía de lado y hacía lo posible para no tocarle las piernas.

—Tú —murmuró adormilado, dejando caer un pesado brazo alrededor de mis hombros.

—Yo ¿qué? —susurré mientras le colocaba una mano sobre el vientre y me acurrucaba en su costado.

—Tú eres amor. —Suspiró con satisfacción—. Quédate conmigo.

«Siempre».

—Me quedaré contigo —murmuré, sintiendo más en ese momento de lo que podía soportar.

—¿Quién te está poniendo triste? —preguntó entonces, con la voz confusa y soñolienta—. Cuéntamelo, nena.

—Nadie, Johnny.

—Mientes y me rompe el corazón —gimió, aferrándose a mí con más fuerza—. Todas esas marcas. Me duele saber que alguien está haciéndole daño a mi Shannon.

—Johnny...

—¿Quién te está haciendo daño, nena? —balbuceó adormilado. Bostezó ruidosamente y luego suspiró—. Me encargaré de ello.

—Es un secreto —musité, temblando de los pies a la cabeza.

—No lo contaré —susurró.

Con un suspiro tembloroso, cerré los ojos con fuerza y le acerqué los labios al oído.

—Mi padre.

Esperé varios segundos a que dijera algo.

No lo hizo.

Cuando abrí los ojos y lo miré, comprendí por qué.

Johnny estaba dormido.

PLAN B

Johnny

Me dolía todo.

Los huevos.

Las piernas.

El rabo.

La cabeza.

Me sentía como si me hubiera atropellado un tren de carga.

Sentía presión en el pecho.

Algo no iba bien.

Y ¿olía a coco?

Y entonces me acordé.

Se había acabado.

Todo mi esfuerzo.

Todos los años de incesantes y agotadoras sesiones de entrenamiento no habían servido para nada.

Porque mi cuerpo me había fallado.

Y ahora estaba roto.

Me desperté sobresaltado y abrí los ojos de golpe, presa del pánico y al borde de un ataque de nervios.

Me quedé unos momentos mirando al techo, asimilando la devastación que me atravesaba el corazón como un maremoto de destrucción.

Respiré hondo varias veces e hice ademán de sentarme, solo para dejarme caer cuando noté el pequeño cuerpo acurrucado a mi lado en la cama.

Hostia puta.

—¿Shannon?

—¿Mmm?

—Shannon —la llamé con voz ronca, empujándola ligeramente con una mano. Estaba acurrucada entre mis brazos—. Despierta.

Bostezando en silencio, emergió del hueco de mi brazo.

—Estás despierto —dijo, sonriéndome.

Asentí con cautela.

—¿Recuerdas dónde estás?

Asentí de nuevo.

—¿Recuerdas el partido?

—Recuerdo por qué estoy aquí —grazné, con la boca seca y ronca—. No recuerdo por qué estás tú aquí.

Shannon me miró durante un buen rato y luego abrió mucho los ojos y bajó rápidamente de la cama.

—Querías que me quedara contigo —explicó en voz baja, juntando las manos.

Fruncí el ceño.

—Ah, ¿sí?

No me acordaba.

Estaba confuso.

Shannon asintió.

—Sí, he venido a verte con Gibsie esta mañana. Bueno, eran como las seis de la mañana, así que supongo que podríamos decir anoche. No sé...

—¿Cuánto? —la interrumpí.

Estaba demasiado desesperado para escuchar divagaciones.

Shannon me miró fijamente.

—¿Eh?

—¿Cuánto tiempo? —siseé.

Ella consultó el reloj.

—Son las doce menos cuarto, así que llevas así casi seis horas.

—No. —Negué con la cabeza y solté un gruñido de frustración—. ¿Cuánto tiempo me han dado?

Ella sacudió su cabeza.

—No entiendo.

—¡Que cuánto tiempo estaré de baja! —escupí, apretando las sábanas mientras la desolación se sumaba a la angustia en lo más profundo de mí ser.

—Johnny, eso no importa...

—Importa, Shannon —corté, con la voz rota—. A mí me importa.

Ella se limitó a mirarme con esos enormes ojos llenos de miedo, preocupación y lástima.

No podía soportarlo.

No en esos momentos.

No quería que me viera derrumbarme.

No podía hacer frente a eso.

—¿Puedes pasarme eso, por favor? —le pedí, señalando el historial médico que colgaba al pie de mi cama—. Necesito verlo.

Se mordió el labio, mirando nerviosamente el portapapeles.

—Johnny, tal vez deberías esperar a un médico...

—Necesito ver el puto historial —grazné—. Necesito verlo por mí mismo.

Ella se estremeció y me sentí como una mierda.

—Por favor. —Solté un pesado suspiro—. Pásamelo.

Sin decir una palabra, me entregó el portapapeles.

—Gracias.

Dejó caer la cabeza y sollozó.

Mierda.

¡Mierda!

—¿Puedes ir a buscar a mi padre? —pregunté, tratando desesperadamente de controlar mis emociones.

Me miró desolada y herida.

Contuve la respiración, desesperado por no desmoronarme frente a ella.

Ella no podía arreglar eso por mí, y me aterrorizaba perder más todavía.

Sabía que Shannon era frágil y no quería asustarla. Y si se quedaba en esa habitación, eso es exactamente lo que iba a terminar haciendo.

Pero entonces vería mi peor versión, mi debilidad, y también la perdería.

No podía perderla a ella también.

Con el corazón retumbándome, la vi abrir la puerta y detenerse en el umbral.

—Adiós, Johnny —susurró, mirándome por última vez.

Tragué saliva profundamente antes de alcanzar a decir:

—Adiós, Shannon.

Esperé hasta que la puerta se cerró para arrancarme las sábanas y comprobar el daño.

La hostia.

Dejé caer la cabeza sobre la almohada y me mordí el puño para sofocar el llanto.

Cuando mi padre entró en la habitación, media hora después, estaba solo.

—Buenos días, cupido —saludó con una sonrisilla.

—Papá —sollocé, con lágrimas en las mejillas.

En cuanto mi padre vio mi expresión, se le borró la sonrisa.

Dejó el vaso de plástico en la mesilla de noche, se hundió en el borde de la cama y me abrazó.

—Johnny —susurró—. Suéltalo, hijo.

Y allí mismo lloré como un puto niño en el hombro de mi padre.

—¿A qué me enfrento? —jadeé cuando recuperé el habla.

—Seis semanas como mínimo —me dijo con esa sinceridad por la que lo respetaba.

—Papá, se ha acabado. —Negué con la cabeza y resistí el impulso de chillar—. La campaña de verano... La sub-20... ¡Se acabó para mí!

—No se ha acabado —me aseguró—. Es complicado, pero no imposible.

—Complicado —alcancé a decir, con el corazón bombeándome tan fuerte que pensé que se me iba a parar por completo—. Mierda.

—No olvides quién eres. —Dicho esto, se puso de pie y me ayudó a sentarme en el borde de la cama—. Eres mi hijo —añadió, bajándome los pies al suelo—. Y eres un luchador.

Dejé caer la cabeza.

—No me siento como un luchador, joder.

—Has sido un luchador desde el día en que naciste —me corrigió, levantándome la barbilla y obligándome a mirarlo a los ojos, que también tenía azules—. Nunca has dejado que nada se interponga entre tú y tus objetivos, y estoy segurísimo de que no vas a dejar que seis semanas te detengan.

—¿Y si no lo consigo? —grazné, expresando en voz alta mi mayor miedo—. ¿Y si no estoy en forma para entonces?

—Pues no lo consigues —respondió simplemente.

Negué con la cabeza y sollocé desconsolado.

—Papá, no puedo con...

—Si no lo consigues este verano, pues no lo consigues este verano —repitió—. Seguirás siendo Johnny Kavanagh. Seguirás siendo un estudiante ejemplar. Seguirás siendo un buen hombre. Y seguirás siendo la mejor decisión que he tomado jamás.

Por millonésima vez en mi vida, me encontré mirando al hombre que me crio y preguntándome si alguna vez seré tan fuerte como él.

Observé a mi padre mientras acercaba una silla y la colocaba frente a mí.

—Bueno —dijo sentándose y aflojándose la corbata—. Seamos realistas, hijo.

Ay, mierda.

—¿Realistas? —grazné.

Mi padre asintió.

—Pongamos que no entras en la sub-20 en junio...

—Papá, no pued...

—Escúchame —me pidió con calma.

Asentí abatido.

—Pongamos que no entras en junio —continuó diciendo mi padre, expresando en voz alta mi peor pesadilla—. Es devastador. Tu madre y yo lo entendemos. Puede que no lo creas, pero te trajimos a este mundo y cada momento doloroso que pasas en la vida, cada obstáculo con el que tropiezas... Estamos ahí, Johnny. Estamos justo detrás de ti, sintiéndolo todo. Tu dolor, frustración y miedos. Todo recae en nosotros. Celebramos tus logros y sufrimos tu angustia. Porque eres todo lo que tenemos, Johnny. Solo tu. Y nada más.

Ahora me sentía peor que al despertar.

—Papá...

—Cuando seas mayor y tengas tus propios hijos, un niño, entenderás a lo que me refiero —añadió, tan tranquilo como siempre—. Pero, por ahora, vas a tener que creer en mi palabra.

Asentí, sintiéndome como un pedazo de mierda y sabiendo muy bien lo que venía a continuación.

—Lo que has hecho, Johnny —dijo mi padre—, el riesgo que has corrido... —Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro tembloroso—. No hay palabras para expresar lo destrozados que nos quedamos al recibir esa llamada anoche. —Se inclinó hacia delante en la silla y juntó las manos—. Al saber que nuestro hijo había estado arriesgando su salud y su futuro de esa manera, y que llevaba meses haciéndolo.

Dejé caer los hombros de la vergüenza.

—Lo siento, papá.

—No necesito una disculpa —respondió él sin el menor enfado—. Necesito que entiendas. Que mires con perspectiva este sueño que has estado persiguiendo y te des cuenta de que se te escapa la vida.

—Tengo tantas ganas de conseguirlo, papá —confesé, mordiéndome el labio—. Tantas, joder.

—Y yo de que lo consigas —apuntó—. Quiero que persigas tus sueños, Johnny. Quiero que los hagas realidad. Quiero que logres todo lo que quieras en la vida. Pero necesito que lo hagas con los pies en la tierra.

Se reclinó en la silla y me miró durante un buen rato antes de hablar de nuevo:

—Hasta los mejores se caen a veces, hijo. Lo que hagas a continuación, con lógica premeditada y las ideas claras, es lo que te definirá.

Sí.

Lo pillaba.

Le hacía caso.

Con un profundo suspiro, me pasé una mano por la cara y pregunté:

—Entonces ¿cuál es el plan?

Mi padre sonrió.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué me miras así?

Inclinó la cabeza hacia un lado, todavía sonriendo.

—Solo miro a mi hijo y me siento agradecido de volver a ver el brillo en su mirada.

Me encogí de hombros, perdido.

—¿Se había ido?

—No muy lejos —me contestó—. Y el plan es recuperación y reposo en cama. De siete a diez días.

Suspiré tembloroso.

—Joder, pa...

—Ese es el plan, hijo —me cortó mi padre con autoridad—. A partir de ahí, seguiremos adelante con la rehabilitación.

—¿Y la Academia? —Tragué saliva con dificultad—. ¿Se ha puesto en contacto contigo el entrenador Dennehy?

—Están que trinan contigo —respondió mi padre, sin rodeos—. Lo cual es de esperar cuando el mejor centro del país casi acaba con su carrera antes de cumplir dieciocho años.

Gruñí.

—Joder, no lo digas así.

—La verdad siempre es mejor que una mentira —declaró con una sonrisa de complicidad—. Más dolorosa, pero mucho más beneficiosa a largo plazo.

—Eres abogado —resoplé—. Te pagan un dineral de la hostia por mentir.

—No a ti —replicó con una sonrisa—. Tú obtienes mis servicios de forma gratuita y cien por cien honrada. —Con una sonrisilla, añadió—: Si quieres que alguien te consuele, entonces deberías tener esta conversación con tu madre.

—Sí, bueno —murmuré—. Podrías cortarte un poco, papá. Esto escuece.

—Si pica es porque cura —me dijo—. El mundo es grande y cruel, hijo. Todo escuece.

—¿Qué pasa con mi contrato con la Academia? —me atreví a preguntar.

—Más que vigente todavía.

Dejé escapar un gran suspiro de alivio.

—No sé de qué te sorprendes —comentó mi padre—. Eres brillante. Un idiota dejado, cabezota y suicida con una mente brillante para el rugby y el talento para alcanzar el nivel que quieras. Y ellos lo saben, Johnny. No se desharán de ti.

Cuando me dijo eso, supe que no era una tontería.

Él no me mentiría.

—¿Crees que lo conseguiré, papá? —pregunté entonces, mirando a mi padre a la cara—. ¿Crees que puedo hacerlo?

—Sí —contestó sin dudar.

Se me aceleró el corazón.

—¿En serio?

Mi padre asintió.

—Sí, Johnny. En serio.

Con esas palabras, sentí que un pequeño rayo de esperanza se abría paso en mi interior.

Podía salir del pozo.

Podía hacerlo.

Mi padre me veía capaz.

—Pero te han relevado de tus funciones —agregó.

Suspiré con fuerza.

—Era de esperar.

—Y el entrenador Dennehy hablará contigo muy seriamente.

Hice una mueca.

—También era de esperar.

—Y deberás pasar tres pruebas distintas antes de volver a pisar un campo de rugby, ya sea en la Academia, el club o el instituto —intervino—. Y esos pies no volverán a pisar la hierba hasta mayo bajo ningún concepto.

—Fantástico. —Me pasé una mano por el pelo y suspiré—. Joder.

—No entres en pánico —dijo con calma—. Ya conoces el plan. Está ahí. Justo delante de tus narices. Para volver al equipo tendrás que curarte. En este momento, dejar que tu cuerpo descanse es tan crucial como cualquier otro entrenamiento o compromiso deportivo.

Lo pillaba.

—Es que es un asco —murmuré.

—Míralo de esta manera —sugirió mi padre con una sonrisilla—. Tendrás tiempo ilimitado para pasarlo con Gibsie.

—Ay, no.

Mi padre se rio.

—Quien supongo que nunca te dejará olvidar lo de esta madrugada.

—Qué va. —Hice una mueca—. Dudo que lo haga —coincidí. Entonces lo miré y le pregunté—: Y ¿cuánto tiempo voy a estar encerrado en el hospital?

—Un par de días más —respondió mi padre—. Luego te llevaremos a casa y podrás empezar con la rehabilitación.

—¿De verdad crees que puedo arreglar esto, papá?

Mi padre asintió.

—Si empiezas a seguir las reglas, entonces puedes arreglarlo sin duda.

Sacudí la cabeza de nuevo.

—¿Por qué cojones no hablé contigo hace meses?

—Porque soy un padre adicto al trabajo que debería haber dedicado más tiempo a mantener a su hijo fuera de peligro, en lugar de mantener a los hijos de otros fuera de la cárcel —contestó.

—No te culpo por disfrutar con tu trabajo —le aseguré—. Yo soy igual.

Él sonrió.

—Lo sé. He despejado mi agenda para el resto de las vacaciones de Semana Santa.

Lo miré sorprendido.

—¿Vienes a casa?

—Sí, hijo.

—¿Y mamá?

Mi padre se rio.

—Ay, Johnny, si pudiera, te volvería a meter en un carrito y te llevaría con ella a todas partes. No va a quitarte los ojos de encima.

—Mierda.

—Tienes que volver a ganártela, hijo.

—¿La confianza?

Mi padre asintió.

—Así es.

—Bueno y ¿dónde está? —me quejé, pensando en cuánto lloriqueo iba a tener que aguantar de mi madre.

—Volverá en un rato —dijo mi padre—. Ha ido a buscarte algo de ropa.

—¿Y Gibsie?

—Está en la cafetería —respondió con una sonrisa—. Le ha gustado la chica que atiende allí.

—Menuda novedad —murmuré.

Cabrón salido.

—Gibsie se quedará con nosotros hasta que te llevemos a Cork —anunció mi padre entonces—. Y probablemente lo expulsen a la vuelta de las vacaciones de Semana Santa. —Sonriendo, añadió—: Deberías haber escuchado cómo ha llamado al entrenador cuando ha venido al hospital antes; por eso he tardado tanto en venir. Gerard se ha negado rotundamente a volver al autocar. Al parecer, se ha escapado del hotel para venir a verte esta mañana temprano. Tiene serios problemas con el director. He tenido

que llamar al instituto y a sus padres para que el entrenador Mulcahy aceptara que se quedara con nosotros.

—Ay, no me jodas —gemí—. No puedo sacarlo a ninguna parte.

—Es un fiel amigo, Johnny —declaró mi padre—. Tienes suerte.

Ya lo sabía.

—¿Y Shannon? —grazné, estremeciéndome al recordar lo horriblemente mal que había reaccionado al despertar—. ¿Está bien? ¿Está en la cafetería con Gibs? —Tragué saliva con dificultad, sintiéndome muy expuesto en ese momento—. ¿Puedes ir a buscarla, papá? Necesito hablar con ella.

Mi padre suspiró con fuerza.

—Shannon se ha ido a casa, Johnny.

Se me cayó el alma a los pies.

—Me ha abandonado —dije con voz ronca.

Ya está.

Así era como empezaba todo.

No valía una mierda sin el rugby.

—No. Se ha quedado contigo —me corrigió mi padre—. Cuando estabas como un loco y cualquiera en su sano juicio habría salido por patas, esa chica se quedó junto a tu cama, escuchando tus tonterías.

—Sí, bueno, pero ya no está, ¿no es así? —mascullé, compadeciéndome de mí mismo.

—Cuando te viste entre la espada y la pared anoche, ¿quién se sentó contigo?

Me lo quedé mirando.

—¿Quién te cogió de la mano, Johnny?

—Papá...

—¿Quién esperó a la ambulancia contigo?

—Papá, para...

—¿Quién ha venido a ver cómo te encontrabas cuando estabas en tu peor momento?

Lo miré.

¿Acaso él...?

—Sí, estoy muy al tanto de lo que pasó entre vosotros dos en ese vestuario. —Mi padre sonrió con picardía—. Tu entrenador me habló de la «posición comprometida» en la que os encontró a ti y a Shannon.

—Puto traidor —gruñí.

—Es tu profesor, Johnny. Tiene que informar sobre incidentes de esa naturaleza. No tiene elección en el asunto. Es obligatorio.

—Y ¿sus padres?

—Supongo que están al tanto de la situación.

Negué con la cabeza.

—No me jodas.

Él suspiró profundamente antes de añadir:

—Sospecho que también se habrá metido en un buen lío por escaparse hasta aquí.

—Mierda. —Dejé caer la cabeza entre las manos e ignoré la punzada de dolor que me subió por las piernas—. Joder, papá, he sido un completo imbécil con ella cuando me he despertado.

—Entonces arréglalo —repuso con calma.

—No lo entiendes —solté, sintiéndome como el peor pedazo de mierda del planeta—. He entrado en pánico y lo he pagado con ella, pero es frágil, papá. Es tan... Y yo estoy tan...

—¿Enamorado de ella? —Mi padre sonrió—. Sí, todos lo sabemos, Johnny. Esta mañana lo has gritado a los cuatro vientos.

—Mierda —gemí—. ¿La he asustado?

—A tu madre ya lo creo —se rio mi padre—. Cuando le has dicho que Shannon sería la madre de tus hijos.

—No me jodas —gimoteé—. ¿Por qué no me habéis callado?

—No podíamos —respondió—. Solo te calmabas con Shannon. Te has quedado dormido en sus brazos.

Puaj.

Joder.

—Voy a por un café y a ver cómo está tu mejor amigo —anunció mi padre mientras se levantaba de la silla—. Pero ¿puedes hacerme un favor? Cuando tu madre venga luego, ¿puedes tranquilizarla? —Sonriendo, añadió—: Algunas de las cosas sobre las que despotricabas esta madrugada han alterado a la pobre mujer.

—No recuerdo una mierda —gemí—. Todo está borroso.

—Tal vez no lo recuerdes —se rio mi padre entre dientes mientras se dirigía hacia la puerta y la abría—. Pero ella lo recordará el resto de su vida.

Esperé hasta que salió de la habitación para coger mi móvil.

«Mi padre».

«Mi padre».

¿Por qué cojones estaba escuchando a Shannon decir esas palabras?

Y ¿por qué me decía el corazón que eran vitales?

Joder, deben de haberme noqueado con drogas de las duras.

«Concéntrate, Johnny».

«Recuerda».

Busqué entre mis contactos con la intención de llamarla para disculparme, solo para desplomarme abatido al acordarme de que no tenía su número.

Y aunque lo tuviera, no podría llamarla.

Porque su padre tenía su móvil.

«Mi padre».

«Mi padre».

¿Qué me estaba perdiendo?

TERROR FALLIDO

Shannon

No quería ir a casa.

Pero sabía que tenía que hacerlo.

No quería que me pegaran.

Pero sabía que lo haría.

Hecha pedazos, acepté mi destino.

Sabía que no había otra salida.

Por tanto, no me sorprendió cuando, nada más cruzar la puerta de casa el sábado por la tarde, me recibió el puño de mi padre.

La fuerza del golpe me dejó sin aire en los pulmones y caí al suelo del pasillo a cuatro patas.

—¡Lo sabía! —bramó mientras se alzaba sobre mí, con la mirada turbia y apestando a whisky—. Joder, sabía que te ibas abriendo de piernas por ahí —rugió—. Se lo dije a tu madre y ella no me creyó.

No tuve la oportunidad de responder ni defenderme, porque se agachó y me cogió por el pelo con el puño para arrastrarme dentro de casa.

—¡Suéltame! —grité, agarrada a su mano mientras me la clavaba dolorosamente en el cuero cabelludo—. ¡Para!

«Se acabó».

«Hoy es el día en que mueres».

—Eres una pequeña furcia —gruñó mi padre, sin detenerse hasta que estuvimos en la cocina.

Literalmente, me puso de pie estirándome del pelo solo para lanzarme como si fuera una muñeca de trapo.

Fui a parar de cara contra la esquina de la mesa de la cocina con un ruido sordo y me desplomé con fuerza sobre las frías baldosas del suelo.

—¡Han llamado de tu puto colegio! —bramó mi padre, arrastrando las palabras mientras recorría el espacio entre nosotros—. ¡Me han contado lo que tu profesor te pilló haciendo, pedazo de zorra asquerosa!

—¡Yo no hice nada! —bramé mientras las cálidas lágrimas me resbalaban por las mejillas—. Estoy sangrando —sollocé, agarrándome un lado de la cara mientras se me mojaban los dedos.

—¡Vas a sangrar mucho más cuando haya terminado contigo! —me rugió en la cara.

Me cogió de un brazo y me zarandeó con tanta fuerza que mi cabeza se sacudió violentamente de un lado a otro.

—Pequeña furcia, montándoselo en los putos vestuarios.

—¡No es verdad! —chillé, tratando de liberarme—. ¡Suéltame!

—¿Quieres acabar como tu madre? —se burló—. ¿Es eso? —Me sacudió con más fuerza—. ¿Quieres que te preñen a los dieciséis?

—¡Suéltala! —gritó una voz.

Vi a mi hermano de once años en la puerta y se me hundió el corazón.

—No, Tadhg —dije ahogadamente—. Vuelve arriba.

—Lárgate de aquí, hostia —ladró mi padre, soltándome—, si sabes lo que te conviene.

—Deja a mi hermana en paz —gruñó Tadhg, dando un paso hacia la cocina.

—Tu hermana es una perra —farfulló mi padre, centrando su atención en mi hermano—. ¿Vas a defender a una perra, chico?

—Ollie —gritó Tadhg con valentía—. Pide ayuda.

Por el rabillo del ojo, vi cómo mi hermano de nueve años se encogía de miedo en el pasillo con Sean, de tres años, bajo el brazo.

Los tres niños eran copias de nuestro padre, con el pelo rubio como la arena y grandes ojos marrones, y los tres lo estaban mirando horrorizados.

—Subid el culo por las escaleras antes de que os lo deje en carne viva —los amenazó mi padre.

Sean corrió hacia arriba y Ollie se lanzó hacia la entrada de casa.

Pero Tadhg se quedó donde estaba.

—No puedes hacerle eso —lo desafió, mirando a nuestro padre con la barbilla en alto—. Joey dice que no se pega a las chicas.

Temblando, me puse de pie como pude y me apresuré a interceptar a Tadhg antes de que pudiera hacerlo mi padre.

—Ve a casa de Fran y llama a Joey —le supliqué, mientras trataba de empujarlo fuera de la cocina para ponerlo a salvo.

Aunque solo tenía once años, ya era más alto y más fuerte que yo. Pero seguía siendo mi hermano pequeño y lo protegería con mi vida.

—Por favor, Tadhg —le rogué—. Ve.

Tadhg no cedió.

—Yo te protegeré —me dijo antes de volverse hacia nuestro padre.

No, por favor...

—¡No te tengo miedo! —siseó, adoptando una postura protectora frente a mí—. ¡Te crees muy duro, pero no eres más que un alcohólico asqueroso que va por ahí pegando a las chicas!

Nuestro padre se acercó amenazadoramente y se me encogió el corazón de terror.

Dejándome llevar por el más puro pánico, rodeé a mi hermano pequeño con los brazos y me preparé para el impacto.

El golpe me dio entre los omóplatos, llevándose consigo el aire de mis pulmones y haciendo que se me doblaran las piernas.

Tirada en el suelo, me encogí cuanto pude mientras mi padre me daba patadas en la espalda una y otra vez.

—¡Para! —gritaba Tadhg, dándole puñetazos por detrás—. La vas a matar.

—Tadhg, corre... —Jadeando, traté de ponerme de pie, pero mi padre me cogió de la coleta y me arrastró por el suelo.

—Eres una puta mentirosa —gruñó, segundos antes de que me diera un puñetazo en la cara—. Una zorra asquerosa.

—¡Shannon! —chillaba mi hermano pequeño, agitándose sin poder hacer nada—. ¡Shannon!

—Lo siento —logré decir, pero me eché a toser cuando la sangre me bajó por la parte posterior de la garganta—. Por favor, para...

Otro puñetazo en la cara hizo que me castañetearan los dientes tan fuerte que las piernas me cedieron una vez más y me derrumbé en el suelo, sintiendo que me arrancaba un mechón de pelo del cuero cabelludo.

—Déjala en paz —sollozó Tadhg, rodeándome el cuerpo con los brazos—. Por favor, no le hagas daño.

Escuché el grito de mi hermano pequeño cuando lo apartó de mí.

—Papá —dije sin aliento, tratando desesperadamente de que me entrara aire en los pulmones—. Papá, por favor...

Me dio una patada en la cara con las botas y me quedé aturdida.

Me cayó la cabeza hacia un lado.

Se me pusieron los ojos en blanco.

«Va a matarte».

«Se acabó».

Temblando, me encogí todo lo que pude y cerré los ojos con fuerza.

«Estás otra vez en esa habitación con Johnny».

«Te está diciendo que te quiere».

«Estás bien».

Patada tras patada tras patada.

Entre jadeos húmedos y sibilantes, traté desesperadamente de aferrarme a la imagen de su rostro.

Se estaba desvaneciendo.

Ya no me dolía tanto el cuerpo.

Había dejado de sentir las patadas y los puñetazos.

No oía los gritos de mis hermanos.

Todo parecía cálido.

Cálido y ligero.

«Te estás muriendo».

«Cierra los ojos y ríndete».

«Cierra los ojos, Shannon, y todo terminará enseguida...».

—¡Ya viene! —escuché que gritaba mi otro hermano pequeño, Ollie, cuando me llegó a los oídos el sonido de la puerta cerrándose—. ¡Suelta a mi hermana!

Con toda la fuerza que me quedaba, me obligué a cubrirme la cabeza con las manos y protegerme de los golpes de mi padre.

«Mantente despierta».

«Aún no se ha terminado».

«No vas a morir en esta casa».

«Hoy no».

Oí voces entonces: mi madre y Joey.

Joey.

Oía a Joey.

Estaba allí.

Y de repente el dolor se fue.

Las patadas cesaron.

Todo lo que sentí, si es que era capaz de sentir nada, fueron dos pares de manos sobre mí y abrí los ojos para ver a mis hermanos pequeños tratando de protegerme con su cuerpo.

Tadhg estaba sangrando.

Al menos, eso pensé.

Tenía la mejilla manchada de sangre fresca.

Tal vez fuese mi sangre.

No habría sabido decirlo.

Luchando por respirar, traté con fuerza de llenar los pulmones, mientras se me nublaba la vista unos segundos antes de finalmente espabilarme.

Mi madre estaba de pie en medio de la cocina.

Mi padre se había apartado un par de metros de mí, mirando con cautela hacia la puerta.

Mi madre nos vio a mí, a Ollie y a Tadhg acurrucados en el suelo, y se echó a llorar.

La reacción de Joey, que estaba paralizado en el umbral de la puerta, fue diferente.

Dejó caer su bolsa de deporte y se abalanzó sobre mi padre, lanzándolo al suelo.

—Hijo de puta —gruñó mientras le estampaba puñetazos en la cara—. ¡Puto animal asqueroso!

Cogió impulso para zurrarlo y luego se puso de pie de un salto.

—Pégame —le exigió, levantándolo del suelo—. Vamos, cabrón. —Golpeándose el pecho, le hizo un gesto a mi padre para que le diera un puñetazo—. Pégate con alguien de tu tamaño, joder.

—¡Joey! —gritó mi madre—. Por favor, no...

—¡Cierra la puta boca! —rugió Joey—. Eres la madre más patética de la historia del universo.

—Mocoso de mierda. —Mi padre preparó el puño y le dio a mi hermano en la mejilla—. ¡Yo te enseñaré modales, niño!

—¿Has visto eso? —preguntó Joey a mi madre—. ¿Has visto cómo me pegaba? —Esquivando otro puñetazo de nuestro padre, retrocedió y le estampó el puño en la cara—. ¿No ves lo que les está haciendo a tus hijos?

La sangre salpicó por todas partes.

Mi padre se tambaleó hacia atrás hasta caer al suelo y Joey se abalanzó sobre él.

—Joey —jadeé, agarrándome el pecho al sentir como si estuviera a punto de reventarme por dentro el esternón—. ¡Para! No se merece que vayas a la cárcel por él.

Joey no se detuvo.

Siguió zurrándolo.

—¡Quítate de encima! —chillaba mi madre—. Joey, para, ¡que lo vas a matar!

—¡Mejor! —rugió mi hermano, que estaba sentado a horcajadas sobre nuestro padre y le pegaba sin parar.

Movía los puños tan rápido que apenas podía mantener la concentración.

—Joey... —Escupiendo una bocanada de sangre, logré ponerme a cuatro patas y me arrastré hecha polvo hacia mi hermano, desesperada por evitar que hiciera algo irremediable—. Lo prometiste —balbuceé mientras trataba débilmente de tirarle del brazo. Mareada, sacudí la cabeza y lo intenté de nuevo, obligando a mis manos a obedecer mientras lo cogía del antebrazo—. Me prometiste que nunca me abandonarías.

Mis palabras parecieron calar en él, porque soltó un suspiro de derrota y se echó hacia atrás.

Joey asintió con rigidez, dejó caer los brazos a los costados y se bajó de encima de mi padre.

—Teddy —sollozó mi madre, sacudiendo la cabeza. Agarrándose el vientre, se arrodilló junto a nuestro padre—. Oh, Dios, Teddy, ¿qué has hecho?

Entumecida, volví gateando hacia donde estaba sentado Ollie, con la espalda pegada a la nevera y llorando desconsoladamente.

Tadhg, por otro lado, fulminaba a nuestro padre con una mirada aterradora.

Conocía esa mirada.

Era la misma que tenía Joey.

—Ya está —susurré, intentando consolar a Ollie y fracasando estrepitosamente—. Chisss, no pasa nada.

—Pensaba que ibas a morir —sollozó, estrechándome entre sus brazos y haciendo que me estremeciera de dolor.

—Ollie —ladró Joey, volviéndose hacia nosotros—. Ve arriba y trae a Sean.

—¿Por qué? —preguntó nuestro hermano, moqueando.

—¡Porque nos vamos! —sentenció Joey bruscamente—. No nos vamos a quedar en una casa con este pedazo de mierda ni un día más.

Sin una palabra más, Ollie se escurrió de mi abrazo y corrió hacia las escaleras.

—Tadhg —dijo Joey, haciendo una mueca cuando se fijó en la mirada de odio en el rostro de nuestro hermano pequeño—. Ve con Ollie.

—Pero yo...

—Por favor —lo cortó Joey, pasándose una mano por la mata de pelo rubio y tiñendo algunos mechones de rojo—. Sube y haz las maletas, chaval.

Tadhg miró con dureza a Joey antes de finalmente asentir y salir de la cocina.

Volviendo su atención hacia mí, Joey vino hasta donde estaba desplomada en el suelo y se arrodilló a mi lado.

—Estás bien —me susurró al oído, estrechándome entre sus brazos—. Estoy aquí... Estoy aquí, Shan.

Entumecida hasta los huesos, me quedé allí sentada, desplomada contra su gran cuerpo y las manos colgando sin fuerza a los lados, mientras mi hermano trataba de consolarme.

Pero toda mi atención estaba en nuestros padres.

—Estás sangrando —balbuceó mi madre mientras le secaba la cara a mi padre con la manga de su suéter—. Oh, Dios, Teddy.

Sus palabras hicieron que Joey se tensara de arriba abajo.

—¿Estás ciega, hostia? —rugió.

Girándose para mirarlos, me apartó suavemente el pelo de la cara y me señaló.

—Ella está sangrando —afirmó Joey—. Shannon. ¡Tu hija!

—Shannon —lloró mi madre mientras se encogía de horror—. Oh, cariño, tu cara.

Me daba igual mi aspecto.

No importaba.

Porque mi madre acababa de destrozarme.

Se fue hacia él.

Él nos pegaba.

Nos aterrorizaba.

Nos torturaba.

Y ella fue hacia él.

Lo eligió a él.

Nuestra propia madre.

—No te atrevas a venirle con cariños —gruñó Joey mientras se ponía de pie y me ayudaba a levantarme. Con un brazo alrededor de mis hombros, me acompañó hasta la mesa y me sentó en una silla—. Estás bien —siguió susurrándome, y no estaba segura de si me lo estaba diciendo a mí o a sí mismo—. Estás bien. Estoy aquí. Estoy aquí, Shan.

Joey cogió un paño de cocina del escurrer platos, volvió hacia mí y me lo presionó en un lado de la cara mientras yo permanecía allí sentada, mirando al otro lado de la cocina, a las personas que nos habían traído al mundo.

—Shannon —dijo mi padre arrastrando las palabras, sacudiendo la cabeza como si despertara de un sueño profundo—. No quería...

—¡Ni se te ocurra hablarle, joder! —ladró Joey, dando un paso amenazante hacia él—. Te mataré —rugió con frialdad, en un tono mortal y aterradoramente sincero—. ¿Me escuchas? Te cortaré la puta garganta si vuelves a mirar siquiera a mi hermana.

Ollie, Tadhg y Sean entraron corriendo en la cocina con las mochilas a la espalda.

Los tres fueron directamente hacia Joey.

Porque él era nuestro protector.

Él era la razón de que todos estuviésemos de una sola pieza.

Él era nuestro héroe.

—Bueno, esto es lo que va a pasar —expuso Joey, poniéndose frente a nosotros cuatro, protegiéndonos de nuestros padres—. O tú —dijo, señalando a nuestra madre— encuentras algún instinto maternal en lo profundo de ese puto corazón de piedra que tienes y echas a ese hijo de puta de una vez por todas, o me llevo a estos niños de casa para siempre.

—Joey —sollozó mi madre—. Lo siento mucho...

—No me pidas perdón —escupió mi hermano—. Protege a tus hijos y échalo.

—Joey, yo...

—Decídete, mamá —ladró Joey mientras miraba a nuestra madre—. ¿Él o nosotros?

CANCIONES PARA CADA MOMENTO

Shannon a medida que crece lo que siente por Johnny: «Don't Let me Down», The Chainsmokers

Johnny a medida que crece lo que siente por Shannon: «Lose My Mind», Dean Lewis

Shannon y Johnny en el vestuario de Dublín: «Here Comes the Sun», James Last

En la habitación de Johnny, cuando Shannon llora: «Here Comes the Sun», Imaginary Future

Lo que siente Joey por Aoife: «Flying High Falling Low», Walking on Cars

Gibsie y Johnny en la mayoría de sus escenas juntos: «Bromance», Chester See y Ryan Higa

La pelea de Joey con su padre: «Face Down», The Red Jumpsuit Apparatus

Johnny perdiendo la cabeza con Shannon: «Ahead of Myself», Jamie Lawson

Johnny cuando se da cuenta de que se está enamorando de Shannon: «Mr. Brightside», The Killers

Cuando Shannon sube a la habitación de Johnny por primera vez: «I'll Look After You», The Fray

Johnny con su padre después de la operación: «Unsteady», X Ambassadors

Shannon en la escena final: «Knocking on Heaven's Door», Raign

CANCIONES PARA SHANNON

«River Lea», Adele
«Fall at Your Feet», Boy & Bear
«Here Comes the Sun», Joshua Radin
«Close My Eyes», Astroline
«One and Only», Adele
«Breathe Me», Sia
«Knocking On Heaven's Door», Raign
«My Skin», Natalie Merchant
«I Really Like You», Carly Rae Jepsen
«Come Away With Me», Nora Jones
«You Found Me», The Fray
«Johnny Got a Boom Boom», Imelda May
«With You», Jessica Simpson
«Dancing On My Own», Robyn
«Wild Horses», Natasha Bedingfield
«Airplanes», Hayley Williams
«The Only Exception», Paramore
«Paparazzi», Lady Gaga
«Family Portrait», Pink
«Crazy For You», Madonna
«Runaway», The Corrs
«Malibu», Miley Cyrus
«Invisible», Hunter Hayes
«Consequences», Camilla Cabello
«Love Story», Taylor Swift
«2002», Anne-Marie
«A New Day Has Come», Celine Dion
«Don't Let Me Down», The Chainsmokers
«Nicest Thing», Kate Nash
«Can't Help Falling In Love», Haley Reinhart

«Stand by You», Rachel Platten

«Alarm», Anne-Marie

«Still into You», Paramore

«Walking on Sunshine», Katrina and the Waves

«Breathe (2am)», Anna Nalick

CANCIONES PARA JOHNNY

«Give Me A Minute», The Coronas
«95», Picture This
«Bruises», Lewis Capaldi
«First Kiss», Kid Rock
«Jane», Picture This
«YOUTH» (versión acústica), Kid Rock
«Daughters», John Mayer
«Superman» (remix), Eminem
«Cupid's Chokehold», Gym Class Heroes
«Save Tonight», Eagle-Eye Cherry
«Shannon», Bend Sinister
«Stereo Hearts», Gym Class Heroes
«I'll Come Back for You», MAX
«Give me Love», Ed Sheeran
«Take On The World», You Me At Six
«Johnny B. Goode», Chuck Berry
«We Belong Together», Richie Valens
«Wicked Twisted Road», Reckless Kelly
«Over and Over Again», Nelly & Tim McGraw
«Ahead of Myself», Jamie Lawson
«Trumpets Jason», Derulo
«A Little Mercy», Jamie Lawson
«Same Old Brand New You», A1
«Can't See Straight», Jamie Lawson
«Paparazzi», Making April
«Don't Let me Let you Go», Jamie Lawson
«In Our Own Worlds», Jamie Lawson
«I'm Gonna Love You», Jamie Lawson
«Bop Bop Baby», Westlife
«This Year's Love», David Gray

«She Ain't You», New Hollow
«Try» (versión de Douglas George), Nelly Furtado
«Thunder», Imagine Dragons
«Heartbeat», Scouting for Girls
«You & I», Picture This
«Marry Me», Scouting for Girls
«Every You Every Me», Placebo
«Love me for a Reason», Boyzone
«Nothing», The Script
«Only Place I Call Home», Every Avenue
«Mirrors», Justin Timberlake
«Sangria», Blake Shelton
«She Ain't You», New Hollow

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a todas las personas que apostaron por mis libros y se enamoraron de mis personajes. Este es el vigésimo que publico y estoy increíblemente agradecida por el apoyo que he recibido.

Quiero dar las gracias a mi marido e hijos por ser exactamente quienes son y hacer que las noches sin dormir y los temidos plazos de entrega valgan la pena. Chicos, os quiero con toda mi alma, y me hace muy feliz poder llamaros familia. Os adoro. Besos.

Como siempre, debo dar las gracias a mi mano derecha, Aleesha Davis, por su apoyo y dedicación incondicionales. Sin ella, este libro no habría tenido ninguna posibilidad. De hecho, aún estaría en mi ordenador. Ningún escritor ha tenido jamás una amiga mejor que tú, tía. Nuestra relación profesional a lo largo de los años se ha convertido en una amistad peculiar y, a veces, raruni. Pero no entregaría la voz de mi alma a nadie más que a ti. Gracias por formar parte de esto. Se trata de una cara del mundo editorial que pocas personas conocen, pero eres crucial para mí y mis historias, y quiero agradecerte con todo mi corazón lo asombrosa y sincera que eres. ¡Lo valoro mucho!

¡Brookie! ¿Qué puedo decir? Chica, eres una persona brutal. Estoy por tus huesos, y menos mal que me escribiste después del lanzamiento de *Inevitable*. Se me hace raro que ya no nos enviemos mensajes todos los días, y me encanta cuánto me entiendes. Estoy muy agradecida por tu amistad y tu pericia con mis palabras. Gracias por ser tan asombrosa. Te quiero un montón.

¡Mi gente de *Chloe's clovers*! Chicas, os lo digo siempre, pero no podría hacer esto sin vosotras. Me dais la motivación y el apoyo que necesito para superar los tiempos oscuros y hacéis que me parta de risa al menos veinte veces al día. Espero de veras que la historia de Johnny y Shannon haya valido la espera, y que les cojáis el mismo cariño que les tengo yo.

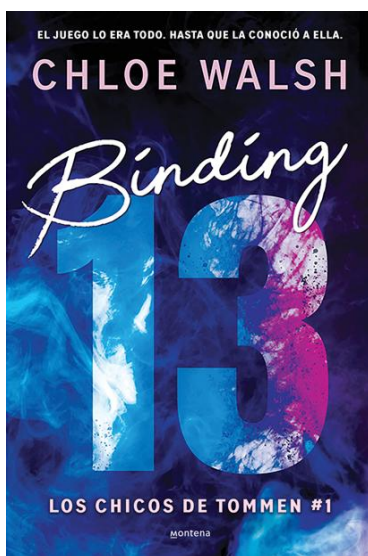
¡Mamá! Has sido un gran apoyo durante todo el proceso de escritura de *Binding 13*, y aunque siempre nos llevamos como el perro y el gato, eres mi

salvavidas. Te quiero, ahora y siempre.

Mi pequeña Lizzie: estás en el hospital mientras escribo esto, pero quiero que sepas que estoy pensando en ti y que te quiero muchísimo. Fuiste un apoyo brutal para mí en este libro y estoy muy agradecida por tu compañía durante las largas noches de trabajo. Te quiero, prima.

Una historia de amor épica e inolvidable: llega en español *Binding 13*, el primer libro del fenómeno de TikTok «Los chicos de Tommen», de Chloe Walsh.

Nunca habrás sentido con tanta intensidad el poder del primer amor como en este romance deportivo. ¡No podrás dejar de leer!



Hasta ahora han permanecido en lados opuestos del campo, pero cuando sus dos mundos choquen, nada volverá a ser lo mismo.

Johnny Kavanagh lo tiene todo a su favor. En el campo de rugby es una fuerza imparable. Ha nacido para el estrellato y nada detendrá su camino a la cima. Ni siquiera la tímida chica nueva del Instituto Tommen. La de los ojos tristes y los moratones escondidos. La que lo distrae como nunca nadie lo ha hecho.

La vida nunca ha sido fácil para Shannon Lynch. Acosada y torturada por sus antiguas compañeras, llega a Tommen a mitad del año escolar, rezando por un nuevo comienzo y desesperada por librarse de los demonios de su pasado. En su primer día en la prestigiosa escuela privada, conoce, de forma bastante impactante, al famoso Johnny Kavanagh. Atrapada en un torbellino de sentimientos hacia él y desesperada por pasar desapercibida, Shannon se convierte una vez más en el blanco del acoso, pero la flamante estrella del rugby irlandés resulta ser un aliado de lo más inesperado. Unidos por su frágil amistad y su innegable química, Johnny y Shannon tendrán que enfrentarse a todos los obstáculos que amenazarán el comienzo de una relación que puede ser mucho más...

Chloe Walsh es la autora bestseller de *Los chicos de Tommen*, que ha sido un boom en TikTok, Goodreads y Amazon. Lleva una década escribiendo romance contemporáneo, tanto juvenil como new adult, y sus libros se han traducido a múltiples idiomas. Es una gran amante de los animales, la música y las series de televisión, pero lo que más le gusta es pasar tiempo con su familia. Es una gran defensora de la salud mental. Vive en Cork (Irlanda) con su familia.



Primera edición: enero de 2024

© 2014, Chloe Walsh

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2024, Lorena Castell, por la traducción

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño de Brittany Vibbert / Sourcebooks

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19357-38-0

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos

X: @somosinfinitos

Instagram: @somosinfinitoslibros

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://www.instagram.com/penguinlibros)

Índice

Binding 13

Aviso legal

Nota de la autora

1. Grandes esperanzas
2. Todo ha cambiado
3. Pelotas voladoras
4. Con toda la cara
5. Sentar las normas para saltárselas
6. El despertar hormonal
7. Azul noche
8. Diarrea explosiva
9. Fiesta de cumpleaños y vasos rotos
10. El chico lo clava
11. Mejor un puñetazo que una tarta en la cara
12. Hora de confesar
13. Pasar desapercibido o lanzarse
14. Un carnet provisional

15. Descansos y proposiciones en el baño
16. Quítale las manos de encima
17. Qué coche más rápido tienes
18. Reacciones exageradas y sueños que se desvanecen
19. Bajando de las nubes a horas intempestivas
20. Una madre sabe lo que hace... solo en las películas
21. Cierre
22. Con los días contados
23. Ex no, gracias
24. Te llevo a casa
25. Problemas
26. El chico es un héroe
27. No pierdas la cabeza
28. Padres adoptivos
29. La chaqueta de ligar
30. Nos las apañaremos
31. Chavalas crueles y aliento de hamburguesa
32. Días libres y el demonio por hermano
33. El rey del clítoris es un irresponsable
34. Avasallada por perros y sentimientos
35. Respuestas

36. Malas noticias
37. Es tu cumpleaños
38. Johnny
39. Malas y peores noticias
40. Cruzar líneas como un bulldócer
41. Disociar
42. Perdiendo el zapato y la cabeza
43. Una madre entrometida
44. En su habitación... otra vez
45. Las consecuencias de besar a un chico en el dormitorio
46. La chica llorando y el corazón ardiendo
47. Estás bien
48. La cagué
49. Manchas de regla y héroes
50. Perdiendo el norte
51. Un brusco despertar
52. Regalos pegajosos
53. Ocultando las señales
54. Cálmate
55. Excursión inesperada
56. ¿Dónde tengo la cabeza?

57. Susurros al oído y confesiones

58. Cuando cupido te estrangula

59. Respira, Shannon, respira

60. Se acabó, tío

61. Uy, lo he vuelto a hacer

62. A la espera

63. Encuentra a la chica

64. No te abandonaré

65. Plan B

66. Terror fallido

Canciones para cada momento

Canciones para Shannon

Canciones para Johnny

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Chloe Walsh

Créditos